

*Falacias de la transición,  
el movimiento social  
y el cambio necesario.*



*Alfredo A. Repetto Saieg.*

Llega el tiempo de nuevas proposiciones porque mientras los reformistas se quedan sin argumentos lógicos y se muestra como pura dinámica de dominio y control, los sectores más radicales necesitan definir otra propuesta democrática, que sea soberana y popular y que supere las estructuras fuertemente dependientes del neoliberalismo si aspiran en verdad a transformarse en opción de futuro. En estos términos, una definición más democrática y representativa del régimen político es una necesidad histórica que nos convoca a pensar en otras formas de producción y distribución de la riqueza. En ese sentido, tenemos que combatir contra el olvido y la indiferencia de los dominantes, contra sus razones y verdades e interrogarnos acerca de que rol cumplirán por ejemplo los mismos derechos humanos en la construcción de otras alternativas políticas.

¿Qué características son las que definen y diferencian los regímenes radicales latinoamericanos de los reformistas? ¿Cuáles son los límites y triunfos de éste? ¿Porqué su estructura política va mucho más allá del neoliberalismo pero también de los socialismos reales? ¿Cuáles son los planteamientos en que se basan las políticas y los elementos del cambio y de la (r) evolución en pleno siglo XXI? ¿Qué rol juega la movilización popular en la lucha por la primacía de los intereses de los trabajadores?

Considerando cada una de estas interrogantes y elementos planteo un proyecto político concreto, real, posible, específico, revolucionario, humanista y popular, es decir, en beneficio de la construcción de un régimen político radical que va más allá de la utopía neoliberal y sus mercados precisamente porque combate a favor de la emancipación de las mayorías en relación a esa realidad que es dominante pero que también está en una profunda crisis y por eso resquebrajada política, social y económicamente.







Falacias de la transición,  
el movimiento social  
y el cambio  
necesario.

Alfredo A. Repetto Saieg.



## **Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported**

*Autor de la obra: Alfredo Armando Repetto Saieg.*

*De acuerdo a esta licencia usted es libre de:*

- *copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra*
  - *hacer obras derivadas*

*Bajo las condiciones siguientes:*

*Reconocimiento - No comercial - Compartir igual: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.*

**El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.**



## Índice:

Capítulo 1: El sistema político y sus complejidades.....	10
El Estado, el régimen, la razón y la distribución del poder .....	10
El liberalismo, el automatismo del mercado y el poder dominante.....	20
Restricciones del régimen político neoliberal.....	27
Dominio, poder financiero e integración económica.....	37
Génesis del Estado.....	43
La hegemonía dentro del bloque en el poder.....	54
Bases del reformismo radical.....	60
Capítulo 2: El régimen frente al poder de los mercados.....	69
Factores de la intervención pública y del Estado.....	69
La tecnología como factor de poder.....	74
Desafíos del reformismo y el fenómeno de la tecnopolítica.....	87
Latinoamérica y el espejismo democrático.....	95
Participación y representación política.....	100
Los grupos de intereses.....	110
Capítulo 3: La gobernabilidad, las formas de dominio y su razón.....	115
Conceptos de la razón dominante.....	115
Proceso de internalización del capital.....	121
Los mitos sobre la unidad política.....	129
La soberanía alimentaria como parte de un país democrático.....	134
La gobernabilidad democrática en un contexto de desarrollo.....	140
Los movimientos sociales ante la realidad chilena.....	151
El triunfo del neoliberalismo, la patronal y el duopolio.....	161
La democracia de baja intensidad.....	168
Capítulo 4: Falacias de la transición.....	179
El concepto de las necesidades material- ideales.....	179
La salud y la educación como ámbitos de lucro y dominación.....	188
La libertad de trabajo, de comercio y los derechos humanos .....	196
La consolidación de la institucionalidad neoliberal.....	205
Dos tipos de “democracia”.....	214
La democracia posible y los valores operacionales.....	222
Capítulo 5: El movimiento social y el cambio necesario.....	232



El movimiento popular como referencia de lucha.....	232
Asamblea Constituyente y cambio de paradigma.....	245
El modelo sindical como contradicción del cambio.....	258
¿Vía de transformación política o de contención social?.....	272
El modo de producción de la mercancía y la liberación.....	279
Los fundamentos de la ocupación libre y del trabajo alienado.....	285
La razón del humanismo marxista.....	292
Epílogo.....	301
Referencias bibliográficas.....	312
Texto legal completo de la licencia Creative Commons.....	319

## **Capítulo 1: El sistema político y sus complejidades.**

### **El Estado, el régimen, la razón y la distribución del poder.**

La comedia latinoamericana empezó a mediados del siglo XIX donde en nuestras tierras, ahora liberadas del yugo colonial, todavía no pueden cosecharse los frutos de la emancipación política. Este problema viene, en parte, porque si bien entre los antecedentes políticos- ideológicos del proceso de independencia latinoamericana tenemos las influencias del pensamiento de la ilustración, de la revolución francesa y las Cortes de Cádiz, cuando empieza la construcción de los Estados nacionales, esas ideas se traducen en leyes de carácter democráticas pero ajenas a nuestra propia realidad política en el sentido de que son puramente formales. Entonces, nuestras repúblicas independientes abolieron la esclavitud pero no fueron capaces de asegurar el tránsito desde sociedades de súbditos a sociedades de ciudadanos libres. Es que desde el principio de los tiempos fueron las élites las que controlaron en beneficio propio la lógica y la forma de la independencia de los pueblos de una naciente Latinoamérica. Es así como controlaron las nuevas maneras del comercio o la distribución de las riquezas que se expresó por ejemplo en la posesión de las tierras productivas como un bien de capital, en el control y en la conquista de territorios aún vírgenes y el sometimiento de las poblaciones aborígenes a la nueva cultura nacional, etc. En todos los casos, respecto al sometimiento de los pueblos aborígenes a la nueva cultura nacional que se impone, esa misma imposición se hace por la fuerza de las bayonetas donde incluso se producen grandes genocidios como es el caso de la “Pacificación” de la Araucanía en Chile. En estas condiciones históricas, el tránsito desde sociedades de súbditos a una de ciudadanos libres es una farsa; de hecho, otra vez los grandes perdedores son los sectores populares que son marginados de cualquier definición sobre el bien común.

Además, el capitalismo no brotó tampoco del seno de la sociedad produciendo una revolución en los modos de producción- como por ejemplo la revolución industrial- sino que fue impuesto desde fuera, es decir, se introdujeron desde Europa relaciones mercantilistas que violentaron las estructuras coloniales americanas y el modo de vida tradicional de nuestra población. Este proceso le dará una característica distintiva al capitalismo periférico, que busca modernizar lo arcaico, que se relaciona con un proceso de convivencia de formas de supervivencia tradicionales con las del moderno capitalismo, que se desarrolla fundamentalmente en el sector orientado al mercado externo. Esta circunstancia que es propia de otras formas de vida y

de una específica reproducción del capital son lo que nos impide entender nuestro régimen capitalista sin considerar todas y cada una de las maneras en que los países de Latinoamérica se insertan en el sistema comercial global, es decir, en las formas que adquieren sus intercambios comerciales, políticos y culturales, con el resto de los países en especial los más desarrollados. Por eso, el Estado en nuestra región en parte debe su naturaleza y características de clase a la forma en que históricamente nos vinculamos con otros países en el comercio global. Esta forma de insertarnos se tradujo en *subordinación* en relación a los países desarrollados lo que significa que el sistema comercial global es clave para entender las limitaciones que tienen nuestros Estados para ser eventualmente usados como factor y medio de transformaciones sociales o de pacificación de los conflictos inherentes al régimen capitalista de producción. En esas circunstancias- y bajo esas formas estructurales de dependencia de los pueblos latinoamericanos respecto al comercio global- los múltiples conflictos sociales y políticos simplemente se radicalizan en favor de la reacción y el conservadurismo o en beneficio de otra definición de lo que es el bien común auspiciada por la cultura y el sentido popular. La imposición de una o de otra forma depende de las formas que adquiere la lucha de clases en ese contexto histórico determinado. Por ejemplo, depende de si los sectores populares se movilizan o no en favor de determinados intereses que perciben como socialmente importantes, depende de que forma lo hacen, con qué objetivos; lo mismo vale para los factores de poder dominantes en la medida en que prima la desmovilización de la mayoría.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El marxismo como método de interpretación de la historia debe reacondicionarse para explicar el capitalismo latinoamericano en el que no pueden rastrearse, hasta por lo menos bien entrado el siglo XX, la constitución de clases sociales como el proletariado o una burguesía plenamente formada y con cierta conciencia de su misión. Antes bien, la formación de clases que hace su aparición en la América precolombina es de tipo tributario siendo éste el caso de los incas, los mayas y aztecas que luego serán brutalmente sometidos por la conquista para dar paso a las formaciones del capitalismo mercantilista. Esta estructura mercantilista del capitalismo conlleva una sociedad de castas y estamentos que inevitablemente acarrea algunas confusiones de los elementos económicos con los políticos en la estructura económica objetiva de la sociedad. El triunfo histórico de los burgueses posibilita un orden social en el que la estratificación en clases se da de manera exclusiva; sin embargo, este capitalismo mercantilista, que es característico de nuestros países, presenta económicamente una unidad mucho menos coherente que en el capitalismo más desarrollado. Con la destrucción de la estructura estamental y la nueva construcción de un régimen político articulado de un modo puramente económico, la conciencia de clase recién empieza a reflejarse en las luchas por la conciencia, por las verdades, por encubrir o revelar el carácter clasista del régimen mismo. Sin embargo, el hecho de que en las sociedades precapitalistas no existan las clases sociales *para sí* no significa que en estas no pueda aplicarse en su análisis el materialismo histórico como método científico. La dificultad tiene que ver con la diferencia estructural que hay entre la época de la civilización occidental y las anteriores debido a todo un proceso en dirección

Por eso no es posible aspirar al desarrollo, a la igualdad de derechos de nuestros pueblos periféricos respecto a los centrales porque las estructuras de los países periféricos no pueden entenderse sin considerar sus relaciones con los centros globales del poder. Los intercambios comerciales de nuestros países están determinados en base a relaciones de subordinación expresadas en reglas mediatizadas a través de las que se ejercen condicionamientos a las políticas implementadas por nuestros países y estos condicionamientos son esenciales. De hecho, se ejercen a través de presiones de los organismos de crédito y poder globales. De la misma forma, nuestras estructuras sociales están truncadas porque no pueden entenderse sino como un elemento patagónico de una determinada estructura social que es global. Entonces, las teorías sobre el subdesarrollo tienen que rechazar las concepciones del desarrollo económico como una sucesión de etapas en la que nuestros países deben comprometerse siguiendo la misma trayectoria de los países centrales. Rechazo así la teoría de la historia como un proceso lineal y ascendente respecto del desarrollo del hombre oponiendo un enfoque histórico y estructural de las relaciones entre los dos polos que forman las relaciones comerciales globales y los términos del intercambio entre nuestros países periféricos y los centrales que busque explicar el desarrollo de unos y el subdesarrollo de los otros como fenómenos relacionados. Se trata de una cadena de circunstancias y de relaciones de subordinación que vincula a los centros metropolitanos de los intercambios comerciales globales con las más lejanas regiones, las zonas agrícolas y productoras de materias primas dando forma a un colonialismo interno. Entonces, el origen del subdesarrollo no es un residuo feudal que persiste sino su tipo mismo de inserción e integración en las relaciones comerciales desde la misma época colonial.<sup>2</sup>

---

a la eliminación de las barreras naturales de la vida de los hombres. Hay que considerar que una sociedad mercantilista simple es una forma cercana al capitalismo pero también es distinta y estas divergencias se intensifican y expanden en la medida en que en la sociedad la relación con la naturaleza tenga una influencia predominante. Esos Estados que controlan, definen lo racionalmente válido, que estructuran el sentido común y dominan los centros de poder de los intercambios comerciales globales- los países y regiones de avanzada- son quienes todo lo ven en base a la mercancía y entramos así en el mundo soñado por los teóricos de la oferta y la demanda que se caracteriza por *la dominación de la mercancía* en el sentido de que ésta prima por sobre cualquier otra forma de intercambio económico. Nuestros países son distintos: se caracterizan por la *generalización de la mercancía* antes que la dominación de ésta, como en los países centrales, porque aunque la mercancía es dominante no goza de una primacía absoluta. Esto se debe a que en el seno de muchos de nuestros países podemos encontrar todavía formas mercantiles tradicionales, de trueque (...) que no entran en el proceso de valorización del capital.

De esa manera, para entender el proceso de formación histórica de las estructuras de nuestras naciones como entes que son sometidas tenemos que diferenciar los conceptos de *Estado* y de *régimen*. El *régimen político* está formado por todas las instituciones y las organizaciones públicas y privadas que se constituyen por clases, fracciones y sectores de clases representantes de los intereses y verdades de esos grupos y sectores de poder alineados detrás de cierta élite dispuesta en un orden jerárquico desde donde se formulan decisiones que comprometen a toda la población que habita el territorio. Son parte del *régimen político* todos los actores y agentes políticos y sociales, la burocracia, el gobierno, las entidades públicas o privadas, las organizaciones no gubernamentales, las instituciones y actores sociales y de base que, dentro o por fuera del gobierno, inciden o intentan hacerlo, sobre la solución de los problemas sociales como, por ejemplo, los sindicatos, las asociaciones civiles, locales, comunitarias, de base, los partidos políticos, las entidades empresarias, los diversos gobiernos y sus orientaciones políticas que también forman parte de las estructuras del *Estado*. No hay un tipo de organización colectiva de intereses y de defensa de ciertos valores que pueda plantearse por fuera de éste. Así, el *régimen político* es toda manifestación política e institucional del Estado, de los diversos actores que actúan en el proceso de la lucha de clases, que además intentan o toman decisiones frente a ciertas temáticas que son percibidas como socialmente de importancia para la gobernabilidad y el mantenimiento del consenso al interior de la sociedad. Es, finalmente, la expresión más concreta del Estado, es decir, a través del *régimen* y sus políticas públicas vemos al Estado en movimiento, accionando y reaccionando de manera continua.

---

<sup>2</sup> Desde esta perspectiva, la *teoría de la dependencia* es incorrecta porque tiene una visión muy esquemática del concepto de *nación* pretendiendo definirla *como un conjunto indiferenciado de hombres*. Es decir, plantea la *nación* como emanación de un Estado neutro y objetivo situado por encima de los intereses de las clases y sus grupos de poder y de presión, no considerando las complejidades del proceso relativo a la lucha política, volviéndose así incapaz de captar en toda su complejidad la red de relaciones sociales y políticas que siempre persisten y se reproducen como consecuencia de la penetración de las relaciones capitalistas de producción en nuestras sociedades. Por otro lado, la *teoría del subdesarrollo* es también la *teoría de las causas del subdesarrollo* que no puede confundirse con la *teoría de la dependencia* porque esta última no capta en toda su real complejidad la red de relaciones sociales de diferente naturaleza que persisten y se reproducen como consecuencia de la penetración de las relaciones capitalistas en nuestros países. Entonces, la *teoría de la dependencia* es una metáfora digna de comediantes porque es una teoría sofista que toma como punto de partida una definición del comercio global como totalidad inmediata que luego desagrega en subconjuntos más o menos jerarquizados.

Esta definición del *régimen político* es de suma importancia, como veremos más adelante, porque implica una serie de nuevas definiciones en relación a las formas de la lucha y de las estrategias que estemos dispuestos a asumir y defender políticamente en el proceso de control en tanto que los trabajadores somos las grandes mayorías que, por el solo hecho de serlo, tenemos el derecho y el deber de ser los protagonistas en favor de cambios en la gobernabilidad y en las estructuras de nuestros Estados nacionales que nos conduzca a maneras más democráticas, justas, inclusivas y racionales de convivencia colectiva. Por ejemplo, en la medida en que el *régimen político* es toda manifestación política e institucional del Estado y de los diversos y múltiples actores sociales, políticos, económicos y culturales que conviven y accionan en su interior y que así toman ciertas decisiones colectivas que nos afectan a todos, expresa al mismo tiempo determinadas maneras de hacer política, ciertas definiciones sobre el bien común o de los objetivos y metas que comprometen a todos en la medida en que somos todos los que vivimos en comunidad. Entonces, no es lo mismo una política y una definición del bien común, de la democracia, de la ciudadanía, del valor de los derechos humanos o simplemente de los problemas que se perciben como socialmente importantes que esté bajo el control de una élite, de sectores y grupos de poder claramente minoritarios pero con tremendos recursos de poder para presionar en favor de sus intereses de clase, que una acción política, una razón, una lógica y cierta definición de las metas colectivas que quede bajo el control de los sectores populares. En ese contexto, a través del régimen y sus acciones, se percibe la lucha por intereses de clases.

Al final, en la medida que el régimen manifiesta sus contradicciones entre las clases y sectores sociales que responden a ellas, que las representan políticamente, en la medida en que se percibe una continua lucha entre los actores sociales y políticos que componen ese mismo *régimen político* en favor de algunos objetivos que los favorezcan incluso a expensas de los objetivos de los otros sujetos políticos, el régimen también puede entrar en conflicto con las razones del Estado capitalista en tanto que este último es desde siempre el garante en última instancia de la acumulación capitalista. Véase como ejemplo al respecto los planes de salvamento de los gobiernos en relación con los intereses de la patronal cuando se producen las crisis económicas. Ahí se olvidan del “librecambio” e intervienen en favor de ellos mismos a través del Estado, incluso violando sus leyes, su Constitución. También el régimen puede minar este objetivo a través de políticas públicas que busquen la construcción y consolidación de otro sistema de acumulación del capital, que vaya más allá de la lógica del Estado capitalista. Por ejemplo, piénsese en los procesos de profundos cambios en países como Bolivia que a

través del régimen nacional, soberano y popular, construye una sociedad que busca superar el Estado capitalista.

Por otro lado, ¿qué vínculo de subordinación establece el *régimen político*? ¿Qué leyes garantizan el acceso y ejercicio del poder político de los gobernantes? Para responder a estas cuestiones hay que hacer hincapié en la organización y en la distribución del poder; también en las formas constitucionales de elección de los líderes. En este sentido, el régimen cobija realidades más profundas relacionadas con el ejercicio del poder como un entrelazado de relaciones de fuerza y de control estructurado sobre una gran variedad de intereses, verdades, mitos y valores materiales, que justifican la pretensión de algunos miembros del régimen de gobernar al resto. Las bases del proceso consisten en traducir en sentido común toda esa cantidad de intereses que haga de norma habitual y de razón en la regulación de las relaciones de poder entre dominantes y dominados, es decir, la lógica del régimen convierte en razonable algunos valores y mitos que se presentan como fundamentales para la organización de la dominación, mientras que los valores y las verdades no funcionales a este objetivo engrosarán la lista de lo falso. La razón así se transforma en sustento ideológico del mantenimiento del actual régimen de producción, de su lógica económica, de la aceptación o rechazo del modelo neoliberal y de la moral de los ciudadanos que se desenvuelven ahora a través de ella. Entonces, el espíritu de los hombres se halla limitado a un estricto modo de pensar, sentir y de actuar, donde la actividad de la razón, de la verdad y de la lógica dominante, consiste en fortalecer nuevos símbolos, formas, directrices y dogmas en favor de las élites.

Acerca de la organización y distribución del poder, de la estructura y lógica del régimen político digo, serán racionales las teorías que defiendan las verdades de los dominantes. Desde allí, se busca consagrar un principio de legitimidad política que es profundamente restringida porque pretende gratificar intereses materiales reivindicados por los grupos que forman ese sector. En otras palabras, precisamente esa legitimidad es restringida en tanto prioriza solo los intereses de esos sectores minoritarios. Por ejemplo, en la construcción del Estado nacional de Latinoamérica, las múltiples tendencias culturales conservadoras, solo hallan eco entre las elites tradicionales a partir del progresismo de la segunda mitad del siglo XIX. Esta evolución expresa el hecho de que estos Estados fueron construidos a través de la ideología conservadora manifestada en múltiples formas y así la tutela de las élites, de la oligarquía urbana, de la aristocracia terrateniente y los sectores militares, fue decisiva en la etapa primera del régimen neocolonial. Después tendrá que venir el tiempo de la lucha y de la crítica contra esa legitimidad conservadora produciendo, en fin, la aparición del movimiento obrero urbano en países

como Chile a fines del siglo XIX. De esos primeros tiempos de nuestra historia son la formación de los movimientos políticos y sociales originarios que recusan la dirección de la elite tradicional oponiéndose a la situación de privilegio que, dentro de ese régimen, mantiene la oligarquía. Lo realizado por esos movimientos busca una mejoría importante de la legislación social y previsional mientras que, en los rasgos básicos de la estructura económica y social, no introducen cambios ni modificaciones importantes de forma que en general estos movimientos no cuestionan el régimen neocolonial. Pero, su sola presencia es una amenaza para los intereses de la oligarquía cuyo predominio se combate porque esta presencia es un signo de una ampliación de los sectores políticamente activos.

En una primera etapa, esos movimientos quedan reducidos a los sectores urbanos de la economía modernizada, sin embargo, en respuesta a esto los actores y sectores políticos dominantes, que forman parte del bloque en el poder, procuran traducir las múltiples fórmulas prescriptivas, que deriva en una legitimidad restringida, en una creencia compartida, es decir, en un sentido común respecto a la estructura e intereses del régimen. Entonces, el mismo régimen se traduce en la implementación e imposición de las políticas públicas que genera que, a su vez, nos permiten medir los resultados de la acción, las movilizaciones del grupo dominante en el bloque en el poder y también de los sectores sometidos. Así, el *régimen político* forma en su vida cotidiana un gobierno que toma decisiones que pretenden el bien común. El problema es que este *bien común* previamente es definido en sus directrices por los dominantes que consideran como socialmente importante ciertas cuestiones, no otras: plantean metas, seleccionan medios, imponen sanciones, recompensas, castigos y prebendas y, lo más importante, definen su relación de poder con los grupos subalternos y aún con las mismas clases y fracciones de clases que componen el bloque en el poder porque éste está lejos de ser homogéneo.

Desde los primeros tiempos existió cierto voto clasista, de exclusión y exclusividad, a pesar de toda declaración de igualdad de la patronal, porque la raíz profunda de este proceso tenía que ver con la instauración de nuevas relaciones sociales. En nombre de esta supuesta igualdad, la región construyó una democracia de minorías, limitada y la desigualdad se convirtió en el instrumento político e ideológico para asegurar la igualdad. La teoría política del iluminismo buscó crear un nuevo conocimiento y saber del mundo y de la propia vida para que el hombre se sintiera un poco menos explotado; sin embargo, no solucionó el tema de la explotación del hombre por parte de la acumulación privada del capital. Entonces, el poder de los iguales resultó en la imposición de las más grandes desigualdades: todos son iguales pero, desde ahora, unos lo son más que otros. Esta gran farsa de la democracia



liberal construyó su carácter minoritario por la clasificación del voto, o sea, quien pagaba más impuestos más votos tendría y, aunque todos sean ciudadanos, hay distintas clases de éstos. Un buen ejemplo de resistencia a estas políticas fueron los cabildos, desde los cuales tomarán impulso los diversos procesos de independencia, sin embargo, finalmente, este será una reunión de notables convocada por las autoridades de la ciudad ante las emergencias más graves asegurando así la supremacía de las élites criollas en perjuicio de las élites españolas pero también en perjuicio de los sectores populares. Los cabildos serán instituciones de emancipación política de las élites criollas respecto de la oligarquía española pero al mismo tiempo serán instituciones que someten a los sectores populares respecto de las primeras. Por otra parte, los cabildos son mucho más que una modesta municipalidad (encargada de la administración de la ciudad) porque formaban el gobierno de la ciudad. En ese contexto, gobernar es definir que calidad de vida se busca, cómo se vive o qué actores sociales y políticos se constituyen en el proceso de consolidación del proceso independentista y las relaciones entre ellos. En teoría, era el pueblo a través de los cabildos quien designaba a los diputados que representarían a la ciudad y los electores les daban los poderes a esos representantes. Sin embargo, cuando en los albores de las nacientes naciones se hace necesario construir un poder más centralizado, los cabildos pierden muchas de sus atribuciones: de gobierno de la ciudad pasan a ser, de ahora en más, meras organizaciones administrativas encargadas del ornato o belleza de la ciudad (...) perdiendo así su lógica de cambios políticos. En este proceso se percibe la necesidad política de crear una cultura nacional y homogénea haciéndose necesario, por ejemplo, terminar con las autonomías de las ciudades insertándolas en un proceso de unidad e integración territorial con miras a la construcción de un *Estado nacional*. En este nuevo esquema, al cabildo ya no le corresponde un lugar central y cede sus atribuciones al Congreso Nacional donde los diputados ya no representan la ciudad sino a la *Nación*.

Entonces, los criollos que asumieron la conducción de los antiguos territorios españoles, se enfrentaron con múltiples problemas para consolidar el proceso en marcha relativo a la grave contradicción que se produce entre el principio de legitimidad de la monarquía hereditaria y el principio de legitimidad de una república democrática. Es decir, cuando se rompieron los lazos que nos ligaban con el imperio, los nuevos grupos dirigentes, huérfanos de la tutela de un principio consagrado por la tradición, asumieron la tarea de construir una legitimidad alternativa que se vuelve restringida en provecho propio. Esta era una cuestión prioritaria para los grupos dominantes ya que, junto con la caída del poder colonial, la carencia de un tipo de legitimidad alternativa podía conducir a la anarquía o la disolución política. La solución

a estos grandes dilemas se basa así en la construcción de ciertas fórmulas prescriptivas que conciliarán la desigualdad del régimen político anterior con los principios igualitarios que emergerán. Traducido a la política cotidiana, significa transferir la propia capacidad de decisión y de gestión política desde el poder local al central, es decir, en perjuicio de cada una de las autonomías de los gobiernos locales lo que, en fin, limitó la participación del resto de los habitantes del país y aseguró a toda la población, sin ninguna distinción de nacionalidad, el máximo de garantías en orden a su actividad civil. Se hizo necesaria la organización de un poder central para controlar los poderes locales pero suficientemente flexibles para incorporar a los gobernadores de provincia a una unidad política más vasta. La *legitimidad restringida* se vuelve imprescindible y esta se sentará en la cima del proceso de lucha de clases.

El siguiente siglo se caracteriza por la lucha que moviliza a los grupos subalternos que buscan ampliar esa legitimidad restringida que, a su vez, se acompaña de nuevas representaciones de los modos de funcionamiento y de acciones del régimen político que también conducen a otros planteamientos teóricos de la democracia y de la participación de los ciudadanos. Todo lo anterior a pesar de que el régimen seguirá marginando a amplios sectores de la sociedad en relación al acceso a una calidad de vida mejor y del disfrute del trabajo. A medida que cada uno de nuestros países se incorporaron como áreas estructuralmente dependientes en relación a la lógica del propio sistema comercial internacional se hacen más vulnerables a las crisis globales y será la del '29 la que, en ese nuevo contexto, nos plantea otros desafíos políticos, sociales, económicos y culturales, que formarán otro régimen político. Este nuevo régimen mercantil, que surge con esta crisis, hace del *Estado* el agente comercial de cada economía nacional, sin embargo, pronto la coyuntura le impondrá nuevas funciones porque en verdad la demanda se adapta mal a esta novedosa situación y es necesario que el régimen pueda intervenir para racionalizar los escasos recursos y las capacidades disponibles no sólo para evitar la agudización de los conflictos sociales sino para asegurarse que estos se vuelquen, de la manera más provechosa, para mejorar la posición de las economías que permanecen al borde del colapso. Ahora, el poder y la acción del *Estado*, representa una nueva verdad que se traduce en una *hegemonía en acción* que será justificada o combatida pero nunca ignorada. Se despierta así una válida capacidad para desentrañar las falacias que subyacen en todo régimen. Por lo mismo, el pensamiento político de la patronal falsea nobles valores, términos y ciertos conceptos que con el tiempo se transfiguraron en función de una nueva moral que, a su vez, sirvió y sirve como instrumento de dominación política y que pasa a formar parte constituyente de la razón neoliberal. De hecho, en el mundo social, todo está estrechamente vinculado

a las ideas de la dominación e intimidación, de manera que el desarrollo de un ideal, de una institución, un órgano de poder o grupo de interés, no es una progresión hacia un fin lógico sino que es una sucesión de fenómenos relacionados y ciertos sucesos sometidos por otros hechos o intereses sin dejar en el olvido la resistencia que entran en este juego de poder del tira y afloja. Entonces, a los trabajadores no nos queda más que accionar las múltiples energías, históricas y agresivas, usurpadoras y transformadoras, que conducen a otras direcciones de los procesos sociales y políticos.

Desde esta perspectiva, la cuestión de la relación entre estas actitudes críticas y el régimen político, es el problema que forma la relación entre el *saber* y el *poder*. La mediación y lucha entre ellos es lo que forma el rol y los significados de la política. La ideología justifica la elección y de ahí surge el método. El trabajo arduo que tienen los sectores sometidos es ser capaces de transformar ese saber, organizado e impuesto desde el régimen político de dominio, para elaborar un conocimiento alternativo que pueda disputarle su lugar a la razón dominante. En esta disyuntiva se juega el compromiso y el valor de los intelectuales porque hoy la discusión no se centra en el problema de la razón o no del régimen político y del Estado que lo sustenta sino, por el contrario, en entender la lógica del capital y su Estado. Se refiere a la misma capacidad de entender la naturaleza de clase de nuestros regímenes para contraponer otra razón más justa y alternativa. Se trata de cortar los lazos que nos unen con la lógica del capital, basada en la profunda degradación de los trabajadores, para asegurar su propia reproducción. En estas circunstancias, las actuales transformaciones operadas en el campo de la organización en el mundo de la producción, de los bienes y de los servicios, traen consecuencias importantes en las relaciones del capital con los sectores de los trabajadores. Por ejemplo, en el capitalismo más desarrollado se altera la relación entre el trabajo manual y el trabajo más racional y técnico, porque es este último el que domina por su eficiencia en términos productivos. Subyace detrás de esto que las nuevas tecnologías hacen que la fuerza de trabajo del obrero, como mercancía, sea desplazada por la ciencia, el saber y la tecnología como factor de creación y forma más eficiente de acumulación y reproducción del capital. Conforme la sociedad continúa su desarrollo tecnológico y el trabajador tiene acceso a estas tecnologías mucho más innovadoras, empieza a dedicarse a otras actividades en su tiempo libre relativas con su desarrollo humano, con sus artes e intereses creando así otras tecnologías, nuevos desarrollos, otros programas, software, paradigmas y teorías (...) con lo que el tiempo libre se transforma progresivamente en tiempo productivo pero éste, al estar fuera del tiempo de trabajo, no puede ser enajenado por el capital y, desde esta nueva perspectiva, la informática y la revolución tecnológica socavan la lógica del capital. Permanece bien vigente la estructura social de nuestros países porque

se mantiene la relación entre el salario, la plusvalía y la explotación de los trabajadores pero ahora, en el campo laboral, predomina el trabajador colectivo en contraposición con el trabajador individual porque la potencia productiva general de la tecnología es esencialmente social y esto implica la organización política del trabajador, es decir, organización por determinados objetivos e intereses, por satisfacer en última instancia nuestras urgencias y necesidades, por mejorar finalmente las condiciones de trabajo que afectan directamente nuestra condición y calidad de vida. Esto, a su vez, conlleva conquistas sociales, políticas y laborales. Es así como el capital cava su propia tumba en base a las contradicciones que produce porque no es capaz de resolver ningún problema de los que se perciben como socialmente importantes, los que van en beneficio de los trabajadores. Antes bien, solo le interesa los problemas que puedan limitar la acumulación privada del capital y no más que eso.

### **El liberalismo, el automatismo del mercado y el poder dominante.**

Cuando en Latinoamérica fueron violentadas las estructuras coloniales y el modo de vida tradicional de la población criolla, aborigen y originaria, se configuran las características distintivas del capitalismo periférico que giran alrededor de modernizar lo arcaico reemplazándolo por las formas productivas típicas del capitalismo de manera que, desde ahora, en cada uno de los países de nuestra región conviven formas de supervivencia más tradicionales con las del moderno Estado capitalista que se desarrollan principalmente en el sector orientado a las exportaciones de determinados bienes y servicios. Entonces, en el sistema económico de Latinoamérica vemos que sus relaciones con los países del centro se forman, se definen y estructuran a partir de relaciones de subordinación, expresadas en reglas mediatizadas, a través de las cuales se ejercen condicionamientos a las políticas de nuestros países. A partir de entonces, lo primero es rechazar la concepción lineal del desarrollo económico porque la explicación esencial de nuestro subdesarrollo surge de otros horizontes. En estas circunstancias, nuestra teoría tiene que oponer a esa concepción lineal un enfoque histórico y estructural de las relaciones entre los dos polos, es decir, entre el centro y la periferia, que forman el sistema comercial globalizado que, a su vez, busca explicar el desarrollo y el subdesarrollo como fenómenos relacionados y no como mera consecuencia de nuestros errores, nuestra idiosincrasia o desidia. En otras palabras, el subdesarrollo de nuestros países no puede explicarse solo a partir de la situación interna de nuestros pueblos porque en realidad no somos países soberanos. El que no seamos países plenamente soberanos (en el sentido que no estamos capacitados ni política, ni cultural, ni económica ni

muchos menos estructuralmente para aplicar las políticas públicas y cierto modelo de desarrollo que consideramos conveniente para nuestra realidad) nos obliga a introducir en el análisis de la falta de desarrollo y crecimiento- del subdesarrollo de nuestra región- los factores que son externos, es decir, la forma y maneras en que los organismos internacionales, los de crédito como el Fondo Monetario Internacional o instituciones como el Banco Mundial, afectan nuestra realidad con sus políticas de ajustes.

Es imperativo considerar las condiciones que se nos impone desde lo externo, desde los centros del poder global, a través del funcionamiento de un sistema de intercambio internacional cada vez más globalizado del que somos un eslabón más de la cadena y, a través del cual, son violados nuestros derechos porque este otro régimen, las nuevas modalidades de la dominación y control político, se sostienen en el ejercicio de una acción política basada en preceptos más elitistas, de subordinación y de realidades pintarrajeadas, que nos impiden ver el horizonte en todo su magnífico esplendor. De esa manera, esos grupos de poder violentan nuestros derechos consagrando, por ejemplo, el monopolio de los intereses de las transnacionales dentro de nuestros mercados mostrándonos, a su vez, a éstas como las estructuras que sustentan un desarrollo que se perfila como posible pero que, sin embargo, es quimérico en los términos de éstas. La distinción inexorable de las nuevas formas de intercambios comerciales entre las diversas regiones del mundo es la globalización de esos intercambios y, al mismo tiempo, las contradicciones de esas relaciones comerciales se traducen en un continuo deterioro de las formas de vida de los trabajadores especialmente en las regiones donde los países periféricos son la regla. La inserción subordinada de cada uno de estos países en el sistema de relaciones comerciales internacionales y globales se expresa en la implementación de planes económicos basados en ajustes, en las recomendaciones y presiones del Fondo Monetario Internacional y de la banca global que, sin embargo, son superados por la misma realidad de la crisis del modelo rentista y financiero que esos mismos organismos pregonan pero que, en definitiva, no practican. Además, detrás de la lógica de este sistema comercial global podemos rastrear una continua mercantilización de todas las relaciones humanas y una fuerte apertura a los mercados externos, que se traduce en una lucha constante por ganar mercados a expensas de la calidad de vida del trabajador. La razón neoliberal así se muestra fuertemente reaccionaria y violenta porque en la base de su lógica encontramos la idea del mercado como mercado total: el neoliberalismo dogmáticamente hace suya la idea del *automatismo del mercado* que significa que éste es considerado como una institución perfecta, eterna y rígida.

El primer desafío de los sectores y grupos dominantes es imponerlo de la manera más totalitaria posible, es decir, a expensas de los trabajadores, de

forma que su propia lógica abarque todos los aspectos y elementos de la vida política, social y económica de los asalariados, es decir, escudriñando en la política, la economía, la religión y hasta en las relaciones que cada individuo establece con sus semejantes. Desde esta perspectiva, las teorías que buscan construir otra lógica, una que vaya más allá de la razón mercantilista, son consideradas subversivas y altamente irracionales porque el eje rector son las necesidades y los intereses del mercado neoliberal global. En ese contexto, el llamado por más mercado se transforma en una promesa casi sin sentido, que sería la solución a los múltiples problemas del desempleo, de la pobreza, de la marginación o la destrucción de nuestro medio ecológico. Sin embargo, el mercado no es capaz de cumplir satisfactoriamente la función social que le es asignada, en el sentido de integrar a todos los trabajadores en el proceso productivo, pero, inmediatamente después, los sectores representativos de los intereses y de la lógica neoliberal, le atribuyen esos problemas a una falta de fe en los mecanismos propios del mercado y la irracionalidad de los grupos o los individuos que se resisten el avance global de éste. En esas condiciones históricas, realmente los grupos neoliberales creen que más mercado puede solucionar todos los problemas sociales de manera que así su ideología se convierte en fundamento de todo régimen político que aspira al bien común. Ese es el problema fundamental: mientras ellos destrozan la vida de cada uno, mientras destrozan nuestras condiciones de organización tanto política como social, mientras nos niegan la cal y la arena, el día, el sol, la noche o la penumbra, mientras nos niegan la alegría, la felicidad y aún la tristeza del sujeto, mientras nos niegan todos y cada uno de los grandes sentimientos y la altanería de los hombres en tanto humanidad, mientras nos niegan incluso esa misma condición de hombres, al mismo tiempo se creen los benefactores de nuestra especie, de la humanidad. Además, desde el punto de vista de los intereses y de lucha del campo y de la cultura popular, es decir, a partir de los intereses de los mismos trabajadores, la ideológica del no intervencionismo, de la apertura y desregulación de los capitales financieros- medidas todas que son defendidas por el *automatismo del mercado*- se convierte en la base de nuestras derrotas porque defiende la idea del *Estado mínimo* en cuanto a su incidencia en el orden económico nacional y es un proceso que no tiene fin porque su dinámica no tiene límites ni políticos ni sociales ni mucho menos morales. De hecho, es la falta de cualquier tipo de ética en el sentido de la inclusión social y de la democracia lo que caracteriza las políticas y la puesta en escena de los grupos de interés neoliberales.

La amoralidad los define como grupos de poder dominantes porque simplemente les interesan solo aquellos problemas que tengan que ver con las políticas que intentan colocar límites a la acumulación privada del capital. La cuestión, de acuerdo a la concepción ideológica de ellos mismos, gira solo

alrededor de esa temática por lo que no les importan los ajustes, las crisis o la recesión, no importa la caída del empleo y la consiguiente suba de la cesantía de los trabajadores, no importa las condiciones generales de las mayorías, de los sectores populares, tampoco les importa la calidad de la salud o de la educación de un país, siempre vistos como bienes de consumo y nunca como un servicio público, no les importa la falta de perspectiva o el pasado, el presente o el futuro de los hombres. En realidad, sí les importa el pasado, el presente y el futuro, las condiciones de vida del trabajador, sí les importa la salud y la educación, sí les importa, pero solo en la medida en que cada una de esas temáticas responda y sea funcional a sus intereses. Esos intereses que tienen que ver con la acumulación privada del capital sin ningún tipo de restricción. En esas condiciones, los grupos de interés que responden a los factores de poder históricamente dominantes, y por lo mismo históricamente conservadores, desnudan en toda su crueldad sus formas de ejercicio del poder, la defensa de sus granjerías, privilegios y la reivindicación de sus modos de vida a expensas de cualquier grupo, sector o clase social que así se les oponga. Es una amoralidad que reivindica y sustenta políticamente las razones y la cultura de la patronal. Este hecho de reivindicación de unos intereses sobre otros en realidad es circunstancial a cualquier grupo social o político que busque imponerse sobre otros, es circunstancial al poder y la hegemonía que se busca obtener en beneficio propio pero, a diferencia de los factores de poder dominantes que son minorías, los sectores populares somos la mayoría y por el solo hecho de actuar en beneficio de nuestros intereses que son representativos de esa mayoría son morales y defensores de una ética más democrática y racional. Por supuesto, ello en un contexto de inclusión, de participación y democracia, desde una gestión pública que busca crear poder popular.

Simplemente lo que pasó en los años '90 fue el triunfo aplastante de los factores de poder dominantes, esta vez expresados en una ideología que impone un régimen neoliberal, por sobre las esperanzas y posibilidades de cambios a las que siempre aspiran los trabajadores en tanto son los grandes perjudicados y víctimas de las formas minoritarias y conservadoras de hacer política. Así, en su momento la derrota política del sector representativo de la cultura popular, de su posible inoperancia y sus frustraciones militantes, que se ven complementadas a partir de la aplicación de políticas reaccionarias y utópicas del mercado totalizador en los años '90, fue la base del triunfo de los neoliberales que entonces buscan reducir al trabajador a simple función mercantil y a nuestros pueblos a colonias sometidas a los intereses de los países más desarrollados, esos que controlan los centros globales del poder. En consecuencia, esta alianza de la reacción, redujo todas y cada una de las *relaciones sociales* a *relaciones de mercado* mientras que al mismo tiempo

los objetivos de las transnacionales fueron el fin no solo de los gobiernos sino también de nuestros trabajadores, incluso como clase de trabajadores, de manera que esas corporaciones, de presencia e intereses globales, tomaron el control del régimen político usando inescrupulosamente todas sus estructuras para cobrarse favores prestados que fueron capaces de inmovilizar cualquier interés o creencia en sustancias e ideas más justas que fundasen otra manera de hacer las cosas en base a la acción política en el sentido de transformación de la realidad en favor de las amplias mayorías que, desde siempre, son las perjudicadas por la patronal y sus representantes. El liberalismo económico- que en realidad nunca ha sido tal porque usa y abusa de las estructuras del Estado capitalista para imponer su visión del mundo- en complicidad con el conservadurismo, no constituyen para nada una novedad en Chile. De hecho, desde antes del proceso que nos independiza de la España imperial esas ideas eran parte del acervo cultural y político de la élite gobernante. De hecho, a mediados del siglo XIX, las ideas de la económica liberal clásica arriban a nuestro país instalando entre la élite gobernante un consenso económico liberal el cual, crisis y depresión de 1870 mediante, duraría hasta la crisis global de los años '30 y la Depresión que le siguió. A partir de esta gran catástrofe liberal se impone el paradigma del nacionalismo económico e intervención contra cíclica del sector público (y de los principales actores de poder dominantes a nivel del régimen) en la economía del Estado capitalista. Entonces, en Chile, el período que va desde 1932 hasta 1938 resultó en una evolución económica desde el liberalismo anterior a la Depresión a cierto nacionalismo económico que busca resolver las contradicciones de la teoría económica liberal. Se produce la transición del liberalismo pragmático aplicado por el ministro de hacienda Gustavo Ross Santa María que sería en realidad el último intento de insertar a Chile en el sistema comercial global antes del mal llamado Estado de bienestar que dura hasta los '70. En esa economía, que trae bienestar a los trabajadores pero que me parece de mucha pretensión considerar como de auténtico *bienestar*, dominó la planificación económica y la teoría estructuralista defendida por técnicos inspirados en lo que luego se conoce como economía keynesiana.

En cuanto al pensamiento neoliberal que se impondrá con la llegada de la dictadura cívico- militar conducida por Pinochet, un elemento central para entender este proceso es hacer hincapié en la visión de la Escuela Económica de Chicago en la definición de su disciplina, y especialmente de su corriente de pensamiento, como dogma basado en una ciencia positiva, es decir, que se encuentra en el mismo plano que la definición que ellos hacen de las ciencias de la naturaleza y que así es verificable, absoluta e inmutable. Válida en todo tiempo. En ese contexto dogmático, el economista asume la función de gran reformador que actúa a favor del bien de la mayoría a partir



de una teoría económica que es neutral, negando de esta manera el carácter normativo de su teoría. Al final, siempre en base a esta pretensión muy dogmática de creerse los dueños de la verdad, al neoliberal no le interesa solo entender el mundo económico y explicar sus supuestas normas, principios y leyes, sino que se interesa por transformarlo a partir de su propia visión de lo *natural*. Milton Friedman, uno de los pensadores adscrito a ese pensar, define la economía moderna como una ciencia matemática, ajena a todo valor no mensurable, es decir, una disciplina anti-histórica que demuestra desdén por las tradiciones intelectuales y culturales del hombre.

A partir de esos dogmas, ideas y principios fuertemente reaccionarios, durante la década de los '60, surgirá en Chile el discurso económico que incorpora elementos liberales, neoclásicos pero políticamente conservadores, como resultado de una fusión entre grupos del catolicismo integrista de la Universidad Católica y economistas formados en la Universidad de Chicago. Además, importa señalar que esta particular relación entre el economicismo liberal protestante venido de Estados Unidos a partir de los Chicago Boys y el catolicismo bien cercano al hispanismo peninsular que impera en la Católica, solo se explica por las condiciones de radicalización política del Chile de entonces y por otro lado por las disputas ideológicas al interior de una universidad pequeña como la Católica. Clave para los sectores más reaccionarios de nuestro país es el hecho que en octubre del '68, organizados políticamente en el Gremialismo y agrupados alrededor de la figura de Jaime Guzmán, logran ganar las elecciones de la Federación de Estudiantes de esa universidad. Esta victoria, si bien pequeña, es importante porque se produce en medio de una época donde el cambio en favor de los trabajadores parecía imparable, lo que implicó una profunda influencia en el surgir de una élite de derecha convencida del éxito del conservadurismo a pesar del contexto de cambios en esa época. Este nuevo sentido mesiánico del cambio, de verdad revelada ahora volcado al futuro, es preponderante para poder entender su participación en la transformación estructural que experimenta Chile a partir del golpe de Estado y que se prolonga con los gobiernos de la Concertación, de la Nueva Mayoría, etc.

Los años del gobierno de la Unidad Popular bajo la conducción de Allende es una etapa de cambios centrales en cuanto a la democratización del régimen en el que las contradicciones políticas que caracterizaron todo el siglo XX llegan a un punto máximo, haciendo irreconocibles incluso grupos políticos que apenas una década antes aún se mantenían dentro de un cauce de solución democrática de esas contradicciones. Bajo la Unidad Popular el país se encuentra con un grado de participación popular inédita, exigiendo el máximo a las estructuras del régimen benefactor, al que el grupo conservador había decidido poner fin a través de la violencia que bombardeó la Moneda,

las fábricas y barriadas populares, que torturó, denigró e hizo desaparecer a miles de luchadores. De hecho, hacía mucho que la derecha y prácticamente todo el empresariado- ligado al interés transnacional- se había convencido que la única solución posible a las contradicciones que alteraban la situación de Chile a favor del trabajador debía ser necesariamente extrema. La cuestión de la solución en favor del interés de los factores históricamente dominantes en términos extremos es central porque nos muestra que siempre estuvieron a favor de una salida a través de la fuerza, del golpe de Estado, cuando vieron la imposibilidad de recuperar el poder arrebatado por el pueblo. A partir de ahí asumen que el modelo instaurado con posterioridad al régimen benefactor no podía ser similar a aquel porque se convirtió, de acuerdo a los preceptos ideológicos de la derecha, en el culpable de la crisis. Por primera vez en su historia la derecha empieza a vislumbrar un proyecto de cambio que va más allá de la idea de restauración o reacción ante al avance de la cultura popular aunque hay que aclarar que al momento del golpe de Estado, los militares no contaban con un proyecto fundacional de país. Esa necesidad la cubre el neoliberalismo.

El neoliberalismo como proyecto económico y político, como modelo social y cultural, se convierte en la solución a esta falta de proyecto de Pinochet y los suyos para consolidarse en el poder e intentar legitimarse. El neoliberalismo es así un proyecto propio, bien reaccionario y fundacional de un Chile autoritario. El año '75 Pinochet da un golpe de timón económico, apoyado en la estrategia de tratamiento de shock y ajustes propuestos por los monetaristas por sobre la aproximación gradual del sector militar nacional-desarrollista. Es la forma en que logra desplazar del poder al grupo original de sediciosos militares que estuvieron detrás del golpe consolidándose en el poder. Con esto, más allá de sepultar el proceso de cambios estructurales planteado por la Unidad Popular, los Chicago Boys buscan terminar con cualquier estructura ligada al modelo anterior. El sentido de la Constitución de 1980 es ese. Se busca generar otra institucionalidad, el fin de la antigua democracia y la creación de una formal, instrumental y abstracta que evite desbordes. Entra en acción el pensamiento de Hayek con el cual la pseudo democracia neoliberal chilena ahora se basa en la idea de la *soberanía nacional* y no de *soberanía popular*, principio que logra justificar estructuras aberrantes como el el Tribunal Constitucional que se complementa con instituciones como el Consejo de Seguridad Nacional, etc.

Sin embargo, durante el presente siglo el movimiento sindical chileno da un salto cualitativo en relación a la situación precedente porque logró la unión de varios sindicatos para la articulación de demandas compartidas. Y lo digo de esta manera, como “demandas compartidas”, porque bajo la lógica del régimen neoliberal- que se basa en el despojo de todos y de cada uno de

los derechos, conquistas y leyes a favor de los asalariados- compartir estas reivindicaciones no es tan complejo. Esas se manifiestan en una suba real del salario como etapa primera para posteriormente luchar por sueldos y jornales justos, de acuerdo a nuestro esfuerzo y dignidad; lo anterior directamente se vincula con una jornada de trabajo racional. Por último, se plantea el fin de las AFP, la necesidad de convocar a la Asamblea Constituyente y el término definitivo del lucro en la educación y en la salud, sólo por poner un par de ejemplos; estos son temas que nos involucran como sociedad. La política de las alianzas sindicales corre a la par con un clima de conflictos laborales y de huelgas, de paros y demás, en pleno desarrollo y en crecimiento, las que superan en número y días a las de cualquier otra época desde que gobierna la derecha duopólica. El gran salto en las batallas de los trabajadores se produce porque ahora las movilizaciones son intersectoriales y van en aumento. Basta con observar las marchas, las contramarchas y las manifestaciones masivas para verificar que cuentan con la participación tanto del estudiante como del trabajador, tanto de los empleados públicos como del privado. Antes no se daba esta situación. Son dos cosas las principales: una es que así se crea un escenario político lleno de tensiones, en favor de Chile. Además, es un proceso interesante esta articulación que se produce entre trabajadores y los estudiantes porque todos luchamos por lo que de hecho nos corresponde: por una educación pensada como servicio público, de calidad y ligada a un proyecto de país integrado, que genere empleos reales, que incentive el ahorro interno, el consumo de los trabajadores, derechos laborales, sociales, políticos y también los capitales que son necesarios para el bien común. Hay que insistir en esta articulación porque los que protagonizan el cambio- lo digo sin desmerecer la lucha del movimiento estudiantil- es el trabajadores. Nosotros lo somos en tanto que constituimos las víctimas predilectas de la injusticia del régimen, de aquel que nos explota y que nos convierte en mera mercancía al servicio de la élite. Por lo tanto y en la medida que nos organicemos somos los que tenemos la última palabra. Si actualmente el movimiento estudiantil no logró nada en términos prácticos (me refiero al hecho de que no produjo ningún cambio sustancial en la educación) es porque los asalariados no hemos acompañado el combate de los jóvenes más allá de declaraciones de buenas intenciones, porque no supimos trabajar en favor de una articulación política y social que derive en un proyecto de país alternativo al infierno de los neoliberales.

### **Restricciones del régimen político neoliberal.**

Lo notable es que siempre se nos dijo que la sumisión de nuestros objetivos (que giran alrededor de la posible satisfacción de las necesidades

de las mayorías) a los intereses del capital privado eran transitorios. Pero, el problema es más profundo porque esa sumisión de los intereses y urgencias de las mayorías a las necesidades de la empresa y los capitales privados no es momentánea sino que, en primer lugar, es esa capitulación la que define el crecimiento y aún el progreso bajo las premisas del neoliberalismo. Para esos grupos de poder la evolución implica estos sacrificios que incluso se cobra la vida de muchos, de miles y millones de militantes populares a través de la imposición de las dictaduras de seguridad nacional que, en lo comercial y económico, plantearon la apertura, el ajuste y disminución del gasto público. Además, la propaganda dominante nos dice que la consolidación de variados grupos económicos, ramificados por todo el tejido social, es decir, por los centros neurálgicos, nacionales y globales, de la actividad económica, era virtuosa. Pero, esta virtud derivó en la fusión de los grupos nacionales con las transnacionales bajo la tutela del capital financiero globalizado y la complicidad de nuestros gobiernos. En esas circunstancias, este continuo pregonar de la propaganda, plena de falsedades ideológicas y comprometidas presuntamente con la ejecución de los valores humanistas de solidaridad o de la igualdad, nos chocó de frente tanto como el intento de avasallar nuestros valores y cultura. Ya en los '70, los sectores más reaccionarios, que pregonan contra el régimen comprometido con la intervención económica y con el bien común en un contexto de beneficencia y asistencialismo, prometían brindar un espectáculo más que dantesco en relación al cambio de régimen político. De acuerdo a esta nueva propaganda, el régimen político de bienestar era el culpable de la situación de la crisis y en su transformación radicaba la llave mágica de solución a todos los dramas políticos, económicos y sociales del hombre sembrando, en la conciencia de la opinión pública y de los propios trabajadores en general, un conjunto de ideas aglutinadas en los axiomas de los que quieren que todo quede bien privatizado y desregularizado. Entonces, germinan ideas tan absurdas, pero quizás no tan fuera de contexto, como las del *Estado mínimo*, de la desregulación de las finanzas, del comercio y de la ineficiencia que sería característica del sector público. El régimen político, el Estado de acuerdo a sus puntos de vista y formas ideológicas, que ahora se encuentra empequeñecido en sus funciones y en su rol social y político, será la única posible solución a las continuas crisis de caída de la tasa media de las ganancias en que derivó la instauración política- luego de la Segunda Guerra Mundial- del régimen de bienestar. De hecho y en honor a la verdad, esas crisis se deben a sus limitantes estructurales, o sea, por no poder ir más allá de la beneficencia, del asistencialismo y por definir en ese contexto a los trabajadores como simples ciudadanos que se transforman de esa forma en clientes del sector público en tanto sujetos con necesidades concretas. De hecho, bajo ningún punto de vista serán pensados como sujetos de derecho.

*Estado empequeñecido pero Nación grande*, nos dijeron. Este axioma se basó en la desregulación y en la privatización de las empresas y hasta del espacio público, de la educación y la seguridad antes en manos exclusivas del sector público y sus estructuras. Por eso, el proceso de dominio neoliberal condujo a la aplicación de los axiomas del automatismo del mercado que con su teoría monetarista, de las expectativas racionales, del fin de las ideologías y de la historia, logró infligir al conjunto patrimonial de nuestros países, y a la capacidad misma del régimen para intervenir en los conflictos sociales y en la actividad económica, un gran daño pero que en absoluto es irreparable. El régimen se vio fuertemente restringido en sus capacidades para luchar por la paz social y los consensos necesarios para que la lucha por la primacía no se desbordara a límites intolerables, hasta el caos o la anarquía. Porque, en la medida en que el *régimen político* busca la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de las amplias mayorías, mientras éste lucha por el bienestar común de los trabajadores y en democracia, con un fuerte consenso político, entonces, la vida, la lucha y las esperanzas de los trabajadores, se hacen más tolerables y todos salimos fortalecidos. De hecho, las crisis del capital y sus consecuencias en el mercado del empleo, de la producción nacional, del ahorro y del mercado interno, nos interrogan sobre múltiples preceptos, tesis y teorías neoliberales que en verdad no resisten la mínima demostración empírica. En esas circunstancias, ¿cómo podemos suponer un régimen totalmente prescindente de nuestros intereses como país y como región, ausente en la orientación económica y en la planificación productiva limitándose sólo a las actividades de seguridad, de represión y a la mera recaudación de impuestos? Porque no olvidemos que precisamente ese régimen político, empequeñecido y coartado en sus funciones vitales, es esencialmente represivo y represor, es una bestia solo compatible con la delegación de las principales tareas, metas y objetivos económicos, sociales y políticos concentrados en manos de las más grandes transnacionales y los intereses que ellas controlan y reproducen.

Por eso, hoy un hecho central, que además caracteriza al sistema comercial globalizado bajo los paradigmas de los liberales, es la primacía de los intereses de esos conglomerados y transnacionales en el ámbito del comercio de intercambios globales. En el ámbito político, las transnacionales terminan por cubrir este vacío de poder global a que nos condujo el neoliberalismo y su primacía de lo financiero y lo especulativo sobre lo productivo. El hecho de que las transnacionales controlen el poder a nivel global expresa políticamente la necesidad de un gobierno global de defensa de sus intereses corporativos: ante la falta de un gobierno organizado globalmente, al modo de los regímenes políticos a nivel nacional, son ellas las que asumen la defensa de sus propios intereses a través del control de las

organizaciones e instituciones globales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Fondo Monetario Internacional, el Club de París, las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos, la OMC (...) En ese sentido, las transnacionales, como agentes políticos se ven engrandecidas en sus funciones en los pueblos que aún no son capaces de desprenderse de la razón neoliberal por el hecho de que el valor de los trabajadores, para presionar o para establecer un diálogo más fluido con el capital, se encuentra claramente desprovista de poder suficiente en esta batalla desigual. Por ejemplo, no es un secreto que la legislación laboral neoliberal en los países en que todavía se aplica sigue desvergonzadamente reivindicando y favoreciendo, en todos los ámbitos, al empresariado en perjuicio de los trabajadores que, además, pierden fuerzas y su capacidad de presión en un mercado laboral donde existe un amplio contingente de desocupados que tienen esperanza por volver a entrar en un mercado que en su momento los marginó a través de la pérdida del empleo.

La marginalidad y la exclusión social se producen por la incapacidad de satisfacer las demandas más básicas dentro del mercado de consumo por parte de vastos sectores sociales que así se convierten en los más vulnerables. El problema de la marginalidad y de la exclusión (de la falta de trabajo y de incentivos auténticos a la economía real, a la economía de la producción, esa que crea trabajo productivo, ahorro e inversiones bajo los paradigmas de un nuevo proyecto de industrialización e inclusión política- social) se vuelve un problema estructural y endémico bajo la lógica del régimen neoliberal. Bajo la lógica de los neoliberales el mercado de trabajo y de consumo reproduce una desocupación cada vez más dramática por la lógica misma que subyace detrás del funcionamiento del mercado de trabajo y que tiene que ver con la flexibilización laboral, los contratos temporarios, bajos salarios y pérdida por parte de los trabajadores de conquistas históricas que les hace retroceder de forma importante en cuanto a su poder de negociación y de control sobre el empresariado. Por lo mismo, uno de los problemas centrales en relación a las consecuencias de la estructura de la razón de los neoliberales es el tema de los incluidos y de los excluidos de los beneficios del actual régimen porque en el neoliberalismo no es posible encontrar soluciones que sean auténticas, que nos planteen políticas de promoción de empleo porque generalmente estos son trabajos de baja calidad que solo reproducen la marginación social.

Entonces, la cuestión de los *incluidos y de los excluidos del mercado de trabajo, del mercado de consumo, de la ciudadanía inclusive* (en la medida en que quien no trabaja pierde sus derechos, inclusive su dignidad, su proyecto de vida, muchas veces hasta su familia) es un proceso necesario en el continuo desarrollo del Estado capitalista en su actual etapa neoliberal. De hecho, el régimen neoliberal expresa de la manera más trágica y fanática, de

la forma más extrema y radical, las múltiples necesidades de reproducción y acumulación privada del capital en esta etapa histórica. El neoliberalismo no puede actuar de otra manera porque las necesidades de control y dominación política sobre las mayorías ya no puede ejercerse de manera tan subliminal por la propia conciencia que se va creando entre los trabajadores debido a la gravedad de los dramas sociales y políticos que, llegados a cierto punto, no pueden simularse. En la medida en que las diversas inclinaciones típicas del régimen neoliberal pertenecen a su naturaleza, provoca destinos que son trágicos pero definitivamente evitables si estamos dispuestos a movilizarnos en favor de maneras y formas políticas más racionales que nos inviten a luchar por una mejor distribución de la riqueza, por un mayor equilibrio entre la fuerza de trabajo y las necesidades de la acumulación privada del capital, por una salud y una educación definida en términos de servicio público antes que como mero bien de consumo que se compra, se vende y se intercambia como cualquier otra mercancía, como si estuviéramos hablando de chorizos, de pan o de zapatos. Se trata entonces de luchar por una nueva definición de todos y cada uno de los problemas y desafíos pendientes que definitivamente nos conduzca a la superación definitiva del Estado capitalista en la medida en que él constituye la causa de todos los dramas que aquejan al trabajador. En el proceso político de resolución de los asuntos percibidos como socialmente importantes (y por lo mismo dignos de considerarse por los actores y sujetos sociales y políticos que conforman el régimen) se impone necesariamente la superación del neoliberalismo en tanto es expresión y clara manifestación de los intereses del Estado capitalista. De ahí deriva la incapacidad política y las múltiples restricciones estructurales del neoliberalismo para resolver las necesidades de la mayoría de manera real y concreta. Al final, lo reconozcan o no los grupos dominantes, se impone la realidad de las necesidades y las urgencias de los trabajadores por sobre las virtualidades a que nos quiere someter la cultura y la ideología de los grupos dominantes de forma de seguir simulando su control sobre la conciencia de los trabajadores en tanto y en cuanto constituyen una clase social mayoritaria. Al final la historia de la lucha de clases nos muestra que se impone la economía real, la concreta, esa economía productiva que genera trabajo para desde ahí incluir a las mayorías tanto desde el ámbito político como desde el ámbito social y cultural. Al final se impone la economía de la producción sobre las virtualidades que son inherentes a la especulación y las finanzas en términos neoliberales.

El discurso político de los sectores y grupos dominantes que indica la necesidad de modernizar el Estado capitalista se adecua sin más a la lógica de los neoliberales. Por ejemplo, en el caso del empleo, se tiende a reducir la ocupación y el salario hasta el límite en que la disminución del tamaño de la estructura social responda a las necesidades del nuevo modelo de producción

y acumulación neoliberal. Esto significa que se requiere marginar a unos dos tercios de la población y en esas circunstancias se agudizan notablemente las contradicciones sistémicas y sociales. La tendencia constante del capital son los de aumentar la *fuerza productiva* de la *fuerza de trabajo* a fin de abaratar la *mercancía* porque mediante ese proceso se abarata al trabajador mismo; sin embargo, al mismo tiempo que esto sucede esos bajos salarios hacen que el gasto en alimentación neutralice una parte considerable de los ingresos y salarios del trabajador. Así es como las necesidades de los sujetos, que el sistema les impone, no pueden realizarse más que en una mínima proporción por lo que la calidad de vida de los trabajadores en su mayoría desciende de forma cruel. En otras palabras, los diversos requerimientos relacionados con la educación, con una mejor salud, conjuntamente con el reordenamiento espacial del uso de las viviendas, el uso intensivo y constante del transporte, el gas, la electricidad o electrodomésticos, que son todas exigencias mínimas de vida urbana, no pueden ser satisfechas plenamente por el bajo nivel del salario del trabajador. Tampoco pueden satisfacerse con la intensificación o con la prolongación de la jornada laboral por eso, cuando a partir de la década de los años setenta importantes capitales multinacionales se insertan en nuestras economías periféricas, su principal objetivo es explotar las siempre beneficiosas condiciones percibidas por el capital en nuestros países en el sentido de existencia de una fuerza de trabajo altamente productiva y de bajo costo, es decir, con magros salarios y una verdadera precariedad de las conquistas sociales en comparación con los países más desarrollados. La llegada de estos capitales a nuestro mercado nacional, altamente protegido a través de las acciones monopólicas, les permite apropiarse de rentas también monopólicas.

Por su parte, la gran disponibilidad de trabajadores y los bajos salarios no sólo determinan el advenimiento masivo de los capitales transnacionales sino también la explotación intensiva de los trabajadores que pasan a ser, en definitiva, el factor principal que estimula esta inserción monopólica porque las estructuras económicas de nuestros países generan un grado muy alto de desempleo y subempleo proveyendo así de una reserva de trabajo adicional efectivamente disponible que presiona los salarios a la baja. Entonces, queda formado un capitalismo de intensa acumulación de capital y una extendida pauperización de los trabajadores expresado en altos índices de marginalidad y exclusión. Finalmente, la nueva organización de las estructuras políticas y económicas en nuestra Latinoamérica, con el objetivo expreso de introducir el régimen político neoliberal, hace disminuir aún más la participación de los trabajadores en el ingreso nacional provocando fuertes caídas en los niveles salariales. La necesaria conclusión de este proceso es que las políticas típicas de los neoliberales se orientan en favor de un estrecho sector de la sociedad,



a favor de los intereses de los sectores y grupos dominantes y en perjuicio de las mayorías, apoyándose en un modelo de acumulación privada que prevé la centralización creciente del capital a partir de la reconversión industrial, de la desregulación de los diversos mercados, la segmentación y fragmentación de los trabajadores y sus sindicatos. En ese contexto, en el neoliberalismo es la precariedad del empleo lo que caracteriza y define al sector informal de la economía pero la novedad, desde ahora, es que ésta se extiende progresiva pero constantemente al sector formal como resultado de la nueva lógica del régimen político de acumulación neoliberal que fortalece y, a su vez, debilita la razón del Estado de naturaleza capitalista.

Bajo esta nueva concepción ideológica, los salarios de los trabajadores son un costo en el proceso de producción, entonces, una reducción de este salario es así positiva desde el punto de vista de los intereses de acumulación del capital, al reducirse los costos de producción de la mercancía *fuerza de trabajo*, es decir, que se reduce ligeramente la demanda de los productos y bienes más elaborados como los refrigeradores, televisores o computadoras, dada la baja capacidad de compra del salario medio de los trabajadores, pero se reducen fuertemente los costos de esa producción. Es así un poderoso estímulo para desarrollar la producción de esos bienes si, a pesar de todo, estos productos, que son mucho más complejos y durables, encuentran una salida suficiente en el mercado del consumo interno. La consecuente alza de la tasa de explotación produce que una masa suplementaria de la plusvalía, de las ganancias del capital, sirva para pagar a los trabajadores improductivos cuyo nivel de ingresos, más elevados que el de los trabajadores manuales y menos calificados, les permite acceder al mercado de bienes de consumo duraderos y ser una salida suplementaria para esos bienes. Esto implica que el mercado de consumo se hace cada vez más excluyente porque empieza a desplazarse hacia los sectores medios y altos modificando la estructura del empleo lo que, a su vez, permite que un grupo social tenga acceso al mercado de bienes y de servicios duraderos mientras las mayorías son excluidas. La reducción de los costos salariales y otra política económica y financiera son las precondiciones para el desarrollo acelerado de las ramas que producen bienes duraderos e instaurar este régimen neoliberal excluyente. La solución de este problema se encuentra así fuera de las fronteras que limitan la lógica del régimen neoliberal y del mismo capitalismo como régimen de producción y distribución. La solución depende, entonces, de la ejecución de una política económica y social que haga posible la distribución equitativa del ingreso y el neoliberalismo es contrario a esos términos como acabamos de ver. La clase y la calidad propia de los bienes de consumo no son lo que dificulta su compra a los sectores más pobres porque, en definitiva, lo que lo impide no es sino una pésima distribución de ingresos. Por eso, en las decisiones acerca

de lo que se produce y cómo se distribuye, tiene que gravitar la política de ingresos que resulte más coherente porque de ésta dependerá la capacidad adquisitiva de los trabajadores y la mayor o menor expansión del mercado y ahorro interno. Por ejemplo, la disminución de la demanda, que recae sobre los bienes de consumo finales por el bajo poder de compra en manos de la población en general, reduce la demanda productiva y comprime el mercado, la ocupación e incluso intensifica el endémico desequilibrio que se produce entre la oferta de producción fabril y su realización a través del consumo. Pero, este desequilibrio es factible de desaparecer con el juego de los factores exógenos como puede ocurrir si en casos de esta naturaleza el régimen, por las razones que sean, decide mejorar la distribución del ingreso con medidas progresistas que reestablezcan la capacidad adquisitiva de los consumidores finales.<sup>3</sup>

La oferta de producción industrial no crea necesariamente, como en el trueque, su propia demanda. Por lo común, la oferta se adapta a la demanda y si esta es insuficiente el equilibrio puede lograrse con la disminución de la oferta de compra aunque esta contracción deje a bastantes trabajadores en la calle como consecuencia de la capacidad productiva que permanece ociosa. *El equilibrio entre oferta y demanda* no asegura una producción óptima ni mucho menos una mejor calidad de vida para las mayorías porque tampoco puede asegurar el pleno empleo ni tampoco una distribución equitativa de los ingresos. Tampoco es expresión de una estructura productiva más o menos coherente y humanamente integrada. El equilibrio de la relación entre oferta y demanda sólo puede tener una importancia significativa si es mantenida con un alto grado de empleo de los trabajadores. Son numerosos los factores que distorsionan la relación entre la oferta y la demanda de los bienes cuando el consumo mismo declina alejándose de la oferta. Entre estos tenemos la disminución de la capacidad adquisitiva de la población, la insuficiente demanda productiva por razones financieras o del tipo cambiarias, la

---

<sup>3</sup> Por el contrario, el neoliberalismo, en tanto es expresión política de los intereses del Estado capitalista, de sus vicios y de sus prebendas, busca resolver en parte el tema de los excluidos del mercado del consumo a través del crédito al consumo a través del cual los trabajadores, ahora fuertemente endeudados con el sistema de las tarjetas de crédito, entregan sus vidas a un consumo la mayor parte de las veces sin mucho sentido y claramente desenfrenado que es impuesto por la propia lógica de las formas capitalistas. Por último, es importante señalar que de vez en cuando, por las necesidades que son propias de la acumulación privada del capital, también se aprueban políticas de “borrón y cuenta nueva” de manera que los morosos nuevamente puedan acceder al crédito del consumo para sanear en parte la caída de éste. Bajo ningún aspecto se plantea entonces una mejoría en la capacidad adquisitiva del salario real de los trabajadores como incentivo a una mayor producción. Otra vez, como siempre, se insiste en políticas públicas ligadas a la especulación y lo financiero por sobre la producción y la economía real, esa que genera empleo e inclusión, democracia y participación.

capacidad ociosa y el desempleo, el bajo nivel tecnológico y la sustitución de importaciones a cualquier costo si estimula, por sus altos precios, las compras en el exterior. Entonces, esos desequilibrios pueden eliminarse a través de cambios en la demanda o en la oferta que compensen sus efectos. Sin embargo, un equilibrio logrado de este modo no promueve el desarrollo de la industria nacional ni la expansión del mercado y el ahorro interno, tampoco es conveniente para mejorar la asignación de recursos disponibles ni menos la distribución de los ingresos. Esto pasa cuando la insuficiencia de la demanda se compensa con menor producción. En ese contexto, el equilibrio vuelve a establecerse con el sacrificio de la oferta potencial o de la demanda posible pero al terrible costo de la desocupación de los trabajadores y la paralización del desarrollo industrial. Es la razón por la que hoy, en los múltiples países en que aún perdura el neoliberalismo, buenos índices macro económicos como, por ejemplo, la baja inflación o el equilibrio entre oferta y demanda entre otros tantos indicadores económicos, no conducen a buenos índices relativos al bienestar social, precisamente porque el fin primero de los neoliberales es el dominio mayor y absoluto del capital conjuntamente con la caída de todas las barreras que impiden la continua expansión de éste a costa de cualquier circunstancia.

La historia política de Latinoamérica nos sugiere que el crecimiento del rol de nuestros regimenes políticos correspondió más a las necesidades de resolver situaciones políticas coyunturales críticas que a ciertas motivaciones ideológicas o de políticas económicas que implicasen una mejor calidad de vida en el corto o mediano plazo para los trabajadores. Por su parte, procesos y cuestiones de carácter históricas y evolutivas, los sectores neoliberales las convierten en anécdotas y proclaman el fin de la historia y el inicio de la aceptación del automatismo del mercado sin cuestionamiento de ningún tipo pero, en definitiva, sus teorías no hacen más que esconder una profunda sed de poder absoluto donde la democracia no tiene otro valor que no sea el de conducir el proceso de acumulación de capitales. Así, para poder articular un proceso democrático de desarrollo nacional, popular, soberano e inclusivo en lo social, es necesario distinguir ciertas actividades propias del régimen que podemos dividir en dos áreas: una corresponde a la actividad del gobierno como regulador, como promotor y orientador del crecimiento de la economía en su globalidad y la otra es la actividad del régimen en ramas determinadas de la producción o actividad empresarial. Entonces, un plan nacional de desarrollo supondría un crecimiento sostenido, armónico y equilibrado entre las distintas variables económicas y sociales en todas las ramas de la producción en que la asignación de los recursos financieros nos demuestren la capacidad de obtener un adecuado desarrollo de los mercados internos y la

provisión de saldos exportables para satisfacer necesidades en materia de balanza de pagos y comercial.

De todas maneras, la polémica acerca del rol y las múltiples funciones que cumple necesariamente el régimen político en el orden económico no puede trasladarse a una simple enunciación de tesis y postulados porque, en fin, los empresarios se fugan del marco político cuando se trata de defender sus intereses sectoriales. Además, es cierto que algunas empresas privadas y otras públicas enfrentan, en determinadas coyunturas nacionales o globales, serias dificultades para competir en los mercados y que así requieren grandes inversiones de capitales para estar en condiciones óptimas, sin embargo, esta situación particular se produce generalmente por la criminal incompetencia de las políticas económicas aplicadas durante las dictaduras de seguridad nacional y los gobiernos que en general les sucedieron en democracia. Por ejemplo, la urgencia que le fue asignada a la política de las privatizaciones terminó oponiéndose al logro de ciertos objetivos respecto de las empresas estatales. De esta forma, las privatizaciones tuvieron un costo neto para el presupuesto nacional al retrasar la implementación de medidas para una mayor eficiencia en plantas industriales importantes. En otras palabras, a través del proceso privatizador, se destruyó el aparato productivo nacional imponiéndose una feroz dependencia de la región con respecto al sistema comercial global. Los regímenes políticos, con sus políticas privatizadoras, dieron más tarde un salto al vacío en la siempre difícil disyuntiva de sobrevivir. En base a estas políticas y la consiguiente pérdida de la soberanía nacional, debimos aceptar las imposiciones de los centros globales de poder que, a través de diversos acuerdos planteados por la banca acreedora global, nos sometieron a controles de implementación de las políticas neoliberales. Finalmente, con la explosión de la cuestión de la deuda externa en los años '80, nos convertimos en monstruosos laboratorios de prueba de los órganos financieros globales y vimos como eran violentados nuestros derechos.

En la época de la existencia de las transnacionales, cuyos presupuestos e inversiones superan al de muchas de nuestras naciones y en el que sus operaciones de venta son bien superiores a los ingresos de varios de nuestros países, cabe preguntarse entonces si no se trata de delegar la totalidad de las funciones del régimen político en estos grandes centros del capital financiero monopólico, concentrado y globalizado. Lo concreto es que este proceso de globalización económica y financiera siempre fue en esa dirección porque, en realidad, se busca construir un régimen político neoliberal basado en la expansión de unas pocas grandes empresas, que así se convierten en líderes, alrededor de las cuales tienen que adaptarse los intereses y las formas de acción, de producción e inversiones del resto de las pequeñas o medianas empresas y factorías generalmente de capitales nacionales. Es ésa la lógica

del neoliberalismo, del nuevo sistema comercial globalizado. Como es éste el objetivo final, y estas las nuevas condiciones sobre las que deben moverse los regímenes políticos, resulta evidente que estamos en presencia de otra gran mentira en la cual el objetivo real tiene poco que ver con la ampliación democrática de nuestros regímenes vía elección de los consumidores. Pero, el régimen político también tiene una gran capacidad para producir cambios estructurales en nuestras realidades si logra crear un consenso mayoritario de la necesidad de este cambio de la razón y lógica política, social y económica del régimen neoliberal, a través de un llamado a todas las fuerzas sociales y políticas para desde ahí plantear estrategias de acción política en todos los contextos en que se expresa la lucha por la primacía. Entonces, no basta con crear un conglomerado más o menos amplio de partidos democráticos si éste no va acompañado de un proyecto político consensuado también en el ámbito de las bases que sustentan la legitimidad de las organizaciones políticas. Los latinoamericanos siempre fuimos los perdedores porque siempre militamos en favor de intereses foráneos y combatimos contra los proyectos nacionales, soberanos, populares e inclusivos. Nunca estuvimos dispuestos a construir una nueva moral y eclosionar el relativismo ético de los otros. Nunca nos planteamos un nuevo pensamiento metafísico y otra razón. Sin embargo, lo que nos coloca en el horizonte de un futuro más solidario es que nuestros principios hoy son mucho más humanos porque, en realidad, los receptores de éstos son todos y cada uno de los trabajadores. Nuestra moral es mucho más racional porque se dirige a todos. Somos la fuerza y única esperanza, por lo menos la más racional, porque el valor de una verdad se mide por su capacidad de mejorar la vida de todos, por su capacidad de dominio y de creación de consensos mínimos. En cambio, los neoliberales no tienen como finalidad resolver ningún problema salvo esos que se conviertan en barreras para la expansión del capital.

### **Dominio, poder financiero e integración económica.**

La tendencia integradora y globalizadora es una etapa indispensable en el actual desarrollo del capitalismo de modo que si la idea de *integración económica* no hubiera surgido por estos rumbos el imperialismo lo hubiera impuesto de cualquier manera. En estos términos, esa tendencia integradora está impulsada por el gran avance tecnológico y científico de los países más desarrollados que necesitan colocar sus productos en un mercado consumidor cada vez más amplio a costos de producción cada vez más bajos. Esa es la ecuación fundamental. Así establecidas las cosas, las privatizaciones y la propia desregulación de los servicios financieros relacionados con el pago de la deuda externa, producen ciertas consecuencias vitales en nuestra región

que se relacionan con el hecho de que Latinoamérica pasa de ser productora de materias primas, dependientes política, económica y comercialmente de los países de avanzada, a ser economías muy especializadas en rubros más específicos pero también dependientes de las leyes fundamentales expresadas a través de la lógica de las economías del centro del poder que dominan los intercambios comerciales a nivel global. Leyes fundamentales todas ellas mediatizadas para el ejercicio más simulado de la dominación sobre nuestros países. Desde esta perspectiva, la integración comercial se nos presenta como nueva farsa destinada a superar los problemas del histórico subdesarrollo, de la marginalidad estructural y del rol decreciente de nuestro comercio exterior en relación al volumen general del comercio global. Es decir, la integración comercial, de ahora en más, nos conduciría a la construcción de economías avanzadas en el ámbito hemisférico al suprimir los graves obstáculos de la miseria, de la desesperanza, del bajo consumo y del retraso de muchas de nuestras regiones.

De todas maneras, la realidad nos muestra otra cosa muy distinta. Acá no hay opciones porque para edificar un santuario más progresista, nacional y popular, hay que destruir este otro santuario de la mediocridad y del lucro privado, el santuario del mercado sin ninguna regulación real, el del mercado neoliberal y, en ese contexto, es una tarea central porque somos los herederos de una cultura que se encuentra fuertemente quebrada y resquebrajada, es decir, corrompida en sus sueños de libertad, de bienestar e intentamos adaptarnos a estas condiciones. Ahí reside nuestra maestría, la perversión y la fuente de nuestra voluntad y recursos de poder porque, en realidad, hay que adaptarse pero no para hacer del régimen neoliberal algo más humano y tolerable sino para cambiarlo en beneficio de la mayoría. Hay que adentrarse en su núcleo y hacer volar por los aires sus órganos vitales. Todos fuimos convocados para impulsar los cambios a través de la creación del poder popular y de los órganos representativos, de las coaliciones de partidos políticos que no comulguen con la ostia de los reaccionarios de manera que podamos construir un movimiento de redención y de participación que venza al demonio del gran desprecio. En este sentido, la acción redentora de los trabajadores es épica. Es notable el esfuerzo de muchos países, tanto en el pasado como en el presente, para efectuar los cambios con vistas a mejorar la adaptación de sus estructuras a las exigencias del desarrollo de forma que queda establecido aquel límite máximo que puede alcanzar la ideología integracionista en relación a las políticas de desarrollo y de integración. Esto significa que los cambios y las transformaciones son emprendidos en el seno de regímenes nacionales con el objetivo de facilitar el funcionamiento de los múltiples mecanismos de integración. Consecuentemente, para buscar un proyecto integrador que no quede sumido en el peor fracaso y que tenga

dimensiones continentales y que, además, opere en favor de la liberación de nuestra región, la cohesión política e ideológica de los países incluidos en este esfuerzo, aparece como condición esencial porque, en fin, suponer que la dependencia estructural que nos afecta puede ser dejada atrás a través de ciertas medidas de liberación aduanera o de intercambio, sin afectar esas relaciones, es uno más de los mitos del neoliberalismo porque nuestros países dependen del mercado y del comercio global para colocar sus exportaciones en las condiciones impuestas por la macro estructura global de poder que retroalimenta el proceso de fuerte deterioro de los términos de intercambios, la extracción de la plusvalía también en el ámbito de lo global y tantas otras circunstancias. Precisamente, a través de este proceso y sus consecuencias, la dependencia económica y comercial busca y tiende a institucionalizarse.

En este proceso los dominantes locales, que adaptan sus intereses a la nueva situación, desempeñan un rol central quedando establecido, de hecho, un fuerte compromiso con la clase y los sectores dominantes foráneos que se transforman en nuevo elemento del complejo infraestructural. Así planteada, la dependencia se traduce en heterogeneidad que logra institucionalizarse. Pero, esta situación en ningún caso es estática sino que el desarrollo de las fuerzas productivas, en los regímenes políticos más dependientes, determina la aparición de nuevos grupos y capas sociales que paulatinamente asumen la conducción del proceso sin que las ya antiguas relaciones de producción desaparezcan del todo. Es así como se forma un proceso de heterogeneidad estructural que se revela en la presencia, en cada país, de diferentes modos de relaciones de producción. La intensificación de la concentración monopólica en los centros económicos y la lucha, las grandes y pequeñas batallas por el dominio y el control del mercado globalizado bajo las nuevas premisas del neoliberalismo militante, modifican la naturaleza misma del imperialismo: hace su aparición la empresa transnacional que es la forma operativa de una nueva penetración y control de la actividad industrial en el interior de los países dependientes. Frente a este dilema, que es el genuino responsable de las viejas y las nuevas contradicciones entre los poderes y los países y zonas centrales y la periférica, las clases dirigentes exteriores e interiores, intentan aplicar nuevas medidas para preservar la idea directriz de que el desarrollo de la región es posible en el interior de la lógica del sistema de relaciones vigentes mediante la simple introducción de ciertos cambios que, en realidad, no llegan a afectar la dependiente naturaleza de las estructuras de nuestros países. Es a partir de estas políticas que se justifica el proyecto histórico de integración de los latinoamericanos.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Los ideólogos de la integración olvidan el hecho de que las limitaciones de los mercados nacionales y el estrangulamiento del sector externo no son más que consecuencias del conjunto de relaciones económicas, sociales y políticas, que tipifican la

Las transnacionales son los nuevos actores de esta otra modalidad de integración y consecuentemente la expansión de éstas es uno de los rasgos sobresalientes del nuevo *sistema comercial* que representa una nueva fase del imperialismo caracterizado por la globalización del capital que esencialmente es ahora financiero y rentista. El rol de las transnacionales en esta etapa del sistema comercial global guarda relación con la exportación de capitales, la producción capitalista internacional y el mismo gobierno internacional. Estos tres aspectos nos explican el auge de los nuevos proyectos de integración en coincidencia con la fase expansiva de las transnacionales. El actual sistema comercial global se entiende así como una serie de relaciones económicas, de relaciones mercantiles, racionales y como políticas de poder dentro de un todo, estructurado y bien jerarquizado, que está compuesto de Estados, de movimientos, de organismos globales, transnacionales, algunas asociaciones, organizaciones no- gubernamentales y otros tantos que contribuyen, a través de leyes mediatizadas, a reproducir un intercambio desigual entre los países más desarrollados y los nuestros. A partir de esta definición, se plantean los desafíos de cambios a nivel global porque otro mundo es de verdad posible. Es necesaria sí la participación de todos porque la política está en todas partes a pesar que desde el neoliberalismo continuamente la acción política es denostada en favor del conformismo, de la apatía y del inmovilismo de los trabajadores en relación a la búsqueda de un mayor bienestar relativo a la mejoría sustancial de sus condiciones laborales que tiene relación directa con las condiciones propias de vida de esos mismos trabajadores en tanto que ellos como mayorías que viven de un jornal determinado están fuertemente vinculados al poder adquisitivo real de sus salarios. A pesar de este hecho más que evidente continuamente la patronal en defensa de sus intereses intenta convencernos que el *fin de la historia* ya está entre nosotros. El fin de la historia en el sentido que no hay posibilidad real de ir más allá de la lógica del Estado capitalista y los regímenes políticos que de una o de otra forma lo expresan y reivindican desde todos los ámbitos posibles. Entonces, ¿porqué tendríamos que molestarnos en militar y perder el tiempo en intentar cambiar

---

situación de nuestros países tanto en el plano interno como en sus relaciones con los centros de poder del sistema comercial global. Ellos presentan una serie de argumentos- como el insuficiente uso del potencial de los hombres, mercados nacionales estrechos, creación de espacios económicos que trasciendan las fronteras o la modificación del carácter del comercio exterior- que intentan transformar a la región en un bloque organizado de acuerdo con el modelo predominante en los países capitalistas más avanzados. El problema es que si aceptamos esta argumentación de los teóricos de la integración, que se limitan a señalar las consecuencias de la deformación estructural de la región sin siquiera denunciar las causas que la determinan, es fácil advertir que el mecanismo de integración que proponen tiene una notable coincidencia con las aspiraciones de los intereses de Estados Unidos en el hemisferio.



un estado de las cosas que se vuelve inevitable, que es eterno e incólume de acuerdo a los grupos y sectores de interés dominantes? Sin embargo, lo que hace necesaria la lucha de los trabajadores es la falsedad e irracionalidad de esas posturas políticas e ideológicas que se expresa en crisis social, política y económica, cultural y de los valores que rigen nuestra convivencia.

A pesar de los neoliberales y sus irracionalidades, la política está en el precio del transporte, en el precio del pan y de los alimentos en general, está en las relaciones laborales, es decir, en las formas que adquiere las relaciones entre la fuerza del trabajo y la acumulación del capital, está en la distribución de los ingresos y de la riqueza, está en los salarios reales, en la educación y definitivamente está en nuestra historia. Está en la política, en la economía y está en la vida de todos. Por eso, la indiferencia solo es otra forma de hacer política porque es una tremenda traición a nuestra participación en el sentido que delegamos nuestro poder como mayorías nacionales en otros, es decir, dejamos que sean otros los que se ocupen de lo que en realidad nos compete. El problema es que generalmente esos otros que se hacen cargo de nuestros problemas son los sicarios al servicio del gran banquete de los neoliberales. De ahí que bajo los paradigmas neoliberales se impone la desmovilización de los trabajadores que se complementa con la denostación de la política misma en tanto acción transformadora de la realidad de las amplias mayorías. Así, se impone la denostación de la acción política y el conformismo como única manera de afrontar la vida.

Sin embargo y a pesar de todo lo anterior actualmente estamos en un contexto de crisis global donde los países en que todavía perdura el régimen neoliberal son muy vulnerables al insistir precisamente en esas políticas. El temor y la desorganización política con la que actúan los sectores dominantes son un fuerte indicativo de como la batalla cultural e ideológica, de las ideas, se está resolviendo en favor de los cambios en un mejor sentido, en favor de las mayorías. Los dominantes en estos países, que copan con sus recursos la institucionalidad política- neoliberal vigente, entonces nos alertan sobre el peligro de la ingobernabilidad e incluso son capaces de invocar a las fuerzas armadas para encargarse del trabajo sucio que creen inevitable y que es una constante cuando se trata de defender los usos y los privilegios de clase. Los administradores del régimen político saben que la *(r)evolución democrática y desarmada* en términos de violencia en contra de las personas, que también es popular e inclusiva porque rescata ideas, valores, urgencias y necesidades de las mayorías, pondrá fin al modelo neoliberal. No hay otra alternativa ni otra posibilidad en la medida que la lucha, el descontento y hastío se impone luego de años de letargo. Además, hoy los trabajadores de esos países al fin empiezan a notar como el resultado de la política neoliberal no fue el que se les anunció. De hecho, la subordinación política a los dictados dominantes no

llevó a la prosperidad y a la democracia. Me parece todo lo contrario porque la experiencia de los países latinoamericanos donde se impone el régimen popular muestra que el resurgimiento económico y social vino de la mano de la recuperación de la acción política, es decir, de la conquista de la soberanía y de entender la política como fuerza que cambia la realidad del trabajador, donde nada es eterno y todo está en constante movimiento.

En los países que se imponen regímenes populares por la fuerza de la lucha del trabajador es una política central recuperar la soberanía monetaria porque nos permite recuperar competitividad y crecer incluso manteniendo cierto excedente comercial en una nueva realidad donde también se impone la soberanía política para hacerse responsable del propio destino y la forma de desarrollo que estamos dispuestos a sostener en el tiempo. Esto se logra a partir de la politización de los temas que nos involucran a todos, a partir del debate y la discusión de alternativas o no al neoliberalismo. Por ejemplo, la reestructuración de la deuda externa nos aporta un tremendo oxígeno a esas cuentas externas y fiscales, restableciendo hasta cierto punto la soberanía financiera que refuerza la soberanía política de los pueblos. Lo importantes es que los gobiernos populares, con su política de defensa de la industria nacional, de desarrollo del mercado interno, de generación de trabajo entre otras medidas progresistas, que lo son porque favorecen al trabajador, logran suprimir el problema de la deuda como factor de dominación. El fortalecer las cuentas fiscales es un aspecto central en la restauración de la soberanía financiera y ese superávit no es resultado de ajustes recesivos sino de la expansión del ingreso y del gasto del sector público en un ámbito de gestión popular del gobierno de nuestros países. Todavía falta mucho que hacer en estos ámbitos pero el avance va de la mano de trabajar por más soberanía, tanto monetaria como financiera, antes que someternos a los dictados de los centros globales del poder que analizaré más adelante.

La dependencia es grave porque el Estado capitalista no puede titubear cuando se trata de defender intereses corporativos a los que representan y por eso no duda cuando se trata de hundir un país si es necesario para salvar al *sistema financiero globalizado* como sucede en estos días y, en especial, a los bancos y sus intereses. Pero, la mayor enseñanza de la experiencia de las crisis globales y de los cambios en Latinoamérica es que para resolver los problemas es necesario politizarlos, usar y abusar de la política como una acción siempre transformadora. Es necesario ir a la raíz de los problemas, estudiar la justicia de la resolución propuesta y su viabilidad, determinar quiénes serán los favorecidos y los perjudicados, analizar las relaciones de fuerzas y poder existente y adoptar las decisiones de acuerdo a estos factores lo que necesariamente nos remite a una lucha de interés entre clases sociales y los sujetos que las representan. La instrumentación técnica es necesaria

pero hay que insistir en que queda subordinada a soluciones de fondo que además son políticas. Es un modelo de recuperación de soberanía nacional.

De acuerdo a esto hoy en Chile el camino de lucha puede verse con más optimismo porque se impone un espíritu que combate por ideales que parecían perdidos. Ideales relacionados con la solidaridad, con la igualdad y con el respeto por los otros. Emerge el trazo de un nuevo *arte de poder* que de ahora en más se desarrolla a partir de paradigmas que reaccionan contra el neoliberalismo y su odiosidad. Estamos en presencia de otro Chile, ese que recoge el sedimento de la lucha victoriosa y también de las derrotas terribles, de ejemplos sean buenos o malos. Los jóvenes hoy luchan, las demandas de los estudiantes y las metas que ellos mismos se han planteado nos muestran además que en la dispersa y falsa izquierda chilena existe un agotamiento de la *gramática del poder*, del rito y las exterioridades que deben asumirse conforme los ejemplos que dan los jóvenes chilenos en su batalla por el derecho a educarse de la mejor forma posible. Se requieren de nuevas ideas para problemas que ya son antiguos pero actuales porque todavía, aún después de tantos años de sacrificios, de marchas y contramarchas, no son resueltos ni canalizados por el régimen. Esto nos lleva a plantear un arte de poder, políticas, medidas y criterios novísimos para el fenómeno que emerge y coloca en entredicho la desgastada lógica neoliberal.

Muchas demandas de los estudiantes y de los propios trabajadores hoy pueden resolverse si se mantiene presión política y social en ese sentido, si no se cede respecto a los ideales de la democracia e inclusión. Otras tomarán más tiempo, como la Asamblea Constituyente que deje atrás la herencia de la dictadura cívico- militar. Hay demandas que también son complejas, como volver a la recuperación y nacionalización del cobre y de todos los recursos nacionales en general, porque es un tema condicionado por la Constitución actual como por ciertas leyes orgánico-constitucionales y hasta por tratados de libre comercio suscritos por los diversos gobiernos de la Concertación. En todo caso, lo importante en esta primera etapa del cambio, lo central de esta etapa de toma de conciencia y de movilización popular, es que se consiguió poner en cuestión un régimen político neoliberal de dominación basado en el lucro y en la acumulación privada del capital que hace solo un tiempo atrás se creía inamovible, como si realmente estuviéramos ante el fin de la historia o de las ideologías. Y se pone en duda ese régimen por la responsabilidad que le compete en la crisis social, política y económica que él mismo genera. Entonces, tenemos que preguntarnos que si el gobierno de las corporaciones globales y su poder basado en las finanzas abre nuevos rumbos en el sentido del cambio, éste terminará destruyendo al mismo Estado capitalista por las consecuencias de sus políticas. Creo que no porque el único que tiene la capacidad política de hacerlo, en el sentido que son los protagonistas reales

de la historia, de su devenir, progreso o retroceso, son los trabajadores y la forma en que entiendan y desplieguen el combate por un país y un mundo que acabe con las odiosidades y el tedio de los grupos y sectores dominantes.

### **Génesis del Estado.**

¿Cuáles son las características, los modos de actuar, las sentencias y las metas de los regímenes políticos y los *Estados centrales* y los nuestros, los *periféricos*? En los primeros, el *Estado* es una abstracción y su naturaleza de clase deriva del *Capital* mientras que, en los países en vías de desarrollo, por ejemplo, algunos latinoamericanos con un alto grado de urbanización, éste deriva tanto del *Capital* como de su inserción subordinada en el sistema comercial global.<sup>5</sup>

El *Estado* es una abstracción pero bastante real porque es el capitalista total ideal que, además, se presenta como lo que no es, es decir, se presenta como neutral, como si estuviera sobre los intereses de las clases sociales, es decir, sobre incluso la lucha de clases entre sectores y grupos dominantes y los subalternos. A partir de este fenómeno de supuesta neutralidad, planteo que el problema no consiste en determinar cómo la infraestructura económica del Estado determina la organización política del mismo, que equivale a una postura economicista en el sentido que lo económico es una prioridad en el análisis del origen de Estado, ni tampoco consiste en ver al régimen político, y sus respectivas políticas públicas, como gozando de una autonomía relativa respecto a la acumulación privada del capital, que es la postura típica del reformismo político que, a partir de estos términos, olvida la ligazón de lo político con las bases materiales y económicas que hacen precisamente al Estado capitalista, sino que la cuestión es entender porqué, en el capitalismo, *lo político* aparece como separado y escindido de *lo económico* y para esto es imprescindible analizar la naturaleza de clase del Estado y sus derivaciones tanto políticas como institucionales. Es necesario interrogarnos sobre esta percepción, supuestamente neutral, del Estado y su régimen político. Así, en una primera aproximación, vemos que esto no es más que el resultado de procesos históricos que fundamentan la razón dominante y le entrega sus fuerzas como ideología dominante. Esto es importante porque el Estado y su

---

<sup>5</sup> En los países claramente subdesarrollados como por ejemplo algunos del África, el *Estado* deriva sólo de su inserción subordinada dentro del *sistema comercial global* debido a su alto grado de dependencia con respecto a ese mismo *sistema comercial globalizado*. Además, el *régimen político* es la forma de existencia del *Estado* y, en tanto tomador de decisiones ante un problema percibido como socialmente de importancia (políticas públicas) en este proceso constituye un ente de acciones y omisiones que le dan ciertas características.

correspondiente régimen no son simplemente una condensación de fuerzas y actores sociales y políticos que luchan entre sí porque, en esas condiciones concretas, se olvida que el Estado deriva del Capital. Derivar el Estado del Capital significa ver al Estado como el garante de las relaciones capitalistas de producción y distribución mientras que, al mismo tiempo, el régimen político actúa consolidando la legitimación de la dominación. Un ejemplo del Estado como garante de última instancia de la acumulación capitalista, son las políticas de salvamento de los bancos y de las entidades financieras, de empresas y factorías de los países centrales, que se producen con las diversas crisis del sistema. Por su parte, el régimen político, a través de sus políticas públicas, refuerza la legitimidad de esas propuestas. Esto nos remite así al primer principio fundamental del *reformismo radical* que es denunciar la aparente neutralidad del Estado y su reformismo político que reposan en el fetichismo de la mercancía. Entonces, ¿cómo se consolida este proceso de fetichismo de la mercancía, es decir, cuáles son sus múltiples parámetros, sus relaciones contractuales, su forma de compensación?

La relación de intercambio, que se establece entre dos productos y bienes cualesquiera, significa que la mercancía A se expresa en la mercancía B. Si A representara la cantidad de trabajo realizado en una jornada laboral y B el salario percibido por el trabajador tras esa misma jornada estamos en presencia de la venta de una *fuerza de trabajo* como *mercancía* contra un *salario*. El hecho de que esta cantidad de trabajo efectuada por el obrero metalúrgico o por el empleado administrativo de cierta empresa (...) en esa jornada pueda manifestarse en el dinero nos dice que ese trabajador vive de un salario retribuido por su trabajo. Pero, si nos planteamos la cuestión sobre las causas y las consecuencias de la circulación de la mercancía, llegaremos indefectiblemente al análisis de la medida del *valor*. Por ejemplo, la utilidad de un producto lo convierte en *valor de uso* y ese carácter del bien lo define, a su vez, como *mercancía* porque por sus cualidades satisface necesidades del hombre. Este concepto de *mercancía* nos da la posibilidad de entablar relaciones sociales entre las personas y las cosas porque es independiente de la cantidad de trabajo necesario y requerido para apropiarse de ella. Desde esa perspectiva, es el *valor de uso* quien constituye el contenido material de la riqueza, es decir, lo que le da utilidad, y por tanto es el soporte material del *valor de cambio*. Por su parte, el mismo *valor de cambio* es la característica común de todas y cada una de las mercancías, es decir, es lo que las hace intercambiables entre sí. Esta cualidad común, que las hacen intercambiables, es el *trabajo socialmente necesario para su producción* y éste, a su vez, es el que se necesita para producir un *valor de uso* cualquiera, determinado en ciertas condiciones socialmente normales de producción y con el grado medio de destreza del trabajo imperante en la sociedad en cuestión. En otras

palabras, un objeto es útil para los hombres porque encarna cierta *fuerza de trabajo* y de esa manera es como de la *mercancía* deriva el *valor de uso*, constituyéndose en el proceso de intercambio, el *valor de cambio*; al mismo tiempo, aparece el *dinero* como el equivalente general, es decir, como el mediador para hacer posible ese intercambio de mercancías.

En eso se diferencia el intercambio de mercancías de otros modelos de intercambio- por ejemplo del trueque- porque en este último las mercaderías se intercambian directamente. Por ejemplo, cambio trigo por una manzana sin embargo en el capitalismo es necesario un equivalente general por todos aceptados. Esa es la función del dinero. Es, en la circulación e intercambio de las mercancías, donde arranca el capital que junto al comercio forman las condiciones históricas previas bajo las que surge el Estado capitalista. Si prescindimos del contenido del intercambio de mercancías veremos que el resultado final del proceso mercantilista es el dinero pero éste no es más que la forma inicial en que se presenta el Capital. En otros términos, el dinero considerado como dinero y el dinero considerado como Capital son distintos. La forma directa de la circulación de mercancías, el intercambio entre ellas se define a partir de la ecuación M- D- M (*mercancía, dinero, mercancía*) o sea, *vendo un producto para comprar otro*. Pero, del lado de esta forma encontraremos otra distinta, la forma D- M- D (*dinero, mercancía, dinero*) que significa *compro una mercancía, por ejemplo, el trabajo de un obrero para vender otra mercancía por ejemplo un par de zapatos producidos por él mismo*.

El dinero que gira con arreglo a esta forma, de *comprar el trabajo del obrero para vender un par de zapatos por él producidos* es el que se transforma en ganancia, o sea, en capital. El núcleo que hace posible este tipo de intercambios, es decir, *vender para comprar* o *comprar para vender*, es la *cantidad de trabajo abstracto necesario para la producción de mercancías*. Ocultas hasta ahora bajo una simple relación de igualdad surgen desde las entrañas sociales las relaciones reales de producción entre los hombres. A su vez, el salario de los trabajadores se convierte en la forma *precio de la cantidad de valor necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo*. El salario así no representa la remuneración por la cantidad de trabajo efectuado por el obrero sino el que es necesario para que el trabajador pueda subsistir. La diferencia establecida entre estas dos cantidades de trabajo, es decir, la ganancia que el empresario obtiene del obrero, representa la *plusvalía* que hace posible la explotación y la acumulación privada de capital. Además, las relaciones de producción están fetichizadas por que no existe en verdad esa relación de igualdad entre los empleadores y empleados. Es solo una igualdad formal que no resiste el menor análisis porque el capitalista, los

dueños del capital, extraen ganancias del trabajo ajeno que no es retribuido al obrero.

La jerarquización que se establece entre los términos de la igualdad entre el trabajador y el patrón y los mecanismos de extracción de la plusvalía, la ganancia, quedan escondidos en las conciencias de cada uno precisamente porque esa plusvalía, o sea, esa ganancia que no es retribuida, es la base de la explotación y de la acumulación en el capitalismo. Este ocultamiento tiene bases materiales porque con la *generalización de la mercancía* estos aspectos fetichizantes se multiplican y desde ahora se pretende que a los ojos de las mayorías, la explotación sea un accidente resultado de un no respeto de las condiciones formales de igualdad. El análisis sobre la *fetichización de la mercancía* nos llevó a establecer una sucesión de categorías con las cuales se manejó Marx en su análisis del capitalismo, o sea, M- V- D (*mercancía, valor y dinero*) y, por otra parte, nos lleva a insistir en el estudio de las formas del valor: el fetichismo, el oscurantismo y la falsedad ideológica escondida tras una falsa relación igualitaria entre el empleado y el patrón.

La radicalización del cambio político nos conduce también por la ruta de la *fetichización de las relaciones de producción* porque esta ruta es la respuesta a porqué el Estado aparece como neutral frente a los trabajadores. Dije más arriba que el Estado es capitalista por naturaleza, o sea, que es el *garante del mantenimiento de las relaciones de producción*, sin embargo, el intercambio de mercancías y la extensión de ésta a la fuerza de trabajo de los hombres, que se traduce en la venta de éste a cambio de cierto salario que además implica la generalización de la mercancía, hacen que esta relación aparezca como neutral. Vemos que el Estado está ahí y que no es necesario más que como gendarme que garantiza que no se violen las reglas de este intercambio apareciendo por encima de los trabajadores y empresarios, pero, cuando se realiza ese intercambio el dinero, al comprar fuerza de trabajo, se convierte en capital. Por otro lado, la sucesión de las categorías M- V- D (*mercancía, valor, dinero*) no encuentra ahí su límite natural porque detrás del *dinero* se encuentra la categoría *capital*. Esta secuencia evolutiva dice que cada una de estas categorías se desplaza más allá de sí misma y ninguna de ellas puede entenderse sin considerar las precedentes. Por ejemplo, bajo ningún aspecto es posible entender verdaderamente el *dinero* sin recurrir a la categoría que le sigue como tampoco es posible entender el *capital* sin un análisis lógico del *dinero*. Tampoco este análisis termina en la categoría *Capital* porque no nos permite captar, en su totalidad, las causas subyacentes al movimiento real del neoliberalismo: limitar el análisis a la categoría del *Capital* nos obliga a concebir al *Estado* como un ente regulador, surgido de las entradas mismas del feudalismo decadente, y no como un participante activo en la institución misma de la relación de intercambio. Así, el análisis

no termina con el *Capital* y continúa, más allá, con la categoría *Estado*. La transmutación del hombre, en realidad de su fuerza de trabajo, en una mercancía que crea ganancias, revela la dominación de la plusvalía, de la ganancia, es decir, el *capital*, y éste no puede concebirse omitiendo la categoría *Estado*.

El capital es central para entender al Estado porque sencillamente éste deriva de la acumulación del capital. A su vez, decir que el Estado deriva de la acumulación del capital significa que es garantía del mantenimiento de las relaciones de producción y que participa, de manera activa, en la institución misma de esa relación. O sea, el régimen político y el Estado mismo sirven de muralla de contención a la misma concientización de los trabajadores y de obstáculo al desarrollo de un gran proceso de cambios que busque superar el neoliberalismo, es decir, la génesis de las relaciones de producción capitalista y sus implicancias. Desde ahora, la intervención del régimen y del Estado se sitúa en relación con esa necesidad de fetichización. A través de ellos, el capitalismo materializa y profundiza la ilusión de una relación de igualdad entre la fuerza del trabajo y el capital. De esta forma se niega la realidad primera del régimen y esta es una victoria sobre cada uno de los sentidos de los trabajadores. Una victoria cruel contra cualquier razón alternativa y la facultad de resistencia y de dominio. Por lo mismo, el Estado y su régimen no pueden confundirse con ningún capital individual y es necesariamente una abstracción. Es una categoría analítica de cierta secuencia lógica porque manifiesta y representa los intereses y las directrices centrales y generales del capital, sus políticas públicas defienden y priorizan las necesidades de los dueños del capital, y así sientan las bases y la precondition del desarrollo del capital. Entonces, el Estado es un capitalista total ideal y una abstracción real que se concreta bajo la forma de régimen político en el curso de la lucha de clases. En otras palabras, el Estado es la garantía primera de la acumulación privada de capital porque éste participa en la institución misma de esta relación y es así que deriva su naturaleza de clase del capital.

Por otro lado, el Estado actúa socialmente, se materializa, a través del régimen político y sus políticas públicas, consensuadas o no, entre los actores sociales y políticos que son parte del juego de poder definiendo determinada agenda pública. Se sigue, que la autonomía del Estado (relativa) existe solo en relación a una clase social mientras que, al mismo tiempo, la del régimen existe con relación a las clases y fracciones de clase. Por eso, el análisis de la acción del régimen no puede pasar por alto el estudio de la naturaleza de clase del Estado a riesgo de caer en una concepción instrumental del Estado caracterizada por un par de antinomias teóricas bastante graves. Primero, el surgimiento de las crisis es también un producto del curso seguido por la acumulación y no sólo de los errores en la política económica. En segundo



lugar, el capital y el Estado no son entidades independientes, que mantienen relaciones simples, sino que son interdependientes, se complementan entre sí. Lejos de ser el Capital, el Estado es un capitalista total ideal y así no es posible reducirlo a un instrumento neutro. Entonces, en nuestros pueblos latinoamericanos, la naturaleza de clase del Estado se deduce de la sucesión de categorías M- V- D- C (*mercancía, valor, dinero y capital*) como en los países más desarrollados, pero también de nuestra inserción subordinada en el sistema comercial globalizado. En ese sentido, nuestros pueblos tienen su propia diversidad, tienen sus propias complejidades, que los hacen distintos de los Estados centrales, es decir, los más desarrollados pero también de los menos desarrollados. Además, en los países subdesarrollados, en muchos pueblos del África pero también de nuestra Latinoamérica, la aparición y la extensión del modo de producción capitalista no fue, por lo general resultado de las contradicciones internas de esas sociedades, no surgió de las entrañas de ésta sino que de cierta forma fue lanzado en paracaídas, es decir, desde el exterior por las potencias dominantes creándose así nuestro subdesarrollo.

Esta característica tiene como primera consecuencia la difusión de las relaciones mercantiles que es específica y bastante incompleta en los países subdesarrollados y que se alimenta de la desestructuración de las relaciones de producción tradicionales y no capitalistas (otra vez el trueque nos sirve de ejemplo) adaptándolas, sin necesariamente transformarlas en relaciones de producción capitalistas, a la lógica de la valorización y acumulación privada del capital. Un ejemplo de manual es la civilización de los árabes del Oriente Medio. En esta región, se construyeron formaciones sociales, bajo el alero de formaciones mercantiles, entendiéndose que éstas extraían el excedente que alimentaban sus ciudades, de los beneficios del comercio lejano y no del excedente generado por la explotación del mundo rural como en la vieja Europa. Los beneficios obtenidos de este comercio son los que permitieron la supervivencia de las repúblicas que son mercantiles. En cuanto a la economía pastoril, o sea, la economía de subsistencia de los pueblos nómadas, ésta sigue yuxtapuesta a la actividad mercantil, a la que proporciona hombres y animales, pero no extrae de ella ningún excedente porque, en fin, estas zonas rurales son demasiado pobres para poder extraer de ellas el excedente de capital necesario para el desarrollo de la moderna economía capitalista. De ahí que siguieron siendo comunidades aldeanas, relativamente aisladas, que también defendieron bravamente sus formas de vida. Por eso, la civilización nació en los bordes, es decir, en dos zonas, bien definidas y excepcionales, como lo son Mesopotámica y el litoral mediterráneo. Además, lo propio de una zona de civilización de este tipo, cuya esencia es la función comercial y la relación de las zonas que aísla, es ser dialécticamente unificadora y desmembradora. Unificadora porque impulsa al desplazamiento continuo de

los hombres a la transición de costumbres y religiones, sin embargo, también desmembradora porque está basada en la competencia entre ciudades rivales.

La imposición o la ausencia de un poder político formal único no importan en este caso. Si efectivamente existe y es poderoso, de forma que pueda luchar contra todos los inquisidores de una moral, impondrá límites a la competencia de las ciudades mercantiles asegurando la preeminencia del capital. Para asegurar su poder, el régimen político está obligado a disponer de un ejército de mercenarios, reclutados entre los nómades vecinos, en tanto que los campesinos intentan permanecer aislados en sus montañas y no son sometidos a la dependencia servil y feudal de los propietarios. Los campos efectivamente están aislados unos de otros pero no tienen gran importancia económica, social o política, y sólo se oponen al poder imperial, que intenta someterlos, a partir de todos los métodos a su alcance y disposición pero que son suministrados por la razón del capital, de forma que son apagadas así todas las luces de los espíritus libertarios. Lo principal acá no es el campo sino las ciudades, es decir, las fastuosas ciudades que fueron siempre centros de cortes y de mercaderes mientras que, a su alrededor, existía una multitud de artesanos y sacerdotes. En esa época pasada, la acumulación de la riqueza traducía el resplandor de la civilización del Oriente Medio pero esa misma acumulación no dio lugar al capitalismo precisamente porque los campos, siempre aislados e independientes, no eran feudales. Conservando su carácter mercantil, estas ciudades eran pequeños mundos en continua competencia que sobrevivían con la salida de sus artesanías de avanzada hasta donde se aventuraban los comerciantes. En esas circunstancias históricas, las alianzas de la ciudad y los nómades, con la consecuente exclusión del campesinado del régimen como hoy los conocemos, son la característica esencial de esta civilización. Además, la decadencia política, económica, social y comercial, se producirá cuando se desvían las rutas comerciales desplazándose hacia el Oeste. Así era el mundo árabe: una realidad concebida como un conjunto comercial con Egipto como única excepción agrícola.

En este otro mundo, los sectores dominantes serán prioritariamente urbanos, es decir, mercaderes, cortesanos, sacerdotes y una variada multitud de artesanos y pequeños cléricos, que caracterizan a las ciudades orientales. Los dominantes son la base del conjunto y es así como transmiten un mismo lenguaje y una cultura determinada convirtiéndose de esa manera en la clase que formó la civilización árabe. Su prosperidad depende del comercio lejano y esta es también la base de su alianza con las diversas tribus nómadas y del correspondiente aislamiento de las zonas agrícolas. Así, ese mundo árabe, a pesar de ser muy variado, se encuentra unificado por su clase dominante y aristocrática por lo que tampoco es comparable con esa Europa feudal que es profundamente agrícola. Es esta la razón por la que Europa evolucionó a la

formación de naciones diferentes porque, en definitiva, las clases dirigentes europeas- que vivían del excedente extraído a los campesinos- acentuaron la diversidad de los pueblos. Mientras tanto, en el África negra se consolidan formaciones sociales complejas y ciertas veces estatales basadas casi siempre en diferenciaciones sociales visibles que monopolizan la servidumbre eterna de la gran mayoría de sus poblaciones y que nos muestran la antigüedad del proceso de degradación de la comunidad aldeana. Las formaciones africanas de la época anterior al mercantilismo son autónomas aunque su desarrollo esté en relación paralela con el de las formaciones del mundo mediterráneo, oriental y europeo. En ese contexto, el rol del comercio trasahariano adquiere así toda su importancia porque éste permite a todo el mundo de la antigüedad proveerse del oro hasta el descubrimiento de América. Este comercio es la base esencial de la organización de las sociedades del África tropical. El oro proporcionará, a las clases y los grupos dirigentes, los medios para reforzar su poder político, económico, cultural y social. Será el desplazamiento del centro del capitalismo mercantilista europeo naciente del Mediterráneo hacia el Atlántico lo que provocará la crisis en el África. A partir de ahí, los nuevos intercambios entre Europa y ésta ya no tendrán la misma función que los del período inmediatamente anterior y se inscribirán, a partir de ese momento, en el marco del capitalismo mercantilista. Podemos considerar que el comercio africano anterior al mercantilismo, articulado a través de ciertas formaciones locales, comunitarias o tributarias relativamente pobres, no pudo generar por sí mismo el modo de producción y de distribución capitalista sino que éste, por este motivo, fue impuesto a través de la colonización de esas tierras por parte de las grandes potencias europeas de la época.<sup>6</sup>

Desde esta nueva perspectiva, la legitimación que buscan los Estados subdesarrollados en estas regiones no puede descansar exclusivamente en la fetichización que implican el intercambio de mercancías porque la difusión de ésta es bastante incompleta, es inexacta y específica. De todas formas, el reino tiránico de la mercancía se impone y domina, con respecto a cualquier

---

<sup>6</sup> Los ejemplos mencionados del mundo árabe y del África negra nos demuestran que el gran comercio no engendra tampoco el capitalismo sino que para que éste aparezca en el seno de la sociedad debe surgir la forma tributaria, es decir, una clase- Estado que es teocrática y burocrática y que sobresale de las comunidades imponiéndose como organizadora de la vida estatal y económica de la sociedad. De aquí, se induce que la primera expresión de formación social de clases no es la formación esclavista sino que la formación tributaria. En este tipo de sociedad tributaria, la comunidad aldeana se debilita y casi desaparece por el gran poder que adquiere el Estado. La comunidad subsiste, como comunidad de familias pero pierde definitivamente la propiedad jurídica del suelo en beneficio de una comunidad mucho más amplia que se convertirá en la Nación.

otro tipo de intercambio a nivel social, mutilando el fondo cultural de estos pueblos. En este caso concreto, lo vital en el análisis de cuál es la naturaleza de clase de los Estados periféricos es considerar los elementos que engendran el proceso del subdesarrollo y cómo luego éstos influyen sobre él. Por esto, no puedo aceptar la hipótesis de la *generalización de la mercancía* en estos Estados ya que estaríamos pasando por alto precisamente lo que constituye el núcleo básico del subdesarrollo. De todas maneras, el que no pueda aceptarse la derivación del Estado a través de la deducción lógica M- V- D- C (*mercancía, valor, dinero, capital*) no significa que éste no sea capitalista ni mucho menos. En el caso de estos países subdesarrollados, el Estado bajo ningún aspecto es deducible de la categoría *Capital* ni mucho menos de la dinámica y luchas libradas entre las clases y grupos políticos y sociales por la supremacía. Entonces, los análisis y sus estrategias políticas reformistas de cambios, de transformaciones y de entendimiento de la cuestión social, que prescindan de la cuestión económica fundamental, al modo de Gramsci, de Poutlanzas o de Holloway y otros, es errada. No es aplicable dada la realidad concreta de estos países. En estos casos, la inexistencia de una clase social puede no afectar la naturaleza de clase del propio Estado, es decir, puede haber un Estado capitalista sin clase capitalista y es esto exactamente lo que ocurre en algunos países africanos y de la zona del Oriente Medio porque históricamente no desarrollaron una burguesía nacional que se formara como clase capitalista. Pero, el Estado es capitalista porque actúa en beneficio del capital y garantiza esta acumulación privada. Deduzco de todo lo anterior que estos Estados y regímenes subdesarrollados derivan su naturaleza de clase solo de su inserción subordinada en el sistema comercial global y en este contexto el reformismo gramsciano es inaceptable.

Como vimos, este sistema comercial global se compone de naciones y en el seno de éstas por diversos tipos de Estados. Además, ni el centro ni la periferia son completamente homogéneos porque existen ciertas relaciones de dominación, de control y luchas en ambos vértices. Las características que distinguen a los dos vértices se relacionan con las múltiples condiciones en que surge la acumulación. El sistema comercial global así tiene una lógica que le es propia y trasciende a cada una de las economías nacionales que la forman. En esta concepción, los Estados del centro imprimen al conjunto lo esencial de sus normativas que no se aplican a la periferia directamente sino de manera mediatizada como una determinada representación de una verdad encontrada. Esta mediatización por el sistema comercial global nos permite entender el porqué las economías de los pueblos menos desarrollados no confrontan directamente con las del centro. En ese contexto, la relación de dominación se traduce en una instrumentalización de los Estados periféricos. El hecho de considerar al Estado nacional en el análisis de los múltiples

intercambios comerciales globales, nos permite introducir la lucha de clases, la cultura, la idiosincrasia y la historia de los pueblos como esenciales en este proceso, a diferencia de una concepción que solo reposaría en la idea de naciones- muy esquemáticas, falsas y neutrales- al modo en que pretenden mostrárnosla las teorías del desarrollo y de la dependencia a que me referí anteriormente. Concebido así, el sistema comercial global es un todo que está en movimiento donde el Estado periférico no es un simple instrumento de los Estados centrales. Se trata de una deducción lógica y trascendental donde el sistema comercial globalizado es una categoría producida por la historia. Lo mismo que en el caso de la deducción lógica de la naturaleza de clase del Estado en los países capitalistas más desarrollados esta deducción lógica no hace referencia a la formación social. Pero, esa naturaleza de clase del Estado capitalista periférico, deducida del sistema comercial globalizado, influirá profundamente en el desarrollo de la formación social. Entonces, la política económica seguida por un régimen cualquiera se caracteriza por ciertas antinomias, que expresan el peso de la división internacional del trabajo, y es la expresión y manifestación de una tentativa por modificarla. La capacidad de modificar esa división del trabajo, que determina qué lugar corresponde a cada Estado nacional en el sistema comercial global, depende de una serie de factores relacionados con el peso de la formación social existente, su grado de desarrollo y el grado de crisis o de competencia que puede establecer con las economías del centro.

Por otro lado, en los Estados en vías de desarrollo, que tienen cierto nivel de industrialización, ahorro, consumo interno e inclusión social más o menos importante, éste deriva definitivamente de la sucesión de categorías M- V- D- C (*mercancía, valor, dinero, capital*) es decir, del *capital* en tanto que en estos países definitivamente la *generalización de la mercancía* es una realidad. Pero, eso no implica que no convivan en el seno de esas sociedades formas tradicionales de supervivencia pero estas son insignificantes desde el punto de vista económico. Así, también en estos países en vías de desarrollo, el Estado deriva de su inserción subordinada en el sistema comercial global, debido a los condicionamientos que ese mismo sistema imprime a través de leyes mediatizadas, al accionar de los regímenes políticos. Es el caso de nuestros pueblos latinoamericanos, el Estado es el lugar donde se cristaliza la necesidad de reproducir el Capital a escala de la aldea globalizada en términos neoliberales, sin embargo, también es el lugar donde se expresa la necesidad de reproducción del capital en el ámbito nacional, aunque éste se subordine al capital transnacional, porque este despliegue es constitutivo de las formas del Estado al dominar en la sociedad la *mercancía*. Este nuevo enfoque enfatiza la vitalidad de las relaciones establecidas entre el aspecto de lo económico y lo político que supera tanto el economicismo de algunos

como el reformismo de otros. Desde esta perspectiva, los cambios de régimen político en beneficio de las mayorías, del bien común, en un sentido progresista que es posible, creíble y duradero, tiene que pensarse a través de un cambio en la naturaleza de clase del mismo Estado lo que nos conduce a un esclarecedor cuestionamiento tanto de los supuestos de la acumulación privada de capitales en el ámbito nacional (generalización o dominación de la mercancía según sea el caso) como de la inserción subordinada y de la aceptación inactiva de las leyes de acumulación del sistema comercial global.

### **La hegemonía dentro del bloque en el poder.**

Las consecuencias de este contexto de primacía de la razón neoliberal, en relación a las maneras de crecimiento y de desarrollo que predominan en nuestros pueblos, se ven reflejadas, por ejemplo, en las inesperadas alianzas entre el arcaísmo y la innovación que se perciben en los más diversos planos de la realidad de nuestra región. Cuando, desde el plano teórico, político e ideológico, los mineros de la zona andina reconocen tras las asechanzas de la montaña la presencia sobrenatural de sus antepasados de la colonia, cuando reivindicar su cultura, ciertos mitos y sus creencias ancestrales y, a su vez, mantienen lealtad a un movimiento sindical de ideas trotskistas, estamos en presencia de una articulación, cada vez más compleja y ambigua, entre “lo tradicional” y “lo moderno”. A su vez, la urbanización continua de nuestras poblaciones profundiza este novedoso proceso y llega el momento en que ésta no puede verse como un factor modernizador destinado a acercar a Latinoamérica a las pautas de desarrollo del mundo avanzado. La metrópolis, como nuevo teatro de creciente miseria y exclusión, son ejemplos trágicos de que el desarrollo y el crecimiento humano no puede lograrse bajo las actuales directrices neoliberales ni con esquemas y políticas de desarrollo aceptados de manera universal sino que, en primer lugar, parte de un esquema ligado a nuestra experiencia histórica contradictoria. En ese sentido, muchos de los elementos de las transformaciones que Latinoamérica lleva adelante, bajo la dura intemperie comercial y económica de los neoliberales, se entiende de mejor manera cuando son observados a partir de la constatación de la falta de un proyecto histórico de crecimiento y de desarrollo congruente con nuestra especificidad y cultura. Somos siervos del capitalismo sin embargo lo más inaudito es que nuestra moral, nuestros valores y nuestra concepción de las cosas y de la vida, son la moral, los valores, la concepción de las cosas y de la vida de los dominantes. Es la razón neoliberal en acción la que nos induce

a seguir las pautas de desarrollo y de crecimiento que supuestamente serían universales y a través de las cuales se conseguiría entrar definitivamente a la ansiada biosfera de los países más desarrollados. Es ésta otra de las tantas falacias que se esconde tras la sombra de la razón neoliberal porque no es viable que nuestros países puedan aspirar alguna vez a un modelo tal. ¿Se imaginan que todos nos planteáramos ese modelo de desarrollo? ¿Qué cada familia aspirara a tener un auto? No pensemos en Suiza, con unos cuantos millones de habitantes o en Chile con escasos quince millones, sino que pensemos, por ejemplo, en China o en India y que cada familia se planteara un modelo de consumo como el de los países desarrollados. ¿Cuánto alcanzaría la materia prima de la industria automotriz o el petróleo? ¿Cuánto nos demoraríamos en provocar una catástrofe ambiental?

A veces favorecemos el mito y sus fábulas por una doble ignorancia y esto pasa cuando representamos modelos y fases de desarrollo incompatibles con nuestra realidad, cuando ignoramos las miles de sombras y hechos que se esconden detrás de los mitos de una razón que nos asfixia social, política y económicamente y, a pesar de eso, tenemos la ilusión de una verdad que se nos muestra en el horizonte no ya lejano sino inalcanzable y manifestamos, a su vez, siempre rasgos inciertos que nos embriagan porque, desde el centro, se nos induce a copiar determinados patrones de desarrollo a los que jamás podremos aspirar. Por eso, es necesaria una ruta gradual que nos evite el camino para llegar a la ruindad en todas sus expresiones: aplicamos a ciegas medidas económicas neoliberales, tendientes a la liberalización y apertura del mercado, mientras los países desarrollados, todos sin excepción, bloquean nuestras exportaciones con impuestos y aranceles. Realmente reducimos el rol de las instituciones y organizaciones gubernamentales en la economía, sin embargo, en los países desarrollados el régimen político sigue cumpliendo importantes funciones en cuanto a la seguridad social y en relación a la reproducción de la *fuera de trabajo*. Detrás de esto, encontramos una lógica neoliberal sustentada en una *razón científica- tecnológica* que nos induce a descubrir que el modelo actual del capitalismo varió en muchos sentidos. Por ejemplo, dentro del bloque en el poder de los dominantes se establece otra hegemonía, la de una nueva fracción de clase que, desplazando a la burguesía comercial, empieza a ocupar los puestos de poder de decisión dentro del régimen político. En nuestra nueva realidad, el *Capital* como factor de producción es desplazado por la ciencia y por la tecnología en el sentido de que éstas se convierten en nuevos factores dominantes de producción lo que significa, en fin, que esa producción de bienes y servicios y la lógica de acumulación de Capital, se hace ahora a través del saber y del conocimiento experto y de la tecnología de punta de la empresa de avanzada. La nueva élite de los grupos dominantes dentro del bloque en el poder son el staff de

especialistas y técnicos de la empresa de avanzada que ocuparán esos lugares de poder no porque sean los dueños del Capital sino porque son portadores de un nuevo conocimiento necesario para el funcionamiento de la empresa de punta. Esto se refleja en la supremacía de las inversiones financieras antes que las inversiones productivas e implica, además, que no es un hombre el que toma las decisiones en cuanto a qué se produce o cómo, sino que es un grupo colegiado de hombres porque el conocimiento experto es un saber fragmentado y especializado desde el punto de vista neoliberal. Estos nuevos *tecnócratas* se encierran en su capacidad y no pueden apoyarse en ésta para juzgar libremente el motivo y el sentido de las cosas. En ellos, existe una gran imperfección porque sus conocimientos fragmentados, sus verdades, sus virtudes y su especialización, les impiden alcanzar la libertad intelectual y moral de un hombre completo.

Esta realidad los incentiva porque necesitan de una fuerte y constante planificación, política y económica, en relación a lograr una suba progresiva de las tasas de ganancias del capital de las grandes empresas. Dentro de este modelo, la economía está consecuentemente al servicio de las múltiples necesidades de esas grandes empresas, sin embargo, para que estas no sean cuestionadas por los trabajadores se les atribuyen objetivos que irían en supuesto beneficio del bien común. El colmo de arrogancia, esta nueva moralidad busca que el individuo le atribuya una cierta importancia y valor social a la empresa, identificándose con ella, de modo y forma que se ponen en funcionamiento una serie de mecanismos políticos e ideológicos difíciles de solventar. Entra así, en escena, la *razón científica* de los neoliberales que le atribuye al crecimiento y el desarrollo de las fuerzas productivas un valor fundamental sin importar las diversas consecuencias económicas, sociales o políticas que esta expansión, sin ninguna posibilidad de ser en verdad controlada socialmente, pueda producir en la cotidianeidad de los hombres. Entonces, todo descubrimiento y nueva tecnología no es más que un medio para lograr fines mucho más elevados porque toda meta tiene que superarse en beneficio supuesto del progreso humano. Pero, ese desarrollo y continua expansión de las fuerzas de la producción solo representan la necesidad de expansión de las empresas de avanzada de modo que en lugar de que la economía se encuentre al servicio de los hombres, es la humanidad la que está sujeta al yugo de los objetivos de estas empresas.

Lo específico de estas empresas de avanzada, frente a las formas más tradicionales de negocios de los capitalistas, es la organización racionalmente automatizada del trabajo sobre la base de una técnica también racionalmente constituida produciéndose, para este efecto, una sistematización de todas las regulaciones legales de la vida la que por una parte representa un sistema cerrado que es aplicable a todos los casos posibles, o sea, a todos los hechos



y acontecimientos posibles de la experiencia. Por otro lado, el hecho de que el sistema jurídico, como la misma estructura social que pretende sustentar, esté directamente modelado por el movimiento de la economía conduce a la ideologización de ésta, o sea, al *economicismo* creando la falsa creencia de que lo económico está por encima de todos. Esta es la fuente de la moderna alienación que produce la *razón científica- tecnológica* de los neoliberales por la que la economía se pretende totalitaria. Finalmente, la internalización del capital productivo de los países desarrollados hacia los nuestros, implica una lógica de la oferta que se traduce en otras y en nuevas modalidades de intervención pública que, consecuentemente, nos conduce a una redefinición de todas las relaciones económicas, políticas y sociales que a su vez otorga un original rol a las empresas públicas en esa redefinición. Estos procesos son la base para que surja en los años '70 una supuesta redención basada en políticas y medidas neoliberales, primero sustentadas ideológicamente por los sectores y grupos cívico- militares a través de la represión, y luego por los tecnócratas, ya sea actuando por dentro o por fuera del bloque en el poder, convirtiéndose así en un fuerte estímulo para la reacción. Es así como podemos observar una centralización del poder en cuanto al control de las relaciones económicas dominantes y un desplazamiento de las instancias políticas de decisión desde el Parlamento hacia las instancias monetarias y financieras de los regímenes políticos en la etapa neoliberal. Además, esta reorganización política, económica y administrativa del régimen corresponde a un cambio de naturaleza de los instrumentos y de las políticas privilegiadas de la regulación económica.

Se constituyen dos condiciones básicas en el funcionamiento de este nuevo modelo de acumulación en nuestros países: el control de los procesos inflacionarios y una inserción más completa y compleja de nuestra economía en los circuitos financieros especulativos globales que confieren, a los instrumentos de gestión monetaria del régimen político, un rol central en la regulación económica. Así, la concentración del poder de decisión en estos grupos y segmentos de poder hace viable, en algunos casos, la aplicación de reformas y políticas orientadas hacia la estabilización de las monedas locales y hacia el ajuste de las tasas de cambio lo que facilita una más equilibrada gestión con respecto a la balanza de pagos. Le sigue, el desmantelamiento de las redes tradicionales de clientelas, incrustadas en el régimen político desde el período asistencialista, contribuyendo de esta manera al surgimiento de otro régimen político (neoliberal) fundado, en primer término, en el ejercicio sistemático de la violencia como respuesta característica a las múltiples demandas sociales. En segundo lugar, se funda en el poder de cooptación de la élite tecnocrática y finalmente en la cólera o en la frustración de los trabajadores como grupo subalterno. Estas son un primer paso para una

redefinición de las múltiples formas y los espacios del respectivo poder del régimen político y del Capital en la regulación de las relaciones sociales expresándose fundamentalmente en la instauración de un modelo de gestión de la *fuerza de trabajo* y del *Capital* que desde ahora se caracteriza por una complementariedad entre la disciplina global, impuesta en el nivel del mercado de trabajo por los diversos organismos e instituciones que son parte del sector público, y la libertad de explotación que reina al interior de las fábricas. Estos elementos nos permiten visualizar el rígido control del régimen sobre las relaciones entre el capital y el trabajo y la supresión de las negociaciones directas sobre los salarios. Se trata de una esencial condición para la viabilidad de una política de reducción de costos y de reconcentración. Las necesidades de los trabajadores, desde esta razón neoliberal, tienen que adaptarse al mercado mientras que el llamado por más mercado transmuta en una promesa vacía que sería la solución a los problemas de desempleo y en general al conjunto de perjuicios y dramas cotidianos que afectan a los asalariados. Es decir, a los problemas concretos por los que atraviesan la mayoría de los trabajadores de nuestra zona periférica se les da solo una respuesta: más mercado. El problema es que el *automatismo del mercado* implica más crisis económicas. El dogmatismo y la reacción implícito en el *automatismo del mercado* es así violento, reaccionario y prosigue, sin cesar, su marcha agresiva de manera aún más radical. Por eso, el neoliberalismo es el gran adversario y, a pesar de que aparece la ansiada resistencia, ésta es considerada irracional y bastante mal intencionada a los ojos de los nuevos tecnócratas porque, en definitiva, para el ideólogo del mercado no hay duda alguna de que el mercado es una institución perfecta cuyo potencial se rastrea sólo a partir de una política de más mercado. La resistencia se convierte en arbitraria pero lo que lleva a resistir es justamente la pobreza, la exclusión, la falta de perspectivas y la agresividad que ese mercado manifiesta.

El mercado en realidad no cumple su función pero el neoliberal sólo puede constatar una falta de fe en el mecanismo del automatismo de éste y la irracionalidad de los grupos que resisten el avance de los intereses del capital y del mercado. En verdad, el neoliberal cree, verdadera y religiosamente, que más mercado puede solucionar todos los problemas de nuestra humanidad y por eso tenemos que combatirlo con todas las armas a nuestro alcance porque son ellos la base ideológica sobre la que se sustentan, por ejemplo, preceptos económicos como los del Estado mínimo cuyo proceso no tiene fin porque su dinámica no tiene límites. Se trata de una política de mercado totalizadora, es decir, que concibe a los trabajadores como cumpliendo simples funciones y roles mercantiles, de intercambio, reduciendo así todas las relaciones sociales a relaciones de mercado. Los liberales no notan el carácter utópico de la razón de los dominantes por eso, en sus manos, el mercado es convertido en

el principio fundamental de todo *realismo político* mientras que, al mismo tiempo, el objeto de toda técnica social consiste en debilitar continuamente, en desarticular y destruir a todos los que opongan resistencia a la lógica del mercado. La institución del mercado llega a ser la sede de la perfección en una globalidad que no alcanza sus sueños, esperanzas, objetivos y metas de grandeza, debido a la resistencia, continua o esporádica, de los malvados. El mercado es defendido a toda costa, aún al precio de violar sistemáticamente los derechos humanos. Aparece el pensamiento dual y reaccionario: ellos o nosotros, el caos o el orden, el retraso o el desarrollo. Pero, las máximas y tesis de la ideología del mercado no tienen ningún contenido concreto sino, más bien, metafórico porque al emanciparse de la realidad ya no tiene nada que ver con ella. Entonces, el mercado global y totalitario, en su más clara representación del automatismo del mercado, es una gran utopía que no es vista como tal sino que por el contrario se piensa como una realidad única, concreta y cotidiana. Desde esa perspectiva, cuando uno reconoce ese sentido “realista” de la *utopía neoliberal* es considerado por los intelectuales del poder como pragmático. Es ésta precisamente la función que ocupa la *razón instrumental dominante* en el mismo proceso de lucha y de primacía de unos intereses sobre otros. Cualquier afirmación de un valor propio se deriva de la negación del valor del adversario, es decir, cuanto más se valoriza uno más se desvaloriza al adversario porque, al imputarse uno mismo un valor mejor y absoluto, declaramos al adversario como un valor relativo e inferior. Se trata de tres negaciones que acusan intenciones de castigo y de venganza: la negación del utopismo y del mesianismo, la negación del estatismo y el intervencionismo y la negación del terrorismo. En otras palabras, al querer solucionar toda la amplísima gama de problemas que surgen en nuestras sociedades son impotentes porque sus acciones, irracionalmente planteadas, crean una utopía que sin embargo se pretende realista pero que finalmente, por lo mismo, solo obstaculiza todos los caminos de solución más racional de esos mismos problemas. Es decir, se busca combatir el terrorismo pero al hacerlo se crea un terrorismo que supera ampliamente, cuantitativa y hasta cualitativamente, todo terrorismo y cuanto más decididamente se combate el terrorismo más terrorista se vuelven los antiterroristas. Se busca evitar el intervencionismo del sector público sobre el sujeto y éste se vuelve absoluto porque el movimiento totalitario controla nuestras vidas y el mundo de los negocios y las finanzas a través de la propiedad privada de los medios de producción. En esas circunstancias políticas, el mercado solo deja a algunos la posibilidad de realizarse como personas quitándosela a otros. Toda queja se transforma en una acusación y toda falsa alegría en una alabanza. Si se busca el goce de ciertos derechos entonces deben venerarse las sombras del neoliberalismo que lo tergiversa todo.

El racionalismo neoliberal así no soluciona nada porque radicaliza los conflictos, la exclusión, la pobreza, la falta de esperanzas y la marginación, desembocando en el nihilismo porque no se puede ser hombre sin tener la posibilidad real de existencia del hombre lo que presupone las condiciones materiales de la vida. Entonces, solo se pueden asegurar el cumplimiento y respeto por los derechos humanos si a todos los hombres les son concedidas las posibilidades concretas de una vida digna. Esto implica un conflicto con la razón neoliberal porque colocar en primer lugar la dignidad de todos significa no considerar a nadie como prescindible y esto el neoliberalismo no lo hace porque la ejecución de su plan es otro.

### **Bases del reformismo radical.**

En los ochenta empiezan a emerger los procesos de democratización política formal porque el régimen neoliberal, con su libre mercado y con la informatización de las comunicaciones, no puede desarrollarse en su máxima expresión a través de un Estado de excepción, represión y toque de queda. Esto se traduce en nuevas formas de dominio y control más sutiles. En esa década, se habla de la recuperación democrática. En todos los casos, estos procesos siguen un período anterior de dictaduras, establecidas a través de ciertos pactos entre los sectores y los grupos cívicos y militares, altamente reaccionarias y represivas donde las fuerzas armadas son el núcleo rector de los aparatos represivos que imponen, por la fuerza de las bayonetas, un proyecto político de mercado total cuya vigencia se identifica con la misma existencia de la institución militar. Las fuerzas armadas así se abogan el derecho, el deber y la responsabilidad política e institucional del proyecto económico, político y social vigente sustituyéndose esos gobiernos de facto- altamente represivos- por gobiernos civiles también altamente condicionados que desde ahora son más eficientes y aceptables en términos de dominio y de control para una población ya cansada de que se les dijera que debían hacer. Estas “democratizaciones” llevaron consigo un gran alivio en cuanto a la situación de los derechos humanos, sin embargo, en ningún caso y bajo ningún aspecto, el alivio se relacionó con una ampliación decidida de los múltiples derechos sociales y económicos. Entonces, las democracias que resultaron de estos procesos políticos, llamados erróneamente de transición, no representaron un simple regreso a la democracia liberal anterior a los gobiernos dictatoriales porque, en definitiva, de esos procesos de transición surgen regímenes muy formales, es decir, que no son capaces de disolver el sistema de seguridad nacional sino que más bien lo racionalizan. Se elaboran nuevas Constituciones pero éstas no son expresión y lugar de la soberanía popular de nuestros pueblos. Un caso paradigmático en este sentido siempre

fue Chile. En éste se elaboró todo un esquema político ya definido por otro poder, es decir, el de las fuerzas armadas, quienes son como organización el lugar de la soberanía asignándose ellas mismas esa tarea de *garantes de la institucionalidad*. La constitución chilena de 1980, también nacida de la hipocresía y del fraude, desde ahora ya no es soberana porque no concentró en sí el poder político sobre el cual legisla. La estructura del poder sobrevive pero los gobiernos surgidos de esos procesos falsamente democratizadores resultan ser simples gobiernos civiles, con cierta autonomía respecto al poder de las fuerzas armadas pero sin soberanía. En Chile, el poder político civil se estableció como un segundo poder autónomo pero éste será dependiente del poder militar, es decir, de acuerdo a esa constitución el poder militar es realmente soberano y también vigilante y condicionante. Surge un poder político controlado por el militar y otro controlado por los civiles. Esta es la clave para entender en toda su profundidad el proceso democratizador chileno con vistas a una democratización política real. En otras palabras, lo que siempre estuvo en juego en el caso de Chile es el problema del poder, de las alternativas y las nuevas posibilidades. Las reformas más fundamentales, para que la transición chilena conduzca a la real democratización del país, tienen que ver con dotar al Presidente y al Congreso con poderes efectivos para que se haga realidad la democratización en todos los ámbitos. Por eso, el poder civil debe reconciliarse con la soberanía popular o continuará mutando en un poder cómplice de un orden neoliberal que es nefasto para las grandes mayorías.

Este proceso de dominio político absoluto, pero mucho más sutil del neoliberalismo, no es casual. Mientras en nuestros países dominó el régimen político benefactor, la política reformista pareció ser por fin el complemento para el logro de la estabilidad con crecimiento social porque a partir de este nuevo esquema se hace de los cambios y de la revolución social misma algo innecesario. Sin embargo, la progresiva radicalización de las demandas y de las reformas, de los nuevos gobiernos surgidos al calor de las luchas, nos demostrará lo contrario colocando en alerta a las élites latinoamericanas que controlan nuestras vidas. Sucedió lo contrario de lo que fue la experiencia en Europa: el reformismo de los regímenes políticos de los países europeos fue el instrumento y la herramienta central para disolver, luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, las múltiples organizaciones, partidos políticos y movimientos comunistas o socialistas de tipo revolucionarios posibilitando así estabilizar la democracia liberal de masas. Por el contrario, este mismo modelo dentro de Latinoamérica, por la frustración real de sus aspiraciones, reforzó en contra de su voluntad el surgimiento de movimientos y partidos políticos de corte revolucionarios que buscaron un cambio de las estructuras en términos socialistas. En vez de disolverse las tendencias revolucionarias

estos movimientos populares, soberanos y reformistas, se transforman en movimientos, en organizaciones o en partidos políticos revolucionarios. Esto sucede con gran nitidez en el Chile de los años '70 en el que la promoción popular del gobierno de la democracia cristiana resultó ser una etapa decisiva para la llegada, seis años después, de la Unidad Popular a la cúspide del poder. También pasó en Bolivia a principios del siglo XXI. Entonces, el reformismo latinoamericano cuando es tomado en serio asume posiciones de cambio y revolución política- social. Aparece algo inconcebible dentro de la tradición política y cultural europea, es decir, un *reformismo revolucionario*. Un *reformismo radical* que, en realidad, es la fuerza más dinámica en los movimientos socialistas de Latinoamérica para inclusive democratizar la democracia porque, en las actuales condiciones políticas, este reformismo es capaz de cumplir un rol fundamental si tenemos en cuenta que nuestro capitalismo está en crisis. Los diversos movimientos reformistas de nuestros pueblos deben ser capaces de capitalizar en su favor las crisis del Estado capitalista de modo que conduzca a una renovación de ideas, de sutiles metafísicas y de juicios renovados, de trascendencia heroica. En las actuales circunstancias, el neoliberalismo está en crisis porque expresa un dinámico desequilibrio de la economía en los países del centro del sistema comercial global. En nuestra región, esta crisis se traduce en la imposibilidad de nuestros regímenes políticos de frenar la exclusión social de amplios sectores de los mercados de consumo, del mercado laboral y de la ciudadanía. Esto nos remite a entender que la crisis es real y que no puede ser corregida simplemente con medidas y políticas ortodoxas típicas del neoliberalismo.

Los demonios de la apertura económica, en las actuales condiciones de desigualdad al interior de nuestros pueblos pero también entre el centro del poder global y nuestra periferia, están destinados a asegurar los intereses de los dominantes. Por lo mismo, es necesario llegar a nuevas fórmulas en el comercio internacional porque estamos en presencia de un nuevo fenómeno histórico desde el momento en que por vez primera los países periféricos pueden contribuir al aliento dinámico del centro cosa que no había sucedido en el pasado. Una vez más, la economía real, la economía de la producción, esa que genera trabajo, inclusión y una notable mejoría en las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias, se impone a la economía virtual, a las políticas de la especulación, se impone la economía real frente a la ortodoxia del sistema financiero, a la desregulación y al automatismo de los mercados y sobre eso los neoliberales no tienen nada que decir.

El problema para los trabajadores es que mientras más capaces sean los gobernantes de esta derecha duopólica para repartir algunos bienes de consumo, más firmemente estará ligada la población a la lógica del régimen que erróneamente creen que los favorece. Es por lo mismo que el gobierno

popular solo puede plantearse en esos términos: como efectiva gestión de la agenda pública por parte de los trabajadores con la finalidad expresa de construir un sistema político, económico y productivo basado en el derecho a la vida de las personas, en el pleno respeto por la dignidad de los hombres. Es necesaria la aclaración porque en la medida en que este cambio deje la base material de la sociedad (el proceso productivo nacionalizado) intacta, es confinado a un cambio sin mayor trascendencia. Muy por el contrario, si pudiera conducir a la autodeterminación en la misma base de la existencia humana, esto es, en la dimensión del trabajo necesario, sería la más radical, profunda y completa transformación en la historia del hombre; sería la *(r)evolución permanente*. La distribución de las necesidades de nuestra vida independientemente del trabajo realizado, la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo posible, etc., son las precondiciones, pero no los contenidos de la libertad. Desde luego, una sociedad industrial madura y libre seguiría dependiendo de una división del trabajo que implica la desigualdad de funciones entre los trabajadores del país en cuestión, lo que en todo caso es necesario, pero- acá radica la diferencia con el modo capitalista de producir- las funciones ejecutivas y de supervisión ya no traerían el privilegio de gobernar la vida de otros según un interés particular. Por tanto, la transición a este nuevo estado es un proceso revolucionario y también evolutivo.

Con el golpe de Estado contra la democracia quedó vacante el ímpetu revolucionario, se descuartizó el ámbito de la justicia social y la organización de los trabajadores para dejar abierta la consagración del capitalismo que, en su hora triunfal y feliz, pudo despojarse de su vestimenta de falso bienestar y sus desvaríos populistas para regresar a su plena transparencia, a esa que se sostiene en el dominio absoluto de las leyes del libertinaje del mercado. De todas formas, es central interrogarnos sobre algunas cuestiones: ¿Qué hubiera pasado con la humanidad sin las sordas y constantes rebeldías de los pobres y explotados, sin la movilización constante contra el control impiadoso de la manera capitalista y sus métodos reaccionarios y violentos? ¿Cómo pensarnos sin los sueños de esta felicidad acuñada por los oprimidos a lo largo de la historia, sin la lucha a pesar del terrorismo de Estado al que se nos somete? Es necesario hablar del tema de la violencia y la rebelión, de la puesta en evidencia de este espectro de la derecha conservadora que sigue allí, reaccionando contra nuestros derechos, que incluso deambula por un presente que se creía liberado de las acechanzas de aquella violencia, y que a pesar de eso, de la violencia que generan, de los golpes de Estado que financian y protagonizan, se reafirma una época mejor a partir de la consolidación del régimen nacional, inclusivo y popular. Pero, a pesar de esta nueva etapa en Latinoamérica tendríamos que considerar que lo fantasmagórico del Estado capitalista se manifiesta en sus cristalizaciones

triumfantes pero también en sus fracasos y perversiones; de hecho, en los países que como en Chile todavía perdura el neoliberalismo, sus deudas se multiplican ante una realidad que nos ofrecerá el desolador panorama de una desigualdad inédita articulada con formas bastante brutales de injusticias que siguen descargándose sobre los más débiles. La memoria de la rebelión y de la insurrección, de la utopía y de la realización de una vida humana aún está entre nosotros, permanece en el activo del trabajador que no se conforma con la mediocridad. El triunfo de la barbarie capitalista, esa que se disfraza de civilización pero que apenas despliega su poder por un mundo dominado por corporaciones, nos ofrece sujetos sociales desnaturalizados, los que buscan invisibilizar su condición de clase oprimida. Y lo anterior es inaceptable si buscamos formas democráticas de convivencia sea en el ámbito individual como en lo colectivo, es decir, en la casa, en el liceo y en la escuela, en los sindicatos, en cada organización que representan el saber popular. Hay que trabajar por formas de convivencia que nos conduzca a ser parte de un proceso de igualdad, de equidad y de respeto en las relaciones con nuestros semejantes, de inclusión en el ámbito social y de hegemonía en lo referido a los aspectos ideológicos y culturales. Todo régimen político que se precie de democrático parte de la afirmación de ser defensor de los derechos humanos. Pero, cuando los derechos humanos son transformados en leyes y en normas concretas, que sean operativas a través de ciertos códigos legales, aparece la cuestión de las restricciones a la vigencia de estos derechos. Por ejemplo, la normativa dice *no matarás* y quien mate será sancionado a través de las leyes vigentes. Lo anterior significa que al lado del asesino aparece la violación legítima, legal, del *no matarás* por parte del sistema jurídico a través de la aplicación, en muchos casos, de la pena capital u otro tipo de sanción más o menos severa. Del *no matarás* sigue el *mata al que asesinó*. La norma se invierte por la necesaria operatividad entre el crimen y la necesidad de sanción del criminal. Este hecho de violación de una norma frente al que la viola (el asesino) es necesaria a la existencia de toda norma jurídica. Esta inversión de las leyes y normas es un fenómeno circunstancial a cualquier sistema jurídico en relación a su aplicación práctica, o sea, esta teoría del *pragmatismo de las normas* es la que las hace operacionales a través de un código legal. Ahora, el resultado de la ecuación *norma=derecho*, en relación a la operatividad de los derechos humanos, es que algunos son aplicables, mucho más concretos, y otros no lo son tanto. La *teoría del realismo y el pragmatismo* así expresa un deseo y un anhelo, esperanzas, ideales o una exclamación de justicia definida en base al discurso de un poder y por eso mismo ninguna decisión ni ley es en sí inofensiva. Existe una materialidad de lucha detrás de ellas.



Los derechos humanos no escapan a esta situación una vez que son transformados en leyes vigentes porque el régimen político los garantizará a través de esta nueva inversión que establece su violación legítima frente a los violadores de estos derechos. Es la única forma de garantizar y de concretar estos derechos. Ahora, el infractor es un hombre cruel que recorre todas las fases que lo llevan desde el bien común hasta la maldad suprema. Es un criminal aislado, que es visto como un enemigo que amenaza la existencia misma de la vigencia de estos derechos, transformándose en enemigo de la humanidad, en un ser que con su maldad devora la moral de los puros y así al justo solo le queda sacrificarlo. En ese preciso momento aparece el crimen ideológico y el infractor es visto como el enemigo en todas sus dimensiones. Este hecho tiene como trasfondo un esquema racional, esa materialidad de deliberada lucha, porque existe en el tema de los derechos humanos una temática de compatibilidad o incompatibilidad entre los mismos. La razón es que el cumplimiento de uno de estos derechos eventualmente puede violar los otros. Por ejemplo, la monopolización privada de los recursos y medios de comunicación puede entrar en fuerte contradicción con el derecho a la información o el derecho al trabajo puede entrar en conflicto con la vigencia irrestricta del derecho a la propiedad privada. Se nos plantea entonces esta necesidad jurídica de buscar compatibilizar legalmente todos estos derechos humanos de forma que hay que definir claramente preferencias respecto a los distintos derechos humanos que rigen en caso de que entre ellos se presenten conflictos. Estos conflictos podrán ser resueltos solo en caso de que se de preferencia a un derecho con respecto al otro y consecuentemente a un solo derecho sobre los demás. Entonces, un derecho humano llega a mediatizar y compatibilizar la aplicación de los demás. En otras palabras, se transforma en el *principio que jerarquiza todos los demás* de manera que, en relación a este derecho central, los otros son relativos porque ninguno de esos puede ser realizado sacrificando ese derecho principal. Entonces, los derechos humanos aparecerán ordenados y jerarquizados por ese derecho principal que también es interpretado como garantía de posibilidad del cumplimiento óptimo de los otros. Y los regímenes políticos, en general, colocan como central, para el cumplimiento efectivo de los derechos humanos, *las formas de propiedad en que los hombres acceden a la producción y distribución de los bienes materiales para su propia vida en comunidad*. La razón de esto es que los bienes materiales forman una condición básica de posibilidad de cualquier acción humana, de la vida y del cumplimiento de los derechos humanos.

Así, en la ideología neoliberal, la producción y la propiedad (privada) de estos bienes materiales aparecen como principios que hacen posible el cumplimiento de los demás derechos humanos. La *propiedad privada* es central porque, a través de ella y solo ella, es posible aspirar al desarrollo, al

crecimiento económico y al bienestar de las mayorías: la propiedad privada es la que garantizará la vigencia de los demás derechos humanos como la vida, el trabajo o la salud. Por el contrario, otros regímenes políticos, que buscan presentarse como alternativas frente al capitalismo, plantean que es *la satisfacción de las necesidades de las mayorías a través de la propiedad social de los medios de producción* la referencia primera en la determinación y definición del desarrollo y del bien común. Entramos en un proceso de legitimación de un derecho humano como básico porque hace posible el cumplimiento de todos los demás. Este derecho humano así se identifica con *ciertas formas políticas que adquieren las relaciones sociales de producción de los hombres en el acceso cotidiano a la producción y distribución de los bienes materiales para hacer posible la vida en comunidad*. Se sigue que estos regímenes son un núcleo de poder que garantiza estas relaciones sociales de producción y de distribución de bienes materiales y, en tanto las garantiza, reproduce en la sociedad esa polarización social que compenetra la competencia política por el dominio. Además, la polarización política, producida por la oposición a este principio que hace posible el cumplimiento de todos los otros derechos humanos, se convierte en una polarización entre dominantes y dominados y esto nos conduce a una polarización ideológica porque el adversario termina siendo el enemigo. El opositor es ahora el que se levanta contra la dignidad del hombre y aparece el acto opositor como crimen de lesa humanidad..

A través de este crimen político e ideológico se opera racionalmente la inversión y la violación de los derechos humanos, es decir, se justifica esa política reaccionaria de ningún derecho humano para los que sean enemigos de los mismos. Se produce una impresionante fuerza agresiva por el hecho de que los máximos valores del hombre se convierten en motivo de violación de esos derechos. Por ejemplo, en el régimen de los socialismos reales, quien esté contra de la propiedad del Estado de los medios de producción es un burgués, un enemigo de la sociedad que está contra la naturaleza misma de los hombres y así el régimen justifica las depuraciones dentro del Partido-Estado mientras que, al mismo tiempo, en una típica Dictadura de Seguridad Nacional, característica de Latinoamérica, los sectores y grupos opositores son perseguidos, son detenidos, desaparecidos y violentados sin que se tenga ninguna consideración con ellos porque, en fin, están contra la naturaleza de los hombres y es el régimen quien defiende los valores de la humanidad, de la propiedad privada de los medios de producción y de la cultura de la sociedad cristiana y occidental. Para evitar todos estos excesos en el campo ideológico y de la praxis política, el cambio democrático y la teorización de nuestro ideal de sociedad, debe plantear como principio de jerarquización de todos los derechos humanos otro que no sea el *derecho a la propiedad*. Este

tendrá que ser el *derecho a la vida*, es decir, declarar la vida como inviolable ilegítimando la pena capital, la muerte y el encarcelamiento arbitrario pero, a continuación, hay que incluir los derechos humanos sociales como no ser condenado a la hambruna o a la exclusión.

A partir de este *derecho a la vida* se abre todo un abanico de derechos humanos inmediatos que se ordenan alrededor de esta garantía básica. En la búsqueda de un consenso, un mínimo pragmatismo en el proceso de cambio social con una lógica política que jerarquiza a partir de relaciones sociales de producción, puede buscarse una solución con la conciencia de que existe un conflicto entre la lógica del humanismo (el derecho a la vida) y la política que, sin pretender borrar la luchas, construye relaciones sociales que hacen del conflicto algo controlable. Esta es la cuestión actual de nuestros pueblos y de la izquierda. La misma propiedad de los medios de producción tiene que someterse al derecho a la vida y solo una adecuada planificación económica, incentivada y protagonizada por el propio régimen político, puede sortear los desafíos en este sentido. Esta nueva planificación es la que coordina metas y objetivos nacionales, la que determina las formas de propiedad, las relaciones entre las empresas públicas y las privadas de manera de ejercer un control para que el conflicto no se desborde. Para que las relaciones sociales de producción no sean excluyentes, o sea, no marginen a la mayoría, el mercado debe reorganizarse por medio de una eficaz planificación para hacer frente a nuestros dramas. No se trata de eliminar el mercado sino de conducirlo, proyectándolo en términos de un sistema económico que coloque en primer plano el *derecho a un trabajo digno* como principio básico debido a que solo así podrá asegurarse el derecho a la vida y el derecho al acceso de todos a los bienes materiales. Se trata de buscar un equilibrio entre la planificación y el mercado a fin de asegurar el derecho a la vida de todos los trabajadores a través del empleo y desde ahí defender nuestros intereses de clase. Las relaciones sociales de producción deben plantearse de manera que cada cual, por su propio trabajo, pueda derivar la satisfacción de sus necesidades básicas para él y su entorno. El equilibrio perfecto entre la propiedad privada y la social está determinado así por el pleno empleo de la fuerza de trabajo con salarios dignos que serían determinados a través de un consenso entre los actores políticos que forman el régimen como los trabajadores, el sector público (...) Un consenso político que reconfigure nuestro régimen. Una economía solidaria, donde pueden convivir distintas propiedades siempre que no se alteren los equilibrios de la economía en general y no se viole el principio del derecho a la vida como rector de los derechos humanos. El carácter revolucionario del régimen así planteado deviene de la primacía de la protección de la vida de todos. De esto se derivan unas consecuencias más.

En primer lugar, la satisfacción de las necesidades de los trabajadores bajo la primacía del *derecho a la vida* implica también cierta calidad en el acceso a la educación y la salud, entre otros tantos factores, porque el acceso más igualitario a estos servicios reivindica el derecho de todos al goce de una mejor vida. También implica el pleno empleo de la fuerza de trabajo porque esa calidad de vida para las mayorías es una quimera bajo las circunstancias de pobreza. Entonces, en relación a la elección de que medios de producción técnicos deben usarse en el desarrollo de un plan tecnológico propio, que reivindique el derecho a la vida, tiene que determinarse necesariamente a través del pleno empleo del trabajador, es decir, como se necesita trabajo para usar un medio de producción (una máquina, etc.) como factor de producción, el número máximo de trabajo empleado será decisivo en la elección de esos medios de producción que pueden transformarse en factores de producción económicamente válidos. En tercer lugar, no es imaginable algo como el pleno empleo de los medios de producción porque siempre hay más de lo que puede usarse y siempre este máximo tendrá que determinarse por el empleo máximo de trabajadores. La transformación viene a ser óptima cuando son convertidos en medios de producción técnicos los factores de producción que, dado el pleno empleo, los trabajadores son capaces de llevar al producto elaborado a su máxima expresión y potencia. Los procesos de trabajo se vuelven procesos de producción económicamente racionales, más humanos, porque es respetada la vida y hasta puede desarrollarse un proyecto propio de desarrollo industrial. Por fin, el precepto reformista y radical que busca elaborar otra sociedad, es ese que nos dice que *es el pleno empleo de los trabajadores el exclusivo indicador del trabajo necesario y del máximo de medios de producción a emplearse en los procesos productivos*.

## Capítulo 2: El régimen frente al poder de los mercados.

### Factores de la intervención pública y del Estado.

Una noción elemental, difundida por los defensores del *automatismo del mercado*, pretende confundir al Estado con los órganos del gobierno, a los que contrapone y enfrenta con la idea de *Nación*. De ahí ese mito, de pretensiones racionales, que nos plantean los neoliberales y que se relaciona con reducir el Estado para agrandar la Nación. Así, estos actores de la gran utopía del dominio más absoluto nos quieren mostrar al Estado como un gigantesco Leviatán que, además de ser altamente ineficiente, aniquilaría la libertad de todos y devoraría, vía el déficit fiscal, las múltiples riquezas de nuestros pueblos. Pero, si nos remitimos a algunas definiciones más o menos consensuadas sobre el Estado, el tema es bastante distinto. Por ejemplo, una definición jurídica del Estado nos dice que éste *es el orden normativo de una comunidad asentada en un territorio determinado* o también que es la *Nación misma organizada jurídicamente*. En este último caso, la idea de Nación se relaciona con *ordenar* la conducta de los hombres quienes, de no existir el Estado, quedarían subordinados no a una jerarquía, cuya coerción conduce a la formación de ciertas instituciones y leyes, sino a la fuerza física de quienes cuenten con los recursos económicos o políticos para eso. Así pensado, se advierte enseguida que carece de sentido intentar contraponer el tamaño del Estado con el de la Nación y develamos otro de los grandes mitos de la metáfora neoliberal.

Por otro lado, cuando hablamos de la intervención del Estado en la economía, se refiere a cómo están ordenadas las actividades del hombre en este campo. Su funcionamiento responde siempre a leyes específicas. Por ejemplo, si una régimen político neoliberal coacciona, limita o jerarquiza, de modo de asentar el desprecio de unos hombres sobre otros a partir de, por ejemplo, el desarrollo continuo de la servidumbre moral y política, entonces, estas normas propenden a la concentración del poder de los grupos que detentan el poder de dominación a expensas de los sectores subalternos. Además, la realidad nos muestra que a través de este tipo de concentración de poder se despoja de los más básicos derechos a los trabajadores que solo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para subsistir. Detrás de esta lógica simplemente encontramos la necesidad de acumulación privada del capital, entonces, cuanto mayor es la necesidad de los grupos dominantes en relación a esa acumulación privada del capital, más requerirán que el régimen político participe activamente en la generación de la riqueza y en su

propia distribución. Esta participación, que compromete generalmente al régimen político más allá de los gobiernos de turno, puede ser de distintos grados, desde la simple creación de estímulos para las actividades privadas como el asesoramiento, la regulación de actividades a través de la entrega de licencias, la fijación de precios o márgenes de utilidad y ganancias, hasta la prohibición de actividades monopólicas como forma de actividad reguladora e interventora del régimen político.

También el régimen político puede ejercer actividades empresariales y de servicios directamente a través de la administración pública o por entes creados específicamente para esos fines. Esto nos confirma que el Estado es una abstracción pero real porque se realiza bajo la forma de régimen político. Es esta la única forma y posibilidad concreta de apreciar, en toda su amplitud y dinamismo, la intervención del régimen. La *intervención del Estado* es la expresión, la representación genérica mientras que la *intervención pública* del régimen es la forma de existencia y manifestación de la intervención estatal. Si consideramos al Estado y al Capital como entidades separadas no podríamos entender las fronteras de la intervención del Estado al no poder deducir su naturaleza de la categoría Capital y el Estado podría situarse por encima de la ley del valor; eso no es lo correcto. Semejante concepción nos lleva a una comprensión demasiado instrumental del Estado y esto es errado porque lo estatal es parte de las relaciones sociales de producción. Entonces, el Estado es parte activa de esas relaciones sociales e influye por eso sobre su despliegue histórico. En ese contexto, el crecimiento de la *intervención del Estado* toma la forma de saltos sucesivos mientras que en los países centrales ese incremento se debe al desarrollo de una gestión estatal de la fuerza de trabajo sobre las condiciones de vida de los trabajadores que se expresan a través de subvenciones, de la seguridad social y laboral (...) mientras que, en los países de nuestra periferia, este crecimiento se debe a la intervención en el mismo sector productivo a través de subvenciones a las empresas, regalías impositivas, inversión de capital y otros. Además, la intervención del Estado actúa sobre la desvalorización de algunos capitales y la valorización de otros, es decir, conduce a la depreciación de ciertas facciones de capital mientras, al mismo tiempo, valoriza otros. Esta acción implica un mejoramiento de las tasas de ganancia en las industrias de avanzada y acentúa la transferencia de ganancia social desde las ramas menos desarrolladas hacia las de última generación. Es así como la intervención del Estado influye en el desarrollo del parque industrial y tecnológico por ejemplo.

De todas maneras, esta intervención estatal no sustituye a la ley del valor sino que la orienta en un sentido más favorable a los intereses de esos capitales más dinámicos. Esto nos muestra que el Estado actúa, una vez más, sobre la acumulación pero no acumula como lo hacen los capitalistas y, más

allá de que el Estado intervenga para limitar los efectos devastadores de las crisis del capitalismo, éstas son necesarias para el capital y su acumulación porque, en fin, el desarrollo de crisis periódicas, sin que se coloque en duda la relación de explotación, es la oportunidad con la que cuenta el Capital para depurar sus basuras. En otras palabras, a través de estas crisis periódicas, el Capital va recuperando, paulatina pero constantemente, su tasa de ganancia y mediante la eliminación de ciertas facciones de Capital menos productivos junto con la imposición de nuevas formas de la acumulación, es posible la revisión de las conquistas de los trabajadores tanto en lo concerniente a su poder adquisitivo como respecto de las condiciones de trabajo. Así, el capital modifica, bajo nuevos parámetros, sus relaciones con el trabajo eliminando una parte de los capitales múltiples y estructurando el resto. La función de la crisis es que el Capital se regenere para que sea capaz de recuperar el ímpetu de los tiempos gloriosos de expiación y exención de sus pecados capitales y capitalistas.

En estas circunstancias históricas, la *intervención pública* depende de tres factores: en primer lugar, del régimen de acumulación dominante, o sea, lo que conocemos como capitalismo y se expresa en cierta organización del Estado. También de la evolución prevista de las batallas que estructuran la lucha de clases y de sus fracciones, es decir, la contienda entre dominadores y dominados y su evolución en términos políticos, económicos, sociales e ideológicos. Finalmente, depende de la expresión de ese enfrentamiento en el nivel político y sus consecuencias, es decir, la formación de cierta ideología y de una razón que determina la *agenda pública*. El régimen de acumulación dominante constituye un factor importante en la determinación de la política económica y de la evolución del volumen y la estructura de la intervención pública. Por ejemplo, en los regímenes populares no es raro que el gobierno intervenga en la puja salarial entre trabajadores y empresarios, en acuerdos de precios, en el control de la inflación, en el tipo de cambio y en el valor del dólar. En infraestructura, lo hace recuperando fábricas o dando sustento legal a las cooperativas formadas por esas empresas recuperadas (...) Lo digo porque el análisis de las condiciones concretas de la acumulación constituye un elemento esencial para la definición de una política económica y por tanto de la intervención pública.

El hecho de que surjan gobiernos populares o dictaduras de seguridad nacional depende, por supuesto, de las relaciones de fuerzas y su desarrollo en ese específico contexto político e histórico, es decir, tanto la sumisión a las máximas y los dogmas de los países del centro como la propia capacidad de liberarse parcialmente de ellas e impulsar nuevos regímenes políticos de acumulación en cada uno de nuestros países, provocan una intervención pública en el sector manufacturero, de infraestructura y en el energético, más

importante que la que existe en las economías del centro. En esos países, los centrales, a pesar de que continuamente abogan por la no intervención y la desregulación del régimen político, los dominantes, como exponentes de esa clase social que se privilegia con este crecimiento basado en la exportación de materias primas, crearon numerosos organismos estatales para intervenir y regular las actividades económicas de manera que el régimen en manos de éstos interviene porque se trata de que la acumulación privada del capital se asegure a cualquier costo. Ya vendrá la ideología, las ideas y las teorías en defensa de sus intereses. Entonces, ¿cómo los neoliberales pretenden, por un instante, que creamos en un régimen político, en un Estado prescindente de los intereses nacionales o ausente en la orientación y en la planificación indicativa y limitado por ende a las actividades de recaudación impositiva y de seguridad? Lo paradójico, para el teórico desprevenido, es que el régimen gradualmente se impone aunque sea un sistema con una estructura diminuta y carente absoluto de sabiduría. Porque al fin y al cabo el neoliberalismo es un régimen político muy agresivo, brutal y melancólico, porque se limita a funciones de desregulación, de privatización y apertura. El neoliberalismo, como régimen político, sólo puede ser compatible con la delegación de las principales tareas económicas en manos de los grandes actores económicos y financieros globales y las transnacionales de todo género. Por lo mismo se vuelve necesario que los trabajadores, los pequeños empresarios y todas las fuerzas económicas, políticas y sociales interesadas en un desarrollo más equilibrado y sostenido de la actividad económica, se manifiesten por cauces democráticos para participar en la formulación de un plan de desarrollo nacional, soberano y popular. La polémica se plantea sobre qué intervención pública buscamos. La lucha no puede trasladarse a la simple enunciación de postulados y de máximas ideológicas porque no son pocas las funciones irrenunciables del régimen político que con el correr de los tiempos- y a favor de la prédica del automatismo del mercado- fueron delegadas con resultados que solo afectan las perspectivas de desarrollo de nuestro pueblo. La economía tiene que ser sustento de un régimen político esencialmente fuerte y bondadoso que se relacione con la defensa irrestricta del derecho a la vida como prioridad nacional.

Hay continuidad, no habrá cambio alguno. Lo que no entienden desde el poder es que la proclamada estabilidad republicana sólo se logra con inclusión social, con respeto y con democracia; es la gran lección de estos años que no quieren asimilar, que no aceptan. Lo contrario es la quietud de un país al que le quebraron el alma hace cuatro décadas y que aún no logra levantarse porque no hemos podido recuperar esa democracia. De hecho, es el autoritarismo quien continúa entre nosotros. Nos quitaron la razón de vivir. La tesis de un cambio desde el neoliberalismo al régimen inclusivo, de



lo público, no es más que el camino obligado para oxigenar un modelo, para no arriesgar su destrucción. No es un tránsito a transformaciones profundas sino apenas superficiales, a esas reformas en la medida de lo posible que cambian para que al final nada lo haga. Es la estrategia de esta democracia que nos deja más lejos de la satisfacción de nuestras necesidades, borrando las barreras de lo público y lo privado, confundiendo garantías y derechos con subsidio o asistencia. En este aspecto, el programa educacional es el más emblemático; lo es porque la gratuidad como la demanda el movimiento estudiantil nunca ha tenido como núcleo o como foco de atención el pago de un arancel en sí- lo que en todo caso no deja de ser importante- porque de lo que se trata es de cambiar el sistema que se sostiene a través de este arancel y que se relaciona con un régimen donde la educación en todos sus niveles se convierten en el mejor negociado para los dominantes. No se trata solamente de quién pagará sino de cómo lo hace. Pero, en el programa del duopolio el asunto no existe y cuando se lo nombra se lo relega a un plano totalmente secundario. En este aspecto, este duopolio, lo público lo aborda como un “sentido” al modo del idealismo y no como una realidad concreta vinculada a la labor estatal, a la usanza de quienes adherimos al materialismo dialéctico. Es decir, desde la visión de los gobiernos, la gratuidad se entiende como una ampliación de la subvención. Así, quedan fuera todos los grandes problemas y desafíos sobre la educación: que sea un servicio público, de acceso para todos, igualitaria, de calidad y vinculada a un proyecto de desarrollo que sin dudarle debe privilegiar la capacitación, la industria y los bienes nacionales, el ahorro interno, etc. Por el contrario, el gobierno apuesta por una educación que seguirá con la nefasta lógica de pagar a los privados para que cumplan funciones que al final le corresponde al sector público. En realidad, incluso el neoliberalismo en su etapa más avanzada (como en Chile) conserva siempre la necesidad social de la apropiación y distribución privada de los beneficios como “la” forma de regulación económica. Ocurre que es representante de la forma capitalista de hacer las cosas: la realización del interés general sigue ligada a los intereses particulares. Al hacerlo, continúa enfrentándose con el conflicto de clases: entre la necesidad de dominio de la élite y la urgencia de liberación. En ese sentido, la propuesta de la patronal en relación a una nueva Constitución reivindica la contención del movimiento social por sobre la transformación. El eje central de ésta busca eliminar de raíz la participación de los trabajadores, que en definitiva tendríamos que ser el basamento de cualquier intención por reivindicar la soberanía nacional. Ni mención alguna a un Estado que sea garante de los derechos del trabajador porque éste- al Estado me refiero- desde la época de la independencia, desde la colonia incluso, es la garantía de última instancia de la acumulación privada del capital, de la plusvalía que la patronal extrae al trabajador. Tampoco se habla

de un sector público que recupere su rol como actor económico, como gestor y hasta como propietario. No cabe duda que la derecha duopólica no es una vía de transformación sino de contención del ímpetu de lucha del pueblo. Y toda batalla interna que se quiera dar en el conglomerado, si tiene como techo este programa, no es más que una consigna cómplice de la guardia neoliberal. El duopolio no transita por el reemplazo de un modelo por otro, sino hacia su reinención y su supervivencia. Se dirá que el asunto está claro pero no es así. Por eso todo el tiempo debemos insistir en las irracionalidades y en el carácter derechista de los gobiernos que surgen con la democracia de muy baja intensidad que supimos conseguir.

### **La tecnología como factor de poder.**

Con el neoliberalismo, la nueva formación de poder dentro del bloque de clases y fracciones dominantes al interior del régimen, se desenvuelve en torno a otra élite, la de un staff de técnicos y managers que se convierten en nuevos factores de poder. Lo hacen porque controlan las definiciones y la razón del poder dentro de las empresas tecnológicamente de avanzada. Lo hacen porque presionan, a través de múltiples mecanismos y herramientas como el lobby para que sea el mismo régimen político quien aplique esas políticas públicas que son convenientes a sus intereses; al mismo tiempo bloquean todas las que impiden o retrasan su expansión. Esto revela que la tecnología no solo es un bien económico sino que también es un factor de poder y dominio. Entonces, si la tecnología cambia, y pasa a incorporarse como nuevo factor de control, podremos analizar en toda su dimensión las formas en que ésta puede bloquear las políticas públicas de un régimen democrático que por ejemplo busca consolidar nuestras aspiraciones como trabajadores emancipados.

La informática integra el moderno e impresionante arsenal científico del que disponen los países centrales, los más avanzados y centrales, para continuar ejerciendo dominación sobre los países de la periferia. Aparece con ella la posibilidad concreta de uso de nuevos sistemas de control político y en este sentido las nuevas tecnologías e innovaciones científicas van en auxilio de los países desarrollados para seguir defendiendo sus intereses de acuerdo a estas nuevas formas de dominación. La informática es uno de los elementos de primera línea para el accionar de la dominación en buena parte del nuevo siglo porque son los países más desarrollados y las transnacionales ligadas a la tecnología, a la informática y a la información, quienes se convierten en servidores que desde su situación privilegiada controlan y almacenan datos de todo tipo. Resulta que los datos son inseparables de su organización y de su modalidad de almacenamiento y al dejar a otros, a los centros del poder

globalizado, la tremenda responsabilidad en relación al manejo y el control de esos datos, de esas imágenes, videos, representaciones, documentos y tantos otros, simplemente dejamos que ellos organicen la memoria colectiva y la razón del hombre. Desde esa perspectiva, contentarse con recurrir a esos datos a través de estas formas de organización, para acceder a la información digo, hay que aceptar, otra vez, la alienación cultural y la razón dominante. A estos adelantos debemos agregar el perfeccionamiento de los bancos de datos que siempre los hubo sin embargo lo que cambia hoy es que existe ya la posibilidad, real y concreta, para que cualquier persona pueda acceder a la información mediante una simple conexión a internet y su respuesta es instantánea. Esto nos conduce a dos efectos. El primero relacionado con la necesidad de estar conectado a la fuente de información y el segundo con la impresionante concentración monopólica de esas fuentes y esa información en unas cuantas centrales.

En la década de los '60, el libre flujo de la información se refería a las agencias de noticias, televisión, exportación de películas, editoriales, discos y publicidad, pero ese planteo se dirigía sólo a la necesidad de abrir nuevos mercados. En cambio, con la revolución informática y el consiguiente acceso a nuevas y múltiples fuentes de información, de datos y de comunicación, se establecen otro tipo de relaciones entre el comercio de los servicios y el de bienes de más alta tecnología, entre los asuntos relativos con la inversión y la cuestión de la propiedad intelectual porque, en fin, los avances realizados en este campo y en las comunicaciones, permiten una impresionante expansión del comercio y una alta y nueva complejidad del sistema comercial global. Consecuentemente, el dominio se refuerza en beneficio de los centros del poder global. Las innovaciones tecnológicas, en los distintos sectores como el desarrollo de la genética, hacen de la producción y el comercio de bienes de alta tecnología los componentes más dinámicos de las economías de los países más desarrollados. A partir de ahí, en nuestros países, se nos plantea la necesidad de definir un desarrollo de tecnología propio porque la prestación de nuevos servicios de información y el acceso a los mercados para el tipo de bienes de alta tecnología de una u otra manera plantea ciertos problemas de inversión y propiedad intelectual de naturaleza distinta a lo que hasta ahora conocimos. Precisamente por eso, los países más desarrollados abogan por una matriz contractual global que reglamente el comercio de los servicios y permita resolver ciertos problemas generados por los intercambios de estos productos. Por ejemplo, la propuesta de incluir una reglamentación de las inversiones tiene como finalidad garantizar la presencia de los inversionistas en todos los casos en que lo requiera la naturaleza de los servicios prestados o de los productos a comercializar sea por las razones que sean (técnicas, legales o económicas).

Los países del centro nos argumentan que un comercio más libre en relación a los servicios exige la liberalización de las normas y las leyes que regulan la inversión extranjera en cada país cuando ésta es necesaria para la prestación de servicios. Pero, lo que existe detrás de esto es la necesidad de esos países centrales de garantizar la expansión continua de sus industrias tecnológicas, esto es, de los sectores que disfrutaron de ventajas comparativas para mantener la supremacía tecnológica. El ejemplo paradigmático sobre las presiones que se ejercen para implementar a nivel global una reglamentación tendiente a colocar cierto orden y racionalidad es el tema de las patentes y licencias de medicamentos o software. En esta realidad, el factor tecnológico es uno más de los componentes de los proyectos políticos que los países más desarrollados usan para ejercer presión sobre los pueblos menos favorecidos. Este se transformó en un instrumento político de dominio sobre adversarios insípidos. Entonces, tendríamos que empezar por plantear una *tecnología conveniente* en relación a nuestro propio desarrollo, en relación a nuestra especificidad como pueblos y, sobre todo, en relación a la primacía del derecho a la vida por sobre cualquier otra consideración. En esta nueva definición de *tecnología conveniente*, aparecen así dos componentes que se refieren a la soberanía y a la posibilidad de reforzar el modelo de desarrollo político y económico elegido por las mayorías. En esas circunstancias, la educación es fundamental. Por eso, el talento, las múltiples y más diversas inquietudes, la formulación de nuevas ideas y otras innovaciones, forman los cimientos sobre los que levantaremos la grandiosa esfinge del cambio de nuestro sistema educativo y la modificación de la universidad democrática y pluralista, que nos enseña que la investigación científica y la tecnología están muy lejos de los intereses elitistas, para poder producir con mayor libertad el conocimiento necesario para desembarazarnos definitivamente de conceptos con malas intenciones. También existe otro factor, de primera línea, que tiene que ver con la generación y con el uso de la *tecnología conveniente*, es decir, relacionada con el poder de compra de la empresa pública. Esta empresa, la pública, no solo tiene que estar a la vanguardia del diseño de un proyecto de fuertes inversiones físicas en *tecnología conveniente* sino que además tiene que ser la primera en lograr el empleo, más o menos óptimo, de los recursos tecnológico- científico para imponerse como meta un crecimiento cualitativo de este potencial presuponiendo índices de eficacia, eficiencia y cooperación, que no se lograrán sin una maximización de las modalidades organizativas e informáticas del que hacer científico y técnico todo lo cual forma parte de un moderno proceso de industrialización.

En nuestros países, sabiendo que la mayoría de los agentes y actores económicos, políticos y culturales, no están en condiciones, o realmente no tienen interés en proyectos que abarquen a la totalidad de los trabajadores, se

hace prioritaria la presencia del régimen en la conformación de un proyecto nacional e inclusivo basado en tecnología conveniente que unifique a las mayorías nacionales. En ese contexto, son los actores gubernamentales e institucionales del régimen político, es decir, el sector público, quien define las directrices generales tendientes a la búsqueda de esta necesidad a través del diálogo social. En otras palabras, sólo a través de una planificación por parte de estos actores y sujetos gubernamentales e institucionales, de las diversas dependencias de gobierno y el compromiso y la participación de las distintas organizaciones de los trabajadores, de los actores sociales y de base, será posible dar marcha a estas políticas. Después vendrá la coordinación con el sector privado. Los mecanismos para hacer efectiva una transferencia de tecnología entre el sector público y una empresa con interés privado, implica un seguimiento del proceso hasta que la tecnología se implemente en la actividad productiva. Pero, cuando el que suministra la tecnología es un organismo público se nos presentan dificultades extras y dos posibilidades concretas: en lo relacionado con las posibilidades tenemos que la primera tiene que ver con la idea que la contratación surja de una demanda, por parte de la industria que se dirigió al organismo, para pedirle el análisis de un problema o que desarrolle cierta tecnología. La segunda, es que el organismo oficial en cuestión, por una decisión auto generada, se decide a efectuar un desarrollo que luego puede resultar interesante para el país. Lo que complica las cosas entre esas posibilidades es la cuestión de la propiedad del desarrollo tecnológico. Podría pensarse en lo lógico que sería que el organismo público conserve ciertos derechos fundamentales sobre una parte o que comparta la propiedad del desarrollo con la empresa que se hizo la contratación pero, en general, esto no es así. Por esto, debiera definirse claramente este punto con vistas al mejor interés nacional, es decir, conforme a las necesidades de la mayoría de manera que la fuerza o la debilidad de nuestra producción, tanto intelectual como tecnológica, no dependa de facultades heredadas sino, más bien, de una energía vital transmitida. Lo que sería bastante interesante es que el organismo público, que en este caso es el que transfiere la tecnología, participe dentro de la empresa en la implementación de esa tecnología en el nivel productivo, en su control y en su mejoramiento, de modo que estemos abiertos a nuevas directrices y orientaciones para avanzar más enérgicamente en la satisfacción de las necesidades de las mayorías.

De todo esto nos surge la necesidad política irrenunciable de que este desarrollo tecnológico se estructure bajo los preceptos básicos del dominio y de la primacía del derecho a la vida porque es éste quien asegura la plena vigencia de la vida de los trabajadores. Precisamente, para asegurar la plena vigencia y respeto por la vida de los trabajadores, el rol de la *tecnología conveniente* es central porque, en la elección de que factores de producción

se convierten en medios de producción, domina el criterio del pleno empleo de la *fuerza de trabajo*. Por eso, la tecnología conveniente es una prioridad fundamental y no puede ser el proyecto de un par de tecnócratas que lucran con nuestras esperanzas. Para evitar esto, es necesaria la participación, la movilización y el compromiso, tanto político como económico y social, de las estructuras organizativas propias del pueblo, de la cultura popular, que nos permite la formación de consejos y centros de profesionales, organismos universitarios dedicados a la investigación o al uso de determinados bienes y servicios. La propuesta es empezar a hablar de tecnología conveniente para el desarrollo nacional y la politización del tecnólogo. El desafío no es menor porque hoy el desarrollo de la tecnología más avanzada se desenvuelve en las grandes corporaciones multinacionales que mantienen la propiedad, a través de patentes y argucias legales, de las innovaciones tecnológicas agravando la situación de nuestros pueblos en este aspecto. Entonces, el régimen tiene que mutar hacia una postura clave de demandante de tecnología en un proceso de independencia y soberanía. A través del control de tecnología adquirida, su adaptación y posterior creación de las que más se ajusten a las necesidades y urgencias nacionales, se contribuye a un proceso de creación de *tecnología conveniente*. Es notorio que a partir de esos preceptos se abren posibilidades para impulsar, orientar y absorber los multiformes desarrollos tecnológicos que se manifiestan en el sistema comercial globalizado en la hora actual en constante flujo y adecuación, a variadas condiciones tanto en el sector secundario como en el de servicios y el primario. Para lograr una importante ruptura en la serie de este retroceso histórico en el tema tecnológico y productivo es preciso decidir acerca de qué tecnologías usar considerando un examen de las ventajas comparadas de nuestros países, la estructura política, las características económicas y mercados globales y los factores sociales y políticos que son los esenciales, porque se generan en el seno de nuestra realidad como pueblos periféricos. En esta perspectiva, las condiciones sociales y políticas para aplicar ésta y no otro factor de producción como tecnología, se relacionan directamente con la cantidad de desempleados. Así, lo que finalmente nos dice cuáles son los factores que se transformarán en medios de producción, es el grado de adelanto tecnológico y económico de cada uno de nuestros países, de sus instituciones, de su capacidad para generar o asimilar formas tecnológicas nuevas, del grado de preparación de los trabajadores y empresarios y tantas otras variables que irán surgiendo en la medida en que el proceso vaya consolidándose.

En lo que tiene que ver con nuestra inmediata productividad como países, Latinoamérica necesita agudamente difundir ésta como parámetro central y fundamental en el seno de su aparato productivo reemplazando la visión demasiado ortodoxa, autoritaria y esquemática, del empresario como

mero representante de los intereses de los grupos dominantes, que puja sólo por la rentabilidad mayor obtenida a expensas de una baja de salarios o de una manipulación de precios, porque en realidad nuestra lucha tiene que incluir antes que excluir, es decir, tiene que integrar tanto a los trabajadores como a ciertos empresarios en un sistema productivo, nacional y soberano, que nos favorezca a todos. El único reaseguro para lograr una norma que sea capaz de promover la transferencia de tecnología y que simultáneamente la regule sin lesionar intereses objetivos es garantizando la pluralidad y la democracia económica que se basa en el derecho al trabajo digno como norma fundamental. No hay posibilidad de elevar el nivel tecnológico y productivo de nuestros países usando como único instrumento la adquisición de cierta tecnología mediante contratos de licencia con los países avanzados. Necesitamos acelerar el proceso de aprendizaje tecnológico, el sostenimiento de las ideas propias, permanentes y las ideas evolutivas. Si hablamos de la informática y del acceso a ésta por parte de los sectores representativos de los trabajadores, acelerar este virtuoso proceso no significa necesariamente desparramar computadoras por todos lados sino que implica, en primer lugar, aprender a usar computadoras, aprender a diseñar aplicaciones y software y hasta aprender a diseñar nuestras propias computadoras. Así, los principios que guían una reforma seria de la legislación en materia de transferencia de tecnología, debería comprender una jerarquización de la ley que significa un principio elemental al momento de plantear una nueva normativa en el tema, es decir, una ley que sea parte selectiva de una posible articulación entre la tecnología foránea y su desarrollo interno, dotación de una nueva estrategia tecnológica, articulación entre las distintas áreas del sector público y los otros actores representativos de la sociedad, y finalmente una selección de tecnología, diseño de proyectos y absorción del sistema.

Dadas las características en que operan los mercados de trabajo y los múltiples mecanismos de distribución de ingresos, para poder movilizar un programa de satisfacción de necesidades básicas de las mayorías, deberíamos reorientar el perfil de la industrialización y del desarrollo de tecnología en función de los objetivos globales de la propuesta que he tratado de definir en estas líneas. En ese sentido, un régimen de distribución de los ingresos en forma más democrática y equitativa nos permite modificar la composición de la demanda, mecanismo y modelo que supone un conjunto de impactos sobre otras ramas, en particular, sobre la demanda de bienes salarios. En nuestro régimen, dominado por las limitaciones estructurales, se hace imprescindible recapacitar sobre los valores humanos defendidos por el liderazgo audaz de la tecnología conveniente. Este tema no es nada fácil porque en definitiva se entrelaza íntimamente con la sociedad y la tecnología, las leyes y la política. Los grandes inconvenientes derivan en primer lugar que no se entiende que

significa *tecnología* ni mucho menos *tecnología conveniente*. Los marcos regulatorios y los conceptos e ideas y hasta la misma dirigencia política no lo entienden porque creen que tecnología significa simplemente internet, las empresas de celulares y de telefonía. Pero, estos no son más que productos y servicios que ocupan tecnología. El valor auténtico está en las personas que tienen la idea, que la estudian, que diseñan el producto y así le agregan el software, lo desarrollan y lo venden. Y es precisamente ese valor el que se convierte en propiedad intelectual y en licencias por las que se cobra y se obtienen beneficios. *Tecnología conveniente* significa desarrollar ese valor intelectual y que además sus dividendos queden en las fronteras nacionales para el disfrute de todos. No hay que buscar como fin sólo el desarrollo del comercio electrónico sino que es necesario también promover lo que está detrás de todo esto, es decir, los laboratorios de investigación, los de análisis y las compañías que usan realmente la materia gris para vender sus productos en el exterior y traer divisas fronteras adentro. Urge un plan de desarrollo basado en tecnología conveniente como máxima generadora de empleo, de dignidad, valor agregado, beneficios, inclusión y paz social.

El siglo anterior, ese que en verdad no pudo ser de los trabajadores y sus intereses, finalmente no transcurrió en vano porque a partir del siguiente siglo cada una de esas frustradas experiencias políticas, sociales, económicas y culturales, fueron determinantes para la implementación de regímenes del tipo popular, reformista y radical. En Bolivia, en menor medida en países como Ecuador y en Venezuela, en esta última a pesar de su autoritarismo, de su adscripción al estalinismo en la forma que el sistema deriva en un capitalismo de Estado, se intentó la construcción de un régimen alternativo. El punto es que el neoliberalismo se agotó como lo hizo el reformismo como fin mismo, es decir, la socialdemocracia, esa que no puede considerar la radicalización política de los procesos de cambios. Además, el sistema comercial en su globalidad está en crisis, en un proceso de transición y de descomposición, y hoy vemos como el neoliberalismo no es opción real para las generaciones futuras porque traiciona los profundos ideales democráticos. La implantación del neoliberalismo a nivel global como reacción a la crisis de acumulación del capital a partir de mediados de los '70 y la crisis estructural del sistema comercial globalizado así lo atestiguan: la gran lección del siglo XX es que la democracia es el único sistema viable de convivencia política entre personas civilizadas, sin embargo, ésta hay que entenderla en su acepción más profunda y popular. El neoliberalismo no es opción. Lo es el reformismo radical que deja inexorablemente marcado a sangre y fuego este siglo de luchas en beneficio de una realidad mucho más incluyente. Su huella se hace sentir en todos los avances de la justicia y equidad social, de los derechos y libertades individuales y sociales, en los



progresos de la legislación laboral y en la conquista de salarios cada vez más dignos, en la extensión del voto y en la incorporación de la mujer a la plena ciudadanía y al mundo del trabajo, en la extensión y obligatoriedad de la educación y en la separación e inclusión de los valores espirituales y materiales. De todas maneras, lo que garantiza este futuro es la lucha y la movilización en nombre de un proyecto reformista y radical. Nuestra fuerza consiste en ofrecer un cauce a todos los que luchan por cambiar la vida y hacer del mundo un lugar justo donde los trabajadores se emancipen y las diversas sumisiones, que coartan nuestras libertades, sean neutralizadas. Este aprendizaje y esta historia no son fáciles y el desarrollo de las luchas es largo y continuo. Necesariamente la evolución en términos humanistas se produce a partir de una postura estratégica reformista que deviene en radical, de una postura que forma políticas basadas en otro arte de poder, de lo que es posible, de una más auténtica razón alternativa y viril. Así, la izquierda enfrenta diversos desafíos y paradojas, todos relacionados con la posibilidad misma de plantear una estrategia radical que acompañe al reformismo político, que tienen que ver con la posibilidad real de defender las múltiples conquistas en el ámbito político, económico, laboral y cultural.

La superposición de inequidades, las desigualdades territoriales, la alta concentración del poder económico, especulativo y financiero, la pérdida de poder del régimen político frente al mercado, la distancia con las personas y con sus organizaciones o la falta de medios de comunicación e información, continúan desafiando la agenda de nuestros regímenes. Ante esa situación, los trabajadores buscan su camino de acuerdo a sus propias especificidades históricas y políticas. Esto no significa que no se perfilen nuevos escenarios marcados por el riesgo, por los nuevos y múltiples problemas de la sociedad y por su repercusión en la subjetividad de los asalariados. Así, por ejemplo, la globalización como proceso impactó en la formación de nuevos escenarios sociales, económicos, mediales y en el escenario político formándose una progresiva globalización de las esferas de la actividad y la acción humana y un ensanchamiento de la libertad formal de los trabajadores. Sin embargo, también se formó una concepción más individualista de la vida colectiva en relación con el funcionamiento de las instituciones, la vida cotidiana y el desarrollo. Desde esta perspectiva, es urgente avanzar en el establecimiento de mínimos comunes que posibiliten cierta unidad en la diversidad de manera de militar a favor de la política como actividad de búsqueda del bien común, de la solidaridad y de la vida en comunidad. Es necesaria esa unidad para involucrar a las distintas vertientes democráticas en una experiencia unitaria de nuevos bríos capaz de encarar los dilemas y las consecuencias sociales de la imposición de los intereses de las minorías. Esa es la trama profunda en la cual planteo el necesario debate para construir un partido y

una organización democrática, moderna y de izquierda. Es necesaria una organización política de izquierda que recoja los principios de la libertad y justicia social por la que luchan los grandes líderes, es decir, que luche contra las desigualdades y la exclusión. Que busca una estrategia reformista radical, del marxismo, como base para su política, su arte y su praxis. Un partido que valore la representación social, política, cultural, de género, gremial, la representación y manifestaciones populares, la ciudadanía y el Estado de derecho. Un partido moderno que incorpore los códigos y desafíos que la realidad de nuestra existencia nos impone. Un partido que nos compromete con otras alegrías, con otro poder, con el crecimiento y la transformación, que conduzca a la unidad paradójica entre las certezas y la perpetua vorágine de desintegración y la propia innovación del pensamiento de izquierda.

Es necesario un gran elenco de militantes políticos que permita una nueva configuración de los principios, ideas y postulados con la finalidad de enfrentar la agenda programática del partido. Es necesario transitar el camino de la redistribución de la riqueza y del acceso equitativo a las instancias de toma de decisiones partidaria. Deberíamos reconsiderar la idea de un sistema de seguimiento de la gestión de las políticas públicas de nuestras autoridades porque, en definitiva, todos los que se definan dentro del campo humanista deben vincularse con el trabajador, con su organización y con sus canales representativos, participativos y del ejercicio soberano de esa democracia. En ese contexto, la democracia tiene que practicarse, percibirse y soñarse como un sistema de convivencia y participación que trascienda su carácter formal y realice con profundidad sus atributos de participación y deliberación porque de una u otra forma la democracia es un compromiso inalterable, básico y político de la historia. La democracia está inclusive en las bases mismas de la doctrina humanista del cambio social. El ideario democrático e inclusivo solo es viable en términos de radicalización política. Esto no significa que el desarrollo del ideario marxista global no sufra grandes altibajos pero también es cierto que apenas en un período de cincuenta años el socialismo fue de la idea al movimiento y a través de éste al partido y del partido al gobierno aunque después degenerada, por sus propios errores, en los socialismos reales. De todas maneras, en el caso de los países de Europa Occidental, este desarrollo político buscó plasmarse gradualmente en los progresos y en las posibilidades mismas de la democracia que se exhibía como un instrumento perfectible de sociedad y del ascenso histórico de la clase de los trabajadores. En menos de dos décadas, esas diversas corrientes socialistas europeas se formaron como partidos con posibilidades concretas y reales de batallar, dentro del ámbito parlamentario, por el poder político. Sin embargo, el hecho que el socialismo europeo occidental se estancara ideológica y políticamente derivó en hitos que los países latinoamericanos no podemos darnos el lujo de

repetir. Por ejemplo, los gobiernos socialistas, al convertirse en simples administradores antes que gobernadores radicales, terminaron entregando a los sectores neoliberales dominantes la posibilidad de convertirse a los ojos de los votantes en opción de poder político y hasta de cambio. Entonces, a la socialdemocracia europea le siguió la llegada de gobiernos de derecha en la mayor parte de los países del viejo continente. En ese contexto, también es posible entender la formación de un gran poder político- que es lógico a los ojos de muchos trabajadores- y el caudal de votos de derecha en Chile. De hecho, la estrategia de la Concertación, es decir, su democracia en la medida de lo posible legitimó a la derecha como alternativa democrática y racional.

La economía, la convivencia social, las formas de las organizaciones sociales y de base, los distintos partidos políticos con vocación de poder, la estructura de los sindicatos, las diversas asociaciones gubernamentales o no, y, en general, los problemas que nos afectan a todos como trabajadores son inexorablemente asuntos colectivos, es decir, parte de cierto régimen político que busca realizar sus metas y sus objetivos de desarrollo y de crecimiento en todos los órdenes ampliando las oportunidades de los mismos trabajadores para solucionar cuestiones que nos aquejan tanto en el ámbito local, nacional, regional y global. No es posible seguir actuando como estadistas y fingir que nada sucede a nuestro alrededor. La verdad es que el régimen político tiene que deshacerse de muchos lastres para parir un nuevo actor político que asegure las condiciones y el contexto histórico para que nuestra existencia oriente su desarrollo a un mayor bienestar. Un régimen en transición, que necesariamente se plantea el humanismo como la máxima aspiración política, en sus primeras etapas favorece y regula el proceso de acumulación del capital, provee los bienes públicos necesarios para el funcionamiento de los actores políticos y asegura las condiciones de equidad en las empresas, en las unidades productivas, fomenta el desarrollo científico y tecnológico en los nuevos términos de tecnología conveniente, contribuye a abrir mentes, ideas y reorganiza nuestros postulados, esperanzas y sueños. Asegura las múltiples condiciones para proteger nuestro entorno con cierta equidad, con respeto a las generaciones que vendrán, evitando las concentraciones monopólicas, invierte en el trabajador, en sus razones y evalúa el rendimiento del mismo régimen político proveyendo los controles para expandir la representación y la participación democrática, el régimen económico con fines al aumento de la productividad y orienta la redistribución basada en la primacía de los intereses de los trabajadores a favor de los sectores más vulnerables. La búsqueda se orienta a favor de un sistema que asegurare derechos sociales mínimos por la dignidad que esto conlleva aspirando legítimamente, a través de esa vía, a una realidad más candente. *Desarrollo* implica un régimen que otorga igualdad de oportunidades, que está cohesionado en el aspecto social,

implica que sus instituciones funcionan, que sus agentes y actores sociales y políticos están y se encuentran movilizados, luchando, confrontando pero también apoyando cuando es necesario. Significa sumergirse en un proceso de creación cultural, de un arte de lo posible porque, en fin, todo análisis de la realidad, todo apoyo a determinada política pública, conlleva compromisos importantes. Por lo mismo, en el análisis de la política económica de un país, los economistas al servicio del neoliberalismo, en la necesidad de reforzar el dominio sobre los trabajadores, nos hablan principalmente de eficacia; sin embargo después, en el momento en que intentan explicar las incidencias de las decisiones adoptadas sobre un tema en particular, no nos dicen como sus resoluciones afectarán a un grupo social ni muchos menos los compromisos que existen en la adopción de éstas. De ahí que por la naturaleza de esas decisiones, que afectan o benefician en distinto grados a los grupos sociales involucrados, estas decisiones no pueden ser delegadas sólo en un grupo de burócratas o en una élite de tecnócratas porque estos se benefician de las cada vez más frecuentes delegaciones de decisiones que en realidad deben tomarse de manera más democrática adquiriendo, en ese particular proceso, más poder de gestión y de decisión pública sobre la realidad de los propios trabajadores. Terminan gobernándonos tiránicamente. Definen y dan sentido, otros juicios de valor, al régimen y el espíritu colectivo de la comunidad comienza su desplome.

Esta delegación se convierte en parte importante del proceso político de toma de decisiones que forma la lógica del régimen y esa delegación se lleva adelante privilegiando ciertos intereses de los sectores dominantes. Este proceso puede verse en el contexto de la toma de decisiones fundamentales de un ordenamiento económico, político y racional. Así, cuando los actores-siempre representativos de ciertos intereses sectoriales y de grupos de poder-toman decisiones políticas relacionadas con las tasas de interés, las mismas pueden tener una importante incidencia no solo en la inflación sino también en el desempleo y afectar a muchos. El problema es que a los tecnócratas el asunto del desempleo no les quita el sueño porque, en general, cuentan con una estabilidad laboral de la que no disfrutan los demás trabajadores, sin embargo, quizás por lo mismo, a los otros trabajadores les preocupará mucho más esa estabilidad laboral y el poder adquisitivo de sus salarios, antes que pensar en las tasas de interés aunque muchas veces sin saberlo les afecta directamente por la lógica propia del sistema capitalista de producción. Los tecnócratas pueden tener distintas formas de pensar sobre ésta o cualquier otra cuestión pero es claro que las responsabilidades de cada uno definen los puntos de vista, o sea, la vida personal de cada tecnócrata o trabajador incide sobre lo que piensa, sobre lo que hace y lo que siente. En la mayor parte de los casos, los trabajadores no tienen nada que decir con respecto a la política

monetaria. Tal vez tendríamos que reconocer que los mercados financieros son grupos de poder y de presión que tienen intereses específicos y que no tienen mucha afinidad con un proceso democrático de toma de decisiones.

El término de *reformismo radical* es vital porque es el tronco desde el que derivan todas las ramas de cambio y transformación estructural. Además, este concepto depende de cómo definamos los problemas colectivos que se nos presentan como colectividad. En otras palabras, si en nuestros regímenes, más o menos democráticos y formales, solo se presentan como problemas sociales importantes las perturbaciones relativas a la auto estabilización y la desregulación de la economía o de la administración pública, entonces, las exigencias de un régimen político formuladas en lenguaje normativo solo podrán aparecer como variables dependientes. Así, los problemas siempre urgentes del desempleo, de la inseguridad o de la pobreza estructural, los de la exclusión e inclusión de las mayorías, quedan como problemas de segundo plano con respecto a los planes de ajustes o de saneamiento de los índices macroeconómicos. Las cuestiones políticas y sociales son así privadas de su sustancia normativa. Partiendo de ahí es urgente el humanismo que se basa en el pleno respeto por los derechos humanos replanteando muchos términos y verdades que hoy parecen evidentes para la mayoría de los trabajadores. Preferir valores y conceptos mezquinos y limitantes, nos mantiene sujetos al pantano donde nacimos, a la apreciación de una civilización inhumana, llena de venganzas. Por eso, el humanismo es más aprendizaje, más debate, mayor coherencia pero es, sobre todo, plena vigencia de los derechos humanos. En la génesis de estas nuevas representaciones, de una nueva ciencia, de otras formas de vivir e iluminar la cultura y la experiencia humana, el dilema primero se sitúa en cómo usar el régimen para hacerlo estallar y en base a esas ruinas construir el comunismo, la sociedad sin clases sociales. Abrazar los ideales aristocráticos y excluyentes, es perpetuar el descontento de sí mismo hacia el orden de las cosas y acariciar otros sentimientos que no reconocen el valor del hombre y de las necesidades socialmente producidas. Por eso, debemos ser artífices de una ideología política con voluntad y con vocación de poder. Para que esta vocación de poder fermente, es preciso luchar cotidianamente desde todos los ángulos y todas las formas que nos entrega generosamente el marxismo. Ni neoliberalismo ni régimen político benefactor son válidos porque es necesario ir más allá del neoliberalismo. Ninguno de ellos es suficiente en el largo plazo.

¿Es lógico preguntarse cuales son esos medios de acción política para cambiar las inequidades sociales, para afrontar el progreso? No sólo es lógico también es válido como objeto que se reconoce en sí, como estrategia que adquiere existencia por la acción del trabajador y sus canales de expresión y representación política, porque esta pregunta, que desafía nuestro intelecto,

es parte del núcleo de una política que conlleva el mejoramiento de nuestras condiciones de vida de manera definitiva. Además, ¿están nuestros pueblos en condiciones de que el régimen reformule sus prioridades, su campo de acción y otra relación con los trabajadores? No me cabe la menor duda. El régimen benefactor se convirtió inclusive en un fracaso en Europa porque solo sirvió, una vez agotadas todas sus políticas sociales de mejoramiento de la vida de los trabajadores, para sembrar un campo en que creció una derecha signada por valores antidemocráticos. La tercera vía fue un fracaso porque no fue una alternativa. Por ejemplo, no se discutió si el neoliberalismo era irreversible o no, tampoco se planteó su superación sino, más bien, buscaron hacerlo menos doloroso, más soportable y mágico, y de ahí su impotencia, su negligencia y su cobardía estructural ante los problemas reales del pueblo. No fue en absoluto otra vía sino, más bien, fue la vía triunfadora, es decir, la neoliberal, que intentó tener un costo moderado para los trabajadores. En esto también fracasó. Esta tercera vía no pudo ser catalogada siquiera como un programa político porque al fin de cuentas solo terminó siendo retórica de la centro- derecha que dijo estar comprometida con la protección social pero que una vez más aplicó sin contemplaciones la flexibilización laboral y en general militó a favor de la pérdida de derechos adquiridos a través de la historia por los trabajadores. Derechos adquiridos tras años de luchas y de privaciones, de guerras y masacres. El cambio social, entendido sobre las bases humanistas, es el único camino sin caer nuevamente en las desilusiones de siempre.

La experiencia política de nuestros países nos muestra que no existe otro medio que pueda dar a los pueblos agotados esa energía que perdieron tras lustros de fracasos. No conozco otra ruta que conduzca por los campos de batalla más vigorosos, de profunda sangre fría y de odio sublime hacia las grandes injusticias que corroen las conciencias de esos que están llamados a convertirse en seres con una moral mejor. No conozco ruta alternativa de aniquilamiento de las lacras sociales más aberrantes que heredamos del régimen neoliberal. Tampoco conozco una ruta, que sea mucho más audaz y compleja, de indiferencia hacia el conformismo, el ascetismo y las grandes pérdidas. El marxismo y su humanismo es la corriente que ahoga toda la pestilencia de un régimen que no da para más. ¿No se vuelve acaso imperiosa esa necesidad de buscar ciertas respuestas y políticas públicas concretas ante una realidad dominada y controlada por el neoliberalismo? Los desarrollos nuevos venidos del amplio espectro del pensamiento reformista y radical y sus propuestas en los ámbitos institucionales, económicos y sociales, no carecerán de problemas pero la crítica a los fundamentos morales y éticos del pensamiento neoliberal mantendrá su solvencia. Hay que demostrar, en el espectro de una nueva discusión democrática ampliada, de cara a la sociedad,

que es el neoliberalismo quien se queda sin argumentos para defender sus intereses ante una realidad cada vez más implacable. La ideología neoliberal es la más grande de las utopías pero también la más grande de las realidades. El neoliberalismo es una tremenda promesa incumplida que produce valores estrechos y limitados a la expansión de las corporaciones internacionales que manejan las estructuras de poder del sistema comercial globalizado. Pero, este carácter religioso- utópico de la ideología neoliberal no determinará nuestro juicio porque este régimen, que pretende ser universal, en verdad, solo corresponde a necesidades artificiales que no descansan más que en una razón compuesta de ficciones que no soportan el mínimo análisis histórico. Es una ideología que descansa e intenta perpetuarse sobre la creación de necesidades donde éstas no existen.

### **Desafíos del reformismo y el fenómeno de la tecnopolítica.**

Las soluciones ofrecidas actualmente por la izquierda para nuestros pueblos parten forzosamente de nuevas condiciones y circunstancias, de otro contexto histórico y apoyado en actores, sectores y organizaciones de base y populares mucho más representativas, sin embargo, en materia de las luchas reivindicativas por los derechos de los trabajadores domina, en el caso de la eterna *transición democrática* en Chile, el discurso del *realismo político*. A través de ese concepto, la falsa izquierda chilena entra en el juego de la razón e intereses de los grupos dominantes. Con este concepto, en fin, se hipoteca el porvenir incierto porque los valores del humanismo son desplazados al campo de la utopía y el bien de las amplias mayorías se hace contradictorio y falso, desde el núcleo hasta su raíz, porque las demandas de los trabajadores son así irracionales y económicamente inviábiles. Por eso, siempre en el caso concreto de Chile, los sectores y grupos democráticos de la sociedad tendrían que plantearse muchas de sus acciones y omisiones. Debieran revalorizar la experiencia de lo que significó el gobierno de Allende como signo positivo, real y definitivo de la acción moral, plena de virtud, reflexiva y democrática. En este sentido, lo que permitió el triunfo popular de 1970 fue producto de la justeza con que el movimiento popular logró enfrentar la coyuntura política-electoral ese mismo año, la justeza de las reivindicaciones y de las demandas planteadas. El gobierno de la Unidad Popular planteó muy bien la mayoría de las cuestiones políticas y estratégicas de la (r)evolución que se expresaron en la campaña electoral y que permitió convertirla en una confrontación de fuerzas y actores de grandes magnitudes donde la coalición de izquierda supo llevar la iniciativa. Por otro lado, el error que más aisló al gobierno fue sin duda el no contar con una concepción de la política, de la coalición y del cambio de características unificado en relación a posiciones, a estrategias y

objetivos de mediano plazo durante el período de transición. La estrategia correcta sigue siendo crear *poder popular*. Por desgracia, partidos políticos como el PC en vez de apoyarse en la tropa (que denunciaba el golpismo de sus superiores) decidió creer en la oficialidad de las Fuerzas Armadas; en vez de potenciar con sus políticas las *Juntas de Abastecimiento y Precios*, los *Cordones Industriales* y toda libre organización del trabajador, en especial los *Cordones Industriales*, simplemente los combate. De hecho, intentando desconocer la legalidad democrática y popular de los Cordones Industriales el gobierno y sus partidos se apoyaron en la CUT. Por último, en vez de jugársela por el *poder popular*- único sustento real de toda (r)evolución- se apoyaron en el Estado capitalista burgués y en su política reformista. Ese en realidad fue el tremendo error de la UP. El golpe entonces no se produce por responsabilidad de las facciones radicales planteadas por el MIR y el PS sino por el reformismo socialdemócrata al que apostó la mayoría de los partidos de la Unidad Popular.

Por otro lado, la política de la Unidad Popular, si bien colocó como requisito forjar una alianza estratégica con los sectores medios, único sector hacia el cual podía realmente expandirse, no consideraba a éstos dentro de la coalición sino a partir de ellos a pesar de que ese sector también son trabajadores. En verdad, todos los que vivimos de un jornal lo somos. Es decir, se buscó forjar la fuerza conductora en que la hegemonía del trabajador menos privilegiado- el obrero clásico- no fuera cuestionada para desarrollar una política de poder del gobierno que considerara los intereses de los sectores medios pero que, al mismo tiempo, no les daba a éstos la posibilidad de ser también protagonistas asumiendo, por ejemplo, algunos roles directivos en el proceso de cambios que objetivamente también les favorecía. Entonces, los sectores medios eran aceptados sólo en la medida en que la Unidad Popular era vista en lo social como una amplia unidad de los trabajadores pero en la política cotidiana significó marginarlos de cualquier rol directivo, es decir, fue una estrategia muy restringida al no estar en condiciones de forjar una alianza política con esos sectores que al final son ganados por la oposición. La formación de esta alianza era vital porque, en cualquier proceso de radicalización del cambio social, el factor fuerza es un elemento central y no es posible tener éxito si no somos capaces de acumular más fuerza que la patronal que siempre está dispuesta a todo.

Mil días duró el gobierno de la Unidad Popular que en la práctica significó definitivamente más democracia, libertad e igualdad en el sentido más profundo. Emprendió proyectos nacionales que se convirtieron en los de mayor profundidad y alcance. Emprendió proyectos populares por los que se filtró un arte de poder que se transformó en palabras y nuevos conceptos. De repente, las campanas emitieron nueva música, nuevos acordes, humanistas y



sobrenaturales, y unos sonaron con acentos llorosos, tenues, embriagados y sublimes, porque se insinuaba el tiempo de la victoria del ser genérico sobre el individualismo egoísta pero, en cambio, se nos vino la dictadura e hizo la contrarrevolución, un modelo ajustado a las exigencias de la globalización en términos neoliberales que los gobiernos democráticos posteriores sostuvieron bajo la ideología del reformismo basado en el falso realismo político. El 11 de septiembre murió un gran gobierno que contradecía en sus bases al Estado capitalista. Murió cierto régimen político, profundamente nacional, soberano y popular, que quiso avanzar pacíficamente al socialismo más consecuente. Se había ampliado la democracia y surgieron formas nuevas de organización como los Cordones Industriales y las Juntas de Abastecimientos y Precios en la defensa del consumo y organización del trabajador. Nuevos mecanismos de movilización, en todos los niveles, dieron a luz y la participación de los trabajadores perfeccionó sus pensamientos, sus tesis y sus acciones. Se elevó el nivel de vida de nuestra clase de modo que ese período fue la obra máxima del pueblo, del militante y dirigente chileno. Fue un régimen que desparramó generosamente la mejor inspiración y sabiduría popular. No fue obra sencilla. Lo abigarrado de los cuadros y posturas que la compusieron nos muestran una pluralidad de personajes, de temas que, en los últimos momentos de esa experiencia, nos condujo a un laberinto sin fin. Un laberinto sin fin que políticamente se manifestó en dos opciones que resolverían la cuestión en torno al poder: o el gobierno cerraba filas en torno al respeto de la ley del Estado capitalista confiando en la lealtad de las Fuerzas Armadas (postura estratégica del PC y de Allende) o profundizaba en la creación de poder popular a través de la participación y la movilización de los trabajadores a través del movimiento social organizado por los mismos. A nivel de gobierno primó la primera opción y el trabajador en muchos sentidos quedó huérfano del apoyo real de los partidos que componían la Unidad Popular. De hecho, sus dirigentes se inquietaron bastante con esta nueva autonomía lograda por los trabajadores porque precisamente emergía del poder organizado desde las bases.

La opción estratégica que primó finalmente fue la equivocada porque las Fuerzas Armadas demostraron su falta de lealtad a la democracia o, mejor aún, demostraron su lealtad a las bases del Estado capitalista. Y entonces el rojo amanecer dio paso a una tormenta que no supimos evitar. Los resultados fueron conmovedores y la polarización entre la extrema riqueza y la pobreza es tarea pendiente aún hoy. El trabajo precario es la norma y los derechos humanos son violados sistemáticamente mientras, al mismo tiempo, los luchadores políticos deben recurrir a otras ideas. Tengo la esperanza por lo menos que con el tiempo las generaciones venideras y sus conceptos, sus palabras y su obra será mucho más resistente como en el caso de la lucha por

la educación pública, gratuita y de calidad por la que se comprometen los estudiantes y la mayor parte de los chilenos. Creo que ahora que estas nuevas generaciones intentan expresar todos sus tormentos, su experiencia y su vida en público, el régimen dominante se resquebraja irremediablemente. En todos estos años transcurridos desde la venida de la transición a partir de los '90 en adelante se produce una tremenda decadencia de la estructura política e institucional del régimen que solo puede responder a las demandas de los chilenos a través de la represión brutal. De igual forma, esto no es gratuito porque conlleva una constante caída de la lírica, del pensamiento y la acción de los dominantes en beneficio del mundo popular. Así, nuestra lucha nos muestra las múltiples vulnerabilidades y la falta de sentido del régimen.

¿Quién tenga la más mínima conciencia puede realmente sentir respeto por los gobiernos reformistas que suceden a la dictadura? ¿Por sus códigos, sus normas y leyes? Después de años de transición, el país continúa marcado, a sangre y fuego, por el origen de esta fallida transición. Marcada por el autoritarismo, la desigualdad y hasta por poderes fácticos que se imponen a la voluntad de las mayorías. En Chile, el neoliberalismo fracasó como lo hizo en todas partes. Sin embargo, en muchos lugares pasan cosas mientras el aire se satura de putrefacción, de desastres y frustraciones, porque los hombres y los poderes que acompañaron al gran dictador siguen actuando y son cada día más poderosos, legitimados en democracia, gracias a la estrategia misma del reformismo de los gobiernos posteriores de la Concertación. En alianza con las transnacionales controlan las riquezas mineras, la energía, el transporte marítimo, los puertos y el agua potable, el gas, las telecomunicaciones y las principales industrias mientras, al mismo tiempo, la tensión se acumula. El individualismo cumplió fielmente su mandato porque nos condujo a una fuerte disminución de la capacidad de convocatoria de los partidos políticos y de las fuerzas de izquierda que no logran entendimientos unitarios para apoyar propuestas de interés para las mayorías. La situación del reformismo se volvió más compleja con los gobiernos de la Concertación porque con esos mandatos se despertaron esperanzas en los cambios que el reformismo como fin en sí mismo no soluciona. No puede hacerlo porque el reformismo, la Concertación, en sus fundamentos políticos y económicos, también es neoliberal. Es la derecha que se disfraza con una hipócrita progresía de la que también es cómplice y responsable el socialismo. El problema es que si estas promesas de campaña no son cumplidas, algo que es patente en los temas relativos con la igualdad de oportunidades, se produce una gran decepción que, de hecho, beneficia electoralmente a la otra derecha. Por eso, no es lícito hacerse los distraídos. Hay símbolos nuevos, otras tomas de posiciones, más radicales, y regímenes reformistas que devienen en radicales como en Bolivia, nuevos signos de esperanzas y propuestas que convocan a mirarnos

de otra forma. Sin embargo, solo la movilización de la mayoría nos conduce a la demostración constante y diaria de los múltiples mitos e irracionalidades admitidas, aprobadas y defendidas por los grupos dominantes. Solo la lucha mostrará la falsedad del espíritu de los tecnócratas. No es lícito hacerse el distraído porque en Chile la democracia aún continúa cautiva de los diálogos con la derecha en todas sus manifestaciones, gracias a un sistema político que los beneficia; las transnacionales disfrutan de privilegios inaceptables racionalmente mientras los militares tienen la protección del Código de Justicia Militar y los magistrados forman una cofradía que se auto protege.

Ya no es posible seguir defendiendo una institucionalidad democrática abstracta ni el sistema de elecciones periódicas, ni aparatos que simulan la profunda marginación de las mayorías en las decisiones de los problemas que son socialmente importantes, de las decisiones que nos afectan. Se trata de la búsqueda de nuevos valores que nos conduzcan, con nuevos bríos, hacia otro tipo de régimen político. Se nos abren horizontes que deberían motivar a las organizaciones populares porque la refundación de la democracia, un nuevo régimen radical, significa *Asamblea Constituyente* y un sistema electoral que termine con la corrupción y todos los vicios asociados al sistema. Significa reformas y batallas contra el *realismo político*. Lo más grave es que mientras tanto la mayoría de nuestra población vive en condiciones precarias, con jornadas de trabajo interminables; viven en la inseguridad, en el consumismo y en las deudas, víctimas permanentes de la explotación, con organizaciones débiles y conciliadoras con el régimen. Las fuerzas de izquierda, humilladas, diezmadas y arrinconadas, convocan a sectores minoritarios. El régimen de pretensiones democráticas en Chile no avanza como debe porque se compone de muchas formalidades y pocos hechos reales. La impunidad protege a muchos y la corrupción así se extiende. Existen por doquier poderes fácticos que toman decisiones, son los máximos responsables locales, son quienes vemos formando directorios de bancos y gerencias de las transnacionales; desde los cuarteles y catedrales continúan riéndose de las falsas libertades que nos permite la Constitución de 1980. Las falacias del régimen neoliberal las padecen las mayorías, es decir, los trabajadores mientras las fuerzas del cambio social no logran la construcción de la conducción política unitaria. Existen todavía en Chile fuerzas dormidas que deberían despertar. En ese contexto, hace falta un auténtico partido de izquierda que estructurado y conducido por la unidad del movimiento social, que es el auténtico generador de poder popular, provoque el cambio necesario. La realidad es demasiado brutal y ahoga cualquier esperanza para permitirnos que las dos derecha- el duopolio- siga usufructando de nuestro esfuerzo.

En la actual situación política de globalización y de cierta complejidad de las relaciones sociales, culturales, comerciales y políticas, la presencia de

los tecnócratas en los regímenes políticos de democracias apenas formales, tendió a incrementarse notablemente y vimos como esto no contribuyó al proceso democrático de la toma de decisiones. La cuestión que representa el crecimiento de estos tecnócratas en el poder de decisión democrática, dentro del régimen político, es que actúa con bastante distancia de la estricta lógica del bien común y termina así dañando el proceso democrático. La diferencia de los tecnócratas con respecto a los dirigentes políticos tradicionales, no es la mayor o la menor adicción por el poder sino que los tecnócratas pueden realizar su vocación de dominio en otras esferas de poder, no necesariamente dentro del gobierno, opción que no está al alcance de los dirigentes y líderes políticos tradicionales. El tecnócrata generalmente trabaja en las más grandes corporaciones y en empresas transnacionales y desde ese lugar tiene mayor poder de decisión, a través de la presión o del tráfico de influencias, que el dirigente político. Por eso, no podemos dejar que se hagan con el proceso de toma de decisiones porque al tecnócrata le es indiferente lo que ocurra con el gobierno de turno porque generalmente la posición de éste no depende de criterios políticos sino que los trasciende porque su poder, dentro de sus espacios opcionales, no se mide por los resultados electorales ni tampoco depende de la opinión pública sino que, por el contrario, se mide por las consistencias técnicas de las políticas que éste implementa y éstas no siempre redundan en popularidad. Entonces, cuando esto último pasa, es decir, las políticas implementadas son altamente reaccionarias e impopulares como, por ejemplo, los ajustes a la economía en favor del capital y a expensas de la fuerza de trabajo, una reducción del gasto social de los gobiernos y tantas otras políticas públicas que conocimos en los '90 bajo el neoliberalismo, recurren al discurso del *realismo político* para justificar racionalmente esas políticas.

Por el contrario, Marx sostuvo que la organización y la dirección del aparato productivo por el productor inmediato- el trabajador- introducía un cambio cualitativo en la continuidad técnica: esto es, encamina la producción a la satisfacción de necesidades individuales que se desarrollan libremente. Pero, en la medida en que el aparato técnico establecido de hecho abarca la vida pública y privada en todas las esferas del régimen, es decir, llega a ser el medio de control- cohesión en un universo político que incorpora a la clase trabajadora, el cambio cualitativo implica en este grado una transformación en la estructura tecnológica de modo que entonces supone a los trabajadores enajenados de aquel universo en su existencia, que su conciencia es la de la imposibilidad total de seguir existiendo en ese universo y que la urgencia de un cambio cualitativo es un asunto de vida o de muerte que se sostiene en la mecanización que reduce cada vez más la cantidad e intensidad de energía física gastada en el trabajo. Precisamente esta evolución es de importancia

tremenda al referirnos al concepto marxista del proletario. Para Marx y para Engels ese concepto en primer lugar hace referencia al trabajador manual que gasta y que agota su energía física en el proceso de trabajo, incluso si lo hace con máquinas modernas. La adquisición y empleo de esta energía física, bajo condiciones infrahumanas, para que pueda darse la apropiación privada de la plusvalía, da a la explotación del hombre su aspecto más repulsivo; la noción marxista es la que denuncia el dolor físico y la miseria del trabajo. Éste es el elemento tangible que confirma la esclavitud del salario y la alienación bajo el capitalismo clásico.

Durante los siglos pasados, una causa importante de alienación residía en el hecho de que el ser humano prestaba su individualidad biológica a la organización técnica del modo de producción de la mercancía: el trabajador era el manipulador de las herramientas y de los utensilios necesarios para la transformación de las materias primas y de los recursos naturales en bienes y servicios; los conjuntos técnicos sólo podían constituirse incorporando a los hombres como manipuladores de estos utensilios. El carácter deformador del oficio era a la vez físico, psíquico y somático. Pero, la situación empieza a cambiar con el régimen de los neoliberales. Ahora la cada vez más completa mecanización del trabajo bajo los parámetros de éste, al tiempo que mantiene e inclusive extrema la explotación del pueblo, modifica la actitud, la realidad y el estatus de los explotados. Dentro de esa nueva organización tecnológica, el trabajo mecanizado en el que reacciones automáticas llenan la mayor parte si no la totalidad del tiempo de trabajo continúa siendo, como una ocupación de toda la vida, la esclavitud en su máximo grado, una experiencia agotadora, embrutecedora y profundamente inhumana; más agotadora todavía debido al ritmo del trabajo, a la exigencia de mayor productividad de la hora laboral y también gracias al aislamiento de los trabajadores entre sí. Esa inhumana y agotadora forma de trabajar desde luego es la expresión de la automatización dentro de la fábrica; pero inclusive bajo estas condiciones- y eso es lo que cambia respecto de los siglos anteriores- la tecnología sustituye esta fatiga muscular por la tensión y por el esfuerzo mental que en el mediano plazo nos convierte en una sociedad de deprimidos, de fatigados y hombres violentos. En la fábrica más moderna y automatizada se subraya la transformación de la energía física en habilidad técnica y mental: habilidades de la cabeza antes que del cuerpo, del tecnócrata más que del artesano, del experto más que del obrero manual; del nervio más que de los músculos; del encargado más que del operador. Esta manera de esclavitud del régimen neoliberal que a todas luces es magistral no difiere en su núcleo de aquella que se ejerce sobre los trabajadores de los escalafones más altos como lo es el empleado bancario, el gerente, el apremiado vendedor de la tienda y un largo e importante etcétera.

Sobre los trabajadores menos calificados, los que ganan el sueldo mínimo y que son la mayoría de la población, ni hablar.

¿Cómo procedieron en esto los nuevos genealogistas de esta razón y lógica de dominio y control? Con el poder que les entregan sus privilegios descubriendo así, en un objeto cualquiera, en un proceso cualquiera, las bases y los motivos de justificación de su régimen político. El peligro mayor es que la acción política deje de ser una actividad exclusiva de los dirigentes y líderes elegidos democráticamente, con un mandato y programa determinado, para convertirse en una actividad exclusiva de una élite de tecnócratas. Es el mundo soñado y prometido por Weber y su sistema burocrático y tecnócrata ideal. Es lo que denomino como *tecnopolítica*. La tecnopolítica, en su afán de eficiencia y eficacia, tiende a desplazar políticas sociales en beneficio de una mayor eficiencia en los gastos del gobierno o tiende a favorecer logros macroeconómicos en perjuicio de una política de desarrollo sostenible en el tiempo. Es común el hecho que en muchas zonas de Latinoamérica no existe una buena predisposición al debate de ideas, que supone una democracia más madura y que además es tan requerido en la búsqueda de determinadas resoluciones de los temas socialmente percibidos por la comunidad como de importancia. Este hecho se agrava sobremedida por la corporativización, por la mercantilización de la sociedad y por el dominio de la tecnopolítica que, a través de una reducción del debate de ideas, produce e impone conductas excluyentes y sectarias. Este proceso de dominio de la tecnopolítica en vez de profundizar el debate democrático lo inhibe porque termina planteando verdades absolutas que nada tienen que ver con la producción cultural de los pueblos. Por eso, muchos de los actores políticos más críticos política e intelectualmente, se inspiran en demandas del mercado antes que en ciertas interrogaciones producidas a través de un veraz acto de reflexión de ideas. Paradójicamente, este sector más crítico tiene casi siempre el propósito de proteger algún tipo de estatus corporativo. Lo más grave es que este tipo de conductas se encuentran también en los grupos de intelectuales y de políticos que copan los espacios de orientación política- estratégica de los gobiernos democráticos excluyendo, precisamente por corporativismo, ideas, opiniones y valores de otras fuentes.

Son formas de dominación muy refinadas que se desarrollan en el transcurso de la evolución del régimen político. Entonces, lo que se juega es el control y el dominio, el de nosotros o el de ellos, el de sus intereses más sustantivos o los nuestros. Si aplicamos políticas que impliquen la idea y la concepción de un proyecto político histórico nacional, soberano y popular (y que sea visualizado por los trabajadores como tal) recuperaremos para todos la voluntad de cambio y la iniciativa política de modo que al mismo tiempo vamos a superar a la derecha con su doctrina de resentimientos y de odio al

campo popular. Todo se desfigura y desgarrar por sus ideologías y conceptos que pretenden mercantilizar hasta los mínimos detalles nuestras vidas. Sea a través de un régimen político fascista, de una dictadura o de una democracia tutelada y herida en sus fundamentos, nada importa para mantener el dominio más absoluto: el de la reproducción del capital y las relaciones sociales de producción por él instituidas. Por eso, no podemos darnos el lujo de permitir el triunfo y consolidación de los gobiernos de derecha. Este no es un peligro menor porque, en las posturas de la derecha continental, casi no hay tema de gobierno sobre el cual no tenga propuestas que sean técnicamente razonables y argumentadas bajo la lógica del llamado *realismo político* que los mismos gobiernos reformistas, como fin en sí mismo, así refuerzan. Es el peligro de la universalización del relativismo de la lógica del neoliberalismo y todos los que de una u otra forma son parte de su proyecto hegemónico. La razón del bloque de la derecha continental se mueve por una lógica de la eficiencia y la política es percibida en términos de tecnopolítica que no tiene en cuenta los aspectos de la lucha y termina así siendo insensible a los problemas de los trabajadores en beneficio de un neoliberalismo que es su condición primera.

### **Latinoamérica y el espejismo democrático.**

Algunas zonas de nuestra Latinoamérica aún continúan siendo un gran espejismo y un mito que progresivamente se desmorona frente a una realidad social impuesta por el neoliberalismo y que los grupos reformistas no pueden resolver si no evolucionan hacia una voluntad radical. Esa es la realidad de los países latinoamericanos. Una verdad dominada por el reformismo de los gobiernos que es, a su vez, una práctica y acción política que está agotada si la batalla se plantea en términos humanistas buscando la constitución de un régimen más equitativo. Cualquier justificación que no modifique el régimen político y sus tácticas para dar un salto adelante es falsa porque es parte de una hipocresía muy bien mantenida a expensas de la voluntad de los trabajadores. Entonces, el problema político de la izquierda reformista es no ser capaz de interpretar a los amplios sectores de trabajadores que se sienten progresistas y que, por una u otra razón, no se sienten representados por estos partidos. Es decir, hay amplios sectores de trabajadores progresistas que no se sienten atraídos por los partidos de la izquierda tradicional y por eso no tienen cabida en las estructuras partidarias actuales. Falta un conglomerado político que barra, de una vez por todas, con el reformismo esterilizado, ese que se forma por consensos, por diálogo y tácticas programáticas que solo favorecen a la derecha conservadora y reaccionaria en el sentido de que legitima su accionar fascista en las estructuras formales de los regímenes políticos. Falta construir un frente que represente a los que se definen como

marxistas para que entre todos tomemos por asalto las estructuras, los mitos e irracionalidades del neoliberalismo. Radicalicemos el conflicto en todos los ámbitos y solo en nuestro favor. Precisamente, por eso no hay que temer la movilización de los trabajadores y las múltiples formas de participación y de gestión en la defensa y en la reivindicación de sus derechos.

Las lecciones son bastante duras pero permanecer en el ostracismo nos conduce a lecciones que son aún más duras. Las condiciones de nuestras democracias nos muestran que esta se entretiene de ilusiones y valores que no son tales. Una democracia donde en vez de valores simplemente tenemos precios. En ese contexto, las condiciones actuales nos muestran la imperiosa necesidad de resarcirnos del tiempo miserablemente perdido agrupándonos alrededor de consignas radicales. Porque, las irresoluciones del reformismo político no pueden arrastrarnos al fracaso de los cambios que necesariamente la región requiere. Existe una barrera que hace que los trabajadores sientan simpatía por las ideas de la izquierda o, en el mejor de los casos, se sientan representados por éstos pero, a su vez, ven a las estructuras partidarias y sus organizaciones con cierto recelo y distancia. Entonces, la radicalización del proceso político va en directo beneficio de la solución de ese tipo de recelos precisamente porque esa radicalización política necesita de la inclusión de los trabajadores que dicen representar. Este proceso es el que convoca nuevas voluntades y, desde ahí, revela los artificios del lenguaje, de la gramática y del verbo neoliberal y favorece todo arte de poder proyectando sobre nuestro horizonte nuevas ideas y juicios de valor que hacen resaltar todo lo que el neoliberalismo pretende esconder y simular. Hay que replantearse muchas cosas pensando en la construcción y desarrollo de un nuevo bloque político humanista que logre capitalizar los apoyos de las mayorías y que se exprese no solo en el crecimiento electoral del bloque sino también en nuevas formas, mucho más democráticas, de ejercicio del poder y de la participación al interior de las estructuras partidarias. Sin miedo a las consecuencias, el reformismo político como fin mismo ya cumplió su ciclo histórico porque durante todos estos años, en que vivimos en regímenes de democracias formales, éstos dieron origen a una izquierda falsamente democrática, formal y profundamente corrupta que así se convierte en cómplice estructural de la razón neoliberal.

La calidad de vida hay que asociarla indefectiblemente a la búsqueda de otros valores y circunstancias. No es de izquierda quien intenta humanizar el neoliberalismo pero sí lo es quien intenta construir otra realidad que busca superar las diferencias de clases. Solo de esta forma seremos algún día mayoría para encender una luz de alerta en uno de los graves problemas de todos y que condiciona enormemente nuestra capacidad política: la tremenda desigualdad social que perdura y se acrecienta entre nosotros. La resolución



de ésta y otras cuestiones implica actuar, movilizarse y manifestarse sobre la lógica y la estructura del régimen neoliberal. Como esto no pasó, como aún hoy muchos dirigentes y líderes latinoamericanos se encuentran enfrascados en una política reformista y nos mantienen en ciertos márgenes y límites impuestos por la razón neoliberal, es que los dominadores pueden aceptar sin reparos la permanencia de falsos izquierdistas en altos grados jerárquicos del régimen político de forma de guardar ciertas maneras y posturas falsas de convivencia democrática. Esto es posible porque, en fin, el neoliberalismo no entra en conflicto con la organización del Estado. Los dominantes necesitan de organizaciones populares y de trabajadores domesticados, democráticos y reformistas pero primero que todo de *trabajadores realistas*. La patronal necesita trabajadores que estén dispuestos a sustituir la dominación, el control y la lucha de una clase sobre otra por la colaboración, el diálogo y el consenso para consolidar las bases en que se sostiene este régimen político neoliberal de democracia plena de silogismos, ilusiones y valores ajenos al bien común. El reformismo político forma así una garantía indiscutible para la defensa y la consolidación de la razón neoliberal y lo que representa en las circunstancias actuales.<sup>7</sup>

¿Qué otras medidas son posibles para garantizar su dominio sobre los trabajadores? No queda mucho margen y por eso la cuestión del poder se plantea en todos los rincones donde se expresa la lucha de clases. Si los dominantes no mantienen sus ilusiones democráticas, si reprimen a sus otrora aliados o adversarios, a los reformistas e incluso a los moderados, y si no mantienen, en fin, el régimen político democrático simplemente es porque ya no es posible porque una vez más el reformismo como final no resuelve los antagonismos entre los sectores y clases en pleno y radical combate. Hoy la derecha, pretendiendo desligarse de ese brutal pasado, busca mostrarse como conciliadora y así sus dirigentes buscan mostrarse como grandes estadistas y como una opción de poder político para finalmente presentarse, de cara a los trabajadores, como opción ante al reformismo de la falsa izquierda renovada. Sin embargo, ni los unos ni los otros pueden percibir que Latinoamérica en

---

<sup>7</sup> En Latinoamérica, la historia de la lucha de clases nos demuestra que cuando las barricadas fueron tan importantes que el Estado capitalista peligraba ante los múltiples cuestionamientos del régimen, que estaba en clara oposición a la organización y lógica del mismo, entonces, los dominantes arrasaron con los trabajadores para quienes la lucha y el combate por la supremacía de la mayoría no era superflua ni ineficaz. En esta situación, se desprendió con la mayor soltura de su careta pluralista y democrática y, sin ningún tipo de reparos, bombardearon los edificios públicos, las fábricas, las barriadas y todos los sitios de resistencias contra los macabros designios y objetivos de los usurpadores del poder. Es una solución brutal dictada por el capital ante las insalvables contradicciones del capitalismo en cualquiera de sus versiones. Son un último recurso.

general es un gran hervidero que estalla frente a las diversas expresiones de descontento. Tarde o temprano, este proceso exige la rendición de cuentas a cuantas organizaciones y partidos políticos se hayan convertido en un factor progresivo de consolidación de la lógica del neoliberalismo. Por otro lado, la confusión que produce el reformismo como fin último sobre los trabajadores tiene consecuencias nefastas sobre la lucha popular porque los combates ahora son frenados con múltiples conceptos narcotizantes de la conciencia y así el servilismo es institucionalizado racionalmente. Los gobiernos de la falsa izquierda reformista solo son una energía puramente retórica y nutrida de recuerdos históricos heroicos pero altamente delirantes. Ya no es posible que cada una de nuestras ideas, nuestra ideología, de valores más humanos y creíbles, termine mutando en una simple fraseología que, en última instancia, solo beneficia a los sectores y grupos de los que se perfilan y se acomodan en las butacas del gran teatro de los dominantes para aplaudir sus tragicomedias.

Las circunstancias son favorables para los cambios sociales y políticos que nuestros países requieren. En verdad, siempre las circunstancias en favor de la emancipación y de los cambios son favorables porque la explotación y la dominación de una minoría sobre las mayorías siempre existieron. Esto no significa que esta situación genere por sí misma, por generación espontánea, los cambios reformistas y radicales que necesitamos porque en realidad estos cambios solo triunfan en el seno de las mayorías cuando los dominantes bajan la guardia pero vitalmente cuando los trabajadores se convierten en los sostenedores de la vanguardia de dirigentes y líderes políticos y sociales que se colocan al frente de las barricadas para primero neutralizar y luego barrer con los grupos dominantes y su razón. No son posibles los cambios si falta la situación revolucionaria y esa situación revolucionaria no necesariamente engendra los cambios radicales porque en definitiva estos solo se producen cuando al factor objetivo se unen los factores subjetivos, es decir, la aptitud del trabajador para la lucha. Solo en ese momento la fuerza de la mayoría será lo suficientemente trascendente para derribar las grandes columnas sobre las que se sostienen los grupos dominantes. Es indispensable que los trabajadores y sus organizaciones así sean los grandes maestros en el arte de la insurrección. La izquierda reformista- radical debe enfrentar al reformismo porque de una u otra manera ese reformismo final, antes que organizar y educar a los trabajadores, los manipula para que el régimen político asuma el control de los asuntos socialmente importantes que se expresan en la agenda pública del gobierno. El reformismo en realidad antes que radicalizar la lucha intenta armonizar los distintos sectores, los grupos y clases sociales en los que se expresa políticamente actuando según las circunstancias históricas concretas en que surge y de acuerdo a las necesidades o las exigencias de unos u otros. El reformismo político así no es un proyecto de transformación

y de cambio social porque simplemente busca instituir cierta dinámica del poder que se traduce en la ausencia, tanto en el campo teórico y práctico, de un auténtico proyecto nacional y popular. De circunstancias políticas e históricas se trata. El reformismo se presentó ante nosotros como la solución falaz para dirimir la cuestión del poder político en una lucha que se desenvuelve al interior del régimen neoliberal y ello a expensas de los trabajadores. La gravedad de esto reviste en el hecho de que actualmente, en nuestras tierras periféricas, no sólo se expresan políticamente gobiernos y oposición de corte reformista, como fin mismo, sino que la misma política, la implementación y definición de las políticas públicas son netamente reformistas. Lo importante entonces tiene que ver en cómo dirigir las miradas y las conciencias de cada uno para buscar una salida de esta situación pero en los términos de una solución humanista. De cómo el reformismo será expresión popular de la mayoría y derive en el radicalismo más expresivo, concreto y manifiesto. El reformismo surge como expresión y manifestación política de dominación de la minoría, de las élites, sobre los trabajadores cuando las estructuras del Estado capitalista, es decir, el propio régimen político, en cualquiera de sus versiones, en este caso el neoliberalismo, atraviesan por un conflicto estructural donde no se perciben expresiones políticas de resolución de los conflictos.<sup>8</sup>

Desconcierta al observador superficial el escenario político porque lo ve como un fuerte enfrentamiento entre dos izquierdas. Una, más moderada y la otra de características más radical y popular contra la cual el imperio lanza todos sus dardos. Esta otra izquierda estaría representada y simbolizada por los gobiernos populares. Pero, más allá de los límites, de las divergencias o coincidencias entre ambas izquierdas, el reformismo al fin y al cabo no es de

---

<sup>8</sup> No hay que confundir reformismo como fin con un régimen del tipo popular. Desde el ámbito académico, es común desvalorizar la experiencia y las manifestaciones políticas de los sectores y de los grupos populares definiéndolas como gobiernos de tipo *populistas*. En verdad, los sectores populares tienen muy en claro cuáles son sus necesidades porque conviven con éstas cotidianamente, es decir, son necesidades urgentes porque el salario no es suficiente, el trabajo no es digno y el nivel de vida en consecuencia tampoco lo es. No vienen ellos del mundo facultativo, muchas veces no conocen de teorías, sin embargo, son los primeros en encolumnarse detrás de los gobiernos radicales porque, a través de sus experiencias, conocen sus propias necesidades. Este conocimiento procede de sus padecimientos y vidas. En este sentido, los sectores populares hacen lo que pueden dentro del contexto histórico en que se encuentran, es decir, dentro de las particulares condiciones materiales de vida en que se desenvuelven de forma diaria. Así, catalogar esas experiencias de gobiernos populares como simple *populismo* es desconocer todas las grandes luchas de los trabajadores en la búsqueda de mejores condiciones de vida, es decir, significa denigrar a los trabajadores y sus luchas cuando cada uno finalmente hace lo que puede.

izquierda porque no busca cambiar la actual realidad. Es conservador. El desafío en ese sentido es que el dirigente y los trabajadores no descuiden este asunto, el del falso progresismo de esa también falaz izquierda, porque estarían causando un inmenso daño a su respectiva base social- política en términos estratégicos. Como lo dije un poco más atrás; sucede lo contrario de Europa: en ésta, el reformismo se mostró como modelo de inclusión social y política, es decir, a través de la representación de los trabajadores y de la socialdemocracia, son incluidos en el régimen. Así la postura más radical será absorbida por el mismo sistema político. En cambio, en Latinoamérica sucede lo contrario. El problema es que si los trabajadores no son capaces de entender esto en toda su dimensión teórica- práctica, tal vez entonces y por largos años, continuaremos planteando el falso diálogo con los sectores de la derecha. Diálogo que en la medida que se basa en ese reformismo banal y superfluo solo favorece a los dominantes.

Un caso interesante es que en nuestros países latinoamericanos, por la especificidad de nuestro subdesarrollo endémico, que se caracteriza por ser estructuralmente dependiente del sistema comercial global, nos conduce a un proceso inverso, es decir, cuando las reformas políticas llevadas adelante por el régimen se perciben como un real y concreto proceso de integración de los trabajadores en general, nuestros regímenes políticos, por la frustración de sus aspiraciones, devienen en regímenes radicales. Pero aún más: tal y como lo demuestran las crisis globales, en Europa la socialdemocracia (que es la forma que adquiere el reformismo político en esa particular zona del mundo que se vincula además al llamado Estado de Bienestar) a largo plazo tampoco es viable. De hecho, la política de ajuste y austeridad fiscal pregonada desde los centros del poder global lo que hacen es terminar con ese Estado de Bienestar. En resumen, ya no se trata solo del fracaso del reformismo en los países que dependientes estructuralmente sino también en los desarrollados.

### **Participación y representación política.**

En los años '70 enmudeció Latinoamérica, sus trabajadores y régimen. Pero, más allá del imaginario popular, de la política del terror de Estado, de la exclusión y de la marginación de la dictadura, la herencia de ésta fue convalidada por los sucesivos gobiernos democráticos. ¿Qué nos dijo, por ejemplo, el discurso y la razón dominante una vez recuperado el sistema democrático formal? Nos dijo que peligraba la democracia, que buscáramos la prudencia y el consenso con los verdugos o se nos vendría otro golpe de Estado y, con cada uno de esos argumentos, se convalidó el discurso basado en el realismo político que así logró secuestrar, por lo menos por un tiempo, nuestras reivindicaciones. El régimen político de pretensiones democrático,

así timorato, se redujo a una representación abstracta que progresivamente minó la lógica de la participación y movilización popular. De esta forma, se votarán distintas versiones de lo mismo, es decir, de los defensores de la continuidad y los que resisten simplemente no serán capaces de romper con las filas enemigas. De ahora en adelante, renegamos de la hospitalidad de los hombres y del ser genérico y ya no somos capaces de quitarnos de encima la pobreza y la miseria que nos circunda mientras el debate progresivamente abandona los campos de batalla quedando reducido y acotado por el realismo y por la representación formal de los trabajadores. Perderá sus condiciones de posibilidad y la calidad de los instrumentos para plantear cualquier idea porque en realidad la política pública se reduce y se construye a través de los medios masivos de comunicación y desinformación. Desde ahora, el debate de las ideas se circunscribe a los medios masivos de comunicación y así es vaciado y simplificado.

Sucede otro tanto con la televisión y la educación, con la seguridad pública, con el transporte y con la salud. Pasa que el régimen político solo garantiza lo que les corresponde a todos. Sin ese mínimo la totalidad es formalista, escandalosamente vacía de contenido y de posibilidades pero en seguida ese mínimo es destruido por las privatizaciones y entramos de lleno en la lógica de los neoliberales. Por eso, su carácter formalista en extremo y en exceso. Por eso, las graves desigualdades que se producen nos confirma la irracionalidad del neoliberalismo. El drama, la verdadera paradoja de la situación a la que nos lleva el régimen es que la recomposición del mismo y de la economía pasa por constituir un modelo alternativo emergente, que enfatice el rol del comercio exterior, de la producción, de la inclusión y del desempeño exportador. Urge la recreación del modelo popular, soberano y transformador basado en la justicia social, en la verdad, en la memoria y en la defensa de intereses nacionales. Un régimen basado en la integración y soberanía popular que nos permita nuevos deleites, que nos permita el llanto, la alegría y el descanso. Que nos permita conquistar lo mejor de nuestro tiempo, de la historia nacional ocupada y preocupada, desde hace tiempo, por la calidad de vida de unos y de otros. De todas maneras, a través del régimen popular y productivo hay que recuperar vitalidad económica y financiera, política, social y de inclusión al sustentar el desarrollo a través de nuestro ahorro interno para acumular reservas e incluir a los desplazados.

Hay que considerar que la lucha es siempre dramática para intentar mantener el comando del propio destino en un mundo que ya es global y que en esas circunstancias no es viable en el mediano y largo plazo apostar por el Estado capitalista y sus regímenes políticos, por más democráticos que estos sean. La mejor forma de acceso al sistema comercial globalizado, bajo los términos de soberanía e independencia, es precisamente no depender de los

recursos financieros ni políticas de éste. No depender de ellos y sabiendo que los mercados centrales se abren solos en sus procesos de búsqueda de los mejores negocios invirtiendo en los países soberanos, siempre en constante crecimiento, donde es el régimen político nacional quien tiene el comando de su destino. Otra es la historia cuando la estrategia, en pleno neoliberalismo, se basa en la búsqueda de criterios que solo satisfacen los intereses del mercado global concluyendo en una trágica subordinación, en desorden, caos y especulación. El asunto es que los países mejor posicionados dentro del capitalismo, los que más crecen, son los que generan más ahorro interno y lo canalizan a través de la ampliación de su capacidad productiva, del mercado interno, a través de la incorporación de tecnología, etc. En la vereda opuesta se encuentra los países más vulnerables y con menos crecimiento que son los que dependen más brutal y estructuralmente del financiamiento externo y de la lógica del sistema comercial global. Entonces, no es viable la atracción que el neoliberalismo genera en el sentido de que los recursos externos son el núcleo de la estrategia de desarrollo desplazando el rol central del régimen como fuerte regulador que prioriza la movilización de los recursos propios como estrategia de desarrollo. De ahí que la profundización de la estrategia de desarrollo depende no solo de la movilización de los trabajadores sino también del rumbo que adopte el gobierno que por ejemplo puede buscar la gobernabilidad pactando con los sectores reaccionarios o profundizando los cambios dialogando con los sectores más radicales, expresados a través de los partidos progresistas, las organizaciones de bases, populares, los poderes comunitarios (...) Depende de los equilibrios o no, de la lucha por la primacía entre la representación y la participación.

En este sentido, los dilemas políticos de los gobiernos populares son históricos porque nos plantean la necesidad de conducirnos por otros rumbos. Plantea la necesidad de ir progresiva pero de manera constante a las fronteras del radicalismo para así conquistar una democracia que no quede limitada por la razón de los grupos dominantes. Los desafíos son amplios porque los límites del modelo democrático- popular y los fundamentos de la cultura política que le acompaña se muestran como frágiles diques de contención frente a las múltiples reacciones de los enemigos de los sectores populares. El núcleo del problema, que es característico del reformismo, es que el gobierno popular jerarquice a favor de la *representación política* a expensas de la *participación de los ciudadanos*. Entonces, a pesar de las políticas de cambios estructurales, el régimen no puede traspasar las fronteras que lo conducen al radicalismo en todas sus manifestaciones porque no coloca en tela de juicio el carácter capitalista del Estado. Es decir, en términos constitucionales el pueblo no gobierna ni delibera sino a través de sus dirigentes, de sus gobernantes y monarcas, sino a través de las autoridades

legítimamente constituidas pero, ¿qué pasa cuando los mismos gobernantes necesitan el apoyo explícito de los trabajadores en momentos de emergencia? ¿Qué pasa cuándo, en tiempos del surgir del radicalismo, la representación sucumbe y el régimen, junto con los dirigentes del gobierno, necesitan de la participación de los trabajadores que anteriormente fue ahogada en los laberintos de la retórica, falacias y desvirtuada a favor de la representación? ¿Qué pasa en estos casos cuando la participación política fue confinada, sometida y definida apenas como simple opción electoral cada cuatro o seis años? ¿Qué pasa cuándo la representación política convence a los diversos actores políticos que la participación es un mero sujeto político? ¿Cuándo a través de la representación se ahoga la participación, la movilización de la mayoría? ¿Qué ocurriría, en tiempos de crisis de la representación, si los trabajadores y sus organizaciones políticas y sociales de base no tienen una cultura democrática que los movilice detrás de ciertos objetivos, paradigmas e intereses? ¿Acaso la primacía de la representación, en desmedro de la participación, no desvirtúa esa cultura política definida como instrumento de avance y transformación de nuestra calidad de vida y habitación? Se revela un nuevo paradigma: el equilibrio entre la participación y la representación ciudadana está dada cuando el régimen, a través de su agenda de gobierno, desarrolla políticas inclusivas, a favor de la mayoría, con participación de todos los actores involucrados que se traducen en la defensa y la primacía de los intereses de esas mismas mayorías.

No es lo mismo convocar al trabajador a manifestarse y movilizarse en defensa del gobierno legalmente constituido, a favor de medidas y políticas de redistribución de la riqueza, tras asegurar el normal abastecimiento de los centros urbanos que cuando estos están desabastecidos. No es lo mismo mostrar el éxito del bloqueo de la economía por los medios de comunicación que confirmar su fracaso. No nos equivoquemos, salir a la calle y rutas en defensa del régimen político, en defensa de ciertas medidas beneficiosas para la mayoría, en defensa de políticas de redistribución de la riqueza (...) supone cierta cultura política que reivindique la participación y la movilización de los trabajadores pero también la eficiencia del gobierno para asegurar la distribución de los alimentos, etc. Supone además fuerza, argumentos y conceptos necesarios para enriquecer y ganar el debate, las calles y las rutas. Para ganar a la muerte, a la soledad, al egoísmo y la exclusión que amenaza con envolver nuestra existencia. El régimen donde prima la representación en desmedro de la participación del trabajador carece del lenguaje necesario, de un léxico y de un arte de poder para afrontar ciertos conflictos decisivos que pueden llevarnos al radicalismo político. La base de esta primacía absoluta de la representación sobre la participación de los ciudadanos es constitutiva de la lógica neoliberal y sus derechos formales. Pueblo no- dicen ellos- gente

sí. Es la consigna primera de los reaccionarios y de la falsa izquierda del reformismo. Desde esta perspectiva, se planteará la nueva gobernabilidad y el realismo político. Pero, la calidad institucional del régimen político tiene que ver con una más eficiente gestión y ejecución de las políticas y formas más eficaces de representación y participación. Involucra un proceso y un proyecto político sustentable en el tiempo, normas y reglas relacionadas con la confección de una nueva y audaz coyuntura que se ocupe de los intereses del trabajador. Involucra enfrentarse de una buena vez al dilema de decidir si queremos sustentar nuestros sueños en una economía periférica, vinculada al sistema comercial global a través de exportaciones primarias, o si, por el contrario, buscamos nuestro desarrollo en un régimen popular, radical y humanista fundado en el desarrollo de las variantes y recursos de todos los actores nacionales afectados. La formación de un pensamiento propio que funde un régimen de acuerdo a nuestra propia especificidad e historia, de acuerdo a la nueva coyuntura política e histórica, y que sea a su vez parte de un pensamiento profundamente nacional y humanista, es condición necesaria para recorrer el camino de la equidad. Para eso, es necesario mejorar la calidad institucional del régimen político a través de una fuerte valoración de la participación del trabajador a expensas de la representación política hasta el punto en que los derechos formales y abstractos transmuten en derechos reales para el goce y satisfacción de la mayoría.

El gobierno popular, soberano y (r)evolucionario que planteo en esta obra busca preservar la voluntad emancipadora de los socialismos que son anteriores pero, al mismo tiempo, se plantea no repetir sus errores. Busca fundamentarse a la luz de la enseñanza del pasado sin adoptar aquellos estereotipos de los ortodoxos. Intenta, antes que nada, ser un socialismo que sintetice la herencia cultural, social, histórica, económica y política de sus raíces originarias, a saber, el socialismo indo- americano, la teología de la liberación, el bolivarianismo, el allendismo, la resistencia cimarrona afro-americana y la gesta independentista de nuestros libertadores, el marxismo, el eco- socialismo, la democracia en las calles y la revisión crítica de los postulados del socialismo real. No se sabe aún con certeza qué será de todo esto pero sí que el humanismo no es capitalismo de Estado ni paternalismo, mucho menos ateo. Tampoco es unipartidista ni totalitario. En esta nueva actualidad, simplemente empezamos a abrir nuestras conciencias a otro saber que nos muestra todo lo que forma un error de los degenerados, la economía de esos que carecen de todo sentido de humanidad. Este nuevo humanismo, ante las concepciones anteriores, cuenta con el privilegio de acumular para sí toda la experiencia histórica de la explotación, la pobreza y la exclusión, de la marginalidad y la desesperación pero, en primer lugar, asume por sí mismo la obligación de inventar y construir un arte de la resistencia del trabajador



que en tanto resiste involucra por lo mismo un proyecto político posible en la toma y asalto al poder y hegemonía de los dominantes. El humanismo es así el máximo arte emprendedor, flexible y creativo, que se alimenta de los enormes talleres de la creatividad de los trabajadores. Retomar el marxismo y defender el humanismo y sus posturas, aviva la espiral histórica que nos trae de nuevo al punto donde abandonamos nuestros sueños avanzando esta vez mucho más. Hará falta el trabajo colectivo, también la voluntad de los asalariados en su conjunto, reflejada en actuaciones, en múltiples luchas, en combates, en ciertas conductas, en barricadas y en hábitos de vida, en relaciones sociales, políticas y en la orientación de las fuerzas productivas.

Lo que caracteriza al gobierno de los trabajadores precisamente es el despliegue del poder popular, es decir, de los mismos trabajadores como factor promotor centrado en la ciudadanía y en los derechos más concretos como sujeto planificador, gestor y contralor de los asuntos socialmente de mayor importancia. Mi argumento es que el pueblo es el depositario primero y último de la soberanía y la ejerce directamente a través del *poder popular* que no nace ni emana del sufragio ni de elección alguna sino de la condición de los grupos humanos organizados como base de la población. Entonces, es el trabajador, el poder y el arte popular quienes constituyen la sociedad civil. Se trata de terminar con la subordinación del régimen al Estado capitalista a través de la movilización y la organización de todos los que vivimos de un salario. El *poder popular* legitima una realidad con mayor protagonismo, una realidad más inclusiva antes que exclusiva, de integración. En ese sentido, hay que insistir en políticas de alfabetización, de educación pública, en la recuperación del sistema público de la salud, en la alimentación sana, en la protección social y en la capacitación productiva, etc. Definitivamente, este modelo de democracia es más participativo, es menos abstracto, más sincero y para nada hipócrita. De ahí, que la democratización de la información, la apertura a medios comunitarios, que conciben las comunicaciones como bien público y no como mercancía, es prioritaria. La democracia reside en un nuevo sujeto social colectivo que emerge de las propias dinámicas históricas del ámbito donde se determina su especificidad:

*“...en comunidades organizadas, trabajadores, campesinos, mujeres, ecologistas, estudiantes. La democracia es directa, el sistema en que los ciudadanos participan directamente en el proceso de toma de decisiones, pero no excluye de este proceso a los poderes legislativos y ejecutivos pues se produce una combinación de democracia directa con la representativa”*

La importancia del poder popular es que a través de la participación activa y cotidiana de los trabajadores, o sea, de la movilización de los que

vivimos de un salario, los cambios se traducen políticamente en la formación de un bloque político- social que representa esa mayoría nacional. Es urgente y siempre fundamental continuar las luchas en todos los frentes para lograr y conservar esa mayoría y esto precisamente nos desafía a buscar consensos y diálogo. El reto en todas las transiciones está en mediar consensos pero esto no significa pactar con la patronal porque cuando se dialoga con ella son los intereses de los trabajadores los perjudicados. Transformar nuestros países en paz supone respeto a la pluralidad del pensamiento. La opción por un mundo mejor es una apuesta ganadora, es el más grande desafío porque la lógica es simple: o cambiamos o nos cambian y continúa el dominio de ellos en todos los niveles. El caso del Chile de la Unidad Popular nos mostraría la cara criminal de los que se oponen al libre desenvolvimiento del saber popular, de las capacidades y esperanzas de las mayorías, porque nos mostró cómo el Estado capitalista continúa la lucha a pesar de todo. Desde esta perspectiva, Allende enfrentó, casi de forma diaria, la sedición de un sector reaccionario que no se detuvo ante nada. La violencia buscó a un sector social, a grupos laborales, culturales y religiosos, que tuvieran alguna demanda insatisfecha. Entonces, la patronal incentivó esas demandas mientras que al mismo tiempo buscaron darle cierto carácter de urgencia a ellas, patrocinando y financiando la batalla y el desencanto de forma de provocar al gobierno para que reprima a los grupos movilizados. En realidad, saben que los gobiernos populares se resisten al uso de la represión como método político pero, aún así, buscan que haya unos muertos para alzar sus voces y comparar a los gobiernos populares con una dictadura. Pretenden mostrar al régimen popular como el gran pecador y malograr al trabajador. Pero, son esos mismos trabajadores los que cultivan nuevas esperanzas y admiran los procesos de cambios en propio favor. El respaldo de nosotros es la fuerza con la que se enfrentan los reaccionarios.

En ningún caso, los estrategas, que están al servicio de los dominantes, pueden aceptar la vía de la lucha legal porque se saben minoritarios y se encuentran divididos. El único camino que en estas circunstancias pueden adoptar es la ruta sediciosa de la conspiración y de la desestabilización. Para ellos y para nosotros es el todo o es la nada, el nihilismo. En consecuencia, las prioridades se relacionan con las formas que adopta nuestro arte de la resistencia y de poder para hacernos con el dominio, para movilizar y organizar a los oprimidos y para hacer cumplir las normas y las leyes. Así es como se abren los espacios para el consenso. Sin embargo, lo que adquiere mayor trascendencia es templar el arte y la voluntad de los trabajadores, de los luchadores con visión y un proyecto nacional, humanista y democrático. Lo que adquiere mayor trascendencia es la participación, esa búsqueda de un equilibrio entre participación y representación popular. Este equilibrio se

define en base a la primacía o no de los intereses de las mayorías, de todos los que viven de su jornal. Cuando los intereses de los trabajadores son prioridad en las actuaciones públicas del régimen político, cuando logra crear las barreras de defensa de los intereses de las mayorías, entonces, ese equilibrio se encuentra más o menos en los límites de lo óptimo. En la lucha política por el dominio, los trabajadores deben hacerse necesariamente con el poder. Esto no significa tomar por asalto la casa de gobierno, el palacio de invierno o el parlamento porque el gobierno es un actor más que forma parte del régimen. Hacerse con el poder implica que sean los propios trabajadores los que asuman el poder de decisión. Tampoco significa necesariamente tomarse las fábricas porque la mayoría de las decisiones que afectan al conjunto de la economía no son tomadas en éstas, ni en el sindicato, sino en un nivel más general y mucho más alto. Se trata de que los trabajadores asuman el poder de decisión, que sean ellos los protagonistas en la definición y ejecución de las políticas públicas y así en la conformación de la misma agenda de gobierno. En ese sentido, la participación, la movilización y la conciencia es prioritaria para crear poder popular que es de lo que en fin se trata todo este asunto de la lucha por la hegemonía.

¿Vale la pena jugársela por estos regímenes formales y de pretensiones democráticas precisamente cuando el neoliberalismo reniega de esas ideas? No tiene sentido si por ejemplo analizamos que los diversos indicadores de opinión evidencian un desencanto generalizado por los sistemas políticos que no son capaces de superar la etapa reformista. No lo tiene si analizamos los derechos perdidos, la falta de sustancia de nuestra ciudadanía y la formalidad de todo lo que nos circunda.

*“Si Aristóteles renaciera- Nos plantea Borón- y visitara nuestros países, ¿qué diría el padre fundador de la ciencia política ante la visión que ofrecen las democracias latinoamericanas? Seguramente diría que estas no son democracias sino oligarquías o plutocracias, porque según su definición, surgida de la observación de la vida política griega hace 2.500 años, la democracia es un régimen en donde las mayorías gobiernan y lo hacen en beneficio de los pobres. Pero en América Latina las llamadas ‘democracias’ gobiernan en beneficio de los más ricos, y han demostrado, en los últimos 25 años, una escasa o nula sensibilidad ante los reclamos de justicia social. Prueba de ello es que con el paso del tiempo y la institucionalización de la política “democrática” nuestros países lejos de revertir las inequidades prevalecientes acentuaron la injusticia. Y sin justicia social no hay democracia”.*

Nuestros regímenes de pretensiones democráticas simplemente fueron vaciados de todo contenido concreto al ser secuestrados por el automatismo

de los mercados y por eso son regímenes que bordean el ritualismo donde los dominantes y sus aliados, nacionales y globales, a través de diversos sistemas del control de los dispositivos de formación de la opinión pública, del control de los temas socialmente de importancia y sus mecanismos de coerción (que para hablar bajo los términos de Foucault involucra además la formación de instituciones de secuestro de los sujetos) continúan imponiéndonos gobiernos sin auténticos derechos, formales y de un nivel de abstracción que es digno de combatir. Ante esta situación, el humanismo militante es una imperiosa necesidad. El marxismo es una alternativa real que se desenvuelve con fuerza en nuestra región periférica. También sus fundamentos están vigentes y por eso Latinoamérica se convierte en un significativo y real foco de resistencia, de barricadas y frente de combate que intentan socavar la herencia neoliberal. Grandes sublevaciones populares, de los que no tienen techo, protagonizadas por los sectores más vulnerables y los excluidos, afianzan la presencia y la participación de los movimientos sociales, políticos e indigenistas radicales.

Las batallas libradas por los trabajadores deben insistir en los reclamos contra el neoliberalismo y contra sus consecuencias más visibles. La reacción política de los trabajadores, a través de los frentes y barricadas levantadas, tendrá que apoyarse en la erosión de la dominación neoliberal porque la reorganización económica, en los términos de éste, genera grandes crisis que deterioran la capacidad de la élite para gestionar el mismo régimen. Los trabajadores, de norte a sur, de este o del otro lado de la cordillera, también rechazan las secuelas de las privatizaciones, la desregulación laboral, etc. La recuperación de la soberanía, a través de un proceso que necesariamente involucra también la recuperación de los recursos naturales, es un reclamo en todas las luchas y se expresa aquí y allá. Por otro lado, la recuperación de las riquezas y recursos naturales son reclamos contra la depredación minera en Chile, también en Perú. Subsisten además reclamos contra la destrucción del medio ambiente. En este contexto, las banderas de la soberanía recuperan centralidad ante el proceso reaccionario que significa el neoliberalismo. Este agravó sustancialmente el drama de los trabajadores tanto urbanos como rurales: las agresiones del neoliberalismo contra los pequeños agricultores acentuaron los violentos conflictos por la posesión de la tierra. Por otro lado, los límites que se plantean entre los gobiernos populares y el reformismo político es que los primeros buscan sentar las bases de un proceso que tiende a debilitar la presencia del neoliberalismo recuperando los recursos naturales y materias primas para el país, generando empleo como mejor política de inclusión social, considerando los factores humanos, todas medidas que introducen recortes significativos a la capacidad de gestión del régimen neoliberal. Comparado el gobierno del trabajador con los casos reformistas vemos que estos últimos se nos muestran mezquinos. Lo importante es que

las contradicciones del neoliberal, sus causas y antes que nada sus propias consecuencias, su prepotencia y mitos, abren las puertas para otro desarrollo social y político.

Desde esta perspectiva, tendríamos que preguntarnos si el régimen reformista como en el caso de Chile puede en verdad admitir el recorte de los derechos más elementales de los trabajadores y estudiantes al punto de no ser cuestionado por éstos. Me parece que no lo es y de hecho la lucha de los estudiantes es una clara expresión de lo que digo. Sin embargo, en su delirio y precisamente para simular este proceso de descomposición del régimen neoliberal, la razón de ellos viene al rescate de los reformistas. El trabajador ahora se arma de miserias y convicciones que serán expuestas como verdades irrevocables. De ahora en más, coopera con el nuevo régimen no vaya a ser que quede fuera de sus beneficios, lucha por la ética y los valores dominantes y aplaude al opresor. Es común ver este tipo de acciones, manifestaciones y expresiones porque el sujeto está forzado a justificarse y su espejo, que le presenta y le representa la realidad, le miente continuamente. Despliega sus mitos y metáforas por doquier. El problema es que estos temas no son fáciles porque los gobiernos, como fieles sirvientes del neoliberalismo, están atados de manos siendo su gobernabilidad solo aparente. Fingen estar ocupados y preocupados por todo lo que genera violencia y resentimiento, por todo lo que divide y socava la idea de pertenencia, los valores de la comunidad, de la Patria y Nación. Fingen angustiarse y fingen preocupación por la seguridad y la violencia, por la pobreza, la exclusión y el desempleo. Fingen porque en su accionar, en sus proyectos y políticas públicas, en general, auspician menos educación y más embrutecimiento y hambre. ¿Cuáles son los mecanismos que les permiten a los sectores dominantes celebrar una realidad circunscrita por los barrios privados, por el derroche, éxito económico e independencia? ¿Cómo hacen para negar los dramas sociales? ¿Cómo hacen para poder dormir? Es necesario refugiarse en la razón neoliberal que les provee de otros valores elevando a su máxima potencia los mecanismos de defensa y lucha en favor de sus privilegios. Es necesario refugiarse en cierto egoísmo y racismo para ser no- responsable. Políticamente están de cabeza porque ellos conforman una razón retrógrada muy peligrosa. No son idiotas, eso es claro. Si quieren aumentar la recaudación fiscal nos asesinan a nosotros porque siempre somos las víctimas. De hecho, si analizamos el devenir de la crisis económica- que también es por supuesto financiera y especulativa y que se iniciara en el 2008 con la caída del gran festín de los peores sujetos políticos que expresan las ideas neoliberales- vemos que otra vez se ajustó contra los trabajadores y en favor de los intereses del Estado capitalista. No habría que olvidar que detrás de toda esta cuestión, detrás de los regímenes políticos más conservadores y francamente reaccionarios, detrás de la lucha por la

hegemonía, el control y por el dominio de unos intereses sobre los otros, de una visión de las cosas en perjuicio de las otras, está el Estado capitalista, están sus estructuras y sus necesidades que tienen que ver con los intereses de la *acumulación privada del capital*. Solo entendiendo esta cuestión que me parece central, o sea, teniendo en cuenta que detrás de todo este proceso social y político está el Estado capitalista y sus intereses y valores, podremos realmente entender porqué la economía está en pocas manos.

Todo está concentrado bajo el festín neoliberal: hipermercados, mall, petroleras, automotrices o empresas de software y tantas otras. Sobrevivir o morir pero como lo haremos no es lo que realmente les importa. En realidad, importa la *acumulación privada del capital*, sus intereses, su automatismo de los mercados, sus mercancías, la vida misma de los trabajadores en tanto mercancía única que crea valor y que por eso es la base de la acumulación privada del capital. Sin embargo, la *fuerza de trabajo*, esa fuerza y mercancía que crea valor también es el sustento de la riqueza social lo que se traduce políticamente en que toda la riqueza del hombre es socialmente generada lo que implica que mucho más temprano que tarde la justicia y equidad social, basada en la redistribución de esa riqueza, se impone en la medida en que los trabajadores tomen conciencia de este hecho y actúen en consecuencia, de acuerdo al rol protagónico que les tiene reservado la historia en la libertad del hombre a través de la gallardía que significa trabajar en beneficio del ser genérico en los términos de Marx. Es necesario, entonces, que la izquierda formule otro proyecto político porque quieren que creamos en un régimen político formal pero, en verdad, la meta final es el Estado que no es, el Estado truncado, vigilado, mínimo, el tutelado, ese que sustenta el régimen neoliberal. Sin embargo, hay que tener en cuenta que cuando los problemas colectivos son estructurales las soluciones también lo son.

### **Los grupos de intereses.**

Los grupos de interés actúan la mayoría de las veces de manera muy mecanizada y automatizada, sin embargo, también son mucho más que una simple turba de sujetos o individuos desconectados entre sí porque incluyen cierta organización en la búsqueda de *equis* intereses que son comunes a sus miembros. Un grupo de interés así lo es porque existe un entendimiento de ciertas variables y un interés común por un objetivo determinado que lleva a los sujetos a adherirse al grupo formando ciertos *esquemas*, algunos valores o intereses compartidos. Los esquemas son una especie de concepción, más o menos personal, sobre la naturaleza de los hechos y las experiencias vividas o las situaciones que enfrentamos. Estos *esquemas* forman la totalidad de las teorías que disponemos para interpretar nuestro mundo y nuestro entorno. De

la misma forma que una teoría o tesis cualquiera, un esquema es la síntesis de una hipótesis que consideramos válida de modo que, basándonos en esos esquemas, podemos realizar interpretaciones de diversa índole y, aunque los esquemas son plausibles de ser cuestionados por nuestra propia conciencia, la mayoría de las veces confiamos plenamente en ellos y los usamos para interpretar la realidad. Los esquemas son la dinámica que organiza nuestro conocimiento individual o del grupo de interés al que pertenecemos. En este último caso, sólo somos parte de un grupo determinado si tenemos intereses y una interpretación más o menos común de la realidad con respecto a los otros miembros de ese grupo, o sea, si tenemos esquemas compartidos con los otros miembros. Ejemplos de estos *grupos de intereses* son un club de amigos, una comunidad religiosa, política o un determinado grupo barrial que busca mejorar las condiciones de vida resolviendo problemas, cuestiones comunes de los trabajadores, de los vecinos y problemas que percibimos como importantes. Mientras más esquemas en común compartimos con el resto de los miembros de un grupo de interés más homogéneo será éste y más claramente será distinguible una especie de acción grupal. En los casos más extremos de homogeneidad del grupo de interés, éste puede derivar en que los miembros del grupo se despojen de sus posturas críticas y se sometan a un líder que pasa a ser autónomo porque la mente grupal y los esquemas compartidos pasan a ser la mente y los esquemas del líder. Así, el individuo renuncia en cierta forma a su propio ideal y lo sustituye por el ideal del grupo que se encuentra encarnado en el líder mismo.

Un *grupo de interés homogeneizado* no siempre deriva necesariamente en este tipo de organización monolítica. Factores que dependen de esto son el tamaño del grupo, los intereses, los objetivos, es decir, no es lo mismo un grupo de interés que maneja una transnacional que un grupo de amigos, y de la realidad en que éstos se forman. Es bastante más probable que este tipo de defectos en la organización se produzcan en grupos con un líder único y autoritario que en las sociedades más libres y democráticas donde los sujetos son más interdependientes y autogobernados. Entonces, un ideal determinado desempeña este rol de modo que los miembros del grupo de interés adhieren a un consenso común sobre sus objetivos y proyectos. La suma total de todos y de cada uno de estos *esquemas compartidos* son lo que se conoce como un *paradigma grupal*. Este paradigma grupal no solo reside en la mente de cada uno de los individuos integrantes del grupo de interés sino que también en la interacción que se produce entre éstos. Los distintos modelos de interacción entre los miembros de un grupo están entonces cuidadosamente organizados de manera que sirven a los propósitos de una especie de memoria del grupo tomado como conjunto. Esta memoria grupal se nutre de las interacciones cotidianas entre los miembros del grupo y el caso más común es la familia

como grupo primario de socialización de los sujetos. Algunas interacciones entre los miembros del grupo familiar por ejemplo son las celebraciones de los cumpleaños o las navidades o las discusiones y hábitos comunes de las que participa todo el núcleo familiar que, a su vez, sirven como fuente de aprovisionamiento y confirmación del o los paradigmas grupales que en este caso se refieren a un paradigma familiar.

La importancia de los *paradigmas grupales* es que éstos estructuran una determinada realidad a través de ciertos *esquemas compartidos* por todos los miembros del grupo de interés. La imagen que el grupo tiene de sí mismo son un subgrupo de esquemas compartidos y la suma de todos los esquemas estructura finalmente ese paradigma grupal. La estructura misma de un grupo de interés se forma en base a ciertas creencias y acciones comunes frente a determinadas problemáticas que se suceden dentro del grupo o fuera de él, en el ámbito social o en otros grupos de interés, que se traducen en esquemas compartidos o en rituales, símbolos y estrategias que también determinan la forma en que los miembros de un grupo reciben, interpretan y comparten la información. El impulso de un grupo de interés a caer en el pensamiento grupal tiene por objetivo minimizar la angustia de sus miembros producida por determinada realidad y preservar así la autoestima y la unidad del grupo. Por eso, debido a las sutilezas de sus mecanismos, el propio pensamiento grupal resulta difícil de contrarrestar e incluso de detectar. En la medida en que los miembros del grupo de interés se sienten identificados con este pensamiento grupal, que cumple una función de unidad y de autoestima, ese sentimiento produce cierta comodidad en los integrantes que tiene como consecuencia una reticencia a expresar determinadas opiniones o ideas que puedan poner en peligro ese clima de consenso y pertenencia grupal. Así, cada individuo miembro del grupo de interés siente la necesidad de evitar las críticas incisivas que podrían acarrear el peligro de un choque frontal con los otros miembros del grupo resquebrajando la unidad. Se sigue que cada miembro del grupo de interés evita interferir en esa especie de unanimidad encubierta para no destruir el consenso emergente del grupo, de manera que se auto convence que los argumentos contradictorios que tenía en mente eran realmente erróneos. El proceso de autoestima y unidad del grupo de interés en este caso requiere de la necesidad de consenso y unanimidad con respecto a todos los juicios de valor o temas más o menos fundamentales y aquí el pensamiento grupal cubre esa primera necesidad de pertenencia. Pero, el pensamiento grupal no es de por sí un argumento en contra de los grupos de interés o de sus posibles decisiones. De hecho, cuando el pensamiento grupal funciona de manera óptima se convierte en un terreno rico en debates, ideas y decisiones la mayoría de las veces tomadas democráticamente. Pero también pasa lo contrario: por ejemplo, en una reunión de gabinete, es común que la



conversación se limite a unas pocas líneas acción y de argumentos mientras todos los miembros concurrentes ignoran el espectro total de las alternativas realmente posibles. Al ignorar ese espectro total de las alternativas, que son posibles ante un problema colectivo, se ignoran los valores implícitos de ese espectro de alternativas no tomadas en cuenta como tampoco es posible detenerse en las desventajas de las opciones tomadas en consideración en un principio, es decir, se reduce considerablemente el espectro de alternativas y de las soluciones plausibles de ser adoptadas para cada caso.

El pensamiento grupal actúa de manera que las alternativas ignoradas nunca se convierten en verdaderas opciones. Además, los miembros de este grupo recurren a la opinión de ciertos expertos en los temas tratados quienes, en última instancia, pueden ofrecer su conocimiento, mucho más específico, a la solución de un problema puntual y concreto de modo de contar con una mejor perspectiva de las pérdidas o ganancias en la adopción de determinada solución política. Lo central es que todo dato concreto, que vaya contra este pensamiento grupal, es descartado de plano y sólo es permitida la expresión amplia de los esquemas compartidos con lo que se asegura la unidad del grupo, la homogeneidad y el supuesto consenso. Este proceso negativo del pensamiento grupal resta eficacia a las medidas adoptadas por un gobierno para resolver los problemas en el caso de la reunión de gabinete lo que lo vuelve una patología realmente peligrosa para un gobierno, o para cualquier tipo de institución, que en sus esferas de decisión más altas, se maneje a partir de un pensamiento grupal de esas características puntuales. En el aspecto institucional, políticas menos eficientes o directamente ineficientes, pueden traducirse, en el ámbito de lo social, en un aumento del desempleo o de la pobreza o en la profundización de la brecha entre los más favorecidos y los trabajadores históricamente más vulnerables. En el aspecto ideológico, las consecuencias pueden ser profundas. Pueden conducir a la estructuración de una razón repleta de falsedades como la racionalidad neoliberal que, a través del pensamiento grupal, se autoprotege de los que no comparten sus silogismos estructurantes. Por otro lado, en el caso de un régimen político cualquiera, las decisiones políticas menos eficientes serán juzgadas por la pérdida de apoyo electoral y político o en la pérdida de la hegemonía en esas circunstancias. En el caso de una corporación privada del tipo que fuera, sus decisiones son juzgadas directamente por el automatismo del mercado en lo que se relaciona con la viabilidad de las decisiones adoptadas.

Este tipo de pensamientos grupales no se expresan solo a nivel de la conciencia individual porque está determinada por el entorno y el rol social que nos corresponde como padres, como hijos, ciudadanos o trabajadores, es decir, se expresa de acuerdo a cierto contexto político que no es más que la realidad social impuesta por los intereses y cosmovisión de los dominantes.

Los paradigmas grupales estructuran una determinada verdad a través de ciertos esquemas que son compartidos por todos los miembros del grupo de interés. También puede evolucionar hacia un tipo de pensamiento grupal que busca restringir determinadas opciones en el sentido más peyorativo posible y resta efectividad a las decisiones del grupo de interés porque, en definitiva, limita el espectro de los problemas de importancia social a través de tomas de decisiones restrictivas que tiene serias implicancias que van configurando un nuevo estado de las cosas. Es un círculo vicioso: mientras más elitista se nos revele el saber y el conocimiento técnico, más propenso se encuentra un grupo de interés a caer bajo los auspicios y los defectos de los paradigmas grupales. Esto es especialmente grave cuando se trata de grupos que tienen la responsabilidad del manejo del régimen político como son los tecnócratas. Cuando tienen la responsabilidad de definición de las políticas públicas que hacen a la razón de la agenda pública del gobierno. Por eso, es necesario buscar el debate de ideas, la democratización del saber y el conocimiento, del acceso democrático a ese conocimiento y a la información en las condiciones más democráticas posible. Desde esa perspectiva, esta democratización del saber implica necesariamente la democratización política. Desde esta nueva óptica se entiende también el elitismo inherente del saber de los neoliberales. Es que ellos, a partir de las necesidades auspiciadas por las formas de control y dominio sobre las mayorías, no pueden aceptar el debate de ideas, mucho menos la democratización de todas y cada una de las estructuras que hacen a la lógica del régimen, porque ese debate de ideas y esa democratización del régimen los perjudica sobremedida en el sentido que desnuda frente a los trabajadores cada uno de sus mitos, sus paradigmas fuertemente irracionales, sus formas reaccionarias y conservadoras de actuar, desnuda la amoralidad de sus puntos de vista y la ineficiencia de sus políticas. Desnuda además las consecuencias de sus medidas y ajustes mostrándonos que ni siquiera están en condiciones de sostener políticamente un régimen *abstracto-formal*. De hecho, las múltiples crisis que ha protagonizado el neoliberalismo incluyen el quiebre y la pérdida de garantía de las políticas auspiciadas anteriormente por los mismos neoliberales. Así, para salir al paso violan sus paradigmas, se olvidan del falaz librecambio y se lanzan a salvar a la patronal haciéndose responsables de sus deudas, del quiebre de sus empresas, etc. En este aspecto el régimen neoliberal no está a la altura de las circunstancias. De ahí se sigue que no es racional ni legítimo sostener lógicamente esas políticas porque en la práctica son irracionales cuando se trata de aspirar al bienestar de todos.

### Capítulo 3: La gobernabilidad, las formas de dominio y su razón.

#### Conceptos de la razón dominante.

Los diferentes modos de dominación y control de los sujetos dan lugar a varias formas históricas de pensar el Estado y su relación con el régimen porque no es lo mismo la realidad en un país en el que todos trabajamos para vivir normalmente, para satisfacer nuestras necesidades, que requiere de un tipo de represión más ambigua, que un país donde el trabajo es la obligación exclusiva de un grupo específico y el resto, todos los demás, son excluidos, empobrecidos y marginados. La represión será distinta, tanto en sus grados y complejidades, conforme se oriente al hecho de que el producto socialmente generado satisfaga necesidades individuales u orientadas al bien común. Al hecho de que prevalezca una economía neoliberal o popular, afecta la esencia y la constitución misma del principio de organización social de manera que la forma de esa organización puntual se expresa en un sistema de relaciones e instituciones, leyes, normas y valores sociales que transmiten y refuerzan la racionalidad del régimen. Este cuerpo racionalizado de la realidad, exige un considerable grado y magnitud de control represivo sobre las instituciones económicas, políticas, culturales y sociales y los mismos intereses concretos de la dominación introducen controles adicionales que están por encima de los indispensables para la convivencia colectiva del hombre. Esos controles adicionales, que salen de las instituciones, son las que Marcuse aglutinó en torno al concepto de *represión excedente* y que se refiere a las restricciones provocadas por la dominación social, que es diferente de la represión básica, porque esta última se refiere a las modificaciones de los instintos necesarios para la perpetuación de la raza humana en la sociedad, es decir, para que el hombre pueda vivir con cierta armonía mínima con sus semejantes. Ejemplos de esta represión mínima es respetar la integridad física del otro, su dignidad, aprender el lenguaje para comunicarnos entre otros tantos, es decir, obedecer ciertos códigos básicos sin los cuales es imposible cualquier convivencia de los sujetos. Entonces, la *represión excedente* será mucho más planificada y mucho menos fugaz, más consagrada a todo despojo de la humanidad, en tanto más reaccionario sea el Estado y su correspondiente régimen político como forma de expresión de sus intereses. Ejemplos de represión excedente son las desviaciones y modificaciones necesarias para la división jerárquica del trabajo o para el control público sobre la existencia privada de los sujetos que pertenecen a las instituciones de una organización social particular, el neoliberalismo.

Primero, estas *restricciones excedentes* son reforzadas por la escasez y luego por la prolongada dependencia de los hombres siendo éstos capaces de transformar la ciega urgencia de la satisfacción de necesidades básicas, como la propia alimentación o la vestimenta, en gratificación buscada. Por ejemplo, el animal tiene hambre y una vez satisfecha esa necesidad, ese instinto básico que lo lleva a aferrarse a la vida, queda tranquilo y vuelve a la quietud de su mundo mientras que, muy por el contrario, el hombre obra de acuerdo a otra manera, que es una manera mucho más animal, una manera dominada por los instintos más bajos como especie racional, porque es capaz de crearse ciertas necesidades y termina transformándose en un eterno ser insatisfecho, en un consumista de banalidades y múltiples superficialidades. En ese contexto, el hombre hace de sus necesidades una gran institución que oprime parte de sus mejores instintos como especie humana- racional. Por otro lado, a lo largo de la historia de la civilización vemos que las restricciones básicas de los sujetos son gradualmente intensificadas por la distribución jerárquica del trabajo y la escasez mientras el interés por el control y dominación de ciertos intereses de clases sociales es la que agrega represión excedente a la organización social de los hombres bajo el yugo de un nuevo principio de la realidad. Entonces, en la medida en que la civilización avanza el temor a una rebelión de los oprimidos es un buen motivo para imponer regulaciones aún más estrictas, es decir, represión excedente sobre la vida colectiva. Al introducir este último término de Marcuse, trato de enfocar la discusión en las instituciones, en las organizaciones y las relaciones que conforman los trabajadores, es decir, en el principio de organización de la realidad que todos padecemos. Esto no es solo representativo de las múltiples manifestaciones de la realidad sino que también la transforma y en este sentido el *principio de actuación*, es decir, los roles cumplidos por los sujetos en la sociedad, definen la forma histórica prevaleciente de la realidad que, en el neoliberalismo, se caracteriza por una actuación esencialmente económica, consumista, egoísta y competitiva de los sujetos. Este principio de actuación, que corresponde a un régimen político consumista, neoliberal y antagónico en constante proceso de expansión y de globalización, de crisis periódicas, que además son sistémicas pero que al mismo tiempo implica importantes triunfos sobre la conciencia de los sujetos en tanto trabajadores, presupone un largo desarrollo en el que la dominación se racionaliza constantemente.

Durante un período largo de la historia del hombre, los intereses de la dominación, del control y los del conjunto social (la familia o las tribus, ciertas comunidades más grandes por ejemplo) coinciden con el provechoso uso del aparato productivo que satisface las necesidades y facultades de la mayoría de los sujetos. Pero, con la especialización, el desarrollo y el triunfo del capitalismo como régimen de acumulación, producción y distribución de

bienes y servicios, la magnitud y la forma de satisfacción de esas necesidades se determinan por el trabajo de los hombres que, desde ahora, se encuentra al servicio de un aparato productivo que ya no controlan y a los que tienen que someterse para sobrevivir. Por eso, los hombres no viven sus propias vidas sino que más bien realizan funciones que son preestablecidas por el aparato productivo y los objetivos de la acumulación privada del capital. Cumplen roles que nos insertan en determinada realidad más o menos preestablecida. Mientras trabajan los sujetos no satisfacen sus propias necesidades sino que trabajan enajenados, violentados y violados en su integridad como hombres. Sin embargo, la represión recompensa, de la forma más adecuada posible, a los sujetos sometidos y al hacerlo reproducirá a la sociedad como conjunto. Bajo el dominio del *principio de actuación*, el cuerpo y la mente del sujeto se convierten en un instrumento del trabajo enajenado y en ese contexto la distribución del tiempo de esos mismos sujetos juega un rol fundamental en esta transformación porque, desde ahora, el hombre existirá solo durante el tiempo de trabajo como un instrumento de actuación, como engranaje de una máquina mayor cuya lógica se establece racionalmente a partir de toda una serie de instituciones y organizaciones sociales que secuestran el tiempo y la vida del sujeto. Sin embargo, una realidad neoliberal que busca gobernarse absoluta y definitivamente por el *principio de actuación*, corre el riesgo de que los hombres, en esas circunstancias concretas y ayudados por sus deseos de liberación de esa realidad que es represiva, puedan presionar contra sus más ultrajantes limitaciones y luchar contra esa realidad y sus actuaciones represivas. Entonces, el desarrollo de un sistema jerárquico de trabajo social no solo racionaliza la dominación sino que también contiene el germen de la rebelión contra esa dominación porque, a modo de ejemplo, los adelantos tecnológicos en informática socializan el conocimiento y el trabajo de los sujetos, a través de la mecanización y racionalización de éste que produce, a su vez, la reducción creciente de la cantidad de energía, o sea, del tiempo necesario que el trabajador necesita para cumplir con su rol social (su trabajo enajenado).

Así, el hombre continuamente, a través de los adelantos en tecnología, puede liberar cierta energía para el libre juego de sus facultades individuales. Entonces, la tecnología y la revolución en los modos de vinculación con la producción, opera contra el uso represivo de la energía de los trabajadores en tanto minimiza considerablemente el *tiempo socialmente necesario* para la producción de los bienes necesarios para la vida ahorrando tiempo que puede aprovecharse para el desarrollo de necesidades que van más allá del campo de las necesidades más urgentes y básicas, más allá del consumo necesario para la vida y la subsistencia. Sin embargo, el neoliberalismo milita contra esta tendencia por que en éste el alto nivel de vida, siempre solo para unos

cuantos, es restrictivo porque son los bienes y servicios que adquieren los hombres privilegiados los que al fin controlan cada necesidad y petrifican sus facultades e instintos. Es decir, a cambio de las comodidades de esta sociedad de consumo, los sujetos venden no solo su fuerza de trabajo sino también su tiempo libre en forma de horas extras y otras argucias legales o ilegales. Los oprimidos terminan vendiendo al capitalista su ocio de modo que no trabajan para vivir sino más bien viven para trabajar. El neoliberalismo, sus aspectos y paradigmas, se basa así en un tipo de producción y consumo de ciertos bienes y servicios por parte del trabajador (principio de actuación) que reproduce la dominación social que se ejerce sobre las mayorías, reforzada ésta a través de la represión excedente. Su carácter represivo no altera el hecho de que los beneficios sean reales, así se aumenta la magnitud de la cultura material y se facilita la adquisición de algunos bienes indispensable y se hace del lujo y la comodidad un bien más fácil de alcanzar pero esto solo es real para las elites y minorías en general. Además, los sujetos pagan esta comodidad a precios exorbitantes sacrificando su tiempo y su conciencia para finalmente sacrificar sus mismos sueños en nombre de la realidad. La sociedad que habita también paga un valor exorbitante, tremendo, porque incluso sacrifica sus promesas de igualdad, de fraternidad, libertad, de justicia y paz para todos. El problema para los sectores, grupos y clase social dominante es que la cohesión social y el poder, estructurado en base a la represión excedente que se ejerce sobre los sujetos de manera directa a través de instituciones y organizaciones como las escuelas, los hospitales, las fábricas (...) si bien son lo suficientemente fuerte para proteger al conjunto de una agresión directa, no lo son para eliminar la agresividad acumulada. Entonces, ésta puede volverse contra ellos porque no forma parte del conjunto. Pero también en esta otra modernidad, las energías que sostienen el *principio de actuación* son cada vez menos necesarias, más fugaces y superfluas, porque el avance tecnológico, del que somos testigos y partícipes, la automatización del trabajo y el ocio, anticipan la realización de las potencialidades individuales de los hombres en el campo del trabajo y de la diversión. De ahí nace la prioridad de la lucha por la libertad, por contratos de trabajo que respeten el horario de las ocho horas, o como veremos en un momento, incluso la reducción de la jornada laboral de manera que el sujeto pueda gozar en toda su magnitud del ocio y su tiempo libre en general.

Ahora se nos plantea una interrogante importante: ¿cómo se estructura el proceso de reivindicación de las potencialidades del hombre? Al respecto viene en nuestro auxilio la *teoría de la enajenación*. Esta nos demuestra que el sujeto no se realiza plenamente en su trabajo porque es *trabajo enajenado*, es decir, su vida llegó a ser un instrumento de trabajo, un engranaje más de una máquina mayor de forma que los bienes y servicios producidos por el trabajador asumen formas y poder que son independientes de él mismo como

sujeto. Entonces, la liberación de ese estado requiere no la interrupción de la enajenación sino su consumación. Requiere no la reactivación productiva sino su abolición. Se vuelve necesario que la razón del humanismo, es decir, la que busca construir una realidad sin *represión excedente*, busque la reconstrucción plena del hombre; eso significa eliminar las potencialidades humanas del mundo del trabajo represivo. En la práctica, esto quiere decir que las potencialidades humanas tendrán que ser desplazadas desde el trabajo represivo al mundo del tiempo libre, del ocio productivo, que forma un ser más alegórico, igualitario y libre. El trabajador, en este proceso, no será ya el animal histórico sino que será el sujeto bien consciente y racional que logra apropiarse del mundo como campo de su realización. De todas maneras, existe cierta validez en el argumento que dice que el progreso del hombre, junto con la escasez de recursos, permanece en un grado que puede impedir la satisfacción de las necesidades de los mismos. Desde este argumento, los recursos materiales de la civilización vendrían a ser limitados pero no creo que obliguen a un descenso catastrófico y mortal del nivel de vida de todos si la productividad social se enfocara a la misma gratificación universal de las necesidades y urgencias de los trabajadores (sin excluidos) porque, digan lo que digan, la productividad, los recursos naturales y los avances tecnológicos actuales de la humanidad, hacen posible la satisfacción de las necesidades básicas de todos los hombres. En ese sentido, la reconciliación definitiva entre el principio de la realidad y el principio del placer no depende de la existencia de abundancia para todos sino que lo único fundamental es saber si se puede visualizar razonablemente un nivel de civilización en el que las necesidades y urgencias de los sujetos sean satisfechas en el grado que la represión excedente pueda eliminarse para beneficio de las mayorías.

Este estado hipotético puede asumirse a través de una distribución no opresiva de la escasez y una organización racional del régimen político en que se solucione el problema de ésta. Así, es la duración de la jornada laboral el principal factor represivo impuesto sobre el principio del placer de los trabajadores que son dominados a través del principio de la realidad. Pero, ¿qué sucedería si esta jornada laboral se redujera hasta el punto en el que la mera cantidad de tiempo de trabajo ya no detenga el desarrollo humano, de las facultades de todos? ¿Si trabajáramos por ejemplo 5 ó 6 horas antes que las 8 reglamentarias? ¿No se produciría el progresivo derrumbe del principio de actuación? Habría una regresión momentánea hacia un nivel de vida tal vez menor pero, el principio de actuación no milita contra el progreso de la humanidad dentro de la libertad porque intentar, como hacen los neoliberales, reflejar un mejor nivel de vida de todos en términos de adquisición de autos, televisores o computadoras, es falso. En todo caso, antes que hablar de *nivel de vida* tendríamos que hablar en términos de *calidad de vida* que es un

criterio más relacionado con la *gratificación universal* de las necesidades del hombre y la plena vigencia de los derechos humanos porque la auténtica civilización no puede consistir solo en el gas o en la electricidad. Esa otra civilización consiste en la inclusión de todos, consiste en el cuidado del medioambiente, en el respeto de los derechos del hombre y humanización de las relaciones entre los mismos: la energía de las potencialidades humanas, que conduce al ocio productivo, dirigido al trabajo represivo, el socialmente necesario para sobrevivir, será más pequeño al verse reducida la jornada de trabajo enajenado y se derrumbará parte de las estructuras de la represión excedente y con eso parte del tiempo que el hombre dedica a ese tipo de trabajo. Será así un hombre más libre y creativo.

La represión prevaleciente en el Estado, que siempre es de naturaleza capitalista, y su correspondiente régimen es el resultado no de la necesidad de trabajo sino de su específica organización social, económica y política, impuesta por los intereses de la dominación de clase y los sectores y grupos dominantes a través de los cuales estructura cada uno de sus intereses y sus necesidades de control y de dominio sobre los otros grupos, es decir, sobre los sectores sociales subalternos. Por eso, no importa en realidad cuan justa y racionalmente pueda organizarse la producción material de los trabajadores en el Estado capitalista. Lo importante es que esta organización del trabajo y de la producción, de los recursos y la distribución y disfrute de las riquezas por todos generadas, nunca podrá ser el campo de la auténtica libertad y la gratificación plena de los trabajadores pero sí, desde un régimen político de transición, es posible liberar cierto tiempo y energía necesarios para el libre desenvolvimiento de los hombres fuera del trabajo enajenado. Por ejemplo, es posible y viable que los hombres trabajen menos horas bajo el principio de actuación porque la actual productividad del trabajo de un obrero típico, dado el mayor grado de productividad amparada en los nuevos adelantos técnicos, es impresionante respecto a tiempos pasados. Es impresionante, por ejemplo, en relación a los trabajadores de la primera época de la revolución industrial de donde surgen los recursos para la acumulación originaria del capital. En otras palabras, la automatización, la robotización y la progresiva dominación del conocimiento y el saber científico- técnico como factor de producción en vez del capital y luego, el tiempo libre, el ocio productivo como medida que ahora crea valor, son todos procesos necesarios que ocurren hoy conforme se desarrolla un aparato altamente productivo respecto a otros tiempos de la humanidad.

El hecho propio de que el saber tecnológico transmute en medida que crea valores, plusvalía y ganancias, nos muestra como el mismo capitalismo, en tanto régimen de producción y distribución, crea sus propios sepultureros en el sentido de que el conocimiento es socialmente producido. Quiero decir



que despliega sus máximas potencialidades, como medida que crea valor, a través de los conocimientos socialmente generados contradiciendo así el tipo de saber fragmentado y los valores del tecnócrata. Por eso, el neoliberalismo es ineficiente. Pretende negarnos el carácter social del saber, de la historia, las conquistas de la técnica que son de toda la humanidad y para el provecho y disfrute de todos nosotros. Para terminar tendría que decir que me parece que acá, en el análisis de estos procesos, están algunas de las que deberían ser las nuevas verdades socialmente generadas por una humanidad donde todos podamos desarrollar nuestras facultades y cultura como instrumento real de las mayorías en beneficio de las mismas.

### **Proceso de internalización del capital.**

¿Cómo el neoliberalismo es capaz de configurar los diversos intereses de los actores sociales y políticos adaptando cada una de sus estructuras a la nueva realidad caracterizada por la evolución del capitalismo a una sociedad altamente productiva y dominada por el conocimiento científico y técnico como factor de producción? En la respuesta a esta interrogante tomaré como ejemplo la evolución de las estructuras de las corporaciones estadounidenses que, a través del proceso de formación de un nuevo paradigma grupal y de la internalización del capital, terminan convirtiéndose en grandes corporaciones transnacionales que manejan las estructuras del sistema comercial global. En primer lugar, este proceso de internalización del capital penetra en todos los rincones de las estructuras de los regímenes políticos de nuestros países y se expande por toda la aldea global alterando los órganos de poder, los actores socialmente relevantes y el Estado, de manera que moldea cierta jerarquía global semejante a la estructura vertical de toma de decisiones estratégicas de las empresas de avanzada. Una estructura con una cúspide, representada por los centros del poder financiero y administrativo globales, desde el que se orienta la planificación del sistema comercial global y una base formada por los países periféricos. Es decir, en la base de esta pirámide estamos nosotros. Una consecuencia de esta nueva estructura es que las transnacionales y sus necesidades estructuran el sistema comercial global a su imagen y semejanza lo que, en definitiva, sirve a sus propios intereses como entidades incidiendo, su expansión, en la pérdida de soberanía de nuestros regímenes políticos nacionales. Las transnacionales, cuando captan capitales, ahí donde es más barato conseguirlo y lo invierten donde éste es mucho más productivo, están actuando como sustituto de los mercados imperfectos repartiéndolo, de manera más eficaz, los productos en el sistema comercial. Por eso mismo, somos estructuralmente dependientes y por eso somos aficionados a las costumbres de quienes nos dominan. En la medida en que este proceso de internalización

del capital se profundiza, conduce a una vieja tendencia que se relaciona con la producción de desarrollo por un lado y producción de pobreza por el otro, produce las antinomias de inclusión- exclusión y el desarrollo de niveles y calidad de vida mejores para amplios sectores de los países del centro pero subdesarrollo para los grupos de países menos desarrollados. Además, un hipotético régimen político de control y dominio, racionalmente planteado, de las transnacionales a nivel global, tiende a producir una nueva división vertical del trabajo, de tipo regional, que es muy semejante a la división del trabajo que conocemos en el nivel de las empresas privadas padeciendo así la pobreza y marginalidad amplios sectores de la aldea global.

Por otro lado, esta nueva estructura tiende a una centralización de los órganos y centros de poder y los actores sociales relevantes que forman el régimen, sin embargo, esto se produce no solo a nivel político sino inclusive a nivel geográfico, es decir, tiende a centralizar los órganos y los centros de decisiones en unas pocas ciudades que son capitales de los principales países desarrollados, rodeadas por ciudades de menor importancia, que hacen de capitales provinciales, confinando al resto del mundo a niveles inferiores en cuanto al proceso de toma de decisiones de la actividad económica global. Se produce un sistema de estatus entre las diversas ciudades, las más grandes y las más pequeñas, en las que estas últimas, por todos los medios de que disponen los gobiernos locales, intentan hacer inversiones en infraestructura para hacerlas más atractivas a la inversión extranjera que produzca un polo de desarrollo. En ese contexto, las ciudades que son más pequeñas actúan en desventaja porque la asignación de recursos por parte del gobierno nacional o los que estas puedan conseguir por sus medios son notablemente inferiores al de las ciudades que son más importantes. Este proceso así continuamente se retroalimenta.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> No es lo mismo el presupuesto y recursos que maneja la ciudad capital de un país al presupuesto o recursos de cualquier ciudad de provincia menos importante geopolítica y geográficamente. Además, los gobiernos locales tienen más facultades políticas de gobierno en las ciudades importantes que las más pequeñas. En las ciudades más pequeñas, los gobiernos se limitan a ser meras municipalidades que en muchos casos solo se encargan del barrido y limpieza, de la recolección de basura y son principalmente dependientes de las autoridades provinciales y nacionales. En cambio, los gobiernos de las ciudades que son más importantes aprueban leyes y muchas veces son autónomas mientras que los gobiernos municipales solo están facultados a aplicar ordenanzas municipales de forma que se castra cualquier proyecto de desarrollo de la ciudad que no cuente con los recursos y el beneplácito del gobierno provincial o nacional. Ingreso, estatus, pautas de consumo, valores y recursos, autoridad (...) derivan así de las ciudades más importantes como polos centralizados de gobierno perpetuando una estructura nacional y global de dependencia y desigualdad haciendo utópico cualquier proyecto que busque la descentralización política en nuestros países.

Entonces, la expansión de las empresas transnacionales involucra un nuevo movimiento en su proceso de consolidación. A través de éste, difunde el capital y el conocimiento especializado y tecnológico. Una vez que una ciudad es establecida como un centro nacional o regional de distribución por su sistema bancario, sus medios de transportes y otro tipo de facilidades en cuanto a infraestructura, las nuevas corporaciones que entran en la región la eligen como su núcleo de operaciones incentivando diversas inversiones en tecnología y capital. Estas son las ciudades premiadas con los buscados recursos, con las inversiones y alegorías máximas de los dueños del capital transnacional. Centraliza el control político, social y económico a partir de una compleja red integrada verticalmente en las que distintas ciudades y áreas geográficas se especializan en distintos niveles de actividad de acuerdo a su importancia política, económica y geográfica. A nivel de la globalidad, las tendencias a este tipo de centralización implican también cierta jerarquía global entre ciudades. En otras palabras, la toma de decisiones se centralizará en ciudades tales como Nueva York, Tokio, Roma o Londres de modo que cualquier intento real de descentralización ya sea política, administrativa o económica, de nuestros países y aún de los centrales es muy difícil porque es el propio régimen político quien la provoca.

En relación a la organización interna de las diversas transnacionales, por un lado tenemos un proceso que es de *centralización- descentralización*, que implica integración y diferenciación de las actividades económicas y del ejercicio del poder político a nivel globalizado. Por otro lado, esta dupla de *descentralización- centralización* en la organización interna de esas mismas transnacionales, no tienen porque oponerse sino que en todo caso muchas veces se complementan en el proceso productivo y de toma de decisiones a nivel corporativo, es decir, la descentralización en los niveles de decisiones que son inferiores se ve acompañada de cierta centralización en los niveles de las decisiones superiores. Por ejemplo, hoy aumentó considerablemente la capacidad de estas empresas en términos de planificación en los niveles más altos de la jerarquía institucional pudiendo cubrir horizontes de más largo plazo en el tiempo y más extensos geográficamente hablando. Por otro lado, se produce un proceso de descentralización que se dirige hacia abajo donde los trabajadores toman decisiones y son más autónomos pero siempre lo son en relación a las necesidades e intereses de esas grandes corporaciones y de los ejecutivos de los niveles superiores. En otras palabras, este hecho permite mayor autonomía en los niveles inferiores (descentralización) pero el otorgar mayor autonomía en estos niveles no implica ni constituye, en los hechos, una disminución del control estratégico en los niveles superiores sino un aumento de flexibilidad táctica en combinación con el propio aumento de la capacidad de planificación. En otras palabras, a pesar de todo se produce una

fuerte centralización del proceso de toma de decisiones. Si la producción es el elemento fundamental de la transnacional, la misma propiedad de la planta y el equipo técnico de producción puede ser esencial para el control efectivo del proceso productivo pero cuando hablamos de otras transnacionales, en donde el factor dominante es la creación de bienes y de servicios, la política económica fundamental pasa por la primacía de la inversión en desarrollo tecnológico y en la comercialización de los bienes y los servicios producidos. En este caso, la transnacional prefiere delegar en empresas más pequeñas, las cuales poseen la planta y el equipo técnico para llevar adelante el proceso productivo, concentrándose la casa matriz en los productos, servicios y en los elementos intangibles.

Entonces, una transnacional que concentra su producción en bienes livianos y en servicios y deja que los empresarios menores participen en la propiedad y aún en el funcionamiento del proceso productivo en realidad no está renunciando al control sobre ese proceso productivo sino que lo extiende ampliamente de manera que, desde ahora, se complementa todo el proceso de descentralización- centralización. Muchas veces también las transnacionales necesitan de fuentes de materias primas que son escasas- que generalmente se encuentran en los países menos desarrollados- y para asegurar el proceso productivo entonces buscan integrarse hacia atrás para controlar esa materia prima. En caso contrario, es decir, cuando la materia prima es abundante, la transnacional tiene la opción estratégica de buscar la participación de agentes locales de modo de invertir su capital en otras etapas del proceso productivo. La planificación y un correcto funcionamiento del proceso descentralización- centralización del proceso productivo y de la toma de las decisiones y gestión es fundamental porque, en fin, la fuerza innovadora de las transnacionales proviene también de ser capaces de manejarse y fusionar en un solo proceso las distintas etapas de investigación, producción y comercialización mediante un tipo de conocimiento tecnocrático integrador. Lo principal dentro de la estructura de las transnacionales es la división entre capital y trabajo, entre el conocimiento tecnocrático, sus virtudes y operaciones, de manera que las corporaciones mantienen una elaborada estructura vertical con no pocos trabajos de un nivel técnico e intelectual. En ese contexto, cuanto mayor es el nivel ejecutivo, cuando más alto nos encontramos en la pirámide del proceso de toma de decisiones, cuando más arriba llegamos, a la cúspide de la pirámide del poder, entonces mayores son los salarios, el estatus dentro de la corporación, mayor es el conocimiento tecnocrático y más abstracto el nivel de planificación. La naturaleza del proceso de toma de decisiones en las esferas más altas se maneja exclusivamente a través del saber e información técnica y especializada de los tecnócratas que se interrelacionan entre ellos a partir de la confianza mutua, la comprensión, un conocimiento tecnocrático

común, intereses, metas, paradigmas y un pensamiento grupal que los unifica y racionaliza sus ideas, intereses, costumbres, modos de vida, de sentir, amar y odiar. Ellos no temen a la comedia del desarrollo del saber tecnocrático porque consideran que los que no forman parte de esta esfera, los que luchan contra sus fantasmas, no participan en verdad en la configuración del poder. Sin embargo, esos que luchan potencialmente son la mayoría, son los pobres y excluidos que también potencialmente dejan el silencio y el conformismo de lado para manifestarse en todo su esplendor. En cambio, los neoliberales son los mudos porque son los que se quedaron sin palabras, sin ideologías y terminan adorando muchas veces esa lógica irracional que les comunica que son prescindibles e inútiles.

Por otro lado, las filiales que participan en los procesos de producción de las transnacionales y que representan los intereses de la casa matriz, son importantes porque en el país donde desarrollan sus tareas, sus ejecutivos principales desempeñan un influyente rol en la vida social, política y cultural. Estos ejecutivos de rango medio, en relación a su posición concreta dentro de la estructura organizativa de la corporación, tratan con los actores y agentes políticos y con los diversos referentes sociales y se convierten así en actores, sociales y políticos, de importancia en el proceso de gestión del régimen influyendo así en la formación de la agenda pública del gobierno nacional. Así, la transnacional con toda la estructura que le antecede logra erosionar el poder del régimen intensificando la interacción entre los intereses de los actores políticos nacionales y globales dominantes. Ahora, si pensamos en la centralización del proceso de gestión por un limitado grupo de tecnócratas, que comparten además un pensamiento y un paradigma grupal, de ideología claramente neoliberal en sus aspectos económicos pero también sociales y políticos, si tenemos en cuenta que su conocimiento tecnocrático los lleva a concebir la sociedad como un ente atomizado, donde las necesidades de ésta se complementarían con los objetivos e intereses de las transnacionales a las que representan y para las que trabajan, si tenemos en consideración que el sistema multinacional de corporaciones implica una dicotomía en el tiempo entre los centros de poder en las ciudades más importantes y las de menor categoría, las primeras en constante evolución y desarrollo mientras que las segundas se ajustan como pueden al regionalismo a que las transnacionales las empujan, si tenemos en cuenta la frustración de los gobiernos locales de las ciudades menos importantes, geopolíticamente hablando, que en realidad no cuentan con los recursos para competir en la elección para transformarse en centros provinciales, nacionales o regionales, entonces, éste es un sistema comercial global que no es capaz de brindarle a la humanidad un régimen de independencia nacional, de complementación económica ni mucho menos de igualdad.

¿Hasta qué punto las más grandes transnacionales tienden a crear un sistema comercial global basado en sus propios intereses como corporaciones privadas? La situación es bastante dinámica porque nos encontramos con un tremendo cambio en las relaciones globales que no se relacionan sólo con la revolución informática y de las comunicaciones sino que además tiene que ver con el predominio y control de las transnacionales que así pasan a ser los verdaderos actores sociales, políticos y económicos, que manejan la lógica y la gestión del sistema comercial globalizado. Ese es el punto clave de donde necesariamente parte el análisis para desenmascarar el sistema de relaciones globales de lo que los sectores neoliberales denominan erróneamente como *economía globalizada*. Así, son las transnacionales las que se encuentran a la vanguardia de esos cambios debido a su poder financiero, especulativo y administrativo y a su estrecho contacto con las nuevas tecnologías. Entonces, vemos cómo surge un sistema global que, de diversas maneras, forma un sistema de relaciones de poder a nivel global cuya alma más acabada es el comercio y la lucha por acaparar los intereses de la acumulación del capital en su forma más brutal, en su forma neoliberal. Este sistema comercial no busca el desarrollo de todas las regiones del globo porque en realidad los países que están en la periferia del sistema le importan solo en la medida en que sean funcionales a los intereses de los sectores y grupos dominantes, en la forma en que no broten ideologías que combatan sus intereses y su sistema de relaciones de poder a los niveles de otra globalidad. Lo que busca este sistema de relaciones comerciales a nivel global tampoco es la igualdad de oportunidades para todas las regiones del mundo o un programa de desarrollo y de crecimiento sostenido en el tiempo que traiga un poco más armonía a las regiones más retrasadas y subdesarrolladas, porque no tiene sentido dentro de su propia lógica. En ese contexto, lo que de verdad le importa y busca es el dominio de las relaciones comerciales por parte de las transnacionales que, desde ahora, es de tal grado y magnitud que con toda autoridad podríamos preguntarnos si realmente existe ese orden económico internacional y global que implica, por ejemplo, un sistema de reglas claras y preestablecidas que imponga, sobre la base del consenso, cierto orden en este nivel. Diría que no.

¿De qué orden económico estamos hablando? ¿De los cereales, la soja, el trigo, el gas, el cobre, las frutas o del petróleo? Si la cotización de todos estos productos depende de los mercados globales, que bajo ningún aspecto consideran variables como precios justos y otros, entonces vemos la anarquía de los mercados globales bajo el predominio de los intereses neoliberales. En todos los casos que podríamos colocar como ejemplo, siempre conduce y manda el mercado neoliberal que a través de la oferta y la demanda impone los precios, los costos y controlan los mercados de consumo, del trabajo y de los intercambios generales y globales. Lo hacen porque son ellos- los grupos

dominantes- los que a través de las transnacionales y corporaciones expresan de la mejor manera los intereses y necesidades del Estado capitalista a nivel global. Por lo mismo son quienes determinan, a través de los mecanismos del mercado, la oferta y la demanda, es decir, del automatismo de los mercados, todas las variables de producción y distribución de bienes y servicios a nivel global. Esos grupos, propietarios de las transnacionales usan todo tipo de artimañas, fábulas, metáforas, esfuerzos y políticas con el fin de perturbar e influenciar la composición de la oferta y la demanda. Lo hacen también los regímenes políticos de los países centrales, de los que de una u otra manera se encuentran comprometidos con los intereses de las corporaciones. Estos regímenes así actúan en defensa de la cosmovisión de las primeras. La característica del orden económico globalizado es, entonces, que ese orden realmente no existe. Es la ausencia manifiesta de todo principio o paradigma de orientación, al que las naciones deben acatamiento, la característica primera de los intercambios comerciales en el nivel global. Ni siquiera existe una coordinación seria y sistemática de reglas generales y particulares a las cuales adherir en las relaciones comerciales globales.

Todas las zonas de nuestra aldea global se ocupan y preocupan de sus propios intereses nacionales por sobre todas las cosas y si estos mismos se consiguen a través del sistema comercial global, entonces, lo acatan pero si esto no sucede se cambian las reglas del juego para volver a adaptar este sistema comercial global a los intereses y preceptos ideológicos de los países centrales. En este momento preciso mutan las reglas y normas mediatizadas para ejercer dominio y control sobre los pueblos más débiles. Estas nuevas reglas entran así en acción y se convierten en un actor más de esta parodia que es global. Por eso, históricamente nunca fue posible la supervivencia de largo plazo de cualquier supuesto orden económico internacional porque, en realidad, éste nunca existió, es decir, nunca la humanidad fue capaz de darse a sí misma un orden económico en el campo de las relaciones globales. Más bien hubo pillaje, colonialismo, conquista de tierras, sometimiento, piratería inglesa, española, soviética o estadounidense. En estas circunstancias, un orden económico global implica, entre otras tantas medidas, ciertas reglas y normas consensuadas entre todos, leyes también acatadas por todos los que adhieran a esos vínculos y otras variables importantes. Pero, lo monumental de este desafío también se relaciona con la posibilidad o no de que ese orden económico global, para existir y ser más justo, tiene que militar a favor de cierta homogeneidad económica básica entre las naciones que lo conforman. Entonces, más bien debiéramos hablar de un sistema comercial globalizado porque este sistema se funda en relaciones comerciales básicas antes que en relaciones económicas preestablecidas que se determinan por un mercado internacional neoliberal. Esta es la razón central por la que no es lícito hablar

de *economía globalizada* y sí de *sistema comercial global*. La aclaración no es menor porque el supuesto orden es siempre anárquico, es decir, no se rige por reglas preestablecidas: nuestros países no se enfrentan con mercados libres donde puedan vender sus productos, donde puedan comprar tecnología de avanzada, mucho menos, tomar prestado capitales sin fuertes condiciones económicas- políticas auspiciadas por los organismos internacionales de crédito porque, en realidad, la reserva básica de acceso a esos capitales, a la tecnología de avanzada, al conocimiento más tecnificado y el acceso a los diversos mercados que componen el sistema comercial global, constituye un sistema de fusión de las grandes transnacionales que quedan fuera del control de los países menos desarrollados porque, además, el mercado en términos neoliberales, tanto en su nivel nacional como en el global, es anárquico. Los dominantes primero, claro. Si la economía para ser eficiente debe ser egoísta lo inevitable es que lo sea en su máxima expresión. Ese tiempo ya está entre nosotros porque todo el mundo debe adorar el egoísmo y el individualismo inherente del régimen político.

Esta clase de relaciones de sometimiento de los regímenes nacionales en relación a los intereses de las transnacionales es una cuestión carente de dignidad no muy distante de la completa incapacidad de las clases y grupos dirigentes en la dirección de plantear alternativas ante nuestra situación de subdesarrollo. La subordinación y el control no son solo económicos sino que son vergonzosamente racionales y es así como dignificamos a los que siempre nos niegan la dignidad, a los que saquean nuestros recursos. En el ámbito del sistema comercial global, la disyuntiva primera de los regímenes políticos nacionales, es cambiar la estructura de los flujos de información y su misma lógica neoliberal. No es fácil, más aún, cuando estos regímenes políticos son cómplices estructurales de este sistema y de las consecuencias y fuerzas que convoca y que provoca. Nuestros dirigentes quieren ser los artífices y responsables, quieren el poder que les ofrece el régimen político, quieren ser protagonistas de todo excepto de los sueños perdidos por una realidad grosera, vil, indigna y baja, muy baja. El término mismo de *libertad* se convierte en opresión porque postula trabajadores obsecuentes, serviles y sumisos. Pero, ¿a qué libertad se refieren los grupos detentadores del poder cuando plantean una libertad despojada de igualdad? ¿Libres de qué somos? ¿De los tentáculos diabólicos del marxismo tal vez? ¿De elegir entre diversos dirigentes políticos que en nada se diferencian unos de otros en cuanto a su ideología neoliberal dónde, a lo más, solo existen pequeños matices donde todo termina igual? El problema es que sin un hombre digno, la libertad no puede existir porque la misma negación del hombre igualitario, en tanto a sus derechos y oportunidades, niega a su vez la existencia de seres libres que insinúen y construyan nuevos escenarios donde el beneficio y la porción de



cada cual guarde relación con el bien común y con el derecho a todos a una vida dignificada por procedimientos tangibles, que sean auténticos. Si la democracia, la libertad y los derechos humanos, que son términos que se complementan entre sí porque cada uno implica y hace necesario los otros, le añadimos la difusión masiva, plural y democrática de la información o del saber tecnológico, se nos abren nuevas perspectivas de desarrollo no solo de nuestra región sino también de la humanidad que modifica inexorablemente los esquemas previos de convivencia y control. Por ese lado se construye el reformismo. No claudicando ni renegando de nuestros ideales o de nuestra historia.

Finalmente, los derechos sociales del trabajador como por ejemplo el derecho a huelga, el derecho a reunión, el derecho a organizarnos en partidos políticos, en sindicatos y otro tipo de asociaciones, el derecho a jubilación, a la salud o a la educación son derechos conquistados por todos los partidos políticos y sindicatos porque fueron ellos, con su constante accionar, quienes lograron arrebatarles al régimen político estas conquistas. Así, el reformismo se hace camino al andar modificando el sentido de éstos bajo los términos revolucionarios de forma que desde ahora se modifican los esquemas previos de convivencia social y control político y por añadidura los preceptos básicos en que se funda la sociedad neoliberal.

### **Los mitos sobre la unidad política.**

Todos los dirigentes o intelectuales que luchan por construir dentro de nuestra región un tipo de unidad política en Latinoamérica o inclusive los que buscan forjar los ideales unitarios son en realidad la mayoría de las veces gente de bien, idealistas y hasta ideólogos progresistas. Pueden catalogarse como dirigentes de buena voluntad que ven en esta unidad una necesidad central en todos los sentidos, sin embargo, si este proceso de unidad política quiere ser duradero, definitivo, operativo y realista, debe recorrer una serie de obstáculos que no siempre estamos dispuestos a sortear para conquistar ese estado que se percibe como mejor. Así, antes de hablar de la posible unidad de Latinoamérica, hay que buscar una *integración comercial* que, en la medida en que se muestre exitosa en el tiempo, pueda avanzar de manera decidida en la *integración económica* la que, finalmente, sentaría las bases materiales para la *integración política*, es decir, la fusión política de los países miembros de ese posible proyecto unitario. Pero, en el ideal integracionista que antecede a la unidad de nuestra región, existe una profunda desconfianza sobre ciertos sentimientos y elementos como por ejemplo el nacionalismo que no pueden desconocerse porque la idea de nacionalidad y de pertenencia a un suelo, a una cultura o a un pasado común, son reales y muy fuertes en las poblaciones

de nuestros países aunque los grupos neoliberales nos quieran hacer creer lo contrario. ¿Cómo es posible que, en esta realidad de revolución tecnológica y de las comunicaciones, con sus innegables rasgos de globalidad, renazca con fuerza inaudita un gran movimiento de reivindicación de las culturas locales, las raíces autóctonas y los sentimientos ancestrales? En verdad, el mañana es de los nacionalismos. Si no lo fuera ¿por qué la reivindicación de la dignidad de los indígenas bolivianos que llevaron a la cúspide del poder a uno de los suyos? ¿Porqué los pueblos de la antigua Europa Oriental lucharon contra el imperio soviético para preservar sus identidades? ¿Por qué la revolución iraní y el integrismo y la ortodoxia musulmana? La cuestión primera no es negar los nacionalismos si no más bien plantearnos si estos terminarán formando un régimen solidario y humanista, que busca la integración con otros pueblos o, en cambio, formarán un régimen autoritario- totalitario. Esto dependerá exclusivamente de nosotros, es decir, de nuestras acciones y omisiones. Lo concreto es que en esta aldea global se produce un contraste inmenso entre la revolución tecnológica, que definitivamente lleva a una universalización de la información, a la globalización de las pautas del consumo de los hombres y el principio de igualdad que logra fragmentar los universalismos políticos despertando, en todas las regiones, principios muy fuertes de identidades y cultura nacional. En esas circunstancias, el nacionalismo está formando una nueva ola de dominio porque los pueblos por fin quieren ser ellos mismos y gobernarse de acuerdo a sus costumbres, su cultura y su régimen político, es decir, quieren ser dueños de su destino y no entregar éste a un régimen o ente político regional que refuerza consideraciones de una razón y de una lógica principalmente económica, defensora de los intereses del neoliberalismo, porque la integración, en estos términos, no es más que una fusión de todas sus partes para construir un ente mayor que las englobe a todas en defensa de la acumulación privada del capital.

¿Qué ventajas puede traer esto? ¿Valdrá la pena un sacrificio de esta índole en beneficio de un ente regional en materia económica? ¿Hasta dónde será racional la estructura de la comunidad europea? No estoy de acuerdo con este tipo de integración porque, para acceder a ésta, se necesita una condición económica, comercial y política que hace desaparecer la soberanía política de las nacionalidades de los países involucrados en este proceso. Creo que las prioridades actuales van por otro lado porque son otros los caminos que está llamado a transitar dificultosamente nuestra región para lograr la meta de un desarrollo político, social y económico que de por el traste con toda la razón de los sectores dominantes. Así como la integración comercial no implica la integración económica esta última no supone tampoco la integración política. Es decir, se puede construir integración comercial sin que exista integración económica porque esta última, en fin, reclama la unificación monetaria y de

políticas tanto sociales como económicas. Implica un proyecto político de más largo plazo y es un proceso de por sí mucho más complicado porque implica un grado de compromiso mayor. Aunque la integración comercial es posible, como lo está haciendo actualmente la comunidad europea, ésta no necesariamente necesita de la integración política, o sea, no necesita de la renuncia a la soberanía política de cada uno de esos pueblos. En cambio, la integración política requiere de un nuevo Estado y de una nueva constitución, requiere de un nuevo régimen que aglutine a todas las partes involucradas, es decir, otro Poder Ejecutivo, Judicial, Legislativo, fuerzas armadas comunes y hasta educación integrada lo que supondría, nada menos, que la conjunción mayoritaria de las fuerzas políticas de todos los países miembros con vistas a ganar la voluntad mayoritaria de los trabajadores en pro de la desaparición de cada nación, políticamente soberana, para dar paso a este ente regional. En realidad, ¿alguien cree posible que los peronistas argentinos, los comunistas cubanos, el duopolio y la izquierda radical en Chile, los indígenas bolivianos (...) estarán dispuestos a ceder su poder nacional en beneficio de un nuevo sector y grupo político gobernante que además sería supranacional? En estos momentos, no lo creo posible ni políticamente viable porque una cosa es la integración entre nuestros países, la loable conformación de ciertos entes regionales y otra cosa es la integración económica, la energética, un Banco del Sur y la unidad política de nuestros pueblos que implica desafíos y un compromiso político tremendo que la mayor parte de las veces no estamos dispuestos a sostener.

¿Por qué la Comunidad Europea en realidad no pudo avanzar en el proceso de integración política? ¿Por qué no pudo aprobar una Constitución europea realmente soberana? Simplemente porque la integración política implica un proyecto común, una visión, puntos de vista y valores comunes de pertenencia lo que está muy lejos de ser así. Lo que digo es que la integración política requiere- si quiere ser tal- nada más y nada menos que la integración económica. Pero, integración económica implica también políticas comunes en lo que hace a las medidas fiscales, monetarias, cambiaria, de ingresos y de comercio internacional y global e inclusive política común en el área de la tecnología y desarrollo industrial, todos temas celosamente custodiados por las élites nacionales gobernantes porque son justamente temas ultrasensibles para la soberanía nacional. Estas son los fundamentos más elementales del poder político partidario y su emblema más significativo para retener ese poder o buscar reconquistarlo si lo perdieron en alguna elección. También la integración económica implica nada menos que ciertas coincidencias, más que básicas, en la naturaleza del modelo de desarrollo económico que será adoptado por los países integrantes. Si este modelo no adopta algunos de los rasgos básicos de los países que, sin integración están alcanzando buenos

niveles de desarrollo, entonces el proyecto se nos viene de bruces. Así, me parece que necesitamos palabras más racionales y menos utópicas porque la integración, en términos políticos, es una tarea realmente titánica, es una tarea digna de otros hombres y de otras civilizaciones. Antes no es posible. Además, la integración económica implica cierta homogeneidad y una fuerte *complementariedad económica* entre los países involucrados en el proyecto. La ley de homogeneidad nos dice simplemente que el proceso de ajuste y de transición entre economías no integradas entre sí en el aspecto comercial implica una serie de duros ajustes económicos, ajustes sociales, políticos e institucionales que inevitablemente implican fuertes resistencias por parte de los sectores populares afectados. La *ley de homogeneidad* plantea que los beneficios resultantes de cualquier iniciativa de integración serán distribuidos de manera equitativa entre todos. La ley, que vincula la homogeneidad con el espacio geográfico, también es bastante simple: a medida que las distancias geográficas se amplían, la integración es más difícil porque las diferencias entre los hábitos sociales, culturales y productivos son mayores.

Llegados a este punto podemos afirmar que la *integración política* implica una serie de requisitos que estamos muy lejos de poder llevar a cabo. Ni hablar de unidad latinoamericana porque esta solo es posible cuando la integración comercial, la económica y la política, son ya realidad. Además, la integración por sí misma no conlleva el desarrollo y el crecimiento. Muy por el contrario, es el desarrollo quien conlleva la integración entre los pueblos. Desde esta perspectiva de los desafíos del crecimiento y desarrollo, la fábula de la unidad latinoamericana se nos muestra como un mito que en verdad destruye porque no es un mito conmemorativo, sencillo y cándido. En otras palabras, es más bien un mito que, como todos los mitos del neoliberalismo, es destructor porque despilfarra y malgasta todas nuestras energías en la búsqueda de conceptos y acciones políticas superiores basadas en nuevos preceptos que precisamente sostenga políticamente un proyecto de desarrollo y crecimiento de nuestra economía nacional. El mito de la unidad en cambio destruye porque nos engaña, nos esclaviza y extravía nuestros instintos. La formación de una razón más elevada así nos exige nuevas acciones políticas basadas en una razón humanista y esto solo es posible cuando empezamos el largo proceso de actuación sustentadas en preceptos que corroen todos los silogismos neoliberales. El mito de la unidad destruye porque todo proceso que desvía la atención de los gobernantes de su responsabilidad de generar, junto a los propios trabajadores, las bases de un proyecto de crecimiento y de desarrollo nacional es inaceptable y destructor. Es neoliberal. La carencia de integración entre nuestros pueblos se usa como excusa para la carencia de una acción política viable de concepción de un programa y un proyecto de desarrollo nacional. Debemos aclarar que en nuestros países la integración es

un proceso marginal con respecto a una estrategia de desarrollo de más largo plazo. No es un elemento principal porque un proceso de desarrollo involucra y radica en los esfuerzos nacionales y no en los multinacionales.

De ahí mi afirmación de que el porvenir es de los nacionalismos. El problema acá no es la falta de voluntad política sino la falta de poder efectivo para llevar adelante todos los cambios estructurales que nuestros regímenes políticos requieren en cada caso particular. Esa falta de poder se deja traslucir efectivamente en las alianzas políticas, en la estructura del régimen político y del Estado mismo y en la orfandad efectiva de una razón del ser y de juicios de valor que los conduzcan unos pasos más adelante, es decir, a la formación de un plan de gobierno que pretenda superar el neoliberalismo. No basta con culpar de todo a las antiguas herencias. Es cierto que nuestros países tienen problemas de desarrollo estructurales pero frente a este tipo de cuestiones, las resoluciones también son estructurales, es decir, son radicales. En cambio, el neoliberalismo nos dice hoy que la política global, la política que intenta dar sentido al régimen y sus intereses, en los niveles de la aldea globalizada, se hace en bloques aunque por otro lado es cierto que el único bloque que con generosidad podríamos catalogar como tal es la comunidad europea. Más bien diría que los actores y los agentes políticamente fundamentales a nivel de nuestra globalidad son las transnacionales y los organismos financieros internacionales que responden también a los intereses de éstas. La comunidad europea intenta actuar y hablar como una sola voz pero no lo consiguen. Los europeos, luego de una larga historia de conflictos políticos, buscan construir un consenso mínimo, un proyecto histórico y una visión coherente y más o menos común del continente como región y como polo de desarrollo que derivaría en teoría en amplios beneficios para cada Estado miembro lo que no está ocurriendo en absoluto si vemos la forma en que esta misma comunidad decidió afrontar las consecuencias de la crisis global iniciada en el 2008.

Estamos ante otro gran mito neoliberal que se nos cae de bruces frente a una realidad que contradice, de manera racional, sus fábulas porque el argumento central en pro de la integración comercial y de la económica que se plantea para constituir cualquier bloque de este tipo y las relaciones de éste con, por ejemplo, la Comunidad Europea es, sin dudas, de características netamente económicas, es decir, consiste en sostener que si los mercados de consumo de los distintos países se amplían en virtud de la abolición de las barreras aduaneras entonces la dimensión de escala de los respectivos sectores productivos alcanzará su dimensión óptima desde el punto de vista que esta integración de por sí reduciría los costos de producción con lo que se estimularía también la inversión en infraestructura mejorando de esa manera la capacidad competitiva de nuestros mercados nacionales. Este es otro silogismo neoliberal. En el caso de los grandes espacios geográficos y

económicos, la relación entre éstos y el desarrollo de gran escala dista de aparecer con este argumento, que además es bastante simplista, con el que buscamos sustentar políticamente los beneficios de la integración regional. Desgraciadamente, si analizamos la reciente historia económica vemos que esta supuesta ley, que plantea una correlación entre desarrollo e integración, no existe sino que más bien se convierte en un pretexto y en una evasiva para allanar los campos que hacen a la constitución y defensa de la lógica y la razón neoliberal y sus intereses contrapuestos al bienestar de las mayorías.

¿Qué hay detrás de este argumento de los sectores neoliberales? Que la sumatoria de varios mercados nacionales daría como resultado inexorable un crecimiento económico muy superior por el solo hecho de la integración. No estoy negando la importancia de la magnitud de la población como fenómeno de desarrollo pero esta correlación entre *integración* y el *desarrollo* solo se coloca en marcha cuando operan fuerzas con una trascendencia claramente más importante para ese mismo desarrollo. En palabras simples: el desarrollo de los mercados nacionales depende de otro tipo de factores como son los factores políticos, económicos y sociales, que son más relevantes que la mera población. No estoy diciendo que la unidad de los pueblos sea perjudicial para todos, de hecho, apostarí a todas mis fuerzas en ésta, sólo digo que ella implica un fuerte y decidido proceso de integración en todos los ámbitos del régimen. Por lo demás, la integración no es un proceso que sustituye la necesidad de llevar adelante un importante proyecto de desarrollo nacional. La integración económica solo es posible cuando los Estados nacionales tienen un nivel mínimo de desarrollo de forma de que exista algún grado de *complementariedad* y de *homogenización económica* entre los Estados que participan de ese proyecto.

### **La soberanía alimentaria como parte de un país democrático.**

Nuestro país es parte de esa Latinoamérica que desde sus raíces más íntimas tiene una cultura popular agrícola, con una diversidad campesina y de pueblos aborígenes preexistentes a la formación del Estado que no les quedó más opción que resistir, manteniéndose como una fuerza importante en la producción de alimentos. Eso a pesar de los juicios fuera de lugar, de la ley antiterrorista que intenta someterlos de cualquier forma, de manera ilegal incluso; eso a pesar de los genocidios (que hoy se repiten pero con métodos mucho más sutiles) y de una cultura de élite que nos considera sus enemigos internos. A pesar de lo anterior, de la falta de respeto, del racismo y de un sinnúmero de injusticias a las que se exponen los mapuches, continúan ahí, resistiendo a la prepotencia y soberbia de los patrones. Llegaron al extremo de combatir el hegemónico avance del neoliberalismo que pretende que

desaparezca el saber campesino e indígena para así imponer la agricultura industrial; al tiempo que todo eso pasa, el campesinado levanta las banderas contra la artificialización de la agricultura, contra el monocultivo (asociado a la destrucción del ambiente), contra la privatización del agua, de la tierra, de las semillas y contra la construcción de proyectos hidroeléctricos, muchos de los que precisamente quedaron en “proyectos” gracias a la batalla librada en gran parte de Chile. Entonces, comer es mucho más que tragar alimentos. Lo es porque implica hacerlo de forma consciente. Esto nos lleva a preguntarnos por el origen de aquellos alimentos que consumimos, cómo fue el proceso de elaboración, en qué condiciones se hizo y porque pagamos cierto precio y no otro. En otras palabras, comer se relaciona con el proceso de producción de los alimentos, con la forma de su circulación y distribución que en Chile se hace a través del afán desmedido de lucro. Significa tomar el control no solo sobre los hábitos alimentarios y no delegarlos en otros sino también- y de nuevo volvemos a lo mismo- sobre la manera de producir para definir el país en el que queremos vivir. Se trata de ser independientes, de decidir no solo sobre la alimentación de cada uno sino sobre los fundamentos políticos, sociales, económicos y culturales que caracterizan al régimen. Esta es la esencia de la *soberanía alimentaria* que en este contexto nos plantea- al igual que cualquier otro cambio sobre la razón neoliberal- tareas inmensas que solo serán palpables a partir de la participación de todos.

Uno de esos desafíos es precisamente luchar por otra lógica en cuanto a las necesidades del pueblo. Más todavía cuando se trata de los alimentos, de un bien sencillamente es fundamental para nuestra vida, para cualquier posibilidad de la misma. La lucha por una alimentación más sana y por una política de soberanía alimentaria es una meta que los sectores revolucionarios debemos proponernos en el sentido que reivindica el derecho a la vida de las personas. Es una utopía querer construir un régimen popular si éste no está en condiciones para que absolutamente toda la población pueda acceder a una alimentación equilibrada y de la calidad. Lo primero es resguardar este derecho humano que es la base de toda posibilidad de vida. Se requiere de un inmenso cambio cultural, de un trabajo en favor de la toma de conciencia de los trabajadores que simplemente es fenomenal. Sobre el combate por la conciencia es central entender lo mejor posible el concepto de *soberanía alimentaria*. Fue el año 1996 cuando el movimiento internacional de agricultores *La Vía Campesina* se refirió por vez primera al concepto. Lo hizo coincidiendo con una cumbre de la FAO que se hizo en la capital italiana. Por entonces, la meta principal era promover la agricultura local, campesina, a pequeña escala y así terminar con la ayuda que recibía la agroindustria para la exportación de productos; además se trató de terminar con la competencia desleal contra los pequeños productores. Desde ese

encuentro en Roma hasta la fecha esta demanda ya no se circunscribe sólo al mundo rural, sino que abarca a amplios sectores sociales que reclaman su derecho a una producción de alimentos justa y sana, que tiene relación directa con la mejoría de la calidad de vida de los sectores populares. Alimentarse y decidir cómo hacerlo es asunto que nos corresponde. Es muy importante porque las transnacionales también buscan adueñarse de nuestras semillas, de la tierra, de los alimentos, del agua y de los recursos naturales en general. La Vía Campesina a partir de ese momento definió la soberanía alimentaria de la siguiente manera:

*... "el derecho de cada nación a mantener y desarrollar sus alimentos, teniendo en cuenta la diversidad cultural y productiva".*

Se trata de soberanía para decidir qué se cultiva, cómo se hace y qué se come. Las políticas agrícolas y alimentarias de hoy en el Chile neoliberal hasta el tuétano no lo permiten. No hay ninguna referencia importante ni viable en este sentido. Es lo mismo: estamos en presencia de un gobierno que es parte de una derecha duopólica que reivindica los intereses de la patronal y de sus corporaciones nacionales y globales. El problema es grave porque en cuanto a la producción de alimentos, muchos países se ven obligados a abandonar su diversidad agrícola en favor del monocultivo que beneficia a un puñado de corporaciones. Sobre la opinión del pueblo mapuche en particular y de los campesinos en general ni hablar. A nivel comercial, la voluntad de nuestro país quedó supeditada a los dictados de la Organización Mundial del Comercio. La soberanía alimentaria es contraria al dictamen del neoliberalismo debido a que la esencia de esa soberanía reside en el decidir, en la defensa de la vida de las personas, en su calidad y en reivindicar el derecho a comer. Sobre lo último, a la posibilidad de comer digo, no es necesario ir a otros países para conocer el hambre y la desnutrición, la mala alimentación o la obesidad. De sobra hay de eso en el nuestro. Urge entonces que los agricultores puedan decidir qué cultivan, cómo hacerlo, que tengan acceso a la tierra, al agua, a las semillas, que el consumidor cuente con toda la información sobre lo que come, que pueda saber a ciencia cierta cuándo un alimento es transgénico y cuando no lo es. Con las políticas actuales esto es imposible. La realidad es que no solo se reprime a los que nos oponemos a la lógica de los neoliberales y a su afán sin control de lucro, sino que además se especula con la propiedad del suelo, se privatiza la semilla y el agua; ocurre lo mismo con la energía, la salud que se vuelven bienes de consumo.

La *revolución verde neoliberal* no es poca cosa. Por el contrario, es un enorme despojo del saber ancestral de la comunidad campesina porque lo que intenta es invalidar ese conocimiento y suplantarlo por el saber técnico,



el del tecnócrata, ese que finalmente no funciona porque el neoliberalismo es un régimen agotado en cualquier sentido. En el origen de esta mal llamada *revolución verde* de los neoliberales, caracterizada por la presencia de ciertos productos químicos, de fertilizantes y semillas genéticamente mejoradas, se supuso que aumentaba el rendimiento de los cultivos, pero se llegó a una situación donde el modelo generó la degradación de los suelos, la pérdida de la biodiversidad funcional, las plagas que ahora se volverán resistentes al insecticida, etc. En otras palabras, luego del aumento del rendimiento vendría el descenso y la suba de la deuda de los productores más pequeños: pasa que éste es un modelo caro. Es la manera en que siempre actúa el neoliberalismo, que no nos impresione. Es cierto, una parte del campesinado se ilusionó pero luego se decepcionó, decían, “estábamos mejor antes de todo esto porque no estábamos endeudados y sabíamos como producir”. No hay tregua con el neoliberalismo; bajo ninguna circunstancia porque lo único que le importa es el rendimiento del capital en la producción. Incluso, pretenden acabar con la agroecología que es un conocimiento ancestral, que además es herencia y patrimonio del pueblo en donde la semilla campesina se coloca al servicio de la humanidad sin cobrar ni garantías ni patentes. Sobre esto el gobierno no se pronuncia. No puede porque está del lado del poder. El Estado de Chile que decide proteger a las trasnacionales que con sus intereses y cultura global buscan empobrecernos espiritual, cultural y económicamente. Siempre fue así, de eso se trata en realidad la lucha de clases, de intereses contradictorios digo, pero hay que recordárselos todo el tiempo a quienes todavía creen que Chile es democrático.

A pesar de que las consideraciones ambientales aparentan reconocer esta complejidad de las demandas socioambientales del trabajador, cubriendo prácticamente todos los aspectos, prometiéndonos planes, mesas y programas para una infinidad de temáticas que involucrarían la *soberanía alimentaria*, el asunto es que aquella tendencia a aceptar las demandas socio ambientales no tiene coherencia alguna con el programa económico; y como hemos visto en el caso de los alimentos, es totalmente inviable querer colocar límites para frenar la crisis ambiental que sufre Chile sin al mismo tiempo modificar el modo y la forma de producir, de circular y de distribuir las mercancías que tiene relación directa con la matriz primario- exportadora que ha regido nuestros destinos desde que se tenga memoria. En ningún caso el gobierno considera las causas estructurales ni menos las consecuencias del desastre que hicieron en el ecosistema. No se hace responsable ni le importa detener la agenda de inversiones mineras para los próximos años o la duplicación de la capacidad instalada en lo que se refiere a la generación de electricidad que mayoritariamente será exigida por la minería, tampoco la renovación de las leyes de fomento y de subsidio al monocultivo forestal ni el secuestro en

manos privadas de las semillas, el apoyo a la agroexportación que liquida la agricultura familiar y a los campesinos o la mantención de la propiedad sobre el agua y la tierra en unas familias. Pasa que su ideología mercantilista lo considera como una “inversión” positiva, como parte del crecimiento. Así es como sostienen este ritmo extractivo. No entiende que los que defendemos el agua, la vida o las semillas, no solo somos sujetos de derecho sino que además estamos hablando de otro paradigma; no solo de mayor distribución de los excedentes de aquel modelo extractivo. Por eso, el gobierno no puede plantear una solución de raíz, radical, que sea profunda e insiste en reformas que se aprueban para que nada, absolutamente nada cambie. Prioritario es la guardia de las semillas. La importancia de generar encuentros y ferias para su intercambio, donde las mujeres desempeñan un rol muy importante, debería estar fuera de toda discusión. La semilla campesina es como un sistema en la comunidad, de cómo se conserva, se multiplica y se comparte. Son sistemas que por lo mismo deben ser fortalecidos porque todas las nuevas leyes- tanto en Chile como en el mundo- atentan contra la integridad de estas formas de protección e intercambio.

¿Cómo llevar, entonces, estos cambios adelante, cómo reivindicar esa estrategia que haga hincapié en la defensa de nuestros recursos, del agua y de las tierras, que nos hable de la soberanía alimentaria y demás para desde ahí plantearnos finalmente el cambio estructural de nuestro régimen político, del Estado y del modo capitalista de hacer las cosas? Se hace participando en los grupos y cooperativas de consumo ecológico, en los huertos urbanos, en la organización representativa de los trabajadores, no gubernamentales, de base y esencialmente anti capitalistas. En el caso de la *soberanía alimentaria* se trata de iniciativas que ponen en contacto al productor con los consumidores, que establecen relaciones de confianza y de solidaridad entre el campo y la ciudad, que fortalecen el tejido social, que crean alternativas productivas en el marco de la economía social y profundamente solidaria, y que demuestran que existen opciones más allá del neoliberalismo. Sin embargo, la lucha debe entenderse en su globalidad, en todas sus consecuencias, como parte de una estrategia que nos plantea una economía alternativa a la mercantilización de los neoliberales. No hacerlo de este modo, quedarnos en la idea de sostener apenas un huerto familiar- lo que en todo caso no es poca cosa- nos convierte en filántropos no en revolucionarios. La meta es hacer llegar la soberanía alimentaria y nuestro nuevo modo de producir, de circular y de distribuir las mercancías que de hecho implica, al conjunto de la población para desde ahí cuestionar el sistema económico- político neoliberal. Para eso urge el cambio radical. Hace falta un banco público de la tierra que la haga accesible a quienes quieren vivir y trabajar en ella; hay que reconvertir el comedor de las escuelas, de la residencia, del liceo, de la universidad y hospital en comedor

de cocina ecológica y de proximidad con la compra de bienes al campesino local. En la batalla por la soberanía alimentaria la escuela y la universidad tienen una deuda muy grande con los sectores populares porque hasta ahora se encargaron solo de enseñar a los jóvenes a imitar el patrón de producción, de distribución y de consumo que es precisamente el que debemos combatir al enriquecer a pocos; además, intoxican a la juventud con un consumismo sin sentido, patológico y artificial en demasía que coloca en peligro no solo la satisfacción de las necesidades del hombre sino también la vida misma en el planeta.

El combate contra el neoliberalismo, en beneficio de la soberanía alimentaria, en términos de plantear otra manera de producir, de circular y de distribuir las mercancías, es de vida y muerte. Ante estas circunstancias, el movimiento social en Chile y en el mundo tienen que construir una propuesta para formar mujeres, hombres, indígenas, trabajadores rurales y tantos otros para que- en permanente proceso de acción y reflexión- luchemos por un proyecto que se presente como una alternativa a las odiosidades y dramas del neoliberalismo. Tenemos que considerar que antes que el advenimiento de una reconciliación cultural, la patronal lo que intenta es doblegar el saber del pueblo de modo que su arte de poder sigue siendo esencialmente alienación sostenida y protegida por las demandas de la monarquía absoluta del capital. Lo que le queda al trabajador- sea éste urbano o rural- es seguir la batalla por tomar conciencia de lo que pasa, de que Chile y el mundo están divididos por intereses contrapuestos, que además lo que está en juego es la alimentación porque las transnacionales buscan controlarla a partir de la imposición de su propia lógica en el modo de producir los alimentos. Por eso nuestro país está lleno de posibilidades derrotadas, de esperanzas no realizadas y de promesas que hace tiempo fueron traicionadas.

Hay que rescatar los valores humanos más convincentes, los de mayor trascendencia, como son la solidaridad, la igualdad, la justicia, la honestidad y el respeto por nuestro ambiente como fundamento de la praxis del sujeto en formación para que así se transforme en militante en favor de la primacía del derecho a la vida de las personas. Educación desde y para la diversidad, para la transformación radical. Mientras tanto, el neoliberal promueve la cultura que universaliza el consumismo, la dominación y el egoísmo. A nosotros nos corresponde la educación agroecológica que retoma la lucha indígena, la del esclavo venido a América, la feminista, la anticolonial y en primer lugar la antiimperialista que perdura por más de 500 años. La *agroecología* se nos plantea como un desafío frente a la cultura única y defiende la multiplicidad popular de la humanidad, la biodiversidad como principio organizador de la Pacha Mama y la pluralidad del conocimiento. Educación para el esfuerzo, cooperación para rescatar el empleo como medio que dignifica a los hombres

y de este modo el trabajo como acción libertaria y no como mera mercancía al servicio de la acumulación privada de los capitales. El saber se vincula al trabajo productivo y al comunitario. Se plantea nuevos ciudadanos desde una relación donde la cooperación se convierte en una necesidad ética en todos los ámbitos. La soberanía alimentaria se construye desde abajo, desde lo local, desde la parcela y desde nuestra comunidad pero en democracia, bajo los principios del respeto de la voluntad popular. Voluntad que fue violada por los detentadores del poder. Al final con este gobierno no cambia nada. A nosotros nos queda plantear las batallas por el derecho a la huelga, por la dignidad del trabajador. También nos corresponde remover los obstáculos jurídicos, políticos, económicos, sociales y culturales que se oponen a la participación popular, a la protección de los socialmente más vulnerables y a la inclusión. Se trata de soberanía en todo sentido: en la posibilidad de construir el país que queremos, en el derecho a definir la forma de producir, etc. Por eso es tan necesaria la soberanía alimentaria; ésta de hecho involucra y se relaciona con los demás asuntos: con la independencia, con la inclusión, con la soberanía y con el control sobre las principales variables que hacen al crecimiento de Chile.

### **La gobernabilidad democrática en un contexto de desarrollo.**

La cuestión relacionada con el tema de los incluidos y de los excluidos es acá paradigmática, es concreta y racionalmente sustentada. Hemos visto las formas en que a través de las transnacionales o del corporativismo los tecnócratas, la élite de los sectores dominantes, ejercen el poder en todos los ámbitos inclusive en los niveles de la globalidad. Hemos visto como el nuevo César encuentra en su carrera militar, en sus verdades y razones, las medidas, los modos y las influencias para crear y resolver continuamente los asuntos relacionados con su propio ejercicio del arte del dominio, de sus estrategias y tácticas. Es necesario entonces interrogarnos sobre quienes se encuentran detrás de la defensa de los intereses de los dominantes, quienes son y como controlan las transnacionales, quienes se encuentran detrás del real ejercicio del poder controlando las empresas de avanzada, la lógica, las verdades y las máximas que estructuran la razón del neoliberalismo. ¿Quiénes son los que controlan las transnacionales? ¿Las empresas energéticas, las circunstancias de todos y de cada uno de nosotros? ¿Quiénes y cómo defienden las tesis formadas en torno a las máximas del dominio y del control global? ¿Quiénes son los que manipulan nuestros regímenes, verdades, nuestros silogismos y sentido menos común, la definición de nuestros hechos y del porvenir? Se nos dice que el presidente de Estados Unidos es el hombre más poderoso de nuestra realidad pero éste solo forma parte de la trama visible, la cima de una

pirámide del poder que se conforma en base a una muy complicada red, una estructura de poder, de control y de dominio que fue construida y urdida complejamente a través de mucho tiempo atrás por una reducida élite que son los auténticos patrones de los tecnócratas, los auténticos propietarios de la energía que moviliza, que define y hace posible la vida urbana, propietarios también de la banca, de las empresas de armamentos y de los laboratorios, de los medicamentos, de los medios de comunicación y de la información que recibimos, de las múltiples instituciones educativas, de las universidades, de nuestras razones y de nuestras fábulas.

Son los propietarios de las fuentes de energía, del gas y del petróleo. En ese contexto, la cuestión de las fuentes de energía que no son renovables es posible analizarla desde una postura de transformación de nuestras formas de vida urbana y del desarrollo mismo porque si la energía mueve al mundo, las formas de acceso a esas fuentes y su transformación o no son de vital importancia en la definición de qué proceso productivo estamos dispuestos a sostener en el marco de un proyecto de desarrollo nacional. Entonces, no es extraño que los grupos dominantes, que manejan y controlan las definiciones, el sentido y las decisiones de los regímenes políticos, se hayan formado, se desarrollaran y consolidaran a fines del siglo XIX en base a la cuestión del control de esa energía que se usa en todas las etapas de la producción, de la energía que se usa para cultivar los campos y para trasladar las semillas, los frutos de esos esfuerzos, de la energía concentrada en los hidrocarburos y que se destina además a los procesos de marketing, distribución y venta, en la asignación de la producción y de los bienes y servicios. De la energía que implica un determinado régimen de premios y prebendas, de trabajo y sudor, precios y salarios de toda una globalidad lo que sin más implica ciertas formas de acceso o no a mayor bienestar, a mejores condiciones de trabajo, educación y de vida. Eso y más implica hacerse con el control y el dominio de los recursos energéticos- en especial el gas y el petróleo- que movilizan a esta globalidad definida bajo los términos de los dominantes. Implica mucho más cuando, al referirse a la cuestión de la energía, hablamos de un mercado de consumo o, mejor dicho, de un bien relacionado con la supervivencia de las formas de vida de la humanidad. Desde ahí, es más fácil ver que no da lo mismo que las fuentes energéticas globales estén basadas en recursos renovables o no renovables, que estén en manos del lucro privado o de los intereses de los trabajadores. La cuestión es simple: las civilizaciones que no establecen una cuidadosa relación con sus fuentes de energía son condenadas a extinguir sus modos de vida.

En Estados Unidos, el clan de los Rockefeller, de manera bastante temprana, entendió la importancia estratégica de los recursos energéticos y se hicieron con ellos. Llegaron a concentrar como clan, como familia de élite, el

95% de la exploración, de la distribución y de la venta minorista del gasoil en su país. Luego, en la medida en que avanzaban en sus negocios, el clan logró ciertos acuerdos, con importantes descuentos, con los ferrocarriles que en ese entonces controlaba JP Morgan con el fin de colocar bajo su órbita el proceso de distribución del petróleo. Así, el clan Rockefeller desplaza, uno tras otro, a sus competidores. Este era un accionar empresarial que en esas circunstancias carecía de todo vestigio moral o ético y que se profundizará con el neoliberalismo. Los que detentaban el poder económico en Estados Unidos a fines del siglo XIX, de manera corporativa y bien concentrada, constituyeron en esta nueva realidad un poder en las sombras que se asienta en una serie de causales y de factores característicos de las condiciones y circunstancias particulares de la Bolsa del país que, a pesar de las leyes contra los monopolios, no logró desarmar el poder de los dominantes. Así, la bolsa en Estados Unidos, donde el capital de las acciones está fuertemente concentrado y atomizado, hace que con una pequeña fracción del total de las acciones de una empresa se pueda controlar las políticas financieras o comerciales y hasta el nombramiento de los más altos cargos jerárquicos en una empresa. Es precisamente esta dinámica la que forma el proceso de desarrollo definitivo de los tecnócratas quienes con un mínimo capital, accionario en este caso, controlan toda la lógica de tomas de decisiones al interior de las empresas definiendo así sus prioridades, sus intereses y las estrategias a seguir. En este proceso es donde mejor podemos ver la forma en que la razón tecnocrática desplaza al Capital como factor de producción y de poder real. Los mismos bancos se encuentran íntimamente ligados a la patronal lo que hace de cualquier política de desmonopolización un fracaso. Esta élite, de manera unipersonal, ejercen su dominio sobre muchos sectores de la economía a los que, de una u otra manera, no habrían podido acceder si no se hubieran formado de esta forma bastante singular, es decir, si en base a la estructura financiera de Wall Street, en la cual poseyendo un 5 ó 10% del paquete accionario y administrando otra parte, se puede controlar, en su totalidad, los mercados estratégicos como los de la producción energética, de la banca, del mercado farmacéutico, las finanzas, la venta de armamento e incluso los estupefacientes. La concentración de los capitales financieros, la especulación, las reformas del régimen político neoliberal no hace más que exacerbar estas tendencias de concentración y globalización de los grandes capitales y consecuentemente del poder de las élites y clanes familiares. Esos clanes, en parte, dejaron de guardar ciertas apariencias y las megas empresas, las transnacionales y los monopolios del petróleo, de la energía, de los alimentos, de la educación o la información, de las jubilaciones y de las pensiones (...) vuelven a fusionarse y concentrarse. De seguir ese ritmo de concentración de capitales, del poder, es probable una vuelta a la primitiva

Standard Oil del clan Rockefeller. Esta familia controla los principales conglomerados del área petrolera y la energía. Bajo su dirección están, por ejemplo, transnacionales como Amoco British Petroleum, Exxon- Mobil y Chevron- Gulf- Texaco.<sup>10</sup>

La gama de los negocios fundamentales, es decir, los más importantes a nivel global, que son controlados por una pequeña élite de clanes familiares que influyen decisivamente en las tomas de posición y en las políticas de los regímenes nacionales, que inclusive vuelven al propio Presidente de Estados Unidos una marioneta al servicio de la cosmovisión de los intereses privados y del dominio de esas élites, son las que finalmente controlan y dominan toda la estructura del sistema comercial global en base a leyes mediatizadas. Un sistema comercial globalizado bajo los términos y fundamentos neoliberales que ellos formaron y en el que se convierten en poderosos arquitectos en la medida que la globalización de las relaciones comerciales internacionales (toda vez que expandía las ganancias de las empresas estadounidenses luego de la Segunda Guerra Mundial) fue funcional a sus intereses de acumulación de Capital. Una de las instituciones importantes en esta estructura de poder y de dominio, de control del sistema comercial global por parte de esos clanes familiares, como los Rockefeller y sus transnacionales, es el FED o *Federal Reserve Bank* de Estados Unidos porque decide sobre las tasas de intereses, sobre las paridades cambiarias o los diversos flujos de capitales y la emisión de moneda. Pero, más allá de las posibilidades y de las condiciones con que cuenta el FED para por ejemplo generar depresiones, recesiones, euforias financieras, crisis o reactivaciones económicas, lo principal es entender la estructura misma del banco puesto que, a diferencia de los demás, no es un Banco Central común como puede serlo el de Chile (...) Precisamente, el FED es un banco privado, es decir, éste definitivamente no es propiedad del sector público y sus dueños son unos pocos bancos privados que también están controlados por esos clanes familiares. En ese sentido, tres de los más

---

<sup>10</sup> Ni hablar del significado estratégico que en aquel contexto de supervivencia implica el control sobre los alimentos y medicamentos. De ahí por ejemplo que en cualquier proceso de cambios en términos del reformismo radical se impone la cuestión de la *soberanía alimentaria* para sostener un proceso que busque mejorar la calidad de vida de las mayorías. ¿Cómo sería posible intentar mejorar la calidad de vida de los trabajadores de nuestros países si los alimentos están bajo control de los intereses de las transnacionales que no les importa en absoluto estas medidas? De ahí que los grupos y factores de poder dominantes a nivel de nuestros Estados nacionales (que así y todo responden a los designios de los actores y sujetos políticos globales) insistan continuamente en las licencias a los medicamentos y, en general, en la formación de un marco legal global que regule la propiedad intelectual sobre los medicamentos o las semillas que se usan en la producción de los alimentos necesarios para la vida. En otras palabras, este control sobre las semillas por parte de las múltiples transnacionales ligadas a la alimentación vuelve inviable cualquier proceso de independencia y soberanía.

grandes apellidos controlan los bancos Chase Manhattan, el Citibank y el Morgan Guaranty Trust que, a su vez, son los dueños del FED. Estos son los Rockefeller, los Morgan y Rothschild. Este último clan, de origen inglés, fue el fundador del primer banco central en el mundo, del Banco de Inglaterra.

El Banco de Inglaterra contaba con un poder que se remonta larga data hacia atrás, un poder económico y financiero que, en un primer momento, se expandió por toda la antigua Europa financiando las guerras entre las coronas europeas con la estrategia primera de prestar a ambos bandos en pugna de forma que cuando las guerras y los combates finalizaban, las naciones, las coronas de Alemania, de Inglaterra, de España o Francia, con sus respectivas casas reales, quedaban muy endeudadas y debilitadas en su poder, es decir, cada vez más dependientes políticamente del clan familiar y sus banqueros. Así y todo, decidió ingresar en Estados Unidos y financiaron los proyectos, los programas y las industrias de los más importantes clanes familiares de esa nacionalidad que perduran en la actualidad. Financiaron a estos clanes luego de observarlos, antes de darles los fondos que Estados Unidos necesitaba en su desarrollo. Se desplegó el poder financiero y la unidad en la acción, de una cosmovisión del mundo, de la realidad, de las existencias de acuerdo a las máximas de esos clanes que vieron acrecentado así sus posibilidades de moldear el mundo, la realidad de todos nosotros. Con estas estrategias salieron favorecidos no solo los Rothschild sino también los Morgan y los Rockefeller de manera que unos pocos clanes familiares dominan, manejan y controlan el mundo y nuestra realidad a su placer. Dominan a través de leyes mediatizadas. Controlan la banca, los múltiples recursos energéticos, la salud y alimentación de los trabajadores, controlan la seguridad a través de ciertas instituciones y organizaciones globales que están al servicio de sus propios intereses como clanes de familias. Entre estas instituciones y organizaciones tenemos el muy conocido Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Club de París, ciertas organizaciones como Naciones Unidas que son, en fin, organismos globales que sirven, en última instancia, para dotar de cierto grado y de determinados trazos de legalidad a la creación y sustento del arte de dominio de las élites representadas en los clanes anglo-estadounidenses anteriormente nombrados. En este sentido, se movilizan en beneficio de la lógica y de la razón dominante.

El control ejercido a través de estas leyes mediatizadas en los niveles del sistema comercial global, se centraliza a través de estas instituciones y de los organismos controlados por estos clanes y élites familiares como son las transnacionales, las universidades, los medios de comunicación masivos y globales como CNN, las agencias de noticias como UPI, Naciones Unidas o el FBI, entre tantos otros. Es decir, estos clanes, controlando las principales universidades y centros de estudios en Estados Unidos, que se muestra como



referente intelectual al resto de la humanidad, o controlando las escuelas, adquieren una extraordinaria fuerza y dominio a nivel global, en la definición de sus sentidos, en la aplicación de ésta y no de otra teoría económica que finalmente juega a favor de los intereses de los dominantes. Ejemplo claro de esta cuestión es la imposición de la teoría monetarista de Milton Friedman o la teoría de las expectativas racionales, o sea, todas las teorías económicas funcionales al proceso de globalización en los términos del neoliberalismo (desarrolladas principalmente en la universidad de Chicago) que claramente no resisten la mínima prueba de racionalidad cuando son enfrentadas a la realidad. No importa porque lo fundamental es reforzar el dominio sobre las mayorías y en ese sentido el núcleo de la disyuntiva se centra en una cuestión del poder y no de la búsqueda de una verdad científicamente sustentada. El objetivo es desde hace unas cuantas décadas (cuando las mega empresas de Estados Unidos vieron la necesidad de extender sus negocios fuera de las fronteras nacionales) la globalización de todas y cada una de las relaciones que forman parte de los intercambios comerciales y consecuentemente la extensión del dominio político, social y cultural más allá de Estados Unidos, es decir, en el ámbito más global posible. Surge así, desde las entrañas de las teorías y tesis más conservadoras y reaccionarias, el régimen neoliberal y su modelo basado en el sistema comercial global. Surgen paradigmas como los del fin de la historia, teorías como la de la guerra de las civilizaciones, la de la perpetuación del capitalismo como régimen social o las teorías que ponen fin a la lucha de clases. El control ejercido sobre los medios de comunicación y universidades, le permiten a los clanes anglo-estadounidenses, propietarios de nuestras vidas, definir la racionalidad o no de ciertas teorías, de algunas políticas públicas y reformas tomando como parámetro primero y central los objetivos políticos, económicos e ideológicos que persiguen en beneficio de la globalización de sus intereses y formas de vida, de dominio y de control.

En verdad, existe ausencia de un gobierno global pero el hecho de que no exista no significa que el dominio y el control político no sean ejercidos por ciertas estructuras que son centrales en ese sentido. De hecho, existe una multiplicidad de organizaciones e instituciones de carácter global que ejercen el control de la humanidad apoyados, financiera y racionalmente, por clanes familiares anglo-estadounidenses reaccionarios, racistas, dueños de la banca y de los recursos naturales, de la energía, la alimentación, los medicamentos, las armas, etc. Esta estructura de dominio es reforzada con la instauración del neoliberalismo y su consecuente globalización porque una vez más quien controla estas empresas- las transnacionales- es quien controla y define, es el que tiene el poder, es quien ejerce el arte de dominio para la primacía de sus intereses de acrecentamiento del capital en propio beneficio y a expensas de los grupos y sectores subalternos. El petróleo es poder y también es dominio.

Quien controle las fuentes de energía controla la vida. A esa necesidad de contar para sí con las reservas petrolíferas globales, es decir, de obtenerlas como propias a cualquier costo, responde y explica las invasiones a países como Irak porque controlar la energía, controlar las cada vez más escasas fuentes de energía no renovables, es tener el poder, es definir los términos, las formas, la razón que domina y que racionaliza los mitos y los intereses de los dominantes. En cambio, el humanismo militante coloca énfasis en la producción de energía alternativa, a través de la tecnología conveniente, que busca reivindicar nuestra soberanía y nuestra independencia mientras que, al mismo tiempo, cuida del ecosistema. En ese contexto, un proyecto energético basado en energía eólica, en energía solar o basado en una combinación de ellas, es así central en el desarrollo de los procesos de lucha por un horizonte más iluminado, por la conformación de un arte de poder que es alternativo porque se funda en las acciones y reacciones, en el asedio de la razón de los dominantes por parte de un ejército de legionarios que esta vez, educados en la severidad del humanismo más natural, se alza con la victoria del hombre y con la mejor tradición de la civilización. Si las fuentes energéticas, de donde la civilización extrae los recursos para sostener sus modos y calidad de vida, se basaran en tecnología que es conveniente, en tecnología que implica el uso de recursos renovables, entonces y solo entonces, ningún tipo de élites podría ejercer su dominio sobre los trabajadores. Hoy lo hacen porque la estructura del sistema comercial globalizado se basa y se forma, se define racional y mitológicamente en una aparente legalidad, en una aparente razón y lógica, en aparentes expectativas, en un falso bien común, en un falso régimen que aparentemente también intenta mostrarse como democrático e inclusivo pero con la meta expresa de defensa de los privilegios e intereses que conlleva el control de los clanes familiares anglo-estadounidenses y sus corporaciones.

Luchar por un régimen que busque superar al Estado capitalista, que así sea más justo y mejor, batallar por un régimen que reivindica la cultura y los intereses populares, combatir por conquistas sociales más profundas, por derechos más humanos, por la inclusión de todos, es decir, por la creación de derechos que militen a favor de los intereses de los trabajadores (incluso a expensas de los intereses y cosmovisión de los dominantes) definitivamente no nos convierte en dueños de la verdad porque toda verdad es parcial. El hecho de que esa verdad, como todas las demás, sea parcializada y subjetiva no significa que sea falsa sino que, simplemente, quiere decir que evoluciona de acuerdo a la conquista de los procesos históricos de nuestra sociedad. En otras palabras, las verdades de los hombres, son parciales, pero, la verdad del marxismo es más racional, es la más lógica en términos estructurales porque es la única que acompaña el desarrollo de una sociedad más humanitaria que está más allá del neoliberalismo, del Estado capitalista y sus utopías.

Una opción política muy importante para quienes buscan construir una alternativa al neoliberalismo, es el rol determinante de las políticas macroeconómicas que insisten en el desarrollo con inclusión social manteniendo, por ejemplo, la estabilidad financiera a través del superávit fiscal, financiero, un tipo de cambio de equilibrio desarrollista y la acumulación de reservas del Banco Central con las que se financian los procesos de inclusión social, de crecimiento y expansión de la producción de bienes y servicios nacionales. Las políticas públicas características del régimen que es inclusivo, nacional y popular, en relación a la cuestión macroeconómica son las siguientes: en primer lugar es necesario un sistema cambiario de flotación administrada porque éste combina la flexibilidad del tipo de cambio con las intervenciones discrecionales de la autoridad monetaria en el mismo mercado cambiario. En segundo lugar, la acumulación de una considerable cantidad de reservas por parte del Banco Central porque, en fin, son esas mismas reservas las que le dan vialidad al régimen político a través de la confianza de los inversores-públicos y privados- por lo que a su vez financian el crecimiento, por lo menos en una primera etapa, bastante duradera en el tiempo, de transición a regímenes más radicales. En ese contexto de acumulación de reservas, es necesario superávit fiscal y de balanza de pagos. También es necesaria una política monetaria que sea activa y que se vea facilitada por la esterilización de las intervenciones oficiales en el mercado cambiario y la inexistencia de dominancia fiscal. Finalmente, el régimen político, siempre en relación a las políticas macroeconómicas básicas, es decir, que financien y den sustento político y económico a los cambios políticos, necesita plantear, defender y preservar un tipo de cambio de equilibrio desarrollista que, entre otras tantas funciones, tiene que evitar la fuerte apreciación de nuestra moneda local para defender los bienes y servicios nacionales en relación a la competencia que viene desde el exterior. Por ejemplo, cuando hablamos de los subsidios, de aranceles o derechos de exportación (...) es necesario que todos los actores sociales y políticos involucrados reflexionen sobre este y otros tantos temas en los que subsiste mucha confusión porque si en realidad, en el tema de los derechos de exportación y otros tributos o impuestos a los productos ligados a las materias primas, donde nuestros países tienen ventajas comparativas, se piensan solo desde el punto de vista de la distribución del ingreso, estamos confundiendo los tantos porque lo que está en juego es, nada más y nada menos, que la estructura política, productiva, el desarrollo y el crecimiento económico de nuestros pueblos. Por eso, es muy difícil llegar a un acuerdo mientras el problema se discute en términos de distribución del ingreso. Si el objetivo de esos impuestos- de los derechos de aduana o de aranceles- fuera tan simple como aumentar la recaudación del sector público, entonces, los grupos económicos y productivos gravados por esos mismos impuestos o

aranceles, podrían razonablemente preguntarse porque gravar solo su sector y, en todo caso, porque no por otros medios, por ejemplo, a través de un impuesto a las ganancias o a la tierra libre de mejoras. Es decir, si ese fuera el caso, cada uno de estos impuestos o gravámenes, para ese fin concreto perfectamente podrían ser suplantados por otros instrumentos. Pero, para el único fin por el que esos impuestos son insustituibles es para establecer tipos de cambio que sean diferenciales, que es lo realmente importante en relación a la competitividad de toda la producción nacional e interna que se encuentra sujeta a la competencia de los bienes y servicios internacionales.

Es necesario entender porqué es fundamental la rentabilidad de toda la producción nacional sujeta a la competencia global para que, en definitiva, seamos capaces de construir, a través de un proyecto nacional, soberano y popular, un régimen político de defensa de los intereses de las mayorías, es decir, de los trabajadores. Es central esa rentabilidad por la razón de que toda la cadena de la producción de materias primas en general es responsable, a lo más, de apenas un tercio de la generación de empleo al interior de nuestros países. De ahí entonces que sea un sistema económico y productivo inviable porque deja fuera de los beneficios del régimen político a dos tercios de la población. Además, ya no es necesario plantear ningún argumento para tener claro que el desarrollo de un país se estructura en base a la tecnología y ciencia que agregan valor a los bienes y servicios nacionales. Sin embargo, para poner en marcha ese modelo es indispensable una estructura productiva e industrial nacional diversificada en la producción de bienes que sea lo bastante compleja, tecnológicamente hablando, para agregar valor tanto a la producción primaria como a nuestras manufacturas que son portadoras de los conocimientos de frontera. Desde esta perspectiva, los diversos aranceles o derechos de exportación, son un instrumento real de política económica para proteger precisamente nuestra producción nacional respecto de los bienes y servicios de los países centrales (tecnológicamente superiores) y equilibrar los precios de nuestras materias primas, mucho más baratas, respecto al de las manufacturas industriales con costos superiores por las anomías que caracterizan a nuestras industrias nacionales. En los países más desarrollados se da el mismo proceso pero a la inversa, es decir, como las manufacturas industriales son un poco más baratas que los productos agropecuarios, los países centrales terminan protegiendo su producción agropecuaria a través de subsidios porque en caso contrario desaparece la actividad rural bajo el impacto de las importaciones de nuestros países con materias primas más baratas y competitivas que las de ellos. En resumen, todos los países usan, de una u otra manera, un arsenal de instrumentos económicos y fiscales como aranceles, subsidios o tipos de cambio diferenciales, para manejar y controlar el posible impacto de los precios internacionales sobre las realidades internas

de cada uno de nuestros países con el expreso objetivo de defender los intereses nacionales. Eso no lo dicen los grupos neoliberales a pesar de que, en fin, la causa de la diferencia entre los precios relativos internos y los precios internacionales en el seno de los intercambios globales, radica en las razones de cada realidad nacional. Entre esas razones puntuales están los recursos naturales, el nivel tecnológico, la productividad u organización de los mercados. En nuestros países latinoamericanos inciden, entre otros tantos factores, la excepcional dotación de recursos naturales y factores que históricamente condicionaron el desarrollo de la industria. En ese contexto, los tipos de cambio diferenciales reflejan las condiciones de rentabilidad de la producción primaria y de las manufacturas industriales. La brecha entre ambos sectores productivos, es decir, los aranceles o subsidios, así no son estrictamente impuestos sobre la producción primaria, sino una herramienta de política económica que busca un desarrollo más armónico de nuestra estructura productiva para generar trabajo para todos.

En el caso hipotético que quisiéramos unificar el tipo de cambio para eliminar estos impuestos, en nuestro ejemplo concreto, si el tipo de cambio fuera el mismo para la producción primaria como para la industrial, es decir, tanto para el cobre como el trigo, tanto para la carne, el gas como para la maquinaria agrícola, desaparece la producción de bienes industriales y gran parte de esa industria manufacturera que con un dólar muy apreciado sería sustituida por las importaciones que son más baratas y de mejor calidad. En este caso, las consecuencias son el desempleo masivo, el aumento de las importaciones, el déficit en el comercio internacional, aumento inicial de la deuda y el colapso del sistema. En el caso de un dólar muy depreciado se produce una tremenda transferencia de ingresos a la producción primaria, el aumento de los precios internos y el desborde inflacionario. En principio, en ese caso, hay caminos alternativos (siempre los hay) como absorber vía impuestos las ganancias excedentes de la producción primaria para con esos recursos compensar a la industria manufacturera y subsidiar el consumo de alimentos. Sin embargo, en la práctica, esta variante económica es bastante utópica por su misma complejidad y así, en la actualidad, los impuestos a los sectores primarios de nuestros países, son la forma más práctica de resolver el problema de las asimetrías de los precios relativos internos y externos. En otras palabras, dada nuestra estructura productiva desequilibrada, es inviable unificar el tipo de cambio para toda la producción nacional que está sujeta a la competencia del sistema comercial global. El camino pasa porque el pleno desarrollo y crecimiento de nuestros países paulatinamente vaya eliminando los actuales desequilibrios y transformando la formación de precios relativos, lo cual, permitiría unificar el tipo de cambio, nos permitiría eliminar esos

impuestos y emplear otras herramientas para tener bajo control las señales que transmite el sistema comercial globalizado.

El sistema comercial de intercambio globales de bienes, de servicios y productos, permite que nuestros países ocupen un lugar en la división global del trabajo a partir de una estructura productiva que se caracteriza, en primer lugar, por nuestra dependencia estructural en relación a las estructuras y lógica del poder globales. Por un lado, estamos los países periféricos que vendemos alimentos y productos que están ligados a los recursos y materias primas, también los hay quienes venden computadoras, zapatos, software, los que comercian con manufacturas y bienes- mucho más elaborados que los nuestros- con teléfonos y automóviles. Este tipo de intercambio de productos se hace entre distintos países y- en tanto cada uno de éstos tiene su propio régimen político nacional- se realiza entre países con distintas monedas. Ahí entra en acción el tipo de cambio que constituye en definitiva la relación de valor que existe entre las más diversas monedas nacionales y que puede tener la forma comercial de peso- dólar, yen- euro, euro- peso, etc. En estas otras circunstancias, para que dos tipos de regímenes políticos comercien, es decir, que intercambien bienes y servicios, tienen que tener ciertas capacidades y una estructura productiva más o menos similar y homogénea. Pero, cuando esa homogeneidad no existe, por ejemplo, entre el sistema de producción y los bienes y manufacturas de Argentina de Chile, Brasil (...) en relación a países más desarrollados como Alemania, entra en juego el tipo de cambio de equilibrio desarrollista que en este caso concreto de intercambio defiende la producción nacional con respecto a los bienes alemanes. Por eso, la industria necesita de un tipo de cambio más alto que el sector de materias primas para ser competitiva, es decir, costos en dólares que sean más bajos mientras que nuestra producción de materias primas, por sus ventajas comparativas en el sistema comercial globalizado en relación a los países centrales, con un tipo de cambio más cercano a la paridad del uno a uno respecto al dólar, puede perfectamente competir a nivel global. Los derechos sobre las exportaciones, los impuestos o subsidios, así funcionan como mecanismo para diferenciar los tipos de cambios, o sea, con un tipo de cambio alto, los costos de nuestros productos y actividades bajan, pero, si yo no aplico estos impuestos al sector de las materias primas vendería esa producción, que incluye los alimentos, en dólares y así su producción- que es central para la soberanía alimentaria- es decir, para la alimentación de la población, se encarece considerablemente y los salarios reales de todos tenderían a la baja ante el mayor costo de la alimentación básica para la vida que solo beneficia a los dueños del Capital.

En todo caso hay que considerar que, por la misma lógica de los costos en el Estado capitalista, de esta manera no se elimina la puja distributiva del ingreso entre los sectores productivos, el campo, la energía, la minería y las

materias primas por un lado y, por el otro, la industria y las manufacturas y entre los actores políticos y sociales que se expresan a través de las variables del capital y de la fuerza de trabajo. Siempre en términos de transición, por lo menos permite que esa puja, la lucha por la distribución de los ingresos, se encuadre en el marco del desarrollo y del crecimiento nacional y así pueda influir en el pleno desarrollo de todas las potenciales de nuestros países, en un mejor tipo de gobernabilidad, en la libertad de maniobra de una realidad siempre inestable, en la inclusión social a través de la generación de trabajo de mejor calidad, factores todos que, en fin, son más que esenciales para la prosperidad del campo, de la industria, para el capital, la inversión, el ahorro, el consumo interno y el empleo. En resumen, solo de esta manera se resuelve la puja distributiva de manera progresista, a favor de los trabajadores porque, a su vez, esta manera es más consistente con el desarrollo y con la estabilidad desde la perspectiva de un régimen nacional, popular y soberano, es decir, defensor del interés nacional.

Una política económica encarada desde la perspectiva del trabajo, del consumo y de la producción nacional, la inclusión, el desarrollo y la lucha por una mejor distribución de las riquezas, del ingreso y la búsqueda de igualdad, es superior, mucho más racional, que las políticas que defienden los teóricos de la ortodoxia económica neoliberal. Para ellos, resulta una herejía que un gobierno apueste al mercado, consumo y ahorro interno, que aplique impuestos a los productos de exportación para así reactivar y equilibrar otras actividades productivas y hasta use al régimen político para incentivar la demanda agregada. No es extraña esta aptitud porque ellos son los grandes defensores del *automatismo de los mercados*, son los nostálgicos de la “libre” competencia que no nos conduce a ningún lugar agradable ni apreciable. De hecho, el crecimiento económico deviene de una mejora en la calidad de vida de los trabajadores que no solo significa más trabajo sino que además quiere decir acceso a la salud, a la educación y a jubilaciones dignas después de toda una vida de sacrificio. Ello solo puede redundar en una gobernabilidad más democrática de los regímenes políticos.

### **Los movimientos sociales ante la realidad chilena.**

En defensa de sus intereses la clase patronal lucha contra las políticas democráticas y soberanas, se movilizan contra esas medidas relacionadas con los derechos humanos; es que la política de los derechos humanos tiene relación directa con la reconstrucción del trabajo, la defensa de la producción nacional y la recuperación de los recursos nacionales para así satisfacer las necesidades del trabajador, para que la urgencia de un proyecto de desarrollo en términos humanistas, de tecnología conveniente, no sea una quimera que

se evapora en el horizonte de la utopía. Saben que las políticas que en general reivindican los derechos humanos sustentan la formulación de una política latinoamericana de matriz libertaria, de la ampliación de derechos sociales, la defensa del salario y mercado interno. Actúan en consecuencia, defendiendo sus privilegios, granjerías y modos de vida. Y ya tenemos una idea clara de como actúan cuando ven en peligro sus prebendas y privilegios de clase, en tanto dueños del Capital y de los frutos de la *acumulación privada de los mismos*.

Sin embargo a estas alturas la movilización aún en nuestro país donde perdura el neoliberalismo criollo, los trabajadores ya no se dejan engañar tan facilmente. No caen en el juego que proponen los grupos de poder porque saben que vienen de un país que fue aniquilado, derrotado, sangrado, vaciado en sus recursos, doctrina, valores y esperanzas. Como puede el trabajador reacciona e intenta movilizarse por otro país, uno más humanista, donde entremos todos y donde la acción política sea el *arte de resistencia* y poder en el muro de los barrios populares. Como puede busca terminar con la impunidad del mercado libre y falsamente desregulado para fortalecer una cultura popular de la memoria, la verdad y justicia. Como puede trata de favorecer la movilización y participación porque cuando el trabajador se pone por fin en marcha con su conciencia el cambio es ya inevitable. Por su parte, ante tamaño peligro la derecha reacciona sabiendo muy bien dónde y cuando pega. No nos ametralla porque sí, con todos sus recursos y sus editoriales. Ametralla a los que están militando en la población, con su sala de primeros auxilios, con su escuelita de apoyo a los más segregados, con la incansable lucha por la defensa de los derechos humanos, los políticos y sociales, los de ayer y siempre. Ametrallan con todo el odio posible en tinta impresa a los que trabajan en las escuelas, a los que deciden reivindicar la educación pública, gratuita, de calidad, a los que van por más, por todo, por el poder de gestión popular. Ametrallan a los que acuden gozosos a inaugurar un tiempo de transformación que está entre nosotros. ¿Y después qué vendrá, cuál es la estrategia a seguir? Después tratarán de venir por todos, por el trabajador, el pueblo, por sus sindicatos, asambleas, sus organizaciones, por la educación pública y democrática. Es que la reaparición de lo popular y democrático los espanta. La figura del trabajador y estudiante movilizado, la indudable capacidad de organización, participación y lucha que actualmente muestran las múltiples organizaciones de base, de la propia cultura popular para abrirse un lugar entre los humildes, el coraje para enfrentar al poder corporativo y afianzar una política contraria a la hegemonía neoliberal, es combatida por el sistema que busca destruir de cualquier forma esta nueva participación ciudadana. Lo que no acaban por entender es que el trabajador



que libera es universal en sus valores y cuando lo comprende se transforma en una gran ola de esperanza y bienestar.

Están ametrallando y reprimiendo de manera horrible e indignante al movimiento estudiantil, a los mapuches, a las organizaciones populares en general; reprimen con sus huanacos, con sus bombas lagrimógenas, con sus fuerzas especiales, con la TV y sus editoriales porque hoy los trabajadores y sus organizaciones sociales, cada una desde la respectiva temática por la que se ocupan y preocupan, se mete en política, en la cárcel, en la escuela, en los hospitales y Universidades, se meten en todos esos espacios de poder político y social en que existe una necesidad, un derecho que mejore la calidad de vida de todos, del trabajador. Se meten con nosotros porque con la memoria del país que fuimos y del que estamos construyendo en cada movilización, protesta o paro nacional, se empieza a entender que no habrá país solidario y más justo, de oportunidades para todos, sin democracia inclusiva, sin trabajo, producción y sin soberanía. En esas circunstancias concretas para entender el accionar de las dos derechas en Chile es necesario aclarar que ellos dañan e intentan vaciar de cualquier contenido la acción política del pueblo (esa que protagonizan los trabajadores a través de sus organizaciones, movilizados contra las leyes de la represión, contra la entrega a manos extrajeras del cobre, de nuestros recursos naturales como el mar o del lucro de la educación entre otras tantas temáticas que el duopolio nunca estuvo en condiciones de resolver en beneficio del bienestar común) porque su visión de país desde siempre sigue respondiendo a la matriz hegemónica de una época que vino, tal cual nuevo evangelio, en los años '90 a anunciar el fin de la historia y la muerte de las ideologías. Desde su particular visión de Chile nada queda del espesor de una realidad signada por el conflicto real, ya no habría nada de disputa de poder ni de politización, nada de contradicciones y solo debiera imponerse el orden, la responsabilidad y la lógica de una Constitución que nunca pudo ser legitimada y que no está por eso en condiciones de solventar una democracia concreta.

Para ellos es un peligro interrogarse por los espectros corporativos del poder a los que hacen referencia y contra los que ahora batalla el movimiento social que surge al calor de las urgencias y necesidades populares. Detrás del conflicto suscitado, del paro nacional, de la movilización de los trabajadores entonces no habría nada. Es decir, no habría concentración de la riqueza, no habría manipulación mediática de los conflictos entre los grupos de interés y su visión particular de la realidad, no habría incluso una política neoliberal dispuesta a militar contra el interés de la mayoría porque solo defiende las necesidades de estabilidad de una gobernabilidad definida en base al poder de las transnacionales. En cuanto a las posibilidades de cambio, de opciones y alternativas, debo decir que quienes más insisten en la crítica contra la

política militarista, quienes decididamente se creen enemigos irreconciliables de la doctrina que huele a represión política, a detenidos desaparecidos, a asesinos legales, a torturas y bajeza, a las traiciones y lo perezoso, a las irritaciones y suicidios supuestos, no siempre colocan en el tela de juicio el problema de la viabilidad o no del principio de defensa armada de un territorio sino que suelen ser partidarios de una defensa popular armada. Otras veces, incluso están de acuerdo en una defensa en términos nucleares, es decir, la destrucción masiva del enemigo y de nosotros mismos. De todas maneras, más popular que esta crítica política del uso del ejército en relación a tareas de la represión interna, de supuestos garantes de la institucionalidad y del orden legal, es la crítica que se plantea a la defensa armada desde una visión económica porque un ejército, y sobre todo uno moderno, es bastante oneroso en su mantenimiento. En esas circunstancias, en todos los países de nuestra globalidad, los créditos que se destinan a las instituciones armadas suelen ser una abrumadora carga para los pueblos sobre todo si comparamos los presupuestos destinados a la muerte con los destinados a la vida como, por ejemplo, la salud, la creación y generación de empleos, la educación en todos sus niveles o la ecología. También hay que reconsiderar, desde esa perspectiva, que las armas modernas pronto se vuelven obsoletas por lo que continuamente debe renovarse el arsenal bélico y entramos en un círculo vicioso que es bastante difícil de esquivar. Pero, quien en realidad se refiere a armas modernas, a nuevos arsenales de última generación, también se está refiriendo a armas químicas, bacteriológicas y nucleares. Las organizaciones que, por el motivo que sea, critican el rol político que les corresponde a los ejércitos modernos en nuestros regímenes políticos, se niegan muchas veces a enjuiciar el empleo y uso de la violencia a partir de otros criterios como los del tipo religiosos, los éticos o los morales. La consecuencia de esto es que la actitud de la opinión pública, en relación al ejército, no es suficientemente coherente para favorecer la creación de un dinamismo capaz de desembocar en una solución de recambio. Querámoslo o no, la defensa armada clásica no es coherente ni mucho menos eficaz porque bajo esta lógica dominante hasta la gente más buena se convierte en mala, el justo en injusto y el intelectual en un ser limitado.

La explicación de la incapacidad constante del ejército para proteger nuestros países y la población civil es bastante sencilla porque, cada vez que un ejército, del estilo clásico, se contenta con defenderse fronteras adentro, se condena a priori a la derrota porque es el agresor quien generalmente lleva la ventaja porque, en fin, es el agresor quien escoge el terreno y el momento del ataque. El agresor cuenta con la iniciativa y quien pega primero pega dos, hasta tres veces más. También un ejército a la defensiva se encuentra en condición de inferioridad porque se bate sobre su propio territorio, sobre sus

propios suelos en el que no puede, sin ciertos y auténticos escrúpulos, usar todos los métodos de destrucción, masivos o no, de que dispone. La moral de sus mismos combatientes, siempre en estado de defensa, preocupados por la suerte de sus familias, es menor porque la tentación de huir de la batalla, que es nula entre los invasores, es a veces bastante grande entre los defensores. El hecho de que Francia haya sido liberada en dos oportunidades con la ayuda de ejércitos aliados no hace sino confirmar esta tesis. Esto equivale a decir que la lógica de defensa armada es tal que un país que busque en verdad defenderse eficazmente por la fuerza de las armas debe lanzarse a una política imperialista y agresiva para contar siempre con la ofensiva en todos los terrenos. Es el caso concreto del Estado de Israel que cotidianamente paga las consecuencias de su política de seguridad. Otro método de defensa militar es la nuclear. Pero, si un pueblo se condena a este tipo de defensa en caso de agresión, su gobierno hace de su país un blanco de misiles atómicos que será destruido prioritariamente en caso de conflicto. Así, conscientes de la ineficacia, del peligro y del carácter bastante poco popular de estos dos sistemas de defensa, es decir, la defensa armada clásica y la nuclear, algunas organizaciones, movimientos y partidos de izquierda preconizan un sistema de defensa que consistiría, en lo fundamental, en armar a la población y en basar la defensa en un ejército popular. El pueblo en armas, nos afirman muchas veces con las mejores intenciones. De hecho, algunos creen de buena fe que un país con su pueblo en armas ejerce sobre un posible agresor un efecto de disuasión considerable. Sin embargo, es necesario considerar que la disuasión solo funciona cuando el adversario es relativamente razonable.

A determinados pueblos les es útil poder expresar su buena fe y sus convicciones para hacer relucir su idealismo, su progresismo, sus valores y su ética sobre el porvenir. Esto lo hacen con palabras y con hechos concretos que moderan también ese furor pero generalmente los pueblos también son muy proclives a ser manejados y sutilmente engañados, suelen ser burlados racionalmente por sus respectivos regímenes en temas tan importantes para los dominantes como los de la seguridad de forma que éstos, desde ahora, se lanzan en cualquier cruzada evangelizadora en contra de los que consideran peligrosos. Simple, catastrófica voluntad y de capacidad de poder. La única verdad, más o menos racional al respecto, es que no existen los pueblos y gobiernos relativamente razonables en términos de seguridad. Si estos se muestran razonables y si buscan la paz a cualquier costo, si buscan negociar, esto denota más bien otro tipo de problemáticas que se enuncia con una sola frase tan conmovedora como tajante: menor capacidad bélica. En cuanto a la versión de la defensa popular, basada en la guerra de guerrillas, pienso que un país que se decidiera por este tipo de defensa tiene que organizar una defensa popular que se ocupe principalmente de descentralizar al máximo las

industrias de armamentos a fin de que al invasor le sea muy difícil hacerse de su control. Si bien es concebible una cierta descentralización de las industrias de armamentos ligeros es mucho menos concebible una descentralización de las fábricas de armamento pesado y más complejo, sobre todo, en un país de pequeñas dimensiones geográficas. Difícilmente es concebible pensar en cómo evitar que estas caigan en manos de un agresor decidido, por todos los medios, a apoderarse de ellas. Hecho esto, la población en armas del país agredido solo podrá contar con el suministro de armas ligeras y conforme el conflicto se desarrolla contaría solo con piedras. Con mucha voluntad, con la razón inclusive pero no con la fuerza. ¿A qué quedaría reducida la resistencia de una población clavada al suelo frente a los aviones, a las tanquetas y tanques, al agente naranja y las armas bacteriológicas de un invasor dispuesto a todo?

El estudio de todas las guerras populares contemporáneas pone de relieve ciertos hechos fundamentales referidos a algunas variantes. En primer lugar, el rol decisivo que juega un país amigo o neutro limítrofe. Por otro lado, la existencia de extensos refugios naturales como la Sierra Maestra en Cuba. Por último, una población esencialmente rural. En ese contexto, los problemas que la geografía humana plantea a esta defensa son importantes pues, desde ahí, rastreamos la ineficacia de ese método de defensa ya que ésta, difícil de implementar en medio de una población esencialmente rural, es prácticamente inconcebible en un país más urbanizado. Poco hace falta para privar de electricidad, de agua y alimentación a una ciudad entera. Por ejemplo, en la zona sur de Chile, y debido a su específica geografía, baste con destruir un puente para aislar totalmente a una ciudad y esa población quedaría librada al azar sin suministro de alimentos, de medicamentos y de otros materiales necesarios para la vida en las ciudades. Si el Alto Mando de un ejército moderno toma la decisión, política y militar, de desplegar toda su fuerza, todas sus acciones y reacciones, toda su potencia de fuerza y de fuego de la que es capaz en batalla, si desarrolla toda su soberbia dejando de lado todos los escrúpulos, toda consideración humana por la vida de los hombres, suspendiendo toda garantía individual (ley marcial, ejecuciones sumarias, bombardeos con artillería y aviación de la sede del Poder Ejecutivo y de los diferentes partidos y de las organizaciones populares, organizaciones de los trabajadores, ocupación de los centros de telecomunicaciones y tantas otras medidas) nada ni nadie puede detener ese rodillo compresor mientras el combate quede circunscrito a la capital o al terreno de una resistencia armada convencional realizada a partir de emplazamientos fijos como los barrios, las fábricas, los cordones industriales o los ministerios. ¿Puede quedarles a los chilenos alguna duda al respecto luego del golpe de Estado?

El hecho es que las estrategias clásicas de defensa y protección de la integridad de nuestras naciones, de sus poblaciones, sus trabajadores y sus recursos, en el sentido más humano y trascendente posible, pierden toda su virtualidad, pierden toda su racionalidad con el desarrollo de armas capaces de destruir civilizaciones enteras en solo minutos. Entonces, se hace esencial que prestemos atención a otras estrategias para proteger nuestras sociedades, ya sojuzgadas, de la dominación o de una posible invasión foránea. Existe, sin dudas, una ruta que es gradual para llevar a la humanidad hacia el vicio y la ruindad más descabellada, hacia ciertas resoluciones que no tienen nada de inocentes ni de sentimientos agradables para la mayoría: el arte de poder. La gran muralla es la que nos impide ver más allá de la racionalidad dominante, que no nos permite visualizar otras alternativas u opciones que no sean las que se encuentran embriagadas de una sed de venganza bastante inagotable, subterránea, insaciable contra los otros, de modo que padezcan el terror de la ira del poderoso y del egoísmo más vergonzoso. Es necesario plantearnos un tipo de defensa más democrática basada en la no violencia que es activa precisamente porque respeta al adversario en la lucha no-violenta. Respeta a las personas no al sistema, cuya defensa toman los adversarios, porque se trata de reducir a la impotencia y destruir ese sistema, no a los sujetos. En estas nuevas circunstancias históricas, el error consiste en pensar que la única forma de destruir un régimen político injusto, que rebaja al ser humano hasta convertirlo en cierto instrumento y expresión hipócrita de las miserias menos divinas, es usando la violencia armada contra los que defienden o colaboran con las directrices básicas de ese régimen. Pero, un régimen político nunca es ni puede ser un bloque del todo homogéneo y monolítico, tampoco puede hacernos renunciar, radical y serenamente, a todo desenvolvimiento noble en el que podemos guarecernos, sin embargo, usar la violencia armada, en toda y en cualquier de sus formas, contra aquel no es sino reforzar ese régimen que se constituye, desde ahora, en bloque unido por el nacionalismo más peligrosamente bárbaro, por la exaltación militarista de los unos y por el instinto de conservación de los otros. Una vez que el régimen político logra esa unidad la única forma de vencerlo a través de la violencia armada será construyendo un sistema opuesto tan monolítico y dictatorial como ese. ¿No es esa la historia de los impuestos socialismo reales en Europa que, en la lucha contra el gran enemigo, mutaron ellos mismos en el enemigo contra el que lucharon y adoptaron la forma de actuar de esos sistemas opuestos por el que muchos habían dado su vida en los campos de batalla?

Por otro lado, la ausencia de la violencia en relación a las personas, a condición de que vaya ligada a ciertas acciones claramente percibidas como de ataque a las injusticias, lejos de favorecer la formación de un bloque unido del sector más reaccionario, busca aislar a la minoría responsable debilitando

su comunicación con sus agentes y la opinión pública. En esta circunstancia, el diálogo entre la mayoría, que ya no puede ser silenciosa, y los agentes del poder es un auténtico y real peligro para esa minoría en el poder ya que compromete la eficacia de su propaganda y hace bastante difícil aplicar la represión política. Además, la lucha no violenta permite la participación de toda la población en su defensa multiplicándose así los militantes efectivos mientras que la participación de mujeres y de personas de tercera edad en las diversas manifestaciones y representaciones públicas, dificulta la dureza de la fuerza represora y la hace mucho más criminal. Definitivamente, ningún poder puede mantenerse a través del tiempo sin contar con al menos una apariencia mínima de justicia a los ojos de la opinión pública, sin contar con el beneplácito de algunos poderes como el de los medios de comunicación masiva. Un poder que es dictatorial no puede prescindir en absoluto de una fachada de honorabilidad mínima que le es tan necesaria y urgente. Entonces, frente a la injusticia, la primera tarea importante para la acción es darla a conocer y manifestarla por que, una de las ventajas de este tipo de defensa, es que mantiene constantemente abierto el diálogo en todos sus niveles, en los más simples o complejos ámbitos lo que coloca al poder adversario en la imposibilidad de tergiversar la situación concreta, la realidad que padecen los dominados. La defensa no violenta, además, cuenta con otros medios aptos para proclamar y para gritar lo injustamente acontecido como la huelga de hambre, las sentadas, encadenamiento, ocupación de locales, copamiento de calles, los piquetes y todo eso acompañado de la distribución de panfletos cuidadosamente preparados, coloridos y alegóricos, que conmuevan hasta a las almas más duras, las más dominantes. La estrategia no violenta ofrece una serie de modos y de técnicas de no cooperación que corresponden a las diversas formas de participación de los trabajadores en la vida de la sociedad como son las huelgas, el boicot por parte de los consumidores, negativa al pago de los impuestos y tantas otras. Es el trabajador el héroe legítimo de la realidad que habita porque es él quien cuenta con las armas para socavar y roer al máximo toda la pestilencia de ese régimen político que se les quiere imponer a la fuerza leyes extrañas a la tradición de los que son ofendidos. En definitiva, todas estas estrategias se fundan en la desobediencia civil abierta a todas las leyes y todas las normas que la mayoría considere injustas que deberán ser acompañadas siempre por una campaña de información orientada a las mayorías y a las fuerzas de la represión.

El uso y el desarrollo de la desobediencia civil es uno de los puntos que excluyen la identificación entre la acción no-violenta y la acción política legal. Es esta última la que fracasó en Chile en el período dictatorial y, en ningún caso, el fracaso puede atribuirse a la no-violencia. Esta política no violenta muy activa, aunque pueda parecer desde un principio grosera, es

vital y por eso no puede menospreciarse porque, en lo más profundo de su núcleo, encontramos una fuerza que vemos actuar de forma grandiosa en los artistas de la resistencia, en estos organizadores de preceptos mucho menos mezquinos y más generosos porque actúa al interior del mismo ser interno de los usurpadores para edificar, paralela y de forma progresiva, un ideal más positivo y profundamente libertario. La lucha no- violenta también llega a crear un contra poder, o sea, crea instituciones paralelas al de los usurpadores porque, además, esa lucha trata de hacer funcionar los servicios públicos, los circuitos de producción y de consumo de los trabajadores y los medios de comunicación e información, siempre en exclusivo beneficio de la población y, en el límite, crea incluso un contra gobierno encargado de la coordinación de las distintas acciones de resistencia en el plano nacional. Entonces, la táctica no- violenta tiene en cuenta la violencia pero en lugar de esforzarse por vencerla a partir de una violencia mayor, trata de hacer su uso cada vez más difícil y después sacar ventajas de la violencia del sistema contrario para desequilibrarlo, desorganizar su unidad y reducirlo así paulatinamente a la impotencia. Esa impotencia se refiere a la acción de los usurpadores.

El argumento estratégico de algunos teóricos leninistas en relación a que el enfrentamiento es inevitable en cierto estado del desarrollo de la lucha de clases no es válido porque una acción masiva de no- cooperación con los sectores dominantes, de desobediencia y de obstrucción civil, asociada a la información intensiva de los actores represores de todo tipo, tendrán muchas más probabilidades de ser eficaz que una declarada y abierta guerra civil. Es cierto que la violencia en el enfrentamiento entre los sectores oprimidos y los represores es inevitable pero lo es sólo del lado de los opresores y no del lado de los oprimidos porque la defensa no- violenta nos permite usar la violencia de los opresores para evitar que puedan usurpar el régimen político y así reducir las conquistas de los trabajadores hasta el máximo permitido por el capitalismo. Entonces, el entrenamiento para un tipo de defensa no- violenta de los trabajadores, sus familias, sus vidas y conquistas, consiste en provocar una toma de conciencia muy clara de lo que hay que defender en cada una de las trincheras. Una conciencia clara de lo que son los objetivos inmediatos, como también los de largo plazo que se forman alrededor de una premisa básica: evitar que la mala conciencia de los usurpadores sea capaz de generar en los oprimidos un alma partida en dos. La defensa no- violenta se fija como meta defender fronteras morales y políticas, se trata de defender la vida, los derechos de la población, sus leyes fundamentales y la cultura nacional. La táctica ésta consiste así en prohibir al invasor o a un dictador toda violación de los derechos humanos y en defender palmo a palmo las libertades públicas e integridad de todos. Su obra consiste en crear, consciente e instintivamente, nuevos sellos que nos identifiquen y nos unan a todos bajo el alero de nuevas

formas de lucha y premisas centrales para la resistencia de los trabajadores. Deberá así organizarse un sistema de enlace y de rápida transmisión para que el más insignificante arresto o violación de los derechos de cualquier persona vayan seguidos de potentes manifestaciones adaptadas a las circunstancias y destinadas a informar al conjunto de la población y a los agentes represivos. Por lo mismo, este sistema de enlace debe estar descentralizado para que el adversario no pueda hacerse de su control y esto se logra a partir de la multiplicación de las emisoras de radios e imprentas, del uso intensivo de las redes sociales, en cuyo funcionamiento deberá iniciarse al mayor número de personas. En este punto es fundamental el rol de internet como importante medio de comunicación en tiempo real. Una población habituada a no tolerar la violación de los derechos de las personas, las injusticias y que a su vez sepa reaccionar inmediatamente frente a éstas, se convierte para un posible agresor en un muro contra el cual se estrella toda su violencia retrógrada.

Me es necesario decir que, con motivo del golpe de Estado en Chile, algunos jóvenes de izquierda se dieron cuenta de que su programa político presentaba una fatal laguna en relación a una política de defensa del régimen de la Unidad Popular. Esa defensa no podía ser otra que la organización de una defensa social de las conquistas de los trabajadores y del propio gobierno constitucional, una defensa basada en la resistencia civil preparada como política de defensa de los derechos humanos y políticos. Pero, esta política de defensa social no es una empresa llevada adelante por una tropa pasiva sino que es expresión y manifestación política de lo que se aprende todos los días con el complemento de ciertas medidas de defensa y resistencia acordadas entre el gobierno y el pueblo al que representa. La participación en las luchas populares, en las batallas de los trabajadores y en los conflictos laborales son la formación básica del trabajador para una eficaz política de defensa porque una movilización de base contra un pronunciamiento militar o contra una agresión externa no es un simple automatismo, es decir, es necesario haber practicado la democracia de base en la vida cotidiana. La resistencia contra una agresión externa o golpe de Estado requiere además de la preparación particular al nivel de gobierno y es justamente en ese punto donde falló la Unidad Popular por omisión de algo. Así, es central decir que un gobierno amenazado por la fuerza de la reacción tiene una mala manera de actuar y dos buenas. La mala, aunque bastante heroica, es retirarse a su despacho y defender el edificio de la sede del gobierno por la guardia de palacio y las buenas maneras de actuar consisten en ir al pueblo y buscar con el mismo la confrontación directa de una manifestación de masas u organizar, a partir de una porción no ocupada del territorio, la base o el exilio del gobierno legal a fin de asegurar su continuidad. Es la negativa a colaborar con el poder de los ocupantes que buscan imponerse por todos los medios. Definitivamente, es



necesario que la población aprenda a defenderse para ir acumulando ciertas actitudes que nos permitan siempre conservar la ofensiva.

En realidad, lo propuesto en estas líneas no es un proceso de desarme sino de transarme, es decir, el paso de una forma de defensa a otra, evolución inseparable del paso de una forma de sociedad, más bestial y menos digna, a una más humanizada. Las fuerzas armadas se verían involucradas en este proceso porque les afecta directamente. A ellas se les deben asignar nuevas tareas para que sean parte integrante de este proceso de reconversión. Entre éstas tendríamos, por ejemplo, la asignación de tareas de asistencia social y apoyo comunitario a los sectores más vulnerables. Se trataría de aprovechar la estructura territorial y los recursos operativos con los que cuentan para la distribución de alimentos y asistencia sanitaria de manera que esta asistencia a los más necesitados pueda hacerse efectiva de forma rápida. Tendrían que colaborar en el control de catástrofes naturales y la asistencia en las zonas rurales o fronterizas más relegadas y aisladas. Estas nuevas funciones deben contemplarse en la formulación de una nueva ley de defensa que excluya de manera taxativa toda participación en tareas de inteligencia o de represión interna. Todo esto podría aliviar la situación social de los menos favorecidos, insertaría a los militares dentro de la sociedad y serviría para cubrir, en parte, el grave déficit que tiene la gestión del régimen político para enfrentar crisis y ciertas emergencias relacionadas con desastres naturales. Esto plantea un desafío inédito y obliga al mejor uso de los recursos disponibles dentro de lo que la propia ley permita. En este marco hay que entender la colaboración y el compromiso de las fuerzas armadas en nuevas tareas comunitarias como una forma más de fortalecer nuestras instituciones representativas, las fuerzas armadas y por ende, el régimen que intenta abrirse paso a otra democracia.

### **El triunfo del neoliberalismo, la patronal y el duopolio.**

Cuando en 1988 muchos votamos por el “No” a la pretensión delirante de Pinochet de permanecer en el poder por el fin de los siglos, de modo que así personalmente decidí participar del plebiscito, lo hice con la convicción de que esta alternativa tenía que ver con la estrategia que tan coherentemente había planteado por ese entonces el comunismo, me refiero a la postura del No hasta vencer. La interpreté como una oposición radical a toda idea de la dictadura de consolidar tanto su herencia política, como económica, social o cultural. Erróneamente creí que alegría llegaba y que nuestro país entraba en una etapa sino de esplendor por lo menos de democracia y de una primavera que nunca floreció entre nosotros. Esta convicción se vendría abajo al año siguiente, cuando la Concertación le entregó como si nada, en un acto de increíble traición al pueblo, la mayoría parlamentaria a la otra derecha, esa

que por definición es más conservadora, la que representa RN y la UDI en el ámbito político pero que fácticamente también se manifiesta en muchos oficiales de las fuerzas armadas, de Carabineros y en la patronal que es la gran beneficiaria con el golpe. De esta manera nos convertíamos en testigos privilegiados de esta traición, del culto de la espontaneidad irresponsable que siempre caracterizó a la Concertación. Defendieron esta traición a través de ciertas reformas que se plantearon en el plebiscito del año siguiente, en 1989. De hecho, a Aylwin le esperaba una mayoría en el Parlamento que le hubiera permitido dismantelar los diversos y múltiples cónclaves autoritarios de esa institucionalidad heredada de la dictadura; le bastaba con mantener intacta y sin cambios aquella Constitución. Sin embargo, plantearon un plebiscito por el que la Concertación prefirió ser minoritaria. A pesar de ser éste un acto inédito en la historia de cualquier país tiene su lógica, una que va más allá de la idea de un grupo político de oportunistas que desdeñan la teoría. La tiene porque los líderes de la Concertación tienen muy claro cuál es su ideología y los intereses que los movilizan. En efecto, a pesar de que la Constitución a través de los artículos 65 y 68 estipulaba que el Presidente disponía de la mayoría parlamentaria simple obteniendo la mayor parte de los sufragios en una cámara y un tercio en la otra, ellos buscaron el plebiscito para evitar responsabilizarse por la reforma radical del sistema neoliberal. De esa forma se deslindaron de los valores de la democracia y resueltamente rechazaron esa alegría que habían pregonado en la campaña por el “No”. En una palabra, se conformaron con lo existente, rechazando y e incluso combatiendo la profundización de la democracia que buscaba una modificación real de la situación heredada del terrorismo de Estado. A pesar de esto, el colmo de la hipocresía, se presentaron ante nosotros como los paladines de los derechos humanos, como los jueces que veían a colocar límites al autoritarismo y a la prepotencia militar. Sin embargo, con esta aptitud de una vez y por siempre están del lado del dogmatismo, de la fosilización del racionalismo y de la comprensión violenta de todo cuanto acontece; es que la “democracia” que pregonan se basa en la Doctrina de Seguridad Nacional. Lo hace porque la Constitución de 1980 fue pensada para negar toda expresión de la voluntad popular de manera que el trabajador, aquellos disconformes que dan vueltas por ahí, todos ellos, se convierten en el enemigo interno, en los irracionales que no quieren el bienestar para Chile.

Para los dominantes las reivindicaciones políticas de los sectores del pueblo, que por su carácter son comunes a todo el país, deben, sin embargo, ser neutralizadas de cualquier manera, con todos los medios posibles para que ellos, a los trabajadores apuntan sus municiones, no estén en condiciones de iniciar la agitación y la (r)evolución política, social y económica contra el orden conservador, ese que reivindica la élite en el poder. Por lo tanto, todos

los recursos son válidos con la idea de coartar la lucha por la emancipación: desde la acusación de “terroristas” contra los opositores radicales (la mayoría de las veces completamente infundada) pasando por la herejía económica, la tergiversación de los valores del hombre, del rol que le corresponde a los asalariados en la historia, como el hecho de ser los protagonistas de la misma, hasta la indiferencia de satisfacer las demandas de la mayoría de la población para definir en mejores términos el bienestar común, son todas estrategias de poder para mantenernos quietos, con miedo. Nos tratan así de irracionales, de utópicos, inclusive de terroristas porque entienden desde el poder, desde la cúspide del mismo, que las urgencias fundamentales del pueblo solo pueden ser satisfechas plenamente por medio del cambio radical, de la (r)evolución que es política y que no tiene relación alguna o posible con el neoliberalismo y sus atolondrados formalismos. La dictadura lo entendió de esta manera y por eso se dedicó a hacer todo cuanto estuviera a su alcance para impedir que en Chile otra vez pudiera darse un gobierno como el liderado por Allende: es el miedo, es el terror al pueblo, a los pobladores, a su cultura y demás, a la conciencia en favor de la rebeldía y a la gallardía del hombre de nuestro país, de los humildes, a lo que más le temen. Por eso la dictadura, en cuanto a los recursos para llevar a cabo este, su cometido, el de evitar que los trabajadores otra vez se hicieran con el poder, con el gobierno, no se ataron de manos, no se restringieron ni política ni ética ni moralmente sobre los métodos a usar primero en sus actividades de conspiración contra el gobierno de la UP y posteriormente en la forma de reprimir una vez que ilegítimamente se hicieron con La Moneda. Lo que sí les pasó es que erraron el diagnóstico una vez que les tocó ir por vez primera a elecciones. De hecho, el dictador en el plebiscito del '88 corrió solo y al final salió segundo. Por lo menos Ibáñez del Campo en 1927 fue candidato único a la Presidencia y ganó: Pinochet fue candidato único y perdió.

Quien calculó mal la situación fue el genocida y sus cómplices que no solo creyeron que éste continuaría siendo el Presidente- esta vez legalmente- sino que además pensaron que tendrían el Congreso a su favor. Los militares no tuvieron en cuenta que la derecha conservadora históricamente siempre ha sido minoritaria en términos electorales y que por si no fuera suficiente ahora emergía desprestigiada por el apoyo a la dictadura más atroz que le tocara sufrir a nuestro país. En su análisis creyeron que en la Cámara de Senadores (la original se conformaba por 26 senadores electos, 2 por cada región del país y 9 designados directa o indirectamente por el mismo Pinochet) lograría la mayoría, y gracias al sistema binominal tendrían el tercio en Diputados para con estos porcentajes evitar cualquier cambio venido y exigido desde el movimiento social. Sin embargo, la gran derrota en el plebiscito lanzó cuesta abajo no solamente la esperanza delirante de Pinochet de morir en el poder

sino también la idea de ser esa mayoría absoluta por el fin de los tiempos. De ahora en adelante, la situación política favorecía a la Concertación porque ya no existían dudas de que ésta sería la triunfadora: iba a obtener con creces, a pesar de la trampa que significaba el sistema electoral binominal, la mayoría absoluta en Diputados y el tercio correspondiente y necesario en el Senado para conducir a Chile por la senda de la democracia. La dictadura entendió su error táctico que consistía en haber dejado el ámbito económico, el social, el político y hasta el cultural de su proyecto dominante resguardados a través de leyes simples que podrían ser fácilmente reformadas por la Concertación en caso de haber existido la voluntad en ese sentido; tal vez lo que no estaba en sus cálculos era el gran regalo que posteriormente le harían los líderes que como Patricio Aylwin o Lagos se decían democráticos. Tampoco estaba en los cálculos del trabajador chileno, que en definitiva fue el único héroe en esas jornadas de lucha y de resistencia, que los que hasta entonces se decían “democráticos” acabarían abrazando a sus propios verdugos y tiranos. Así, a los trabajadores nos estaba reservada las pruebas más duras porque de ahora en más tendríamos que batallar contra una derecha que se conformaba como un duopolio que vendría por nuestras normas, por nuestros sueños, trabajos y calidad de vida al tiempo que la Concertación se acomodaba lo mejor posible a esta realidad de la que se volvería cómplice. Y lo hace, se hará cómplice de la misma, ante la inoperancia e ingenuidad política de los trabajadores que no supimos reaccionar frente a semejante traición. Por ejemplo, no estuvimos a la altura de las circunstancias para organizarnos a través de la lucha política que así nos condujera a un plan de actividades estratégicas, sociales y de organización que derivara en principios elementales aplicados en nombre de un proyecto político de corto, de mediano y de más largo plazo que buscaría la emancipación de todos los chilenos.

Lo que estoy tratando de establecer para que de este modo quede claro cuales fueron las intenciones originales, la ideología y la estrategia política de la Concertación que perdura hasta hoy, es que si no hubiese variado nada la Constitución, si no hubiéramos ido al plebiscito del '89, ese conglomerado estaba en condiciones de hacer reformas profundas, tal como lo planteaba el programa con el que se comprometieron en las elecciones de esa época. Por ejemplo, habrían podido terminar con el sistema laboral y el sindical que aún hoy perdura, con las AFP y con el sistema de salud pública que nos toca soportar actualmente. No lo hicieron y aceptaron propuestas de cambios constitucionales planteadas por aquella dictadura solo en lo formal conducida por Pinochet que estipulaban mayoría absoluta en las dos cámaras para aprobar leyes simples; de ese modo podía evitarse aprobar normas que permitieran dismantelar la legalidad antidemocrática que todavía nos somete a sus designios y sentencias. Aceptaron perder la mayoría parlamentaria que

nos habría permitido profundizar en la democracia porque son neoliberales, porque están muy cómodos con esa institucionalidad, como posteriormente sus gobiernos lo demostraron. Hasta hoy los líderes de la Concertación han callado sobre esta materia porque denunciar aquel hecho significa no solo mostrarse como defensores de la democracia, de las reformas y todavía de la justicia en la medida de lo posible (que es la farsa sobre la que se presentan en sociedad como sectores y grupos democráticos) sino que políticamente significa asumir su carácter neoliberal y antidemocrático que es la única táctica, valor político y moral con la que se han mostrado consecuente en estos años. Lo real es que la única acción racional que han acometido es la de rebajar la lucha e iniciativa de los combatientes por la libertad. Se adueñaron incluso del tremendo triunfo que los chilenos logramos acabando con la dictadura no sólo por la vía electoral sino también por la presión social de los que nunca aceptamos su plan de dominio, su propuesta, su perspicacia, sus errores políticos ni mucho menos su política de exterminio de Estado.

La Concertación no buscó esta reforma debido a la convergencia entre sus ideas y las tesis centrales de los neoliberales, incluso con las sentencias y dogmas de la derecha más fundamentalista, aquella que representan RN y la UDI. Y el plebiscito del año 1989 le daría la excusa perfecta para defender su estrategia, aquella de la “democracia en la medida de lo posible” sin mostrar sus verdaderas intenciones. De haberse conservado la mayoría parlamentaria habría sido negativo en extremo para ella porque de esta manera se originaba un proceso político donde a los trabajadores en el corto o mediano plazo les quedaba en claro quien era quien, cuáles eran las intenciones, los valores, la ideología y las decisiones que estaba dispuesta a defender esta Concertación; se habría entendido tempranamente que la transformación no era posible bajo los parámetros que sostiene porque al final esas frases, las declaraciones y sentencias sonoras de estos líderes contra la fosilización del pensamiento y del saber, contra el dogmatismo o contra la intolerancia y la falta de respeto de la dictadura, solo buscaban simular su despreocupación por el valor de la democracia; por esa que se basa en la búsqueda del bienestar común y en la construcción de una verdad que sea socialmente compartida. El ejemplo de este conglomerado político nos ilustra con particular evidencia que a ellos poco les importa el respeto por el otro, la justicia social, el equilibrio y hasta la libertad del hombre porque esos dictámenes son valores de los que pueden prescindir. Nos muestra que su prédica es un oportunismo caracterizado por maneras muy negativas de la actividad política. Era preciso y urgente que se convirtieran en titanes de la defensa de los derechos humanos, del valor de la vida a la manera que lo entiende el (r)evolucionario, el auténtico; tendrían que haberse transformado en inspiradores del movimiento de libertad, de una organización más vasta y profunda en sus valores y ética radical, en decisión

abnegada y en la energía arrolladora de una época mejor, extasiada de sueños logrados y compartidos, y por el contrario solo fueron otra desilusión para los sectores populares. Lo peor es que finalmente la responsabilidad es nuestra porque no podemos pretender que partidos que históricamente son conservadores y defensores del estatus, que incluso apoyaron la sedición y el golpe contra Allende, contra todo el pueblo, a la DC me refiero, terminaran por liderar aquel proceso de transformación que no fue tal. ¿Cómo pretender que partidos, organizaciones o dirigentes que son conservadores, que se ven beneficiados con el régimen, se conviertan en su sepulturero? ¿Acaso existe algún ejemplo histórico donde la élite gobernara contra sus intereses? Es el mismo error que comete el progresismo en todas partes. Por último, es el error que actualmente cometen los que creen en el cambio en beneficio de un país normal, pleno de derechos y garantías, y entregan su voto y conciencia a ese duopolio que estabiliza el sistema neoliberal reprimiendo las demandas de los estudiantes y de los trabajadores, de los que estamos disconformes con la situación actual. El asunto es grave porque prometen una serie de medidas y cambios estructurales, que ni por casualidad llevan adelante; no les queda más que reprimir como siempre lo hace la patronal.

Las excusas del porqué las reformas no son posibles seguirán siendo las mismas, de hecho son miles las argucias discursivas que finalmente en el lenguaje del poder quieren decir que todo, absolutamente todo, permanecerá igual. Ocurre que el duopolio se presenta como el salvador de la Patria (de la financiera y especulativa me refiero) y de ese modo como garante de la estabilidad del neoliberalismo. El problema es que esta manera capitalista y neoliberal de hacer cada cosa, que el duopolio está dispuesto a defender con sus recursos, no es válida en términos de satisfacción de las necesidades de los sectores populares. El uso racional de las fuerzas productivas, de la técnica y de la tecnología en una escala global (racional en el sentido de fundamentarse en el derecho a la vida), el desarrollo y la productividad de las mismas, ya está en condiciones de acabar de una buena vez con la pobreza y con la escasez, con la reforma, la justicia y la democracia en la medida de lo posible. El impedimento está en la manera de distribución y de circulación de la mercancía que a su vez nos remite a la forma de producción de los bienes, cuestión que bajo ningún aspecto tratan los concertacionistas. Ni siquiera su sector más progresista porque hace un buen tiempo que vía renovación de sus valores olvidaron los fundamentos del socialismo y así de la libertad. Sin embargo, ahora sabemos que ni el uso racional de los medios de producción ni tampoco- y esto será decisivo- su control social por parte del trabajador, eliminan por sí solo la explotación y la dominación de clase. Es un tremendo paso adelante el hecho de que seamos los asalariados quienes gestionemos el gobierno pero tampoco podemos quedarnos en un “Estado de bienestar” y de

asistencia, ni siquiera avanzado, porque no es la solución al régimen opresivo capitalista. Lo que está en juego es la lógica de nuestras necesidades, no solo de una democracia que nos niega el gobierno de Bachelet, la Concertación y la derecha duopólica en general, sino también las necesidades biológicas, las materiales, las espirituales y tantas otras. Actualmente, la pregunta ya no es: ¿cómo podemos satisfacer los trabajadores nuestras necesidades sin dañar a nuestros compañeros, a nuestro semejante? La interrogante se plantea desde otra perspectiva: ¿cómo podemos satisfacer nuestras variadas necesidades sin dañarnos a nosotros mismos, sin reproducir, mediante su falsa pero también concreta aspiración y satisfacciones artificiales (las que de hecho nos impone el neoliberalismo), nuestra dependencia respecto del aparato de explotación que, al satisfacer esas necesidades, perpetúa nuestra servidumbre respecto de la razón del régimen basado en el libertinaje del mercado? El advenimiento de la sociedad libre, de un Chile que por lo mismo debería ir más allá de la Constitución del '80, se caracterizará por el aumento real y exponencial del bienestar social como cualidad de vida esencialmente nueva. Este cambio cualitativo debe modificar las necesidades, la infraestructura y los valores del hombre, que es a su vez una dimensión de su infraestructura política y social, económica y cultural: esta otra dirección, las nuevas instituciones y aquellas relaciones de producción más justas que combate el gobierno de Bachelet, deberá expresar el surgir de necesidades y satisfacciones diferentes, incluso antagónicas a las que prevalecen en este Chile actual que es controlado por el consumismo sin sentido, por la tarjeta de plástico y en general por todos esos créditos que nos convierten en rehenes de especuladores y financistas. Por eso, nuestro país actualmente es una sociedad increíblemente explotadora: de hecho, todo se compra y se vende al mejor postor y a precio de mercado; ése el único auténtico “derecho” que hemos adquirido. Este cambio constituiría la base instintiva de la libertad que la larga historia de la sociedad de clases inhibió. La libertad será el medioambiente de los trabajadores que no somos susceptibles de adaptarnos a los roles y actuaciones típicamente competitivas que nos exige un bienestar subyugado, bastante relativo en todo caso, y que ya no tolera la agresividad y la brutalidad del modo de vida impuesto por la dictadura y refrendado por la Concertación. La rebelión se habrá enraizado en la naturaleza misma, en la biología de los chilenos; y, sobre esta nueva base y ética de los hombres, el rebelde redefinirá la meta y la estrategia de la lucha, de esa batalla que es la única que en realidad puede determinar los objetivos reales del proceso que nos libera del chantaje de la derecha y de su “democracia de los consensos”.

¿Es concebible esta transformación en la naturaleza del hombre? En términos del Che, ¿es posible aquel hombre nuevo? Por supuesto, porque el progreso técnico alcanzó un estado en que la productividad del trabajo ha

llegado a tal grado en relación a su eficiencia que ya no es necesaria esta extenuante competencia y jornada laboral para sobrevivir, para satisfacer las necesidades básicas de los hombres. Entonces, los adelantos tecnológicos y la misma técnica, bien administrada y gestionada por los sectores del pueblo, eventualmente satisface las necesidades básicas de todos; pero esto solo será posible en una sociedad distinta al capitalismo, por más que éste racionalice su dominio. Su estructura bien clasista y el control muy perfeccionado que requiere para mantenerse siempre en la cúspide, en la cima de todos, genera necesidades, satisfacciones y valores que reproducen la servidumbre de la vida. Esta servidumbre que es “voluntaria” en tanto que es introyectada en el individuo, que justifica la idea del amo benévolo, de la democracia posible y de la transición falseada, sólo se rompe a través de una práctica de la política que alcance las raíces de la contención y satisfacción en la infraestructura humana; solo a partir de una acción política de desprendimiento y de fuerte rechazo del estatus con miras a una radical transvaluación de los valores y la ética, podemos aspirar al humanismo en su expresión máxima. Semejante batalla implica un rompimiento con lo familiar, con las formas rutinarias de ver, de oír, de sentir y de entender las cosas a fin de que podamos volvernos receptivos a las formas potenciales de un país que no sea agresivo y sí ajeno a la explotación de los trabajadores por parte del capital. No importa cuan alejada de estas nociones pueda estar el gobierno de turno tampoco nos interesa que tan lejos se encuentre el movimiento social respecto de aquella nueva ética y estructura de los hombres, porque en esta primera etapa por la que transitamos, la que recorre nuestro movimiento que definitivamente de una u otra forma y con la lucha de todos deriva en organización política concreta, lo principal es la profundidad del rechazo del estado actual del país. Es este rechazo el que nos hace denunciar las reglas del juego al que nos somete el duopolio, su antigua estrategia de la paciencia y de la persuasión, del “consenso”, la confianza en la buena voluntad de su democracia poco posible y de su cruel abundancia que nos promete un nivel de vida que no es viable para quienes vivimos de un salario.

### **La democracia de baja intensidad.**

A fines de los '80 los trabajadores nos debatimos sobre las opciones políticas- estratégicas que se nos presentaban de acuerdo a aquel contexto histórico: por una parte estaba la continuidad de la dictadura- esta vez sin Pinochet en su conducción formal- que propiciaba el candidato Büchi, y por otra parte teníamos la alternativa de la Concertación encabezada por Aylwin. Más allá de sus contenidos sustantivos, al final de cuentas las dos alternativas tuvieron un significado simbólico divergente y contradictorio en cuanto a sus



implicancias: la candidatura de Hernán Büchi se traducían en la consolidación de las “transformaciones” realizadas por la dictadura y que se relacionaban con la reivindicación del régimen neoliberal. Por otro lado, se traducían en la continuidad no solo de la institucionalidad establecida fraudulentamente por la Constitución de 1980, sino también de los grupos de poder y de esa tecnocracia que durante aquellos 17 años había usufructuado de los intereses del pueblo a su entero antojo. Por el contrario- por lo menos era lo que muchos hasta ese momento creíamos- la candidatura de la Concertación tenía un significado de liberación ante un régimen que no solo era represivo sino además violador de los derechos humanos, violento en exceso y fuertemente discriminatorio. La Concertación propuso entonces aquella democratización que sería progresiva y que se basaba en la idea de la reconciliación nacional. La “democracia en la medida de lo posible” era una prioridad. La opción no se veía tan descabellada desde el momento que la Concertación se planteó como un conglomerado de partidos que reivindicaba a los grupos sociales, a las organizaciones, partidos democráticos y hasta los ideales que quienes fueron perseguidos, muertos y desaparecidos, torturados, exiliados o exonerados. De allí que las razones profundas del triunfo de la Concertación en esta contienda se entienden no sólo por los contenidos políticos de su propuesta, sino también por el ámbito psicológico y el cultural. Realmente fueron muchos los que creyeron en el arcoiris, en la llegada de la alegría y primavera democrática por la que aún hoy seguimos batallando. Hay que continuar luchando y batallando porque la sociedad es obscena; lo es porque nos expone indecentemente a una sofocante abundancia de bienes mientras priva a sus víctimas predilectas, al trabajador me refiero, de las necesidades básicas de la vida; es obscena al hartarse a sí misma mientras envenena, quema y destruye los cada vez más escasos derechos en los escenarios de su agresión permanente contra los hombres; es obscena en las palabras y en la sonrisa de políticos binominales, de los bufones al servicio de esta monarquía absoluta del libertinaje del mercado; lo es en sus oraciones, en su ignorancia y en la sabiduría de sus intelectuales a sueldo que continúan defendiendo irracionalidades que hace mucho fueron superadas por las ciencias sociales.

Además, la oposición y la disconformidad de los que no aceptamos el estado actual de la situación, de los que no estamos dispuestos a sostener que la educación deba ser un “bien de consumo” o una economía familiar basada en bonos y prebendas, los que nos oponemos con toda nuestra fuerza, los que libramos esta batalla digo, al definimos el neoliberalismo como el enemigo interno, como terroristas, nos obliga a defendernos constantemente contra la agresión que la derecha duopólica despliega. Así es como tratan de suprimir nuestra oposición radical a través de Carabineros y de las fuerzas armadas, a partir de tribunales de justicia. Por todo esto es que debemos articular nuestro

rechazo en un movimiento social que logre organizarse políticamente detrás de un proyecto de país alternativo al violento neoliberalismo; es la única manera en que la revuelta instintiva del trabajador y del estudiantado deviene en una rebelión política; contra esta unidad precisamente el sistema político-económico establecido moviliza su energía. Esta unión provoca tal respuesta extrema porque preocupa a los grupos dominantes el probable alcance de la transformación social en esta etapa del desarrollo, porque les muestra la magnitud en que la práctica y la acción política radical involucra una subversión cultural y en todo sentido. Este rechazo a la sociedad actual es afirmativo en tanto que prevé una cultura que busca cumplir las promesas humanistas traicionadas por el antiguo saber de la Concertación que nos habló de democracia, de transición y del arcoiris donde todos estábamos estratégicamente incluidos, de la primavera y de una alegría que acabó por convertirse en desilusión. No es posible seguir aceptando estas aberraciones, la obscenidad de un régimen neoliberal que se impuso por la fuerza de la reacción y que logra perdurar gracias a la complicidad de la clase de políticos que supimos conseguir. La batalla cultural, por el sentido común, es siempre central porque son muchos los que todavía siguen con el neoliberalismo internalizado en sus cabezas. En este contexto, la terapia lingüística- esto es, la tarea de liberar la palabra, las tesis y los conceptos de la total obscenidad y distorsión de las significaciones dominantes, que es operada por el orden establecido- nos exige luchar contra la ética y los criterios morales de la élite y aún de su validación, llevándolas desde el orden establecido hasta la revuelta. El vocabulario político por ello debe ser remodelado radicalmente: debe despojarse de su falsa neutralidad y de su pretensión de verdad; debe ser provocativamente llevado al campo de los trabajadores y de los estudiantes disconformes, del rechazo del que estoy hablando. Urge aquel rechazo porque la llamada economía del consumo y la política financiera-especulativa neoliberal crearon una segunda naturaleza en el hombre, para decirlo de alguna manera, que nos condena agresivamente a la forma de una mercancía que se transa al mejor postor en los mercados.

La necesidad de poseer, de consumir, de manipular y de renovar por los siglos de los siglos la abundancia de los instrumentos, de los aparatos, de las máquinas, de las computadoras, del sistema operativo, del auto, la ropa, las zapatillas y un largo etcétera, es la oferta que el capitalismo en su versión chilena y neoliberal nos impondrá. La necesidad de usarlos como bienes de consumo inclusive bajo el riesgo de la destrucción del país, se ha convertido en una necesidad que a su vez es parte de una lógica que logra mantenernos alejados de la disconformidad y del rechazo. El mercado siempre es una instancia de suma explotación y por lo tanto de dominación, de control social y político sobre la vida y las necesidades de los trabajadores que asegura la

estructura clasista de la sociedad que nos toca sufrir. Sin embargo, el proceso productivo del neoliberalismo alteró la forma de control: el velo tecnológico con sus netbooks, notebooks o ultrabook, con internet, con la telefonía o con las redes sociales, lo que hace es simplemente cubrir la presencia descarnada y la operación de los intereses de clase en las mercancías. ¿Es aún necesario declarar que el aparato de represión no es la tecnología, no es internet ni el teléfono, que no es la consola de videojuegos ni la máquina, sino que es la presencia, en todas ellas, de los intereses de los dueños del capital que son los que determinan su número, su duración, su poder, su lugar en la vida, y la propia necesidad que uno experimenta respecto a estos bienes? ¿Es todavía necesario repetir que la ciencia y la tecnología que se le asocia en realidad y en manos de las mayorías, bajo su control, son los grandes vehículos de la libertad, y que es sólo su empleo y restricción en la sociedad actual, es decir bajo el régimen represivo, es lo que las convierte en vehículos de dominación de la minoría por sobre las mayorías? La netbook no es represiva, tampoco lo es internet ni la televisión, no lo son los electrodomésticos como la lavadora ni mucho menos el auto, sino que la netbook, la internet, la televisión y los electrodomésticos, producidos según los requerimientos y las necesidades de acumulación privada de capitales, los convierte en ello, en parte esencial del “éxito” de los trabajadores: se nos está obligando a comprar parte esencial de nuestra existencia en el mercado que por sí no fuera suficiente es controlado por la patronal. Esta vida es el florecimiento del capital y de su afán de lucro desmedido no solamente en la educación chilena sino también en la salud, en las jubilaciones... De hecho, son estos ámbitos los más grandes negociados que existen y se dan en nuestro país, al igual que la usura, la especulación y las finanzas. El escueto interés del empresariado nacional es quien construye los inseguros autos, las netbooks y el teléfono siempre actualizable, y a partir de esta manera de producción promueven la energía destructiva, el dominio sobre los otros, la insatisfacción y el consumismo patológico; el interés de esta clase emplea los medios de divulgación para propagar la violencia y la estupidez, para crear un público cautivo sumamente maleable y manejable. Al actuar así, los amos, esas tres o cuatro familias que son dueñas de Chile, sólo obedecen a la “demanda del público”. En este punto me estoy refiriendo a la famosa ley de “la oferta y demanda” que de acuerdo a los incorregibles de siempre, a los economistas tanto de la Concertación como de la Alianza, establece la armonía política, social y económica. Los “logros” justifican el sistema de dominación. El problema es que a pesar de los economistas de la derecha duopólica, es que a pesar de teóricos como Adam Smith y de David Ricardo, de Parsons, Fukuyama, de Milton Friedman o de Hajek, de Popper y su falso racionalismo crítico, el “libre” mercado nunca ha existido, mucho menos la competencia perfecta o una mano invisible: de hecho, los mercados

y sus variables económicas y comerciales son controladas por los dueños del capital. Entonces, si bien los valores establecidos se transforman así en los personales valores de los trabajadores, al mismo tiempo en la utopía, en la irracionalidad y en la ineficiencia de este sistema está también su rebelión, el rechazo por el que debemos trabajar. De ahí que los dominantes no puedan permanecer quietos, nunca lo hacen. Por eso se explica que la adaptación se convierta en espontaneidad y autonomía mientras que la elección entre las necesidades impuestas por el modo de producir aparecen como libertad. De la libertad ni hablar. En manos de la derecha neoliberal es un gran peligro: lo es para el estudiante, para el minero, para los cocineros, para los empleados de oficina, para el docente y los maestros, para los recolectores de basura, los pescadores artesanales, para la mujer de la Patria y para los trabajadores/as chilenos en general. Pasa que la libertad en la educación, de enseñanza digo, significó la municipalización de la misma y una infinidad de consecuencias que deterioraron el conocimiento y el acceso a la educación pública en todos sus niveles. Este proceso de municipalización, con el pretexto de buscar la descentralización del país llevó al sistema a un desastre y crisis de grandes proporciones; salvo algunas excepciones- que corresponde, normalmente, a las municipalidades con más recursos- la mayor parte de las corporaciones edilicias fueron incapaces de gestionar este ámbito. Esta medida- que fuera impuesta por la dictadura- en realidad no buscaba la descentralización de la educación, sino entregar más poder a los alcaldes, nominados todos por el tirano, y que poca y nula relación tenían con la idea de la comuna autónoma o de un gobierno local de nuestras ciudades. En relación a la libertad de los mercados ésta se tradujo en aquel libertinaje que nos convierte hasta hoy en rehenes de unas cuantas familias que se adueñan de nuestro esfuerzo, del país y demás, al tiempo que la libertad de trabajo se expresa en la flexibilización y precarización laboral, en los sueldos miserables, definidos de antemano por la clase patronal. Finalmente, la libertad a secas, la que se relaciona con lo político y con nuestros derechos, se manifiesta en una Constitución ilegal de origen, en un Congreso de nula representación y en una incorregible derecha duopólica que no quiere dar el brazo a torcer, que no acepta la pluralidad, la democracia ni mucho menos la reivindicación de la voluntad popular.

En esas circunstancias, la constante explotación de los trabajadores no sólo se oculta bajo el velo tecnológico, sino que se transfigura en una serie de mitos y necesidades que son funcionales al sistema político, al gobierno y a las formas de expresión política que siempre ha defendido el duopolio a partir de sus recursos de poder, desde la televisión y los medios masivos de comunicación en general, desde la banalidad y desde la farándula. Es que le temen sobremanera a la voluntad del pueblo. ¿Alguien acaso ha sido testigo en estas últimas décadas de una gran concentración de los trabajadores donde

el orador principal sea algunos de los presidentes que nos han gobernado? ¿Alguien podría afirmar haber sido protagonista de una marcha como las convocadas por Allende en las plazas, en las avenidas y en la Alameda? No porque se impone el acto del gobierno, las formalidades y los revolucionarios de salón. Le temen a la movilización porque a partir de ésta eventualmente se crea conciencia entre los trabajadores/as de que son las relaciones de la producción, de circulación y distribución de los bienes bajo la lógica del capitalismo, las responsables de la servidumbre y del esfuerzo desmedido de nosotros en beneficio de la acumulación privada del capital. Lo fundamental es que el modo capitalista de hacer cada cosa se reproduce a sí mismo transformándose; y esta gran mutación se traduce en el perfeccionamiento de la explotación y de ese modo de la dominación. ¿Dejan de ser la explotación y la dominación lo que son y lo que le hacen al hombre, por el hecho de vernos “compensados” por comodidades antes desconocidas? ¿Deja de ser el trabajo de cada uno un tremendo agotamiento cuando la energía mental es reemplazada cada vez más por la energía física en la producción de los bienes que sostienen este obscuro sistema que convierte en un infierno la vida de los sectores populares? Lo principal tanto ayer como ahora era y es el entender que el combate no debe atarse las manos, que no debe restringir su actividad por el proceder socialdemócrata, ese que es falsamente progresista, ni mucho menos por sus valores fijados de antemano y que se relacionan con no alterar las bases del neoliberalismo que nos heredó la dictadura. Lo que debemos hacer es aceptar y es admitir todos los métodos de lucha basados en la no-violencia activa al tiempo que todas ellas deben corresponderse con las efectivas fuerzas del movimiento popular, del partido o de cualquiera que sea la organización desde la que combatimos las odiosidades de una élite que está en el poder desde que tenemos memoria. Si no existe real posibilidad de esa participación que se arraigue en una organización del movimiento social planteada alrededor de un proyecto político radical de cambio, que fue lo que en verdad nos falta, es muy posible que caigamos víctimas del engaño, como efectivamente sucede. Si no existe esa organización basada en la soberanía, en el despliegue de ésta, iniciada la lucha política en cualquier circunstancias y período, no podemos hablar de una estrategia sistemática que se piense y se base en principios aplicada rigurosamente en beneficio de la táctica de la emancipación. Si por el contrario obramos de otra manera, de aquella forma espontánea y sin platearnos la toma del poder al modo del que nos hablan los autonomistas para negarnos así la lucha de clases y la contradicción entre el capital y nuestra fuerza de trabajo, entonces la (r)evolución permanente, el marxismo y toda posibilidad de mejorar nuestra experiencia y calidad de vida se convierte en una gran caricatura y en un populismo sin sentido. La historia de aquella época, de los años '90 en particular, abunda en candidaturas que

finalmente confluían en estas dos propuestas básicas- en la de Büchi y la de Aylwin- donde ninguna le imprimía un impulso auténtico a la iniciativa y a la energía tremenda del pueblo para reconquistar la democracia.

Precisamente lo que muchos no notaron en las elecciones de esa época es que una evaluación de estas propuestas tenían una clara convergencia de valores en una serie de aspectos importantes. Fue eso lo que nos escondieron, lo que muchos no quisieron ver de manera que así se impuso la miopía y los errores que en política siempre se pagan caros; ocurre que la táctica errada puede cercenar por muchos años los destinos de nuestro país, que fue lo que terminó por pasar. Eran y son dos propuestas que perduran, que defienden el régimen neoliberal y de este modo la herencia de la dictadura. Por ejemplo, ambas iniciativas propiciaban el mantenimiento de todas las estructuras de la economía nacional que se basaba en los parámetros neoliberales; o sea, que se entiende como sistema abierto y competitivo globalmente, que reivindica el libertinaje de los mercados y que se apoya entonces en el sector privado para liderar el proceso de crecimiento al tiempo que el sector público asumía la responsabilidad preferencial por la corrección de las variables que hacen a la estabilidad macroeconómica y de estímulo al ahorro e inversión; a su vez esto nos muestra lo falaz de esta postura netamente ideológica que nos habla de la no- intervención del sector público en la economía. Las diferencias solo aparentes entre ambas propuestas estaban principalmente en el enfoque de lo social y en la institucionalidad laboral. El diagnóstico de la Concertación era que los ajustes de la economía- siempre en perjuicio del trabajador- habían provocado costos sociales muy altos que debían ser corregidos en beneficio de la estabilidad del sistema. La alternativa no estaba en volver a prácticas asistencialistas empleadas en el pasado, sino en diseñar una estrategia social más cuidadosa y que fuera consistente con la política macroeconómica. Por tanto, el programa social y la transformación en la institucionalidad laboral debía enmarcarse dándole prioridad a la estabilidad y al crecimiento bajo los parámetros neoliberales. En síntesis, mientras el programa de Hernán Büchi fue básicamente una continuidad de las políticas económicas aplicadas en la segunda mitad de los '80, el proyecto aparente de la Concertación contempló aspectos que marcaban diferencias centrales con la dictadura cívico- militar: se planteó la necesidad de una reforma tributaria que aumentaría los recursos para el sector público que serían destinados al “gasto” social”; se habló de la reforma en la legislación laboral, manteniendo sin dudas la flexibilidad y la tercerización del trabajo ajeno, el congelamiento de las privatizaciones y la regulación de algunos monopolios naturales o de sectores que son intensivos en externalidades. Para los concertacionistas el desafío principal era mejorar las condiciones sociales no superando el régimen neoliberal sino buscando la modernización del sistema económico desde una perspectiva social y política

que abriera nuevas oportunidades y sacara de la estrechez y de la necesidad económica extrema a quienes aún no recibían los “beneficios” y “bondades” del neoliberalismo. La justificación última de la Concertación se asentaba sobre la recuperación de una democracia que en todo caso sería formal y el desarrollo de esa economía social de mercado que abordaría los asuntos de inequidad en la distribución del ingreso. El asunto es que hasta cierto punto estas definiciones ideológicas de la Concertación le planteaban un desafío importante a una clase patronal acostumbrada a hacer de las suyas sin ningún límite. Esta circunstancia fue explotada políticamente en la campaña de la derecha más reaccionaria de manera que buscaron sembrar la idea del caos económico y de la anarquía en lo político en caso que triunfara el entonces conglomerado opositor. Por lo tanto, el desafío para Aylwin era neutralizar la desconfianza implícita de los patrones y de sus esbirros y al mismo tiempo desarrollar una economía más coherente, que buscara la meta de la equidad social pero sin renunciar a los dogmas del neoliberalismo que nos fuera impuesto a sangre, fuego y violencia los factores de poder más concentrados. En lo económico y social, el programa debía compatibilizar las legítimas aspiraciones de los sectores de la mal llamada izquierda- de los socialistas y progresistas- con la moderación necesaria para evitar la desconfianza en los también mal llamados sectores de clase media. La igualdad de oportunidades y el acceso a los beneficios del sistema fueron considerados los requisitos indispensables de la estabilidad democrática. El derecho a la propiedad privada quedaba absolutamente garantizado por lo que no es posible en la práctica hacer una revisión de las privatizaciones fraudulentas llevadas adelante por la dictadura. En materia laboral, la Concertación se planteó un falso compromiso con los derechos de los trabajadores en cuanto a mejorar su situación, a organizarse y demandar por sus necesidades y requerimientos. Las reformas fueron objeto de debate entre los trabajadores, el empresariado y el nuevo gobierno. Debo insistir: la economía de mercado y el rol de la empresa privada fueron asegurados explícitamente en el ideario de la Concertación. El fuerte énfasis en el equilibrio macroeconómico y en el crecimiento lo justificaron como el camino necesario, aunque no suficiente, para mejorar la equidad en todos los aspectos. Se planteó una estrategia social que se basaba en tres niveles: a) la reforma tributaria; b) la reforma laboral y en general del mercado del trabajo y c) una política de transferencia de ingresos en favor de los sectores de más bajos ingresos conjuntamente con una serie de políticas y medidas sociales que se entendían desde ese punto de vista. Por supuesto que todo eso, estas reformas digo, podrían ser combatidas por la patronal sin embargo no fue así porque al igual que la dictadura, los sucesivos gobiernos de la Concertación le entregaron a la patronal y al mercado el protagonismo económico, político, social e inclusive cultural. En

el aspecto político hubo otra vez dos opciones que conviven hasta hoy y que benefician por igual a los dueños del capital al ir contra las demandas de los sectores populares: las diferencias son de forma, sobre asuntos ideológicos menores que se relacionan por un lado con la defensa de un enfoque falsamente renovado de la acción del gobierno y del régimen (que además es acorde con la transición democrática y con esa pretensión de estar actuando en beneficio de la democracia, que es la aptitud característica de los concertacionistas) y por el otro lado está la defensa de un enfoque mucho más conservador basado en la reacción de la derecha más fundamentalista que representa RN y la UDI. Se entiende entonces que el empresariado optara por distanciarse tanto del régimen de Pinochet como de esa otra derecha más dogmática para concentrarse en la defensa del modelo económico basado en el libertinaje y falso automatismo de los mercados. Ante los múltiples pronósticos electorales que vaticinaban el contundente avance y triunfo de la Concertación en las presidenciales del año '89, la Confederación de la Producción y del Comercio, que es la agrupación empresarial de nuestro país por excelencia, comenzó a participar en las comisiones de trabajo con los economistas de la Concertación a fin de debatir las políticas a implementar en el eventual gobierno de Aylwin. A ello contribuyó también la involución ideológica de los dirigentes del conglomerado del falaz arcoiris, incluidos los socialistas, que frente a los signos “positivos” que mostraba la “evolución” de la economía neoliberal optaron por matizar la crítica, reconociendo ciertos aspectos que consideraban positivos de la estructura económica vigente.

Los economistas de la Concertación en ese sentido planteaban que sin un compromiso concreto de la patronal con la inversión y con el desarrollo del país no habría posibilidad de aplicar una política económica exitosa. Pero esto también es bien relativo- como veremos a continuación- al tiempo que la clase patronal tenía más o menos claro también que sin un entendimiento con la Concertación no habría garantías de permanencia de la institucionalidad económica y política. Se produjo así una asociación de intereses entre ellos y lo que serían los gobiernos de la Concertación que no solo logró disminuir la desconfianza mutua y generó un ambiente más distendido para reestablecer relaciones de cooperación entre el sector público y privado sino que también se produjeron importantes coincidencias ideológicas y de intereses que así lograron coaptar las demandas de los trabajadores. Lo interesante es que de ese modo la economía no sufría alteraciones estructurales. La problemática no es en realidad la inversión- todos los países la requieren para crecer- sino el origen de la misma. Por ejemplo, si se trata de capital industrial (que ese debería ser el núcleo del Estado y modo capitalista de hacer las cosas cuando de lo que se trata es de maximizar sus ganancias) no hay objeción porque en ese contexto también se eleva la productividad del trabajo y se incorpora el



progreso técnico. Para esto el capital industrial acumula todo lo que puede y, en consecuencia, también termina por generar altos ritmos de crecimiento del PIB. Al mismo tiempo nos posibilita elevar el salario real sin perjudicar la ganancia de la patronal. Por último, ese capital también busca desarrollar la ciencia y la tecnología por la dinámica que lo rige: como se localiza en el espacio de la producción, donde se procesan y manipulan la fuerza natural, termina por aprender que estos desarrollos científicos resultan funcionales a su interés. Distinto es el proceso cuando es el capital financiero- especulativo el hegemónico. Este es un capital que opera fuera de la producción, en la circulación. Es decir, éste no produce plusvalía, sólo se la apropia. Y lo que gana depende de las tasas de interés y de la especulación bursátil, de los papelitos de colores. Esos no son empresarios sino sujetos que operan con la lógica del casino, de la usura y la ganancia fácil; y cuando ocupan posiciones dominantes la sociedad debe preocuparse: se genera una situación de trampa, parasitismo, de múltiples negociados y corrupción como sucede en régimen neoliberal. El problema para esta derecha duopólica, también para todos los que se dicen independientes o progresistas y andan dando lástima por ahí, es que en nuestro país el abuso ha calado tan hondo, es de tal extremo la explotación que se ejerce sobre el trabajador o el banco sobre el cliente, o la universidad y los colegios privados sobre sus alumnos y las isapres sobre sus pacientes, es de tal magnitud la impunidad de la que goza aquella élite que nos gobierna digo, que cualquier reivindicación en favor de la democracia (como puede ser la transparencia en los gastos del gobierno, de los partidos, incluso la exigencia de definirse claramente sobre determinados temas, los derechos humanos por ejemplo) simplemente atenta contra el neoliberal y los negociados de éstos, de los que se convirtieron en verdugos de Chile. ¿Qué implicaciones tiene que la fracción del capitalista dominante en el poder sea el especulativo? Ese capital lucra por la vía de los intereses y a través de la especulación bursátil. Es la lógica del jugador, del que vive en el casino. El buen especulador es quien engaña, es quien hace trampa. Esto a su vez solo puede generar una fuerte descomposición no solo económica sino también política y ética que inunda al conjunto de los dirigentes pero también a los trabajadores. Esto lo advirtió Marx cuando analiza una situación parecida en la Francia del siglo XIX. Al respecto conviene citarlo:

*“...se repetía en todas las esferas, desde la corte al cafetín de mala muerte la misma prostitución, el mismo fraude descarado, el mismo afán por enriquecerse, no mediante la producción sino por medio del escamoteo de la riqueza ajena ya creada”.*

En Chile la coima se ha convertido en cotidiano y eso es producto de la confluencia de intereses de los dirigentes políticos y la patronal que se viene arrastrando desde el origen de la transición. En verdad, la ganancia surge de esos artilugios, no del proceso productivo que genera riquezas, empleo de calidad, bienes y servicios nacionales, creación de industrias, ahorro interno, consumo popular, capital y desarrollo. No hay que engañarse porque desde siempre el duopolio nos miente. El excedente, que es la fuente de todas las ganancias, de la plusvalía y demás, sólo puede surgir en el espacio de la producción, de ese capital. En cambio, el capital financiero y especulativo en el que nos insiste el neoliberalismo, que además lo define en cuanto régimen, sólo puede apropiarse, mas no producir, esa ganancia. Es un capital parasitario y este rasgo terminará por contagiar al conjunto del país donde todo se convierte en una mercancía que se transa en el mercado; hasta los derechos y la vida de las personas.

## **Capítulo 4: Falacias de la transición.**

### **El concepto de las necesidades material- ideales.**

Los líderes del duopolio además se transformaron en cómplices, en gestores en administradores de un régimen político que si bien todo el tiempo nos habla de la “libertad” de los mercados o de la prescindencia del sector público como actor relevante en la definición o control de las variables económicas, a pesar de todo eso digo, produjo una tremenda concentración de la propiedad de los medios de producción que en lo político se manifiesta en la colusión entre el gobierno, el sector público y los grupos económicos. Es falso entonces que al final el sector público no interviene en la economía; de hecho, lo hace pero siempre en favor de la patronal, para salvarla de las crisis de las que ellos mismos son responsables, para elevar así la tasa media de ganancia del capital o simplemente para defender esa forma parasitaria de vida que se basa sin más en la explotación del esfuerzo y trabajo ajeno. Sin embargo, cuando no es así, cuando se trata de los derechos del trabajador, de su poder adquisitivo o de legislar en favor de las mayorías, se refieren a la “libertad” de los mercados, del “dejar hacer”, de la previsibilidad e inclusive de racionalidad y responsabilidad en relación a nuestras demandas. Es importante comprender de una vez que la mano invisible de Adam Smith no existe, que es otra de las grandes fábulas del modo capitalista, porque detrás del mercado, quienes lo controlan, están los grupos económicos que de esta manera definen la forma de producción de los bienes (la tecnología y recursos a usar), la circulación de los mismos y la cadena de distribución donde se incluye el precio, la disponibilidad o no de las mercancías y un largo etcétera. Son ellos también los que de antemano indican el valor real del poder adquisitivo del jornal y salario del trabajador. Ahí estamos ante un asunto crucial: es que la calidad de vida del trabajador está directamente ligada con sus condiciones laborales. Es decir, si existen buenas condiciones de trabajo, respeto y un sueldo acorde con el esfuerzo de cada uno también hay buenas condiciones de vida, respeto y mejor calidad de habitación, de educación, de salud y alimentación, solo por nombrar algunas variables, las que parecen más importantes. Entonces, es interesante recordar que esta colusión entre la política y los grupos económicos se origina y se intensifica con el proceso de privatización de las empresas públicas (que al final entre todos ayudamos a construir con nuestros impuestos) a precios viles, donde a veces el encargado de llevar a cabo aquel proceso terminaba como accionistas o como alto ejecutivo de las mismas empresas privatizadas. Y

nosotros, los trabajadores, en la medida en que fuimos los flexibilizados y tercerizados, en la forma en que nos convertimos en la variable de ajuste, obtuvimos una calidad de vida denigrante, muy por debajo de la situación anterior. En su momento esa política de expoliación de las empresas, de los recursos nacionales y de los derechos de los trabajadores contó con la frontal oposición de la Concertación. Pero, una vez en el gobierno olvidaron todo eso y empezaron a hablarnos de las bondades del libertinaje del mercado, de la desregulación de la economía y de la flexibilización del trabajo, de las conquistas y derechos de los asalariados. Por esto, debido al apoyo que la Concertación al final brinda a los dogmas relacionados con el automatismo de los mercados y la falaz independencia de los mismos, es que aquel credo que no resiste el mínimo sentido común se convierte en una celeridad tan merecida, apreciado y apoyado por la patronal pero también por muchos asalariados que son víctimas del afán de la acumulación privada de capital. Finalmente, este credo neoliberal fue consolidado por la Concertación, a pesar de las lamentaciones y de los reproches de los que nos convertimos en víctimas, de los que somos la mayoría, de los que vivimos o intentamos hacerlo a través de un salario que por si no fuera poco es definido de antemano por la élite en el poder.

¿Cómo no postular entonces la solidaridad de la clase del trabajador? ¿Acaso la estrategia del movimiento social chileno no expresa la necesidad, que trascendía la lucha económica de los sectores populares, de extender las demandas de los salarios y del mejoramiento de las condiciones laborales al campo de la acción política concreta? ¿Acaso no se trataría en definitiva de llevar la lucha de clases hasta el punto en que el Estado capitalista mismo se vea en verdad amenazado por las huestes del pueblo? El auténtico propósito de nosotros, el logro de estas condiciones en las que los hombres en verdad pueden configurar su vida, consiste en ya no subordinar nuestras vidas a las sentencias, dictámenes y requerimientos de la producción lucrativa, a cierto aparato controlado por fuerzas que están más allá de nuestro control. Y el logro de tales condiciones implica la abolición de la democracia en la medida de lo posible, de su régimen basado en los falsos consensos con el otro sector de la derecha y aún del capitalismo como razón y lógica de producción, de circulación y de distribución de los bienes y servicios. No se trata solamente de mejorar el nivel de vida de los trabajadores, lo que en todo caso no deja de ser fundamental, sino de buscar la felicidad del hombre que viene dada por satisfacer sus necesidades “biológicas” o “ideales” a las que más adelante me refiero. Muy pronto y por mérito propio el marxismo fue capaz de reconocer que la continua pauperización de los asalariados por sí misma no suministra fatalmente el terreno fértil para la (r)evolución que permanece y que además la conciencia altamente desarrollada originaría eventualmente una necesidad

de cambio dentro de las avanzadas condiciones materiales del régimen. Pero, el poder del Estado capitalista en su versión actual- la neoliberal- está en condiciones de congelar (de hecho lo hace) la aparición de esta conciencia: sus medios masivos de comunicación, de información y de divulgación entre los sectores populares vincula las facultades racionales y emocionales de los mismos a su mercado y políticas y las guía hacia la defensa de su imperio y razones. De este modo se estrechan de forma decidida las diferencias en el consumo lo que hace posible la coordinación mental e instintiva de la clase trabajadora: la mayoría de las organizaciones sindicales y de los partidos que se dicen de “izquierda” en nuestro país- por lo menos los que tienen cierta representación parlamentaria- se vuelven cómplices del régimen al compartir las necesidades estabilizadoras y la repugnancia emocional al intelectual no conformista, hacia quienes deciden rechazar el régimen y su falaz transición a la democracia. A la inversa, allí donde las diferencias en la capacidad de consumo son amplias todavía, donde la cultura capitalista no ha penetrado hasta el último hogar, el sistema de las necesidades estabilizadoras tiene sus límites reales y concretos; el deslumbrante contraste y la desigualdad entre la clase privilegiada y los trabajadores nos conduce a radicalizar las posturas de los no- privilegiados, de los excluidos de los “beneficios” del régimen que cada vez somos más. Es el caso del poblador, del desempleado y de todos los segregados por responsabilidad de las medidas neoliberales y sus crisis. Este es precisamente el talón de Aquiles del neoliberalismo: que actualmente no está en condiciones de sostener una calidad de vida racional para la mayoría, que sea mínimamente satisfactoria, ni siquiera en los países que se dicen más desarrollados en términos capitalistas. En virtud del lugar prioritario que nos corresponde en el proceso de producción, en virtud de la fuerza numérica del trabajador y del grado fenomenal de la explotación que el capital ejerce sobre todos nosotros, la clase trabajadora somos todavía el agente protagónico de la (r)evolución permanente y lo seguiremos siendo; de eso no cabe la menor duda. Sin embargo, ocurre también que en virtud de que son muchos los que comparten la necesidad estabilizadora del régimen, se convierten por ello en un factor conservador, incluso contrarrevolucionario. Objetivamente, “en sí”, la clase de los trabajadores es aún, potencialmente digo, la llamada a liderar el cambio; subjetivamente, “para sí”, no lo es. Esta idea tiene un significado real en la situación actual del país, en la que los trabajadores podemos ayudar a circunscribir la amplitud y las metas de la práctica y de la acción política. En los países capitalistas más avanzados, la radicalización de los trabajadores se ve contrarrestada por la interrupción de la conciencia, urdida socialmente, y mediante el desarrollo y satisfacción de algunas necesidades que perpetúan la servidumbre de los explotados. Es así como se fomenta en la estructura instintiva de los explotados un interés creado en favor del sistema existente,

y no se produce una ruptura respecto de la opresión que el régimen ejerce sobre el hombre. De ahí que el cambio radical, el que va a transformar la sociedad, que nos conduce a un Chile popular, más democrático e inclusivo, participativo y moderno, deberá penetrar en una dimensión de la existencia humana apenas considerada en la teoría de Marx: la dimensión “biológica” e “ideal” en la que las necesidades y las satisfacciones vitales de los hombres se reafirman a sí mismas.

Dos cuestiones sobre lo anterior. Lo primero es que en la medida en que estas necesidades y satisfacciones reproducen una vida de servidumbre, de explotación, de conformismo y quietismo, la libertad presupone cambios en la dimensión biológica, instintiva e ideal del hombre. La diferencia entre nuestro país neoliberal hasta el tuétano y una sociedad libertaria es que esta última afecta todas las necesidades y satisfacciones más allá del nivel animal, esto es, todas aquellas que son esenciales al hombre como especie humana para vivir pero además las relacionadas con el hombre como animal racional. Estas necesidades y satisfacciones básicas- a las materiales me refiero- están contaminadas con la exigencia del lucro y explotación que la acumulación privada del capital ejerce sobre el trabajador. Por si no fuera suficiente, todo aquel ámbito de las actuaciones y del rol competitivo que nos corresponde en el proceso de la producción de los bienes y de la diversión estandarizada y homogeneizada desde la cúspide del poder, los símbolos del estatus social, del prestigio, de la virilidad, del éxito y del encanto a través de la publicidad, de la belleza comercializada, del arte moderno, de la poesía y de la literatura, todas esas necesidades biológicas e ideales digamos, también están presas de la lógica capitalista que destruye la opción de esta libertad sin explotación ni represión. Lo hace porque estas necesidades son capturadas por la razón del capitalismo sometiéndolas a la razón de su modelo cultural, social y político. Lo segundo que tengo que aclarar- y esto es importante- es que existen dos tipos de necesidades. Están las propiamente materiales, estas de las que nos habla Marx y Engels y que son vitales para la vida (como el alimentarse, etc) y están esas necesidades biológicas que se relacionan con las materiales pero que van más allá de éstas: son las que tienen que ver con la espiritualidad de las personas, con la búsqueda de la felicidad y la satisfacción en el contexto de la cultura, de una mejor calidad de vida en términos cualitativos y no solo cuantitativos, con la solidaridad de la clase de los trabajadores, con el respeto por los derechos humanos y con la ocupación y la preocupación por nuestros semejantes. Es interesante establecer la plena relación entre las necesidades materiales, las instintivas y las ideales para ir no solamente un poco más allá del marxismo sino también de Marcuse. Entonces, las necesidades material-ideales se circunscriben en la postura de la plena primacía del derecho a la vida de forma que cumplen el rol de fundamentar el humanismo. Lo hacen

porque consideran al hombre en su máxima dimensión, tanto material como biológica e ideal. Esta nueva caracterización de las urgencias y demandas de los sectores populares, el introducir el concepto de las necesidades material-ideales es fundamental por lo siguiente: ocurre que el triunfo de la razón del capitalista se produce cuando el trabajador en el proceso de control que sobre él se ejerce a través de la satisfacción de ciertas necesidades materiales, de falso confort, ya no puede rechazar el sistema de dominación sin rechazarse a sí mismo, a los valores y necesidades que lo oprimen. En este sentido actuó y actúa la “renovación” del ideal del socialismo, del falso progresismo, de la izquierda chilena en particular y de la Concertación en general. Entonces, hay que concluir que la liberación significa subversión contra la “voluntad” e intereses prevalecientes de la mayoría de los trabajadores que se encuentran bajo control por las necesidades que el neoliberalismo nos impone. Y en este proceso entender las necesidades en su doble carácter (materiales e ideales) es de suma importancia: en precisamente en aquella falsa identificación de las necesidades sociales e individuales, en esta enraizada adaptación orgánica e ideal de los hombres respecto de una sociedad capitalista terrible pero que funcionaría con máximo provecho, donde está y yacen expresados los límites de la persuasión y de la evolución democrática de cualquier país. Muy por el contrario, de superar esas limitantes depende el poder establecer el régimen y la democracia popular, esa que precisamente se piensa en los términos de las necesidades material-ideales. Es esta adaptabilidad del hombre al Estado y al modo capitalista por el proceso que “satisface” sus necesidades materiales, que a su vez son definidas por la lógica dominante, la que hay que combatir; es necesario porque es la que lo impele a perpetuar y a extender su condición de mercancía bajo un falso confort, a partir del consumo a través de la tarjeta de crédito y de tantas otras argucias que le hacen creer que eventualmente puede aspirar a una calidad de vida un poco mejor. La manera capitalista, con el crédito y con todo lo demás, intenta perpetuar y extender el control sobre la conducta y satisfacciones del trabajador. Aquí estamos en presencia de otra característica, a la que me refiero por primera vez, de la (r)evolución que permanece: el cambio debe guiarse por la satisfacción de las necesidades material-ideales, por la urgencia de liberarse del confort administrado por la élite y la destructiva productividad de esta sociedad fuertemente explotadora tanto a nivel material como de los valores, esperanzas y perspectivas de la clase trabajadora. Una (r)evolución permanente que a partir de aquel nuevo fundamento de las necesidades material-ideales tenga la real oportunidad de convertir el progreso técnico, la ciencia y demás en una forma de vida que sea diferente en términos cualitativos porque es un gran cambio- es radical-ya que se hace no solo para dominar la escasez y la pobreza del hombre sino también para cambiar el sentido y la lógica de sus prioridades.

Para que la idea de la transformación radical sea más que una ociosa especulación debe tener un principio objetivo en el proceso de producción, de circulación y de distribución de las mercancías, en su capacidad técnica y en el empleo de ésta con el final expreso de poder convertirse en vehículo de la libertad. Para ello, tanto la ciencia, el saber, la cultura como la tecnología tendrían que cambiar de dirección, sus propios objetivos y sus metas actuales y pensarse como herramientas que buscan satisfacer las urgencias material-ideales de los hombres. Las necesidades son reconstruidas de acuerdo a esa nueva sensibilidad: la de las exigencias de los instintos que están plenamente ligados a lo material-ideal. A partir de ahí podemos hablar con propiedad de una tecnología de la liberación, de esa que es producto de la imaginación científica libre para proyectar y diseñar las formas de un universo humano sin explotación, opresión ni agobio. Pero esta ciencia del hombre nuevo sólo se concibe después del rompimiento histórico con la dominación y el control que la élite ejerce sobre nosotros. La idea del tipo de hombre nuevo, como miembro de la sociedad libre, que es alternativa al neoliberalismo pregonado por el gobierno, hace su aparición en Marx y en Engels con el concepto del individuo completo; ese que es libre para dedicarse a actividades variadas y múltiples. En ese Chile alternativo al autoritarismo actual, el desarrollo de las facultades y de las necesidades material-ideales de los hombres reemplazan la sujeción del asalariado a la división social del trabajo planteada por el modelo capitalista de producir, de circular y de distribuir la mercancía. Por lo mismo, en la crítica contra el sistema hay que ser radicales: no tenemos que ser complacientes ni rebajar, y bajo ningún aspecto moderar la crítica contra esos personajes, contra los líderes del duopolio, porque predicán desde el inicio el certificado de muerte de las batallas por ese Chile que merecemos. Sus ideas y pensamientos no son profundos, tampoco su estrategia o táctica política, porque emanan de la necesidad real de mantener bajo control a la mayor parte de la población para seguir aprovechándose del trabajo ajeno. La historia los está pasando por encima porque las crónicas y hechos que son parte y componen nuestra experiencia nos demuestran que carecen de una propaganda, de agitación y organización en beneficio del pueblo; incluso, en la medida que nos muestra que también son malas personas, que son maquiavélicos porque se sirven de cualquier medio, del engaño y de todo lo demás para mantenerse en el poder. No tienen buenas intenciones. No las tienen porque actualmente existe una doble moral, un país para los pudientes y otro para los pobres: por ejemplo, sobre la justicia tenemos que un chileno con recursos, perteneciente a la élite digo, es inocente hasta que se demuestre lo contrario; tiene a su haber todas las garantías del debido proceso. El pobre es de antemano culpable y no le queda más que demostrar su inocencia. Ese es el Chile que consolidó el duopolio.



Fue la dictadura la que estableció un sistema tributario que permite una fácil elusión y evasión de impuestos por parte de las empresas privadas; es real y hay que reconocerlo pero éste simplemente fue consolidado por los sucesivos gobiernos concertacionistas. Particularmente paradigmático es el caso de las transnacionales que controlan el cobre, cuyas elusiones significan la pérdida constante para el Estado de millones de dólares en fuente de recursos. Lo peor es que esta cuestión se fundamenta legalmente en una medida que en su momento planteó “racionalmente” el neoliberalismo en su versión dictatorial y también en su versión seudodemocrática, de democracia de baja intensidad. Además, el alza de los impuestos directos a las empresas lograda durante el gobierno de Aylwin no pudo revertir la situación heredada al 11 de marzo de 1990 a los niveles que existían a fines de 1987. En realidad, los impuestos venidos del negociado del cobre son apenas un 10% de los recursos del sector público mientras que el IVA aporta casi el 60%. Es decir, entre todos, cuando compramos el pan y los alimentos, los útiles escolares o cuando pagamos por la movilización, por una entrada al cine o por servicios como la luz, estamos colaborando al financiamiento del sector público en igualdad de condiciones respecto de los sectores sociales más pudientes. Ocurre que el IVA es por excelencia un impuesto al consumo que no discrimina de acuerdo al poder adquisitivo de cada uno y así es regresivo, y por lo tanto también la financiación del sector público. La Concertación se hizo la distraída y pretendió olvidar esa característica del IVA- ser regresivo- porque castiga a los trabajadores que destinan la mayor parte sino todo su salario al consumo de los bienes básicos como la alimentación, la vestimenta, la salud o educación. Mucho más: los gobiernos concertacionistas siguieron favoreciendo los privilegios de la banca privada, sea nacional o foránea, que hace de las suyas logrando niveles de ganancias inéditos que ni siquiera son aceptables en los países más desarrollados. Recordemos que en su momento la banca chilena casi quebró por la grave crisis económica de los años '80, siendo salvada por los subsidios de la dictadura. Esos privilegios subsisten y serán consagrados por un generoso acuerdo final alcanzado en el gobierno de Aylwin. Además, a poco de asumir Lagos, el Banco del Estado efectuaría un multimillonario préstamo al Grupo Luksic para que comprara el Banco de Chile de manera que ahora no tenemos ni banco del Estado ni el de Chile.

La riqueza y poder de los grupos económicos se incrementó de manera sustancial en los gobiernos de la Concertación bajo la lógica del libertinaje del mercado y de otra serie de políticas del dejar hacer que son parte integral del originario dogma neoliberal de aquel conglomerado político. Basta para el chileno común, para quienes vivimos de un salario de antemano definido por la patronal, ver la fabulosa expansión experimentada en estos años por ciertos oligopolios para entender hasta que grado la riqueza se encuentra en

pocas manos. Tenemos el oligopolio farmacéutico, donde algunas farmacias logran un gran crecimiento; en relación a la distribución y comercialización de bienes tenemos a los propios supermercados y las tiendas de departamento que nos ayudan a constatar hasta que extremo se produce la concentración de la economía en manos de unas cuantas familias que son las dueñas de Chile. Además, estos ejemplos nos ayudan a entender a cabalidad que el empresario nunca pierde; nunca salta la banca porque éste siempre gana. El festín del casino global siempre está de buen humor, se la pasa de celebración en celebración porque controla las acciones de las trasnacionales, las finanzas, los precios de los bienes, las tasas de interés, el valor del dólar, de la fuerza de trabajo y los recursos del mundo. Ni siquiera las crisis globales amenazan con trastocar los conceptos y la lógica de esta timba internacional. ¿Quiénes son los beneficiarios de la crisis que ellos mismos generan? Sí, los bancos, esos tecnócratas que juegan con papelitos de colores, con nuestras vidas y urgencias. El asunto es que la concentración en cualquiera forma- sea ésta económica o política- lo que hace es atentar contra el sistema democrático, es perjudicial para éste: la concentración del poder económico deja los recursos en manos de los tecnócratas que a través del control de la producción de los bienes y de las variables económicas definen la manera de producción, de circulación y de distribución de la mercancía, las necesidades del hombre y hasta el valor de la vida de manera que en este proceso están definiendo el país y el sistema de vida de todos nosotros; en cuanto a la concentración del poder político, en el caso de Chile, éste conduce primero a la barbarie cívico-militar y posteriormente a la consolidación de una derecha duopolítica que es profundamente intolerante. En contraparte, hemos sido testigos de cómo los líderes concertacionistas pasan a formar parte de los directorios o de la plana mayor de las grandes empresas y de las instituciones rectoras de este orden, o como han ejercido una función de lobby en propio beneficio. La naturalidad con que esto fue asumido por los trabajadores nos dice hasta que grado se consolidó el neoliberalismo de la Concertación. Es grave porque al final, a pesar de este casino global donde solo se apuesta las vidas de todos, nuestras necesidades y demandas, a las material- ideales me refiero, a pesar de ello, los que generan la producción de los bienes y servicios y así el empleo, el crecimiento, el desarrollo y la pujanza de un país- de Chile o del que fuéramos los trabajadores pero de ese esfuerzo solo goza la patronal.

Por último, en Chile la economía está tan concentrada que la clase de políticos, estos que supimos conseguir en todos estos años de falaz transición a la democracia, no solo son representantes de la élite en el poder sino que la mayor parte de las veces son parte de la clase dominante. En este sentido, los líderes del duopolio son todos miembros de los directorios o incluso dueños o accionistas de colegios y universidades privadas, de las AFP, también de

las isapres. Muchas de esas riquezas se originan en el tráfico de influencias, de información privilegiada o directamente a partir de los negociados que el mismo duopolio ayudaría a consolidar en perjuicio de los sectores populares. Son responsables de esta concentración de la riqueza, de las propiedades y del poder de decisión. Lo grave es que los mayores negociados en este país son la educación, la salud y las jubilaciones, todos servicios que debería gestionar el sector público en comunión con las organizaciones de base, con los sectores genuinamente representativos de la cultura popular. Desde esa perspectiva y debido al desafío que implica, los trabajadores no podemos darnos el lujo de protestar porque sí, espontáneamente digamos, como simple expresión de desesperación, de terror, impotencia, venganza o resentimiento hacia quienes nos oprimen. En las manifestaciones y huelgas actuales se impone el destello de la conciencia de los hombres y de las mujeres de nuestra Patria en tanto somos parte integral de una clase social marginada, explotada y denigrada; además, somos la mayoría y por lo tanto también los protagonistas del cambio, de esas huestes que toman la historia por asalto reivindicando la exigencia de resolver las demandas material- ideales de todos nosotros; necesidades que por lo mismo son también de tipo políticas, filosóficas, históricas, culturales y elaboradas por los mismos trabajadores/as y reivindicadas por el dirigente popular, de aquel que surge desde la base del movimiento social. Se trata de despertar a la vida consciente y al combate en iguales términos, como asalariados y como estudiantes armados de la mejor teoría y del más simple y a su vez del más complejo proyecto: hacer de Chile un país normal. No voto. Nadie me representa. Lo mío va más allá porque no creo en la democracia representativa capitalista. ¿Se imaginan a Lenin, a Trotsky y a sus bolcheviques luchando por la mayoría en el Congreso? ¿Se imaginan un cambio real, de los que alteran la historia, por la vía electoral, sin violencia, sin (r)evolución ni contrarrevolución? Si Allende después de casi 50 años logró el 44% de los votos y le dieron un golpe, ¿puede ésta ser una estrategia para hacerse con el poder? En este momento me parece más importante la batalla por construir un partido (r)evolucionario que aglutine a los trabajadores/as, que de la pelea en los sindicatos y en las organizaciones populares. Ahí está la dificultad: mientras sigamos creyendo que Chile es una democracia, que el voto hace la diferencia, etc, mientras confiamos en las reformas en la medida de lo posible y en las instituciones heredadas de la dictadura, no podremos alterar el orden vigente, organizar nuestro partido y dar las batallas correspondientes. Hay que redefinir incluso el término de mayoría y de minoría: unas 500.000 personas con conciencia, organizadas detrás de un proyecto, etc., son mayoría respecto a tres millones de personas que no tienen esa organización pero que sí están dispuestas a acompañar y participar. Las (r)evoluciones son espontáneas pero a su vez cuentan con una

fuerte impronta de organización, de hecho se toman el cielo por asalto. Lo fundamental es que tienen muy poco que ver con la lucha electoral. Esta última es marginal respecto a las otras maneras de buscar la emancipación.

### **La salud y la educación como ámbitos de lucro y dominación.**

Ahora empieza a entenderse mejor el porqué la educación, el saber y la cultura, la razón y su lógica deben estar en manos privadas de acuerdo a los agentes neoliberales, bajo la razón del lucro digo. Por una parte, ya que es necesario el dominio sobre los sectores del pueblo a través de las necesidades materiales- de falso bienestar- y por otra parte porque esta perspectiva de la economía y de las satisfacción de las urgencias de los trabajadores favorece a la élite en el poder. Es decir, a partir de este hecho, de que los líderes de este duopolio pasan a formar parte integral de la clase en el poder, tienen el interés en que el régimen sea conservado y en consecuencia se adaptan y luchan para que nada sea alterado, por lo menos no en sus fundamentos. Lo hacen, batallan por el sistema porque satisface sus necesidades; se entiende entonces el porque consolidan y conservan en sus años de gobernanza un régimen enemigo de la voluntad y soberanía nacional. No exagero porque la Constitución lo que hace, para lo que fue pensada, es para negar cualquier expresión de la voluntad del pueblo para decidir sobre su destino. Por eso existe la función de garantes de la institucionalidad de las Fuerzas Armadas, de Carabineros o un sistema electoral que distorsiona la representación en favor de la derecha duopólica: se trataría de que nunca más en Chile pueda surgir un gobierno como el de la Unidad Popular. Aún más, mucho más: es por lo anterior, por la Constitución que nos somete, que Chile no es un país democrático. De hecho, nuestro régimen se basa en la Doctrina de Seguridad Nacional donde el neoliberalismo lo único que hace es intentar darle un manto de legalidad y de legitimidad, a esta ideología basada en la concepción del enemigo interno. La doctrina del libertinaje del mercado surgiría de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los dominantes y por sus representantes para someternos a su control. Son reivindicadas por la patronal, por intelectuales a su servicio, por sus sicarios y por aquellos bufones que le rinden pleitesía a la monarquía absoluta del capital privado. El neoliberalismo surge no como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento libertario sino por el contrario, para intentar neutralizar el protagonismo que al trabajador le corresponde en su batalla por la libertad. Es lo que pasó en los '90 cuando la Concertación con su democracia de muy baja intensidad y en la medida de lo posible logra primero desmovilizar al movimiento social que acabó con la dictadura para desarticularlo. Es la forma de estabilizar el sistema, para neutralizar aquel despertar espontáneo

pero también organizado de los chilenos, de los estudiantes, de la mujer de nuestra Patria, de los empleados del puerto y mineros, de los pescadores artesanales, de los mapuches, del pirquinero, de los trabajadores en general y del hombre de a pie, del común, ese que todos los días lucha contra una realidad adversa. No les importó a los falsos demócratas porque entendieron que este régimen, el legado de la dictadura, al neoliberalismo me refiero, así como estaba y como permanece hasta hoy, les favorece sobremanera; de ahí el apoyo a un sistema político profundamente reaccionario, a sus dogmas y a su razón que nos plantea un régimen basado en el afán del lucro que es lo que moviliza a las empresas privadas. El caso de la salud es un buen ejemplo al respecto porque además es un ámbito estratégico para el desarrollo y para el bienestar del país. De esta manera se justifican las isapres cuyo sistema establece una decisiva segmentación en el acceso de la población a la salud. En los años '90 constatamos lo injusto de esta situación, de como la expansión de las isapres incidió negativamente sobre la disponibilidad de recursos del Estado para atender a la población adscrita al sector público. El traslado a las isapres de la población de mayores ingresos y de menor riesgo sanitario restó importantes recursos al sector público, cuestión que se agrava al verificar que la población adscrita al sistema privado regresa al público cuando debe enfrentarse con las enfermedades catastróficas y/o no dispone de los medios económicos para renovar su contrato anual privado de salud. Entonces, a pesar de que siempre nos bombardean con propaganda de que el sector público no debería intervenir, finalmente es el mismo quien se convierte de hecho en el garante en última instancia. El asunto es que esto no se traduce en financiamiento para que el sistema funcione con estándares mínimos de calidad y dignidad.

Es necesaria otra perspectiva en el ámbito de la salud, de la educación, en todo en realidad, si es que aspiramos a estándares mínimos en la calidad de vida de los sectores populares que pongan fin a los dos países- el de las élites y el de los pobres- que cohabitan en Chile. Esta nueva sensibilidad y perspectiva nos desafía a plantear el asunto desde el concepto de necesidades material- ideales porque es quien mejor nos manifiesta la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, del placer sobre el dolor o de la felicidad sobre la tristeza, pero también de la riqueza ante la pobreza. A partir de ahí podemos pensar en la urgente abolición de la injusticia y de la miseria para de esta manera configurar la evolución de los hombres desde la postura del nivel de vida, típica de las necesidades apenas materiales, hacia la tesis de la calidad de vida que nos remite a las necesidades material- ideales de las que hablo. Los instintos de la vida encontrarían una expresión mucho más racional en el planeamiento de la distribución del tiempo de trabajo que es socialmente necesario dentro y entre las variadas ramas de la producción,

determinando así prioridades de objetivos, metas y selecciones: no sólo sobre lo que se debe producir, sino también la forma de los bienes y la manera en que será elaborado, con qué tipo de tecnología, etc. La conciencia liberada de los trabajadores en esas circunstancias promueve el desarrollo de un saber técnico, de una ciencia aplicada y de una tecnología libre para descubrir y realizar las potencialidades no solamente de nuestros recursos naturales y de las materias primas en general sino también del hombre que de esa manera logra mayor protección y goce de su vida, jugando con las potencialidades y facultades que adquiere bajo las sentencias de una sociedad que reorganiza la forma de producir, de circular y de distribuir las mercancías de acuerdo a las necesidades material- idealistas que buscan acercarnos a la plena liberación de los dogmas del Estado capitalista y de su neoliberalismo, de la democracia de los consensos, de la falsa transición, de la justicia y de las “reformas en la medida de lo posible”. La técnica tendería a devenir arte y este nuevo arte del poder popular tendería a su vez a conformar la realidad: la oposición entre el modo de producción y las necesidades de los trabajadores, entre las altas y las bajas facultades humanas, entre el pensamiento poético y científico, entre los intereses de cada cual y los de la sociedad, sería invalidada en la medida que la (r)evolución permaneciera a través del tiempo. Pregunto: ¿dónde está la posibilidad de aquel cambio estructural del hombre como individuo pero también como ser social, como ser genérico bajo los términos de Marx y de Engels? La encontramos cuando estamos en condiciones de poder eliminar, si realmente lo son, las causas que han hecho de la historia del hombre una crónica basada en los hechos de dominación y de servidumbre, de control y de explotación feroz de nuestras vidas, trabajo y necesidades. Las causas son económicas y a su vez son políticas, son sociales y también culturales y por lo mismo están relacionadas directamente con el tipo de educación. Lo están porque a través de estos aspectos se reconfiguran los instintos y necesidades de los hombres para que sirvan a los objetivos del control de la élite sobre la mayoría. Ningún cambio que no considere estos ámbitos (la relación que al fin existe entre la educación y el conocimiento con la dominación, con el rol que le corresponde a las ciencias, a la técnica y su forma de producir, circular y de distribuir los bienes y demás) podrá en verdad detener al capitalismo y su forma cada vez más simulada de control sobre la conciencia del pueblo. Esa otra realidad, que se despliega a partir del ser genérico y sus necesidades material- idealistas, se desarrolla con la lucha sin pausas, con la experiencia y con la praxis de la resistencia y del rechazo absoluto a las sentencias y a los dogmas de la élite: emerge en la batalla contra la violencia y la explotación, ahí donde la lucha se encamina a lograr otro modo de vida, nuevos, esos que niegan la totalidad y la racionalidad del régimen establecido, su moral, la ética que lo justifica, la educación y salud que promueve y hasta su cultura;

se trataría de reafirmar todo el tiempo nuestro derecho a construir un país donde la abolición del agobio y de la violencia se traduzca en un Chile donde lo sensual, lo sereno y lo más bello lleguen a ser una forma de existencia de la sociedad misma, donde no tengamos que lidiar con aquel doble país del que he estado hablando, donde la educación y la salud ya no sean bienes de consumo como cualquier otro, mercancías al servicio del mejor postor. Es muy posible el cambio pero solo cuando la cultura y el saber basado en las nuevas necesidades del hombre, de esas urgencias que lo sojuzgan al falso bienestar capitalista, sean combatidos y segregados de nuestra realidad. Es la forma en que se disuelve en una manera inferior y destructiva las razones, las tesis, las necesidades y las demandas del Estado y del modo de hacer y de producir la mercancía bajo el capitalismo. Se impone aquella transformación cuando el odio y el resentimiento estalla en risa y en canciones, en consignas y marchas que mezclan la barricada con el salón de baile o el juego amoroso con el heroísmo del luchador de las calles. La insistencia en que la sociedad humanista debería ser ligera, hermosa y graciosa, en que esas cualidades sean elementos esenciales de libertad, de fe en la racionalidad de la imaginación, la exigencia de una ética que nos interpela a responsabilizarnos por la suerte de nuestros vecinos, del prójimo o como quieran llamarlo, es una prioridad para construir esa sociedad, un país que nos plantea otro saber, una nueva cultura y manera de entender la educación. De hecho, es en este contexto que estamos ante una rebelión contra el autoritarismo de la derecha duopólica, que nos situamos en una dimensión y en una dirección de cambio radical en todo ámbito de modo que reaparecen y resurgen por doquier aquellos actores con una nueva visión de Chile.

Un universo de relaciones humanas donde la salud y la educación en este caso no estén mediatizadas por la razón del mercado, que ya no se base en esta explotación competitiva de los asalariados o en el terror y horror a ser excluidos de los siempre supuestos beneficios del sistema económico. Esto nos exige una sensibilidad liberada de aquellas satisfacciones y necesidades materiales represivas del capitalismo, de aquel Chile sin libertad, autoritario en demasía y por tanto poco tolerante; es posible y urgente trabajar en favor del hombre porque las necesidades material- ideales al final tienen su propio contenido social: son los requerimientos del organismo humano, de la mente y de nuestro cuerpo, la vinculación entre los mismos, quienes solicitan una dimensión de satisfacción que se crea y que se reafirma en la lucha contra la institucionalidad heredada de la dictadura y refrendada por la Concertación. Lo terrible es que la legalidad por su mismo funcionamiento niega y viola los requerimientos a beneficio de la democracia y por ende nuestras urgencias. El contenido social radical de las necesidades material- ideales es evidente en la medida que la exigencia de su elemental satisfacción se traduce en una

acción colectiva en escala ensanchada. Desde el inofensivo impulso en lograr mejores reglamentaciones, normas y leyes en las áreas urbanas y un mínimo de protección contra la contaminación acústica de nuestra ciudad, la protesta contra la suciedad, esa movilización que busca frenar la construcción de un mall o represa o la presión para que se cierren áreas enteras del espacio público a la circulación de los automóviles, la protección de la naturaleza, la planificación racional y la defensa de los lugares de recreación, el combate llevado adelante contra la especulación inmobiliaria y demás, ese tipo de acciones digo, que movilizan a una variedad de trabajadores de todos los grupos sociales, son cada vez más radicales y subversivas porque se lucha contra la institucionalidad heredada de la dictadura, contra su neoliberalismo y su espantosa inmoralidad. La cantidad de reformas de este tipo, el hecho que el trabajador se movilice por esas demandas que parecen inofensivas para la democracia de los consensos de la derecha duopólica, en la medida en que en un primer lugar logran movilizar a los trabajadores por sus derechos y en la forma en que después (dependiendo eso sí del compromiso de cada cual y del carácter de la batalla) esos sectores movilizados empiezan a organizarse ante la falta de respuestas venidas desde el gobierno central, nos muestra la manera en que se va creando el poder del pueblo. Estamos ahí en presencia del germen del poder popular. Estas luchas se convierten en la cualidad del cambio radical porque van debilitando progresiva pero a su vez críticamente la presión económica, política, social y cultural de las razones dominantes que tienen interés en preservar el ambiente de mercantilización lucrativa. De hecho, en la medida en que el combate se radicaliza- y lo hace porque los trabajadores acaban por organizarse en torno a sus urgencias- se insiste en limpiar la tierra de la verdadera basura material producida por el capitalismo. Se insiste en la libertad como una necesidad material- ideal: se trata de ser físicamente incapaz de tolerar la opresión y la represión venida desde el poder. La movilización en Chile en general, sea de norte a sur, reactiva la protesta en favor de una salud de calidad (entendida como servicio público) y también por la educación a la manera que lo exigen nuestros estudiantes, de forma que posteriormente y al mismo tiempo induce a la participación y a la acción política en defensa de sueldos dignos, por la justeza de la Asamblea Constituyente Autoconvocada, etc., que son demandas que se circunscriben en el contexto de las necesidades material- ideales. Lo hacen porque buscan cambiar la lógica del capitalismo para así mejorar no solamente cuantitativa sino además cualitativamente la experiencia de vida del pueblo. Es muy simple: Chile no es un buen país para vivir ni para coexistir. En realidad, es bastante violento en todos los aspectos. Es esa dimensión del hombre y de su convivencia la que busca cambiar las reivindicaciones del movimiento social aunque muchos todavía no lo sepan o no estén del todo conciente de las



implicancias de su compromiso: se intenta alterar los elementos básicos del régimen político, del Estado incluso, pero también del trabajador en cuanto hombre, su sensibilidad humana, sus valores y su ideal. Por eso hablo de necesidades material- ideales y no de biológicas a la manera de Marcuse. En cada acción nos rebelamos contra los dictados de la razón represiva, y, al hacerlo así, invocamos nuestro poder en cuanto somos la mayoría de la población los que vivimos de un jornal. La acción política que insiste en una nueva ética, valores y demás- en el hombre nuevo de acuerdo al Che- y en otra sensibilidad como precondiciones de la transformación social del país ocurre en un punto en el que la razón represiva que ha llevado adelante los “logros” de la última época se vuelven muy agresivos contra la población. Más allá de los límites y del poder de la lógica opresora, brotará desde la lucha misma la perspectiva de una nueva relación entre la sensibilidad y la razón, entre lo material y lo ideal, a saber: la armonía entre ese tipo de necesidades y una conciencia que solo puede ser radical. La conciencia sobre nuestras necesidades, las material- ideales que han de proyectar y guiar la reconstrucción de nuestro Chile en términos populares, nos exigen un nuevo lenguaje, otro arte de poder de manera de definir y de comunicar de la mejor forma los valores en los que insisten las necesidades del hombre; se requiere de un lenguaje en un sentido amplio, que incluye palabras, conceptos, tonos, cánticos o gestos que niegan de manera radical la lógica neoliberal. El grado que una (r)evolución desarrolla las circunstancias sociales cualitativamente diferentes se perciben a través de una ruptura radical con la continuidad de la lógica neoliberal. Es decir, la (r)evolución debe ser también una ruptura y un quiebre definitivo, final y rotundo con el vocabulario del control que nos insiste en aquel Chile desdoblado, eficiente y feliz solo para algunos y ese otro triste, el que se convierte en un infierno para la mayoría.

No es exagerado plantear el asunto en estos términos porque en todos los aspectos existen dos países, dos realidades y dos formas de vida. Como dije, está el país de la élite, de los que se sienten y se creen triunfadores y los que son catalogados como perdedores porque no están en condiciones reales de convertirse en consumidores de bienes que la mayor parte de las veces son superfluos y que responden a necesidades que son artificiales y materiales. El problema se plantea entonces desde tres ámbitos: el primero es que la forma de vida de la minoría, del que se dice triunfador, es posible a expensas del sacrificio de la amplia mayoría porque contradice los estándares mínimos de una racionalidad de las políticas públicas que tienden al bienestar común. Es tan simple como afirmar que los intereses de la clase poseedora son opuestos y totalmente contradictorios a la satisfacción de las demandas de los sectores populares. El otro ámbito se relaciona con la falta de democracia porque un sistema de estas características, que administra los asuntos públicos en favor

de unos cuantos, debe lograr por por todos los medios a su alcance mantener bajo control al disconforme. Y mientras más son esos disconformes, en la medida en que también van adquiriendo conciencia de su situación y de lo injusto del régimen político, en la forma en que se movilizan y de ese modo radicalizan la propaganda y la agitación, la organización y la batalla en favor de un programa de gobierno concreto, popular, inclusivo, socialmente más justo y equilibrado, racional y defensor de la vida de las personas, más feroz es la reacción dominante; más brutal es la represión que ejercerán sobre los trabajadores, sobre los que queremos vivir digna y honestamente de nuestro esfuerzo. No olvidemos que precisamente estamos hablando de acceso a un servicio tan importante para el hombre como la salud, como lo es el derecho a sanarse sin morir en el intento. Hablamos de eso, de salud, del derecho inalienable a la misma y no de la venta de chorizos. Lo tragicómico es que a pesar de los éxitos de la ciencia del hombre, de las sociales, de las naturales, de las biológicas, de la medicina en todas sus formas, de la física y de las matemáticas, a pesar de todos los éxitos del saber del hombre, el problema en relación a la salud o a la educación continúa siendo el acceso a las mismas porque no pensamos las necesidades desde la perspectiva material- ideal y lo que de ellas se derivan. La salud y la educación siguen siendo derechos para quienes puedan pagar por ellos y en ningún caso un servicio público que tengamos resguardado por ley. En este sentido, nuestra tarea deberá ser la de contrarrestar el auge del afán del lucro en estas cuestiones y plantear la salud y demás como plena conquista de una civilización humana y respetuosa de la vida de las personas. Es el “negocio” de la salud el que deberíamos combatir; de hecho , se tendió así a legitimar el real negociado de la salud privada que contradice cualquier valor en beneficio de la igualdad de condiciones, de la justicia social, etc. En un país democrático, si es a lo que aspiramos como pueblo, el sistema de salud debería ser público en su integridad; debería ser administrado por los actores involucrados en el tema (como los médicos, las enfermeras y sus asociaciones, el sector público y por el trabajador a través de los órganos que lo representan) de manera que cualquiera tenga el derecho a un sistema sanitario en igualdad de condiciones, sin el riesgo de buscar sanarnos en el sistema y así morir en el intento, en algún rincón del hospital público. El derecho a la salud de calidad y de libre acceso debe garantizarse por la sociedad porque este es un ámbito central en la militancia por la vida. Que el duopolio haya legitimado y consolidado un sistema tan aberrante por su extrema mercantilización y por su segmentación nos demuestra que tan lejos están del valor del humanismo y del derecho al bienestar que nos moviliza en la reconstrucción de un Chile solidario, donde tengamos resguardadas nuestras garantías constitucionales a expensas de esos bufones que le rinden pleitesía al capital.

Respecto a la educación que tanto ha desvelado a los clase política que supimos conseguir, que les quita el sueño por la lucha sin claudicaciones de nuestros jóvenes, el asunto no está mejor porque el duopolio conservó y aún legitimó un sistema educacional que prioriza también el afán de lucro y que por eso, al igual que en el caso de la salud, produce una segmentación real e increíble de la población en relación a este servicio tan fundamental para la realización cultural y económica de las personas y para su capacitación. Es simple: el poder capacitarnos, estudiar una carrera sea universitaria o técnica, nos abre otras posibilidades relacionadas directamente con nuestra calidad de vida y condiciones de trabajo. En lo colectivo se vincula con la construcción de un país desarrollado y en continuo crecimiento, cuestión que en Chile hoy no sucede en absoluto. Si bien es cierto que los gobiernos concertacionistas aumentaron significativamente el “gasto” en educación también conservaron las estructuras que nos impuso la dictadura. Para demostrarlo ahí tenemos la municipalización de la educación pública y un sistema escolar con fines de lucro subvencionado nuevamente por el sector público. Otra vez lo será, a pesar que insisten en el libertinaje del mercado. De hecho, la administración pública acaba por intervenir convirtiéndose en garante de última instancia de la educación, al igual que en el caso de la salud o de la acumulación privada del capital. ¿Porqué lo hace, qué pasa que al final interviene en relación a las jubilaciones por ejemplo? Es así porque todos ellos (la salud, la educación y las jubilaciones) no son ámbitos que puedan quedar librados al azar, a la razón del mercado que asigna los recursos en beneficio de quienes puedan pagarlos o en el peor de los casos en favor de quienes puedan financiarlos de modo que se endeudan de por vida. En este sentido, Chile no es nada normal porque garantías constitucionales como la salud, la educación o jubilaciones que son comunes en otros países, en el nuestro no existen a menos que podamos pagar por los mismos. En estas condiciones no podemos hablar de democracia, de justicia o de solidaridad. Más bien hay que referirnos a Chile en términos de autoritarismo, de impunidad y de aquel fuerte egoísmo que el duopolio, con la clase patronal y con gran parte de los militares, representan a cabalidad. Ello se expresa en las diferencias de infraestructura de las escuelas y liceos respecto de la educación privada (tipo de aulas, soportes tecnológicos) y del capital cultural (que tienen que ver con la socialización familiar, con el tamaño de los cursos y con la calidad de enseñanza) donde el asunto de la desigualdad entre ambos sistemas aumenta de acuerdo al grado de escolaridad. Ya no hay excusas: la democracia, las reformas y la justicia siempre “en la medida de lo posible”, basada en un realismo nada mágico sino sustentado ideológicamente en un pragmatismo de lo más oportunista, nos muestra como en estos años de transición, los gobiernos continuaron las políticas de la dictadura que afectan a la educación pública. Dicho lo anterior

tenemos que librar la batalla por la ideología y por el sentido de las cosas. Por eso, la importancia de la educación y de la conciencia de clase. Entonces, respecto a la salud, a la educación o a las jubilaciones antes que hablar de “gasto” público deberíamos hablar de inversión. Es decir, los gobiernos no “gastan” en salud o en educación, tampoco lo hacen en jubilaciones o en la industria y en productos nacionales sino que ellos invierten. Lo hacen porque estos sectores sociales- económicos son fundamentales no solo para pensar en una democracia sino también para militar en beneficio del crecimiento de Chile. La salud, la educación y las jubilaciones deben reivindicarse como inversión, no como un “gasto” público.

Finalmente, sobre la Ley General de Educación suscitada como una reacción a la revolución pingüina, ésta no modificó ninguno de los rasgos esenciales del sistema que impuso la LOCE. Apenas estipuló una mayor regulación del sistema pero sin colocar en ningún momento en entredicho las bases de un régimen educacional que al igual que cada una de las políticas que caracterizan a la lógica neoliberal, caen en el fracaso. La educación debe ser pública en su integridad, tanto a nivel básico, medio, técnico como en el universitario; debemos mejorar la calidad de la misma y trabajar por el acceso libre de todos los que busquen capacitarse. Estas son medidas que hacen a una educación pensada como servicio público, no como un privilegio a la que solo tienen derecho esa clase social privilegiada que usufructúa del esfuerzo de los que vivimos de un salario porque su vida de parásitos, sus lujos, sus viajes y sus autos de colección son financiados con el trabajo de quienes tratamos de sobrevivir con un salario también definido a partir del interés de la élite y no en base a las urgencias del pueblo.

### **La libertad de trabajo, de comercio y los derechos humanos.**

Bajo esas circunstancias es bastante difícil pretenderse democrático ya que la experiencia de este nuevo siglo, del anterior también, nos muestra que un sistema de convivencia más civilizado, plural y respetuoso del hombre está indisolublemente ligado a la justicia social, con la conquista de ciertos derechos básicos- de un mínimo por decirlo de alguna manera- que en Chile no existe. La democracia liberal, sin apellidos, así en abstracto, no lo es en absoluto. De ahí que el duopolio debe explicarnos porqué no cumplió con sus compromisos de democratizar el país y al contrario sustituyó aquel modelo por un régimen neoliberal que es un claro exponente del autoritarismo. No es exagerado decir que la Concertación rechazó toda alusión al carácter crítico y elitista del neoliberalismo, a sus contradicciones y a su sentido conservador. Nunca les importó derrocar a la autocracia en particular, tampoco defender la libertad del hombre ni la emancipación de los trabajadores. Fueron ellos los

que redactaron el código de convivencia y de esta “reconciliación nacional” con la que se desentendieron del juicio contra el dictador y sus genocidas; fueron los que redactaron y pusieron en práctica la más alta traición contra el pueblo, negándole de este modo sus derechos, la oportunidad de cohabitar en paz, con valor y dignidad. De una vez y por siempre descartaron las formas de vida mejores, las que no son serviles a los capitales que nos explotan en beneficio de intereses que solo responden y corresponden a las demandas de los centros globales del poder. Su tarea consiste en racionalizar y consolidar, en hacer aceptable y operable el peor legado de la dictadura de Pinochet: el *libertinaje del mercado* y su *automatismo*. Su posición es oportunista, acaban atentando contra la democracia. Desde esta perspectiva, el duopolio modificó su concepto de *democracia*. Recordemos que en los '80, en plena dictadura y terrorismo del Estado, claramente plantearon que la Constitución de 1980, viciada por su propio origen y fraudulenta, en esencia era antidemocrática; y que debía ser reemplazada por otra que fuera producto de una Asamblea Constituyente libremente electa por el pueblo. Pero, a partir de 1991, cuando Aylwin se encontraba alojado en La Moneda señalaron que la Carta Magna era democrática aunque imperfecta. Bastaría entonces con algunos retoques y el problema del poder quedaba resuelto. Lo que al final no quisieron aceptar hasta hoy es que se trata del tema del poder. Es decir, es éste el que está en juego en nuestro país: si el poder se reconcilia en definitiva con la voluntad popular y con la soberanía nacional, si se coloca en marcha un proceso de recuperación de la voluntad de los trabajadores para de este modo crear un país alternativo al neoliberalismo, a sus odiosidades y a sus dramas, o si por el contrario aquel poder continúa en manos de una élite que usufructuó del mismo vía golpe, a través del bombardeo de la casa de gobierno, de las fábricas, radios y de cuantos se opusieron a sus designios, a sus acciones y sentencias. Aylwin señaló que la transición acababa y que Chile se convertía en la copia feliz del Edén. Era así porque él había decidido que lo fuera. Para los concertacionistas ya existía democracia en Chile pese a la existencia de múltiples cónclaves autoritarios que distorsionan la voluntad popular y a pesar de la persistencia de la nada virtual sino muy concreta subordinación del poder civil y político a la prepotencia de los poderes fácticos en general.

Esta será la democracia y la transición con la que están muy cómodos estos falsos democratas que usufructúan de las necesidades, de las urgencias y esperanzas de muchos chilenos que aún creen en ellos. Ahí están ellos para continuar imponiendo una alegría que finalmente se convirtió en una real decepción porque el arcoiris resultó ser en blanco y negro, no variopinto ni de todos los colores. No hubo defensa de los valores de la pluralidad, de las tendencias democráticas ni reconocimiento de la fuerza y del protagonismo del movimiento popular en la caída de la dictadura. Sin pecar de soberbio

pero tampoco de falsa modestia, fuimos nosotros, la generación del '70 y del '80, los chilenos en general, los auténticos y grandes héroes en esas jornadas de resistencia que nos llevaron a acabar con la dictadura para que luego, de la forma más oportunista posible, la Concertación se adueñara de esta victoria sobre la prepotencia cívico- militar. Los motines, las huelgas y cada forma embrionaria de lucha, donde por lo demás nos jugábamos la vida, fue obra nuestra, del pueblo, no de estos dirigentes que hasta hoy se creen paladines de los derechos humanos. Es importante decirlo porque los rasgos autoritarios de la Constitución ya no los verán como antidemocráticos, no los entenderán como factores que impedían la expresión libre del trabajador, sino solo como elementos que hacían imperfecta esta ley fundamental. Este giro se acentuó más aún cuando en el 2005, luego de la reforma planteada por Lagos que eliminó ciertos dispositivos antidemocráticos de la carta fundamental (como la tutela militar formal sobre el poder de los civiles), la Concertación hizo suya este ordenamiento jurídico conservando el quorum requerido para su reforma y las leyes orgánicas constitucionales. A partir de allí, en un acto totalmente impropio, la proclamarían como la nueva Constitución- la del 2005- que apenas sí reemplazaba la firma de Pinochet por la de Lagos. Los cambios eran cosméticos, superficiales y apenas de forma, no de sentido. Sobre los rasgos fuertemente autoritarios, neoliberales y demás de esta nueva Constitución tenemos la concepción decimonónica del derecho de propiedad que solamente permite su expropiación previo pago al contado del bien cuyo monto es fijado por los tribunales; también se estipula la inexistencia del derecho al trabajo a través de la creación de la libertad del mismo, restricciones para que el sector público intervenga en las actividades empresariales, etc. ¿Dónde está entonces esta nueva ley de la República, la Constitución democrática y la dignidad recuperada luego de la dictadura? Por eso, porque los trabajadores gracias a la lucha de los estudiantes hemos ido tomando conciencia de los que nos pasa como país, porque además hemos perdido el miedo, es que cada día creamos otras formas de resistencia, de oposición colectiva a los dictámenes venidos desde la derecha duopólica.

En cambio y por lo mismo nosotros tenemos que seguir trabajando por la causa de los que vivimos de un salario en estrecho contacto con la teoría y la praxis que profundiza en nuestra toma de conciencia sobre la explotación que el capital ejerce sobre todos nosotros. Nuestra alternativa tiene que ser la de denunciar este estado de cosas reinante y latente, al neoliberalismo y al duopolio como falsa opción de cambio. En estas circunstancias adquiere una importancia vital el destacado interés por lo que nos pasa como país, por lo que ocurre a nuestro alrededor, a nuestros compañeros y semejantes: de eso se trata, de defender la vida de las personas, de mejores condiciones laborales y de la dignidad del trabajo. Ocurre que los asalariados al vivir de un jornal-

cuyo monto define su poder adquisitivo- ese mismo salario de hecho tiene mucho que ver con la calidad de vida del hombre. Por esto urge destacar nuestras discrepancias con el economista y con el dirigente de la derecha duopólica ya que sus falacias y mentiras nos inundan por doquier. Hace más de 200 años que prometen que el crecimiento y el desarrollo vendrá, que tenemos que ser pacientes. Plantean entonces las teorías del *libertinaje del mercado*, de la *desregulación*, de la *flexibilización* y la *tercerización* del trabajo ajeno, también las del Estado de Bienestar. Nos hablan de la teoría del derrame, del final de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases; al fin lo único auténtico es que desde la independencia, desde antes incluso, desde el descubrimiento y desde la conquista, de la colonia, que el país no cambia en términos estructurales: los mapuches continúan siendo reprimidos por el Estado, el trabajador sigue siendo explotado y la élite continúa siendo parte de una clase parasitaria que vive del esfuerzo y del trabajo ajeno. ¿De qué democracia estamos hablando? Por esto mismo, la negación radical del orden establecido es una prioridad cuando logramos descifrar los mitos y la fábula de un régimen político que nos demuestra cuan antidemocrático es: la comunicación de una nueva conciencia dependen cada vez más de un léxico del poder característico del trabajador. El problema es que esa comunicación está monopolizada y validada por el neoliberalismo y su concentración de la propiedad. Sin lugar a dudas, en su materia prima, el lenguaje de la negación y del rechazo al régimen y al orden establecido siempre es el mismo que la gramática de la afirmación del Estado capitalista y de los regímenes en los que se manifiesta políticamente hablando. Por su parte, la continuidad de esta lingüística, del arte de resistencia de los trabajadores, se reafirma como arte de poder, de las posibilidades del cambio, después de ocurrido aquel acto de la (*r*)*evolución* como toma del poder. El lenguaje de la acusación y libertad de los hombres, aunque comparte su significado, verbos y su vocabulario en general con los dominadores en cuanto que nuestro arte de los trabajadores busca imponerse, encuentra su propia validez en el hecho de que los sectores populares somos la gran mayoría y así tenemos todo el derecho a ejercer ese control sobre la élite. En esas circunstancias, los trabajadores como clase, en solidaridad los unos con los otros, plenamente conscientes de la función que nos corresponde históricamente, lo que buscamos es radicalizar la lucha para de ese modo concretar la idea de libertad, de justicia y de igualdad que en nuestras manos, siempre como parte de la cultura del pueblo, efectivamente alcanza un nuevo significado, el que siempre debió tener y que el capital le niega: el de la primacía de los derechos humanos para desde esta condición establecer esa otra realidad por la que batallamos sin descanso. Actualmente, la ruptura con el vocabulario y con el poder dominante, del orden establecido digo, deberá ser por esto mucho más radical, no puede dar el brazo a torcer.

Es un fenómeno conocido que la cultura y que el saber del pueblo desarrolla su propio lenguaje, sacando de su contexto las inofensivas palabras y citas de la comunicación cotidiana dominante para así usarlas contra la misma en la designación de objetos o actividades que en manos del saber de la élite son convertidas en tabú. Este mundo con un discurso resistente del pueblo, de la posibilidad de hacernos responsables de nuestro destino, será subversivo por esencia; y esta actividad de transformación radical actualmente se anuncia en el lenguaje, en las acciones y en la lucha de los militantes del movimiento social. Se trata de negar lo establecido, la legalidad heredada de la dictadura. Es la única manera realista en que la (*r*)*evolución* toma posesión de los más sublimes conceptos de la civilización y los redefine en beneficio del hombre y sus necesidades material- ideales.

Todavía están aquellos ingenuos u oportunistas que creen en esta falsa transición, que ésta hará las reformas en beneficio de las demandas que desde la calle exige el movimiento social. No entienden que el duopolio no surge como resultado natural de la necesidad de cambio en beneficio de los actores que representan y que son parte de la cultura popular, o que no constituyen un programa revolucionario, de aquella transformación profunda que busca hacer de Chile una mejor sociedad. Ellos no podrían hacer estas reformas ya que están comprometidos ideológicamente con el neoliberalismo y con su ley. Por eso aprueban una Constitución antidemocrática, que no resiste el mínimo análisis desde un punto de vista racional. Hay que insistir en esto porque esta es la Constitución que apoyan los líderes del duopolio. No una surgida desde las bases más profundas del pueblo sino una que se impone desde las usinas del poder, a partir de los intereses de esos cuantos que desde siempre, inclusive desde los albores de la independencia y siendo dueños de la Hacienda, de los esclavos, indígenas y mucho más, han controlado la vida de todos en beneficio de su manera de producir mercancías. Son los que mercantilizan nuestras vidas y la dignidad del hombre. No les importa porque detrás de ese proceso de mercantilización está la defensa de la acumulación privada de capital. No interesa porque la doctrina que los moviliza no acepta ningún diálogo en el camino hacia el dominio, que a su vez involucra la perdición de los sectores sociales más vulnerables. No exagero porque la tercerización y la flexibilización del trabajo ajeno, del esfuerzo y de las esperanzas de cada uno, de la mayor parte de los chilenos que sobrevivimos, ha sido de tal magnitud que en nuestro país los sectores populares somos los que intentamos educarnos, sanarnos, alimentarnos, divertirnos y vivir a partir de un jornal de antemano definido en su carácter adquisitivo real por la clase patronal. En realidad, en Chile conseguir un trabajo no significa salir de la línea de pobreza y eso por lo magro de los salarios. Es decir, estamos en un país donde pobres son la mayor parte de quienes trabajan. De todas formas,



el neoliberalismo cuenta con sus estrategias para que los desfavorecidos puedan aspirar a una vida y consumo que nunca tendrán: ahí entra en acción el financiamiento a través de la tarjeta de crédito; menudo negocio del que hablo. ¿Notaron que en Chile las cuentas están hechas para no pagarse, para que el trabajador pase su vida cancelando intereses de modo de alimentar por siempre la especulación en que basa la economía neoliberal? El problema es que llegado a cierto punto, el trabajador ya no usa el crédito para comprar una notebook, una laptop, el último modelo de LED, ropa, zapatillas y demás sino que usan y abusan de ella para comer, para satisfacer necesidades que son básicas. Si hay algo más deprimente, brutal e injusto es quien paga el supermercado en tres, seis o doce “cómodas” cuotas mensuales.

Es importante entonces tomar conciencia. Si no pasa de esa manera, si no trabajamos por esta conciencia, por las reales necesidades de todos, el arte de resistencia y de poder del pueblo se convierte en una revuelta, salvaje, pero revuelta que al final siempre es temporal, que por eso acabará absorbida en las galerías del arte contemporáneo, dentro de las cuatro paredes de la misma, en la sala de los conciertos y en el mercado. Por si no fuera suficiente es adornando en las plazas y vestíbulos de los prósperos establecimientos del negocio del espectáculo y la farándula. En ese preciso momento, cuando el arte pasa a formar parte de la banalidad y entretenimiento de los pudientes es cuando sin que importe lo afirmativa o realista que pueda ser la obra, el artista le ha dado una forma que no es parte de la realidad del hombre que trabaja. La obra es irreal precisamente en tanto que es arte dominante. Por el contrario, bajo los designios del régimen popular la novela y la obra literaria, un tratado o declaración no es un relato periodístico, tampoco naturaleza muerta porque está viva, es un arte de poder de resistencia popular y a su vez profundamente realista; no un envase de cartón o de plástico que adquiere su significado en los escaparates del supermercado. A no dudarlo, la posibilidad libertaria de la tecnología, de la técnica y de la ciencia está contenida dentro de la matriz de la realidad dada: la manipulación calculada de la conducta humana, la frívola invención del desperdicio, de la chatarra lujosa y la experimentación con los límites de la destrucción, son signos inapelables del control de las necesidades materiales, las que se manifiestan en provecho de la explotación y del orden vigente. Sin embargo, liberada esas necesidades de la servidumbre, de la explotación del hombre, la batalla del pueblo, esta vez apoyada por los logros continuos de la ciencia, está plenamente capacitada para dirigir su producción, su circulación y su distribución de las mercancías a la reconstrucción radical del régimen en términos inclusivos. En otras palabras: la transformación sólo es concebible como el modo por el que los trabajadores libres (o, mejor, el hombre entregado a la acción de liberarse a sí mismo) configura su vida de forma solidaria para así reconstruir un medio

ambiente en el que la lucha por la existencia pierde su valor repugnante y agresivo. La forma de la libertad, de la fraternidad e igualdad no es solo la realización en términos del éxito material, sino que fundamentalmente se expresa en metas que engrandecen, que protegen y que unen la vida sobre la tierra. Y esta autonomía encontraría expresión no sólo en la modalidad de las relaciones de producción, sino que además en las relaciones individuales que establece el hombre en su lenguaje y en su silencio, en sus gestos y en su mirada, en su sensibilidad, en su amor u odio por la Humanidad.

Por lo anterior, quiero detenerme en la idea de la *libertad de trabajo* ya que me parece fundamental para entender la ideología que moviliza a este sector político que denomino derecha duopólica. En realidad, la (r)evolución francesa, con su lógica e iluminismo, con su triunfo de la razón por sobre la superstición del régimen feudal, con la llegada de la ciencia y del positivismo que acabaría con la especulación filosófica y demás, que manda al infierno al fundamentalista, también con Robespierre y con su terror, con Rousseau y su militancia por la igualdad, con el reemplazo del taller artesanal por la fábrica y su máquina a vapor, con sus aviones y sus autos, con sus computadoras y con la modernidad, con los avances en medicina y con la declaración de los derechos humanos, con el final de la monarquía absoluta, con la toma de la Bastilla, inclusive con la efímera Comuna de París, con la declamación de la dignidad de las personas, con el triunfo de la independencia americana sobre el colonialismo, con el fin de la mita y de la esclavitud de los indígenas, con la generalización y dominación de las mercancías según sea el caso, con el avance de la productividad del trabajo y con el abaratamiento de los costos de los bienes y servicios, con todo eso y a pesar de su profunda vocación que en teoría se planteaba como democrática, los revolucionarios de esa Francia, los capitalistas con su nueva manera de producir, de circular y distribuir los bienes por todos generados, no fueron capaces de cumplir con sus promesas de igualdad, libertad y fraternidad. No lo hicieron porque el capitalismo, su manera de hacer cada cosa es un sistema esencialmente injusto: se basa en el usufructo del esfuerzo ajeno mientras la minoría, la clase parasitaria, goza de los privilegios, de las granjerías y de las ganancias extraordinarias emanadas de ese Estado capitalista. De hecho, en manos de esos sicarios de la dignidad, donde los líderes del duopolio son sus claros exponentes, la *libertad de trabajo* se transforma en la posibilidad concreta de aplicar la flexibilización y la tercerización laboral al tiempo que la *libertad de industria* justifica la explotación de los hombres por parte del capital, inclusive la expoliación de otros pueblos, el genocidio, la guerra y el colonialismo tanto en su expresión antigua como moderna. En el caso de Chile, el neoliberalismo y su libertinaje del mercado justifica un orden político, jurídico, económico, legal y cultural que somete a la mayor parte de la población a los designios de unas cuantas

familias que son dueñas no solo de nuestros recursos y materias primas sino también de nuestro trabajo y vidas. Esa es la democracia que deberemos combatir. La sociedad humanista entonces se compone de tendencias que por supuesto lo que hacen es reivindicar las necesidades material- ideales, no todo este tremendo drama que nos impone el Estado capitalista en su versión profundamente reaccionaria. Una de ellas es el carácter tecnológico en el proceso de producción que con la disminución de la energía física del trabajador requerida para llevarlo a buen término y su reemplazo por energía mental, logra la desmaterialización del trabajo. Al mismo tiempo, un sistema de maquinarias y una técnica cada vez más automatizada, que ya no será usada como sistema de explotación, permite el distanciamiento del trabajador en relación a los instrumentos de la producción del que habla Marx como proceso previo al fin del capitalismo:

*... los trabajadores dejarían de ser los agentes principales de la producción material y se convertirían en sus supervisores y reguladores.*

En otras palabras, acá Marx se refiere a la aparición de un sujeto libre dentro del reino de la necesidad que trasciende el materialismo de la lógica dominante. Desde ahora, los logros de la ciencia y de la tecnología aplicada nos permite hablar del ocio productivo, de ese que crea valor. Lo interesante es que las necesidades materiales se vuelven cada vez más susceptibles a la forma estética de las urgencias material- ideales lo cual elevará su valor en todo sentido. También hay que considerar que no es fácil esta conversión en relación a las necesidades del hombre porque dentro de la matriz capitalista el increíble crecimiento de la productividad del trabajo refuerza la aparición del lujo, del derroche, del comercio de bienes tecnológicos que vislumbran y de accesorios que se convierten en símbolos de posición social. Lo dramático de la globalización bajo los parámetros del régimen neoliberal es que este mercantiliza absolutamente todo, inclusive la vida de las personas. De hecho, los mejores “negocios” a nivel global son la venta legal o ilegal de armas, el tráfico de personas para fines de explotación sexual o laboral, el narcotráfico, la venta de medicamentos, la prostitución y el complejo militar- industrial que favorecen a los dueños del mundo. Después este dinero mal habido será lavado en los paraísos fiscales para ingresar al mercado de la especulación y las finanzas. De ahí que la forma de acumulación de los capitales se hace a expensas de la vida de los hombres; por lo mismo está manchada con el sudor, con las lágrimas y con la sangre de millones de seres humanos.

Esta misma tendencia de la producción y del consumo, que contribuye a la abundancia y a la “atracción” que el neoliberalismo intenta recrear entre los sectores populares, es la que ayuda a perpetuar la “necesidad” material de

producir y consumir lo que no nos urge; me refiero a esos bienes que crean necesidades donde no las hay para convertirnos así en eternos insatisfechos: esta será la sociedad que defiende y que aspira la derecha duopólica en el poder. Busca que seamos eternos insatisfechos, que estemos adormecidos por un consumismo banal y por una farándula horrible que se convierten en los métodos para mantenernos al margen, como insatisfechos, consumidores. Lo trascendente es que los antiguos lujos se convierten en necesidades básicas, sin las cuales no podríamos vivir; se convierten en desarrollo elemental que bajo el neoliberalismo amplía el negocio competitivo de la vida, orientándolo a satisfacciones recién creadas, meramente materiales, para así continuar sometiéndonos bajo las consignas del libertinaje de los mercados y de otra serie de sentencias que hacen a la mercantilización de los hombres. La fantástica confección de toda clase de productos desafía al trabajador, al tiempo que restringe y distorsiona la conciencia por aquella transformación: le imparte la forma de mercancía como única opción socialmente válida. Es la manera en que la producción capitalista incrementa su señorío sobre la existencia humana; se comprende que no hay relación posible con la libertad del trabajador o con la del comercio, ni siquiera con esa libertad a secas, la que se relaciona con los derechos formales. Incluso en momentos de crisis hasta estos derechos abstractos son sacrificados en favor de la élite. Hay que tener en claro que bajo el capitalismo la banca siempre gana. Y con todo, por las consecuencias que provoca esta difusión de la forma de las mercancías, la ética social y política opresora que sostiene al sistema, es rechazada porque no cumple finalmente con sus promesas de una calidad de vida mejor para la mayoría. Intentó hacerlo en una época, en la etapa del mal llamado Estado de bienestar pero posteriormente y por la necesidad de subir la tasa media de la ganancia del capital, se impuso el neoliberalismo que no tiene ningún límite para mostrarnos el auténtico rostro del capital. La contradicción entre la posibilidad de la emancipación de la tecnología que busca el cambio, una vida más ligera y despreocupada en términos material- ideales por un lado, y la intensificación de las batallas por una existencia apenas material, por otro, genera en la población ese combate que se manifiesta en la agresividad que la élite dirige y que la lleva a reaccionar contra el enemigo interno.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> No olvidemos que este último concepto- el del *enemigo interno*- es la idea base de la *Doctrina de Seguridad Nacional* que se vuelve contra los que no estamos conformes con el régimen, contra los que militamos por el rechazo absoluto y que por lo mismo no aceptamos que se prescinda de nuestras, convicciones, derechos, metas y objetivos. La agresividad de la patronal se expresa en la experiencia mutilada, favoreciendo la reconstrucción de una conciencia y necesidades superfluas; también se traduce en la nada simulada represión, en el matonaje contra el trabajador que no tiene garantía alguna de acceder a una salud pública de calidad, de libre acceso. Y todo esto ocurre en un país que como Chile depende de un sistema represivo que entonces busca acabar con la alternativa

Mientras la imagen del potencial libertario de la tecnología moderna es reprimida por el tecnócrata, que al fin de cuentas es el administrador de la represión de los consumidores cautivos, la misma motiva la oposición radical que nos conduce a su vez a la (*r*)*evolución permanente* en la medida en que nos imponemos como clase social protagónica de la historia. Este cambio es diferente de la revolución de otras épocas porque es un rechazo profundo que se dirige contra todo un Estado que no funciona eficientemente. Es la rebelión contra este burdo materialismo de la élite gobernante la que aísla a la reacción y reivindica a la mayoría integrada propiciando de esa manera la movilización de la política transformadora.

### **La consolidación de la institucionalidad neoliberal.**

En el programa de gobierno que la Concertación presentó y por el que finalmente Aylwin fuera elegido Presidente, claramente se hacía alusión a un modelo alternativo al régimen autoritario de la dictadura conducida solo en lo formal por Pinochet. Se planteaba un sistema económico justo, que fuera más allá del neoliberalismo porque se basaría en la idea de la defensa de los derechos humanos que por supuesto incluían medidas en favor de la plena satisfacción de las urgencias y demandas del pueblo. No lo hicieron porque en vez de combatir por la implementación de un régimen así, por un modelo de país que promoviera la justicia, donde los trabajadores no se convirtieran en simple mercancía al servicio del capital, que en definitiva sustituyera el libertinaje de los mercados y la hipocresía que inunda por doquier a la clase dominante, en vez de ello digo, de reivindicar la batalla por la nuestras vidas, defendieron el proyecto de la dictadura. Hicieron suya la idea de un Chile que se refundaba en la lógica neoliberal extrema donde de ahora en adelante se promovía el consumo desenfrenado- uno sin límites ni sentido- que nos convertía en consumidores de necesidades artificiales; se promovía el lucro a como de lugar, con todo lo que eso significa e implica, la atomización social, el egoísmo antes que la solidaridad y el individualismo antes que el ocuparse por la suerte y por la vida de nuestros semejantes. Este círculo se cerraba con la concentración de la riqueza en apenas unas cuantas manos, las de siempre. En la parte teórica se privilegió la orientación económica prohijada por los Chicago Boys, con Friedman a la cabeza, cuyas tesis, su monetarismo y demás, no solo no resisten el mínimo análisis racional sino que sus medidas, ahora aplicadas en el campo de batalla de nuestro Chile, son responsables de las grandes crisis. No importa: ahí están seudointelectuales como Popper y su racionalismo crítico, Fukuyama con su fin de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases para intentar imponernos la “conciliación” entre las

---

libertaria, la que se manifiesta en el movimiento social- popular.

mismas porque esa estrategia es funcional a la democracia de los consensos o en la medida de lo posible que por ello es una inconsistencia y un desvarío teórico en la que los trabajadores no podemos confiar. Ahí está también la guerra de civilizaciones de Huntington y el idealismo apologético, ingenuo y abstracto que se muestra como una opción al materialismo. Por último, hay que referirse a Pareto y a su degradación de las ideologías o a Parsons con su tecnopolítica, con sus parámetros sobre el equilibrio del régimen.<sup>12</sup>

Por el combate librado anteriormente por el pueblo chileno- que puede sintetizarse en la creación del poder popular en la etapa del gobierno liderado

---

<sup>12</sup> La inconsistencia de la actual filosofía idealista (que es un bagaje cultural que en su momento sería superado por la propia experiencia y la necesidad de libertad del hombre pero que así y todo se niega a morir al ser funcional a los intereses del Estado y al modo capitalista de hacer las cosas, de organizar la sociedad) se pone de manifiesto en la resistencia que ésta opone a los avances de las ciencias y a los movimientos sociales progresivos que precisamente intentarán construir regímenes que traigan no solo mayor bienestar y beneficio al pueblo sino además mayor previsibilidad y racionalidad respecto del mundo que habitamos. Es por lo anterior que este *idealismo metodológico* siempre ha sido combatido por la protesta tanto del científico insobornable- quien se muestra como firme en su espíritu, en sus convicciones y en sus valores- como por todos esos hombres de mejor voluntad que colocan las necesidades, urgencias y demandas del trabajador por encima de los intereses de acumulación privada del capital. En este aspecto, es interesante constatar que cada día son más reñidas las batallas que se libran entre la concepción materialista de la historia y la idea del mundo de los idealistas que responde a una verdad capitalista que no da para más, que no es posible en el largo plazo y que entonces es irracional porque no está capacitada para conducir al bienestar del hombre. Al frente de estas batallas van los marxistas desde el momento en que se convierten en los grandes impugnadores de los valores, de las fantasías y de la reacción política- espiritual de la élite y de aquellas retrógradas doctrinas filosóficas y fábulas sociales funcionales al neoliberal. De lo que se trata es no solo de denunciar las consecuencias del idealismo en la vida cotidiana de los hombres, de la manera en que ésta degrada las necesidades del pueblo (de hecho plantea la utopía e invalidez, incluso la irracionalidad de las demandas del trabajador) sino que también hay que insistir en que los escritos y obras de los falsos pragmáticos y positivistas no son capaces de elevar la dignidad del pensamiento filosófico; el saber de los hombres necesariamente debe ser expresión de los intereses y aspiraciones de todos. Lo importante del saber es que su origen se remonta al pueblo. Lo otro son apenas ideas funcionales a la necesidad de control de la élite (que son una minoría) sobre la conciencia y el sentido común de los asalariados, que somos la amplia mayoría y los protagonistas de la historia en la medida que asumamos el rol que nos corresponde. La filosofía y el saber no son solo un “análisis del lenguaje” o la búsqueda de cierta verdad sino que es la teoría de la emancipación. Ahí tiene mucho que aportar el materialismo marxista.

Desde esta nueva perspectiva, lo que hará la filosofía idealista es dejar inerte al pueblo, quieto, conforme, desmovilizado, con resignación y paz del alma. Sin embargo, semejante sujeto además de ser esclavizado por los mitos del modo y Estado capitalista, transformará su conciencia en un ente embriagado de ilusiones que bordean el absurdo más brutal. Entonces, se trata de entender que el espacio que nos deja vacante el idealismo

por el Presidente Allende- quedaría en claro que los trabajadores de nuestro país nunca habrían escogido libremente la implantación de un régimen que como el neoliberalismo atenta contra la vida de las personas. Era necesaria la dictadura, la reacción de una derecha que nunca ha sido democrática, que siempre recurre a la sedición y a la conspiración, a la lucha callejera violenta y al desabastecimiento artificial, a la represión, al boicot y a la violación de los derechos del hombre cuanto el asunto se le complica, cuando entienden que el poder se les va de las manos por el protagonismo del trabajador en la gestión del gobierno. Debemos considerarlo porque la élite es autoritaria,

---

debido a sus debilidades y ruindades de ahora en adelante lo ocupará el materialismo, ese que nos desafía a cambiar la realidad en beneficio de los trabajadores. Y otro mundo será posible en la medida que nos movilizemos y organicemos para el combate. Lo es porque si analizamos la realidad desde la época de Marx hasta hoy, si la pensamos en toda su concreta complejidad, no queda más que aceptar que al materialismo histórico se llega no solamente a través de una intensa labor social o por la militancia política sino también por la lógica y consecuencias de muchos descubrimientos científicos de valor incalculable para la humanidad que nos prueban hasta la saciedad la verdad que le asiste al marxismo. El ejemplo paradigmático, el que más me impacta, es la teoría de la relatividad de Albert Einstein que simplemente nos muestra los nexos inseparables que unen y existen entre el espacio, el tiempo y la materia y su correspondiente movimiento. De hecho, a partir de ésta queda confirmada la doctrina del materialismo dialéctico acerca del espacio- tiempo, del cómo comprender la forma de la existencia de la materia en particular y de la física nuclear en general; nos revela también la estructura del núcleo atómico descubriendo así un gran número de partículas elementales de la materia, proporcionándonos a su vez nuevos argumentos en favor del materialismo marxista. Lo hace porque nos revela que la materia es inagotable y que la multiplicidad de sus formas es infinita porque implica movimiento y evolución.

No especulo porque los avances conseguidos en las ciencias físicas y naturales se acompañan de profundos éxitos en la biología, en química y en fisiología. De hecho, esas realizaciones teóricas lo que hacen es favorecer un extraordinario progreso de la técnica que bien usada nos ayuda a mejorar la calidad de vida de los hombres. Las que podríamos catalogar como las tres grandes conquistas científicas y técnicas de este nuevo tiempo (el uso de la energía atómica, la electrónica y los cohetes) en la práctica se traducen en el inicio de otra era en la historia de las fuerzas productivas de la humanidad debido a que se aumenta inconmensurablemente su poder sobre la naturaleza. En otras palabras, significan una (r)evolución en la forma que se producen, circulan y se distribuyen las mercancías. Esos descubrimientos y realizaciones confirman la verdad del materialismo dialéctico y muchas veces, aunque no lo reconozcan, llevan a los positivistas a revisar su idea del mundo. Es decir, este asunto es trascendente en el sentido que aquellos descubrimientos, quienes los controlan y demás, están directamente relacionados con la manera de producir las mercancías que a su vez define la lógica del país en que queremos habitar: si en uno donde la producción se distribuye a partir de los parámetros del bienestar común o en ese donde se hace bajo la razón implacable de la acumulación privada de los capitales. De lo anterior deduzco que plantear una política de distribución de la riqueza e ingresos va más allá de lo que comúnmente se cree porque se trata de cómo definir la forma de producir, de circular y de distribuir los bienes por todos generados, lo que a su vez implica cierta

atenta en cada circunstancia contra los derechos, conquistas e intereses de los asalariados. De hecho, lo que Pinochet como bufón al servicio de los reales dueños y monarcas de Chile le aportaría al equipo económico, al tecnócrata neoliberal, fue algo de lo más valioso: el ejercicio sin restricción alguna del poder político necesario para materializar las transformaciones que requería el Estado capitalista para de este modo elevar la tasa media de la plusvalía de la patronal. Es decir, sin una política basada en el terrorismo del Estado, que a su vez se fundamenta ideológicamente a partir de la *Doctrina de Seguridad Nacional* donde somos los trabajadores el *enemigo interno*, el irracional que se opone al crecimiento, al desarrollo y a la pujanza del país, la clase popular no habría aceptado la obra económica -social liderada en lo formal por el dictador: la tarea no sería menor porque se desmantelaron todas y cada una de las funciones y el rol de intervención que le correspondía al sector público en el proceso de producción, de circulación y distribución de los bienes, en la regulación y el control sobre las principales variables de la economía y una serie de otras políticas que en su momento fueron desarrolladas a favor de la protección social y la igualdad de oportunidades; a la destrucción del poder de los sindicatos, de los cordones industriales, de las juntas de vecinos y los colegios de profesionales- técnicos, a la introducción de un sistema de salud, de educación y previsión basado en el afán desenfrenado de ganancia y lucro, a las privatizaciones de las empresas públicas efectuadas a un precio vil y en favor de los grupos económicos, a una ley de concesiones mineras que daba lugar a la reprivatización de la mayor parte del cobre y un largo etcétera, le siguió la persecución de todos aquellos que se oponían a este nuevo país.

En Chile el neoliberalismo no se habría impuesto sino por la fuerza, con el bombardeo de la Casa de la Moneda, de las radios, de las fábricas o de los cordones industriales y de todos los que no aceptaban la nueva situación; dije que no habría sido posible el neoliberalismo sin el terrorismo de Estado. Pero, tenemos que tener cuidado con estas afirmaciones porque en muchos

---

idea del país y del mundo.

Para terminar habría que decir que entre los hombres de ciencia y los filósofos adheridos al positivismo están quienes se sienten dominados por la duda, quienes además muestran simpatías por el materialismo y así se acercan a él. Por eso, en relación a las ciencias sociales como herramienta de libertad, los descubrimientos aquí aludidos, al igual que otros, tienen un increíble valor porque quebrantan la antigua concepción idealista y metafísica y coloca en primera fila el análisis del mundo desde la visión dialéctica del hombre y de la realidad que nos toca vivir y sufrir. Lo interesante es que este es un primer paso, importante por lo demás, porque conduce a esa conciencia que nos desafía a plantear otro mundo, uno mucho más justo, ese donde la explotación de los asalariados por parte del capital no es posible porque incluso este último, al capital me refiero, queda bajo la supervisión y la lógica de la satisfacción de las demandas de las mayorías, de todos los que desde siempre intentamos vivir con nuestros salarios en una sociedad donde esas remuneraciones y jornales son definidos de antemano por la patronal.



otros países los parámetros y reformas centrales en favor del libertinaje del mercado se hicieron en democracia. En definitiva, debemos reconocerlo: el Estado capitalista en su versión neoliberal a veces cuenta con una infinidad de recursos muy eficientes para imponer sus puntos de vistas, para continuar defendiendo sus demandas. De hecho, el capitalismo tiene una increíble capacidad para sobrevivir y para reciclarse. ¿Cuántas veces hemos predicho el final de la manera capitalista de hacer las cosas? Y sin embargo ahí está. ¿Alguien llegó a pensar que China negaría el legado de Mao? ¿Alguien creyó que el socialismo francés, que el comunismo italiano o que la “izquierda” chilena terminarían por mutar en diferentes agrupaciones y partidos políticos que estabilizan el régimen neoliberal? Por lo anterior, por estos retrocesos, debemos entender que la batalla se libra de forma continua y en cada espacio donde se expresa el poder de decidir sobre los asuntos que nos incumben. La *(r)evolución* no solo es *permanente* en el sentido que se consolida a través de los años sino porque el combate por la supremacía es constante, sin descanso ni claudicaciones. Necesitamos no de los que luchan un día o en su tiempo libre sino de quienes dedican su vida a favor del bienestar. Requerimos de los imprescindibles, al modo de Brecht, dramaturgo y poeta alemán que con sus versos, conciencia y con su militancia combatió en favor del desposeído. Al respecto, la constelación política que prevalece en nuestro país, o sea, la necesidad objetiva de un cambio radical donde aún perdura el neoliberalismo con su odio y con su resentimiento, y la parálisis del pueblo, parece típica de una situación no revolucionaria pero que sí antecede a la *(r)evolución*. El paso de aquella etapa de quietismo y de fuerte desilusión hacia el arte del rechazo y de la resistencia para al final derivar en el lenguaje de poder del trabajador que todo lo puede, que altera el régimen en su generalidad, la transición desde la primera a esta segunda época, presupone el debilitamiento de la represión que la élite ejerce a través del sistema. Y esta debilidad crítica para seguir reprimiendo a placer se produce porque precisamente es notorio que el neoliberalismo no está capacitado para resolver los asuntos del pueblo.

De ahí que el trabajo militante a favor de la conciencia por el cambio es una prioridad, es una cuestión de vida y muerte ya que el capitalismo y su régimen atenta incluso contra la posibilidad misma de continuar con la vida en nuestro planeta. Y lo hace con la reivindicación de necesidades materiales que depredan los recursos, la naturaleza y todo lo que se le interponga. Es el carácter preparatorio de esta labor militante el que le da su significación histórica al proceso que va desde el quietismo al arte de la resistencia de los trabajadores: se trata de desarrollar en los explotados por los dueños del capital, la conciencia que nos ayuda a combatir y a aflojar la presión de esas esclavizadoras necesidades que nada satisfactorio aportan a nuestra vida. Pasa que las necesidades materiales perpetúan la dependencia al sistema de

explotación lo que en lo personal me parece un precio muy alto a pagar por un consumismo que al final no tiene sentido. Sin esta ruptura, sin el tránsito desde un momento al otro, que sólo puede ser el resultado de una educación política en acción, aún la más elemental, la más inmediata fuerza y rechazo absoluto, puede ser derrotada o convertirse en base de la contrarrevolución.

Naturalmente, el comercio y el afán de lucro que pareciera que todo lo puede, que tiene gran ímpetu, ha invadido esta rebelión y el rechazo del que he estado hablando. Hizo de éste un negocio muy serio, uno que no se está con rodeos ya que se trata de coaptar por cualquier medio y recurso- incluso a través de la fuerza- a los siempre disconformes, al “enemigo interno”. Lo que importa no es la más o menos interesante psicología de quienes protestan o las insólitas formas de hacerlo, sino el motivo de la manifestación, es decir, contra qué se dirige la protesta anunciada y el rechazo de los disconformes. A modo de ejemplo, las demandas por una reforma estructural del sistema educativo chileno- suficientemente urgentes por sí mismas- lo que buscan es contrarrestar la falta de oportunidades para nuestros jóvenes, la escandalosa desigualdad que nos coloca entre los peores del mundo, el fin del lucro y en definitiva entender nuestra educación, al igual que la salud, como un servicio público que debe ser garantizado por el régimen político y sus instituciones. En esas circunstancias, también debemos combatir la engañosa neutralidad y la “objetividad” de la enseñanza para dotar al estudiante de los instrumentos conceptuales necesarios para realizar una crítica sólida y bien a fondo de la cultura material a la que somos sometidos todos los trabajadores. Al mismo tiempo, lo que se pretende es abolir el carácter clasista de la educación y eso el duopolio lo sabe muy bien. De estúpidos no tienen nada, de reaccionarios bastante. Entienden que estas transformaciones conducen a una ampliación y desarrollo de la conciencia de los sectores populares que está eventualmente en condiciones de eliminar la farsa ideológica y política de la “democracia en la medida de lo posible” que oculta los terribles rasgos de una sociedad con su también hipócrita “democracia de los consensos”. A esta altura, el desarrollo de la conciencia del trabajador en beneficio de la transformación es la función, la tarea y el sentido principal de cualquier manifestación o expresión del movimiento popular. El saber y la educación son trascendentes (respecto al mundo de los objetos, respecto de la realidad) no sólo en un sentido epistemológico, sino sobre todo en cuanto va contra las fuerzas represivas de la vida: es político. La negación del derecho a la actividad militante del movimiento social en general, el desmerecer la lucha de los que buscamos un país mejor o el insistir en las necesidades que son apenas materiales, son todas medidas que atentan contra nuestra vida: perpetúan la separación entre la razón teórica y la práctica que reduce la efectividad y el alcance de la inteligencia y de la batalla a favor del bienestar común. Ahí se

nos revela nuevamente la idea del saber como herramienta de poder, de dominio de los unos sobre los otros, de una minoría sobre la mayoría. Así, las demandas por la educación al modo que exigen los estudiantes impulsan al movimiento mucho más allá de la universidad: lo conducen a la calle, a las avenidas, a las alamedas de las que nos hablara Allende, al barrio y a las poblaciones, a las fábricas que aún persisten a pesar del libertinaje de los mercados, a las minas de cobre, al almacén del vecino y a todos los espacios donde se manifiesta el poder de los dominantes. Es decir, cada manifestación que tiene que ver con el rechazo absoluto al sistema se dirige directamente a la comunidad. Y la fuerza motora es la negativa brutal a crecer bajo esta nueva “normalidad”, a madurar y actuar eficazmente en y para una sociedad que como la neoliberal simplemente nos somete. Entonces, considerando los aspectos estructurales de Chile vemos que en estas últimas cuatro décadas no solo existió un tremendo retroceso en términos democráticos y en todo sentido respecto de la situación precedente (me refiero al gobierno de la UP) sino que tampoco hubo cambio alguno y de cierta relevancia entre 1990 hasta la actualidad. La estrategia del duopolio, de la democracia y de las reformas “en la medida de lo posible”, para lo único que sirvieron es para legitimar el sistema como una opción válida de poder. Desde la asunción de Aylwin a la fecha se observa el mismo Plan Laboral, todavía están las isapres y las AFP; continúa la LOCE y se sigue con la ley de concesiones mineras, con la normativa que regula las universidades y con el mismo rol subsidiario del sector público. No olvidar que en nuestro país no vivimos en democracia sino bajo los dogmas neoliberales que basan su sistema social en la idea del *enemigo interno*. Entonces, a la reforma y a la democracia en la medida de lo posible tenemos que llamarla “en la medida que favorece al duopolio. En otras palabras, solo es posible siempre que no contradiga las necesidades, las demandas y la forma de vida dominante. Es precisamente por esto que urge pensar y actuar en términos de rechazo absoluto, en favor y en beneficio del hombre pleno, del ser genérico de acuerdo a Marx y a Engels. Es importante hacer referencia a los padres del socialismo científico porque no son clásicos. Por el contrario son dos autores y luchadores plenamente vigentes. Basta ver la manera en que somos explotados cada día para reafirmarlo.

Marx y Engels están plenamente vigentes, son actuales digo, porque al final vivimos en una sociedad que se funda en obligar a la vasta mayoría de la población a ganarse la vida en empleos mediocres, estúpidos, inhumanos e innecesarios; en un sistema que maneja sus prósperos negocios, de la salud, de la educación, de la jubilación, del cobre, de la pesca industrial, a través del esfuerzo y explotación del trabajador. Este régimen que bendice la derecha duopólica en nuestro país está infectado de represión de la voluntad popular. No les importa y por eso nos exigen sumisión, conformismo y la obediencia

para que todos ellos, esas tres o cuatro familias que son dueñas de nuestras vidas, que nos convierten en víctimas de la violencia, continúen gozando de los lujos, prebendas y privilegios que emanan de una forma capitalista de producir, de circular y distribuir los bienes socialmente generados. Vivimos y cohabitamos bajo la lógica del mercantilismo que usa y abusa de sus vastos recursos y medios orientándolos al despilfarro, a la destrucción de la vida y a la creación cada vez más metódica de necesidades simplemente materiales que nos someten a las demandas de la clase patronal. De ahí que quienes nos oponemos y rechazamos esta forma de vida, los que no estamos dispuestos a continuar siendo carne de cañón del capital, somos parte de un movimiento social variopinto, pluralista, que aunque aún no cuente con una conducción y liderazgo político o con una base entendida como clasista, sí es una rebelión, un profundo rechazo a lo existente que va reconfigurando desde las bases del pueblo, desde las calles y la población, la estrategia y el alcance político de esta rebelión contra las sentencias neoliberales. Ésta se extiende a la total organización de la democracia en la medida de lo posible. En el movimiento social lo que prevalece es una fuerte reacción contra la política tradicional: contra esa cadena de partidos, contra sus grupos de presión, sus comités, sus parlamentarios y sus dirigentes, inclusive contra sus militantes de base, a los tontos útiles me refiero. Además, con el rechazo absoluto toda la atmósfera de la democracia de los “consensos”, a pesar de su poderío, queda invalidada por las demandas del movimiento social y popular; nada de lo que cualquiera de esos políticos, voceros o candidatos declara al final tiene importancia para el trabajador de Chile. De hecho, no podemos tomarlos en serio, no podemos seguir creyendo que harán las reformas y aquel cambio que nos corresponde protagonizar a nosotros como asalariados que somos. Nos corresponde estar al frente, en las calles y en general en cada lugar y espacio público donde se manifieste el poder aunque eso pueda significar la represión, ser golpeados, ir a la cárcel o perder el empleo. No somos mártires de profesión: en verdad, preferimos no ser golpeados, preferimos no ir a la cárcel y no perder nuestro trabajo. Pero, para nosotros no es una cuestión de elección porque el rechazo absoluto acaba siendo parte del metabolismo de cada uno y se extienden así hasta la estructura de poder como una gran totalidad. El proceso democrático organizado por esa estructura, de esta manera digo, que entonces consolida la gobernabilidad neoliberal de la dictadura se halla a tal grado en descrédito que no puede extraerse de ella ningún elemento que no esté contaminado por la violencia y el parasitismo de los que viven a expensas del esfuerzo de nosotros. Es más, servirse de esta institucionalidad solo canaliza la energía hacia las reformas en la medida de lo posible, esas que siguen planteando transformaciones que nada cambian. A modo de ejemplo, las actividades electorales con el afán de alterar de una forma significativa la composición

actual del Congreso podría tomarnos a lo menos otros cuarenta años a juzgar por el presente compás del “progreso”; y esto suponiendo que la tarea de la radicalización política del movimiento social siga adelante sin ser reprimida por la huestes institucionales. La acción de los tribunales, desde el más bajo hasta el más alto en sus atribuciones, no mitiga para nada la desconfianza contra el régimen. Entonces, trabajar por mejorar la “democracia” existente significa fácilmente prolongar de manera indefinida el arribo al objetivo de establecer la sociedad libre, en beneficio del pueblo. Esta enajenación de la oposición es el gran triunfo de los sostenedores y de los beneficiarios del modelo. Es por eso que se consolida la gobernabilidad de la derecha que es contraria al interés del pueblo. Debemos insistir con nuestra fuerza (con los recursos que disponemos, que nos entrega la democracia popular) en aquel carácter profundamente reaccionario del régimen: si democracia significa gestión del gobierno por parte del trabajador, la realización de la democracia presupone la abolición del modelo existente. En la dinámica neoliberal, las batallas por la democracia tienden a asumir formas antidemocráticas, y en la medida en que estas decisiones sean tomadas en parlamentos que apenas sí representan a la derecha duopólica, nuestra oposición radical se vuelve extra parlamentaria y antisistémica. El movimiento social, dirigido a extender las libertades que en teoría constitucionalmente profesa la élite, inclusive el movimiento popular dirigido a preservar aquellos derechos existentes, se convierte en subversivo y hasta en terrorista en el grado en que habrá de enfrentar la firme resistencia de la minoría en el poder. La fortaleza del movimiento está así en este rechazo absoluto que deriva en una oposición que es dirigida no solo contra una forma particular de gobierno sino además contra las condiciones particulares y generales del régimen, contra el sistema social- político autoritario, ilegal y viciado de origen. De allí que nuestro movimiento no podría permanecer lícito, legal. Pasa que se opone a la institucionalidad y a la ley, a los dogmas y normas establecidas. Por último, aunque en teoría (en la práctica realmente no lo es) el proceso “democrático” permitiera la reparación de las ofensas y el cambio de las leyes y dentro de las leyes, aunque nos sirviera la estrategia de la transición que en los '90 nos prometieron, no altera este hecho la ilegalidad de un movimiento social-popular que convoca a la Asamblea Constituyente como una más de las reivindicaciones necesarias para terminar con un neoliberalismo que fue institucionalizado contra nuestros intereses y dignidad. El movimiento social no está dentro de las normas vigentes, no es legal, porque batalla y combate contra la lógica dominante; y precisamente lo que pretende el neoliberalismo que sostiene la derecha duopólica es detener el proceso de cambio en el punto en que estas demandas de transformación podrían destruir el sistema. El estabilizador o el regulador en que se convierten las reivindicaciones de

las necesidades simplemente materiales, el consumismo sin sentido y las falsas promesas de ascenso social, el neoliberalismo las acaba porque sus políticas de ajuste se reafirman sobre la miseria y sobre el terror, no en la eficacia ni en la satisfacción de las urgencias del pueblo. Hay que hacerselo saber. Por la persuasión no es posible.

### **Dos tipos de “democracia”.**

Democracia y política se entrelazan y se complementan allí donde la acción de ambas habilita una compleja red de relaciones entre los conflictos y el consenso, entre la afirmación de las convicciones, la aceptación de la diferencia y el diálogo. Pero, no nos hagamos ilusiones: este consenso, este vínculo entre la política y el diálogo solo es posible al interior de la clase de los trabajadores como también entre patrones, no entre los sectores populares y la élite. Pasa que éstos, a los dominantes me refiero, nunca han creído en la democracia. Más bien diría que la rehúyen y le temen, que solo la aceptan en la manera que sus intereses no sean cuestionados, siempre que ellos puedan controlar la situación. Parece ser que el funcionamiento estable del régimen neoliberal es suficiente justificación para su legalidad y para sus pretensiones de autoridad de modo que su gobernabilidad más bien queda definida por las élites de forma negativa; es decir, como ausencia de conflictos radicales, de guerras, de desorden masivo, colapso económico o de expresión libre de los que están por el cambio, por el rechazo absoluto de la situación actual. Todo vale en el camino de la dominación política de esas tres o cuatro familias que nos someten a sus designios e intereses. Ni siquiera se privan de la dictadura militar, como lo sabemos, pero tampoco de la democracia de los consensos. Lo que tendría que decir sobre ello es que el genocidio, la desaparición del opositor al régimen y los crímenes políticos en general, inclusive la represión del movimiento social, no son argumentos para batallar contra un gobierno popular, contra aquel que protege la vida del trabajador, el intercambio justo y el comercio doméstico en beneficio de la población. Sin embargo, no hay ninguna ley que pueda privar a un régimen constitucional- como el que hoy nos gobierna a su entero capricho- de estas armas usadas en última instancia en defensa de la legalidad vigente. En el derecho esto significa que no existe ley aplicable alguna fuera de esta que sirve al estatus que impera y que fue impuesta precisamente por la fuerza de quienes no aceptan la democracia. La situación es absurda y reaccionaria en demasía porque este régimen que se establece con el golpe de Estado depara todavía la única estructura legítima para el cambio y debe por lo tanto ser defendida contra cualquier intento de los disconformes por restringir aquella estructura, por alterarla en favor del pueblo; pero, al mismo tiempo, la preservación de la democracia establecida

defiende el estatus dominante y la contención de la transformación. Acá nos encontramos con otro aspecto de la ambigüedad con la que actúa el poder: el cambio profundo depende de los trabajadores, pero cada paso en la lucha por lograrlo aísla en cierto modo a la oposición y provoca represión intensificada de parte de la élite. Pero, esta ambigüedad no me parece creíble en la medida que la movilización de la violencia institucionalizada contra los opositores, que pretende disminuir las posibilidades del cambio, no logra su efectividad cuando las demandas logran manifestarse a través del movimiento popular.

Por su parte, la función objetiva, histórica y principal de este régimen neoliberal y de su democracia poco posible es usar, apelar y abusar de la ley como una fuerza contrarrevolucionaria, imponiendo en la oposición radical la necesidad de una acción política directa (como la desobediencia civil, las expresiones en las calles, el paro, la huelga de brazos caídos, la interrupción del tránsito, las tomas), al tiempo que se enfrenta a la fuerza represora, a quienes abogan por la quietud y por el silencio de los disconformes. Bajo esa circunstancia, la acción directa y la desobediencia civil (todos los métodos que los sectores populares usamos en la lucha por nuestros derechos, por la defensa irrestricta de las necesidades material- ideales), son parte integral del tránsito desde la democracia de la derecha a un sistema inclusivo, plural y soberano en la que la representación de los que somos gobernados no sirven como instituciones de control sobre la vida. Como con la acción directa a través del movimiento social y popular vamos contra la dominación, ésta acaba por transformarse en un medio concreto de democratización porque involucra el compromiso, la militancia, la lucha y la conciencia de los que vivimos de un salario o jornal. Desde esta perspectiva, la disyuntiva no está entre la (r)evolución democrática y la acción o el rechazo radical de los disconformes sino entre la racionalización de la realidad actual y el cambio: en tanto que un sistema social reproduce, mediante el adoctrinamiento e integración, a partir de la definición de las necesidades del hombre como ya vimos más atrás, una mayoría conservadora que intentaría perpetuarse, la población misma es quien reproduce el sistema. De ahí que la transformación es necesaria, que se lleva adelante mientras el gobierno se compromete en algunas “reformas” de manera que pareciera que el régimen está abierto al cambio pero no más allá de su marco institucional y legal. Por tanto, la batalla por el cambio que busca trascender la razón dominante se convierte, por su propia dinámica, en antidemocrático bajo los términos del sistema. El radical es culpable, ya sea por rendirse al poder ante esta situación alienante o por violar la ley y el orden actual.

Si el dilema fuera entre la democracia y la dictadura (no importa cuán benévola pudiera ser esta última en caso de que se me acepte el término), la respuesta no admitiría duda: la democracia es preferible. Sin embargo, esta

democracia al final no existe porque el gobierno de hecho lo ejerce una red de grupos de presión, de tecnócratas neoliberales que defienden intereses que no derivan del pueblo en pleno ejercicio de su soberanía. La representación en el sistema político chileno lo es de una voluntad formada por las minorías gobernantes. Por tanto, si la alternativa es el gobierno gestionado por la élite, las elecciones, el sistema de representación y todo lo demás, sólo significan el reemplazo de un sector de la presente élite gobernante por otra que es parte también del régimen y que es tan represiva como sus correlegionarios. Esta afirmación es decisiva para entender el conflicto en la política chilena, de Latinoamérica y del mundo; pasa que la élite solo está dispuesta a pactar, a dialogar o consensuar cuando entiende que el gobierno los favorece: cuando consideran que no es así rompen con el diálogo y con la democracia, incluso imponiendo la fuerza de las bayonetas, el bombardeo de cada actor social y político que se oponga a sus designios y tantas otras formas de reacción que son ampliamente conocidas. Esta falaz democracia, este régimen donde ellos deciden a su entero capricho, donde la élite es ama de nuestro esfuerzo, del trabajo, sueños, recursos y vidas, en Chile se le denomina democracia en la medida de lo posible de forma que la justicia y las reformas también solo son viables si no alteran ni afectan en absoluto el status. El duopolio lo acepta porque son neoliberales y en tanto tal usufructúan de los beneficios de un sistema altamente reaccionario, impuesto por el golpe y legalizado a través de la Constitución de 1980. La democracia, el respeto o por lo menos la tolerancia se acaban cuando los trabajadores acuden al llamado histórico de gestionar en propio beneficio, en favor de la mayoría, el gobierno para de esta forma satisfacer las necesidades y demandas de todos, las que definen y le dan su sentido al bien común. Lo demostraron el 11 de septiembre. Hay que decirlo y denunciarlo, gritarlo de todas las maneras posibles porque la ingenuidad política, la falta de conciencia y de organización nos condujo a un momento histórico muy complejo. La ingenuidad nos está costando un alto precio. Debemos pensar la realidad en estos términos porque es la única manera de tomar conciencia para de este modo ocuparnos con el ardor, el valor y con la convicción necesaria de los asuntos colectivos, de los que a todos nos involucran por igual. Declarar que no nos importa la política, que de todas formas mañana debo trabajar, es falso y perjudicial porque es una posición, de lo más cómoda, en la que delegamos nuestra responsabilidad de decidir en otros que por lo general es la élite en el poder. Además, estas decisiones que delegamos tienen relación directa con nuestra calidad de vida, con el modo de producir y de trabajar. Si vemos lo que pasa en los países donde hoy gobierna el régimen popular- característica que los hace similares- es que en ellos la política como acción (sea de cambio en el caso del pueblo o de reacción respecto de los sectores dominantes) es la que se impone, la que



logra recuperar el protagonismo que los neoliberales le negaron al hablarnos del final de la historia, de la lucha de clases y de las ideologías. Desde esa perspectiva nos urge radicalizar en el cambio.

Al respecto debo decir que en Chile seguirá vigente el litigio por los derechos humanos, por la lucha de clases. La historia no acaba, menos la ideología o el enfrentamiento entre cada clase (que puede adquirir los ribetes más insospechados) mientras haya sectores minoritarios y parasitarios que pretendan vivir del esfuerzo ajeno y mientras exista aquella mayoría que continúa habitando la geografía de la desigualdad. En ese escenario no puede haber consenso entre clases ya que este proceso lo que siempre ha pretendido es negar la conflictividad y el antagonismo de los intereses y las demandas del pueblo en relación al estilo de vida de los dominantes. No entenderlo así solo logra que la derecha duopólica nuevamente nos aseste un serio golpe contra nuestra dignidad. Es una de las estrategias por las que confiscan la esperanza y los derechos que nos corresponden en tanto asalariados lo cual no es justo, desde ningún punto de vista, porque somos nosotros los que generamos la riqueza de las Naciones. ¡Qué nadie nos diga lo contrario! Por eso, aunque desde siempre la élite responde con violencia sobrecogedora (la represión es finalmente la única forma con la que cuentan para acallar el disenso) también nos insisten en la conciliación de las clases antes que en el conflicto. Incluso, los progresistas y otros, los que andan dando lástima por allí, todos miembros del duopolio dominante, nos dicen que la izquierda debe evolucionar desde el partido (r)evolucionario a la organización de la reforma social para que el régimen neoliberal no sea cuestionado en lo más profundo por los trabajadores que somos las víctimas predilectas y directas del mismo. Nos niegan la posibilidad de fundar un proyecto de cambio alternativo para así demostrar, desde el punto de vista materialista de la historia, la necesidad de resolver las demandas de los trabajadores que precisamente son urgentes: no podemos soportar la miseria como consecuencia de las contradicciones que caracterizan al neoliberalismo y a su manera de hacer cada cosa. Con su renovación el régimen rechaza la idea de la transformación radical, profunda y en términos populares porque la teoría de la lucha de clases no sería viable en un país democrático, en ese gobernado por la voluntad de la mayoría. Por último, como consecuencia de lo anterior, la exigencia de renovación del socialismo en los '80 sería acompañada de un viraje no menos decisivo a la crítica oportunista de las ideas del marxismo, cuestión que se hacía desde hacía tiempo a través de la tribuna y del debate político, en las cátedras, en los conciliábulos del PS y a través de una serie de declaraciones y de tomas de posición sobre la situación política de ayer y de hoy. En esas condiciones, hablar de justicia en los casos de violación de los derechos humanos, incluso de sentido común es una tremenda quimera.

Para mantener y racionalizar el momento político actual, caracterizado por el dominio en todas sus formas, abusan de los medios a su alcance, de la violencia y demás. La lingüística política es una armadura en beneficio de los dictámenes y valores, de la cultura y de la manera de actuar que responde al orden establecido. Si la oposición radical de la que he estado hablando desarrolla su lenguaje del poder propio, lo que de hecho hacemos es protestar espontánea y organizadamente contra la forma de control y difamación más efectiva de la clase dominante, a saber: el lenguaje de la ley y del orden prevalecientes el cual es validado por los tribunales y por aquellos políticos que supimos conseguir en este tiempo; además, así impugnamos la cultura que da supremacía al lenguaje hablado por la élite, que es un producto elaborado por una minoría de sujetos que lo presentan en sociedad como el único modo de comunicación válido bajo los términos de la razón. Otra vez nos topamos con la idea de que el lenguaje no es solamente un medio de comunicación, es también, sobre todo, una manera de aprehensión de la realidad. El lenguaje es poder, dominio y control no sólo porque define la forma de producción, de circulación y de distribución de las riquezas y así al país sino también porque crea y condena al enemigo interno. El asunto es que esta creación no es el enemigo tal como es realmente, sino más bien como debe ser para cumplir la función señalada por el orden establecido. El fin justifica los medios; de hecho, hay acciones que son violentas, fuera de toda racionalidad, que dejan de ser crímenes si sirven para preservar y extender el régimen neoliberal y su idea de gobernabilidad. Por el contrario, lo que el enemigo hace es el mal, lo que dice es resentimiento, propaganda y mentira. Esta difamación lingüística es la que permite atentar contra los derechos humanos, es la que autoriza legalmente a las fuerzas del orden, a Carabineros y de última a las fuerzas armadas, a matar, a quemar, a interrogar o a hacer desaparecer a quienes son percibidos como enemigo, esos que se movilizan contra el poco probable bienestar y la estabilidad del sistema. Este universo lingüístico, político y de poder incorpora al enemigo interno como un no-hombre, como una bestia mejor dicho, y lo hace en la rutina del lenguaje diario. De esa forma entiende que sólo puede trascenderse a través de la acción constante de los dominantes. No tienen impedimentos al respecto ya que la violencia es parte integral de la estructura misma de esta sociedad que defienden con sus fuerzas, con sus fábulas e ímpetu. Son agresivos porque mienten y actúan, porque son excelentes comediantes de una tragicomedia donde las víctimas somos nosotros. En la movilización de esta agresividad del poder hacia la cultura popular se activan, para servir a las necesidades tanto económicas como sociales y políticas del régimen en particular y del Estado en general, viejas pero efectivas ideas: el enemigo es el sucio, es el animal contagioso que amenaza al limpio, al anestesiado y a la saludable

democracia en la medida de lo posible. Deben ser liquidados, expulsados y quemados; sus ciudades infestadas también deben calcinarse y limpiarse para que sirvan a la libertad. El enemigo interno es el disconforme, es el sucio de cabello largo con su barba y sus pantalones desgastados: son los promiscuos que se toman esas libertades que son negadas al ordenado que permanece ordenado incluso cuando matan, cuando bombardean, hacen desaparecer a las personas o torturan. Quizás nunca desde la Edad Media, cuando la iglesia hacía de las suyas, hubo una erupción de represión acumulada en una escala tan global como hoy, organizada bajo la forma de agresión contra el enemigo interno que es todo lo anterior, que es el sucio, pero que fundamentalmente es el revolucionario, el que no acepta esta sociedad, sus necesidades y el que tiene plena conciencia de ello.

¿Puede haber alguna comparación significativa, en magnitud, en grado y en criminalidad, entre los actos ilegales cometidos por nosotros en la calle, en las poblaciones, en las avenidas y universidades, por una parte, y los actos perpetrados por las fuerzas del orden por la otra? ¿Podemos llamar delito a esas acciones de resistencia de quienes nos manifestamos y de ese forma perturbamos el poco normal funcionamiento de la economía del país porque luchamos por nuestros derechos, contra la mucho más eficiente perturbación de la vida de los trabajadores que llevan adelante con su violencia las fuerzas armadas, de la ley y del orden? No son delitos. Son manifestaciones en favor de los derechos de la población y en este sentido reivindican y defienden la vida del hombre. Tienen que andarse con cuidado el duopolio y la clase patronal a la que representa ya que ahora el fiasco de esta empresa, el de la democracia, de la reforma y de la justicia en la medida de lo posible no puede ser simulada. Es con la lucha estudiantil a partir del 2006 que la facultad antidemocrática los dominantes- conjuntamente con la ineficacia del neoliberalismo para satisfacer las necesidades de todos- queda al descubierto; en ese momento empieza a tener su más alta difusión en todos los estratos sociales y políticos. El cambio se inicia ya que la situación nunca volverá a ser la misma. Por supuesto, la transformación recién se avizora en el camino y falta mucho: el movimiento social y popular todavía no logra organizarse políticamente- lo que es una prioridad absoluta- pero a su vez el combate es sin descanso. Lo importante de esto, el que los estudiantes y los trabajadores estemos en la calle exigiendo derechos, se encuentra en que continuamos vigentes. Lo que más indigna es que en Chile la posibilidad de acceder a una vivienda, al igual que el derecho a la salud, a la educación, a una jubilación o a un trabajo acorde a nuestras prioridades, es una quimera para los sectores más vulnerables; como no tienen los medios adecuados para pagar por ellos o para financiarlos, no tendrán derechos. Simple y trágico. Es lo que empiezan a entender los chilenos porque este régimen nunca ha estado en condiciones

de satisfacer las necesidades de los trabajadores que, no está demás decirlo, se convierten en víctimas predilectas del capital. La *ley* es un concepto del que se sirven los dominantes para convertirnos en sus explotados. No puede haber ninguna asociación humana sin ley y sin orden pero no tiene porque primar la de ellos, esa que coharta la libertad, la urgencia de la satisfacción de nuestras demandas. Existen grados en el bien y el mal, en las asociaciones humanas que se miden en términos de la violencia organizada, legitimada e inclusive indispensable para proteger a la sociedad establecida contra los oprimidos, contra los desequilibrados y el sucio.

Por sobre su legitimidad en términos constitucionales, la medida en que la ley y el orden establecidos podrían exigir legítimamente obediencia depende en gran parte de si la ley y el orden establecidos acatan y cumplen con sus propios criterios. Estamos en presencia de la cuestión ideológica (en tanto que postula el valor de la libertad, de la igualdad y de esa fraternidad preconizadas por los dominantes en otra época), pero la ideología en manos de los trabajadores, del movimiento social digo, puede llegar a ser una fuerza política material en la coraza del rechazo absoluto en cuanto esos valores son traicionados, negociados y negados por la experiencia cotidiana del control que la élite ejerce sobre el hombre. Ahí es cuando las promesas traicionadas pasan a ser parte de las conquistas de los sectores populares que luchan por ellas dándole una nueva significación. Le dan un sentido material- ideal que trasciende las diversas abstracciones en las que caen presos los sectores de la casta gobernante. La ley y el orden marxista se construye contra esa ley y ese orden que estableció la patronal de modo que el neoliberalismo y sus dramas, sus odiosidades, sus razones y su lógica, son ahora ilícitas porque el combate de los trabajadores así lo dictamina.

Para el pueblo la democracia debería ser el territorio que demarca lo infranqueable, el límite que no se puede ni se debe pasar a la hora de respetar la pluralidad, la libertad, el derecho a tener las mismas oportunidades y una vida digna, la proliferación de subjetividades múltiples y esa garantía de ser protegido- sea cual sea la condición social- por leyes común a todos. Debe incluir además la distribución justa de los bienes socialmente producidos. Cuando algo de esto se debilita o simplemente falla, la que está en riesgo es la convivencia en términos democráticos. Entonces, si analizamos la forma de actuar de los políticos que supimos conseguir veremos que Chile no solo no es un país democrático- de libre expresión de la voluntad popular- sino que además estamos en presencia de una regresión constante de los valores de la derecha que se transforma en una simple correa de transmisión de los intereses de las corporaciones y de los grupos económicos más concentrados. En este proceso de cooptación lo que se vacía es el lugar de la política y de aquellos partidos y organizaciones que eran los portadores de antiguas y a

veces hasta de venerables tradiciones pero que, en estas últimas décadas, logran empobrecerse hasta el extremo de no poder simular su compromiso con la acumulación privada de los capitales. Sin más nos condujeron al oscurantismo y a la decadencia de una derecha duopólica que milita contra el pueblo y contra el compromiso por la democracia y por el respeto hacia el otro. Pero, logran perdurar en el tiempo, haciendo de las suyas y gobernando a su entero antojo, porque tienen la venia de la élite, de sus representados. Los beneficiarios y por tanto los benefactores del régimen neoliberal son ellos mismos, son los que están dispuestos a todo por elevar la tasa media de ganancia del capital porque son dueños de los factores de producción. Lo vimos: es tal la magnitud de la concentración de las riquezas que todos se convierten en parte integral de la élite en el poder. También lo vimos pero es interesante recordarlo: es por esto que no pueden resolver las demandas que se plantean desde el movimiento popular; existe un conflicto de interés que lo impide, y no hay un ejemplo en el mundo que nos pueda mostrar a una clase dirigente gobernando contra sus prioridades.

A los sectores dominantes en realidad no les importa el pueblo, la verdad sobre la vida de los obreros y trabajadores en general, no les interesa la pasión que los moviliza (mientras no interfiera con sus prioridades) ni menos sus necesidades. Ocurre que la élite de por sí, en tanto tal, por su forma de vivir y coexistir socialmente, por este solo hecho, por contradecir sus intereses minoritarios los de la amplia mayoría, es ya, sin tener que hacer nada más al respecto, una forma embrionaria de declaración de guerra contra el bien común. Luchan con sus recursos, con los medios de los que disponen, que no son nada superfluos, contra cualquier orden social moderno, justo, de equidad y valores a favor del hombre. Los moviliza el pillaje y la opresión, la violencia y la hipocresía, el control y la urgencia de dominar por doquier. No les importa la falta de un sistema democrático, de hecho esta situación los favorece, como tampoco se ocuparán del otro, por los escándalos fragantes, por la farándula (que también cumple su función en la forma de control sobre la población), y mucho menos lucharán contra la corrupción ni contra la falta de escrúpulos. No lo hacen mientras puedan seguir disfrutando de las minas, de las granjerías y fábricas, de servicios que por definición son públicos, y de los privilegios que derivan y emanan de una sociedad y modo capitalista de hacer cada cosa. Mientras las denuncias contra la élite y sus negociados no pasen a mayor, mientras no logren movilizar a los trabajadores, todo estará bien. Distinto es cuando aquellas denuncias que la comprometen producen gran efecto e indignación entre el pueblo. Entonces, se moviliza y se recicla, miente y engaña para que ese Estado que los favorece- que es el garante en última instancia de la acumulación privada del capital- no sea cuestionado en sus fundamentos, al punto de plantearse un cambio radical.

Difícil será impedir los golpes de la reacción, la consolidación de esta realidad que favorece desvergonzadamente a estas tres o cuatro familias que manejan Chile ni podremos acabar con este régimen donde la patronal hace de las suyas a su antojo, sin ningún tipo real de contrapeso a su poder, si al mismo tiempo no atacamos las causas que estabilizan el neoliberalismo y que se relacionan con la ideología que racionaliza las medidas en beneficio del libertinaje del mercado. La disputa por la renta socialmente generada, esta vez bajo la perspectiva de una distribución más equitativa de las riquezas, la superación de esta legalidad que favorece al sistema financiero- especulativo en desmedro de la economía real (la que crea trabajo, los bienes y servicios nacionales, la industria local, el ahorro y capitales interno), la imprescindible intervención del sector público en los nudos principales de comercialización y de circulación interna y externa de la mercancía junto con la consolidación de la inclusión social a través del trabajo, son algunas de las indispensables medidas que debe conformar nuestro proyecto de país para desde ahí hacerle frente a las conjuras, a los dogmas y sentencias de los poderes corporativos. Debo insistir porque continúan creyéndose los garantes de la libertad y los ejecutores de las políticas “racionales”, incluso se ven así mismos como los paladines del respeto por los derechos humanos cuando lo único que hicieron sobre este asunto fue consolidar la impunidad de los genocidas.

### **La democracia posible y los valores operacionales.**

El duopolio habla de la democracia, de las reformas y de justicia, nos habla de los cambios centrales para Chile; nos dice que la tarea política inmediata del partido es la transformación radical y estructural del régimen. Esto es lo que vienen declarando desde la época de la dictadura, sin embargo, la realidad es otra: pasa que ellos se convierten en beneficiarios del poder, de las prebendas de éste, de modo que objetivamente no pueden luchar contra el sistema. Es un fenómeno totalmente natural del que estoy hablando porque no existe ninguna clase dirigente o élite que gobierne contra sus intereses, en contra de un régimen que favorece sobremanera su idea sobre el mundo, del hombre, de la libertad, de la razón, de la fe y de lo que sea. Desde este punto de vista no podemos plantear ninguna aprensión en particular porque cada uno defiende lo que considera propio. Lo que sí hace la diferencia es que los trabajadores, en tanto somos la mayoría, tenemos el derecho a imponer por la vía de la democracia nuestra visión del mundo, del hombre, de la sociedad, el modo de producir las mercancías y demás. Incluso, siempre por el hecho de ser la mayoría somos más racionales en nuestras demandas porque éstas responden a las urgencias de la mayor parte de la población; será este hecho fundamental el que precisamente define los parámetros del bienestar común.

Es decir, este bienestar es común porque es el de los trabajadores que son los que constituyen la clase mayoritaria. Algunos no lo entienden, sea por cierto oportunismo, por compromisos políticos o simplemente por negligencia. Lo único concreto es que con la democracia y las reformas en la medida de lo posible, con esta hipócrita estrategema de la transición que habría iniciado Aylwin bajo su mandato y de la que también sacan provecho los que se dicen independientes y progresistas, lo único que se hace desde la Concertación es relegar a segundo plano las tareas políticas y la lucha que los trabajadores llevamos adelante a través del movimiento y de la presión social para acabar con la dictadura. Así fue como empequeñecieron y restringieron los espacios del poder y de batalla contra el autoritarismo que previo al plebiscito del '88 libramos los sectores populares que en definitiva fuimos los únicos héroes en esas jornadas de alegría. A pesar de eso, Chile hace un par de años que viene cambiando. Lo importante de ese evento es que las fuerzas revolucionarias emergen en el proceso mismo del cambio; lo que digo es que el paso de lo potencial a lo futuro, de la democracia de baja intensidad a la transformación profunda y estructural del régimen solo es obra de la práctica política. Y esta práctica política, al igual que la teoría crítica de la sociedad, hace bastante tiempo que viene reconstruyendo las bases para reorientar en otros términos- democráticos y populares- el concepto de la *(r)evolución* por la que nos corresponde combatir. Un cambio radical porque en este nuevo tiempo el imperio, la dinámica de su sociedad y demás, hace mucho que superaron la etapa en que podía crecer con sus propios recursos, con su mercado y con el comercio normal con otras áreas. Ha crecido hasta convertirse en un poder imperialista que por medio de la penetración técnica, económica, política y también por la abierta intervención militar cuando es necesario, transforma en dependencias propias a importantes zonas del mundo menos desarrollado en términos capitalistas. La política expansionista del neoliberalismo se distingue del imperialismo clásico, del conducido por el mal llamado Estado de Bienestar, por el ineficaz empleo de las conquistas económicas y técnicas logradas en la etapa anterior, de un lado, y por el otro por el carácter político-estratégico de la intervención que se relaciona con el hecho de que debido a la propia evolución de las conquistas y derechos del trabajador en algunos países periféricos, los acontecimientos en el mundo menos desarrollado inciden en la gobernabilidad y estabilidad de los países centrales.

Chile viene cambiando su fisonomía. Lo hace por la conciencia que significó la irrupción de los estudiantes a la escena política nacional. No podría ser de otra manera porque el acceso real a la educación, pública y de calidad, gratuita y demás, a la manera que el movimiento estudiantil lo exige, es un derecho de todos. Cuando desde el poder se nos habla de igualdad y al mismo tiempo dicen que la Universidad es paga, que es un bien de consumo

y que prima la competencia y el individualismo, entonces algo está pasando: ocurre que la igualdad, lo mismo que el derecho a la libertad, a la fraternidad y el compromiso político por un país inclusivo, solo es una farsa como todo lo relacionado con la derecha duopólica, con sus pretensiones. No buscan ese objetivo: el neoliberalismo por esencia margina, excluye e incluso discrimina siempre en beneficio de los intereses dominantes. Nos hablan de crecimiento pero de éste solo la élite disfruta y lo vienen haciendo desde esa oportunidad que tomaron por asalto la democracia, la vida de Allende y la de otros miles de compatriotas. Solo se dedican a fabricar mentiras, a defender el libertinaje del mercado que sin dudas produce que un trabajador de esos años, de la época anterior al golpe, viviera mejor que un trabajador de hoy. Ni hablar de las conquistas, leyes y normas a su favor, de las que gozaba un asalariado de principios de los '70. Por eso la situación tiene que cambiar radicalmente. Debería hacerlo porque Chile se encuentra estancado, porque no avanza, no es democrático ni tampoco es un buen lugar para vivir. En este aspecto es poco lo que cambió. Es posible hacerlo: hay una ética de los hombres y una humanidad pero en primer lugar existe una voluntad capaz de resistir la forma de producir del capitalismo, la lógica de sus necesidades materiales que plantea para desde ahí reconstruir Chile a través de otra manera de circulación y distribución de las mercancías.

Es posible detener la gigantesca fuerza técnica y económica de la expansión capitalista en su forma imperial- neoliberal a partir de la lucha popular, del humanismo marxista, a través de la solidaridad en la defensa de la vida de las personas; es necesario también este elemental socialismo en la acción, que le da sustancia y sentido al radicalismo de los sectores populares que no tiene relación alguna con esa "izquierda" que responde a los designios de un duopolio que le lleva el amén al régimen neoliberal. La cadena de la explotación debe romperse por el eslabón más fuerte. El neoliberalismo no es inmune a la crisis. De hecho, la generación real de riquezas (no hablo de especulación ni de finanzas) y la salida adicional para la productividad del capital bajo los términos depredadores encuentra un límite, aunque por el momento sea pequeño; que no nos extrañe porque el neoliberalismo, sus políticas de ajuste, de saqueo, de flexibilización de los derechos del trabajo, de privatizaciones de las empresas públicas, etc., se implementaron para solucionar la crisis de la caída de la tasa media de las ganancias que en su momento se produjo por las inconsistencias derivadas del mal llamado Estado de bienestar. El neoliberalismo no solo vino para acabar con ello, con los derechos laborales y demás, sino que también vino para quedarse. Hasta hoy se creen el final de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases. Actúan en consecuencia: ni siquiera les importa la vida de los que intentan sobrevivir de un salario. El problema para los grupos dominantes, para que el



neoliberalismo tenga futuro, es que la absorción del desempleo y de la pobreza, si es en realidad lo que se busca, sumado al mantenimiento de una adecuada tasa media de ganancias del capital, requerirán la creación de demanda en una escala cada vez mayor, estimulando en esas circunstancias el torneo claudicante de la batalla competitiva por la existencia del hombre a través de la multiplicación del desperdicio, de la obsolescencia planificada, de los trabajos y servicios parasitarios y estúpidos. No creo que lo logren: sus prioridades no son la vida ni el bienestar de la población y así desnudan con toda crudeza (por ejemplo en los momentos de emergencia, de catástrofes, de terremotos y de crisis) toda su negligencia y objetivos. Y no es viable que la gobernabilidad del país, por más tecnocrática y racional que se muestre, por más totalitaria que sea, al final siempre depende para su funcionamiento de una (relativamente) positiva actitud de la población respecto de los valores que profesa el régimen político y del sentido de la utilidad de sus necesidades que racionalizan la represión exigida por la organización social del trabajo. En otras palabras, el sistema político depende de la relativamente calculable y estable sensatez del pueblo; sensatez que se define como el funcionamiento regular y socialmente coordinado de la mente y del cuerpo no solamente en el trabajo, en la tienda u oficina, sino también durante el ocio y la diversión.

Nuestro planteamiento del cambio radical, de la (*r*)evolución que será permanente es justo y equilibrado. En primer término, es un proceso que nos plantea la evolución de nuestro país, de la sociedad e inclusive de nuestra humanidad y por eso además es una (*r*)evolución. A su vez, es *permanente* en el sentido que no solo deberemos luchar para que ésta se consolide y de ese modo permanezca en el tiempo, por los siglos de los siglos digamos, sino también porque la batalla por la libertad del hombre, por la emancipación del trabajador es constante; no es cuestión de unas horas o días. Es permanente; se trata de librar en cada circunstancia y espacio social, inclusive a nivel individual, la batalla en favor del régimen nacional en lo político, popular en el ámbito cultural, soberano en lo económico (que no vengan desde afuera a imponernos sus ajustes) e independiente en el aspecto ideológico. De hecho, la experiencia revolucionaria y la habilidad del pueblo en el discurso, en la movilización y en la organización se adquieren en la batalla diaria, con el tiempo. Lo que hace falta es ocuparnos de tomar conciencia de lo que nos pasa, de que el neoliberalismo no es racional, que nos conduce a problemas graves incluso respecto de nuestro medioambiente por el uso depredador que hace de los recursos y materias primas. Son esos hechos los que colocan en duda el valor operativo de la ética que profesan los dominantes. Lo real es que la moral y estos valores operacionales son los que ceden bajo el impacto de las crecientes contradicciones de la sociedad neoliberal para desde ese lugar plantear otra manera de vivir. Los nuevos valores que así surgen son

los que caracterizan al combatiente, al hombre nuevo que se enfrenta con las faltas del capitalismo. El resultado es una propagación del descontento. ¿Acaso los chilenos no tenemos récord en suicidio, en depresiones y ataques de pánico? Son esos factores los que nos llevan a resistir el trabajo alienante, lo que nos conduce a la negativa a sobreactuar en beneficio de la siempre privada acumulación de los capitales. Estas cuestiones, que son las que nos confirman la negligencia del neoliberalismo para satisfacer al hombre y a la mujer de nuestra Patria, son todos asuntos de disfunción que nos lastiman. Pero, también cuestionan ese aparato altamente centralizado y coordinado, en el que el colapso de cualquiera de sus elementos puede afectar fácilmente a considerables secciones de la totalidad.

No me cabe la menor duda de que estos son factores subjetivos pero también objetivos, relacionados con el modo de producir, por lo que pueden adquirir una fuerza material al conjugarse con la presión que ejercen las necesidades materiales, la economía y el régimen político. Entonces, y sólo entonces, prevalecerá ese clima que depara aquella base social que plantea otra forma de organización necesaria para dirigir la batalla. Debemos tomar conciencia de los dramas y defectos inherentes a este régimen en particular porque las consecuencias de sus actos, de su forma de entender la realidad, el crecimiento y el desarrollo nos involucra a todos y de la forma grave. La *(r)evolución es permanente* porque la lucha además evita que la conciencia se deteriore o se ofusque. Y este proceso de degradación, cuando caemos en él, es irreversible porque ya no hay salida, por lo menos no en términos revolucionarios; en realidad, a partir de ahí quedamos dispuestos a erigir cada defecto de la clase dominante en virtud, de manera que nos dotamos de un fundamento teórico servil, que solo es funcional a la clase patronal y a la espontaneidad más cruel. Es lo que pasó con la izquierda chilena, con los socialistas y con los comunistas que no pudieron con la responsabilidad que les correspondió en la caída de Allende, de la UP y de los sueños de todos nosotros. Planteo la pregunta para de ese modo coadyudar a la instalación de una conciencia revolucionaria en favor del pueblo: ¿Qué tipo de vida es la que plantearemos? Lo digo porque aún nos encontramos ante la disyuntiva de exponer la alternativa concreta en favor del pueblo. El requerimiento carece de sentido si lo que se pide es un plan minucioso de las instituciones y relaciones concretas que serían parte de la sociedad libre: éstas no pueden ser determinadas a priori pero sí tenemos una idea de su lógica que es la defensa y la primacía de la vida de las personas sobre cualquier otra consideración. Esas normas, instituciones y reglamentos, la ética y la razón de nuestra opción se desenvuelve tras ensayos y fracasos varios, y conforme se vaya desplegando el nuevo régimen y su forma de Estado que esta vez sí garantiza en primera y en última instancia el derecho a una calidad de vida basada en

necesidades material- ideales. Lo que importa es destruir lo viejo, el poder existente, para abrir paso a lo nuevo, al respeto por los derechos humanos. En todo caso, tenemos que tener cuidado porque responder de semejante forma, de que urge acabar con lo viejo, hasta cierto punto descuida el hecho esencial de que lo que nosotros entendemos como “anacrónico” no es necesariamente malo para muchos: todavía existen trabajadores que tienen una interesada participación de que el régimen siga, que se mantenga digo, porque sienten que son beneficiarios del mismo o porque tienen miedo o deudas y por tanto les horroriza la idea de la falta de previsibilidad. Por eso insisto en la lucha: es la que crea conciencia en el pueblo sobre la urgencia de la transformación.

La demanda de exponer las opciones concretas se justifica también por la urgencia de plantear otro régimen que batalle contra las razones del modo capitalista en un proceso de unidad y de convergencia. Es que lo acepte o no la élite, toda exigencia del movimiento popular está relacionado e implicada con la totalidad. A modo de ejemplo, es importante entender que una reforma educativa a la manera que lo demandan los estudiantes (donde tengamos una educación gratuita, de libre acceso y plural) atenta contra el neoliberalismo en su integridad. Ocurre que si exigimos una educación en estos términos concluimos que ésta deberá entenderse como un servicio público y no como un bien de consumo. El problema para los dominantes serían dos. El primero es que al ser neoliberales no pueden aceptar este cambio porque es uno de sus mejores negociados. Además, la mayor parte de la clase dirigente, incluso de los que se dicen independientes y progresistas, son dueños, accionistas o directores de colegios y de universidades privadas, de isapres o de AFP. Es decir, tienen intereses económicos y políticos reales para que la situación no varíe. El otro asunto es que al plantear la educación como un servicio público, esencialmente plural, participativa, inclusiva y democrática, se cuestiona el núcleo del régimen neoliberal. Lo hacemos ya que éste basa su dominio social en el autoritarismo y en una Constitución que niega con todos sus medios cualquier manifestación de la voluntad popular. Así, cualquier reforma radical, profunda y democrática en la educación o en la salud, en las jubilaciones o en el código laboral, hace que se caiga todo el andamiaje institucional. De ahí la urgencia de la unidad en la acción y en lo ideológico del movimiento social para desde allí plantear una conducción política que se traduzca en una alternativa concreta a este Chile autoritario. Y ese proyecto se basa en el respeto por los derechos humanos, en la propiedad colectiva de esas empresas que son estratégicas para el desarrollo del país de forma tal que seamos los trabajadores quienes controlemos las principales variables de la economía y la planificación social de los medios y factores de producción, de circulación y de distribución de bienes y servicios. Estas son las condiciones necesarias pero no suficientes para la alternativa. ¿Porqué?

Son las que harían posible el uso de todos nuestros recursos disponibles para la abolición de la pobreza, de la indigencia y demás, pero que son apenas el prerrequisito para pasar de la cantidad a la cualidad, es decir, para la creación de una realidad de acuerdo con una nueva sensibilidad y conciencia que reivindica las necesidades material- ideales. Este objetivo implica el rechazo de aquellas políticas de reconstrucción- sin que importe cuan revolucionarias podrían ser- destinadas a perpetuar el modelo de esta sociedad basada en el afán de lucro y sus requerimientos. A no dudar, dentro del neoliberalismo, y contra su ubicuo aparato, la espontaneidad en sí misma no tiene posibilidad alguna de ser una fuerza de transformación profunda y radical. Solo podría convertirse en semejante fuerza como resultado de la batalla, que es la que nos conduce a la conciencia, a la ilustración, a la educación y a la práctica de la política. El elemento anárquico es un factor esencial en el combate contra la dominación pero es la excepción no la regla: preservado y disciplinado en la acción política preparatoria de los sectores populares, será liberado, superado e incluido en las metas de la lucha. El cometido principal de todos nosotros consiste así en coadyuvar al desarrollo político del trabajador de modo que la organización de los que vivimos de un jornal se traduzca en un movimiento social- político que estando a la altura de las circunstancias logre transformar Chile en un país definitivamente democrático e independiente en el ámbito político; también soberano en lo económico, socialmente inclusivo y popular en lo que respecta a nuestra cultura. Quien relega este cometido a segundo plano y no subordina a él las tareas parciales y los procedimientos y formas de lucha y combate, se sitúa en la ruta de las reformas "en la medida de lo posible" que responden a un "realismo" político que además de falaz es increíblemente cobarde y miope. Quienes relegan esa tremenda tarea son los grandes conspiradores que existen en la política en nuestro país, son los que se dicen socialistas, progresistas o independientes de izquierda y no lo son. Ahí está el núcleo del asunto: la izquierda tradicional en general en la medida que colabora con el régimen se ha vuelto antidemocrática por lo que con ellos no hay conciliación en ninguna forma. Por eso se convierten en un dique que busca contener las aspiraciones de libertad.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Los conspiradores también están desligados del movimiento popular; a pesar de esto se piensan así mismo como una élite revolucionaria, como la "vanguardia del proletariado". Lo hacen porque restringen el contenido y el alcance de la lucha contra el neoliberalismo; lo hacen porque aceptan la actual situación y porque tienen una visión de la participación popular que es protagonizada por conciliábulos políticos y por una casta de dirigentes que responden a un centralismo "democrático" que falsea la participación de los trabajadores al entregar el poder de decisión de todos en unos cuantos. En efecto, si el socialismo de acuerdo a la "progresía" chilena es, en esencia, el partido de las reformas que en estas circunstancias busca estabilizar el régimen neoliberal, debería por lo menos tener el valor suficiente de reconocerlo con franqueza. Por lo mismo, un socialista no sólo

Del otro lado, estamos todos nosotros, los que vivimos de un jornal y que sin pausas, plenos de convicciones y con la seguridad de hacer mejor las cosas, de contar con las tesis y con argumentos mucho más racionales que los que defiende el gompismo, marchamos por un camino escarpado, que no es nada fácil, pero lo hacemos fuertemente unidos por la conciencia de luchar por la libertad del hombre. Estamos rodeados por todas partes de enemigos, y tenemos que movilizarnos casi siempre bajo su fuego que no nos da pie para la tregua ni el descanso. Nos unimos en virtud de una decisión libremente adoptada, precisamente para batallar contra la reacción y no caer, dando un traspiés, al pantano del vecino, cuyos moradores nos reprochan desde hace un buen tiempo, desde el principio, el habernos separado en un grupo aparte escogiendo la ruta de la lucha de clases, no el de la conciliación o diálogo. Es lo que no nos perdonan desde el imperio. Unidos deberemos estar para crear esa mayoría en favor del cambio, sin descalificarnos entre los trabajadores. Lo digo porque no me parece correcto decir que somos borregos, sometidos o esclavos porque el pueblo sabe perfectamente lo que pasa en Chile, de hecho conocemos muy bien la realidad porque todo el tiempo convivimos con estas situaciones extremas, con necesidades que siempre serán urgentes. Son los que no pueden esperar y sin embargo lo han hecho toda su vida; tal vez no conozcamos de teorías pero somos los primeros que nos sumamos a los movimientos de emancipación mientras que los sectores más pudientes, a la mal llamada clase media me refiero, que se dice tan culta, vanguardia del proletariado incluso, acaban jugando y alineándose del lado de la reacción. Pasó con Allende. Al contrario, son los sectores populares los que sostienen estos procesos de cambio porque como digo conocen sus urgencias. Si en las elecciones la mayoría de los trabajadores no vota porque no le interesa, y no le importa porque no percibe una alternativa entre las diversas candidaturas, y si los que votaron lo hicieron mayoritariamente por tal cual, por el motivo que fuera (porque deciden creer o porque simplemente aspiran a conseguir un bono que tampoco es reprochable, de hecho aquel bono puede hacer la diferencia entre comer o no) entonces la responsabilidad es de todos nosotros porque la democracia solo será posible cuando nos organicemos y dejemos de estar dispersos o luchando por rencillas que solo retardan el cambio. Es en

---

tiene el derecho pleno a formar parte de esta institucionalidad heredada de la dictadura sino que incluso debe siempre aspirar a ello, a controlar el poder para de esa manera darle un manto de legitimidad a la explotación contra los chilenos que se manifiesta a través de un sistema político- económico basado en el libertinaje de los mercados. Si la democracia implica el fin de la dominación de clase, de la explotación de los trabajadores por parte del capital de manera que el neoliberalismo vuele por los aires, ¿por qué un dirigente, ministro o Presidente socialista no estaría bien dispuesto a accionar contra la democracia para encantar a la patronal con sus discursos sobre el diálogo, la reconciliación nacional o la colaboración de clases?

los estudiantes donde tenemos un ejemplo de lucha y de organización. Pero, no nos equivoquemos porque los protagonistas de la historia, los que llevan adelante la transformación, somos los trabajadores, en comunión con los estudiantes, pero son los que vivimos del salario los que finalmente creamos la riqueza y así el desarrollo del país.<sup>14</sup>

Nos corresponderá tomar el *toro por las astas* por decirlo de alguna manera. Y hacerlo significa un quiebre total y de raíz con la democracia “de lo posible”, con su miope justicia; en realidad, por ahora han primado las denuncias que se refieren a la meta que apenas busca que los asalariados vendan su fuerza de trabajo con mayor ventaja. No es condenable, de hecho es por ahí desde donde arranca el reformismo político y la toma plena de la conciencia de los hombres. Sin embargo, el objetivo final no puede ser solo buscar las mayores ventajas contra las demandas de los mercaderes de la vida en el terreno de las transacciones puramente comerciales. Eso nos ayuda a extraviar el rumbo y tal vez por eso- tenemos que reconocérselo- el Estado capitalista tiene una fuerza inmensa para sobrevivir y reciclarse. La meta final no es otra que un movimiento social y político, reformista pero radical, que nos plantee la batalla en términos de lucha de clases, de emancipación y de libertad. No se trataría solo de obtener las mejores condiciones de venta de nuestra fuerza de trabajo sino de liberar a ésta de la explotación- siempre cruel, brutal e inhumana- que la acumulación privada del capital ejerce sin ningún escrúpulo ni miramientos sobre los que intentamos vivir de aquel

---

<sup>14</sup> En todo caso, que los trabajadores voten por el duopolio nos demuestra también hasta donde son capaces de llegar estos personajes. Es decir, nos hace tomar conciencia sobre la forma que tienen estos dirigentes para aprovecharse de las necesidades y de las esperanzas del pueblo trabajador: ofrecen el oro y el moro, reformas que no harán y bonos que finalmente no entregarán. Lo hacen con tal de volver a La Moneda. No les queda más que mentir y en el peor de los casos aplicar políticas asistencialistas. El asunto con el populismo- que siempre será expresión de la derecha- es que define al beneficiario de esas medidas como un simple “cliente” (de ahí el término de “políticas clienterales”) y no como un ciudadano pleno de derechos. Además, el cliente para aspirar a los beneficios venidos desde la cúspide el poder debe ser merecedor de los mismos; es la manera en que la clase de esos políticos coartan el disenso de los pobladores: hay que ser leal, portarse bien y responder al dirigente del barrio, etc. En el caso de los gobiernos populares esa situación no se produce. No lo hace no solo porque los trabajadores dejan de ser clientes y se convierten en ciudadanos plenos de derechos sino porque en la medida en que es así- en la forma en que las políticas de asistencia se piensan como una manera provisoria de resolver la situación extrema de los sectores más vulnerables- y por ende, en la medida en que éstas buscarían mejorar la calidad de vida de todos en el corto plazo, también porque por lo mismo consolidan el régimen popular, ese relacionado con la gestión del poder por parte del trabajador, son políticas válidas en el contexto de crisis social heredado del neoliberalismo. Estos gobiernos son “populares” porque la gestión del mismo se define a partir del bienestar común mientras que los gobiernos de derecha son “populistas” porque es la forma que tienen para dominar y mantenernos quietos, tal vez hasta conformes.

salario que estructura toda nuestra forma de vida. El movimiento social de esta manera tiene que representar y expresar a cabalidad a los trabajadores; y hacerlo no solo en su relación fundamental con un sector social determinado sino también con relación a la clase patronal que es la que por ahora tiene el control del país. En estas circunstancias, el movimiento social se entiende como esa gran fuerza política organizada y principal de los asalariados; es quien busca que la situación varíe en nuestro beneficio. Y en Chile la única manera de que esa realidad se organice en favor de los sectores populares es a través de la lucha decidida, sin claudicaciones, por un sistema democrático que actualmente no existe. La historia nos demuestra que así, antes que militar en favor de los derechos humanos, del crecimiento con igualdad y un largo etcétera, ellos no hicieron otra cosa que volver la situación de nuestro país francamente insostenible para los que queremos vivir mejor.

## **Capítulo 5: El movimiento social y el cambio necesario.**

### **El movimiento popular como referencia de lucha.**

Los organismos globales del crédito, de la economía financiera que reivindica el automatismo del mercado, etc., es la responsable directa de las crisis a nivel del sistema globalizado bajo las directrices neoliberales. A través de la experiencia de los años '90 nos impone las políticas de apertura, de desregulación y de privatizaciones que también hicieron de las suyas. Será la economía especulativa la que nos impedirá que vea la luz la satisfacción de las necesidades de los trabajadores, hipotecando los objetivos históricos del pueblo que de esta manera es cooptado en sus pretensiones. Este nuevo modelo de supuesto desarrollo, de una economía de las finanzas, totalmente improductiva en los términos de la generación de riquezas, etc., que busca defender sus intereses, se expresa en organizaciones altamente reaccionarias. Por ejemplo, están los medios de desinformación, que son controlados por esas corporaciones; son un terreno principal en la batalla por la supremacía, por la imposición de la hegemonía. El combate contra las transnacionales así ya no es estrictamente individual o local, tampoco es solamente nacional, ni siquiera regional, sino mundial: ocurre que son ellas el sustento económico de los centros globales del poder. A partir de ahí debemos preguntarnos si existen opciones viables a esta salida, si al final existirá una alternativa política para evitar que la ganancia de los bancos o el derecho a la propiedad valga más que la vida del ser humano. Existe. Sin embargo, las bases deben abanderar a las fuerzas plurales rehaciendo el poder de los sindicatos y su lucha, su capacidad de conducción, de liderazgo y de transformación de la política a través del movimiento social y popular, de su protagonismo. Es necesario un arte de lo posible que plantee una refundación nacional basada en la justicia social, en la redistribución de las riquezas y en la primacía de la vida como derecho humano principal. Es cierto que el capitalismo tiene buena salud, también que siempre reencarna en uno o en otro tipo de régimen político pero, a estas alturas, los regímenes a través de los que se manifiesta, están muy exhaustos. Lo están a pesar de la seducción inherente del consumo porque es la conciencia de los trabajadores la que cambia y así también los paradigmas dominantes. Por supuesto, este cambio depende de nosotros.

Al plantearnos una alternativa de lucha contra la racionalidad nacional y global del capitalismo debemos considerar algunas tendencias actuales del régimen neoliberal que son importantes. Por ejemplo, está el hecho de que éste nos conduce a una sociedad cerrada desde el momento en que disciplina



y busca integrar todas las dimensiones del hombre, su vida, sus necesidades y esperanzas en una sola matriz autoritaria y única, preferencial y exclusiva. La crítica negativa de muchos trabajadores es dominada y se convierte en un factor de afirmación e incluso de cohesión social y política. Los sujetos e individuos, los grupos y las clases sociales entonces reproducen la represión sufrida mejor que en ninguna época anterior, pues el proceso de integración tiene lugar en lo esencial sin un terror abierto: la “democracia” que impone el neoliberalismo consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, y la libertad administrada por el régimen, conjuntamente con la represión del movimiento social pero también a nivel del sujeto, instintiva digamos, llegan a ser fuentes renovadas sin cesar de la lógica de la productividad de la forma capitalista. El problema para un sistema tan fundamentalista como de hecho lo es el neoliberalismo, para sus razones, sus sentencias, dogmas y realidad, es que semejante productividad en sus manos se convierte en destrucción; se vuelve explotación en su máxima expresión, incluso colocando en riesgo la vida del planeta. Nunca la batalla entre la cultura humanista, la de la vida, contra la cultura de la muerte, la de los neoliberales, se mostró de manera tan clara en la historia del hombre. A la destrucción total de la infraestructura de los países que Estados Unidos y que sus satélites invaden y ocupan le sigue el saqueo de sus recursos, del hombre y de la naturaleza, del habitat, etc., que se corresponden con el despilfarro lucrativo de las materias primas y de las fuerzas del trabajo. No olvidemos que al mismo tiempo, en la medida que la brutalidad y el saqueo de los países víctimas del imperio se consolida en el tiempo, se producirá también la destrucción en los países capitalistas más desarrollados. Ocurre a través de fenómenos como la polución- igualmente lucrativa- del aire y del agua en las pujantes metrópolis de los capitalistas. Es decir, la brutalidad en las zonas periféricas de la aldea globalizada tiene su contrapartida en la violencia ejercida sobre los trabajadores de la metrópoli: tiene su contrapartida en la grosería de las autopistas y de los estadios, en la violencia de la palabra, del lenguaje, de la imagen y en la impudicia de la clase política. También acá la que se encuentra en acción, en movimiento, es la totalidad del sistema: de hecho, en esta totalidad apenas será posible la distinción conceptual entre los negociados en la educación, en la salud y en tantos otros temas y el comportamiento político de nuestros dirigentes. Será imperceptible en la medida en que esos políticos pasan a formar parte de los grupos privilegiados. La política se traduce en un Congreso increíblemente deslegitimado, en el beneficio privado y en las necesidades materiales, en la mercadotecnia, en el engaño, en la publicidad y en aquel gatopardismo que conocemos bien cuando se trata de “reformas”. Desde los países centrales- Estados Unidos y demás- se exportará a Chile el modo de vida y el “sueño americano”. Y llegado a cierto punto lo hace solo, o sea, se exporta a sí

mismo en la dinámica de esa totalidad del régimen político que corresponde a un sistema autoritario y exclusivo. Con la acumulación privada de capital, con las necesidades materiales, con el éxito de acuerdo a los neoliberales, con su tecnología y con su sentido del mundo, del “saber-vivir”, llegan al mismo tiempo los restantes valores que funda la ética necesaria para que la élite pueda continuar el proceso de dominación: todo se vuelve mercancía y de este modo la sociedad reivindica uno de sus peores defectos, el que más daño infunde a la cultura de la vida, que es precisamente la agresividad. Esta violencia a la que el régimen nos expone con su estética del mall y del consumismo patológico es sobrecogedora. Lo falso de esta situación no es el materialismo de esta manera de vivir, sino la falta de libertad de la misma y por tanto la represión que encubre. Ahí vuelve a aparecer un concepto central en Marx y en Engels: la *reificación total en el fetichismo de la mercancía*. Se hace difícil traspasar esa forma de vida en cuanto que la satisfacción aumenta exponencialmente en función de la cantidad de mercancías que se transan en los mercados del consumo. La satisfacción instintiva en el sistema de la no-libertad ayuda al sistema a perpetuarse, siempre que los trabajadores puedan aspirar a un mínimo de satisfacción. Ahí está el asunto: el neoliberalismo no es el mal llamado Estado de Bienestar: ni siquiera garantiza ese mínimo; es así como milita en favor de su destrucción: la lucha de los trabajadores se circunscribe en la idea de postular un régimen político, social, cultural y económico basado sobre otras relaciones de producción, de circulación y de distribución de las mercancías a partir de las cuales a su vez es organizada la vida y el trabajo. En esas circunstancias, las necesidades material- ideales se vinculan de manera fundamental con la negación determinada y absoluta del neoliberalismo, con el rechazo y con la oposición radical de las razones del Estado capitalista. Ninguna contradicción social, empero, ni siquiera la más fuerte, estalla por sí misma; es necesario el combate a través de la toma de conciencia de los trabajadores que somos los que colocamos en movimiento al país: la teoría y la praxis debe mostrar y evaluar los factores subjetivos pero también los objetivos para de esta manera oponernos de forma radical a las sentencias de un sistema político- económico que condena a los hombres a la infelicidad. Por eso, la política de la represión nacional pero que también es global, esta opresión que los dominantes ejercen sobre el movimiento social- popular, del que obviamente depende la capacidad y el rendimiento del sistema político e ideológico para mantenernos sumisos a los dictámenes capitalistas, es puesta a prueba cada día y más duramente por los trabajadores en cuanto somos las víctimas predilectas del régimen.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> El régimen popular se presenta como una sociedad no- represiva, más allá de las urgencias y de las formas de vida, demandas e intereses de una élite desde siempre en el poder. Es en este proceso donde las urgencias de los sectores populares recorren el tránsito que nos conduce de las necesidades meramente materiales, que son características

Estamos ante un escenario político pleno de tragedias, de crisis pero también de vastas oportunidades. En el presente, las ideas moderadas de la *democracia formal- abstracta*, ante la inoperancia de no cumplir con los valores que dicen representar, son insostenibles. El neoliberalismo en nuestro país lo es ya que empezamos a tomar conciencia de que el lucro no es nada bueno, de que a partir del afán desmedido de la ganancia se forman los grandes negociados que tienen a los políticos y a la patronal de protagonistas y de ganadores mientras del otro lado, de la vereda del pueblo, estamos los perdedores, los que no tenemos derechos; pasa que en Chile solo tienen sus derechos resguardados (es decir, se educan, se capacitan, se sanan sin morir en el intento, se jubilan y alimentan) los que pueden costear esos derechos. En el peor caso, se aspira a ellos a través del financiamiento de manera que así nos endeudamos de por vida. Lo interesante entonces es que de una o de otra forma se acaba el mundo del rico que flirtea con su poder económico y sexual. Se termina la realidad del automatismo del mercado, por lo menos en

---

del Estado capitalista, hacia las material- ideales. Las conquistas de la ciencia y de la técnica aplicada hacen que actualmente teórica y socialmente sea posible la contención de cada una de las necesidades agresivas del sistema neoliberal. Contra esta posibilidad ha sido el sistema en tanto totalidad el que se moviliza. Debe ser necesariamente así porque la contención de esta violencia del sistema político, del modo capitalista de hacer las cosas, atenta contra su lógica de dominio; involucra de hecho la militancia contra el consumismo patológico al que nos someten con su idea del desarrollo y del crecimiento del país. En la oposición que a partir del movimiento popular estamos llamados a ejercer sobre las razones de este sistema, sobre la definición que hace de las necesidades del hombre y de la mujer de nuestra Patria, la rebelión que es al mismo tiempo instintiva, básica e irracional pero a su vez política y organizada, es aprehendida la posibilidad de la liberación de todos los que vivimos de un salario que por sí no fuera suficiente- así lo ha dictado la derecha duopólica- es definido de antemano de acuerdo a las demandas de la patronal y sus compinches.

Nos urge batallar por la contención de la agresividad del régimen, contra su despilfarro y saqueo porque las contradicciones son aún más fuertes y más llamativas en el neoliberalismo que con su ideología del libertinaje del mercado y con sus medidas de ajustes siempre va contra los intereses del trabajador, contra la dignidad de los salarios y de la vida de la mayor parte de nuestra población. Las formas de agresividad entonces son más extremas que en los estados anteriores del desarrollo del capitalismo: lo son por la esencia del neoliberalismo que en la medida que excluye de los “beneficios” a las amplias mayorías, de la satisfacción de sus necesidades básicas incluso, se despliega como sistema extremadamente fundamentalista. Su forma más general, la contradicción entre el carácter colectivo- social de las fuerzas, factores y recursos ligados a esta otra manera de producir, de circular y de distribuir los bienes generados por todos, de la que deriva su facultad principal, también su organización particular que se relaciona con una riqueza social de la que solo goza una élite y su forma de empleo destructivo, alienante y represivo, determina a ese régimen neoliberal en todas sus dimensiones y en cada aspecto de sus políticas y de su razón.

su versión extrema. De ahora en más vamos a aprender mucho y tendremos que argumentar con razones y convicciones que logren derrotar las falacias de los sectores y de los factores de poder más concentrados. Vamos a tener que argumentar también con emociones, con otra ética y con otra identidad política. Tendremos que confrontar con ideas del futuro, con el humanismo, con el materialismo y con la dialéctica porque nosotros, a diferencia de los opositores a toda manifestación del saber y de la cultura popular, sí tenemos un proyecto político de largo plazo. Sí, creemos en la participación y en la gestión política de la mayoría. No hay que temer al librepensador porque es el pasado, es el dominio de la minoría sobre la mayoría que se vuelve así insostenible. Los dominantes ni lerdos ni perezosos buscan condicionar no ya la soberanía y la autonomía siempre relativa de un régimen político frente a los grupos de poder opositores, sino la propia capacidad de acción política que busca generar los cambios. Es para eso que se sirven del neoliberalismo y de su dogma nada democrático. Pero, para ellos el mayor problema es que hoy- por el drama y las consecuencias manifiestas de este régimen sobre la vida de las personas y por la crisis que conllevan sus medidas de ajuste- es cada vez más obvio que el duopolio está incapacitado para gobernar el país en términos de satisfacer plenamente los requerimientos y urgencias de los asalariados. Y no se trata solo de una cuestión técnica, de cambiar a uno que otro colaborador digo, sino que esta imposibilidad, su ineficiencia, ineficacia y demás se debe a sus limitaciones ideológicas que los conduce a apoyar una ética, tesis y teorías que hace bastante tiempo fueron superadas por autores e intelectuales venidos incluso desde el campo capitalista y de las cátedras de los dominantes.<sup>16</sup>

La agresividad alcanzó un límite: el sistema en su conjunto se revela actualmente como parte integral de este crimen contra la humanidad que está localizado en el hecho de que el trabajador cada vez vive en condiciones más superflua. El que los sectores populares puedan poner en jaque al régimen neoliberal, cuya maquinaria de destrucción, de terror y de represión es una de las más avanzadas técnica e ideológicamente hablando, que puedan alterar los fundamentos y las bases de esa máquina que es la más eficaz y la más reaccionaria de todos los tiempos, nos muestra que este sistema represivo basado en necesidades materiales y en un falso bienestar ya no da para más. Por eso la élite se juega el todo por el todo y acciona con toda su fuerza, con la democracia formal, en la medida de lo posible y de muy baja intensidad. A los gobiernos no le queda más que hacer algunas concesiones políticas de

---

<sup>16</sup> Al respecto, tenemos a Nash que ganó un Nobel al demostrar las falacias de los preceptos económicos y de las motivaciones egoístas e individualistas del hombre de las que nos habló Adam Smith. No les importa porque todo les sirve para controlar la insatisfacción de los sujetos.

forma de salvaguardar las bases del régimen que nos somete. Mientras los gobiernos buscan estabilizar la confianza en el sistema de dominación a los trabajadores nos corresponde sublevarnos. La probabilidad concreta de que se detenga la expansión productiva y el afán de lucro del sistema como siempre depende de hasta donde estaremos dispuesto a llegar con nuestro rechazo radical. Se trataría de hacer estallar las contradicciones del proceso de producción, de circulación y de distribución del capitalismo, su capacidad y su necesidad de despilfarro y de destrucción sistemática de la calidad de vida del trabajador. La reivindicación de las necesidades materiales, las que salvan al sistema, o al menos el que lo fortalece, no son detenidas más que a través de un contra-movimiento nacional y aún global de rechazo del pueblo. La solidaridad de clase es la que siempre permanece como un factor decisivo de los trabajadores, de los que nos oponemos a la flexibilización de nuestros derechos; también aquí Marx tiene razón. Es esta solidaridad de clase la que actualmente se manifiesta contra la productividad integradora del capital y contra el poder de su máquina de propaganda y de administración.

En otras palabras, el fracaso cada vez más patente y lantente de esta empresa, del control que se ejerce sobre las víctimas del sistema, será el que precisamente nos demuestra que el asunto no se relaciona solo con la falta de condiciones y circunstancias para conducirnos al crecimiento, al desarrollo y a un largo etcétera; tampoco que se deba a la falta de experiencia política en los asuntos del hombre o a la preparación práctica y pragmática, sino que se debe a la propia ideología que sustentan, defienden, reivindican y por la que incluso están dispuestos a dar la vida, la de los otros por supuesto. Es que a la élite la puedes humillar, le puedes incluso matar un hijo y con razón se indignará, exigirá la justicia que corresponde, pero realmente reaccionan con toda su brutalidad y su soberbia, con su odio y revanchismo de clase extremo cuando entienden que sus granjerías, fundos, intereses y privilegios están en peligro por la gestión democrática que los trabajadores hacen del gobierno. Ahí es cuando apoyan y financian el golpe de Estado, movilizan sus fuerzas armadas, reprimen, torturan, asedian, lanzan al mar a quien le parezca, hacen desaparecer personas, exilian y exhoneran a los que no comparten sus ideas. Es ahí cuando pierden el control, cuando se muestran ante la sociedad como lo que son: como sujetos y actores políticos antidemocráticos, intolerantes y demás. Lo digo porque con ese tipo de acciones y gobiernos humillarán al pueblo. Después, con la llegada de Aylwin lo que se busca es racionalizar, darle un manto de legalidad e incluso de legitimidad a estas reacciones de modo que el régimen dictatorial se vuelve un poco más lógico y aceptable de la mano de esta falaz democracia que postulan los neoliberales. En verdad, si analizamos la historia del hombre de Chile o de donde fuera, podremos constatar que siempre es posible, en cualquier país, dar un golpe, aún sin una

situación crítica y sin el apoyo decidido de las mayorías. Basta que un grupo frene la maquinaria del sector público y tome el poder sin confrontar con la fuerza adversaria. En Rusia, el gobierno Kerensky protegió los órganos políticos, pero Trotsky ocupó los técnicos. Posteriormente intenta lo mismo, en 1920, contra Stalin, pero el dictador soviético usó y abusó de cuerpos especiales de defensa que obrarían sobre el mismo plano técnico. En Italia, al gobierno lo defendían los sindicatos de Giolitti y la policía; el fascismo los neutralizó y tomaron el sistema ferroviario; de ahí se fueron en tren hacia Roma con el objetivo de acabar con el gobierno de Luigi Facta. Por su parte, el rey, Victor Emmanuel III encargó a Mussolini la formación del gobierno y de esa forma quedaría legalizado el golpe. La estrategia es la de siempre: la de concentrar todas las fuerzas en el punto más sensible del adversario, que en un Estado más o menos moderno son los servicios públicos y los medios de comunicación para desde ahí usurpar la soberanía y la voluntad popular. Pero, lo más complejo viene después ya que no puede existir un régimen sin un mínimo manto de legalidad frente a las mayorías nacionales. Es lo que les corresponde hacer a los sicarios del duopolio, de las fuerzas armadas y de la patronal, unidos todos en la meta común de resguardar las necesidades de acumulación privada del capital.

Sobre las debilidades del régimen político democrático actual vemos que la principal es el modo en que finalmente se prostituye la representación de la voluntad del pueblo. Es decir, con este sistema del voto periódico, los electores delegarán su voluntad política de forma que la soberanía popular se desplaza a sus representantes, sin embargo, lo que pasa en realidad es que ésta acaba alojándose en los partidos políticos (que sabemos suelen ser poco democráticos) lo que produce que intenten perpetuarse y abusar del poder jugando con las sillas ministeriales o con algún escaño en el Congreso, etc. Es lo que hoy está pasando en Chile con el agravante de que ni siquiera existe un sistema electoral más o menos democrático, que sea representativo de las demandas de todos. Al duopolio lo caracteriza además esa perversión que se produce por la pérdida de esos valores relacionados con la ética, del sentido del hombre y de la comunidad que son la base del sistema pluralista. El sistema político entonces es reemplazado por la consulta a las “masas” que están desconectadas de la realidad y que también son amorfas y fáciles de manipular. Esa representación y la base social-política amorfa, promueve precisamente esos dirigentes profesionales, a los tecnócratas neoliberales me refiero, que se constituyen en una oligarquía que defiende por igual intereses propios o de particulares, en un clima de confusión irresponsable. De ahí que los gobiernos nunca trabajan por los intereses nacionales y populares; son administraciones que estabilizan el neoliberalismo para que los dominantes puedan continuar haciendo de las suyas. Estamos en presencia del paraíso

tecnocrático de Weber que con su partidocracia y burocracia racionalizada al máximo solo le servirá en propio provecho. Ayuda a lo anterior que bajo los parámetros del neoliberal, la información y comunicaciones constituyen la máxima herramienta para reorientar en provecho propio la opinión pública de modo de llevarla hacia los objetivos buscados por la élite que además es la propietaria de los medios masivos de comunicación. En este sentido, esos medios se convierten en un arma de guerra y en un paredón contra la verdad en la medida que están todo el tiempo, sin treguas ni descanso, tergiversando la realidad para de esta forma plantear los problemas que de acuerdo a sus intereses son socialmente importantes de resolver: esa es la forma que tienen para influir en la gobernabilidad del régimen. Sin exagerar se transforman en un arma para la guerra que es tanto política como cultural y psicológica. Su último y más moderno frente operativo de batalla son las redes sociales en particular e internet en general. Lo más grave, cuestión que no muchos tienen en consideración, es que si bien existe relativa libertad de expresión en la red de redes, la mayor parte de los ciudadanos del mundo no tiene conexión a internet. Por último, más grave aún es que son las grandes corporaciones de la informática y los gobiernos como el de Estados Unidos quienes controlan las fuentes de información y el almacenamiento de los datos de manera que así tienen todo, absolutamente todo, bajo su control.

La implosión de la Unión Soviética, del mal llamado socialismo real y el descrédito posterior del marxismo, coincidieron con la revolución global de la informática y de internet. Lo interesante es que esta revolución, que nos permite informarnos en tiempo real, consolida el neoliberalismo y su opción por la economía de la especulación, donde en apenas unos segundos se puede hacer caer industrias o países completos en manos de los financistas y demás. Ocurre que esta tecnología permite la creación rápida de textos, de imágenes y de datos que circulan instantáneamente por el mundo virtual, por la bolsa y por ende también por el mundo real; es como hecha a la medida para difundir la propaganda, la cultura, los valores y la falta de ética dominantes. Y como acabamos de ver, como el acceso a las fuentes de datos y de la información es controlada por las corporaciones, son ellas, conjuntamente con el gobierno de Estados Unidos, quienes cuentan con la capacidad técnica para difundir sus intereses. En estas circunstancias, cuentan con un arma de extraordinario valor para promover golpes de Estado o rebeliones contra los gobiernos que Estados Unidos considera hostiles. Como la misión central de los dominantes es preservar un sistema de creencias en el que, entre otros mitos, se identifica el libertinaje del mercado con la democracia y con la justicia social, todo lo que perturbe la “libertad” del capital, los derechos de la patronal y su lógica, pone en riesgo a la democracia. Es el fundamento de la racionalidad política del Estado y modo capitalista de hacer las cosas. También es la razón para

apoyar y financiar los golpes. Entonces, el régimen correspondiente, bajo el auspicio de ese paradigma, presenta al mercado como un fenómeno racional, espontáneo e inapelable. De ahí en más arranca todo ese “ideal” del final de las ideologías y una impresionante cantidad de teorías, neoliberales todas, profundamente irracionales, reaccionarias y violentas. Es a partir de esta ruptura con el afán desmedido de lucro, es a través de este rechazo absoluto contra el libertinaje y el automatismo del mercado (donde son esos mismos mercados los que desde siempre son controlados por los dueños de Chile, de los recursos de cada uno) que deben emerger las batallas de la izquierda, de la auténtica, de la que siendo parte de las bases del saber, se transforma en el sustento político, cultural e ideológico del movimiento social.

El sindicalismo chileno, en otra época siempre combativo, en lucha y radical, en el contexto de este nuevo país que se insinúa paulatinamente y de la mano de la lucha del movimiento social recupera de a poco, lento pero sin pausas, su protagonismo porque el gobierno, este régimen nada democrático, los políticos que supimos conseguir y el sistema en general, se encuentran ampliamente deslegitimados por su inoperancia para representar (ni hablar de resolver) los asuntos de los que tratamos de vivir de un salario. Ocurre que el neoliberalismo que nos controla a sus anchas es irracional como totalidad. Es así como veremos que su nivel de productividad antes que mejorar la vida de los chilenos las destruye porque nos plantea ciertas necesidades y facultades humanas que nos conducen a una crisis profunda no solo de nuestro país sino también de la región y de la Humanidad. Su paz se mantiene a través de la constante amenaza de guerra, de la invasión de esos países que no comparten la visión del mundo y del crecimiento de los centros globales del poder; cada vez más depende de la represión de los sectores populares. Esta opresión, tan diferente de la que caracterizó las etapas anteriores y menos desarrolladas del modo capitalista de producción, de distribución y circulación de mercancías, funciona actualmente no desde una posición de inmadurez natural y técnica, sino desde una posición de fuerza a pesar de la crisis económica que le asiste globalmente. Una posición de fuerza en el sentido de que las capacidades intelectuales y materiales del régimen son más grandes que nunca; eso quiere decir que la amplitud de la dominación sobre los trabajadores es mayor que en cualquier otra época histórica pero que también lo es la capacidad de los trabajadores para reaccionar ante la caída constante de su calidad de vida. De hecho, la democracia de baja intensidad, desde siempre “en la medida de lo posible” y su falaz transición se caracterizan por la defensa de determinado modo de producción y de definición de las necesidades de los chilenos antes que por el terror o la represión; en todo caso eso no significa que no recurra a la misma cada vez que sea necesario. De todas formas, no hay que ser tan optimistas como aquellos que nos dicen que el desarrollo desigual de nuestro



país y la crisis económica por sí solas son las que crean las premisas para la consolidación de la nueva conciencia de clase entre los trabajadores, de esa que lucharía contra la explotación del hombre por parte de los capitales, del empleado por parte de los patrones. No es tan claro porque el neoliberalismo en sí confronta la crítica y el rechazo absoluto de los trabajadores con una eficiencia sin igual cuando se trata de definir las “necesidades” de cada uno. Sin embargo, también genera esa situación que parece privarlo de las bases de su real sustento ideológico: de la *fetichización de la mercancía*. Lo hace a través del progreso técnico, extendido hasta ser un régimen de control y de coordinación totalitario que si bien está capacitado para crear sus formas de vida y de poder correspondientes- que además parecen reconciliar las fuerzas opuestas al sistema y que así lograría derrotar eventualmente toda protesta en nombre de las perspectivas de la libertad del hombre- al mismo tiempo, al no estar en absoluto en condiciones de cumplir con sus promesas, nos conduce a la rebelión, a la permanencia de la (*r*)*evolución*. Así, pareciera que en Chile el régimen podría contener el cambio, que en ese aspecto el progresismo es lo mejor porque evitaría aquella transformación cualitativa que establecería instituciones esencialmente diferentes a las actuales, una nueva dirección y otra lógica del proceso productivo acompañadas de una existencia humana acorde a nuestra dignidad. Esta contención del cambio y de la consiguiente neutralización del movimiento social quizás sea el logro más singular de la derecha duopólica en los últimos cuarenta años. Ahí tenemos como ejemplos la aceptación general del interés nacional en los términos de los neoliberales, la política bipartidista, el sistema binominal, la decadencia del pluralismo, de la democracia secuestrada por la Constitución de 1980- 2005 o la resolución de la batalla entre los dueños del capital y de la fuerza de trabajo siempre en favor del empresariado, que nos atestiguan la integración de los opuestos que es resultado tanto como prerrequisito de aquel logro de control social. Por lo mismo urge el cambio y de ahí la importancia del año 2006, que es cuando irrumpen en la escena nacional la lucha del estudiantado para subvertir este falaz consenso. ¿Quién necesita la transformación radical en nuestro país? La respuesta sigue siendo la misma: los trabajadores como totalidad, como clase social, porque nuestro sistema político se basa en la explotación del hombre, en la fetichización de la mercancía que se manifiesta de forma brutal en la unión indisoluble entre la creciente productividad y una también creciente destructividad: la amenaza de aniquilación, la capitulación del pensamiento libertario, la esperanza y el temor a las decisiones justas, las que buscan un régimen popular e inclusivo y la preservación de la miseria ante una riqueza sin precedentes, son todas las más imparciales acusaciones contra la lógica del libertinaje de los mercados: es que estos elementos son consecuencias del

sistema. Además, su pomposa razón que propaga la eficacia es en sí misma irracional.

El hecho de que la gran mayoría de la población acepte y sea obligada a aceptar esta situación política, al neoliberalismo me refiero, no lo hace ni menos irracional ni menos reprochable. La distinción entre la conciencia falsa y la verdadera, entre el interés real y el inmediato, entre las necesidades que son materiales y las material- ideales todavía está llena de sentido. Pero esta distinción debe validarse por la lucha de los trabajadores y por la experiencia que de ella se deriva. El hombre tiene que llegar a verla y a encontrar su ruta que va desde esta falsa conciencia y sus necesidades meramente materiales hasta reencontrarse con la ideología humanista. Pero sólo podremos hacerlo si experimentamos la urgencia de cambiar nuestra forma de vida, de negar el mito y de rechazar absolutamente el régimen neoliberal. Es esta necesidad la que la sociedad represiva en exceso consigue oprimir en la medida que sea capaz de repartir los bienes y de usar y abusar de las conquistas y adelantos científicos contra la mejoría de la calidad de vida del hombre. Esa situación de por sí contradictoria envuelve a su vez una contradicción todavía más fundamental. El hombre totalitario, al consumista patológico me refiero, a quien crecerá con el neoliberalismo, oscila continuamente entre dos hipótesis que se anulan una a la otra: por un lado, si bien el régimen neoliberal estaría eventualmente capacitado para contener la posibilidad de una transformación cualitativa, por otro lado- acá estamos ante la segunda hipótesis- existen determinadas tendencias y hechos que pueden acabar con esa contención y hacer estallar el capitalismo. Las dos fuerzas de las que hablo están aquí, una al lado de la otra, e inclusive una en la otra. La primera de ellas es la que domina, y todas las precondiciones que puedan existir para su reversión son empleadas por los trabajadores. Puede darse la enorme casualidad de un accidente que altere la situación, pero a no ser que el propio reconocimiento de lo que se hace y lo que se está evitando subvierta la conciencia y la conducta del hombre, ni siquiera una catástrofe de proporciones homéricas será suficiente para en definitiva provocar el cambio. Estas tendencias- la de la conservación de la realidad o de la *(r)evolución permanente*- se basan en la idea del desarrollo del Estado capitalista en el que el aparato técnico de la generación de mercancías, de su circulación y de distribución de las mismas (con un sector automatizado en plenitud) funciona no como una suma de simples herramientas que pueden ser aisladas de sus efectos sociales y políticos, sino como cierto régimen que determina a priori el producto del aparato, tanto como las operaciones realizadas para servirlo y extenderlo. Bajo esta lógica, el modo de producir las mercancías tiende al totalitarismo también en el grado en que determina no sólo las ocupaciones y la actitud socialmente necesaria que debe cumplir el trabajador, sino además sus

necesidades y aspiraciones individuales. Se busca borrar la oposición entre la existencia privada y la pública, entre las necesidades de los individuos y las sociales. Como vimos, la tecnología sirve como forma de control, para que una élite en el poder instituya formas de dominación y de cohesión social más o menos efectivas y “agradables”. Acá me estoy refiriendo tanto a la *Dictadura de Seguridad Nacional* como a la democracia en la medida de lo posible, esa de baja intensidad, que al final también se basa en esa ideología y que de este manera es apenas un intento por racionalizar la barbarie de los dominantes y de la fuerza militar usada para sus objetivos. La tendencia totalitaria de estos controles que ejercerá el régimen neoliberal se afirma además en un sentido de mayor importancia: extendiéndose a las zonas del mundo menos desarrolladas de modo que logra globalizar su pretensión de dominio.

Frente a las características totalitarias del neoliberalismo, ante la incongruencia de sus tecnócratas, de sus incapacidades y de un importante etcétera, no podemos seguir planteando la tradicional noción de neutralidad, de objetividad e incluso de racionalidad de la tecnología. La técnica aplicada que constituye la tecnología como tal no puede ser separada del empleo que se hace de ella por parte del régimen; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera en el concepto y en la reconstrucción de su técnica. La manera en que la sociedad- sea la de Chile o la de cualquier otro país capitalista- organiza la vida de sus miembros implica de hecho una elección original entre las alternativas históricas que están determinadas por el nivel heredado de la cultura tanto material como intelectual. La elección será resultado del juego de intereses que dominan y que nos anticipan modos específicos de transformar y de utilizar la fuerza de trabajo y a la naturaleza. Así, en la medida que se elige al mismo tiempo se está rechazando otras tesis y formas. Por eso la tecnología no es imparcial: es un proyecto de realización que reivindica ciertas demandas al tiempo que rechaza otras. Y una vez que este proyecto se hace operable a través de las instituciones y de las relaciones básicas entre los hombres, tiende a hacerse exclusivo. En tanto que es un universo tecnológico, la democracia chilena de baja intensidad es a su vez un universo político, una etapa en la realización de un proyecto de país y de crecimiento, esto es, la experimentación y la correspondiente organización de la naturaleza como material de control. De ahí que la crisis y el desarrollo en beneficio de unos cuantos por sí mismo no engendra la conciencia por el cambio y la llegada del régimen popular. De esa forma no son las cosas ya que la conciencia que transforma se consigue con la participación de los afectados en la resolución de nuestros asuntos; se consigue cuando llegamos al convencimiento de que el gobierno no hará nada por las demandas que nos ocupan. Primero entendemos que el gobierno no resolverá nuestros asuntos,

luego nos organizamos para hacerlo y después tomamos plena conciencia de lo que nos pasa, de la justeza y de la racionalidad de las necesidades de todos. Esta es la manera embrionaria a partir de la cual se va constituyendo el poder popular. Ahí es cuando se profundiza el proceso de deslegitimación del sistema y por eso tienen mucho que ver en el asunto el compromiso de las organizaciones sociales, de las de base y las de las poblaciones que junto con los sindicatos adquieren un rol fundamental para romper con la marginación del pueblo de las decisiones que nos afectan, generando primero numerosos proyectos para el desarrollo territorial en los barrios, luego en la ciudad, posteriormente en las regiones y finalmente en nuestro país. Ahí surge la importancia de la organización política desde las bases, para armar y sostener cooperativas que ayuden a materializar las políticas nacionales, regionales y municipales que mejoren nuestra vida a partir del poder popular.

Como parte del saber popular debemos organizarnos bajo la consigna de la unidad porque entre todos le daremos su sentido a un movimiento político bien complejo y múltiple, con tensiones e intereses que constituye el territorio común en el que el proyecto nacional- popular se hace con el poder para disputar con los otros el liderazgo del proceso de cambio, la iniciativa y el protagonismo político. Sobre esta *(r)evolución permanente* debo decir también que el tiempo de la organización social y política del movimiento constituye una etapa gradual y lenta pero a la vez necesaria, que requiere conducción y una militancia que trabaje por el control de las contradicciones internas que impone el saber y los intereses populares. Lo que no podemos plantearnos es la construcción de aparatos que muchas veces distorsionan lo que necesitamos los asalariados. No es correcto insistir en la espontaneidad del trabajador, de los estudiantes o de quienes fueran, más bien se impone la organización política del movimiento. No puede ser de otra forma porque esa espontaneidad a la que tanto aluden, incluso que reivindican algunos sectores sociales para de este modo plantear que son “apolíticos”, “independientes” o que estarían más allá de los partidos y sus vicios, es una postura que atenta contra la lucha del pueblo. Pero, ahí están los autonomistas con Hallaway a la cabeza hablándonos de conciliación de clase, de espontaneidad. Insisto en que la organización política es necesaria y fundamental; de que es preciso y justo hacerse con el gobierno y con todas las estructuras que componen el régimen político. Es la forma de hacer la *(r)evolución*: deberemos hacernos con esas estructuras, tomar por asalto el régimen, a partir de la movilización y creación del poder popular. Los dominantes hacen lo mismo. La diferencia es que ellos toman por asalto el régimen a través de la brutalidad y violencia que implica el golpe de Estado. Tampoco debemos obviar el hecho de que nos someten a través de la definición y sentido propio de las necesidades; cuando digo que ellos toman por asalto el régimen a través de la fuerza estoy

afirmando que esta es una medida de urgencia y corto plazo para resguardar el control sobre el sentido, las expectativas y la definición del desarrollo que bajo su ideología adquieren los trabajadores en el proceso de dominación. Así, el sometimiento que se intenta defender a través de la asonada golpista es de más largo plazo e indudablemente es protagonizado por la derecha y por sus poderes fácticos en complicidad con las fuerzas militares.

### **Asamblea Constituyente y cambio de paradigma.**

Una ausencia de libertad que se presente cómoda y media razonable, democrática y sin muchos conflictos, señal del progreso técnico o como una evolución de la sociedad, es la que mejor forma de resguardar el control que la minoría despliega sobre el trabajador. ¿Qué podría ser más racional bajo el libertinaje de los mercados que suprimir la individualidad de los sujetos en el proceso de mecanización de su rol y actuación socialmente necesaria aunque dolorosa; que la concentración de la empresa individual de los hombres en corporaciones más productivas; que la regulación de la “libre” competencia entre sujetos económicos desiguales; que la reducción de la voluntad popular y sus prerrogativas que impiden la organización tecnocrática de los recursos? Que esta forma de entender la tecnología implique una coordinación política e intelectual puede en este caso mostrarse como una evolución lamentable pero inevitable y hasta prometedora en términos de desarrollo. Entiendo así que el neoliberal ni siquiera es individualista, que no cree en el desarrollo del sujeto porque sus dogmas conducen al peor totalitarismo imaginado por la élite y puesto en práctica por sus centros globales de poder. El derecho y la libertad de la que nos hablaron en sus orígenes los revolucionarios franceses, de la Comuna de París inclusive, de las promesas de la razón, de la igualdad, la fraternidad y el triunfo sobre los mitos, las supersticiones y oscurantismo de la Edad Media, todos factores reivindicados por ese tiempo (en la etapa temprana de la sociedad industrial) se debilitan bajo el neoliberalismo. Lo hacen porque éste no viene con promesas de bienestar o de inclusión- como sí lo haría el Estado asistencialista- porque directamente viene a acabar con todas estas pretensiones y derechos, garantías y conquistas de los sectores populares. En estas circunstancias, el neoliberalismo como régimen extremo en el cuidado de la acumulación privada del capital termina con un etapa del capitalismo. Como me canso de decirlo el tiempo que le quede al capital por delante depende de los asalariados. La batalla entonces no es solo en Chile sino que se define en los términos del socialismo en un solo país o de la revolución global. En este aspecto preguntaría qué tan distinto habría sido Chile y el mundo si en vez de triunfar la primera opción con la delirante ideología de Stalin se hubiera hecho con el poder Trotsky y su definición

del cambio. Ocurre que la *(r)evolución* nunca fue solo nacional; ésta es internacional, es global y es permanente. Para que sean los trabajadores los que definitivamente triunfen debemos hacer todo lo posible por la lucha a ese nivel. Por ello es significativo que en el ámbito de nuestra globalidad los radicales todavía no contemos con una Internacional que estratégicamente vincule la lucha con los trabajadores del mundo. El capital hace mucho que logró su globalización y la solidaridad de la patronal mientras nosotros, las víctimas, seguimos en el veremos o apenas con esas declaraciones que por más que tengan las mejores intenciones en la práctica no conducen a ningún lugar.

Es una oportunidad importante la que estamos desperdiciando, no solo porque los trabajadores del mundo- ahora también los de los países más desarrollados- son sometidos a las medidas de ajustes planificados por los dominantes, sino también porque es el propio neoliberalismo el que pierde su razón de ser. Y digo que el neoliberalismo es el final de una época histórica porque es quien desnuda sin ningún disimulo la forma en que el capital nos sojuzga. ¿Puede haber un régimen más fundamentalista que el neoliberal en cuanto a la defensa de la tasa media de las ganancias del capital? No lo creo. La libertad del saber, de la palabra, de la conciencia tanto como la “libre” empresa a la que servían para así promover su concepción del mundo, eran para los revolucionarios franceses esencialmente ideas críticas, destinadas a reemplazar una cultura anticuada por otra mucho más productiva y racional. Sin embargo, al final no pudieron cumplir con lo prometido: el capitalismo y su régimen neoliberal no están capacitados estructuralmente para ello. La experiencia histórica del hombre anularon esas premisas y promesas.

Desde la temprana época de la revolución francesa y de la industrial en Inglaterra, la libertad de empresa no fue precisamente una bendición para los sectores populares. En realidad, la historia está repleta de ejemplos de explotación extrema y de saqueo tanto de recursos naturales como humanos: fue saqueada Africa con el tráfico de los esclavos y también nuestra América que financiaron lo que Marx llamó la acumulación originaria del capital. La libertad para trabajar bajo esos términos o para morir de hambre, significó fatiga, inseguridad y temor para la mayoría de la población que emigraba a las ciudades. Si el sujeto no estuviera aún obligado a probarse a sí mismo en los mercados, como hombre económico libre, la desaparición de esta clase de libertad que nos plantean el modo capitalista sería uno de los mayores logros de nuestra civilización porque iría al núcleo del proceso de fetichización de las mercancías. El despliegue tecnológico de la mecanización actual y de la normalización podría canalizar la energía individual hacia un estado nuevo y virgen de libertad que está más allá de las necesidades materiales a la manera que lo plantea la élite. De hecho, la misma estructura de la existencia humana

se alteraría en beneficio de los trabajadores: el individuo se liberaría de las necesidades y de las posibilidades extrañas que impone el mundo del trabajo y así tendría una mayor libertad para ejercer la autonomía sobre una vida que sería la suya. Si la forma de producir bienes y servicios se pudiera organizar y dirigir a la satisfacción de las necesidades material- ideales, si esa fuera su meta primera, su control no impediría la autonomía individual sino que la haría posible. Éste es un objetivo central que está dentro de las capacidades y posibilidades de la civilización industrial como la conocemos hoy: el fin de la racionalidad tecnológica neoliberal. Pero, los que actualmente operan van por el rumbo contrario porque son los tecnócratas neoliberales quienes se imponen; el aparato es quien define las exigencias, sus propias demandas y requerimientos del tipo económicos y políticos para la expansión y defensa sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo libre, sobre la cultura material e intelectual. En virtud de la manera en que el neoliberalismo organiza su base tecnológica, la sociedad chilena actual, todos los países donde todavía el neoliberalismo hace de las suyas, tienden a ser totalitarios. Ocurre que no es sólo totalitario un régimen donde se niega la soberanía popular, donde se impone por la fuerza del terrorismo de Estado una Constitución falaz, una coordinación política terrorista de la sociedad donde los disconformes- los que no aceptamos la situación precedente somos el “enemigo interno”- sino también lo es una coordinación técnica y económica que opera a través de la manipulación de las necesidades materiales por los intereses creados de la élite impidiendo así el surgimiento de una oposición efectiva contra ese todo que defiende la clase dominante. A pesar de ello, del totalitarismo y de las efectivas formas con las que el Estado capitalista logra mantenernos en vilo, dominados y bien quietos, el año 2006 en la política nacional irrumpen los estudiantes lo que marcará para siempre la historia reciente de Chile. Ese año es el primer antecedente histórico e íntegro para reconocer el valor de las gestas de los trabajadores y estudiantes. Es una lucha colectiva que también nos ayuda y desafía a entender en toda su dimensión la cultura y la identidad del pueblo porque estos trabajadores (los que solo ayer colmaron las grandes alamedas para intentar sin éxito consolidar la vía chilena al socialismo y los de hoy que militan a favor de la lucha por un modelo de país que es nacional y popular pero en otras circunstancias históricas) con el movimiento social en plena ebullición, son parte de este hecho maldito del que nos hablan los sectores dominantes y que aún perdura en el tiempo político: los estudiantes, etc., que reafirman su compromiso con los cambios a través de su presencia en las calles. Es la política en manos de los trabajadores y estudiantes que colman las alamedas. El movimiento social está creando las condiciones del cambio porque toma conciencia de que éste es posible. Eso se lo debemos a nuestros vecinos, a los trabajadores bolivianos, ecuatorianos, venezolanos y

en menor medida a los argentinos, brasileros y uruguayos que están librando su batalla en una gesta signada por el heroísmo y las convicciones. Allí está un rasgo esencial en la génesis del movimiento popular que explica el rumbo seguido. La base de consolidación de la democracia es crear la base propicia para cambiar. En horas de auge de las batallas y de la derrota también, en muchedumbre o en soledad absoluta, el desafío siempre es reivindicar un arte de lo posible de los sectores populares. En ese contexto de transformación, al final se insinúa el significado de la identidad de nuestro movimiento social en el sentido de que éste es una potencial organización que viene a levantar las banderas de un régimen con mejor distribución de las riquezas, igualitario y justo. Lo contrario- la concentración de la propiedad, la dependencia del país, la crisis y la marginación no son parte del cambio en beneficio de los que intentamos vivir de nuestro esfuerzo. Por eso, lo que está pasando hoy es importante en tanto reivindica la identidad y la legalidad de la voluntad y de la soberanía popular que con su cultura del trabajo y de la producción, de defensa de los recursos nacionales, está llamado a transformar Chile. Es así como hoy se levantan otra vez esas banderas mientras la derecha duopólica carece de las mismas. El poder político de los dominantes se afirma a través de su incidencia sobre el proceso mecánico y sobre la organización técnica del aparato y del modo de producir, de circular y distribuir la mercancía que también responde a determinada definición de las necesidades de los hombres (lo que lo vuelve un consumista patológico) como a una forma específica de organización de la vida económica y política: el neoliberalismo que en Chile se le denomina democracia en la medida de lo posible, de baja intensidad, tutelada, de los consensos, etc. El gobierno en particular así como el régimen en general sólo puede mantenerse cuando logra movilizar, organizar y explotar para sí toda esa productividad científica y mecánica de la que dispone la civilización pero que ahora es controlada por las directrices de los partidarios del libertinaje del mercados y de los fundamentalistas de la libertad abstracta y formal. Esta productividad que moviliza al hombre le exigirá un compromiso que es tanto individual como colectivo, en todos los ámbitos en relación a los dogmas del régimen político- de ahí el carácter totalitario del mismo- y una lealtad que está incluso por encima de cualquier interés individual o del grupo. El hecho cada vez más brutal de que el poder de esta tremenda maquinaria, de la forma de producir, de circular y distribuir las mercancías sobrepasa al del individuo y al de cualquier grupo particular de sujetos, hace de la misma un instrumento efectivo en una sociedad cuya organización básica gira alrededor de un proceso mecanizado. Lo interesante es saber que esta tendencia política puede invertirse porque en esencia el poder del Estado capitalista es sólo poder del hombre proyectado. En la medida en que el mundo del trabajo se conciba como una máquina y se



automaticamente de acuerdo a ella, lo convierte en la base potencial de una nueva libertad para el hombre que puede conducirlo a otro régimen, ese que se basa en la no-represión y en la plena libertad.

El combate que libramos nos muestra que el régimen neoliberal ha llegado a una etapa en la que la “democracia en la medida de lo posible” no puede definirse adecuadamente en los términos tradicionales de la libertad económica o política de la élite. No porque estas libertades se hayan vuelto insignificantes sino porque son demasiado importantes para ser confinadas dentro de la forma tradicional en que actúa la “transición”. Se necesita otra manera de realización, de necesidades y de urgencias que correspondan a las nuevas capacidades de nuestra sociedad. En ese momento en particular, estos modos sólo pueden indicarse desde un sentido negativo, ya que equivaldrían a negar la manera predominante de hacer y pensar cada cosa. Así, la libertad económica significa la libertad de la economía, es decir, la liberación de la constante lucha por la vida, por la supervivencia de los que vivimos de un salario de antemano definido por el interés de la clase patronal. La libertad política significa la emancipación del trabajador respecto de la democracia de baja intensidad (que se basa en la *Doctrina de Seguridad Nacional*) de la misma forma que la libertad de pensamiento se traduce en la restauración de un saber que no sea absorbido por el adoctrinamiento de los medios masivos de comunicación neoliberales.

Los trabajadores nos movilizamos pero no solamente en la fábrica que todavía sobrevive pese al neoliberalismo, sino también en la organización de base. Como estructura participamos del movimiento barrial. Entonces, lo reivindicativo es una cuestión de todos los días. Se trataría de que todo el tiempo luchemos contra las frases reaccionarias, que buscan desacreditar al movimiento popular y las batallas que los asalariados llevamos adelante en beneficio de nuestras urgencias. No es posible que sigamos aceptando esa fraseología de la derecha duopólica que nos trata como utópicos cuando nos oponemos a sus designios. No es posible que nos traten de terroristas porque nos rebelamos contra los patrones rurales, o cuando nos oponemos al lucro o a los sueldos miserables. Es aquella tarea la que también nos corresponde como mayoría: la de la denuncia constante, la de la propaganda y demás. De hecho, lo que se hace en los sindicatos y en las poblaciones, en las minas, en las escuelas y en cada espacio público en defensa de los derechos del hombre y de la mujer de la Patria, tiene como objetivo recuperar la política como arte de lo posible, como estrategia de poder. Chile necesita recuperarse porque no vivimos en democracia: derechos que en otros países son comunes en el nuestro no existen. Necesitamos otro país, por el que debemos seguir en la calle, defendiendo las conquistas del trabajador porque nada es definitivo:

todo puede perderse porque la derecha nunca permanece quieta. Ahí está la urgencia de la *Asamblea Constituyente Autoconvocada*.

En cierto momento la palabra (*r*)*evolución* alcanzó para muchos de nosotros una connotación fabulosa, santo y seña de nuestras utopías. Por ello, golpe de Estado mediante, desaparece aquel otro término, el de democracia, que de la mano de la brutalidad cívico- militar se transforma en una cuestión poco importante en el vocabulario de los trabajadores; así hasta la actualidad. Ocurre que se transformaría en un concepto ausente del léxico cotidiano ya que ahora, de la mano de los gobiernos de la derecha duopólica que supimos conseguir, suena ahuecada, carente de sentido e insulsa. Sin embargo, lo que hay que aclarar es que para la derecha siempre ha sido de este modo porque ella no es democrática: no respeta la soberanía popular sino que la “tolera” mientras ésta no coloque en entredicho sus intereses ligados a una forma de vida para unos pocos. En estas circunstancias no hay término medio, grises o tonos cuando se trata de la lucha de clases, apenas hay negro y blanco, hay libertad o esclavitud, explotación o emancipación. Lo digo para que dejemos de hacernos ilusiones al respecto. La lección de estos años de falsa transición es que la democracia en la medida de lo posible no es una democracia como no lo es tampoco su justicia y su reforma. No hay términos medios ni grises. En una sociedad que como la chilena se encuentra increíblemente desgarrada por las contradicciones de clase (que bajo el régimen neoliberal se extreman en su máximo grado) no puede existir una ideología al margen de la lucha de clases o por encima de ella. Por eso, todo lo que tenga que ver con rebajar la teoría de la (*r*)*evolución*, del materialismo histórico, que por lo demás es dialéctico, todo lo que sea alejarse de la conciencia y la lucha por la libertad, por la organización y por la creación del poder popular, equivale a fortalecer las ideas y razones dominantes. Es grave porque como otra vez nos muestra la experiencia histórica, a la élite gobernante la define precisamente el hecho que niega la democracia, aquella actitud que la muestra en ciclos que, cuando se cierran, hacen regresar sus profundas tendencias autoritarias, su necesidad imperiosa de orden y seguridad. Por eso insisten en las necesidades apenas materiales y que en realidad son falsas. De hecho, las defino en esos términos porque son esas donde el interés particular se impone por sobre las demandas sociales- del bienestar común- para de esa manera consolidar la represión sobre el trabajador. Son falsas porque perpetúan el esfuerzo, la agresividad, la miseria, la explotación de los trabajadores por parte del capital, el lucro en todos los ámbitos y la injusticia. Su satisfacción puede ser grata para algunos individuos en cuanto sujetos, pero esa felicidad no es una condición que deba ser mantenida y aún protegida si en concreto sirve para impedir el desarrollo de la capacidad (la suya propia y la de otros) de reconocer la enfermedad del régimen político en su conjunto para así aprovechar la posibilidad concreta

de libertarnos del régimen neoliberal. La mayor parte de las necesidades predominantes que se relacionan con el descanso, con poder divertirse, con comportarse o con consumir de acuerdo con la propaganda y la publicidad oficial, de amar y odiar lo que otros odian y aman de acuerdo a la ideología hegemónica, pertenece a la categoría de necesidades materiales que a su vez y por esto mismo son falsas; lo son porque tienen una función social y un contenido definido por poderes externos sobre los que los trabajadores no tienen ni obtienen ningún tipo de control: en el desarrollo y en la resolución de estas necesidades no importará hasta qué punto se encuentren a sí mismo satisfechos los trabajadores porque sigue siendo lo que fue desde el inicio, es decir, producto de una sociedad cuyos intereses requieren la represión de los sectores populares para que la élite continúe defendiendo sus granjerías y sus privilegios. El predominio de las necesidades represivas es real y material, es una cuestión que es aceptada por el sometimiento y por el quietismo al que es empujado el pueblo, pero es un hecho que deberá ser eliminado tanto en interés del sujeto que se pretende y dice feliz como de los que se convierten en miserables a expensas de la satisfacción de los que serían los beneficiarios del régimen. Las únicas necesidades que inequívocamente pueden reclamar su satisfacción son las vitales, las que reivindican una mejor calidad de vida para la mayoría: son las relacionadas con el alimento, con el vestido y con la habitación, con la salud y la educación porque definitivamente reivindican la vida de las personas, porque son las que colocan este derecho a una mejor calidad de vida como su prioridad máxima, inclusive por sobre la propiedad privada de los medios de producción, de circulación y de distribución de las mercancías. La satisfacción de esas necesidades que defienden la vida es el requisito para realizar las otras, para su misma definición en cuanto tal. Para cualquier saber y conciencia, para toda experiencia histórica que no acepte el interés social predominante como ley suprema del saber, del pensamiento y de la conducta social, el universo establecido de satisfacciones es un hecho que pone en duda los términos de verdad y de mentira. Esa es una prioridad porque esos conceptos- el de la verdad y el de mentira, el de necesidad y otros tantos- son enteramente históricos; lo son también su objetividad. Eso significa que son subjetivos porque dependen del contexto político, que están ligados a una realidad determinada. El juicio sobre las múltiples necesidades y su satisfacción bajo estas condiciones implica normas de prioridad lo que a su vez se traducen en leyes que se refieren al desarrollo óptimo del régimen y de la sociedad, también del individuo bajo el uso más eficiente y racional de los recursos materiales al alcance de los asalariados.

Entonces, la pregunta sobre cuáles son las necesidades que deberemos considerar como falsas o verdaderas la resolvemos los trabajadores, nosotros mismos pero solo en última instancia; esto significa que siempre y cuando

tengamos la libertad para dar nuestras respuestas lo que equivale a decir que se hace prioritaria la toma de conciencia sobre los métodos de dominio que la élite aplica. Es urgente revelar el proceso de fetichización de la mercancía que extraordinariamente analiza Marx. Mientras no logremos autonomía, ese arte del poder popular que nos conduce al gobierno del trabajador, mientras seamos manipulados digo, toda respuesta a esas interrogantes no podría ser democrática porque no es propia del debate de la mayoría. Por eso, ningún tribunal o vanguardia del proletariado puede adjudicarse el derecho a decidir cuáles necesidades deberán satisfacerse en la búsqueda del cambio que ya sabemos es permanente. Eso es parte de las discusiones que se dan al interior del movimiento social. El problema no es menor ya que cuanto más racional, lógica, productiva y totalitaria deviene la administración del neoliberalismo, más inimaginable resultan los medios a partir de los que el trabajador podría romper con su servidumbre y alcanzar la liberación: la emancipación, la construcción del régimen popular, democrático e inclusivo, la liberación en estos términos digo, dependerá de tomar conciencia de que somos siervos del capital. Es importante entenderlo como sustitución de necesidades falsas por verdaderas. Esta transformación es una prioridad porque Chile siempre ha sido gobernado contra los trabajadores, cuestión que además desmiente que Chile sea una isla de respeto. Nunca tuvimos una Constitución democrática, que fuera avalada por la voluntad del pueblo: la del '33 es aprobada por un grupo de notables que imponen el orden portaliano. Cuando entra en crisis-guerra civil con la muerte de José M. Balmaceda mediante- se aplica un engendro parlamentarismo como mejor forma para defender los intereses anglosajones que habían triunfado. Después vendría la de 1925 redactada por otra reunión de notables, donde de acuerdo al derecho a voto que existía por ese entonces a lo más fue votada (y no necesariamente ratificada) por el 10% de la población. Sobre la carta magna de 1980- la del dictador y también de Lagos- ni hablar porque lo que mejor hace, para lo que fue fraudulentamente ratificada, es para negarnos el ejercicio de la libre expresión del pueblo. Por eso nuestra tarea es la de combatir y bajo ningún aspecto dialogar con esa institucionalidad. Se trata de batallar contra esa tendencia que busca el consenso.

La élite, tremenda e increíblemente violenta cuando se trata defender su modo de vida, no deja ninguna posibilidad legal ni institucional para satisfacer las demandas que planteamos la mayoría. La Constitución de 1980- 2005 se encarga que sea de este modo. Así y todo, nuestra historia no puede reducirse a la falta de valores y ética democrática de las élites, a esta característica intrínseca de algunos actores que no dudan en dirigir sus pasos a los cuarteles cuando se ven o se sienten amenazados. No es posible porque existe también otro Chile, ese que se encuentra en ese pueblo que busca la

igualdad, la participación, la proliferación de proyectos de integración social junto a una democratización del acceso a la educación y a la salud. Estos son hitos imprescindibles e inolvidables que nos desafían a continuar la batalla por la dignidad y el bien común. No podríamos renunciar al cambio porque no nos queda más que exigir la satisfacción de nuestras necesidades: somos los que no podemos esperar, los excluidos del régimen, los desplazados, y sin embargo desde hace más de 200 años seguimos a la espera de una vida. Hay que luchar con esa fuerza que nos da el hecho de ser la mayoría y por si fuera poco, por si no fuera suficiente, con aquella fuerza que nos da el hecho de ser nosotros, los que vivimos de un jornal, los asalariados, los que generamos la mercancía, los bienes y servicios y así las riquezas. ¡Todo para el trabajador! La consigna no es otra porque también somos los protagonistas de la historia, los llamados a declarar la libertad del hombre, de la mujer, de nuestros hijos. Hay que apartar al movimiento social de la estrategia que habla del consenso porque la institucionalidad afirma la represión, la violación de los derechos humanos incluso, la posibilidad de perder la vida en una huelga. Vivimos en un engendro de democracia formal los que nos oponemos al lucro en la educación, en la salud, en el sistema de pensiones o a los salarios de miseria somos irracionales, resentidos. ¡Esa es nuestra institucionalidad!

La característica del régimen, lo central de éste, su rasgo distintivo por decirlo de otra manera, es la limitación efectiva de las necesidades material-ideales para así someternos al poder destructivo de una sociedad cada vez menos opulenta. En este ámbito, el control social-político sobre la población nos exige consumir el despilfarro generado por una forma capitalista de producir bien irracional. Se trataría de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia, los medios masivos de comunicación que se definen a sí mismos como objetivos, racionales y hasta independientes, una elección libre entre las marcas de ropa, entre dirigentes políticos, etc. Bajo el neoliberalismo, caracterizado por la totalidad represiva, entonces la libertad se convierte en un poderoso instrumento de dominación. La amplitud de la selección abierta a los trabajadores no es un factor decisivo para determinar el grado de libertad de nosotros, pero sí lo es que podemos o no escoger. En otras palabras, la libre elección del amo, de los dirigentes de una derecha duopólica impresentable, que no representan a las mayorías, no suprime ni a los amos ni a esos dirigentes, mucho menos al esclavo. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y de servicios no se traduce en libertad si estos bienes sostienen controles sobre una vida de esfuerzo y temor, esto es, si son parte del proceso de *fetichización de la mercancía fuerza de trabajo*. Tampoco la reproducción espontánea por los trabajadores que al final son impuestas por el poder establecen la autonomía ni en términos individuales ni de la clase; sólo nos prueba la eficacia del control que viene ejerciendo el

Estado capitalista. Como el sistema político- económico que lo representa, que le lleva el amén digo, además tiene una gran capacidad para reciclarse a sí mismo, es necesario insistir en la profundidad y eficacia de los controles que los grupos dominantes despliegan para seguir usufructuando de nuestro trabajo, para continuar gozando de aquella vida parasitaria, de derechos y de privilegios que no les corresponden porque ese modo de vida contradice las demandas de la amplia mayoría.

El sometimiento que se ejerce a partir de las necesidades meramente materiales a las que somos expuestos, no empieza con la producción masiva de bienes como las notebooks, los autos,, etc, sino con la centralización de su control. A su vez, aquella centralización determina una manera y no otra de producir, de circular y de distribuir las mercancías. El trabajador en esta etapa entra como receptáculo fuertemente condicionado por las razones que lo dominan; al respecto lo que busca hacer el mal llamado Estado de bienestar es disminuir el contraste y el conflicto entre lo que es dado y lo que es posible, entre las necesidades satisfechas y las por satisfacer, de forma que los sectores populares son coartados con las promesas de ascenso social e igualdad. Es aquí donde la “nivelación” de las distinciones de clase revela su función ideológica: si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreación, si la secretaria de un estudio cualquiera se viste de forma tan elegante como la hija de su jefe, si el poblador logra adquirir una casa o si todos leen “El Mercurio”, esta asimilación indica, no la desaparición de las clases sociales, sino la medida en que las necesidades y las satisfacciones que sirven para la preservación del sistema establecido son compartidas por la población.<sup>17</sup>

En Chile es cada día más claro como esta democracia de baja intensidad, en la medida de lo posible e increíblemente formalista en sus pretensiones, está incapacitada estructuralmente para incrementar y difundir los “beneficios” de pertenecer al sistema. Ahora se vuelve ineficiente por la lógica de exclusión a las que nos somete el libertinaje de los mercados. Del lado del movimiento social el problema es que muchos trabajadores aún se reconocen en sus mercancías en especial los sectores medios: encuentran su

---

<sup>17</sup> Una pregunta: ¿Se puede diferenciar entre los medios masivos de comunicación como un instrumento de información y de diversión, y a su vez como herramienta de manipulación de la voluntad del hombre? ¿Entre los horrores y las comodidades de la arquitectura funcional? ¿Entre el trabajo para la defensa nacional y el que se orienta a la plusvalía de las empresas? ¿Entre el placer privado y el uso comercial e incluso político del crecimiento de la tasa de natalidad? Estamos ante un aspecto bastante perturbador del neoliberalismo. Me refiero a su carácter profundamente irracional. De hecho, como vimos, el neoliberalismo ni siquiera logra ser eficiente en el sentido de la nivelación porque lo suyo es una economía que de forma extrema saquea el país para de esa manera continuar defendiendo los intereses de la patronal.

espíritu en su auto, en su notebook, en su casa y en otros bienes aunque nos cueste creerlo. Es interesante también entender que el trabajador es parte de esa zona en la que el discurso de la política no puede desprenderse de la memoria de la equidad, de esa que representa una herencia extraordinaria en este presente en que con todos los recursos posibles impone la desigualdad y la represión a través de la homogeneidad de las necesidades. Por ende, llegado el momento nuestra batalla se manifiesta en una forma más variada y de mayor sentido, más rica en contenido, porque somos los trabajadores los protagonistas de la misma. La socialización del combate nos conduce a un Chile mejor, humano, respetuoso, donde vale la pena vivir. La sustitución de los vestigios del neoliberalismo, aún del Estado capitalista que representa, es posible siempre que reivindicemos aquellas convicciones relacionadas con la exigencia de que se resuelvan las demandas del pueblo. Insisto: ¡Todo para el trabajador! Esa es la consigna del futuro. Es importante entenderlo de esta manera porque todavía los asalariados (a pesar que somos protagónicos) nos encontramos fragmentados: nos organizamos, somos parte del movimiento popular pero aún, incluso cuando se trata de reivindicar nuestras demandas, las pensamos desde una visión sectorial y no global. La lucha no es sectorial, por las demandas de los portuarios o de los mineros, del recolector de basura, del que se opone, porque en realidad somos todos víctimas de la acumulación privada del capital. Por eso, el movimiento social a pesar de que hoy está en la calle no logra organizarse políticamente detrás de un proyecto de país alternativo al neoliberalismo. Por supuesto, en ello también tiene que ver la actual institucionalidad que reivindica las particularidades de los hombres antes que las generalidades, el conformismo antes que la resistencia y la reacción antes que la vida.

El movimiento es joven, tendrá toda una historia por recorrer y tiene que ser radical. Es la élite la que define la lucha en estos términos porque son ellos los violentos, los que no aceptan un país de todos. No nos queda más que ser enérgicos en nuestras demandas porque de ellos, de una clase patronal que se acostumbró a tener todo a su favor, no podemos esperar nada. Debemos plantear la lucha en unidad, como clase y no como un sector social, porque somos trabajadores. Hay que repetirlo hasta el cansancio porque es la forma de afianzar las ideas en beneficio de la transformación radical, de la ideología de la (*r*)evolución que permanece y así lucha resueltamente contra la derecha duopólica, contra esos que gritan y reprimen cuando exigimos lo que nos corresponde. Estamos en pañales aún, en la etapa de la infancia pero estamos; no es suficiente pero es ese paso central, el más importante, porque es desde ahí donde se origina el poder del pueblo para hacernos responsables. Para conquistar el poder debemos empezar por considerar y denunciar que todas las formas predominantes de control social remiten a la práctica de la

ciencia como un ámbito de poder que nada tiene que ver a esta altura con la búsqueda de la verdad al modo de los antiguos griegos. La estructura técnica y la eficacia de la manera de producción son herramientas al servicio de la élite para mantenernos conformes. Además, es un sistema que reivindica la división del trabajo establecida a lo largo de la historia del capitalismo. Por último, bajo las condiciones actuales, de la democracia de baja intensidad, los controles tecnológicos parecen ser la misma encarnación de la lógica a favor de todos los grupos sociales hasta tal punto que cualquier contradicción parece irracional y la oposición se vuelve imposible.

A pesar de que todo el tiempo los tecnócratas neoliberales nos hablan del libertinaje del mercado o de la libertad del sujeto y de su autonomía, en la actualidad por ellos reconstruida el espacio privado es invadido y cercenado por la realidad tecnológica. La producción, la circulación y la distribución de la mercancía a nivel global reclaman el sometimiento de los trabajadores en su totalidad como bien hemos visto. El resultado de semejante proceso es, no la adaptación, sino la inmediata identificación del sujeto con su sociedad y, a través de ésta, con el régimen entendido como un todo. Esta identificación automática aparece producto de una organización elaborada científicamente para mantenernos sometidos a los designios dominantes. Es así como la élite pretende que se vaya reduciendo el poder crítico de la razón para acallar y reconciliar a todos los disconformes. El impacto del progreso en los términos del neoliberalismo es quien convierte a la razón de los hombres, a su verdad, cultura y necesidades en sumisión a los dominantes. La eficacia del sistema impide que el sujeto reconozca que éste no contiene hechos ni crónicas que no comuniquen el poder represivo de aquella totalidad. Si como sucede los trabajadores se encuentran a sí mismos en las cosas que dan forma a su vida, lo hacen no al dar, sino al aceptar las leyes dominantes y la razón de los que se encuentran en la cúspide del poder a expensas del interés de la amplia mayoría de la población. Así, el concepto de alienación parece que se vuelve cuestionable cuando el trabajador se identifica con la vida y con la existencia que le es impuesta y en la que encuentra su satisfacción. Lo interesante es que esta identificación no es ilusión sino que es realidad. Sin embargo, por la ineficacia del neoliberalismo para sostener un nivel de vida aceptable para la mayoría, esta identificación acaba siendo mucho más una ilusión que una realidad. La alienación se vuelve más objetiva de modo que los trabajadores son devorados por una existencia alienada pero también es cierto que se va formando de a poco, paulatinamente pero sin pausas, la resistencia al capital. Simplemente la crisis que produce el neoliberalismo es quien al fin desafía su manera de control y su justificación ideológica. La forma de producción de los bienes y servicios, el cómo distribuirlos, etc., son los que imponen un tipo de información y de comunicación social, la cultura, los estándares de la



moda, una manera y no otra de alimentarse, una industria de la diversión superficial, los hábitos que son racionales y los que serán prescritos y hasta ciertas reacciones emocionales que vinculan al consumidor con el productor y, a través de éstos, al totalitarismo de la derecha en todas sus versiones: sea una liberal- la que se dice democrática- sea la militarista como la de Estados Unidos o en la medida de lo posible que se desarrollaría en Chile bajo los parámetros de una democracia de muy baja intensidad. A partir del modo de producción, de circulación y distribución de los productos, la élite adoctrina y manipula al poblador y promueve esta falsa conciencia que se pretende inmune a su falsedad. Y ese proceso de creerse inmune a su irracionalidad la conduce a plantearse ella misma como final de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases cuando son todas aquellas posturas las que finalmente nos muestran la falsedad de sus dogmas, de sus dictados y sentencias. Es así como surge entre el pueblo la ideología y conducta totalitaria que lleva a que el trabajador vote por sus verdugos pero que también nos conduce a militar en favor de un arte de resistir que es el antecedente primero en la creación del poder popular. Y contra este arte de lo posible, contra la gestión del gobierno por parte de los trabajadores (siempre que nos constituyamos en base a la unidad de nuestra clase) no hay norma, ley, Constitución, sistema electoral autoritario o incluso historia que se le pueda oponer.

En resumen, a pesar de todo lo dicho anteriormente, de la historia, de nuestras constituciones y de esta “transición a la democracia”, a pesar de la derecha duopólica, de una izquierda que se dice tal pero que se ha mostrado de lo más solícita en consolidar la gobernabilidad en términos neoliberales, a pesar de las ideas, necesidades y de la racionalidad dominante, a pesar de eso y de mucho más, la marcha histórica en Chile no puede quedar reducida a la ontología del pesimismo como único núcleo de identidad- mucho menos a ese sujeto que se nos impone desde el poder- porque todavía existen restos de aquella memoria de las batallas por la igualdad. Es posible salir al rescate de nuestro país para desde ahí levantar como clase social una sociedad justa, esa donde se abrirán las alamedas por donde pasa el hombre libre. Lo real es que no lograron con ninguno de sus métodos ni formas de sometimiento que olvidemos que nuestros derechos no solo son urgentes sino que además son racionales políticamente hablando; incluso que son económicamente viables. Ahí está lo importante: que estos hechos de la memoria son un paso adelante porque son un camino para crear la conciencia necesaria, para organizar al movimiento social- popular en términos políticos y así crear el poder de los trabajadores que es el único resguardo para la democracia, para la igualdad y para el respeto por el otro. El cambio no vendrá a partir de esta legalidad. No lo hará porque precisamente es a través de la Constitución de 1980- 2005 que nos niegan la voluntad para decidir sobre el futuro.

### **El modelo sindical como contradicción del cambio.**

El diagnóstico es contundente, se basa en la experiencia de la historia pasada y reciente de nuestro país: no hay posibilidad en los actuales términos (bajo esta legalidad impuesta por la dictadura) de transformar a Chile en un país normal, justo y democrático. La historia también nos muestra que nada es gratis para el pueblo, que todo se consigue con esfuerzo, con la lucha y el combate. Por eso, los héroes y las víctimas, los mártires y los grandes líderes están de parte de los sectores populares. Lo están ya que se trata de batallar contra un saber negativo como lo es la razón neoliberal. Entonces, el cambio de largo alcance en nuestros hábitos y formas de pensar es mucho más serio porque la mayor parte de las veces la protesta, las manifestaciones e incluso la acción de resistencia solo sirve para coordinar las ideas, metas y objetivos requeridos por el sistema predominante para incluirlos dentro del mismo y así rechazar los que no son reconciliables con él. El dominio de esta realidad totalitaria a la que nos conducirá el neoliberalismo no significa que reine el materialismo entendido en su función básica y que así desaparezcan las preocupaciones espirituales- metafísicas del hombre. Por el contrario, hay mucho de ¿por qué no probamos con Dios, con el alivio y con el confort del mismo? También hay existencialismo; pero estos modos de protesta y de trascendencia no son contradictorios con la realidad que se impone; tampoco son negativos para el estatus quo en el sentido que buscan alterar el estado actual de las cosas. Así, son la parte ceremonial de su inocua negación y el neoliberal lo sabe muy bien; entonces los digiere como parte de su saludable dieta que lo lleva a creerse el final de la historia, de las ideologías y todo lo demás. Lo peor es que de esta manera la élite y todos los que hacen política en favor de los dominantes promueven el pensamiento totalitario. El discurso de la derecha duopólica, su universo político e intelectual está más que poblado de hipótesis y de dogmas que se validan entre sí y que, repetidas monopolísticamente por los medios masivos de comunicación y por esa clase de políticos que supimos conseguir, se vuelven definiciones autoritarias, es decir, sentencias y dictados absolutos, más allá de cualquier debate o lógica. Por ejemplo y siempre de acuerdo al saber neoliberal, son libres aquellas instituciones que funcionan en los países más desarrollados en términos capitalistas mientras que dada otra forma de entender la política- como la del régimen popular- no lo son porque sería inaceptable cualquier intervención pública en la empresa privada que constituye la base del libertinaje del mercado. Las *ideas no- operacionales*, las que no ayudan a la consolidación del pensar totalitario son subversivas y quienes las predicen se convierten en el enemigo interno. El movimiento del pensamiento y de la cultura se detiene

en ciertas barreras que parecen ser los límites de su razón. Esta limitación del pensamiento no es nueva ya que responde a la lógica del modo capitalista totalitario: a la idea del derecho a propiedad como eje rector y central para el eventual cumplimiento de los derechos humanos lo que a su vez lo vuelve increíblemente reaccionario. Lo que tiene que importarnos para construir un arte de la resistencia que en lo ideal evolucione hacia la gestión del gobierno por parte del trabajador es que los conceptos acomodaticios de la razón neoliberal siempre son contradichos por la miseria, por la injusticia evidente del régimen y por la más o menos consciente rebelión que se produce contra ella una vez que la población entiende que así nos niegan el bienestar.

Ocurre que la aspiración común, la de todos en tanto clase social, es la de conseguir otro sistema político: uno que es nacional, democrático, popular e inclusivo, que avance sobre el daño causado por el neoliberalismo en este tiempo, que busque remediar el mal propio de la situación precedente y que acabe con los dramas del libertinaje del mercado, es decir, que suprima el sometimiento de la fuerza de trabajo al capital. Esta aspiración deberá ser común de modo que se traduzca en una aptitud hostil ante cada injusticia, frente a la lógica neoliberal y a su falso espontaneismo, ante sus errores y sus traiciones. De eso se trata, es el objetivo del movimiento social que a través de estas y de otras acciones termina por cambiar el país. El problema es que si el trabajador sigue pensando en términos sectoriales, medio espontáneos, bajo los dogmas y las consignas del reformismo estéril y en la medida de lo posible, renunciamos por completo a la tarea de elaborar una política de radical transformación, funcional a la satisfacción de nuestras demandas. Los líderes oportunistas de los sindicatos, de la CUT y demás son así un factor importante en las limitantes surgidas a la lucha por nuestros derechos. Lo hemos visto. Y esto no solo tiene que ver con una cuestión de estrategia o de oportunismo político sino además con su manera de organizarse y de pensar las relaciones entre el capital y la fuerza de trabajo. Primero, obstruyen toda una especie de operaciones y conductas de oposición; consecuentemente, los términos que les son propios se convierten en ilusorios; de hecho, no tienen significado. La trascendencia histórica aparece como metafísica, filosófica y entonces inaceptable para el materialismo histórico y su afán de cambio. El punto de vista programático practicado como un hábito en la acción, de aquella “democracia” en la medida de lo posible se convierte en la forma de ver el universo establecido por el discurso, por la lucha y por las aspiraciones de la derecha. Ese pensamiento alienado opera, como tantas veces lo ha hecho, en interés del poder establecido con el golpe; lo hace en beneficio de la manera de entender el mundo de la derecha binominal. La insistencia en estos términos de por sí programáticos se vuelve contra los esfuerzos por liberar la conducta de los trabajadores de una realidad neoliberal. La razón

programática y sus parámetros convierten el progreso científico y técnico en un instrumento de dominación contra todos los que intentamos vivir de un sueldo. En segundo lugar, hay que insistir que la CUT es piramidal. En este sentido, no me cabe la menor duda que una de sus características puntuales es ser una central autoritaria: su estructura interna consagra autoridades que se suceden en el tiempo y en un plano de una jerarquía interdependiente.

Lo que importa recalcar sobre la forma de organización de la CUT (porque me parece una cuestión fundamental si pretende ser la representante de los asalariados) es que no existe la elección directa de sus autoridades bajo la consabida fórmula de una persona un voto. Otra cuestión es la capacidad que tiene o no para convocar al trabajador. Sobre esto tendré que ser contundente: nunca la actual CUT, la que se fundara en los años '80, ha tenido la capacidad política para convocar al tipo de manifestaciones como la de los estudiantes; jamás ha podido mantener conflictos que puedan sostener en el tiempo, hasta desembocar en un triunfo concreto de los trabajadores. Su incapacidad es manifiesta para convocar a los trabajadores. Pasa que la CUT propugna la "armonía" entre los intereses de clase, entre la fuerza de trabajo y el capital por lo que a la larga no solo niegan la racionalidad de la huelga y del paro sino incluso la lucha de clases: están por la conciliación- y el trabajador aunque no entienda de teoría o de lógica- lo sabe muy bien. Ese saber, que puede ser adquirido por intuición o por simple supervivencia, no es depreciable ni tampoco despreciable porque proviene de la experiencia, de la condición de asalariado explotado por el capital. La dirigencia de la CUT en la práctica, aunque se piensen así mismos como la élite que tiene la razón final y máxima, en los hechos lo que hacen es afirmar que el obrero para el caso puede libertarse del yugo del capital en el seno del neoliberalismo, de la institucionalidad actual incluso, mediante nuestra legislación; eso es absurdo, un disparate. La estrategia de los que se dicen progresistas e incluso los que son parte del movimiento social pero que así y todo aceptan esta legalidad en cualquiera de sus formas, nos plantean una estrategia fatal, un mundo con su correspondiente copia feliz del Edén cuando por todos lados se ve la presión social y económica a la que siempre somos sometidos los trabajadores. Con estas estratagemas nos dicen que la tarea principal de la CUT en particular y de los sindicatos en general es la de ser intermediario entre el trabajador y el empresario. Por eso la CUT pierde su credibilidad. Los trabajadores, a los que nos toca sufrir cotidianamente la presión del jefe y la amenaza creíble de desempleo y así de la marginación laboral, también de la exclusión social y en todos los ámbitos, no le creemos a la CUT porque no está con nosotros ni con las necesidades que nos urge resolver. El proceso en virtud del cual la central de hoy pierde credibilidad y legitimidad para hablar en representación de los que vivimos de un salario, que implica un camino inverso al recorrido

por su homónima, no es distinto al que afecta a la derecha, a sus partidos y al sistema político- económico impuesto a partir de la Constitución de 1980. En la medida que ésta pierde credibilidad también entra en un desprestigio tal que definitivamente la hace inoperante en términos prácticos, para darle sentido, sustancia política y fuerza necesaria a las luchas populares. Esto no es extraño si consideramos que la CUT y las organizaciones inmersas en esta institucionalidad, que la aceptan digo, que plantean esta democracia formal basada en la *Doctrina de Seguridad Nacional*, cosechan lo que sembraron en estos años de falaz transición. Está deslegitimada a los ojos y las conciencias de los que buscamos el cambio. La CUT es reformista y neoliberal por lo que corre la misma suerte que el país en la escena nacional. Por eso, también le afecta la corrupción y la complicidad que establece con el neoliberalismo.

Tampoco me extraña lo anterior, esta crisis de la Central digo, porque desde la fecha de su creación en el año 1988 nunca se ocupó o preocupó por consultar a sus bases. Por el contrario, al igual que los políticos que supimos conseguir en este tiempo de gran hipocresía, sus dirigentes siempre abusaron de sus afiliados, es decir, los sustituyeron para acabar perdiendo importantes miembros y organizaciones que se replantearon la lucha en forma autónoma o, simplemente, dejaron de creer en esa mal llamada “unidad sindical”. A las acusaciones de nepotismo, de complicidad, de entreguismo y otras, se suman la apropiación de dinero, el abuso de poder y un largo etcétera. Esta manera de actuar es contraria a la alternativa histórica de emancipación real de los sectores populares que debieran ser sus afiliados. No lo son porque la CUT es leal a una ideología que desafía cualquier trascendencia relacionada con la libertad del hombre. Se cierra ante esta opción. El pragmatismo que profesa se convierte en la teoría y en práctica de contención social. Por debajo de su dinámica aparente, este régimen político reivindicado en los hechos por el pensar y el actuar de la CUT es un sistema de vida completamente autoritario porque explota en su grado máximo a los trabajadores que en teoría debería defender. Su tarea es la contención de nuestras demandas de modo que la lógica del progreso técnico y del uso de la tecnología responde a los dogmas neoliberales. No se conforma con eso porque mientras más capaz aparece la tecnología como ámbito que efectivamente crea las condiciones para la paz de la sociedad (es el ejemplo que nos dejan los regímenes populares) más se organiza la CUT contra esa alternativa. Las áreas más avanzadas del régimen neoliberal y su modo de producir nos muestra esas opciones irreconciliables: la de la contención social y la del cambio estructural. La Central siempre estuvo de parte de esa tendencia que busca consumir la razón tecnológica del capitalismo cuando por el contrario, la libertad nos exige un intenso esfuerzo para librar la lucha contra todas esas instituciones establecidas en dictadura, como la CUT. Organizaciones como la CUT- aunque el movimiento social

esté en la calle- no puede evitar absolver al neoliberalismo de sus dramas a pesar de que sus víctimas predilectas y primeras somos los trabajadores. La razón tecnológica nos dice que su carácter político a medida que se convierte en el vehículo de una dominación acabada, crea de esta manera un universo totalitario en el que el régimen, el espíritu, el cuerpo y hasta las urgencias del hombre se mantienen en estado de permanente y constante movilización en la defensa del universo dominante.

Las principales tendencias de esta forma de organización social y política son conocidas y también sufridas por todos los que vivimos con un jornal: concentración de la economía nacional en las necesidades de las corporaciones con el gobierno como una fuerza de apoyo y control; sujeción de la economía a un sistema comercial global, asistencia técnica, un modelo de desarrollo único. En lo político, estas cuestiones se manifiestan en la convergencia de los que se presentan como opuestos. Hablo del bipartidismo no solo a nivel local (pienso en la derecha duopólica) sino también en la política exterior donde se defienden los intereses de las élites mediante la amenaza que de por sí constituimos los disconformes que eventualmente podríamos actuar contra el estatus quo. Esta unificación de los opuestos gravita en la posibilidad del cambio social en el sentido que abarca esos estratos sobre cuyas espaldas progresa el sistema; esto es, las propias clases cuya existencia supuso en otro tiempo la oposición al sistema como una totalidad. Si así la CUT acepta trabajar dentro del marco del régimen no es sólo sobre bases tácticas ni como una estrategia de corto o mediano alcance, sino porque además su base de representación se debilitó de tal forma que sus metas se ven alteradas por la imposición del pensar neoliberal. La CUT desempeña el rol de organización de oposición legal.

Es válido preguntarnos si realmente la CUT así como está, con todos sus vicios, con sus dirigentes y estratagemas es útil en el combate por otro Chile. ¿Cómo institución la CUT debe seguir existiendo? Debemos hacernos esa pregunta porque nunca la Central ha sido una fuerza considerable en relación al movimiento sindical chileno. Además, por sus políticas, por su manera ambigua de interpretar la realidad y por el carácter de su actividad, cuando las hay, rebelan una forma de actuar aberrante. No pueden negar la importancia del movimiento social y de la protesta porque éstas se tomaron las calles e interpretan a su modo, de una manera oportunista y cómplice, poco creíble y muy deshonesto, el protagonismo que nos corresponde a los trabajadores. Insisten en hablar de reformas en la medida de lo posible, es decir, siempre que sean aceptadas y aceptables para los dueños de Chile, del culto a la espontaneidad y del carácter trivial de las teorías que hablan de la libertad del hombre. Entonces, no sólo es lícito y moralmente aceptable plantearse esta duda, la de su vialidad, sino que también es profundamente

necesario. No ocurre lo mismo con el principio de la *unidad*. Pasa que la unidad es una necesidad para quienes se encuentran dispersos y desprovistos del poder como sucede actualmente con los trabajadores de nuestro país que actuamos espontáneamente, defendiendo a nuestra propia manera demandas que solo son sectoriales porque no consideran el sentido global de la lucha. Sólo unidos y organizados podemos realizar aquellas transformaciones que consideramos de imprescindible interés para mejorar la calidad de vida de todos. Pero la unidad no es una palabra, pues no basta con señalar que se organizó una entidad “unitaria” para así dar por finiquitado este objetivo. La realidad es mucho más compleja porque será un proceso que sólo culmina cuando las fuerzas sociales y políticas que impulsan los cambios convergen en un campo específico para llevar a cabo sus metas. Y cuando pensamos la batalla en estos términos, desde el punto de vista de la unidad, vemos que la CUT lo que nunca pudo hacer es unificar a los trabajadores. De hecho, en vez de convertirse en foco de unidad y de convergencia social, ha impulsado la disgregación del movimiento sindical. Antes que nada no solo lo hace con sus acciones sino también con sus omisiones que son de lo más graves: como posible heredera de la antigua, la actual CUT nunca hizo un acto recordatorio de la fundación de aquella, hecho acaecido un 12 de febrero del año 1953. A diferencia de esas prácticas- que evidencian un manifiesto olvido- y mientras estuvo vivo, el compañero Clotario Blest impulsó en repetidas oportunidades la celebración de este acontecimiento para la lucha de los asalariados de esa época. Por otro lado, nunca se vio a la actual CUT en los paros llevados adelante por los trabajadores portuarios o por los mineros, nunca se la vio en las movilizaciones o en la huelga de brazos caídos de los grandes almacenes comerciales. Ni siquiera están para solidarizar. O para emitir una declaración en apoyo al movimiento.

Tampoco han hecho una exposición pública sobre el beneficio de la creación del poder popular, objetivo que quedó inconcluso con Allende. No lo han hecho porque se encuentran inmersos- al igual que los partidos de la derecha duopólica- en un régimen que no quieren alterar en lo central, que no quieren cambiar un ápice porque esta realidad los favorece sobremedida, es lo que creen por lo menos. Tampoco encontramos algún documento donde se pronuncien acerca de la situación política nacional, sobre las necesidades y urgencias de los trabajadores, sobre el sueldo de miseria, sobre la realidad de los deudores habitacionales, de los estudiantes y sus familias que por el título universitario se endeudan toda una vida. Ni hablar de algún pasquín o de una declaración que contenga cierto proyecto de país del futuro, esa sociedad por la que soñara el Presidente Allende. La CUT llegó a ser casi cómplice directa de la patronal y hoy la vemos formando junto con las empresas, grupos de presión que defienden la democracia de baja intensidad que nos caracteriza.

De esto la CUT no dice nada; tampoco que la uniformidad y rutina asimilan los empleos productivos y los no productivos. El proletariado en términos de Marx en la primera época del capitalismo era la bestia de carga de la que se nos habla en los libros de textos, era quien proporcionaba con su trabajo manual, con el de su cuerpo, la satisfacción de las necesidades y lujo de la vida parasitaria de la élite, mientras él se encontraba en la suciedad y en esa pobreza extrema que caracterizó a la revolución industrial. De esta manera era la negación viviente de su sociedad. Es a lo que nos hace volver el neoliberalismo con su explotación brutal. Entonces, el asalariado que bajo el mal llamado Estado de Bienestar vivía esta negación de una manera menos directa no tiene nada que ver con los trabajadores que son sometidos a los designios del libertinaje de los mercados. El otro costado del problema es que las centrales como la CUT son cómplices de estas circunstancias y bajo ningún aspecto pueden ser organizaciones que se refieran decididamente a la necesaria *(r)evolución permanente*. Por eso su dirigencia no está capacitada para conducir la lucha de los trabajadores en términos del cambio radical que es la transformación que siempre nos urge. La respuesta es clara: esta central no es un factor ni de unidad del movimiento social ni de batalla porque con su postura nos hace extraviar el rumbo y nos conduce a esa “democracia” de muy baja intensidad que todos conocemos.

La *(r)evolución* simplemente quedó a nuestras espaldas y en su lugar se impuso el neoliberalismo militante; su recuerdo es apenas un resplandor a los que aluden los nostálgicos, luchadores de otras épocas que no pudieron ni supieron cumplir con la necesidad de crear en Chile aquel poder popular que es la única garantía de democracia, de estabilidad política y del crecimiento económico. Es un recuerdo que nos sobresalta de vez en cuando mientras que al mismo tiempo nuestras preocupaciones se dirigen hacia otros horizontes que nada tienen que ver con los antiguos fulgores de esa etapa de la historia de nuestro país. La impetuosidad de estos hechos y crónicas protagonizadas por el pueblo e inauguradas mucho antes de septiembre del '70 (en todo caso aquel año, con la asunción de Salvador Allende y de los sectores populares a la gestión del poder culminó una importante y trascendente etapa para lograr el ansiado cambio) son parte de un tránsito pleno de esperanzas- de cuando fueron los trabajadores quienes asaltaron el poder de la élite- iniciando una presencia siempre turbulenta pero constituida por una infinidad de ideas y de convicciones, luminosas y populares, mientras que al mismo tiempo Chile se sumía en una oscura experiencia según el punto de vista de los dominantes. Desgraciadamente y nuevamente fueron los sectores medios, con sus almas bien pensantes y atribuladas, quienes le llevaron el amén a esa minoría en un intento, desde siempre frustrado, de ser parte de la élite parasitaria. Así fue como en septiembre del '73 se apaga la libertad. Acabaron con la democracia



y con los derechos de los trabajadores, con la cultura y el saber popular que nos remite a ciudades míticas, a barricadas humeantes, a movilización, a una insurrección esplendorosa en jornadas febriles e invernales, a soñadores que parecían transfigurar el destino de nuestro país, a pequeños hombrecitos que desafiaban el poder de los Estados Unidos, del señor Nixon y de Kissinger, a largas marchas y contramarchas del trabajador rural y urbano que iban en pos de su redención, a clandestinidades heroicas, a derrotas reclamadas como herencia triunfal o a nombres mayúsculos de una tradición que hundía sus raíces en la oscura noche de la rebelión al modo de los soldados espartanos.

El gobierno popular, que fue solo en lo formal conducido por Allende porque en la práctica millones de voluntades fueron las que se movilizaron en los campos de batalla, que así encontró a sus propios pensadores, a sus pintores y mártires, a sus hombres de acción y al traidor, posteriormente y a partir de la falsa renovación del ideal de los progresistas actuales (que con sus tomas de posición prostituyen y tergiversan cualquier valor en beneficio del hombre) transformaron esta herencia en objeto de la industria cultural, de una justicia formal o material didáctico para el historiador, para el sociólogo, filósofo y para el humanista ocupado por descifrar cómo de esos aquellos fulgores hoy no quedaría casi nada, apenas cenizas que el viento dispersa. En algunos casos, ni siquiera queda el recuerdo por los derechos perdidos ni por aquella dignidad violentada y pisoteada; por lo menos es lo que quieren hacernos creer desde las usinas del poder. Nos corresponde la defensa de esa historia, la reivindicación de la presencia de los trabajadores que se habrían organizado en sus barrios y poblaciones, en sus sindicatos, en los cordones industriales y en cada espacio donde se manifestó el poder. Nos corresponde mantener viva la memoria de que las máquinas e instrumentos de producción en general son herramientas que manifiestan no solo determinadas relaciones mecánicas sino además relaciones sociales y así se extienden mucho más allá del proceso individual del trabajo. Es decir, nos reafirman su dominio social reduciendo al mismo tiempo la autonomía profesional de los trabajadores; de hecho, lo que al final hace el neoliberalismo es integrar a los asalariados con otras profesiones que sufren y dirigen el aparato técnico y todo esto afecta directamente no solo las relaciones de producción en sí sino la manera en que se vincula socialmente el hombre. Sin lugar a dudas, esta antigua autonomía profesional de los asalariados era parte de la libertad del hombre antiguo, del artesano digamos, que acaba por transformarse en su esclavitud profesional. Pero esta forma específica de esclavitud que lo transformaría de artesano en asalariado al servicio de los dueños del capital es al mismo tiempo la fuente de su poder específico profesional de negación: conlleva la posibilidad real de detener el proceso de producción que amenaza con aniquilarlo en cuanto hombre al negarle sus necesidades. Lo que con el golpe de Estado haría el

neoliberalismo es intentar negar al trabajador su autonomía profesional, esa que lo convierte en miembro de una clase social separada de la élite, porque encarna la refutación del régimen político imperante por la simple razón que las necesidades del pueblo son contrarias a las demandas de la clase patronal. Entonces, el neoliberalismo y su postura ante la tecnología reivindica la idea de la máquina como instrumento individual de producción. Pero, al mismo tiempo la realidad muestra lo contrario: que toda herramienta de producción es social, que se convierte por eso en una unidad absoluta. Entonces nos urge el cambio de paradigma. Más todavía cuando la temática de la movilización y del compromiso del pueblo con la política no es menor; al contrario, es central porque la democratización implica batallar por una opción creíble y racionalista que se presente como una alternativa auténtica al neoliberalismo, que deje atrás estas décadas en que nos han sometido a sus designios.<sup>18</sup>

En primer lugar, como forma de reivindicar el gobierno de la UP debo decir que éste se constituiría como un proceso de democracia popular y de inclusión social, que por lo tanto tuvo que ver con la distribución del ingreso y de las riquezas en general. Es solo en este sentido que deberíamos entender el cambio en el momento actual: como un proceso fundamental de lucha por la distribución de las riquezas y todo lo que eso implica en la transformación del modo de circular, de distribuir y de producir las mercancías. En segundo lugar, esta transformación por la que luchamos se relaciona con un proceso que nos involucra a todos, incluso a las grandes firmas integrantes del núcleo selecto del poder económico local, sobre todo esas que se desenvuelven en el ámbito productivo. Al respecto, el tema de la distribución de las riquezas en Chile es central, al igual que en cualquier país, pero en el nuestro adquiere un increíble significado porque estamos en presencia de una sociedad bastante desigual. No es casualidad desde el momento en que nos convertimos en un paraíso neoliberal. Ocurre que el libertinaje de los mercados nos conducirá a una fuerte concentración de los ingresos que milita contra la justeza de todas las medidas implementadas por un eventual régimen que sea democrático y que se encuentra ausente desde la asonada golpista. En esas circunstancias de reivindicación de la calidad de vida de los trabajadores y de la defensa de la cultura popular, la necesidad de otro código laboral urge porque actualmente (el que heredamos de la dictadura y que posteriormente la derecha duopólica aceptó sin problemas) favorece desvergonzadamente a la patronal. Entonces,

---

<sup>18</sup>Además, ¿cómo desconocer o intentar olvidar el horror desatado por el golpe de Estado triunfante? ¿Cómo eludir la pregunta que pone en cuestión la herencia y la forma de actuar de la derecha ahí donde ya no es posible desentenderse de las cristalizaciones violentas que segaron la vida y el bienestar de miles de trabajadores chilenos? En el siglo XXI constituye una necesidad ética insoslayable que estos sectores, a la élite en general me refiero, se haga cargo de las responsabilidades que devienen de las consecuencias del terror que hasta hoy nos imponen.

ni hablar de un proyecto donde seamos los trabajadores quienes participemos de las ganancias empresariales. Hago referencia a estas políticas concretas ya que tienen un importante impacto redistributivo, en especial si éstas terminan focalizando en el segmento de esas factorías líderes que además son siempre favorecidas por el esquema político y económico neoliberal en cuestión. Para decididamente fortalecer los planteos redistributivos de esta naturaleza, sería muy importante- para no quedarnos en la simple ilusión- que un proyecto de este tipo se rearticulara con un conjunto y serie de medidas complementarias para aplacar las fuerzas que impulsan la gran concentración de la economía, la centralización y acumulación de capital y de las ganancias extraordinarias de las firmas que controlan los mercados. A partir de esa idea de distribución en beneficio de los sectores populares es desde donde avanzará la reforma política y económica de manera que el régimen de nuevo adquiriera un rol de intervención que le corresponde en la economía nacional. Por ejemplo, el Banco Central debe ser una herramienta financiera para incentivar el proceso productivo en un contexto de ampliación del mercado interno a través de la generación de empleos, del ahorro e inversión. Por eso es una aberración que pretenda ser “autónomo” en relación a las políticas públicas y medidas que hacen al núcleo fundamental de la democracia de gestión popular. Además, la reforma en los términos de una *(r)evolución permanente* es la única real opción desde el momento en que el mundo del trabajo tecnológico, su lógica y su despliegue bajo los dictámenes del neoliberalismo refuerzan la posición negativa que el trabajador tiene de su realidad cotidiana: ésta se nos aparece como contradicción viviente, que nos toca sufrir. Esta tendencia se fortalece debido a los efectos de la organización de la producción por parte del saber tecnológico pero en cierto grado también se debilita por el uso y abuso que los dominantes hacen de la definición de las necesidades de los hombres. Ahí es donde se plantea nuevamente la lucha y los antagonismos de clase: por un lado un proceso de toma de conciencia que solamente puede conducirnos a la emancipación del hombre y por otra parte un tránsito que buscaría reforzar el control de la élite sobre la población. Respecto de las formas de someternos, de simular el control que se ejerce sobre todos nosotros, sobre la manera de reforzar el proceso de fetichización de las mercancías, en primer lugar de la fuerza del trabajo, se destaca el hecho de que el neoliberalismo convierte la gerencia y la dirección de una empresa o del sector público en control social y político. Es decir, aquella dominación se vuelve administración donde los jefes, la patronal y demás, pierde su identidad como agente responsable de la miseria del hombre. De hecho, el surgimiento de los tecnócratas nos dice que la élite empieza a asumir la función de burócratas en la máquina corporativa. Dentro de la jerarquía de las juntas ejecutivas y administrativas que en este contexto se extienden más allá de la empresa individual (inclusive hasta el

laboratorio pasando por el instituto de investigación y el gobierno) hace que la fuente tangible de explotación desaparezca detrás de la mascarada de una razón que se plantea ella misma como objetiva e independiente. El odio y la frustración del trabajador entonces son despojados de su propósito específico y el velo tecnológico oculta la reproducción de la desigualdad y la esclavitud de la mayor parte de la población. Con el progreso técnico como instrumento principal, la falta de libertad en el sentido de la sujeción de los hombres a su aparato productivo se perpetúa e intensifica de manera alarmante. Su nuevo aspecto es la abrumadora lógica de esta empresa irracional, y la profundidad del condicionamiento previo que reconfigura los impulsos instintivos y las aspiraciones del individuo que busca oscurecer la diferencia entre conciencia falsa y verdadera, entre el proceso de libertad y la esclavitud del trabajador. Porque ni el uso de los controles administrativos físicos (como el hambre, la dependencia personal o la fuerza bruta), ni el cambio de carácter en el trabajo pesado, ni la siempre aparente asimilación de las clases sociales, ni la falaz nivelación en la esfera de consumo, compensan el hecho que las decisiones sobre la vida y la muerte de las personas, sobre la seguridad, el desarrollo y el crecimiento se toman en lugares y en espacios sobre los que los sectores populares no tenemos control alguno. La esclavitud del régimen neoliberal está determinada no solo por la obediencia ni por la rudeza del trabajo sino por nuestro estatus de instrumento y la reducción de los hombres al estado de una cosa, a simple mercancía para citar nuevamente a Marx.

Estamos en presencia de la forma más pura y racional de servidumbre: la de existir como un instrumento y como una cosa, cuestión que además nos remite al proceso de fetichización de nuestro trabajo y esfuerzo. El problema para la derecha duopólica es que este modo de existencia esclavizante de los chilenos, que además es fatigosa, es represiva y muy miserable no se anula si los trabajadores elegimos nuestro propio alimento material e intelectual (de hecho acá no se trata de elección) sino que lo hacemos cuando precisamente los trabajadores dejamos de ser una mercancía que crea valor en beneficio de los dueños del capital. Lo definitivo es que bajo el capitalismo y conforme este coloca en el altar a los hombres en tanto mercancías, el régimen tiende a hacerse totalitario gracias a su forma tecnológica, donde incluso los mismos administradores se hacen más dependientes de la maquinaria que organizan. En realidad, el tecnócrata tampoco es libre; no puede serlo en absoluto. ¿Hay alguna posibilidad de que esta cadena de productividad y opresión creciente y racionalizada a partir de los intereses neoliberales pueda ser quebrada? El conflicto continuado entre las capacidades productivas de la propia sociedad y su uso destructiva requerirá de esfuerzos intensificados para imponer las exigencias del combate de los trabajadores para librarse de la esclavitud. Así, el sistema tiende tanto hacia la dependencia como a una administración

totalitaria- autoritaria en la que los organismos tanto públicos como privados, a los tecnócratas me refiero, fortalecen esa armonía preestablecida entre las necesidades materiales del pueblo y las demandas de las empresas privadas, entre el servidor y el cliente donde este último acaba siendo un consumidor patológico. Al mismo tiempo, ni la nacionalización parcial de los recursos naturales ni la concesión de algunas leyes en beneficio de los asalariados, ni siquiera la extensión de la participación de los trabajadores en la gestión y en los poco probables beneficios del neoliberal que defiende el duopolio, alteran el sistema de control social. Esta oportunidad solo es posible cuando somos los trabajadores los que tomamos las riendas de los asuntos colectivos. Pasa que en el estado actual del neoliberalismo éste nos insiste en el uso y en el abuso de la fuerza de trabajo humano en la producción material; así al final y a pesar de la revolución tecnológica y todo lo demás, se opone al progreso técnico en su grado máximo. Sin embargo, al hacer eso también se opone al uso eficaz del capital; de hecho, obstruye los esfuerzos para elevar aquella productividad laboral. En otras palabras, la esclavitud cada día más atroz y continua en el tiempo debilita la posición competitiva nacional y global de los capitales lo que provoca a la larga una depresión y consecuentemente reactiva el conflicto de clase. Por lo mismo, la desaceleración de la economía no es solo consecuencia de las medidas adoptadas por los gobiernos sino que se debe a que en el largo plazo su racionalidad es inviable. Lo es desde el preciso momento en que la crisis es inevitable porque el sistema económico está muy concentrado, en pocas manos, mientras que a la riqueza solo tienen derecho un par de familias que son las dueñas del país, de nuestras leyes, derechos laborales, incluso de nuestra vida. Pretender vivir de la exportación de los recursos naturales, reivindicando una economía primario- exportadora, esa que basa sus argumentos y dogmas en la especulación y en las finanzas, es totalmente irracional.

El neoliberalismo como casino nacional y global no genera riquezas (sí lo hace la economía de la producción, la que se basa en el consumo popular, en el mercado interno y en la defensa de la industria nacional) sino que solo se apropia de la misma. La desaceleración del crecimiento, la caída de las variables económicas son de este modo fenómenos graves pero más peligroso aún es que estos números, las cifras y porcentajes relacionados con el crecimiento y desarrollo de Chile, solo benefician a la minoría. Desde este punto de vista, la perspectiva de contención dinámica de las tendencias de disconformidad de los sectores populares en esencia depende de la habilidad de los intereses creados para ajustarse a sí mismos y a su economía a los requerimientos de una calidad de vida mucho mejor para el trabajador. Es decir, una inversión y dirección gubernamental mayor, la planificación de la economía de parte del sector público tanto a escala nacional como global- no

olvidemos que nuestra (*r*)*evolución* es internacional-, una seguridad social de calidad, obra pública de gran escala, la nacionalización de los recursos del mar, del cobre, del litio, etc., pertenecen a esas exigencias.

Tenemos que estar atentos porque un fantasma recorre nuestro país y no es el del comunismo sino que es el de la *repetición*. Su potencia no sólo se sustenta en la continuidad absoluta de las estructuras económicas y políticas en las que se sostiene el poder de los grupos más concentrados en todos los ámbitos sino, también y con sintomática intensidad, en la muy sutil y bien cruel estrategia discursiva y mediática que le permitió a la derecha fundar, desde esa brutal época de la dictadura genocida conducida por Pinochet, el núcleo del sentido común y de la racionalidad. La derecha duopólica siempre supo de la importancia del relato, del lenguaje y de la construcción de las subjetividades. Su poder se sostiene, más que en la dureza de aquel control político y de la dominación económica, en la hegemonía cultural que nunca perdió, más allá de los enormes esfuerzos hechos por los trabajadores en los llamados mil días del gobierno de Allende. De eso se trataba también cuando se habla de crear poder popular: la de disputar con éxito esta batalla cultural e ideológica. Esa es la matriz del conflicto en términos políticos pero además económicos porque tiene que ver con la posibilidad cierta o no de aplicar políticas públicas de redistribución de la riqueza. Ahí radica la debilidad de la derecha porque su sentido común es irracional; pero hay que demostrarlo, tenemos que crear los canales de comunicación populares que nos ayuden a transmitir este hecho fundamental: la de la irracionalidad de los dogmas y sentencias neoliberales. De eso se discute cuando se habla de los precios, de la inflación, del crecimiento, de la independencia o no del Banco Central, de la distribución de la riqueza, del código y leyes laborales, de la forma de organización de los trabajadores, del sindicalismo, etc. No se habla solo de la matriz regresiva de una economía concentrada sino que además lo hacemos sobre la opacidad que oculta la lucha por la distribución y la equidad social. Por eso me preocupa y ocupa, una vez más, la cuestión de la construcción del sentido común y de la opinión pública. En verdad, es la gramática del poder y su lenguaje quienes crean el mundo, los que diseñan la forma que tenemos para comprender la realidad y nos habla sobre la trama de nuestras relaciones sociales. Tratar de huir de las palabras que componen la experiencia humana es un gesto imposible. Un esfuerzo que no nos conduce a ningún lugar. Por otro lado, dejarse nombrar por el poder de turno, por los parámetros de la derecha duopólica, es una manera de perder el uso libre del lenguaje, la libertad del hombre incluso. Entonces, recuperar la memoria que se guarda en él, en nuestra gramática de poder que lucha por convertirse en alternativo es el germen de un camino de liberación de las viejas y nuevas ataduras. Abrir las palabras para rescatar los sueños que se guardan en su interior es un

extraordinario acto de reconstrucción de la vida colectiva, de los sueños de emancipación, de un horizonte de mayor ventura; es el punto de inflexión para entrar en una nueva historia, la que protagonizamos como trabajadores. Por eso nunca hay que dejar de habitar en el lenguaje de aquella memoria que simplemente resiste con toda su fuerza. No dudemos que estamos ante otra historia, una protagonizada por esas crónicas del pueblo que habilita un decir renovado del mundo signado por el respeto y por la libertad. La historia que hace poco empezamos a construir no deja de recordarnos la fragilidad de las palabras a la hora de ser apropiadas por la ideología de la dominación. Es por eso que el litigio por el sentido común, de lo que acontece en el país, es una constante allí donde la desigualdad y la injusticia siguen persistiendo en los asuntos humanos.

No son menores los desafíos porque es mucho lo que retrocedimos en cuatro décadas. Por ello, el movimiento social y popular entendido como la más combativa manifestación de la cultura del pueblo en esta etapa histórica no es una estación final sino, muy por el contrario, es un camino, un tránsito, es una transición a un estado mucho mejor de las cosas. Así lo advierten los dominantes. Ellos saben por dónde pasa la historia. De hecho, hace un buen tiempo que nos advirtieron con la fuerza de las armas y de la reacción que no tolerarían un gobierno dispuesto a cuestionar la distribución desigual de los ingresos; actuaron en consecuencia. Ocurrió que los auténticos adversarios del pueblo, de sus demandas e intereses, es la élite que siempre ha sido dueña del poder. En esta perspectiva, los dominantes hacen uso y abuso de la falta de consistencia y del compromiso político de gran parte de nuestra población transformando por ejemplo a los “sectores medios” en el principal campo de batalla de sus operaciones. Los dominantes acosan, manosean y usan a estos grupos porque ya saben que los gobiernos populares solo hacia ellos pueden expandirse en términos sociales, político- ideológicos y electorales. Mientras tanto, la clase hegemónica busca que creamos que la *Dictadura de Seguridad Nacional* llegó para quedarse. Por último, el problema hoy del trabajador como clase social es que cada avance estructural del capital se hace en contra del bienestar común. Eso es lo que nos desafía políticamente a sumar fuerzas a partir de una amplia unidad para lograr la mayoría y radicalizar nuestras demandas. La unidad sindical es el desafío del movimiento popular. Siempre lo ha sido pero nunca como en esta etapa signada y caracterizada por la globalización; precisamente porque este proceso de globalización lo es del capital. Es decir, estamos ante la evidencia de la unidad funcional del capital a nivel global que le permite aprovecharse de cada división del trabajador para seguir imponiendo sus resoluciones a expensas del interés popular. Ésta es la victoria estratégica del capital sobre la fuerza de trabajo. Y este triunfo implica la imposición del neoliberalismo por cualquier otra consideración,

incluso sobre la idea de un modo capitalista menos fundamentalista. No es aceptable estar divididos. Se trata de garantizar la plena hegemonía de los sectores populares a través del fortalecimiento de la organización, donde la confrontación ideológica- siempre inevitable y positiva- no conduzca a la desnaturalización de la lucha y del rol histórico que nos corresponde a los trabajadores como clase social mayoritaria. Antes bien, deberemos promover una articulación plural del movimiento popular. Sin esta presencia unificada de la fuerza de trabajo será muy difícil que podamos establecer, defender e inclusive profundizar en un nuevo modelo capaz de reemplazar al régimen neoliberal. Sería bueno pensar en otra manera, donde los trabajadores como auténticos protagonistas de los cambios sociales y políticos asumamos la gestión de la cosa pública tanto a nivel sindical como en el ámbito general. Es importante reivindicar el sindicalismo de base, recuperar la asamblea como método en la toma de decisiones y que la organización sea por sección, de acuerdo a la cantidad de trabajadores. Es central también la rotación de los líderes a través de la prohibición de la reelección y de que éstos puedan ser revocados por una asamblea en cualquier momento. Estoy hablando de un modelo que dejando de lado la verticalidad del mando asuma la necesaria horizontalidad. Solo en esas circunstancias el trabajador se instalaría como referente político de una clase dispuesta a radicalizar en la lucha por la transformación social, por aquella que hace hincapié en el impulso a las reformas estructurales que nos permiten redefinir las reglas del juego en relación a la distribución de la riqueza, del modelo productivo y del proyecto de país. En cuanto a los sectores medios, éstos deben entender que fue con el golpe donde empezó la destrucción de nuestra industria. Por supuesto, ésta era imperfecta pero se vivía mucho mejor que hoy.

### **¿Vía de transformación política o de contención social?**

La época que es hegemonizada a nivel global por las formas de actuar neoliberales (cuyo régimen es la mejor expresión del capitalismo salvaje, del originario más bien, de ese que sin contemplaciones de ningún tipo insiste en el libertinaje de los mercados) no solo produjo una transformación radical y estructural de la vida económica de los trabajadores sino que involucró en una medida no menos importante una profunda mutación en el imaginario cultural, político e ideológico de la mayor parte de la población para de este modo promover nuevas formas de subjetividad que se relacionaron con el abandono de las antiguas referencias ligadas al “Estado de Bienestar” y a la satisfacción de las necesidades de los sectores populares. Desde mediados de la década del '70, y a partir de la crisis del petróleo, tanto los Estados Unidos como Europa occidental iniciaron a distinto ritmo pero sin pausa alguna y de



forma inocultable aunque no irreversible (es lo que quieren hacernos creer en todo caso) un proceso sistemático y de constante desmontaje de ese “Estado de Bienestar” que en esa zona del mundo se había desarrollado más o menos eficientemente y que así trajo inclusión, generación de empleos, producción y democracia. Ahora se trataría de combinar aquel cambio estructural en el imaginario colectivo con una transformación también radical en la matriz de la acumulación del capital: será entonces el sector financiero- especulativo el centro del mundo, el que hegemonizará un proceso que en Latinoamérica se desplegó como revanchismo social. Este revanchismo encontró su punto más álgido en el terrorismo de Estado implementado a partir de la Dictadura de Seguridad Nacional que en Chile todavía perdura. Hay que superar ese falso liberalismo, sus manifestaciones de negligencia y su “democracia” de baja intensidad. Y hay que hacerlo con todas las herramientas que generosamente nos entrega la democracia popular, la de los trabajadores y de los estudiantes movilizadas en las calles, en las avenidas y alamedas, en las fábricas que aún sobreviven pese a las políticas neoliberales y también en las escuelas, en las universidades, en los liceos, en las minas, en los cerros y puertos de la Patria. La proposición de Marx y de Engels en el sentido de que la liberación de los trabajadores será producto de la acción de la clase establece correctamente que el socialismo es la prioridad, que es el primer paso y acto revolucionario porque el cambio debe estar en la conciencia, en la teoría y en la praxis, en la acción y organización del pueblo que lucha por su libertad. Hay una primera fase en la construcción del régimen popular, cierta etapa durante la cual la nueva sociedad está marcada aún con las señales, con los dramas y las crisis del Estado capitalista de cuyo vientre emerge. Pero, aquel cambio cualitativo desde el capitalismo hacia un régimen popular, inclusivo, humanista y todo lo demás, se inicia y ocurre cuando esa fase empieza. En realidad, la nueva forma cualitativa de vida generada por esta otra manera de producir aparece en la *(r)evolución permanente* que por ahora es el principio y el final de la lucha de clases. La permanencia de ésta empieza con esta primera fase de la transformación y desde ahí se extiende sin pausa a menos que nuevamente los trabajadores seamos derrotados por la reacción derechista. De la misma forma, la transición desde el a cada uno de acuerdo con su trabajo al a cada uno de acuerdo con sus necesidades, es determinada por la primera fase del cambio: no sólo por la creación de la necesaria base tecnológica- material de la sociedad, sino también por el modo en que es creada y definida la manera de producir los bienes y los servicios, por la lógica que plantea en el sentido de dar prioridad a la defensa de la vida por sobre las propiedades. Ahí está lo fundamental: para que el cambio favorezca al trabajador y no se extravíe en formas políticas y sociales que reivindicán el derecho a la propiedad privada como parámetro central de todo tipo de convivencia colectiva, es necesario la

defensa de la vida de las personas. El control del proceso de producción, de circulación y de distribución de las mercancías por parte de los trabajadores debería así iniciar el desarrollo que distingue la historia de los hombres libres de su prehistoria. Es éste un régimen más justo y mejor equilibrado porque los antiguos “objetos” al servicio de la productividad capitalista llegan a ser, en primer término, humanos que planifican y que usan los instrumentos de su trabajo para la realización de sus facultades relacionadas con las necesidades material- ideales. En ese momento y por primera vez, el trabajador en tanto clase social actuará colectivamente contra las necesidades autoimpuestas.

Este progreso natural nos exigirá la intervención de los trabajadores en la economía a través de sus órganos representativos porque este nuevo estado de los hombres, que esta vez se encuentran comprometidos con el cambio de las estructuras del régimen y no con reformas en la medida en que las acepte la patronal, no es posible ni viable sin una política planificada que, en vez de superimponer la tecnología a las formas tradicionales de la vida y del trabajo de los chilenos, las extiende y mejora en sus propios términos de manera que elimina la fuerza represiva y explotadora que hicieron de esa tecnología y de la lógica neoliberal dominante un proceso profundamente contradictorio con nuestra cultura y contexto histórico. Es por ello que el modo de producir, de circular y de distribuir las mercancías bajo la razón neoliberal es incapaz de asegurar el desarrollo de una vida en comunión con las necesidades material-ideales: intentan imponernos una forma de existencia globalizada sin relación con nuestras especificidades culturales y políticas, con nuestras tradiciones y folclore. La *(r)evolución permanente* es el requisito, no la industrialización basada en el modelo de los países más avanzados bajo la óptica capitalista. El progreso autónomo es posible pero solo cuando efectivamente podemos liberar los recursos naturales y materias primas de la usurpación y del saqueo de la élite. Además, en todas partes el progreso con independencia es viable en términos políticos y económicos porque todos los países del mundo tienen los recursos para salir adelante; que estén en las manos equivocadas es otra cuestión. Esta es precisamente la primera tarea de los sectores populares: la de hacerse con el poder, con un arte de gobierno alternativo al neoliberalismo de manera que tengamos la oportunidad cierta de plantear mediante nuestro trabajo y esfuerzo el tipo de progreso que buscamos para Chile. Es decir, la autodeterminación procedería desde la base del movimiento popular. El acto de la revolución inicial y original, esto es, la toma formal del poder en una fecha determinada que busque abolir la explotación de los trabajadores, es la que establece las metas del desarrollo y del sentido de las necesidades. Esto no es concebible sin planificación y sin conciencia de clase, pero también la *(r)evolución permanente* es acción espontánea y ligada a nuestro contexto político nacional- global. Hay que trabajar por la solidaridad y por la unidad.

Aislado no se puede. La maquinaria brutal del anarco capitalismo, que por si no fuera suficiente es especulativo, que a su vez no tiene relación alguna con la economía que crea los empleos, el ahorro interno, los mismos capitales y la producción, extendió su funcionamiento a las formas del sentido común de los trabajadores generando, vía industria cultural y medios de comunicación e información, las condiciones para consolidar los cambios económicos con la circulación de las nuevas tramas de subjetividades que pudiesen acoplarse a la “ética” que promueve la hegemonía neoliberal. Y lo hacen tanto a nivel interno como global. Así fue como cambiaron la gramática del dominio, los modos sociales y políticos de vinculación entre los hombres, las prácticas y las leyes laborales, la vida cotidiana y hasta la representación de los derechos humanos. Nada queda ni permanece intocable durante todo este tiempo de predominio del modelo de valorización financiera y especulativa. Su impacto en la vida y en el imaginario social, político y cultural será inmenso. Como se impuso otro lenguaje del poder, otra manera de entender las relaciones sociales digamos, cambia la forma de ver y entender la realidad que nos toca sufrir en tanto somos trabajadores; incluso nos transmiten e imponen otra historia, una nueva manera, mucho más cínica, de comprender el pasado, este presente y el futuro.

Lo que una vez fue valorado como grandes conquistas de los hombres, de las luchas populares y demás (me refiero a la función de intervención del sector público sobre la economía y sus variables, a la idea de Estado fuerte, a la política de respeto por el hombre, por las conquistas y garantías sociales, al concepto de soberanía del pueblo sobre la riqueza, los recursos naturales y materias primas, a la competencia activa del sindicato y de la organización popular para actuar en defensa propia, a la movilidad y al ascenso social o a la función de igualador de oportunidades de la educación pública) se convirtieron en parte de una ideología “populista” que ahora sería típica de los nostálgicos; en la medida que el régimen neoliberal se consolida, los disconformes se convirtieron primero en los irracionales y luego en enemigo interno, inclusive en terroristas. Pasa que todos los que no aceptamos que la historia se acabó (que por eso el neoliberalismo es el cénit de la civilización) estaríamos contra el progreso. Entonces, de su ineficiencia para traer el bienestar a los trabajadores, de su ilógico libertinaje del mercado y del drama que el neoliberalismo produce, tenemos que responsabilizarnos nosotros, los que no aceptamos ese régimen y su Estado capitalista como una alternativa válida. El problema para los dominantes es que no es fácil acabar con el saber popular, con esa memoria de otro tiempo, no gloriosos pero sí mejores, donde los asalariados tenían una calidad de vida más digna. Para erradicar los vestigios de esta memoria, de sus luchas y sus conquistas, en el caso de Latinoamérica se implementó el más colosal plan de inversión de los valores

económicos y sociales, de las formas jurídicas, de los culturales y de los políticos recurriendo así a la Dictadura de Seguridad Nacional. A través de la violencia de la dictadura, Chile se desindustrializó e individualizó para conducirnos a límites intolerables de autoritarismo, a la concentración de la propiedad, a la deuda externa y a la extranjerización de la economía.<sup>19</sup>

Lo anterior fue acompañado por los medios masivos de comunicación e información que movilizó sus recursos para facilitar el giro en beneficio de la hegemonía del capital financiero y especulativo y contra la economía de la producción, de esa donde los trabajadores son centrales en la medida que son los que precisamente generan la riqueza de las naciones. De ahí en adelante, las metas falaces del duopolio, como estrategia argumentativa, política y social válida para esconder lo auténtico, será el pan nuestro de cada día en la reinención de la derecha duopólica. Primero, se nos invitó a derrotar a la otra derecha para recuperar la democracia, para que llegara la alegría y el arcoiris que nos incluía a todos. Sin embargo, esa invitación fue expresión del triunfo de la reacción. Así, se traslada el eje de debate otra vez a un lugar conveniente para que la derecha duopólica pueda seguir haciendo de las suyas. En esas circunstancias se plantea la pregunta de si confiamos o no en la élite y sus representantes. Y ellos, con su imagen de salvadores de Chile, de madre y padres dulzones, con su mano en el corazón y sonrisa hipócrita, se muestran como líderes que daría confianza pero cuyos gobiernos peligran al ser acechado por los guardianes del neoliberalismo. La disyuntiva hoy no es ésta, si confiamos o no en que el duopolio algún día cumplirá con sus promesas, si hará o no aquellos cambios que en realidad nunca prometió, o si estará a la altura de las circunstancias. Por lo tanto, la cuestión no está en cuánta fuerza se necesita para hacer de Chile un país mejor; el problema está en si compartiremos o no sus propuestas. Esta definición marca la estrategia a seguir: impulsamos la movilización popular para que se cumpla con el “programa” o lo hacemos para revelar el auténtico sentido de esos gobiernos, disputando el contenido programático del mismo para trasladarlo lejos del foco de la consigna, custodiando la lógica transformadora de las demandas

---

<sup>19</sup> Llama la atención como muchas personas comunes o líderes políticos de nuestra región, algunos con las mejores intenciones, siempre están haciendo referencia a Europa como zona más desarrollada en relación a Latinoamérica, inclusive en términos políticos. Sin embargo, en nuestros países del sur de América el neoliberalismo debió imponerse a través de la fuerza, de la dictadura; fue la única manera en que podíamos eventualmente aceptar el ajuste y la flexibilización sobre nuestros derechos. Por el contrario, a pesar de la experiencia de nuestros países, de la crisis actual del régimen neoliberal y de la eficiencia en la gestión del gobierno popular, en Europa el libertinaje de los mercados se impone a través de métodos pacíficos, racionales, a vista y a consideración de los trabajadores, siendo éstos las víctimas predilectas de aquel sistema opresor y dramático. Por supuesto, el tema es más complejo: nos hablaría sobre la capacidad que ha desarrollado el neoliberalismo para mostrarse ante el mundo como una opción legítima de bienestar.

enarboladas en estos años. Así, los discursos de la dirigencia y del liderazgo del pueblo debe tener el máximo valor para convertirse en un faro cultural-político que plantee un proyecto de país inclusivo y democrático. Solo de esta manera se construye un Chile mejor, uno donde no haya ajustes contra el trabajador. Se trata de vivir, no de sobrevivir. Aún en los errores o la duda, no podemos aceptar un gobierno que nos combate. La medida de las cosas que propongo precisamente está en la defensa del derecho a la vida. Esta situación es la que tenemos que reivindicar con la mayor fuerza. Aunque la balacera siga, somos los trabajadores los que debemos mandar y gestionar. Tenemos la obligación de conducirnos. No es posible que sean los mercados y sus poderes fácticos los dueños exclusivos del reparto de bienes. Se tendrá que admitir que por primera vez en muchos años, ahora de la mano del movimiento social y popular, se pone en tela de juicio la hegemonía de las corporaciones económicas, de sus medios masivos de comunicación y de su ajuste global. En esa lucha estamos. La tan proclamada “democracia” en la medida de lo posible no puede seguir porque son millones de ciudadanos en Chile y el mundo los que ya no aceptan ni pueden admitir dócilmente que los precios sean fijados arbitrariamente por los dueños de las mercancías.

En resumen: la posibilidad de contención del cambio, ofrecidas por la política de la razón tecnológica, depende de la perspectiva de bienestar que el Estado capitalista y su régimen pueden crear entre los trabajadores. Este régimen es incapaz de elevar el nivel de la vida administrada al modo que lo hizo el mal llamado “Estado asistencialista” a pesar de que su aparato técnico (establecido como poder separado que actuaba por encima de los individuos) dependía para su funcionamiento del desarrollo y expansión intensificada de la misma productividad. Bajo estas condiciones, la decadencia no es solo un asunto de corrupción moral e intelectual sino también es un proceso social objetivo en la medida en que la producción y la distribución de necesidades meramente materiales hace de la sumisión una actitud tecnológica racional que cava su propia tumba. A pesar de su razón y lógica, el neoliberalismo es un régimen sin libertad. Lo es porque su administración totalitaria es una sistemática restricción del tiempo libre, de la cantidad y calidad de los bienes y servicios disponibles para las necesidades vitales de los individuos y de la inteligencia capaz de aprehender y realizar la autodeterminación del pueblo. El régimen neoliberal antes que reducir ha aumentado la necesidad de las funciones represivas del régimen político que nos gobierna. El marketing, las relaciones públicas, el adoctrinamiento y la obsolescencia planificada, ya no son gastos generales improductivos sino que son elementos de costos básicos en el proceso de producción. Para ser efectivo este modo de producir, de circular y distribuir la mercancía con su correspondiente despilfarro social, se requiere de la continua racionalización de la misma: del incansable abuso de

la técnica y de la ciencia avanzada como forma de poder. En consecuencia, el aumento de la magnitud de la explotación es el subproducto inevitable de una sociedad donde el trabajador es manipulado por la élite. El problema es grave para la derecha porque llegado un momento, la creciente productividad del trabajo y de los bienes excedentes no nos permite un consumo mayor ni mucho menos satisfactorio en los términos de la calidad de vida del pueblo a pesar de la diversificación de los bienes. Ésta es la base irracional y material para la lucha de clases que nos muestra esa conducta neoliberal totalitaria. Sobre esa base, las fuerzas políticas disconformes con el régimen actual son detenidas pero también son impulsadas a producir el cambio cualitativo.

Los pobres seguirán esperando porque el duopolio siempre ha estado comprometido ideológicamente con el neoliberal. Esta situación se refleja en el hecho de que la mayor parte de los chilenos estamos en situación de vulnerabilidad. Pero, ¿porqué tiene que ser de esta manera? ¿Porqué en Chile conseguir un trabajo no significa ascender socialmente, ni siquiera aliviar la situación de miseria de muchos compatriotas? ¿Porqué la inmensa mayoría de los trabajadores somos pobres o estamos en situación de vulnerabilidad? Es simple y a su vez brutal: la derecha logra bajar el ímpetu de la posible movilización y la efervescencia social de los trabajadores a partir de esta misma vulnerabilidad económica e inestabilidad laboral; es decir, a través de la amenaza de que los empleados pierdan su trabajo si por ejemplo van a la huelga o si se solidarizan con sus compañeros de clase en lucha se evitan los “desajustes”. Entonces, los pobres seguirán esperando porque los salarios de miseria, la vulnerabilidad social y el autoritarismo político, la desigualdad y la pobreza son importantes formas de control sobre la población. Cuidado sí porque también cuando los trabajadores entienden que no tienen nada que perder acaban hasta perdiendo el miedo. Hay que continuar con la denuncia, en la movilización. No podemos desfallecer ni descansar: los dominantes no lo hacen; siempre están atentos, vigilantes y prestos a reaccionar contra cualquier expresión de la voluntad de la amplia mayoría. Se trata no solo de organizar la denuncia contra aquellos sino de lograr que la misma, de por sí, se convierta en participación y en compromiso político, en un acto de radical y profunda rebeldía, no en una simple queja contra la “suerte” que nos tocó. La denuncia más efectiva y concreta en la actual situación es la de la lucha. De hecho, es ésta la que se transforma en el germen del cambio en beneficio de una mejor vida para el hombre y la mujer de nuestra Patria, de la Grande, esa que es latinoamericana y que generosamente nos legó a San Martín y a Simón Bolívar, a los hermanos Carrera, a Manuel Rodríguez, a Artigas, al Che, a Salvador Allende y su vía chilena al socialismo, a Miguel Henríquez y tantos otros que habitan en el corazón y en la conciencia del trabajador. A ellos debemos remitirnos cuando pensamos en un país democrático, en aquel

que se plantea a partir del combate en beneficio de la dignidad del hombre, de la educación, de la salud y de la Asamblea Constituyente Autoconvocada que sintetiza la batalla contra las mezquindades múltiples del neoliberalismo.

### **El modo de producción de la mercancía y la liberación.**

Por lo anteriormente afirmado son necesarias un par de interrogantes que considero centrales en el cambio de perspectiva y en la transformación del modo de producción, de distribución y de circulación de los bienes y de los servicios por todos generados (de los alimentos, de la educación, la salud y un largo etcétera), que nos conduzca a otras formas, mejores y más justas, de organización social, política y de convivencia entre los chilenos. ¿Cuál es y cómo se reconstruye este nuevo sistema de producción, de circulación y de distribución de las mercancías? ¿Cómo se trabaja para hacer de Chile un país que vaya más allá de las condicionantes del régimen neoliberal, del capital y de esta democracia falaz, en la medida de lo posible, que desde los años del golpe de Estado sostiene esta derecha duopólica? En este contexto, hay que empezar por reconocer que llegó el momento histórico, no solo de Chile sino de la humanidad, en que es posible construir una sociedad libre, de plena satisfacción de las urgencias del pueblo y de reivindicación de la vida como prioridad absoluta. El desarrollo de las fuerzas productivas alcanzó tal grado de complejidad en lo relacionado con lo tecnológico, con la productividad y demás, que hoy es totalmente racional pensar en términos de erradicar definitivamente el hambre, el desempleo y la miseria que conlleva la forma de reproducir del modo capitalista y de los regímenes que le llevan el amén. Hoy ni en Chile ni en el mundo es utópico plantearlo. Tampoco lo es pensar que pueda transformarse la naturaleza misma del trabajo alienado en el trabajo gozoso que fomenta la alternativa opular como forma de libertad. Perfectamente puede edificarse un país, una sociedad y una civilización no represiva. Sabemos que Chile no es un país democrático, mucho menos una sociedad abierta al cambio, a la pluralidad y al respeto por el otro; más bien somos un régimen cerrado a los valores de la solidaridad, de la inclusión y a garantías constitucionales que en otros países son comunes. Pero, ritualizado o no, el arte de resistencia de los trabajadores movilizado contiene la razón para negar la actual situación porque opone al neoliberalismo una sociedad de derechos. En sus posiciones más avanzadas somos parte del gran rechazo al libertinaje de los mercados que es el gran responsable de los dramas que nos aquejan. El movimiento popular entonces es una protesta que denuncia a la derecha y sus odiosidades, a su falta de lógica y sus intereses contrarios al bienestar común. Los modos en que el hombre, en que la mujer y las cosas se hacen aparecer, cantar, sonar y hablar, son maneras de refutar, de rebelarse,

de romper y a su vez de recrear nuestra vida. Pero estos modos de negación, de luchar contra la dominación, pagan tributo a la sociedad antagonista a la que están ligados. De esta forma es necesario que nuestro arte de poder se movilizara constantemente contra la esfera del trabajo alienado porque es allí, precisamente ahí, donde la sociedad reproduce toda su miseria y su pobreza.

Tenemos que cuidarnos porque en Chile el movimiento social es la única fuerza de oposición a esta “transición”; por eso intenta ser integrado por los dominantes, para que acabemos aceptando la lógica que subyace al régimen neoliberal. De eso se trata: de estabilizar. Entonces, el movimiento social, los que creemos en la organización de éste para desde ese ámbito plantearnos el combate radical. Sabemos que esta administración nunca fue de cambio; más bien es parte de la continuidad. Al igual que en su momento el ex Presidente Frei Montalva tuvo que conformarse con la utopía de la sociedad comunitaria renunciando así a su programa, los gobiernos de la falaz transición desde el primer momento se entregarían a sus patrones: a los neoliberales. Por otro lado, desde los centros del poder más concentrados entienden que en democracia son los trabajadores los que mejor reproducen la represión de los que se encuentran disconformes, y lo hacen a través de sus actitudes y de su definición del sentido común. No a través del terrorismo que de hecho sí ejerce el Estado sino que esta vez a partir de un proceso de “integración” que tiene lugar, en lo esencial, sin la violencia extrema que implica la dictadura. Lo que hace es racionalizar la *Doctrina de Seguridad Nacional* y el resultante es el neoliberalismo. A partir de ahí tenemos una libertad administrada por la élite y una represión del pueblo que se vuelve instintiva y que inclusive llega a ser fuente renovada de control sobre lo que se considera racional, aceptable y lo que no. A pesar de ello no es utópico pensar que nuestro sistema político autoritario hoy puede ser transformado en términos liberadores. Aunque sea irreal pensar en un país en el que no existan los conflictos, en el que no haya ni control ni dominación, no lo es en absoluto imaginar una sociedad en la que los problemas se resuelvan sin opresión, sin violencia, sin crueldad y sin una “democracia” en la medida de lo posible. Podemos convertir a Chile en un infierno pero no hay ninguna duda que también podemos convertirlo en la copia feliz del Edén. Esta transformación implica la necesidad de discutir al menos otra imagen del país, incluido aquellos parámetros que fundamentan el cambio del régimen. De ahí que este debate se relaciona con la pregunta de si el neoliberalismo no representa un estado que tanto en la teoría como en la praxis no está superado en relación al desarrollo de las fuerzas de la producción. Eso se manifiesta del modo más claro en la célebre distinción entre el reino de la libertad y el reino de las necesidades que involucra la vida del hombre. El reino de la libertad no puede pensarse ni subsistir sino más allá del reino de la necesidad



y eso implica que éste es siempre el reino de la necesidad en el sentido del trabajo alienado del que nos habló Marx. Al respecto, en política eso se traduce en lo que sigue:

*...“que todo lo que en este reino puede ocurrir es que el trabajo se racionalice todo lo posible, que se reduzca todo lo posible, sin dejar de ser trabajo en el reino de la necesidad, aplicado al reino de la necesidad, y, por lo tanto, trabajo no-libre”.*

Al final, lo que diferencia a la sociedad libre y democrática, inclusiva y popular de su contraparte- de la cual no es libre- es que bajo la alternativa al régimen neoliberal es posible hallar el reino de la libertad en el reino de la necesidad, es decir, en el trabajo del hombre. Es posible en la sociedad libertaria la eliminación definitiva de la pobreza, de la exclusión y de la miseria; es posible en cuanto a la eliminación del *trabajo enajenado*. Todavía más: un científico o un investigador digno de ser tomado en serio, un hombre común incluso, que sea sincero, que no esté comprometido con los intereses de sus verdugos, no podría negar que con las fuerzas productivas actuales teóricamente es posible eliminar la miseria material y también intelectual del hombre, la exclusión y la pobreza. Más bien todos esos dramas no tienen relación con la falta de recursos o de la técnica sino con la organización socio- política de nuestra sociedad, con la manera en que el neoliberalismo produce la mercancía, la hace circular y luego la distribuye. La persistencia de necesidades insatisfechas del pueblo es lo que hace de Chile una sociedad represiva, bien cerrada, que reproduce sus odiosidades de forma continua: el trabajador consolida con ellas, con sus necesidades insatisfechas, la sociedad represiva, y esta persistencia es lo que impide el salto a una sociedad libre, a la *(r)evolución* que permanecerá en el tiempo. Esta idea se basa en que las necesidades humanas tienen un carácter histórico. Más allá de la animalidad, de lo más primitivo del hombre, las urgencias humanas son históricamente determinadas por la sociedad que habitamos y así son también históricamente transformables. Y la ruptura con la persistencia de las necesidades que lleva en sí misma la represión no es fantasiosa, mucho menos es una utopía o una irracionalidad, sino que es algo predispuesto en el desarrollo de las propias fuerzas productivas. Para eso en todo caso es preciso un cambio cultural, la batalla que se da en el campo de ideológico, de la racionalidad de las cosas, de la manera de producir y todo lo demás. De hecho, el modelo de país y del saber técnico y tecnológico del capitalismo, es decir, la forma en que le da su sentido al uso de los recursos y a las fuerzas de la producción en general deja establecida una igualdad cultural (una homeogeneidad que se traduce en una cultura del consumo globalizada) que al mismo tiempo preservará el dominio

sobre los trabajadores, sobre quienes realmente somos los que generamos las riquezas y los que de este modo estamos en condiciones de movilizar o de parar el país. A partir de este enfoque de control social y político sobre la mayoría, el capitalismo en lo formal logra eliminar las prerrogativas y los privilegios de la cultura feudal que se presenta como aristocrática y también enemiga del progreso. En cierto modo lo será porque la manera capitalista de generar la plusvalía es un gran paso adelante de la humanidad, en términos tecnológicos digo. El que las verdades trascendentes del arte, de la estética de la vida y del conocimiento ya fueran accesibles sólo a unos cuantos ricos y educados era culpa de la sociedad feudal. Pero, esta culpa de las monarquías absolutas no se corrige ni se resuelve mediante el libro, la educación general, el acceso a internet o las salas de espectáculos características del capitalismo. Hay que decirlo: hoy los privilegios culturales expresaban la injusticia de la libertad, las múltiples contradicciones entre la ideología y la realidad que nos tocará vivir y la separación de la productividad intelectual de la material. El problema para la élite es que una realidad neoliberal corre el riesgo de que los sectores populares, así sometidos, alienados y ayudados por sus deseos de liberación de esa realidad represiva que conduce a una sociedad autoritaria y gobernada por la derecha duopólica, pueda presionar contra sus ultrajantes limitaciones y luchar contra esa realidad y sus formas represivas.

De ahí nace el sentido último de la batalla por nuestra libertad, por los contratos laborales que respeten el horario de las ocho horas. Una aclaración: antes que hablar de nivel de vida tenemos que hacerlo en términos de calidad de vida, que es una idea y criterio más relacionado con la gratificación de las urgencias y necesidades humanas y con la plena e irrestricta vigencia de los derechos humanos. La auténtica civilización busca la inclusión, consiste en el cuidado del medioambiente, en el respeto por los derechos del hombre y en la más alta humanización de las relaciones sociales. La palabra del pueblo es la que rechaza ese régimen y su orden totalitario, unificador y poco sensible de la élite. Somos nosotros los que hacemos estallar la estructura establecida de significados de la razón capitalista de modo que así, convirtiéndonos en el objeto absoluto en sí mismo, designamos con nuestra palabras, con nuestras frases y lenguaje un universo intolerable del capital que se autodestruye. Nos corresponde producir el quiebre, esa discontinuidad fundamental del sistema. De acuerdo a esto, la subversión de la estructura lingüística implica además una subversión de la experiencia en la sociedad. La transformación revela su grado de irreversibilidad si la entendemos como resultado de otra lógica, una relacionada al progreso técnico que busca nuevas formas de vida basadas en la defensa de estas necesidades material- ideales ligadas a nuestra calidad de vida. La etapa actual redefine las posibilidades del hombre y la naturaleza de acuerdo con los nuevos medios disponibles para su realización y, a su luz, las

imágenes, el discurso, la lógica, el sentido y las metas del modo de producir capitalista pierde su poder ante la contundencia del combate del pueblo. Bajo el neoliberalismo, por las inconsistencias pero también por las consecuencias de sus políticas de ajustes, que llegadas a determinado momento no pueden ser simuladas, esa dominación de la élite, este núcleo insoluble de acuerdo al dogma de la derecha duopólica, es anulado progresivamente pero sin pausas por la racionalidad tecnológica planteada a partir del régimen popular. Por si no fuera suficiente, el cambio físico del mundo implica la transformación de sus símbolos, imágenes e ideas que nos llevan a otra cultura, a aquel saber tecnológico que responde a las necesidades material- ideales.

Además, el hecho que el saber tecnológico transmute en una variable que crea valor y plusvalía nos demuestra como el modo capitalismo de hacer cada cosa crea sus propios sepultureros en el sentido que el conocimiento es socialmente generado porque estamos todos involucrados en él. Lo que digo es que despliega su máxima potencialidad, como esa medida que crea valor, a través del conocimiento que es socialmente compartido, contradiciendo así el saber fragmentado de los neoliberales. Por eso, ese régimen es sumamente ineficiente. Pasa que pretende negarnos el carácter social del conocimiento, de la historia o de las conquistas de la técnica que son de toda la humanidad, que deben ser para el provecho y el disfrute de la mayoría. Sin embargo, los sepultureros del sistema neoliberal y de su Estado capitalista no nacen solos, por generación espontánea digo, sino que se nutren y adquieren conciencia y toda su experiencia en la batalla contra esta forma dominante de hacer las cosas. El conocimiento es central porque es socialmente generado y porque es una medida que actualmente crea valor; tal vez sea por eso se trata de cercar y restringir el acceso del trabajador a la cultura favoreciendo así al monopolio de la industria de la información y sus comunicaciones; con eso nuevamente atentan contra la democracia y contra la pluralidad de opciones al quedar por ejemplo en manos de las corporaciones el acceso a los datos que circulan por la red de redes. También se limitan los derechos digitales de los usuarios, obligando a las empresas del rubro a censurar unilateralmente algunos contenidos sin la mediación previa de la justicia o de otro órgano que garantice los derechos de todos nosotros. Son los patrones del fundo y nosotros somos sus peones. Lo somos hasta que decidamos dejar de serlo. No es tan simple pero tampoco es tan complejo. Se trata de exigir una jornada laboral racional, otra forma de producir las mercancías y reivindicar nuestras demandas. Acaso, ¿reclamar reformas profundas, radicales, en beneficio de los que vivimos de un salario no significa organizarnos y tomar conciencia? ¿No quiere decir rebelarnos contra la función de simple mercancía que de hecho nos corresponde bajo las sentencias y dogmas del capitalista? ¿Incluir en la órbita de nuestra actividad la batalla por la reforma, las que conducen a

la transformación estructural, las que vemos como tránsito hacia un Estado y a un régimen justo, no tienen que ver con el combate y con la lucha por la (*r*)*evolución* que permanece? ¿Exigir que la actual conducción política deje de ser neoliberal, autoritaria, autocrática y conservadora no tiene que ver con la posibilidad de cambiar la situación? De hecho, tenemos que propugnar en el momento de ascenso de las luchas del movimiento social, que es ahora, la tarea por las reformas de fondo pero sin arrastrarnos al oportunismo político. Las implicancias y consecuencias del cambio sobre la manera de producción de los bienes y todo lo que esto conlleva lo sabemos. Ahora debemos actuar unidos y organizados para que nunca más en Chile el neoliberalismo se haga con nuestra vida. Los responsables de los dramas que nos aquejan son ellos; son los que tienen relación directa con la falta de humanidad del hombre, con la injusticia, con su doble estándar y con los asuntos que nos conducen por el camino del gobierno de la minoría. Pasa que este control es administrado por una tecnocracia que se vuelve racionalmente organizada aunque cada una de sus sentencias sean irracionales, aunque no resistan lógica alguna. Pero, este centro vital- la elite y su aparato tecnocrático- nunca se muestran como es en verdad. No lo hacen porque en su auxilio viene el proceso del fetichismo de la mercancía, ese que nos esconde que el capitalismo solo tiene la capacidad para construir un mundo para algunos, al que nunca podremos aspirar. En este sentido, los que siguen apostando a la democracia de baja intensidad y en su estrategia de las reformas en la medida en que la clase patronal las acepte, o son unos oportunistas o son mediocres. Por último, puede darse que sean de los que quieren que todo siga igual ya que el sistema finalmente los favorece.

Lo concreto es que ni la historia, ni mucho menos la ideología o la lucha de clases terminó. Lo que se nos impone es que nada, absolutamente ningún principio, secreto o aspiración, que ninguna sentencia o paradigma, es absoluto. Por tanto, todo puede ser discutido, puesto a prueba por la realidad del pueblo, de acuerdo a nuestra experiencia como país. Y la verdad es que la soledad actualmente es técnicamente imposible porque estamos inmersos en una red de relaciones sociales que nos muestra que la riqueza, incluido el conocimiento de los hombres, depende de todos y por ello no puede quedar libardos al azar; o peor aún: en manos de una élite que se aprovecha de este modo de nuestras necesidades, de nuestro trabajo y del esfuerzo de los que vivimos de un salario. El análisis lógico y lingüístico del arte de dominación de la patronal, también el arte de resistencia del trabajador que deriva en el rechazo absoluto, nos muestra que los antiguos asuntos metafísicos son ilusorios, que son mitos que acaban defendiendo un saber elitista, de expertos y sabios que poco podrán comprender una vida que como la del pueblo se caracteriza por carencias de todo tipo; la búsqueda del sentido de las cosas,

de la verdad absoluta de la manera que la plantearon los antiguos filósofos griegos o del propio Hegel (que es el idealista absoluto) puede reformularse en favor de los pueblos cuando se piensa como parte de un proceso de libertad que queda supeditado al materialismo dialéctico, a la ciencia en beneficio de la emancipación del hombre. De hecho, buscar el sentido de la palabra y del universo establecido del discurso y de la conducta puede proporcionarnos criterios adecuados para dar no solo respuestas acordes a las necesidades material- ideales sino también para militar en favor de la *(r)evolución permanente*. En su relación con la realidad de la vida, la cultura es muchas cosas: podría ser oposición, protesta y resignación pero también podría significar la aparición del régimen libertario a través de la negativa a sostener una sociedad que nos convierte en consumidores patológicos.

### **Los fundamentos de la ocupación libre y del trabajo alienado.**

Las contradicciones internas del capitalismo en Chile y el mundo son hoy más violentas que nunca, particularmente aquella que se produce entre el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas y su correspondiente riqueza social y el uso destructivo y represivo de esas mismas fuerzas que de por sí implica el neoliberalismo y su opción por la acumulación privada del capital a como de lugar, sin ninguna consideración o escrúpulo. Esa contradicción es infinitamente más drástica actualmente porque este régimen nos somete, nos excluye, nos violenta y explota. Veremos dos tipos de transformaciones. La diferencia está en que unos al no plantear cambios estructurales no solo no solucionarán el problema de la pobreza o la pésima distribución de la riqueza sino que así legitiman el sistema capitalista como opción. Al mismo tiempo, al justificarse a partir de ideas progresistas ante la mayoría de su población, el trabajador progresivamente va tomando plena conciencia de sus derechos y se organiza para defender las conquistas alcanzadas. Pero también nuestra experiencia, la de los regímenes populares, nos muestra que en el mundo bienhechor se construye combatiendo para eliminar todos y cada uno de los horrores de la industrialización capitalista; se hace a través de aquel régimen político que puede dar espacio a las necesidades de los trabajadores, de sus familias y de su entorno. Esto se logra precisamente gracias al nuevo carácter satisfecho y popular de la sociedad que se levanta; o sea, con un régimen que se rige por una nueva alteración de la naturaleza del hombre, a saber, con la reducción de la brutalidad, del progresismo y de la acumulación a cualquier precio que hoy sigue actuando de la forma más espantosa. Acerca de la tesis de que la tecnologización del poder minaría de hecho las sentencias y la lógica dominante, ¿quiere decir que la tecnocracia neoliberal se autodestruye al mostrar su irracionalidad? No, me parece que a esta tecnocracia tenemos

que provocarla permanentemente para que lo haga, para que se muestre como realmente es. Pero, este proceso se relaciona con ambas cuestiones porque la provocación y el combate abierto que muestra lo ilógico de sus postulados ocurre en ese proceso de aprendizaje que nos lleva a entender cómo las contradicciones de la tecnocracia neoliberal ponen de manifiesto lo absurdo de sus dogmas.

¿No es lo que actualmente pasa en Chile donde la élite en el poder, que nos gobierna a su entero antojo, en beneficio de sus demandas y contra los intereses del pueblo, por lo mismo a esta altura se manifiesta totalmente incapacitada para favorecer el desarrollo que dice profesar? Lo hace porque en sus términos el crecimiento y ese desarrollo que plantean apenas favorece a unos pocos mientras los trabajadores vivimos en condiciones precarias. Así, son sus acciones, la magnitud de la ineficacia del neoliberalismo, de su tecnocracia y la forma en que conciben la producción, los que militan contra el control que ejercen sobre los sectores populares. A esto debemos sumarle la determinación de los factores subjetivos y colectivo del desarrollo de la conciencia de los trabajadores que es una prioridad para no desviarnos de la ruta, para que en el camino no se produzca una solución populista, autoritaria o fascista que también es posible. Es decir, la opción popular dependerá de nuestra conciencia. Militar por ella es una exigencia decisiva en la actual situación, siempre lo ha sido: cuanto más nos vemos obligados a decir que están dadas las fuerzas productivas y la técnica para la sociedad libre, de satisfacción de las necesidades de todos, de las urgencias que son materiales pero que también son espirituales y simbólicas, tanto más intensamente se nos presenta la exigencia irrenunciable y vital de liberar la conciencia de esas posibilidades realizables. El trabajo por el desarrollo de la conciencia es la gran tarea del *materialismo histórico-dialéctico* para revelarnos el sentido último del trabajo. Solo con la organización unitaria del movimiento social, popular y sindical el poder de la élite, basado en la explotación del trabajo ajeno, puede perder su fundamento último.

El duopolio hace todo lo contrario: reivindica, asimila y consolida un código laboral que venido de la dictadura favorece desvergonzadamente a la clase patronal y a sus demandas. Durante las últimas cuatro décadas en Chile la trayectoria del movimiento de los trabajadores es influenciado por tres factores: por el contexto económico, por el institucional y por la situación política. Estos son transformados de forma drástica por el golpe cívico-militar. La situación actual de los trabajadores y de los sindicatos refleja esta herencia anterior, la de la dictadura de Pinochet, que se expresa en cambios que ocurren bajo su tiranía y que luego hacen suyo el duopolio. Se trató de debilitar al movimiento laboral- sindical en su rol económico, en su posición institucional y en su poder político, de presión digo, para que no tuviéramos

posibilidad de mejorar nuestras vidas. Al mismo tiempo que se produjo este debilitamiento del poder del pueblo, la élite gana un amplio terreno: recupera lo perdido con Allende. Antes del golpe, los trabajadores luchaban dentro de una matriz económica medianamente protegida en la cual el sector público estaba comprometido con el bienestar, donde había una fuerza institucional estable y donde también imperaba un sistema legal con derechos y garantías que aunque restringidos eran significativos. Se trataba de una “democracia” dominada por al menos tres partidos principales que dedicaban parte de su trabajo político a los programas elaborados tanto por los sindicatos como por otras organizaciones populares: eran el Partido Comunista, el Socialista y el Demócrata Cristiano. La conciencia feliz de ese entonces- o sea, la creencia de que lo real era lo racional y el sistema social establecido producía bienes para todos- reflejaba un conformismo que bajo esos presupuestos se presentó como una faceta muy audaz de la racionalidad tecnológica que se tradujo en una forma de conducta social determinada. El poder ejercido sobre todos los que intentamos vivir de un salario- que fuera legitimado por el régimen de beneficencia y por su asistencialismo- hacía que nos olvidáramos en parte de la represión y de sus asuntos gracias a la eficacia y a la productividad de éste. Al asimilar lo que tocaba, al absorber la oposición política en su realidad y al jugar con las contradicciones propias del sistema, nos demostraba claramente su superioridad estratégica. Del mismo modo, la destrucción de las materias primas y la proliferación del despilfarro social se convirtió en una prueba de su opulencia y niveles de bienestar que podía crear en su versión populista. La comunidad estaba demasiado satisfecha para preocuparse por los daños al ecosistema, por la pobreza, por la marginación y por otra serie de dramas que siempre han caracterizado a la acumulación privada del capital. En todo caso, por las imperfecciones de nuestro sistema político y económico (que al final no resolvía las cuestiones estructurales para así satisfacer las demandas de los trabajadores) la élite no pudo impedir la tensión entre la apariencia y la realidad vivida. Los términos de designación, de aserción e imitación dieron paso a otros tantos, al de autonomía, al de descubrimiento y de demostración que establecían una crítica mordaz hacia el régimen imperante de forma que muchos de aquellos elementos mágicos, autoritarios, irracionales y rituales que cubrían el sentido de las acciones de la derecha, sus razones, su idioma y su lenguaje de poder fue combatido hasta que nos hicimos con el gobierno en los '70. Lo hicimos al lograr despojar al lenguaje del poder de la élite de sus mediaciones que formaban las etapas del proceso del saber y de evaluación cognoscitiva.

Sin estas mediaciones, el lenguaje tendió a expresar y auspiciar la inmediata identificación entre la razón y el hecho concreto, entre la verdad del pueblo y esa otra que fuera establecida por la élite, entre la esencia y la

existencia y entre las cosas y su rol. Gracias a la UP todo el vocabulario y sintaxis dominante se vieron afectados de tal manera que el modo capitalista que nos había gobernado desde la primera época fue puesto en entredicho al obligársele a expresar sus exigencias directamente en el material lingüístico; el léxico popular lo atacó mediante un combate desafiante con lo que fue revelando ese idioma oficial de la patronal. Muy pocas veces el lenguaje popular y coloquial fue tan creador. El hombre común (o sus portavoces anónimos) parecían afirmar su humanidad ante el poder existente. El rechazo absoluto y la rebelión de los sojuzgados en relación al capitalismo produjo el estallido a través de un lenguaje popular que llamaba a cada cosa por su nombre, sin hipocresías de ninguna índole. Por eso a la derecha no le quedó más que reaccionar a través de la violencia mientras los laboratorios de defensa de sus privilegios, conjuntamente con las oficinas ejecutivas, con sus armas, con sus métodos y con sus expertos en eficacia, hacían todo lo posible para imponernos un idioma diferente. Por el momento todavía parecen tener la última palabra. Pasó que a partir de ahí, del establecimiento de esta monarquía absoluta liderada solo en lo formal por Pinochet, los trabajadores fuimos sometidos a una economía abierta tanto al mercado interno como al global. Padece los efectos de un nuevo código laboral, ese que contempló grandes restricciones sobre la acción de nuestras organizaciones. Sólo a partir de la transición a la democracia gozaríamos de un poco más justicia social, pero ello en una economía globalizada bajo los términos neoliberales, esos que no nos dejan espacio ni para la voluntad popular ni mucho menos para la satisfacción de las necesidades de la mayor parte de los chilenos.

Durante la UP, los sindicalistas avanzaron, simultáneamente, en una agenda práctica que mejoró las condiciones sociales de los suyos y en una política de transformación nacional que se definió como anticapitalista. Con el golpe fueron borradas. Lo que todavía no está tan claro es que bajo el neoliberalismo continuado de la Concertación, los trabajadores no podemos participar del “milagro económico” en que quieren que creamos. Aunque la economía crece esto nunca se tradujo en una mejoría de las condiciones laborales. Términos como el de la libertad, de la igualdad, de fraternidad o de la democracia ahora tienen otra significación. Implican analíticamente un grupo específico de atributos que se presentan inevitablemente cuando el nombre se escribe o se menciona. Bajo la dictadura y su neoliberalismo esta predicación analítica se establece a través de conceptos que se refieren a la libertad de empresa, a la iniciativa, a la elección racional del consumidor y en primer lugar al sujeto en tanto individuo. La clara involución del lenguaje respecto al gobierno de la UP lo que buscó fue acabar de una buena vez con los fundamentos de un arte de poder que se mostró como alternativo y como opción al Estado capitalista inclusive. A partir del golpe de Estado se trata de



una gramática dominante que irá por la reacción en su máximo grado, por la matanza y por la flexibilización laboral. Este es el sentido de esta prédica que nos habla de los consumidores, de los sujetos, de elecciones racionales o de la libertad de empresa, etc. En este nuevo contexto neoliberal, todas y cada una de las administraciones del duopolio a partir de los '90 hasta hoy no hicieron nada por mejorar la desigual distribución de ingresos; tampoco les importa. Al mismo tiempo, fueron unos cuantos, millones, los trabajadores que sufrimos con empleos precarios de forma que las malas condiciones laborales se transformaron en una constante; sobre los sindicatos entendidos como organizaciones de las bases, ahora se vuelven impotentes, inclusive cómplices activos del paradigma neoliberal. Por si no fuera suficiente los servicios sociales se tornaron inadecuados. Se impuso la fragmentación, la inseguridad social, la subcontratación, las horas de trabajo interminables y la mecanización de la producción: ahora el problema máximo no es solo la cesantía sino también la calidad del empleo. No podía ser de otra forma porque la lógica neoliberal tergiversa todo desde el momento que viene por los derechos del pueblo trabajador, incluso por sus conquistas históricas, por esas que fueron logradas con el sacrificio y con la vida de tantos. La manera prevaleciente de la libertad será la servidumbre y la igualdad del hombre se convierte en una tremenda desigualdad impuesta; me refiero a esa que excluye y que margina a los que no logran “adaptarse” a los parámetros de la economía dominante. El resultado es la reaparición del lenguaje totalitario, arribista y terrorista del régimen neoliberal. Las mentiras y el engaño, las fábulas y los mitos son reproducidos sin que hagan estallar el sistema social como globalidad; y no lo hace por la represión impuesta desde la cima del poder que busca esta nueva sintaxis entre las contracciones del sistema y la falsamente proclamada “reconciliación” de los opuestos. Lo que intenta es unirlos en una estructura firme y familiar. Es lo que le corresponde hacer políticamente a la democracia de baja intensidad, que busca la conciliación entre las clases y aquel cínico “diálogo” sobre el cual fundamenta la también llamada “democracia de los acuerdos”. Aceptada la ofensa contra la lógica democrática, las contradicciones del régimen se muestran como principio de manipulación social.

Finalmente, el sistema político se convierte en una caricatura de la convivencia colectiva racional. Estamos en presencia de una lógica societal que se permite hacer a un lado cualquier idea o pretensión de la verdad que es socialmente generada de manera que puede jugar con la destrucción de la humanidad. El neoliberalismo es un régimen con un dominio técnico de la mente y de la materia que se dice el final de la historia a pesar de que nos conduce a una crisis intolerable. Por eso, aunque muchos creen que la economía mejoró con la transición a la democracia, a la vez se tiene plena

certeza de que nuestras vidas no lo hicieron. Por el contrario, la forma de actuar de los gobiernos populares es distinta. Ellos buscarían satisfacer las necesidades del pueblo al tiempo que intentan consolidarse en el poder en beneficio de los trabajadores y contra la violencia venida de todas partes, que bajo el modo capitalista se fundamenta en la fetichización de la *fuerza de trabajo*. El poder siempre es violencia; un sistema político con su aparente libertad de consumo, con sus tarjetas de créditos compradora de ilusiones y demás, también nos sitúa en la dimensión de la violencia que el régimen ejerce. Pero, es una violencia más sutil que debemos denunciar ante la posibilidad que se desdibujen los factores decisivos del sistema, a saber: la diferencia entre el terror de la dictadura cívico- militar y la “democracia” de muy baja intensidad con la que nos gobiernan desde los años '90 en adelante. Es necesario entender la diferencia porque su democracia en la medida de lo posible es totalitaria. Lo es porque no se acepta la diversidad y multiplicidad cultural, la libre expresión del pueblo ni la soberanía nacional. Cuentan para eso con una serie de mecanismos de homogenidad de los valores y la ética; y esto es violencia porque lo que se busca es consolidar un régimen donde la economía se rige por la explotación de la fuerza de trabajo. Lo expuso Marx en su obra cumbre:

... *“la posición objetiva de los individuos en el proceso de producción se basa en la violencia y manifiesta violencia”.*

El padre del socialismo científico entiende que en la medida en que las relaciones económicas de poder se interiorizan, de todas formas es racional liberalizar las relaciones políticas de poder. En este sentido, nos plantea que es viable desmontarlas latentemente. Sin embargo, en el momento en que se duda sobre la eficacia de las relaciones económicas- productivas, cuando se entiende que también son relaciones de poder, la élite a su vez comprende que le falta un dominio constrictivo extraeconómico, que si fuese necesario debe ser dictatorial. La estrategia de las élites como también la del trabajador entonces se define considerando el contexto y las circunstancias políticas de manera que a la élite no se le escape el control sobre los que ellos consideran sus súbditos ni a nosotros la posibilidad cierta de la emancipación. 15

En este punto tendríamos que distinguir claramente entre la supresión del trabajo y la del trabajo alineado para entender como se desenvuelve el régimen popular en tanto que se presenta como alternativa al neoliberalismo. El trabajo como tal no puede suprimirse. Afirmar algo como esto es negar lo que Marx llamó el intercambio entre el hombre y la naturaleza. Es inevitable un control, cierto dominio o transformación de la naturaleza y sus recursos, alguna forma de cambio de su existencia a partir del trabajo de los hombres;

pero ese trabajo es tan extenuante, de tal magnitud y grado es la alienación y la explotación que produce al ser controlado por el capital, que por un lado tengo que decir que el odio contra la explotación y contra la opresión es él mismo un elemento humano, humanista incluso. Por otro lado, no tengo duda que en el curso de la *(r)evolución permanente* se produce bastante odio, al respecto no seré hipócrita, de hecho creo que sin este odio, resentimiento o como lo quieran llamar, no sería posible ninguna revolución ni liberación. Nada más indignante como la tierna y amorosa prédica de “Amad a vuestros enemigos” en un mundo en el que el odio está institucionalizado plenamente. Dejémosle aquella sentencia, que en todo caso es un gran ideal, que expresa una utopía. Nosotros somos hombres, hechos a su imagen y semejanza tal vez, pero imperfectos al final. Desde luego, en el transcurso del movimiento revolucionario este odio puede producir mucha crueldad, brutalidad y hasta terror. El problema es que el límite entre lo uno y lo otro es angustiosamente fluido. Lo único que se me ocurre decir sobre este asunto es que cuando se trata de construir aquella sociedad humanista, de pleno respeto por los hombres, una parte central de nuestra tarea consiste en evitar esa mutación en la medida en que podamos, es decir, mostrar que la brutalidad y la crueldad pertenecen necesariamente al sistema político (al que ejerce la represión sobre la vida del trabajador) y que la lucha por la emancipación no necesita esa mutación del odio en brutalidad ni mucho menos en crueldad. Es posible golpear al adversario, derrotarlo en el ámbito político, social y económico, también es viable acabar con su cultura, pero sin necesidad de torturarlo o de hacerlo desaparecer como sí hacen los militares y sus patrones. Lo decisivo es aclarar que la paz- que es una meta fundamental- deberá manifestarse en nosotros como una necesidad biológica para luego repercutir en el proceso de cambios desde el punto de vista de la meta emancipadora y de los métodos de la *(r)evolución permanente*. Esta paz se distingue de una necesidad vital como por ejemplo la de calmar el hambre, porque tiene, por así decirlo, una estructura más biológica y material, por lo mismo. Es importante hablar de estas cuestiones, del carácter de la necesidad de la paz, de la libertad o de la igualdad en el sentido que son necesidades que corresponden a un estado más evolucionado del hombre. Lo son porque los trabajadores que no logran liberarse de las necesidades materiales básicas, de la urgencia de alimentarse, de vestirse y tantas, no pueden eventualmente combatir de manera conciente y clara por las mismas. Como nos lo dice Marx:

*... el individuo está alienado del goce de sus propios productos, o sea, de esa animalidad sensible, de modo que la alienación de la animalidad sensible lo retrotrae, por así decirlo, al estado de un animal.*

En la práctica, esto se traduce en que la abstracción de esa animalidad sensible es una bestialización del hombre. Es por esto que el neoliberal debe mantenernos ignorantes pero esencialmente carenciados, al borde, inseguros y flexibilizados para que ese miedo de perder el empleo nos convierta en los trabajadores modelos que buscan: conformes, sometidos, quietos y alienados. Aquí encontraremos la clave filosófica, ideológica y política que nos permite interpretar sin mayores equívocos el productivismo y las diversas formas de consumo del neoliberalismo en las que el desarrollo y el control tecnológico sobre los hombres son parte de un proceso donde los hechos culturales, las relaciones intersubjetivas y las circunstancias están cada vez más unidos e identificados por el fenómeno de la propia globalización. Un análisis atento del modo capitalista de producir nos pone en alerta de cómo y del porqué su Estado y su régimen neoliberal están indisolublemente ligados al espíritu y a los intereses de una razón pragmática y totalitaria, evitando que la conciencia social, la de los trabajadores, lo perciba. La forma oculta de totalitarismo es el neoliberalismo; es la democracia “en la medida de lo posible” o de muy baja intensidad en la que nos insiste la derecha duopólica que se autolegitima en una sociedad pacificada por una ideología de las “libertades” económicas, de los derechos humanos y de las disidencias políticas inocuas. Lo que nos ocultan es que el libertinaje del mercado, que es el fundamento de la empresa privada y de las reacciones de las transnacionales contra los pueblos, es que la legitimidad de sus ganancias dejan mucho que desear en cuanto al pleno desarrollo de todas las capacidades productivas del régimen político y de los trabajadores. Es el propio neoliberalismo quien está totalmente incapacitado para satisfacer las necesidades de la amplia mayoría porque la producción de bienes y de servicios bajo este modelo está determinada por las demandas del capital, por sus requerimientos de acumulación y por la suba constante de la tasa media de su ganancia y no por las urgencias de los sectores populares. Asimismo, acarrea la explotación en gran escala y la repetida destrucción de las fuentes de la riqueza, rompiendo el equilibrio ecológico para la existencia de vida. La pasión por el control, por la coordinación y la manipulación del mercado, de las cifras y variables económicas, de los precios e inflación, de las tasas de interés, del valor de las divisas extranjeras, de la moneda de nuestro país y también sobre las necesidades creadas, hace que estemos en una sociedad capitalista totalitaria, que se manifiesta en la negación de lo público e invasión de lo privado.

### **La razón del humanismo marxista.**

En el modo capitalista de producción, de circulación y de distribución de la mercancía en la medida en que la ciencia y el saber se transforman en

los nuevos medios de valoración de los capitales pero también en factores de poder y de dominio, se produce el uso y abuso de la ciencia y del lenguaje en el mantenimiento del sistema económico-político que así se ve obligado a aniquilar capital e inteligencia, condenado a despilfarrar recursos y nuestras energías. Este hecho se aprecia en la sistemática reducción de la duración de los productos, de las calificaciones, en la flexibilización del trabajo ajeno, en la desregulación económica, en la tercerización y la privatización fraudulenta de las empresas públicas; incluso en la violación de los derechos humanos y otros fenómenos muy graves. El sistema necesita para su reproducción esta aniquilación de nuestra fuerza de trabajo por estos y por otros métodos, por los existentes y por los que vendrán. Es el lenguaje quien rescata la forma de dominación de la élite porque de lo que se trata, lo que se busca finalmente, es que los productos, bienes y servicios generados por todos nosotros, que la mercancía para ser más exacto, no pueda identificarse con el trabajador. Así, todo será más “real” cuando la *mercancía* queda en otro nivel, separada de la *fuerza del trabajo*. En estas circunstancias, el lenguaje dominante tiene una función excepcional en relación a que se usa como herramienta para crear un vocabulario y una sintaxis básicos que profesa la diferenciación antes que la unidad del trabajador con el bien y con la riqueza que genera; nos insiste en la distinción entre ambos conceptos. Ese lenguaje es una gramática de poder que constantemente nos impone sus imágenes, que por lo tanto milita contra el desarrollo y la expresión de esos términos necesarios para la (*r*)*evolución permanente*. Es su inmediatez lo que nos impide pensar conceptualmente de manera que a su vez nos niega el pensar. Aún más: este lenguaje dominante es quien disuelve cada política de cambio radical y profundo en oraciones banales y superfluas que eventualmente condicionan el intento gramatical de acabar con el neoliberalismo. Es decir, en su uso operacional, los términos de la élite nos niegan la identificación de la fuerza de trabajo con la mercancía ya que somos los asalariados los que generamos las riquezas y somos los que creamos la plusvalía en beneficio de la acumulación privada del capital. La tendencia prevaleciente del habla y de esta gramática de poder de los dueños de Chile- que niegan esta identificación de los trabajadores con su productos es la expresión central para mantenernos sometidos. Lo es porque constituye la base sobre la que se sostiene la fetichización de la mercancía. A partir de ahí aquel lenguaje se convierte en un léxico bien totalitario, en el que intenta abarcar cada espacio de los hombres para continuar haciendo de las suyas, a saber: defendiendo los intereses y el estilo de vida a la que solo unos cuantos pueden aspirar. Debemos defendernos contra eso, no queda otra. Podemos hacerlo planteando una opción viable: organizarnos como fuerza de trabajo, tomando plena conciencia de que no solo somos la mayoría sino que también

somos los mejores porque en potencia constituímos el hombre nuevo, el ser genérico, el de los valores del respeto.

De ahí que no podemos separar por ejemplo la ética del ideal y la ética de la responsabilidad como intentó hacerlo Max Weber. Para este autor el ideal y la responsabilidad son formas de comportamiento moral distintos y cuya diferencia primera radicaba en la separación de la ética y de la política. El teórico alemán se oponía a la integración positiva de estos conceptos, de la ética y la política en función de una apología del poder que como principio evita contaminarse con la ética. El problema es que esta argumentación es peligrosa ya que no podemos decir que hoy no se puede actuar a partir de argumentos y de sentencias que hagan referencia a la moral del humanismo. Es un peligro porque nuestros valores lo que hacen es reivindicar la vida de las personas como prioridad. Si eliminamos los argumentos humanitarios, en beneficio de la satisfacción de las necesidades de la mayoría de la población, ¿sobre qué base podemos trabajar contra el capitalismo y su lógica? Si actuamos en el marco exclusivo de la razón y no consideramos los términos trascendentes, o sea, la negación del sistema político en curso (digan lo que digan este régimen no es humano y así las ideas humanitarias son parte de la negación del mismo) y si tampoco reivindicamos la idea de la moral del humanismo, nos encontramos en una nueva situación de no poder contestar la pregunta a la que nos enfrentamos cuando se trata de combatir por la transformación: ¿Qué tiene de malo un régimen que amplía la riqueza social, de tal modo que capas de la población que antes vivían en la pobreza y en la miseria hoy posean un auto, una casa o un televisor? ¿Qué cosa tan mala tiene este modo de producción como para atrevernos a predicar el riesgo de su subversión, de su ineficacia e ineptitud extrema? Si se elimina el elemento del humanismo no podríamos ir más allá de la crítica sin sustancia que favorece al reformismo estéril y oportunista. Esas interrogantes- en el caso de Chile- no son tan válidas porque el neoliberalismo simplemente pasó por encima de esos derechos que son conquistados durante el asistencialismo. En realidad, incluso en la Europa de hoy el mal llamado Estado de bienestar se encuentra en descomposición al igual que la calidad de vida del trabajador. Habría que mencionar al respecto como los dominantes usan la economía y abusan de sus cifras, de sus números y de sus variables para convertirla en una fenomenal herramienta de guerra que eventualmente impone sus propias sentencias. Lo supimos durante la UP cuando boicotearon al gobierno pero también lo sabemos por la experiencia que significa el neoliberalismo con su política de libertinaje del mercado.

Los argumentos humanitarios y morales no son falsa ideología porque deben convertirse en base de la razón de las fuerzas sociales y políticas que representan a los sectores populares. Si los excluimos desde el principio de la

nos empobrecemos de manera tal que nos desarmamos ante la enérgica tesis de los defensores y administradores del estatus quo. Lo que quería decir y he dicho es que hay movimientos fuertemente enraizados en las estructuras del régimen, en su administración diaria y demás, igual en la propaganda que en la acción, de los que se puede prever con mayor seguridad que nos conducen a un refuerzo de la represión y destrucción, asunto que solo puede ponernos al tanto la ética humanista. Y estos movimientos fuertemente destructivos no deben tolerarse en el marco de la democracia, menos respetarlos o intentar llegar a acuerdos que solo los legitiman social y políticamente.<sup>20</sup>

Al respecto y nuevamente es importante entender los problemas de la técnica como dominio: es central porque no hay duda de que la posición de los especialistas, de los tecnócratas digo, se hace cada vez más central con el progreso de la técnica como factor de la acumulación privada del capital y como control de la minoría sobre la mayoría. En esto hay un signo favorable para nosotros, no desfavorable, pero siempre en la medida que batallemos por la conciencia y por el humanismo: cada vez importa más quiénes son los especialistas, si lo son en beneficio de la guerra o de la paz. Si lo serán de la explotación intensiva del trabajador o de los que desean y buscan el cambio.

---

<sup>20</sup>Un ejemplo clásico: si en la República de Weimar no se hubiera tolerado a los nazis una vez revelado su carácter fundamentalista, cosa que ocurrió pronto, si el nazismo no hubiera gozado de las bendiciones del sistema político digo, no se habría producido ni la Segunda Guerra, el Holocausto ni la muerte de unas 40 millones de personas. No se habría producido esta guerra, no por lo menos por responsabilidad de Hitler. Es viable entonces un criterio que nos permita decir: estos movimientos no pueden tolerarse si es que importa realmente pacificar la vida. Al respecto, tolerar y respetar son dos términos distintos. La *tolerancia* significa algo así como que “te soporto porque no me queda otra alternativa, porque es lo que dictan las leyes o el sentido común”. Por el contrario, el *respeto* quiere decir “tener en consideración y aceptar como parte del sistema democrático a los otros, a nuestro adversario”; respetarlo porque aunque no comparta nuestras ideas sí son democráticos, racionales y parte de los sectores populares.

En cuanto a la derecha, la que se dice democrática, debemos tolerarla hasta que se muestre como es, como antidemocrática. No demora mucho en hacerlo porque su lenguaje es cerrado desde el momento en que no explica las cosas, en que no debate digo, porque lo que busca es dictar, comunicar decisiones, fallos, órdenes e incluso bandos militares si es necesario usar la reacción en defensa de su interés. Cuando el lenguaje de la élite hace alguna definición, ésta se convierte en separación de lo bueno y lo malo; establece lo correcto y lo erróneo sin permitirnos las dudas. Estos grupos se mueven por medio de tautologías, pero estas tautologías son frases terriblemente efectivas ya que expresan determinado juicio sobre una forma prejuizada; lo que hacen es pronunciar sentencias que son irrevocables, que política e ideológicamente muestran al lenguaje dominante como una verdad absoluta, válida en todo tiempo, espacio y lugar y por la que inclusive será racional sacrificar la vida de las personas. Esto es intolerable; entonces, serán ilegales estos grupos antidemocráticos.

La educación tiene la tarea de hacer que el profesional sea distinto, que sea luchador por la emancipación. Pues hay una técnica de la libertad y tecnología en beneficio del pueblo pero debemos aprenderla. La alternativa consistirá en contribuir a aumentar sin cesar el número de esos especialistas y que sus posiciones sean cada vez más sólidas como técnicos, como posibles gestores, directores, funcionarios y líderes de la *(r)evolución permanente*. Esto es democrático porque no se trataría de un proceso de especialización donde es una élite la que toma las decisiones por nosotros, donde solo unos cuantos tienen derecho. Se trata de construir otro lenguaje, una gramática de la resistencia y de poder del trabajador que logre combatir eficazmente la forma lingüística y los símbolos de reflexión, de abstracción y del desarrollo dominante sustituyendo sus paradigmas por nuestras propias sentencias para así negar el vocabulario que pertenece a los dueños de Chile. Pasa que ellos no buscan la verdad: son militantes en favor de la mentira, de esos mitos con los que nos someten.

El problema de la violencia en la acción no es simplemente un asunto táctico si no también una cuestión de principios humanitarios y de defensa de la vida de las personas. Y si hablamos sobre la estrategia debemos considerar que los dominantes en la agresión contra los nuestros usan violencia de todos los tipos. Por ejemplo, la violencia del carabinero dominando a un ladrón es bastante distinta de la violencia del carabinero de las fuerzas especiales que derriba a porrazos a un estudiante que demanda por la educación gratuita, de calidad, entendida como servicio público; la diferencia no es sólo externa por decirlo de alguna manera, sino que además radica en la estructura instintiva del hombre, en la sustancia y en la lógica de nuestro país. Ambos son actos violentos, pero tienen una función completamente distinta en relación a sus objetivos. Lo tienen en el momento en que el segundo tipo de violencia- la represión contra el estudiante, contra los trabajadores o contra el que exprese su disconformidad- lo que busca es reforzar el dominio más explícito. Lo que esas situaciones muestran a escala individual es válido a nivel colectivo. Otro caso: la violencia del terror revolucionario es muy distinta del terror blanco, ya que el primero implica como horror su autotranscendencia en una sociedad que se plantea de hecho como libertaria, cosa que no hace en ningún caso el terror blanco. El terror usado para defender la vida de la gente es distinto del usado en la agresión contra un país. Lo que en este sentido nos debería importar, lo que me parece trascendental digamos, es evitar por todos los medios que el terror de la *(r)evolución* degenera en crueldad, en la violencia física característica del fascismo. La verdadera *(r)evolución*, la humanista y permanente, nos ofrece siempre medios y vías aceptables para de esta forma impedir la degeneración de aquel terror en represión. Al principio de la revolución bolchevique no hubo terror más allá del acabar políticamente con



la resistencia de los que aún se encontraban en el poder. Cuando en el curso de la misma se produjo la conversión del terror en actos de suma crueldad, en brutalidad y tortura, es cuando la revolución se pervierte y surge Stalin con su acta de defunción.

En cuanto a la derecha lo peor es la movilización y el compromiso del pueblo con los temas sociales y políticos, con los que nos afectan. A nosotros nos ocupa esa desagradable constelación de ser una oposición- por ahora sin organización política- que se presenta frente a las instituciones autoritarias del régimen neoliberal como desarticulizada. Pasa que esta desorganización envalentona a los dominantes que programan de tal manera la violencia del sistema, la razón del régimen y de sus instituciones (del Poder Ejecutivo, del Legislativo, del Judicial y de esas herramientas anexas y complementarias como las fuerzas armadas) que solo las definirá como instancias que buscan mantener el estatus, de modo que sus instrumentos proceden incluso, en caso de ser necesario, con la voluntad de exterminar físicamente a la oposición. Entonces, podemos decir que nuestra oposición movilizada reproduce la reacción del poder, la violencia de la que es capaz la tecnocracia. Lo hace ya que la derecha no es democrática, porque odia cualquier expresión de libertad del trabajador que ellos someten. Pero, eso no significa ni mucho menos que la oposición, que los trabajadores al movilizarnos, provoquemos masoquistamente nuestra aniquilación al hacer reaccionar a la derecha en el poder. Por el contrario, al comprometernos en cuanto clase social mayoritaria y disconforme estamos luchando por la libertad y no por la aniquilación. Este juicio de la aniquilación es errónea porque es una forma subliminal de detener o de retrasar la lucha al jugar en favor de la desmovilización. En realidad, la cuestión planteada en estos términos nos niega la lucha de clases y solo busca la conciliación, nos niega el marxismo y entonces reivindica el autonomismo que se muestra incapacitado para la *(r)evolución*. A pesar de no creer en estos argumentos, sí admito que se refiere a un problema real. ¿Cómo sería posible organizar nuestra oposición sin armas, cómo plantear la no- violencia materialmente manifiesta, que a su vez represente la pretensión real de una contraviolencia revolucionaria? Hace falta esa forma de lucha no-violenta, aquella protesta ritualizada de una oposición bien ordenada que no reacciona caóticamente al ataque de Carabineros, del Poder Ejecutivo o del ejército; nos urge el combate que se libra a través de la no- violencia activa y que se encuentra racionalmente organizada, consciente de que la meta primera es la liberación. ¿Cómo organizar la no-violencia materialmente manifiesta ante una burocracia que ha llegado a ser ella misma dentro de este sistema un arma de lo más reaccionaria? ¿Cómo constituir aquella oposición con una pretensión contraria a la violencia y que sea concretamente revolucionaria? Lo que no hay que aceptar por ningún motivo es la lógica del régimen, de esa

legalidad actualmente vigente; en el caso de Chile nuestra oposición debería ser extrema porque ceder significa darle un manto de legitimidad, aunque sea mínimo, a una Constitución viciada de origen. Los defensores del orden que existe se encuentran del lado del derecho vigente. Pero, para Chile el frente de lucha y los problemas se dibujan de un modo muy distinto a cualquier otra situación porque la Constitución no deja ninguna alternativa u opción- como sí lo hacía la Carta Magna del '25- para conquistar un sistema medianamente democrático, o a lo menos de derechos mínimos.

Algunos hipócritas, a los del duopolio me refiero, llegan inclusive a reconocer el derecho de resistencia del trabajador pero luego, inmeditamente después, nos dicen que ese derecho no se puede ejercer más que contra una opresión ilegal. Me pregunto entonces: ¿quién está facultado para determinar qué es opresión ilegal? El problema del neoliberalismo- que no tiene relación alguna con la sociedad capitalista desarrollada, de bienestar y de asistencia que conocimos- consiste precisamente en que la opresión no es ilegal, o sea, no es antijurídica en el sentido del derecho pero es una opresión contra la que tenemos que luchar. La cuestión de si quienes apelamos a la resistencia producimos nosotros mismos el principio en base al que se resiste al derecho vigente, plantea un problema muy interesante. El asunto de si la apelación al derecho de resistencia tiene que ver con que es relativo y que por tanto puede ser irracional, un privilegio de solo algunos, reivindicación en favor de los intereses particulares de un grupo determinado, nos conduce a otro problema nada semántico ni filosófico. Se me permitirá precisar históricamente que siempre la doctrina del derecho de resistencia afirma que la reivindicación del mismo significa apelar a una ley superior que tiene validez universal, o sea, que rebasa el privilegio auto definido de cualquier grupo. El problema para los dominantes es que por eso nuestra lucha es más racional que la de ellos, porque somos la mayoría y no un grupo determinado. Sin duda existe una estrecha vinculación entre el derecho de resistencia que tenemos los trabajadores en cuanto víctimas del modo de producción y el derecho natural. Dirán ustedes: lo que pasa es que ese supuesto derecho universal superior no existe. En lo personal creo que sí. Cuando apelamos al derecho del hombre a la paz, al fin de la explotación, a la posibilidad de la humanidad de suprimir la brutalidad, no se trata de demandas especiales, únicas y autodefinidas por un grupo específico, sino de intereses que realmente son demostrables como derecho universal. Es una batalla que libramos la clase mayoritaria, los trabajadores, y en tanto somos la mayoría, por el solo hecho de serlo, nuestra verdad es más racional: esta verdad no tiene nada que ver con la búsqueda de la misma, con el idealismo y con la filosofía clásica si se quiere, a la manera de los antiguos griegos, sino que se relaciona con quien ejerce el poder. La verdad de la élite lo es porque son quienes dominan. Sin embargo, cuando el

poder es gestionado por nosotros, estamos ante un ejercicio del mismo no solo más democrático, inclusivo y popular sino mucho más racional que las sentencias y valores de la patronal: nuestro poder se sustenta en unas tesis y paradigmas aceptados por la conciencia de la mayoría.

A no olvidarlo: el saber es poder y con él se relacionan tanto la verdad como la lógica. Por eso no es aceptable dejar que el derecho de resistencia sea definido como relativo; es un error estratégico que puede llevarnos al fracaso absoluto. En la ecuación donde la razón es igual a la verdad y estas últimas se refieren a la realidad actual (es decir, la fórmula razón= verdad= realidad) que busca unir el mundo subjetivo y el objetivo en una unidad antagónica, la razón en manos de la élite digo, se convierte en aquel poder que unifica la sociedad de consumo; pero cuando la razón es controlada por el pueblo, a la vez que la misma también es poder, pero de resistencia y del rechazo absoluto al orden establecido, entonces se transforma en subversiva. Por lo mismo, los grupos dominantes, los que siempre nos han gobernado, desde la primera época, a partir de la antigüedad incluso, intentan demostrar que la verdad teórica y la práctica de ese sector social no es una condición subjetiva sino más bien objetiva. Esa fue y ha sido siempre la preocupación original del pensamiento occidental y el origen de su cultura y lógica, no en el sentido de una disciplina especial de la filosofía, sino como esa forma del pensar apropiado para aprehender lo real como lo racional. El universo totalitario de la racionalidad tecnológica será la última, la más acabada y la más compleja transmutación de la idea de la razón como forma de una verdad preponderante que se corresponde con la necesidad de control de la minoría sobre la mayor parte de nuestra población. El auténtico conflicto entre lo que es considerado falso y la razón tecnológica a la que aluden los neoliberales- que es presentada como verdad absoluta- es que esta “verdad” dominante no resiste la mínima constatación histórica.

Por último, a modo de resumen, tengo que decir que simplemente es necesario comprender que no existe una teoría menos dogmática que el marxismo. La historia de las ciencias sociales nos enseña con una claridad impresionante que no hay nada en las ideas de Marx ni de Engels que tenga relación alguna con el sectarismo del que se le acusa, en el sentido de ser una doctrina autoritaria, encerrada en sí misma, intolerante o surgida al margen de la ruta del desarrollo del hombre. Por el contrario, en el marxismo están las soluciones a problemas planteados mucho antes por el saber avanzado. Su doctrina aparece como continuación lógica del pensar de los representantes de la economía política, de la filosofía y del socialismo. Como lo reafirmará Lenin, el marxismo es el resultado de la elaboración siempre crítica de tres tendencias que se desarrollan en la época en que vivieron los padres del socialismo científico. Una es la *filosofía alemana*, donde podremos rastrear

tempranamente la influencia de Hegel en un joven Marx; la otra tendencia es la *economía política* venida de Inglaterra y finalmente el *socialismo francés*. La concepción marxista del mundo es un arma teórica- práctica poderosa que además se basa en la experiencia de los explotados, de aquellos que somos los protagonistas de la historia pero que sin embargo (por las condiciones actuales de la lucha) aparecemos como subalternos. Su pensar nos invita a la disconformidad, dándonos una idea integral de la existencia que también es intransigente contra la superstición, contra los mitos, la reacción e intereses dominantes. En este contexto, el trabajo teórico de Marx y Engels supondrían una auténtica revolución en el pensamiento del hombre, incluida en la praxis política, al potenciar toda la herencia cultural del mismo para alterar la vida cotidiana en favor de una humanidad que pretende acabar con la explotación de nuestro esfuerzo por parte del gran capital.

## Epílogo:

Es necesario el análisis de la eficiencia y eficacia o no de las empresas privadas en esta fase global del capitalismo, sus propias responsabilidades en el desarrollo del mismo y la consiguiente ayuda masiva que los regímenes políticos de los países más desarrollados desembolsan en beneficio de éstas una vez que surgen las crisis. Nos debemos este análisis porque esa ayuda del régimen político a esas empresas privadas, que lucraron con las finanzas y la especulación sin ningún tipo de escrúpulos, finalmente es financiada por los contribuyentes. Así, otra vez el capitalismo es neoliberal cuando se trata de repartir las ganancias, extraordinarias o no, y es socialista cuando se trata de las pérdidas. De una u otra manera, las grandes organizaciones económicas acaparan las ganancias y llegado el momento socializan las pérdidas. Por lo mismo es importante consultarnos sobre la eficacia de los conglomerados privados. Además, está la capacidad que tiene cada régimen para promover y gestionar las empresas. Esta guarda relación bien directa con la calidad de la burocracia y con las diversas instituciones gubernamentales, con el rigor, la competencia, los recursos, la transparencia de la gestión, la autonomía de los organismos de control y la conciencia de la mayoría para que el proceso éste no naufrage. Se trata de una cuestión fundamental porque se relaciona con la democratización de nuestras sociedades, la búsqueda de la igualdad de oportunidades, la aplicación de *tecnología conveniente*, en fin, se relaciona con la posibilidad de construir un régimen político justo. Se trata de enfrentar la ineficiencia y la corrupción, tanto pública como privada, a través de una planificación racional de los asuntos económicos, de gestión de un proyecto alternativo de país, de plantear otro modelo, del control democrático y la búsqueda de una relación, eficaz y armónica, entre lo público y lo privado a partir de mecanismos más justos de distribución de la riqueza.

Entonces, ya entramos de lleno en el tema de la gobernabilidad, de los límites entre lo que es público y lo que es privado, de la gestión, la eficiencia y la promoción de la democracia más participativa. Por el contrario, es el neoliberalismo, es decir, una sociedad fragmentada y desarticulada social, política, cultural y económicamente hablando, la que no está capacitada de reconocer los espacios normativos comunes que existen entre los grupos y asociaciones que la componen, donde la planificación y la eficiencia resultan apenas de una concepción y acción coercitiva y represiva que es articulada a través de los sectores y grupos dominantes y sus intereses. Así, toda situación de conflicto que se presenta entre los componentes del régimen son vistos como peligro, como un quiebre no deseado del orden y la institucionalidad, como un conflicto que tiene que reprimirse, suprimirse y ocultarse. Entonces,

la falacia más grande del neoliberalismo se relaciona con esa modernización que se piensa y se practica exclusivamente como una manera de reducción de costos, de preservación de la competitividad del agente económico dominante y de la creciente acumulación privada de capitales. En cambio, el humanismo nos dice que modernizar se relaciona, en primer lugar, con la búsqueda de bienestar para todos, con otros estilos de gobierno que mejoren la gestión de nuestros recursos países y plantee las relaciones entre las organizaciones que son gubernamentales o no, las organizaciones sociales, populares, de base y los mismos trabajadores. El debate sobre cuál es el Estado y el sector público que necesitamos, qué gobernabilidad buscamos, el rol del régimen político y las relaciones entre las dimensiones públicas y privadas son prioritarias. *Eficiencia* del régimen significa también descentralizar el funcionamiento de éste de manera que la participación de los trabajadores sea más consistente porque, en realidad, descentralizar es no solo un movimiento centrífugo sino también es un movimiento descendente, es decir, que baja la administración y el gobierno a niveles que pueden reservar a las organizaciones sociales, de base e intermedias, un rol impensable en un régimen de alta concentración de decisiones. Esto es básico para una mayor participación de los trabajadores y para la profundización democrática de los procesos de conformación de la agenda pública. Es consecuente entonces quien aborrezca el estatismo y la burocracia agobiante, que definitivamente frena la capacidad y la iniciativa de los trabajadores, pero también lo es quien aborrece la rigidez, la falta de eficiencia y la defensa de los bastiones privilegiados contrarios a la igualdad de oportunidades que son características también del sector privado y de sus intereses monopólicos y que además son centrales en la responsabilidad de la grave crisis económica, especulativa y financiera que cada tanto sacude a la globalidad neoliberal.

Queda claro que en este mundo el sector privado tiene que aceptar una fuerte intervención de los regímenes políticos en sus asuntos y someterse así a reglas de control y fiscalización en nombre de los intereses de las mayorías. El régimen debe ganar terreno frente al mercado y subvertir de esa manera el automatismo de éste precisamente por salir al rescate de ciertas empresas y entidades financieras durante los primeros tiempos de crisis. Es decir, cuando el régimen sale al rescate de las entidades financieras más emblemáticas del capitalismo pasa a convertirse, en varios casos, en el principal accionista de éstas. Pero, además de este rol de intervención, el régimen político debe reforzar su rol de empleador, en especial en un contexto de crisis y de fuerte contracción económica porque en el desarrollo de éstas las empresas privadas pueden verse tentadas a congelar salarios y hasta realizar despidos masivos. Las crisis pasan y el sistema comercial global de una u otra forma finalmente se estabiliza a favor de unos y contra los intereses de otros. En este supuesto

nos caben ciertas interrogantes: ¿cómo se resuelven las crisis en el largo plazo ahí donde todo empezó, en relación a la cuestión de la caída de la tasa media de ganancia capitalista? Por otro lado, los mercados financieros y el sistema comercial globalizado en general se estabiliza pero ¿acaso los buenos augurios olvidan que otro mercado- el del trabajo- tarda unos años más en recuperarse y nunca sin dejar graves secuelas en relación a la pobreza, a la exclusión y la marginación? Las crisis es de la caída de la tasa media de ganancia, ¿no implica la caída de los salarios reales del trabajador? Al final, ¿no vemos como este proceso refuerza la pobreza, la marginación y la exclusión a nivel estructural? Dentro de este panorama tenemos, entonces, otro mundo que se forma por altos niveles de desocupación, de marginación y exclusión. Es un mundo con una altísima tasa de desempleo estructural, salarios bajos y paupérrimas condiciones de vida. Es nuevamente la realidad de los neoliberales que tampoco explica cómo y porqué las transnacionales necesitarán a futuro empleados al mismo tiempo que aplican los métodos, los avances tecnológicos y técnicas que desplazan al hombre del mundo laboral. Es necesario preguntarnos en que estado se encuentran nuestros regímenes para afrontar las crisis por venir. En primer lugar, hoy todo cambió porque las crisis globales ahora no son solo financieras o económicas sino también son crisis ética, morales e institucionales. Definitivamente, el mercado no puede resolver, por la propia lógica y organización de sus estructuras, las cuestiones relacionadas con la demanda, la oferta, la caída de la tasa media de ganancia, el desempleo, la marginación o la especulación cuando son todos estos los factores reales del desenvolvimiento de todas las crisis del capitalismo.

¿Qué hacer?

El punto de partida necesariamente es la crisis estructural del sistema comercial globalizado, o sea, la crisis sobre sus centros de poder, sus formas de ejercicio, la imposición de ciertas políticas beneficiosas para los intereses de esos centros de poder a través de leyes mediatizadas, la lógica del sistema de producción, el reparto y la distribución de los bienes y servicios por todos producidos. Este es el núcleo desde el cual se plantea cualquier análisis serio de la realidad con vista a pensar y desarrollar otras formas de producción y distribución a nivel local, nacional y global. Hay consideraciones políticas, económicas y estructurales porque la humanidad transita tiempos de nuevas definiciones. Ocurre que, en las últimas décadas, la degradación de la política e instituciones de todo tipo, de las organizaciones gubernamentales, de los sujetos políticos- sociales, en fin, del régimen considerado globalmente, es resultado de la primacía del sector financiero, de la especulación y de los grandes tecnócratas por encima de la economía real, la de la producción y de la cultura del trabajo concreto. En este contexto, si la toma del poder de

gestión y decisión por parte de los trabajadores significa también la conquista de ciertas instituciones a nivel del gobierno, lo primero es saber de que trata la conquista de esas organizaciones gubernamentales, o sea, cómo lograr que éstas sean aptas para las transformaciones que esta realidad necesita y qué lógica es necesario defender. Desde esta perspectiva, el marxismo es la única opción porque lo que existe, a nivel nacional como global, da escalofríos: basta observar la corrupción endémica de los partidos de derecha y de centro izquierda en Europa y Latinoamérica, el desprecio de los ciudadanos por las formas políticas, el poder del crimen organizado y de las transnacionales, la crisis alimentaria, energética, financiera, económica y ética, la incapacidad de los organismos globales. ¿Podemos trabajar por la transformación de la sociedad existente sin ofrecer al mismo tiempo una alternativa concreta? La opción es en un primer momento la negación, es el rechazo absoluto a los designios y valores de la democracia en la medida de lo posible porque es ésta la que expresa política, social y económicamente al régimen neoliberal. En la negación y en aquel rechazo se encuentra lo positivo, la base de la militancia por el cambio, por el final de estas más de cuatro décadas de autoritarismo. Esta negación es la que también nos permite la denuncia de lo existente, de aquel pensar y de esa filosofía que en lo teórico y en lo formal vislumbra la igualdad del hombre, pero, al mismo tiempo, se somete a la negación de hecho de esa igualdad. Pasa que en esta realidad dada, procurar cubrir las necesidades materiales es un trabajo que a los que vivimos de un sueldo nos lleva toda la vida; sí o sí las necesidades materiales deben ser satisfechas para dar paso a las material- ideales que nos sirven para que la verdad de la mayor parte de la población, la socialmente construida digo y que implica la liberación de las necesidades materiales, finalmente pueda ser.

Es el neoliberalismo otra vez quien detiene la búsqueda de la verdad. Si la verdad del pueblo presupone la liberación de las necesidades materiales y si esa emancipación es, en el contexto social, la prerrogativa de la minoría, el régimen político permite esta verdad sólo como una aproximación para un grupo privilegiado que así defiende sus privilegios a partir de la definición de la misma. Y es esta situación la que contradice el carácter universal de la verdad de los trabajadores que define y prescribe no sólo una meta teórica o un ideal sino una mejor vida para los asalariados en tanto hombres. Para la filosofía y su idealismo absoluto, la contradicción es insoluble o no aparece como contradicción, porque esta filosofía y su pensar no logra trascender la estructura de la sociedad neoliberal de siervos. Deja la historia atrás, no la domina como lo hace el materialismo dialéctico y por lo tanto eleva la verdad sin considerar el peligro que significa que ella esté por encima de la experiencia del hombre. Ahí, la verdad se preserva intacta, no como un logro del cielo o en el cielo, sino como la suposición de que quienes dedican su



vida a ganarse el sustento diario son incapaces de una existencia humana. Lo que no consideran las élites es que nos urge un sistema político y económico nacional- global en el que no hayan guerras ni invasiones para apoderarse de los recursos naturales de otras zonas, en la que no sea necesario sostener dictaduras, la Doctrina de Seguridad Nacional ni el neoliberalismo que les lleva el amén; necesitamos una globalidad en la que no haya ciudadanos de tercera clase, donde todos seamos respetados de modo que podamos acceder a garantías constitucionales reales no solo para quienes eventualmente tienen el poder. Esas sentencias parecen superficiales y generalidades, pero creo que esas formulaciones no son tan vagas ni utópicas para los trabajadores que continuamente debemos soportar estas cosas, en especial la explotación que el capital ejerce sobre nosotros. La opción del régimen popular, democrático e incluso no es solo un ideal y las necesidades que lo acompañan tampoco porque es lo suficientemente eficaz, positivo, eficiente en la gobernabilidad y respetuoso del trabajo como para luchar por él. Ese es el germen del gobierno popular; la génesis de ellos es que a partir del movimiento social y popular se hace con el poder para plantearnos ciertas cuestiones como una mejor calidad de vida, el respeto por el medioambiente, la pluralidad cultural, etc. Será este nuevo sistema político y económico, con sus necesidades material- ideales, el que le da sentido al reformismo. Es decir, el triunfo de éste es quien nos exige aprovechar toda oportunidad de trabajo y de educación dentro del marco de lo existente, la posibilidad de conseguir las buscadas reformas y una mejor experiencia de vida para los chilenos. La oposición será brutal. Pero, hay algunos que nos hablan, a veces con buenas intenciones, de aprovechar cualquier posibilidad, el intersticio de lo existente con objeto de agrandarlo y de cambiar a beneficio de las mayorías. Pero, a medida que la “democracia” realmente existente no lo es, en la manera en que se convierte en un régimen de pura manipulación- lo que no tiene nada de abstracto- se vuelve a su vez un régimen político de increíble y profunda negación de la voluntad popular, un sistema que recorta derechos, libertades y la posibilidad democrática del país; y lo hace no violando la ley sino con toda su legalidad, con sus dictámenes y sentencias.

Esto último es lo que nos indica que solo es viable una oposición extraparlamentaria. El reformismo como lo entienden algunos, como paso previo para lograr algunas conquistas y el bienestar, en nuestro caso no es válido por las circunstancias y carácter de la Constitución. De esa manera, la forma en que se expresa la oposición profunda, radical y de un rechazo absoluto, constituye un problema que sólo se puede resolver y decidir en la situación dada y por el movimiento popular, por sus bases y por su futura conducción. A partir de ahí, cuando el reformismo político es un medio para la *(r)evolución permanente*, cuando se le entiende como tal, madura la

decisión de luchar, la conciencia de la necesidad y la urgencia del cambio revolucionario y las certezas de su posibilidad. Estos elementos, ese rechazo absoluto que nos conduce al reformismo radical, sin concesión, en la práctica acabará con el orden establecido por la dictadura. Simplemente, no existen las condiciones para crear un Estado capitalista desarrollado, uno sostenido por la burguesía nacional; no es viable esa ruta a causa de la forma en que funciona el sistema comercial globalizado bajo los edictos neoliberales.

En Chile en particular y en Latinoamérica en general nunca existió por las condiciones y el contexto de ser países estructuralmente dependientes de los centros globales del poder- una alianza entre la burguesía nacional con el pueblo para conducir al desarrollo. El “Estado de Bienestar” en nuestra región dejó bastante que desear aunque se vivía mejor que bajo las sentencias del libertinaje de los mercados. Más bien, desde siempre existió una unidad en la acción y de intereses con la burguesía global representante del comercio neocolonial y con los sectores rentistas que imposibilitaría el nacimiento de la burguesía industrial nacional e independiente que pudiera ser la portadora de un proceso de edificación capitalista desarrollado. Ese es el error político y estratégico de comprometerse en un capitalismo nacional. La inexistencia o la extrema debilidad constitutiva de esta clase en los países latinoamericanos deja sin base alguna a la reforma burguesa, a la estrategia de la democracia en la medida de lo posible. Lo que en alguna época se le llamó reformismo legal, socialdemocracia y otros, que hasta se pensó como una alternativa a la (*r*)evolución por sus logros en relación a lo económico y a la satisfacción de las necesidades del pueblo, se apaga como un fuego de artificio. Lo hace ya que no es viable el reformismo desde la cúspide del poder y en consenso con la derecha duopólica. El surgir del movimiento social, de esa participación cada vez más decidida del trabajador, del estudiantado o del disconforme que encontramos por doquier, se explica sobre ese trasfondo político- social. Y es la urgencia del movimiento, la participación y la movilización del pueblo, el que nos convoca a establecer un régimen que rompa el marco institucional de la Constitución. El ascenso revolucionario de los sectores populares se basa en una dinámica que tiende a destruir este contexto y le exigirá a la élite y a su casta de políticos que respondan a los intereses vitales del pueblo, a las demandas que van más allá del bien material. Estas conquistas, el poder alimentarse o acceder a la vivienda digna, el educarse, sanarse, vestirse y satisfacer esos requerimientos que nos exige la vida moderna, son apenas el piso, aquel mínimo desde el que posteriormente arranca el proceso que nos conduce a las necesidades en términos material- ideales: son el mínimo no el fin y la meta de pos sí porque de lo que se trata es de libertarnos de la manera de la producción, de la distribución y circulación de mercancías del Estado capitalista. El combate es sin cuartel porque bajo este régimen- y por lo visto

no exagero- estamos en presencia de un genocidio permanente del pueblo, en una batalla sin una declaración formal de guerra pero que cobra su figura en las miserables condiciones de vida de la mayoría de los latinoamericanos que como en Chile aún somos rehenes del libertinaje del mercado. Someten al poblador a una lenta y cruel muerte por inanición y por hambre. Estos países, el nuestro y demás, ven aumentar la pauperización de la vida de los sectores populares por más que desde el gobierno se nos hable de crecimiento; pasa que el tipo de desarrollo que plantean solo favorece a la élite. Entonces, no solo usufructúan de nuestro esfuerzo y trabajo sino que también del goce al que tenemos derecho.

Como región solo les servimos como lugar estratégico donde Estados Unidos y Europa consiguen sus materias primas y recursos que vializan su propia acumulación privada de capitales. Por eso la urgencia del cambio, de la transformación digo. Los militantes sabemos o presentimos que lo que está en juego es la vida del hombre, del planeta inclusive, que se convierte en objeto de diversión en manos de políticos, de administradores, de generales y de los bufones al servicio del capital. Los que rechazamos el neoliberalismo, los que nos consideramos como parte del movimiento popular, queremos sustraer esa imagen de la vida por una donde la violencia y la opresión no tengan cabida. Queremos una existencia digna de ser vivida; todavía es posible que así sea, siempre lo será. Que nadie nos hable acá de imposibles porque esa es una manera muy sutil de negarnos el derecho a la *(r)evolución permanente*, al cambio necesario. En este momento estamos en presencia de un realismo dominante, característico entonces de los líderes de la derecha duopólica que nos gobierna, que además no tiene nada de mágico, al modo de García Márquez digo, sino que es un falso realismo, el que busca contener la lucha a las leyes y normas de la “transición”. El creciente rechazo absoluto al dominio del neoliberalismo en nuestro país, en la región latinoamericana e incluso a nivel global, se libra siempre; por eso se encuentra plenamente vigente. Es una batalla homérica ya que el poderío de la élite global es increíble y porque además está presente con sus transnacionales e intereses geopolíticos en todas las zonas del mundo, en cada continente y país. Pero, esta no es una batalla protagonizada por héroes sino por gente común, por trabajadores de todas las condiciones sociales que ejerciendo una presión tremenda por el solo hecho de ser la clase social mayoritaria, logramos salir adelante. Pero, también y por lo mismo la lucha no es solo defensiva sino que además ofensiva, es decir, es cada vez más claro que somos los trabajadores los que tomamos la iniciativa y de ese modo logramos derrotar los intentos desestabilizadores. La batalla se define como una alternativa que se traduce en estas diversas experiencias de cambio. Todas ellas son múltiples maneras

de expresión política, económica y social de los hombres que resisten y que se niegan a ser explotados.

El gran rechazo a esa posibilidad de seguir siendo explotados presenta formas múltiples porque toda manera de resistencia perfila en sus diversos planos las limitaciones de la sociedad establecida, de su propia capacidad de contención de las demandas de los sectores populares y coloca al descubierto las irracionalidades de la clase que domina, una que es minoritaria y que vive a expensas de la otra que sí es mayoritaria. Cuando se llega a este límite, el sistema establecido (el establishment digamos) quizás inicie un nuevo orden de supresión totalitaria. Pero más allá de esos límites, también se encuentra el espacio tanto físico como mental para construir el predominio del pueblo, de una libertad que no es la del presente: una emancipación en relación al libertinaje del aparato explotador y que precede a la construcción de una sociedad libre, que exige un romper histórico con el pasado y con el presente. Entonces, un aporte muy valioso en la historia del régimen popular es la restauración de la esperanza y del porvenir en circunstancias de fuerte soberanía económica y de independencia política para de esta manera aplicar las medidas y políticas públicas que el gobierno estime conveniente para el desarrollo equilibrado. El socialismo significa más participación, pluralidad política, libertad e *igualdad*. Este último concepto es fundamental porque la *igualdad* no solo es el eje del socialismo sino que actualmente todos los que se dicen progresistas, etc., tienen una forma de entenderlo distinta a la de otros tiempos. La *igualdad de oportunidades* no tiene nada de malo. Lo que no es correcto es pensarla de aquella manera tan parcial en que lo hacen los falsos progresistas, socialistas y demás, totalmente fuera de contexto. En realidad, la igualdad está directamente relacionada con la distribución de la riqueza. Es decir, no puede haber igualdad de oportunidades si a su vez no se plantea la distribución de la misma y en beneficio de la amplia mayoría. En estas condiciones, la distribución de las mercancías implica otra forma de circulación y de producción de los bienes y servicios que hacen al desarrollo. Es decir, como la manera de producción capitalista es esencialmente injusta (se basa en la explotación de la *fuerza del trabajo* por parte del *gran capital*) también lo es la forma de circular y de distribuir la mercancía. La igualdad de oportunidades entonces implica plantear un régimen político y un Estado alternativo, esencialmente distinto a la forma capitalista de hacer cada cosa.

La política es una opción de cambio. Las élites nos dicen lo contrario- intentan convencernos que son ellos el final de la historia- porque quieren conservar las cosas tal cual están. Por su parte, nosotros, los trabajadores, deberemos saber que el pensar no tiene el poder suficiente para provocar el cambio estructural a no ser que trascienda a sí mismo entrando a la práctica; esta disociación de la práctica material en la que se origina la filosofía y el

cultura y su razón dominante, le da a este pensar filosófico su cualidad formal y abstracta relacionada íntimamente con el idealismo que logra su máximo absolutismo con Hegel. Gracias a esa disociación, la filosofía crítica es necesariamente trascendente. De hecho, comparte esta abstracción con el saber de la élite porque se lleva de lo mejor con la formalidad democrática y con la abstracción en ella de nuestros derechos. La abstracción es la vida misma del pensamiento y el colmo de lo caradura que son, es también el signo de su autenticidad. Pero, otra vez para desgracia de esta minoría en el poder, existen abstracciones del pensar menos racionales que otras. Y esas son las que provienen de la derecha porque sus sentencias niegan la realidad de esa explotación que nos toca padecer en tanto trabajadores. Por eso surge la disconformidad, el rechazo absoluto. Lo interesante de este socialismo, el que se compromete con la *(r)evolución permanente*, ese que se plantea como una alternativa al capitalismo, es que a partir de él surge un valor muy importante relacionado con la convicción de que nuestros hijos vivirán en un país mejor. Un Chile con menos desempleo, con cada vez más bajos índices de exclusión en todos los ámbitos. Cuidado también: no es correcto pensar que la derecha no tiene un proyecto político. Sí lo tiene porque ese es el de los neoliberales; el mismo que nos lleva al descalabro. Por el contrario, la recuperación de la política como herramienta de transformación y la batalla por la inclusión social se relacionan con la defensa de esa razón económica y estratégica que simplemente gobierne en favor del bienestar común. En otras palabras, el que a estas alturas un amplio sector de la población reivindique un modelo de país neoliberal que históricamente ha fracasado significa que es necesario dar con todas nuestras fuerzas la lucha ideológica para dejar atrás los parámetros conservadores. Desde esta postura política tiene sentido volver a las fuentes, a reivindicar las ideas que hacen a la construcción de aquella razón alternativa, que es democrática y popular.

Nuestro ideal milita a favor de la igualdad de oportunidades por lo que el horizonte a conquistar por los sectores políticos populares es una sociedad gobernada por un Estado y un régimen donde los trabajadores dejemos de ser simple mercancía que se intercambia en los mercados en beneficio exclusivo del interés privado, de la acumulación de capital. Es una sociedad libre, lo es mucho más, porque no permite que seamos esclavos. La producción social de la riqueza y su apropiación por parte de los privados (proceso a partir del que se fundamenta la primacía del derecho a propiedad por sobre la vida de los hombres, es decir, por sobre la satisfacción de las necesidades de la mayoría) solo nos conduce a la miseria, a la exclusión, a la pobreza y a la marginación de los asalariados. No puede haber igualdad bajo estas condiciones. Es más equitativo un país con empleos de calidad y con todas las garantías de la ley, donde el jornal retribuya con mayor justicia el esfuerzo y el trabajo ajeno,

que un Chile donde la mayoría estén flexibilizados. El desafío de la igualdad de oportunidades, que implica la defensa profunda del sentido radical de la *(r)evolución permanente*, es una prioridad para que en Chile se imponga una solución en beneficio de las demandas por las que el pueblo todo el tiempo se moviliza teniendo a la calle como protagonista. No hay otra opción y a los hechos deberíamos remitirnos. Lo primero a constatar es que el sistema de intercambios comerciales a nivel global atraviesa una crisis profunda lo que reconfigura otra manera de ejercer el poder: aunque se produce determinado desplazamiento en términos económicos- comerciales, donde Estados Unidos pierde el protagonismo por las consecuencias de la crisis, paralelamente en el ámbito militar- en cuanto al poder de destrucción del imperio- éste continúa intacto. Precisamente el factor bélico es el único ámbito concreto y real que le queda para reaccionar ante la pérdida de su propia hegemonía política. Es así como aún en declinación, al borde del default y sin soluciones para la crisis que lo mantiene en vilo, tiene a lo largo y ancho del mundo miles de bases en territorio extranjero. Esta globalidad continuará en crisis porque las medidas planteadas para resolverla son las mismas que condujeron a esta hecatombe global. Son aquellas que se circunscriben bajo los dictámenes de los neoliberales y de su soberbia pretensión por acabar con la historia, con la lucha de clases y con las ideologías. Pero no pasan así las cosas; no es ésta la forma en que avanza la historia. El neoliberalismo nos hizo retroceder. Este es el mismo sistema económico que el de los años '30, al liberalismo me refiero, que hizo eclosión con Wall Street. Pero, el capitalismo se lleva bastante mal con los intereses del trabajador; de hecho, las demandas de la patronal son contrarias a las urgencias del pueblo. En estas circunstancias eclosiona el asistencialismo porque todos los derechos sociales y económicos conquistados por esa época hicieron caer la tasa media de la ganancia del capital como lo dijera Marx. Ante esa situación se desregula, se flexibiliza y se abre la economía, etc. Es decir, volvimos atrás, a la década de los '30. Es como si finalmente se tratara de un eterno retorno. Pero, Nietzsche no tuvo razón, no la tenía, porque la historia no gira alrededor de un círculo burgués infinito. Marx sí tiene la razón porque el *eterno retorno*, este continuo volver a las formas de control de la clase capitalista dominante, se acaba cuando los trabajadores nos hacemos responsables de nuestros asuntos, del poder. De ahí que el padre del socialismo científico nos afirma que el proletariado toma la historia por asalto. También por eso nos dijo que la historia se repetía a lo menos dos veces, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa. El neoliberalismo es una mezcla de ambas. Estamos frente a una crisis integral del capitalismo como modo de producción porque este dejó muy en claro que a estas alturas no puede satisfacer las necesidades ni urgencias de la mayoría; no lo hace porque es un sistema elitista que acaba no solo con las finanzas y

con los bienes intangibles sino también con la dimensión productiva de la economía y entonces afecta el ámbito de lo financiero, de lo alimentario, de lo energético y ambiental. Además, es una crisis sistémica porque afecta al conjunto del comercio global. Es en este ámbito que el socialismo se muestra como alternativa. También es ahí (cuando entendemos al socialismo de esa forma, humanista desde todo punto de vista) que el pensar se nos muestra en su real dimensión, en su definición dialéctica en el sentido que nos habla del movimiento de las cosas, desde lo que no son hasta lo que son para así.

La aparición de los elementos contradictorios que determinan la estructura de los objetos, también define la lógica del *pensar dialéctico*. El objeto de este *pensar dialéctico* no es la objetividad abstracta a la manera del idealista, tampoco el conocimiento general ni menos los datos relacionados con la experiencia inmediata. La *razón dialéctica* deshace las abstracciones de la lógica formalista, de la filosofía trascendental y su verdad, liberándonos de la “objetividad” engañosa que nos oculta la ideología dominante a través del fetichismo de la mercancía que no nos permite ver los factores que están detrás de la historia; eso es si se entiende el mundo como el universo humano en el que lo establecido es obra de la praxis del trabajador, por lo menos cuando actuamos como clase social. Esta práctica intelectual y material es la realidad de los datos de la experiencia que comprende la *lógica dialéctica*. Por último, cuando el contenido histórico entra en el concepto dialéctico y determina metodológicamente su desarrollo y hasta sus funciones, el pensar y la acción dialéctica alcanzan la concreción que liga su estructura al saber y conocimiento de la realidad. Es en ese preciso momento que la verdad lógica se convierte en verdad histórica. La tensión entre la esencia y la apariencia ahora se entiende como obra del sujeto histórico: es decir, el hombre en su relación con la naturaleza con el objetivo expreso de plantear otra forma de sociedad, una convivencia colectiva acorde a los intereses, a las demandas y a las necesidades material- ideales. La razón de la cultura popular se vuelve y se convierte en razón histórica y así es muy peligrosa para la élite porque a partir de ahí vemos como el saber de los trabajadores, nuestra experiencia de vida, contradice el régimen establecido por los neoliberales.

### Referencias bibliográficas:

Marx, Karl: “El Capital”, Tomo I, II y III; Siglo XXI Editores en coedición con Siglo XXI de España editores, S.A, vigésima segunda edición en español, 1998.

Marx, Karl: “El manifiesto comunista y otros ensayos”. Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

V. I. Lenin: “Obras escogidas” Tomo I Edición: Progreso, Moscú, año 1961, digitalizado por Koba y distribuido a través de la página web: <http://bolchetvo.blogspot.com/>

Arregui Hernández, J.J: “La formación de la conciencia nacional” Editorial Plus Ultra, 3ª edición, Buenos Aires, Argentina, 1973.

Taborda, Saúl: “Reflexiones sobre el ideal político de América Latina”, 1ª edición, Bs. Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario, 2007.

Paul W. Drake: “El movimiento obrero en Chile: de la Unidad Popular a la Concertación” Publicado en Revista de Ciencia Política, volumen XXIII, número 2 de la edición del febrero del 2003.

“El rol de la CUT en el Chile actual”. Publicado por el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales (CODEHS) y difundido a través de la página <http://www.rebellion.org/>

Herbert Marcuse: “El final de la utopía” Editorial Planeta-De Agostini S. A 1986. Impreso en España.

Herbert Marcuse: “Un ensayo sobre la liberación” Primera edición en español, junio de 1969 , Editorial Joaquín Mortiz, S. A.

Herbert Marcuse: “El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada”. Editorial Planeta Argentina, S. A. I. C. (1993), Buenos Aires, Argentina.

Marcuse, Herbert: “Eros y Tánatos”. Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

Adriano Muñoz: “Formación agroecológica para la soberanía alimentaria”

Waldo Lao, Ana Paola Gomes: “La soberanía alimentaria se construye desde abajo”.

Amir, Samin: “El desarrollo desigual”. Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

Iribarne, Eduardo: “Marx, científico de la revolución” Editorial Pomaire, 1970.

Araneda Gómez, León: “Que el pueblo Juzgue. La historia del golpe de Estado”. Terranova Editores 344120, Santiago de Chile, Enero de 1990, 425 páginas.



Modak, Frida: "Salvador Allende en el umbral del siglo XXI" Plaza & Jones, 1998.

Canihuante, Gustavo: "La revolución chilena" Biblioteca popular Nascimento, 1971.

Viera -Gallo, José Antonio: "Chile, un nuevo camino" Ediciones Chile América CESOC, 1989

Bascuñan Edwards, Carlos: "La izquierda sin Allende" Editorial Planeta Chilena S. A. Santiago de Chile, 1990.

Acevedo, Manuel: "Economía temas básicos" Ediciones de la Universidad, 1993.

Mathias Gilberto/ Salama Pierre: "El Estado sobre desarrollado" Ediciones Era, 1986.

Halperin Donghi, Tulio: "Historia contemporánea de América latina" Alianza Editorial, S. A, Buenos Aires, 1994, 775 páginas.

Janis Irving: "Victims of Groupthink", Boston, Houghtong Mifflin, 1972, edición revisada.

Guerin, Daniel: "El anarquismo" Editorial Altamira, 1975.

Murillo, Susana: "Foucault, saber, poder" Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, Argentina, 1995.

Hinkelammert, Franz: "Democracia & Totalitarismo" Amerinda Ediciones, Santiago de Chile, 1987, 273 páginas.

Botana, Natalio: "El orden conservador" Hyspamerica, Buenos Aires, Argentina, 1985.

Harrington, Michael: "Socialismo" Fondo de Cultura Económica, S. A, de C. V, Buenos Aires, Argentina, 1978.

Revista Realidad Económica: Instituto Argentino Para el Desarrollo Económico, 1982/1987.

Atencio, Jorge: "¿Qué es la geopolítica?" Editorial Pleamar, Buenos Aires, Argentina, 1986.

Hymer, Stephen: "Empresas multinacionales: la Internalización del Capital", Ediciones Periferia S. R. L., 1972, Buenos Aires, Argentina,

Rodas, I: "La enfermedad madura del izquierdismo, el oportunismo" Ediciones Curso, colección Hilo Rojo, 1997.

Graziano, Walter: "Hitler ganó la guerra". Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 2004, 6ª edición, 240 páginas.

Nietzsche, Federico: "El Anticristo" Bureau Editor S.A, Abril del 2004, Buenos Aires, Argentina, 96 páginas.

Nietzsche, Federico: "Humano demasiado humano" Ediciones Libertador, Buenos Aires, Argentina, 2004, 320 páginas.

Nietzsche, Federico: "La Génesis de la moral" Bureau Editor S. A, Marzo del 2003, Buenos Aires, Argentina, 98 páginas.

Nietzsche, Federico: “Aurora” 1ª Edición, Buenos Aires, Argentina-Gridifco, 2005, 288 páginas.

Manuel Gárate Chateau: “La Revolución Capitalista De Chile (1973-2003). Desde la tradición del liberalismo decimonónico (1810-1970) a la búsqueda de la utopía neoconservadora (1973-2003)”. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2012.

Prudencio, Rolando: “No es casual que se cuestione y se descalifique al MAS Bolivia: La revolución como proeza y como proceso”

Rousseau, Jean Jacques: “El Contrato Social” Ediciones Altaya S.A., 1993, Travesera de Gracia, 1708021, Barcelona, España.

Dolores Cautivo, José Luis Córdova, Macarena Benítez, Igor Mora y Carlos Vera: “Teillier para presidente: Una candidatura que construye alternativa” en diario El Siglo.

Neftalí Reyes: “El éxito sonrío a la preparación” en Debate Socialista de la edición del 19- 21/8/2011.

“Una revolución en marcha” Por la Editorial de Punto Final de la edición del 19/8/2011.

Foster, Ricardo: “La impostura y la obsesión” Publicado en revista Veintitrés de la edición del 15 de agosto del 2012.

*En diario “El Clarín de Chile” de la edición del 19/7/2010, 27/7/2010, 10/9/2010, 11/11/2010, 25/11/2010, 16/12/2010, 27/12/2010, 10/2/2014, 27/2/2014, 4/3/2014, 9/3/2014, 10/3/2014, 19/3/2014:*

Felipe Portales: “La Concertación debe explicaciones (I, II, III, X, XVI, XVII, XVIII).

Ramón Valdés: “En la lucha por una concepción científica del mundo”

Lucio Cuenca Berger: “Leyendo el ambiente ¿hacia dónde apunta el gobierno de Bachelet?”

“El economista marxista José Valenzuela destapa el verdadero Chile que esconde el neoliberalismo” Entrevista a José Valenzuela.

“Lo que realmente está pasando en Venezuela”. Escrito por Campaña de solidaridad con Venezuela.

Alvaro Ramis: “El legado de Piñera”.

Luis Gumucio Rivas: “Des municipalización, un camino hacia el estado docente descentralizado”.

*En Revista “Punto Final” de la edición del 10/1/2014, 7/3/2014:*

Carla Amtmann Fecci: “¿Hacer cumplir qué?”.

Paul Wader: “Tsunami amenaza al nuevo gobierno”

*En Revista “Miradas al Sur” de la edición del 20 de Julio, 3, 24 de Agosto; 14, 20, 21 de septiembre; 5 de Octubre del 2008 y 1° de febrero, abril del 2009, 1 de agosto del 2010, 26 de febrero y 19 de agosto del 2012 19/9/2010, 24/7/2014, 17/10/2014 y del 2/3/2014,*

Guido, Emilio: Julio Gambina: “Las corporaciones vienen por el Estado de Bienestar”

Anguita, Eduardo: “Juan Carlos Monedero: Europa perdió la memoria”.

Gutiérrez, Barba Francisco: “Una disputa de poder”

Giles, Jorge: “Aquel octubre sobre el riachuelo”

Galand, Pablo: “El reparto va tomando forma”

Jorge Giles “Cuando los patos disparan contra la escopeta”

Schoor, Martín: “Concentración y ganancias extraordinarias del poder económico”

Umberto Mazzei: “La técnica del golpe de Estado”.

Peredo Leigue, Antonio: “La violencia de los frustrados”

Curia, Luis Eduardo: “El frente externo, nosotros y quién es quién”

D’Elia, Luis: “¿Progresismo blanco o nacionalismo popular”

Girotti, Carlos: “Una interpelación radical a los límites del modelo”

Girotti, Carlos: “Arde Buenos Aires, el interés público retorna a las calles”

Eric Calcagno y Alfredo Eric Calcagno: “Soberanía financiera y monetaria”.

Giles, Jorge: “La presidenta y la nueva institucionalidad”

Giles, Jorge: “Dadme un punto de coincidencia”

Giles, Jorge: “El domicilio del poder político: De la rural a la Rosada”

Giles, Jorge: “Sur, paredón, La Cámpora y después”.

Ferrer, Aldo: “La estructura productiva del país es lo que está en juego en este debate”

Horowicz, Alejandro: “Por esta vez, la lucha en las calles jugó una mala pasada”

Calcagno, Eric: “El estado del Estado”

Guido, Emiliano: “Lula en conflicto con los Sin Tierra”

De arriba, Hernán: “La re- tensión entre el hambre y rentabilidad”.

Cohen, Noemí: “Maíz. Alimento básico en riesgo”

Anguita, Eduardo: “Redistribuir las conciencias”

Guido, Emiliano: “No veo un escenario de catástrofe”

Verduga, Demián: “Mortalidad infantil: el 60 por ciento de los casos es evitable”

Klein, Naomi: “El libre mercado sobrevivirá a la crisis”

Aronskind, Ricardo: “Frente a la crisis hay que ampliar la demanda”

Golbert, Samuel: “Pocos ganadores y muchos perdedores”

Sader, Emir: “Acelerar los procesos de integración”

Oporto, Mario: “El estudiante como unidad biográfica”

Horowick, Alejandro: “Paradoja conservadora”

Long, Diego: “El sistema es un chiste”

Samuelson, Robert J: “Debilidades de la globalización”

Curia, Luis Eduardo: “¿Hora de atacar el nudo gordiano?”

Galand, Pablo: “Sesenta a cuarenta no es empate”

Galand, Pablo: “Un crecimiento a contramano de los agoreros”

Heyn, Iván: “Retener dólares es agrandar el país”

Alfonsín ideológico (Dossier): “Raúl Alfonsín y la ética de la solidaridad” edición del 5 de Abril del 2009.

Frenklel, Roberto: “Nuevos fundamentos de las políticas macroeconómicas en los países en desarrollo”.

Ferrer, Aldo: “Las retenciones: ¿Qué son y para qué sirven?”

Abal Medina, Juan Manuel: “Nacional y popular” en revista veinte y tres de la edición del 22 de julio del 2010.

*En Prensa Latina (www.prensalatina.com.mx) edición del 27 de Noviembre del 2007:*

Lozano, Miguel: “Reforma constitucional venezolana instituye Poder Popular”.

*En diario Tiempo Argentino de la edición del 22/7/2011, 23/7/2011:*

González, Oscar: “Un balance sobre la disputa por la palabra”

Brienza, Hernán: “Hay que dar la batalla cultural para poner la política por encima del show”

Ricardo Foster: “Recuerdos, 11 años después”. En revista Veintitrés de la edición del 29/1/2014.

*En Revista Veintitrés de la edición del 19/2/2014, 26/2/2014.*

Ricardo Foster: “Economía, sentido común y disputa cultural”

Ricardo Foster: “La revolución como pasado”.

*En ALAI, América Latina en Movimiento de la edición del 6/2/2014, 11/2/2014, 3/5/2014:*

Esther Vivas: “¿Qué es la soberanía alimentaria?”

Vaiman, Ana: “El estado funciona como red de contención ante la crisis global” en la edición del 4 de mayo del 2009 del diario Buenos Aires Económico.

*En “Le monde diplomatique” edición de abril y junio del 2009:*

Gabetta, Carlos: “Público y privado”

Gabetta, Carlos: “Democracias fallidas”

*En Diario Clarín:*

Slepoy, Carlos: “La justicia global tiene límites hoy, pero se afirma día a día”. Diario Clarín, página 30 de la edición del 16 de Enero del 2005.

Wolton Dominique: “El rol de los periodistas es esencialmente político”. Diario Clarín, página 36 de la edición del 10 de Julio del 2005.

*En revista “Actualidad”:*

Panorama Internacional Wednesday February 11, 2004: “Adónde va Brasil?”

Marques de Melo, Jose: “No todo lo que es bueno para Estados Unidos es ruin para América Latina”.

Unión Europea, Comisión Europea, “Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo - Para una intensificación COM (94)428, Bruselas 19/10/94 de la política de la Unión Europea respecto de Mercosur”.

Aldecoa Luzarraga, Francisco, “El Acuerdo Marco entre la Unión Europea y el Mercosur en el marco de la intensificación de relaciones entre Europa y América Latina”, Revista de Instituciones Europeas, Vol. 22, Número 03, Septiembre – Diciembre 1995.

Bizzozero, Lincoln “El Camino del Acuerdo Marco Interregional Unión Europea-Mercosur: Las Perspectivas de una Asociación Estratégica en Asociación Universidades Grupo Montevideo- Universidad Nacional de Rosario. El Proceso de Integración Regional: Avances y Limitaciones del Mercosur Balance y Perspectivas” Rosario, Argentina, Septiembre 2001.

Cisnero Andrés y Piñeiro Iñiguez, Carlos Del ABC al Mercosur: “La Integración Latinoamericana en la Doctrina y la Praxis del Peronismo Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN), Grupo Editorial Latinoamericano (GEL)”, Buenos Aires, Argentina, 2002.

Jaguaribe, Helio, “América Latina y los Procesos de Integración” SELA, Agosto 2001.

Paredes Rodríguez, Rubén “Análisis de las Negociaciones Mercosur-Unión Europea. La Incidencia del sector agrícola en la futura Asociación Interregional en Asociación Universidades Grupo Montevideo- Universidad Nacional de Rosario: El Proceso de Integración Regional: Avances y Limitaciones del Mercosur Balance y Perspectivas” Rosario, Argentina, Septiembre 2001 (Separata)

República Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto (CEI): “Oportunidades y Amenazas para Argentina de un Acuerdo MERCOSUR –UE” Buenos Aires, Febrero de 2003.

*En Visiones alternativas (www.visionesalternativas.com) edición del 27 de Noviembre del 2007:*

Peredo Leigue, Antonio: “La derecha golpista en acción Los mil rostros de la sedición en Bolivia”

Gómez Barata, Jorge: “Las ciencias no son instrumentos para transformar la realidad, sino para comprenderla Escenarios de la batalla de ideas (III)”

Haiman El Troudi: “Socialismo que ha preferido sintetizar la herencia cultural, social, histórica y política de sus raíces y fuentes originarias Un socialismo a la venezolana”

Almería, Guillermo: “El conflicto en la Constituyente es un enfrentamiento de clases Bolivia y la relación de fuerzas continental”

Katz Claudio: “En las antípodas de Uribe, Calderón y Alán García... Las encrucijadas del nacionalismo radical en América Latina (Parte I)”

Borón, Atilio: “Si en América Latina se hace un reformismo serio, se sientan las bases para un proceso revolucionario. Atilio Borón y su alternativa al neoliberalismo”. Tomado de Bolpress, 14 de Noviembre del 2007.



### **Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported**

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

#### *Licencia*

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

#### *1. Definiciones*

- a) "**Adaptación**" significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada, transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma

reconocible derivada del original, excepto que una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) "**Colección**" significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) "**Distribuir**" significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) "**Elementos de la Licencia**" significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) "**Licenciante**" significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) "**Autor original**" significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o



expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

- g) **"Obra"** significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.
- h) **"Usted"** significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) **"Ejecutar públicamente"** significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación

al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital  
rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier  
medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.

- j) "**Reproducir**" significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.
2. **Feria de los Derechos de Negociación.** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.
3. **Concesión de licencia.** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
- a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
  - b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
  - c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,
  - d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

**4. Restricciones.** La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.
- b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la

Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restringen la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.
- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y

proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

e) Para evitar dudas:

- i. **Irrenunciable Esquemas licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a

cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;

- ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciable.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,
- iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).
- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la

Sección 3 (b) de este Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

### ***5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.***

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

### ***6. Limitación de Responsabilidad.***

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

### ***7. Terminación.***

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.
- b) Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes oa dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra

licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

### **8. *Misceláneo.***

- a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.
- d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.
- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de



1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

### **Aviso Creative Commons**

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:

<http://creativecommons.org/>